LAMARTINE

HISTORIA DE LA RESTAURACION

TOMO III

DC256
L3
v.3

HISTORIA

DE LA RESTAURACION.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

HISTORIA

DE LA

RESTAURACION,

POR

A. DE LAMARTINE.

TOMO TERCERO.

MADRID.
ESTABLEC. TIPOG. DE D. F. DE P. MELLADO.
CALLE DE STA. TERESA NÚM. 8.

1852.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA

DC256
L3
V.3

HISTORIA

DE LA RESTAURACION.

LIBRO VEINTE Y OCHO.

Veinte y cuatro de junio.—Nómbrase á Fouché presidente de la comision de gobierno.—Formacion del nuevo ministerio.—Politica de Fouché.—Manuel.—Sesion de la Cámara de los representantes.—Adóptase en ella la mocion de Manuel.—25 de junio.—Parte el emperador de Paris.—Dirígese á la Malmaison.—Su proclama de despedida al ejército.—Se envian cinco plenipotenciarios para negociar la paz.—Entrevista de Fouché y de Mr. de Vitrolles.—Entrevista de Napoleon y de Benjamin Constant.—Consejos de los amigos de Napoleon para elegir el lugar de su destierro.—Adopta la América.—Le vigila la comision de gobierno.—Oposicion provisional de la comision á la partida de Napoleon.—Estancia en la Malmaison.—Instancias de la comision á Napoleon.—Le da pasaporte.—Napoleon le rehusa.—Proposicion de Excelmans á Napoleon.—Llegada de los aliados á Compiegne—Propone Napoleon ponerse al frente del ejército.—Rehúsalo la comision de gobierno.—Encuentro de Mr. Flahaut y de Davout.—Napoleon y Maret.—Situacion crítica de Napoleon—Su partida de la Malmaison.—Su despedida.—Su viage.—Su detencion en Rambouillet.—Sus esperanzas.—Insinuaciones de Excelmans á Daumesnil.—Pasa Napoleon por Chateauduu, Tours y Poitiers.—Tumulto de Saint-Maixen.—Llega á Niort.—Aclamaciones del pueblo—Llega á Rochefort el 3 de julio.—Renueva Napoleon su proposicion á la comision de gobierno.—Diversos consejos para la fuga de Napoleon.—Su vacilacion.—Respuesta de la comision de gobierno á su proposicion.—Embárcase Napoleon el 8 de julio en la fragata *la Saale*.—Aléjase de Rochefort.—Visita la isla de Aix.—Entrevista de Mr. de Las-Cases con el capitan Maitland á bordo del Belerofonte.—El ca-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pitan de la *Medusa* propone forzar la linea del crucero inglés.—Repulsa de Napoleon.—Desembarca en la isla de Aix.—Su indecision.—Repulsa de la proposicion del capitan Baudin.—Unos alféreces de navío se ofrecen á conducirle á América.—Napoleon acepta.—Parte.—Es retenido por su comitiva.—Segunda entrevista de Las-Cases, Rovigo y Lallemand con el capitan Maitland.—Deliberacion sobre su partida.—Napoleon se decide á partir en el Belerofonte.—Su carta al príncipe regente de Inglaterra.—Sus instrucciones á Gourgaud.—Partida de Gourgaud y de Las-Cases para Inglaterra.—Ausentase Napoleon de la isla de Aix.—Su despedida de Becker.—Embárcase en el Belerofonte.—Recibe la visita del almirante Hotham.—Ancla el Belerofonte ante Torbay.—Unese Gourgaud.—Se hace á la vela y entra en la rada de Plymouth.—Reúnese en consejo el ministerio inglés para tratar de la suerte de Napoleon.—Es declarado por los aliados prisionero de guerra y conducido á Torbay.—Exigenle su espada.—Su despedida.—Su dolor al saber la capitulacion de Paris.—Se embarca en el Northumberland.—Su protesta contra la Inglaterra.—Partida para Santa Elena.

I.

En adelante los sucesos iban á dominarlo todo, y Fouché iba á gobernar tan solo por los sucesos. En esta misma noche fué nombrado presidente de la comision de gobierno por los votos de Carnot y de Quinette, reunidos al suyo propio que se dió para quitar el ascendiente de la presidencia á Caulaincourt ó á Carnot, cuya fidelidad ó flaqueza por Napoleon temia. Nombró á un hermano de Carnot para el ministerio de lo Interior, para el de Negocios Estrangeros á Mr. Bignon, genio mas erudito que político, y al que era tan fácil halagar como engañar. Pelet de la Lozère, hombre honrado, patriota y conciliador, prenda de moderacion para todos los partidos que era preciso calmar, obtuvo el ministerio de Policía; Boulay de la Meurthe, influencia napoleónica que habia que utilizar y anular á la vez encomendándole un puesto poco político, el de Justicia; y el mando en gefe de la guardia nacional se dió á Massena que acababa de manifestar su independencia en la Cámara de los pares, y

cuyo nombre se enaltecia por su inmaculada gloria militar.

Empleóse el resto de la noche por la comision de gobierno y los ministros en la mas grande concentracion posible de los restos del ejército alrededor de París á fin de dar tiempo y una base militar á las negociaciones que se iban á entablar. Para un talento tan perspicaz y generalizador como el de Fouché, no eran en realidad estas negociaciones, mas que un tributo rendido á las apariencias y á las susceptibilidades del pais. Demasiado se le alcanzaba que no se negocia mas que entre fuerzas iguales ¿pero dónde estaban las fuerzas? Aniquiladas de un solo golpe en Waterloo. Los agentes confidenciales de Fouché pululaban ya en la córte de Luis XVIII y en el cuartel general de Wellington. Dar á entender al rey que iba á sonar para él la hora de volver; convencer á Wellington de que solo él podia abrir para el rey y los aliados las puertas de París sin nueva efusion de sangre; persuadir á Mr. de Talleyrand, y por su medio al gabinete del rey, que él solo tambien podia pacificar la Francia; adormecer las Cámaras, fascinar, engañar ó avasallar á la comision de gobierno; despedir al emperador, y, en fin, presentar por su propia mano, mano regicida, el pueblo al rey y el rey al pueblo; tal fué desde este primer dia el objeto á que se dirigieron los actos todos, públicos ó secretos de Fouché. Nunca ministro alguno emprendió tarea mas árdua y peligrosa ni la llevó á término con mas audacia y habilidad. Fouché contaba con la medianía de las inteligencias y ductilidad de caractéres que le rodeaban, y al propio tiempo con la impaciente ambicion de reinar, por cuyo impulso se amoldaba Gente á su voluntad. Y no se engañó al confiar, aun escesivamente, en la nulidad de unos, el servilismo de otros y el ánsia de una córte, desterrada, por subir al trono. Sirviéronle todos los vicios y todas las ambiciones, porque para utilizarlas habia esperimentado

de antemano su influencia sobre los ánimos, teniendo el humillante valor de contar con su auxilio.

II.

Pero ofrecíase una dificultad. Sabiendo al despertar el emperador, apegado al Elíseo, que Grouchy se avanzaba incólume sobre París, y que se reorganizaban fuerzas importantes á las órdenes de Excelmans y otros generales enérgicos entre París y Wellington, se arrepentía ya de una abdicacion demasiado precipitada, y fomentaba por medio de sus últimos partidarios una nueva discusion en la Cámara de los representantes. Si se proclamaba la regencia, se abrogaba de nuevo el poder en nombre de su hijo; si se rechazaba reintegraba de nuevo el imperio, alegando la falta de cumplimiento á la condicion que habia impuesto, segun él, á su abdicacion.

Hace, pues, reproducir al abrirse la sesion la proposicion de proclamar á Napoleon II mejor dirigidos los esfuerzos de la cámara. Regnault de Saint Jean d'Angely, Boulay de la Meurthe, Defermon, consejero de Estado, émulos de Fontanes y Cambaceres, estaban seguros de triunfar de la irresolucion de sus colegas. Instruido Fouché de esta tentativa, que podia desconcertar sus planes, vaciló un momento entre combatirla á cara descubierta ó desconcertarla por medio de una aparente indiferencia. Necesario era escoger entre el peligro de una reinstalacion de Napoleon en el trono y al frente del ejército, si la Cámara rehusaba el proclamar á su hijo, y el riesgo mas lejano de romper las negociaciones con las potencias y retardar la vuelta de Luis XVIII, si la Cámara proclamaba de antemano la soberanía de Napoleon II. Dispuesto para ambas eventualidades, se decidió á esperar el giro que al oir á los oradores, tomase la Cámara, vacilante en pró ó en contra de la dinastía de Napoleon.

Manuel, á quien Fouché se habia confiado, se preparaba á apoyar con su acreditada elocuencia, con sus discursos patrióticos y fascinadores, el pensamiento político del hombre que maniobraba por fuera en este conflicto de tantas y tan encontradas opiniones. Jóven, nuevo, con una reputacion naciente y pura, sereno y mesurado para resolver, dotado de gran valor y de un golpe de ojo penetrante, de un patriotismo casi republicano, que le ponia al abrigo de toda sospecha de connivencia con los Borbones, Manuel era en la Cámara mas que un simple orador; era ya el preludio de un hombre de Estado. Aunque al principio de su carrera, gozaba de gran crédito entre sus colegas y de mas aun fuera de la Cámara. Distinguíanle con su amistad especial La Fayette y Sebastiani. Enemigo de Napoleon por el instinto de un alma elevada y libre, habíase unido, no esclavizado, á Fouché y á los liberales cansados de sufrir el yugo, por el deseo de hacer surgir ó la república ó el gobierno constitucional de las ruinas de aquel despotismo militar. Tal era la situacion de la asamblea el 25 de junio al medio dia.

III.

Habiendo insistido Mr. Dupin, impelido por el afan de facilitar el acomodamiento con los Borbones y dar vado á las negociaciones con los aliados, que su esquisito tacto y el conocimiento de las circunstancias le indicaban como la necesidad y la salvacion comun, en que el nuevo gobierno prestase juramento de fidelidad tan solo á la nacion, fué su mocion la señal de una lucha cuyo éxito, cualquiera que fuese, podia devolver á Napoleon el cetro ó la espada por algunos dias.

Defermon preguntó imperiosamente que quién tenia

carácter para recibir semejante juramento, y que si no habia un emperador. «Si, le contesta el partido de los bonapartistas; tenemos emperador; queremos á Napoleon II. Es nuestro soberano por las leyes fundamentales, y á este solo nombre el ejército y la guardia nacional se agruparán en rededor de la patria,—Si, si» insisten de nuevo aunmentadas las voces con ese poderoso eco que presta el patriotismo á todas las mociones que llevan el sello de un arrogante desafío al estrangero. Este eco se prolonga y hace estallar al fin en la sala el grito de ¡*viva el emperador*! Teme Beranger que una aclamacion de bravura se tome por una proclamacion meditada de un nuevo imperio, y reclama una noche de reflexion. La cámara, mas serena, aplaude. Indígnase Bourlay de la Meurthe de esta indiferencia. «La Francia está perdida, si aparentamos siquiera dudar que el poder ha recaido en el hijo del emperador, esclama, reprochando la desidia de sus colegas. Rodeados de muchos intrigantes, de muchos facciosos fuera de este recinto, prosigue el orador de Napoleon aludiendo á Fouché, á los realistas, á los republicanos y á La Fayette, quisieran hacer declarar vacante el trono para instalar en él á los Borbones, La Francia seria otra Polonia; los estrangeros se repartirian sus girones. Existe una faccion orleanista.» Oyense murmullos de incredulidad, y Boulay continúa: «Si; me consta que esta faccion existe, y que obra de acuerdo con los republicanos. Si el duque de Orleans aceptase el trono, seria para devolvérsele á Luis XVIII. Precaved esas intrigas, destruid esas maquinaciones, proclamad á Napoleon II emperador de los franceses.»

IV.

Apláudese á Boulay, y otros oradores de la misma opinion le secundan. Mouton Duvernet, uno de los generales mas comprometidos en la defeccion del 20 de marzo, se propasa á decir que no habrá francés que no corra á las armas para servir al jóven emperador. Esta palabra de córte escita el adormecido orgullo de la representacion, y Flaugergues, indignado del servilismo de las espresiones, esclama: «Todos, generales y emperador están al servicio de la nacion.» Regnault de Saint Jean d'Angely repite y amplifica lo dicho por Defermon, y Dupin le sucede en el uso de la palabra.

«Si el mismo Napoleon, dijo con una fuerza de argumentacion que no daba lugar á réplica, hubiera creido poder ser útil á la nacion, ¿hubiese dejado á otro el honor de salvarla abdicando? ¿Cómo esperar de un niño lo que un héroe no espera hacer en nuestro bien por sí mismo?» La fraccion del Eliseo quiere acallar su voz, pero él continúa con grande impasibilidad: «¿Podrá un niño cautivo lo que su padre, libre y soberano, reconoce por su abdicacion no poder ejecutar? ¿Pregúntase que quién pondremos frente al enemigo? Yo os contestaré en el acto.—¡La nacion! La nacion, que precede y sobrevive siempre á sus gobernantes.»

Dupin, cuyo pensamiento flotaba, segun se dice, hácia el duque de Orleans, habia llevado á la Cámara demasiado lejos para lo que acomodaba á Fouché. Este ministro, que hubiera sido favorable algunas semanas antes á este espediente, tenia el buen juicio de reconocerle imposible despues de Waterloo. Esta batalla devolvia inevitablemente el cetro al príncipe y al principio de la legitimidad. La corona, ofrecida al duque de Orleans, hubiera sido un obstáculo mas á la pacificacion de la patria, un desafío sin fuerza á la Europa, una prolongacion de las calamidades públicas. La vana proclamacion de Napoleon II no ofrecia estos inconvenientes, pues no teniendo mas valor que el de una protesta impotente, desarmaba momentáneamente á los bonapartistas y al ejército, y daba espacio para emanciparse con el aleja-

miento del emperador, de la amenaza y las alarmas de su presencia en Paris. Fouché apresuró este desenlace con el mismo ardor que hubiera empleado la víspera en alejarle, y para ello subió á la tribuna su órgano Manuel.

V.

Fué su discurso largo, razonado, sorteando todas las opiniones con esa aparente justicia que concede á cada partido su parte de honor para obtener en cambio atencion y asentimiento. Analizólos sin desalentarlos, segregando ante todo, el partido de los orleanista que Dupin habia hecho presentir. «El peor de los riesgos, dijo al concluir, entre tantas opiniones que nos dividen, es dejar en descubierto y sin defensa á la patria, por nuestras vacilaciones. Pronunciémonos por Napoleon II.» Despues de esta conclusion que entusiasmó al partido bonapartista, leyó el orador un proyecto de declaracion en este sentido, pero cuyo ambiguo é indeciso testo se asemejaba mas bien al aplazamiento del reconocimiento de otro gobierno que á la proclamacion del de Napoleon II. Las asambleas esquivan con placer una cuestion estrema por medio de uno de esos giros ó recursos utilizables para todos los partidos. Manuel habia salvado sencillamente el honor de los partidarios obstinados del emperador, consumando en realidad su derrota.

Fouché, vencido en apariencia, triunfó. Obligado el emperador á manifestarse satisfecho, se vió en la necesidad de ceder el puesto al supuesto gobierno de su hijo, alejándose del Elíseo y de Paris. Ya el representante Duchesne pedia en la tribuna que se le intimase la partida. De todas partes recibia avisos siniestros del peligro que corria prolongando su estancia en el palacio. Ora

fuesen maniobras secretas de la policía de Fouché para intimarle, ó meticuloso celo de sus adictos para preservar su vida, no cesaban de asediarle con la perspectiva de calabozos, raptos, puñales ó venenos, acibarando su ánimo con crueles sospechas.

El Estado no podia en verdad soportar impunemente dos señores, teniendo el enemigo en lo esterior y las facciones en lo interior. El Elíseo estaba desierto. Un veterano solo custodiaba la puerta que podia ser forzada por la mas pequeña conmocion en los partidos. El emperador comprendió la necesidad de abandonar una capital inquieta con su presencia, y que despues de haberle acogido le abandonaba en su aislamiento.

VI.

Hizo quemar á su presencia por sus ayudantes y secretarios cuantos papeles habia recibido desde el 20 de marzo, y cuyo contenido pudiera servir de base para acusaciones de complicidad en su regreso. Solo reservó su correspondencia familiar.

El 25 al medio dia partió del Elíseo para la Malmaison, mansion donde trascurrieron un dia sus mas hermosos años de poderío, de gloria y de felicidad, llena á la sazon del duelo de su fortuna y de los amargos recuerdos de su primera muger la emperatriz Josefina Beauharnais, que acababa de morir allí. Su hija política, Hortensia de Beauharnais, á la que habia querido hasta el estremo de ceñirla la corona de Holanda, y de destinar el imperio á su hijo, le habia precedido y le aguardaba en la Malmaison. Esta muger, á la que habia protegido en la infancia y hecho reina, pero á cuya madre repudió, solicitó de Luis XVIII, despues de la primera restauracion, el título de duquesa de Saint-Leu y la facul-

tad de residir en el suelo patrio. Despues habia conspirado para el regreso de Napoleon, sosteniendo el fanatismo del imperio, por ambicion ó por sensibilidad en el ánimo de los oficiales jóvenes que la rodeaban; pero fiel al menos á su desgracia, se dedicaba con abnegacion á endulzar las tristes horas de la separacion, y le ayudaba á descender menos rudamente de la cumbre de los tronos á donde él la llevó en otro tiempo. La madre le habia franqueado el camino de la omnipotencia, la hija le franqueaba el del destierro.

VII.

Los lugares impregnan el alma de recuerdos. El emperador, á quien sus mas entusiastas y lisongeros biógrafos, sus mas constantes secuaces representan dominado desde Waterloo de una especie de estupor moral atestiguado por tanto descaecimiento, tanta incertidumbre, irresolucion y sobresalto desde el campo de batalla hasta su salida del Elíseo, pareció recuperar en la estancia donde se deslizó su juventud el temple de alma que le era habitual, la fuerza de resolucion y el vigor físico. «No habia aprendido bastante, dice su secretario íntimo é historiador doméstico, á luchar contra la adversidad.» Acogido en la cuna por la prosperidad y llevado en sus alas hasta el pináculo de la humana felicidad, habia estudiado á medias la influencia de los sucesos sobre los grandes hombres, pues le faltaron los castigos y las decepciones.

Entre los muros de la Malmaison hallóse en la morada de su gloria, en el pensil de su recreo, en la soledad y el silencio de su retiro, en el goce de la solicitud y la ternura de una hija adoptiva. Dejó volar su fortuna hácia París á la ventura, impelida por el soplo de Fouché

y de los sucesos sin echar una mirada atrás, y dedicando los primeros dias en su totalidad al olvido de lo presente y á lejanas memorias, su alma se dilató aliviada del peso del mundo y de su propio destino. Asi es el hombre: feliz llevando, y feliz tambien dejando cuando el peso es abrumador. Sus confidentes y Hortensia le hallaron tal como siempre le habian ideado.

VIII.

Sin embargo, un dia y una noche pasados en aquel lugar tan lleno de sus recuerdos del Consulado, le evocaron el de aquel ejército en que habia sido el héroe, no quiso abandonar la patria sin dirigir por última vez á sus compañeros de armas un adios mas triste y eterno que el de Fontainebleau. El eco de su voz en los campos le era grato aun despues de haber abandonado el mando y el imperio. Encerróse en su gabinete y escribió una proclama para el ejército de París. Pero en esta proclama resaltaba todavia demasiado el acento del emperador y el tono habitual de la soberanía, para que no pareciese á sus confidentes una retractacion de la abdicacion y una amenaza al gobierno y á las Cámaras. Se lo hicieron notar y se vió obligado á reconocerlo. El acto por sí solo pecaba de osado en un hombre que no era mas que un ciudadano sin título y un general sin mando. Podia tolerarse en consideracion á la novedad de la vida privada para un hombre que durante veinte años no habia tenido otra persona á su nivel; mas era preciso que no se agravase por el tono dominador que no convenia al soberano destronado. Modificó dócilmente las espresiones tildadas, y remitió su proclama, asi modificada, á los periódicos de París.

«Soldados:

«Cuando cedo á la necesidad que me fuerza á alejarme del valiente ejército francés, me acompaña la lisonjera certidumbre de que justificará los elogios que nuestros mismos enemigos no pueden rehusarle, prestando los eminentes servicios que la patria espera de él.

«Soldados: aunque lejos de vosotros, yo seguiré vuestros pasos. Conocedor de todo el ejército, no habrá cuerpo alguno al que no tribute la debida justicia por el valor que haya desplegado cuando obtenga algun señalado triunfo sobre el enemigo. La calumnia se ha ensañado contra nosotros. Hombres indignos de apreciar vuestras hazañas, han visto en las pruebas de adhesion que me habeis dado, un celo del que yo era el solo y personal objeto; enséñenles vuestros futuros hechos de armas, que al obedecerme servíais ante todo y sobre todo á la patria, y que si alguna parte tengo en vuestro afecto le debo á mi ardiente amor por la Francia, nuestra madre comun. Soldados, algunos esfuerzos mas, y la coalicion se disuelve. Napoleon os reconocerá en vuestras operaciones.

«Salvad el honor, la independencia de los franceses sed hasta el fin tales como os he conocido durante veinte años, y sereis invencibles.»

IX.

Esta proclama estaba en demasiado desacuerdo con las circunstancias para que pudiese producir tambien grande eco en el ejército. Era el lenguaje de la victoria en boca del gefe vencido y abatido. Prometer la disolucion de la coalicion á costa de algun corto esfuerzo á un

pueblo cuyo ejército sin gefe estaba desorganizado, y cuyo emperador acababa de arrojar su espada y de entregar el cetro á sus enemigos, era una irrision que solo podia respetarse en el hombre á quien el esceso de la adversidad robaba el genio. El gobierno, á quien trasmitió el Eliseo esta proclama, la recibió con desden y no permitió que se publicase.

El emperador, que preguntó repetidas veces al dia siguiente qué efecto habia producido su proclama y supo por sus ayudantes la indiferencia con que la recibieron Fouché y sus colegas, se vió obligado á devorar en silencio este ultrage. Era la vez primera que aquella voz cuya vibracion habia estremecido al mundo no hallaba en París un eco que la repitiera.

X.

Apenas habia partido el emperador para la Malmaison, cuando Fouché y los miembros de la comision, secundando en esto los deseos de las Cámaras y la opinion pública, nombraron plenipotenciarios encargados de ir á negociar una suspension de hostilidades ó la paz al cuartel general de Wellington y de Blucher. Estos plenipotenciarios fueron hábilmente escogidos entre los hombres importantes de ambas Cámaras que se habian demostrado mas hostiles á Napoleon y á su familia despues de sus reveses, y que al propio tiempo daban en la apariencia mayores garantías de independencia por sus antecedentes y por sus opiniones patrióticas. Eran Sebastiani, diplomático y militar á la vez, adicto mucho tiempo al emperador, á la sazon separado de él, resentido, aliado á la alta aristocracia borbónica por la casa de Coigny por haberse casado con una hija de ella, y demasiado inteligente para dejar de comprender que entre Luis XVIII

y Napoleon no habia mas que quimeras é imposibilidades.

D'Argenson, hombre honrado y patriótico, sin repugnancia contra los Borbones, de los que su elevada cuna le hacia cliente natural, pero bastante independiente de carácter para sacrificar en caso de necesidad su misma cuna á sus opiniones casi radicales; por lo demás, hombre muy fácil de engañar por sus virtudes.

Pontecoulan, corazon honrado, de sereno juicio, alma sin fanatismo y sin preocupaciones, antiguamente partidario de la córte, mas tarde de la revolucion moderada, algun tiempo del imperio, y siempre del honor, norte constante de todas las acciones de su vida, nadie era mas capaz que él de sacar á salvo la dignidad de su patria, aun cediendo á la fuerza de las circunstancias y aceptando una restauracion liberal que no repugnaba á su nombre ni á sus recuerdos.

Laforet, antiguo embajador de la república y de Napoleon, convencido de la necesidad de la paz, y capaz de negociarla establecidas las bases de la negociacion.

La Fayette, en fin, uno de los hombres que mas se habian encarnizado contra Napoleon abatido para impedir que se repusiese, engañado, despues de la caida de éste, en la vaga esperanza que concibiera de erigir sobre sus ruinas una república, cuyo pensamiento aplazaba sin dificultad para otros tiempos; paciente siempre, siempre engañado, espiando en todo momento su hora, y habiendo afectado en esta negociacion ilusoria una especie de papel que, aunque insignificante, no repugnaba á la importancia de su nombre.

Benjamin Constant, amigo de La Fayette y de Sebastiani, desorientado á la vez en la oposicion liberal, á la que habia hecho traicion, y en el favor imperial, que se derrumbaba á sus pies, fué nombrado secretario de este congreso de negociadores, lo cual era para este hombre de tantas caras un medio hábil de aparentar ser-

vir á la vez un resto de la causa napoleónica en la causa de la patria y de la paz. Interpuesto, á los ojos de los patriotas, entre la Francia y el estrangero, surgia asi de las ruinas del 20 de marzo y de Waterloo por medio de una capitulacion en la que al menos apareceria que habia por su parte estipulado en favor de la libertad. Su perspicacia y su inteligencia eran demasiado elevadas para que contemplase bajo otro aspecto este simulacro de negociacion.

XI.

Las instrucciones dadas á estos negociadores por la comision de gobierno, se cifraban en que la base de su negociacion habia de ser la integridad del territorio francés, la esclusion de los Borbones, el reconocimiento de Napoleon II. En el caso de que no se consiguiera que los aliados aceptasen estas tres bases, debian los negociadores concentrar todos sus esfuerzos en la obtencion de un armisticio. La primera parte de estas instrucciones no era en realidad mas que una letra muerta destinada únicamente á adormecer por algunos dias lo poco que quedaba de pasion bonapartista en las Cámaras y el pueblo. El armisticio era la única cosa séria. Si no se obtenia, atestiguaria al menos á las Cámaras que Fouché y sus colegas habian concentrado sus esfuerzos para conseguir una negociacion en favor del hijo de Napoleon; si se obtenia, daba á la Francia un apetitivo de la paz, por la que ansiaba demasiado para estar dispuesta á renovar la guerra al espirar las treguas, y daba espacio para que los gérmenes del imperialismo se aniquilasen en París, para que los de restauracion se desarrollasen, y se trabajasen en este sentido los ánimos.

No se engañaba Fouché á sí mismo por esta fingida

esperanza de éxito, que en su mente no cabia respecto á una negociacion imposible; pero engañaba á todos los partidos: al imperialista, al republicano, al liberal ú orleanista. Todo hace creer que á escepcion del ministro de Negocios Estrangeros Bignon, y de D'Argenson, hombre fácil de engañar por su mucho candor, los otros negociadores estaban en el secreto y no tendian en realidad mas que á un objeto, al armisticio. Cuanto se ha escrito antes y ahora sobre las supuestas esperanzas que habia en el éxito de esta negociacion, es una ilusion que estos diplomáticos han querido prolongar mas allá de los sucesos para halagar al partido bonapartista ó al orleanista en Francia. La verdad histórica está en la voluntad de los aliados y en la de Fouché. Ni los aliados vencedores, ni Fouché vendido por el interés de su ambicion á Luis XVIII, querian otra cosa que la restauracion de la casa de Borbon.

XII.

Fouché conducia á la vez una negociacion triple: oficial con los aliados, por medio de los negociadores cuya mision acabamos de referir; confidencial con lord Wellinton, á quien comprometia á influir sobre la córte de Gante, para obtener las declaraciones mas liberales que fuera posible en favor de la Francia; última, en fin, con Luis XVIII, cerca del cual quiso enviar á Mr. de Vitrolles, para compelerle á lanzarse entre su pueblo y los estrangeros. Mr. de Vitrolles, al que hemos visto desempeñar el papel de negociador voluntario y oficioso en 1814 entre los realistas de Paris y el conde de Artois, habia adquirido cierta importancia por su actividad y su habilidad para insinuarse entre todos los partidos en la córte del conde de Artois. Encargado por el rey, poco antes

del 20 de marzo, de promover en Tolosa la insurreccion contra el emperador, lo iba consiguiendo cuando fué aprisionado por el general Chartrau, conducido á París para ser juzgado y encerrado en Vincennes. Sus relaciones con Caulaincourt y con Fouché, sirvieron para devolverle la libertad, á instancias de su esposa, asi que abdicó el emperador. Fouché le encargó que fuese á invitar á Luis XVIII que precipitase su regreso á Francia, el mismo dia en que nombraba negociadores cerca de las potencias para la espulsion de los Borbones.

«Ya veis, le dijo, que las dificultades de la situacion son supremas. Yo aventuro mi cabeza diariamente hace tres meses por la causa de la Francia, de la paz y del rey. La Cámara acaba de proclamar á Napoleon II, lo cual es un paso hácia los Borbones. Esto era inevitable; pero ese nombre imposible tranquiliza á los hombres sencillos y sistemáticos, que se imaginan, como mi colega Carnot, que la salvacion de la Francia y de la libertad estriba en esa quimera de imperio liberal en manos de un niño prisionero de la Europa. Es necesario dejarles pasar algunos dias con esta ilusion, los que basten para desembarazarnos de Napoleon; Carnot y sus amigos se pagan de palabras vanas, con tal que suenen en sus oidos los nombres de patria y libertad. Despues de este periodo de los flamantes partidarios de Napoleon II, vendrá el de los partidarios del duque de Orleans. Este príncipe, añadió Fouché, aumentando con intencion á los ojos de Mr. de Vitrolles la importancia de esta faccion, cuenta aqui numerosos adeptos.»

La verdad era que esta fraccion, muy escasa á la sazon, solo tenia valor en algunas reuniones de diplomáticos é imperialistas que trataban de conciliar á toda costa su defeccion al imperio con su repugnancia á los Borbones. Asi, pues, no causaba séria inquietud á Fouché; pero le servia para enaltecer el precio de sus servicios al rey, exagerando los obstáculos que se creaba voluntaria-

mente para hacer alarde de vencerlos en pró de la causa real.

Alarmado Mr. de Vitrolles por esta falsa confidencia de Fouché, rehusó ir á Gante, para permanecer en París y vigilar en interés de Luis XVIII y del conde de Artois las supuestas intrigas del partido de Orleans. No queria otra cosa Fouché, porque teniendo bastantes intermediarios confidenciales entre él y los príncipes en Gante, sabia perfectamente que Mr. de Vitrolles no dejaria de hacer valer en su correspondencia con el conde de Artois lo peligroso que era el partido orleanista y el mérito que contrarestándole contraia Fouché. Mr. de Vitrolles solo exigió á este ministro que le respondiese de su libertad y su cabeza si permanecia en París.

«¡Vuestra cabeza! respondió Fouché sonriéndose, ¿cómo podria garantírosla, cuando yo mismo no estoy seguro de la mia? Lo mas que puedo hacer es prometeros que las dos caerán juntas.» Mr. de Vitrolles, hombre de gran aptitud para la diplomacia secreta y las dobles confidencias, recibió de Fouché numerosos pasaportes para Gante, destinados á sus agentes, y la invitacion de venir á conferenciar todos los dias sobre los intereses del rey.

XIII.

Antes de partir para el cuartel general de los soberanos, fué Benjamin Constant á despedirse del emperador, y habiéndole preguntado qué asilo pensaba escoger en el mundo para acabar sus dias lejos del trono, le contestó el emperador con tono de grande indiferencia por su propia suerte: «Aun no estoy decidido; la fuga me repugna; y por otra parte, ¿qué inconveniente puede haber en que permanezca aqui? ¿Qué quereis que hagan los estrangeros de un hombre desarmado? Viviré en este

retiro con algunos amigos que permanecerán adictos, no á mi poder, sino á mi persona.»

Napoleon se complacia en describir esta vida pacífica é indiferente, como si la pasada grandeza no ofreciese con su actual estado contraste notable y fuera cosa llana el descender de la altura del trono á la vulgaridad de la vida privada.

«Si no se me quiere dejar aqui, ¿á dónde exigen que vaya? ¿A Inglaterra? Mi permanencia alli será ridícula ó alarmante, pues aun cuando estuviese tranquilo, lo cual no se creeria, hasta se sospecharia que la niebla me condujese á vuestras costas, se me declararia fuera de la ley, comprometeria á todos mis amigos, y á fuerza de decir: ¡ahí está! ya llega! me darian la tentacion de venir... La América seria mas conveniente, y en su suelo podria vivir con dignidad; pero lo repito, ¿qué tengo que temer permaneciendo aqui? ¿Qué soberano podria perseguirme sin envilecerse? Al uno he devuelto la mitad de sus estados, y ¡cuántas veces el otro me ha estrechado la mano felicitándose de ser el amigo de un grande hombre!... Ademas, lo pensaré, continuaba; no quiero luchar con la fuerza abierta... Vine á Paris para combinar nuestros últimos recursos... Se me abandona con la misma facilidad que se me recibió... ¡Pues bien! que borren si es posible esta doble mancha de debilidad y ligereza! Cúbranla al menos con alguna lucha, con alguna gloria! Hágase por la patria lo que no se quiere hacer por mi! Pero no lo espero, añadia con el acento de la incredulidad. Hoy me entregan para salvar la Francia, segun dicen; mañana me entregarán la Francia para salvar sus vidas.»

XIV.

Felicitándole despues otro interlocutor por la partida de los plenipotenciarios, que iban á presentar á las po-

tencias el reconocimiento de su dinastía como *ultimatum* de la Francia: «No, le contestó, los aliados tienen demasiado interés en imponeros á los Borbones para que consientan en coronar á mi hijo. El nombre de los plenipotenciarios desmiente sus instrucciones. La Fayette, Pontecoulan y Sebastiani son enemigos mios, han conspirado contra mí; los enemigos del padre no pueden ser amigos del hijo. Por otra parte, las Cámaras obedecen á Fouché. Si ellas me hubieran dado lo que á él prodigan, yo habria salvado la Francia. Mi sola presencia al frente del ejército hubiera hecho mas que todas vuestras negociaciones.» Olvidaba que él mismo habia abandonado á ese ejército, en el que su presencia, efectivamente, hubiera podido servir aun para combatir ó negociar. «Solo yo, repetia sin cesar, podria repararlo todo; pero vuestros gobernantes preferirian lanzarse en el abismo á salvarse conmigo.»

Estos gobernantes eran sin embargo, todos los hombres del 20 de marzo, sus ministros, sus mariscales, sus lugartenientes, sus partidarios, que habian aventurado con él y por él el último ejército de la Francia. Pero la ambicion no se satisface jamás si no se la sacrifica hasta la patria!

La afectacion de que hacia alarde considerándose en perfecta libertad de prolongar su estancia en la Malmaison, tenia evidentemente por objeto el esperar todavía alguna reaccion á su favor. En las conversaciones reservadas con sus confidentes mas íntimos, Caulaincourt y Maret, hablaba ya de retirarse á Inglaterra para reclamar la hospitalidad de un pais libre. Maret le disuadió.

Caulaincourt le aconsejó que, en el caso de adoptar este partido, no perdiese momento para asegurar el éxito, embarcándose en un barco contrabandista para abordar las costas de Inglaterra, y conseguido esto, que se presentase ante el primer magistrado del lugar donde desembarcase para invocar la proteccion que la Inglaterra

otorga á todo estrangero que pisa su suelo. Habiendo oido á ambos volvió á meditar y pareció que se inclinaba á obtar por la América. Envió á pedir al ministro de Marina la lista de los buques americanos que habia anclados en nuestros puertos, y se la remitieron.

«Llamo, señor, muy especialmente vuestra atencion, le decia el ministro en la carta que contenia estas noticias, sobre un buque americano estacionado en el Havre; su capitan se halla en mi antecámara, su coche enganchado á mi puerta; va á partir, respondo de él, aguarda vuestras órdenes; mañana, si quereis, estareis en alta mar bajo un pabellon secreto, al abrigo de los ataques de vuestros enemigos.»

Caulaincourt, interesado como miembro del gobierno en librar á la Francia del peligro á que la esponia la presencia de su señor, y comprometido como amigo de Napoleon y por su propio honor á responder de su seguridad, insistió vivamente en que el emperador aprovechase esta ocasion providencial para alejarse. «Sé muy bien, le contestó Napoleon con injusta acritud, que se querria verme ya en camino para desembarazarse de mí y hacerme caer en manos de mis enemigos.» Un gesto de indignacion y reproche que hizo Caulaincourt, dió márgen á que el emperador le dijese que no pensaba en él al pronunciar tales palabras. «Y sobre todo, ¿qué tengo que temer? repitió de nuevo á su antiguo ministro, á la Francia cumple el protegerme.»

XV.

Entretanto las Cámaras instaban para que el gobierno alejase en él la rémora á las negociaciones, el pretesto para la agitacion de Paris, el tribuno todavía peligroso del ejército. Instado á su vez el emperador por el

tencias el reconocimiento de su dinastía como *ultimatum* de la Francia: «No, le contestó, los aliados tienen demasiado interés en imponeros á los Borbones para que consientan en coronar á mi hijo. El nombre de los plenipotenciarios desmiente sus instrucciones. La Fayette, Pontecoulan y Sebastiani son enemigos mios, han conspirado contra mí; los enemigos del padre no pueden ser amigos del hijo. Por otra parte, las Cámaras obedecen á Fouché. Si ellas me hubieran dado lo que á él prodigan, yo habria salvado la Francia. Mi sola presencia al frente del ejército hubiera hecho mas que todas vuestras negociaciones.» Olvidaba que él mismo habia abandonado á ese ejército, en el que su presencia, efectivamente, hubiera podido servir aun para combatir ó negociar. «Solo yo, repetia sin cesar, podria repararlo todo; pero vuestros gobernantes preferirian lanzarse en el abismo á salvarse conmigo.»

Estos gobernantes eran sin embargo, todos los hombres del 20 de marzo, sus ministros, sus mariscales, sus lugartenientes, sus partidarios, que habian aventurado con él y por él el último ejército de la Francia. Pero la ambicion no se satisface jamás si no se la sacrifica hasta la patria!

La afectacion de que hacia alarde considerándose en perfecta libertad de prolongar su estancia en la Malmaison, tenia evidentemente por objeto el esperar todavía alguna reaccion á su favor. En las conversaciones reservadas con sus confidentes mas íntimos, Caulaincourt y Maret, hablaba ya de retirarse á Inglaterra para reclamar la hospitalidad de un pais libre. Maret le disuadió.

Caulaincourt le aconsejó que, en el caso de adoptar este partido, no perdiese momento para asegurar el éxito, embarcándose en un barco contrabandista para abordar las costas de Inglaterra, y conseguido esto, que se presentase ante el primer magistrado del lugar donde desembarcase para invocar la proteccion que la Inglaterra

otorga á todo estrangero que pisa su suelo. Habiendo oido á ambos volvió á meditar y pareció que se inclinaba á obtar por la América. Envió á pedir al ministro de Marina la lista de los buques americanos que habia anclados en nuestros puertos, y se la remitieron.

«Llamo, señor, muy especialmente vuestra atencion, le decia el ministro en la carta que contenia estas noticias, sobre un buque americano estacionado en el Havre; su capitan se halla en mi antecámara, su coche enganchado á mi puerta; va á partir, respondo de él, aguarda vuestras órdenes; mañana, si quereis, estareis en alta mar bajo un pabellon secreto, al abrigo de los ataques de vuestros enemigos.»

Caulaincourt, interesado como miembro del gobierno en librar á la Francia del peligro á que la esponia la presencia de su señor, y comprometido como amigo de Napoleon y por su propio honor á responder de su seguridad, insistió vivamente en que el emperador aprovechase esta ocasion providencial para alejarse. «Sé muy bien, le contestó Napoleon con injusta acritud, que se querria verme ya en camino para desembarazarse de mí y hacerme caer en manos de mis enemigos.» Un gesto de indignacion y reproche que hizo Caulaincourt, dió márgen á que el emperador le dijese que no pensaba en él al pronunciar tales palabras. «Y sobre todo, ¿qué tengo que temer? repitió de nuevo á su antiguo ministro, á la Francia cumple el protegerme.»

XV.

Entretanto las Cámaras instaban para que el gobierno alejase en él la rémora á las negociaciones, el pretesto para la agitacion de Paris, el tribuno todavía peligroso del ejército. Instado á su vez el emperador por el

gobierno, contestó que estaba pronto á embarcarse para los Estados Unidos con su familia, si se le facilitaban dos fragatas. El ministro de Marina dió al instante las órdenes para que se armasen, y Mr. Bignon, ministro de Negocios Estrangeros, reclamó salvo-conductos á lord Wellington.

Pero el gobierno y las Cámaras, en vista de la vacilacion de Napoleon, y temiendo, segun los multiplicados indicios que recibian de la Malmaison, que tanta indecision y tanta lentitud fuesen táctica premeditada para consumir tiempo y espiar la ocasion de hacerse arrebatar por un cuerpo de ejercito, ó para ponerse personalmente al frente de un movimiento militar que renovaria el incendio y echaria abajo á las Cámaras, se decidieron á hacerle vigilar por un comandante militar de su residencia, cohonestando solo á medias la cautividad con los honores tributados á su antiguo rango.

El general Becker, cuñado del general Desaix, muerto en Marengo al decidir la primera victoria de Napoleon, recibió la órden de personarse en la Malmaison y de tomar el mando de la guardia del emperador, dándola el carácter de guardia de honor responsable de la seguridad del príncipe destronado. Mas al propio tiempo se le impuso el deber de impedir que el nombre ó la persona del emperador sirviese para escitar turbulencias.

Davout, ministro de la Guerra ó investido del mando en gefe del ejército despues de la abdicacion, intimó al general Becker las órdenes á la vez respetuosas y severas, anejas á semejante mision. Adicto á Napoleon, pero mas aun á su patria y á sus deberes de soldado, recibió estas órdenes con sentimiento y las cumplimentó de una manera conveniente y leal. Pero Napoleon no podia dejar de comprender su verdadera significacion, y desde luego vió en ellas la primera amenaza de los estremos á que podian arrojarse las Cámaras, sus enemigos y aun sus amigos en el gobierno, si prolongaba su indecision. Indignóse al pronto, como en Fontainebleau y en el Elíseo, pero luego se doblegó aparentando la mayor indiferencia y hasta cierta indulgencia, como si hubiese querido ocultar á sus propios ojos la situacion á que se hallaba reducido, dando á entender que mandaba cuando se veia compelido á obedecer. Sus allegados llegaron á temer en cosas mas siniestras: hablábase de una órden de detencion y de prision de Estado.

Gourgaud, jóven apasionado, cuya adhesion se aumentaba con la adversidad, como es propio de almas nobles, juró traspasar al primero que osara poner la mano sobre su señor. Todo era llanto en el cuarto de la reina Hortensia.

XVI.

Enternecido Becker á la vista del emperador, avergonzado de su mision de rigor, y no siendo dueño de la emocion que escitaba en su corazon sensible la perspectiva de esta decadencia, se acercó á Napoleon con respetuosa compasion. Parecia pedirle perdon de la severidad y los contrastes de la fortuna. Napoleon le llevó á los jardines, y con el abandono de la familiaridad le preguntó lo que pasaba en París. Becker le contestó con esa adulacion respetuosa que la compasion autoriza para con la adversidad irremediable. Mas á pesar de todo no pudo dejar de decir á su antiguo general, que si no hubiese abandonado su ejército despues de Waterloo, hubiera podido, si no vencer, intimidar á la vez á París y al estrangero, ya al frente de sus fuerzas ó detrás de los muros de Strasburgo, y dando tiempo á los negociadores asegurar su herencia á su hijo y mejores condiciones á la Francia. «Esperaba otra cosa de las Cámaras y de la Francia, contestó por escusarse el emperador; pero me

he apercibido demasiado pronto de que todo estaba gastado y desmoralizado.» Becker tomó el mando de la residencia del emperador.

Al dia siguiente conferenció de nuevo con Napoleon, que habia variado de modo de pensar durante la noche, y no hablaba mas que de partida. Envió á Savary para activar cerca del gobierno el armamento de las dos fragatas. Fouché le dijo que ya estaban prestas, pero que no permitiria que saliesen á la mar hasta que llegasen los salvo-conductos, pues no queria deshonrar su memoria por una imprudencia que se calificaria de asechanza y traicion, si las fragatas fuesen apresadas con Napoleon al salir del puerto. El mismo Carnot se impacientaba de estas alternativas del emperador, que tan pronto instaba como repulsaba, y contestó con acritud á Savary: «Aqui no se quiere poner obstáculos á su partida; lejos de eso, lo que se desea es tomar medidas para que no vuelva jamás» Caulaincourt, por su parte, rogó á Savary que persuadiese al emperador de la conveniencia y necesidad de que partiese sin mas dilacion. «Decidle, añadió, que yo se lo suplico, y que por mucho que se apresure todavía tardará.»

XVII.

En la noche del 27, abrumados Fouché y sus colegas por la doble responsabilidad que sobre ellos pesaba por la presencia de Napoleon, funesta á la patria si se escapaba, funesta á su reputacion si caia en manos del enemigo, ordenaron al ministro de la Marina que se personase en la Malmaison á manifestar al emperador que las fragatas puestas á su disposicion estaban prontas, y que se le suplicaba se embarcase aun antes de recibir los salvo-conductos. Una hora despues se revocaba esta órden.

A consecuencia de los progresos de los aliados alrededor de Paris y de la Malmaison, y de los ingleses por la costa, dió Fouché órden al ministro de la Guerra, Davoust, para enviar al general Becker gendarmes y tropas para vigilar la residencia de Napoleon y prevenir su evasion. Becker, á tenor de estas nuevas órdenes, que estrechaban el cautiverio del emperador, estaba autorizado tan solo á escoltarle sin perderle de vista á la isla de Aix, donde debia embarcarse, ó permanecer vigilándole hasta que el mar quedase libre ó hasta que fuesen otorgadas las seguridades pedidas á los ingleses para su fuga por mar. Fouché, Davout y el gobierno alejaron al mismo tiempo de la Malmaison, bajo diferentes pretestos de servicio militar ó civil, á los oficiales del cuarto del emperador que podian secundar sus designios de resistencia al destierro, y fomentar en su ánimo, ó entre las tropas vecinas, ideas de levantamiento contra la abdicacion.

Diezmada asi su córte, tanto por las medidas del gobierno como por esa soledad natural que se va creando en torno á las desgracias sin esperanza, no se componia mas que de los hombres mas irremediablemente comprometidos en su vuelta de la isla de Elba; Maret, Lavalette, Flahaut, Gourgaud, Bertrand, Montholon, Savary, Las-Cases. Este último, antiguo emigrado de una familia cortesana, no era mas que un simple chambelan admitido en la servidumbre de honor del palacio, y mas tarde en el consejo de Estado despues de su regreso del estrangero. Ninguna complicidad tenia en la nueva tentativa de imperio. Mas inclinado por su nacimiento y relaciones á los Borbones que al nuevo reinado, era un voluntario de la desgracia imperial. Hombre de estudio, familiarizado con la historia, sabia que la mas oscura lealtad recibia de los grandes hombres á quienes se dedicaba en los reveses memorables, un reflejo de grandeza y de inmortalidad. Meditaba ser un dia el historiador

de este destierro, sobre el que el mundo y la posteridad iban á fijar para siempre la vista. Halagando este pensamiento, aspiraba á obtener un lugar en el infortunio de Napoleon, como otros y él mismo lo hubieran solicitado en su prosperidad. Noble cortesano, que habia obtemperado al imperio por ambicion, é iba á lisonjear al destierro por la vanidad de la adhesion! Solo conocia de vista al emperador en los palacios, y el emperador no le conocia mas que de nombre.

XVIII.

El general Becker manifestó al emperador cuán rigorosas eran las órdenes que acababa de recibir. Pero repugnándole este papel de carcelero que le obligaban á desempeñar estas órdenes, fué á Paris para saber en qué se apoyaban, ú obtener que se dulcificasen por los mismos individuos del gobierno. Diósele de nuevo la órden de apresurar la partida de Napoleon y de acompañarle á la isla de Aix, en la rada de Rochefort, recibiendo un pasaporte en que Napoleon estaba incluido como su secretario. Temianse las emociones del pueblo en pró ó en contra del emperador durante el viage. ¿Tenia Becker instrucciones secretas para esta eventualidad? Se ignora. Este general demostró en el delicado y complejo cumplimiento de sus deberes, tal mesura y tal lealtad, que conciliaron siempre en él los sentimientos del militar obediente á su patria y del hombre sensible respetando su dignidad y la dignidad de la desgracia. A su regreso á la Malmaison comunicó las órdenes de partir y el pasaporte al emperador. «Héme aquí vuestro secretario, dijo con resignacion el prisionero.—Si, señor, replicó Becker enternecido, pero á mis ojos siempre sois mi soberano.»

XIX.

Aparentóse hacer los preparativos para la partida; pero todo denunciaba en Napoleon que estos preparativos y esta resignacion eran simulados, y que se aguardaba un pretesto para insurreccionarse contra la necesidad. El emperador habia podido muy bien desprenderse hasta la Malmaison los lazos que le adherian al imperio, pero no podia resolverse á romperlos de hecho ausentándose. Confiaba en algo, é imprevisto y desconocido, esperaba lo imposible. Aproximábanse cada dia mas á él los primeros cuerpos del ejército de Grouchy, rechazado por los prusianos y los ingleses.

Un general de caballería osado, intrépido, cuya sola patria eran los campos de batalla, para quien no habia mas gobierno conocido que el emperador, meditaba arrebatar á su antiguo general, proclamarle de nuevo entre sus escuadrones, rodearle de ochenta mil hombres que, pobres restos de la última campaña, andaban esparcidos, y encomendar otra vez á su genio la lucha á muerte contra el estrangero mas allá del Loira. Era Excelmans, cuya falta contra la disciplina y arresto inmediato por Soult y desgracia popular, hemos visto durante la primera restauracion.

Excelmans envió á la Malmaison uno de sus coroneles llamado Senecer para inclinar el ánimo de Napoleon á tomar parte en este acto de noble desesperacion. «El ejército del Norte, dijo el coronel en nombre de su general, está intacto y adicto aun con pasion á vuestra persona. Es fácil reunir á este núcleo de tropa cuanto reste de patriotismo y de gente armada en Francia. Nada hay desesperado con tales tropas al mando de tal gefe.» El emperador reflexionó, y cual lo habia hecho constante-

mente durante cuatro meses, apenas se vió en presencia de su esperanza, cuando la abandonó por otra, se retrajo á vista de los obstáculos y se redujo á la resignacion. «Dad gracias á vuestro general, dijo al enviado de Excelmans, pero decidle que no puedo aceptar su proposicion. *Necesitaria que la Francia me sostuviese, pero está desconcertada; nadie lo quiere ya!* ¿Qué haria yo solo con algunos soldados contra la Europa?» De este modo confesaba con la sinceridad de un soldado lo que no cesaba de negar en el lenguaje oficial del hombre político á la faz del gobierno, de las Cámaras y del pueblo. A estos afirmaba que él solo podia salvarlo todo dándolo animacion y vida, al paso que declaraba á Excelmans que nada podia hacer ya por la patria, por el ejército y por sí mismo. Habia ya adoptado dos lenguajes, uno para el esterior otro para la intimidad. Su objeto era aparecer víctima del abandono de los hombres, cuando no era mas que juguete de la imperiosa necesidad de las circunstancias; así engañaba á la historia, pero no se engañaba á sí propio.

XX.

Entretanto el enemigo iba á bloquearle y acampaba ya en Compiegne. Un destacamento de caballería podia atravesar el Sena y arrebatarle. Oiase el cañon desde sus mismos jardines. A este ruido pareció que se reanimaba, pidió sus armas y caballos, como si la resolucion de morir con los que morian tan cerca de él y por él, triunfase al fin en su ánimo de la languidez en que hacia tantos dias que se adormecia. Llamó al general Becker á su gabinete. Sentíase poseido de la fiebre del soldado que oye tronar el cañon. «¡El enemigo en Compiegne y en Senlis! le dijo con desesperado acento, mañana estará

á las puertas de París. No puedo concebir la ceguedad del gobierno, preciso es ser insensato ó traidor á la patria para dudar de la mala fé y del estrangero. Estas gentes, añadió aludiendo á las Cámaras y al gobierno, no entienden un ápice sus negocios.»

Al hablar así, esperaba oir una palabra de aprobacion al general Becker, pero éste se callaba, no queriendo inculpar al emperador por estos desastres, ni dar pábulo en su mente á ideas que podian agravarlo todo. El emperador aparentó comprender que este silencio significaba aquiescencia á sus opiniones, y continuó: «Todo está perdido ¿no es así? Pues bien: ya en este caso, que me hagan general. Mandaré el ejército; voy á estender la peticion.» Luego tomando por adelantado y de repente el tono de quien manda, y que impide toda objecion con la autoridad del acento: «General, dijo; vais á ser portador de mi carta al gobierno. Marchad al instante. Ahí teneis un coche. Esplicadles que mi intencion no es volver al poder, que solo quiero batir al enemigo, aniquilarle, forzarle, venciéndole, á mejores condiciones, y que obtenido este resultado, proseguiré mi camino. Marchad, general. Cuento con vos.» Y como si hubiese querido tentar la infidelidad de Becker con la perspectiva de un gran favor, precio de su complacencia, añadió al despedirle: «Ya no os separareis de mí.»

XXI.

No sabia Becker que continente tomar, pero dominado por el ascendiente de aquella voz que estaba acostumbrado á obedecer, no se atrevió á resistir de frente, y partió para cumplir una mision de cuya inutilidad nadie estaba mas persuadido que él. Al llegar á las Tullerías presentó tímidamente el mensage de su prisionero al gobierno reunido.

«Al abdicar el poder, decia en este mensage, no he renunciado al mas noble derecho de un ciudadano; al derecho de defender mi pais. La proximidad de mis enemigos á la capital no deja la menor duda acerca de su intencion y de su mala fé. En tan graves circunstancias, ofrezco mis servicios como general, considerándome aun como el primer soldado de la patria.»

Esta carta, fútil en el fondo, aunque noble en los términos, denunciaba bastantemente la intencion completamente popular con que se habia escrito. ¿Quién podia dudar que el enemigo á quien Napoleon mismo habia hecho frente en el suelo estrangero, concluiria su victoria conculcando al agresor sobre el suelo francés? ¿Dónde estaba, donde se notaba la mala fé de Wellington y de Blucher vencedores, que no habiendo consentido armisticio alguno avanzaban sobre Paris? Y finalmente, ¿cómo podia Napoleon tener mas ascendiente sobre la fortuna siendo general y al frente de los restos del ejército por él mismo abandonados dias antes, que el obtenido siendo á la vez emperador y general, á la cabeza de sus cuerpos de ejército intactos, belicosos, reunidos y sujetos á su sola voluntad?

Fouché recibió, como presidente, la carta, de manos del tímido Becker, la leyó en voz alta ante el consejo, con el acento y el gesto de quien se siente importunado por un demente, y arrojándola despues sobre la mesa, dijo: «¿Se burla este hombre de nosotros? Sin duda, añadió fijando en Becker una penetrante mirada que denunciaba sus sospechas, esta carta no es mas que una especie de deferencia hácia las Cámaras, y á estas horas se ha evadido ya de la Malmaison, pasa revista á sus soldados y les arenga contra nosotros? Becker juró que el emperador aguardaba su vuelta y su respuesta.

Deliberóse en breves palabras. Solo Carnot se inclinó al principio á aceptar el antiguo pensamiento de reintegrar al emperador, por un momento, al frente del

BIBLIOTECA
FAC. DE MED. U. A. N. L.

ejército. Fouché demostró que Napoleon era la única causa de la guerra; que su presencia al frente de las tropas equivaldria á desafiar de nuevo á la Europa y serviria de invencible obstáculo á toda ulterior transaccion en beneficio del mismo ejército y de la patria. Añadió que en el carácter de Napoleon no era creible un desprendimiento duradero del poder, y que si obtenia bastantes probabilidades para remontarse por tercera vez á su trono, arrastraria en su última é inevitable caida al ejército, á la capital, al pais y á la integridad misma de la patria.

Carnot, Caulaincourt, Davout y todos los miembros del gobierno, reconocieron sin vacilar la solidez de las consideraciones producidas por Fouché, y para atenuar la dureza de la repulsa y convencer á Napoleon por medio de un hombre de cuyos sentimientos y palabra no dudaba, se encargó el mismo Carnot de reproducir en la Malmaison estas mismas consideraciones con menos acritud, aunque con la misma perentoriedad.

XXII.

Creyendo, ó aparentando creer el emperador en el consentimiento del gobierno, se habia vestido, durante la corta ausencia de Becker reunió sus ayudantes, se despidió de Hortensia é hizo ensillar sus caballos de batalla que le esperaban á la entrada del palacio.

Entrególe Becker la respuesta del gobierno, y despues de leerla, arrojándola con desden, dijo: «Ya lo sabia de antemano; estas gentes no tienen energía. Ea, pues, general, añadió dirigiéndose á Becker como si estuviese seguro de él, toda vez que sucede lo que me pensaba, partamos inmediatamente! partamos!!»

Mas embarazado á cada momento, Becker adoptó

partido de estarse quieto y callar. El emperador llamó á Mr. Flahaut, mas jóven, mas decidido á ceder en todo al emperador ó á imponerlo todo en su nombre, ordenóle que corriese á París para concertar decididamente con el gobierno su marcha al ejército. Mr. de Flahaut obedeció. Al entrar en las Tullerías se encontró con el mariscal Davout, ministro de la Guerra, hombre de campamentos, leal hasta los límites en que la lealtad se convertia en traicion á su patria. Davout, firme en sus resoluciones, rudo en su lenguaje, rechazó enérgicamente la tentativa de Flahaut, diciéndole con el acento y la impaciencia de un marcado disgusto: «¿Conque vuestro Bonaparte no quiere partir? Pues preciso es que se decida, porque su presencia lo complica y lo perturba todo, y con él no podemos negociar ni combatir. Si acaso se lisonjea en creer que le volveremos á proclamar señor y gefe, decidle que se engaña; que parta al instante, ó de lo contrario nos veremos en la dura necesidad de arrestarle; y si es preciso, para salvar la patria y el ejército, yo mismo le prenderé.»

El ayudante del emperador contestó al mariscal, que le respetaba demasiado, á la vez que se respetaba á sí propio, para dar cuenta al emperador de tales amenazas procedentes de uno de sus lugartenientes, que ocho dias antes recibia sus órdenes y hacia alarde del mayor celo en su servicio. Davout le replicó con la autoridad de un ministro de la Guerra sobre un subordinado, y le mandó marchar á Fontainebleau á esperar órdenes. «De ningun modo iré, contestó Mr. de Flahaut, no abandonaré bajo pretesto alguno al emperador, y conservaré hasta el último momento la fidelidad que otros le han jurado.—Pues yo os castigaré, esclamó Davout.—Y yo á mi vez os quito el derecho de hacerlo, replicó el jóven ayudante, porque hago ahora mismo dimision de mi empleo, y desde este instante solo tengo que obedecer á lo que exija mi honor.»

XXIII.

En la fisonomía del ayudante de campo notó desde luego el emperador las huellas de su dolor; pero á pesar de esto, quiso saber todos los detalles y el ayudante se los refirió. «¡Que venga! esclamó Napoleon, dispuesto estoy si es preciso á entregarle mi cabeza!» En seguida despidió á los escuderos, hizo retirar los caballos y fué á lo mas intrincado de los jardines á exhalar sus quejas entre sus últimos cortesanos.

«Esos hombres están desvanecidos con su papel de soberanos, dijo á Marel; conocen que colocándome al frente del ejército no serian mas que mi sombra. En su necia importancia y en su orgullo apenas pueden sufrirme. Pero todo lo perderán.» ¡Como si no estuviese ya perdido todo!

De vez en cuando hacia alarde, ó afectaba ceder al impulso de ciertas inspiraciones de energía despues de estrañas debilidades, como Tiberio negociando con el senado, ya por medio de la resignacion ó por la insolencia. «¿Y por qué les he de dejar reinar? esclamaba con nerviosa é irritable impaciencia; yo he abdicado á favor de mi hijo; si mi nombre ha de perderse, quiero acabar con él mejor sobre el campo de batalla, y no aquí en la inaccion. Lo mejor que puedo hacer en pró de mi hijo y por mi honor, es lanzarme entre mis soldados. Mi aparicion electrizará al ejército y aterrará al enemigo.»

Sin recordar que la víspera habia desechado, despues de meditarlo, este mismo medio que le ofrecia la heróica temeridad de Excelmans, continuaba: «Sabiendo los enemigos que no he reaparecido en la lid mas que para aniquilarlos ó morir, os concederán cuanto les pidais por librarse de mí. Si por el contrario, me dejais aquí enmohe-

cer la espada, os despreciarán y os vereis obligados á recibir humildemente á Luis XVIII. Por último, si vuestros cinco emperadores, aludiendo á los cinco miembros del gobierno, no me aceptan para salvar la Francia, obraré sin su consentimiento, y con solo presentarme, Paris y el ejército me recibirán por segunda vez como libertador. —Asi será, señor, contestaba Maret, acostumbrado á creerlo todo posible en la omnipotencia de su amo; pero si la Cámara os declarase fuera de la ley... si la fortuna no fuese favorable, ¿qué seria de V. M?»

«Vamos, replicaba el emperador, tan dócil en ceder aparentemente á los consejos de la amistad, como á rebelarse de nuevo contra el destino, veo que es preciso ceder!... Teneis razon, no debo tomar sobre mí la responsabilidad de una resolucion tan trascendental. Debo esperar que la voz del pueblo, de las Cámaras y de los soldados me llame... Y como si hubiese aguardado en el instante ese imaginario grito de la opinion pública, decia: pero ¿cómo no me ha llamado aun Paris? ¿No se aperciben de que los enemigos para nada tienen en cuenta mi abdicacion?... Ese infame Fouché os engaña! La comision, engañada á su vez, se deja conducir á ciegas por él. Dia llegará en que sufrirá cargos bien amargos!... Solo hay en ella dos personas que valgan algo, Caulaincourt y Carnot; pero están mal asociados. ¿Qué pueden estos dos hombres decididos y leales contra un traidor, dos imbéciles y dos cámaras que giran segun el viento que sopla en las regiones del poder? Todos vosotros, tan necios como torpes, ¿creeis en las promesas y en la generosidad de los estrangeros? ¿Creis que os van á dar el príncipe que deseais? ¡cuánto os engañais! Alejandro obedecerá á los ingleses, y el Austria no tendrá mas voluntad que la de Alejandro!...»

XXIV.

Algunos generales de los que se hallaban mas comprometidos por los sucesos de marzo, y que mas temian a vuelta de los Borbones, recurrieron á él pidiéndole recursos para salvarse, y aunque en cantidades no muy crecidas, se los facilitó por medio de Hortensia, que temia que semejantes exigencias refluyesen en perjuicio de la seguridad de su suegro.

Por medio de uno de sus secretarios íntimos, á quien habia comisionado para inquirir noticias, supo que el enemigo llegaba ya por tres puntos diferentes á los muros de Paris, y que era tiempo de pensar en su seguridad personal. «Mañana ya nada tendré que temer, contestó al que le daba aquella nueva; he dispuesto partir esta misma noche, pues estoy hastiado de mí mismo, de Paris y hasta de la Francia entera: preparaos por lo tanto á seguirme.» El secretario pretendió escusarse con su edad y con los achaques de su madre, y Napoleon hizo como que se daba por satisfecho de tales escusas que, se multiplicaban sin cesar en torno suyo.

«No necesito mas que un viento favorable y que la suerte me proteja, decia con acento resuelto y ánimo resignado; me dirigiré á América, allí me cederán algunas tierras, ó bien las adquiriré y me dedicaré á su cultivo; de este modo acabaré por donde el hombre ha empezado, y viviré del producto de mis tierras y de mis ganados.» Y habiéndole ocurrido á su confidente presentar algunas objeciones con motivo de la inmediacion de los Estados Unidos de la Europa: «Pues bien, le repuso, marcharé á Méjico á ponerme á la cabeza de los independientes, y atravesando mares y rios, no me detendré hasta encontrar un asilo contra el odio y la persecucion de los hom-

bres. Y á la verdad, ¿qué quereis que haga? ¿He de dejarme acaso prender por Wellington como si fuera un chico para dar mayor realce al triunfo que le aguarda en Lóndres? No me queda otro partido que el de retirarme: lo demas queda á cargo del destino. Yo podria tambien darme la muerte diciendo como Anibal: Vamos á librarles del terror que les inspiro! Pero el suicidio es digno solamente de almas débiles y de mezquino temple. En cuanto á mí, podré decir que cualquiera que sea la suerque me esté reservada, nada haré jamás por anticipar mi fin natural un solo momento!...» Sirva esto de refutacion á la farsa de suicidio que sus aduladores trataron de hacer creer que tuvo lugar en Fontainebleau.

XXV.

Savary, á quien no habia tratado bien despues de su regreso de la isla de Elba, y que intentaba recobrar el aprecio de sus servicios sin reserva y por medio de la mas pertinaz y desinteresada fidelidad, le aconsejaba por su parte, no que se diese la muerte por su propia mano, sino que fuese á buscarla ante las descargas de la artillería que resonaban por toda la Francia.

Hallábase ya la Malmaison cercada por todas partes por las tropas de Blucher, el cual habia dicho á Wellington: «Como consiga hacerle prisionero, podeis contar que le hago ahorcar al frente de mis columnas!» Aquel general, á quien animaba una energía salvage, ardia en deseos de vengar á la reina de Prusia, víctima de los implacables golpes de Napoleon y del aniquilamiento de su patria; mas Wellington, que sabia respetar á sus enemigos haciéndoles la guerra, no podia menos de indignarse de tan vergonzosas represalias. El emperador, asi que tuvo noticia de que el peligro avanzaba, mandó reconocer si los puentes de Bezons y de Pecq que defendian la Malmaison, estaban cortados, y resultando del reconocimiento hallarse practicables, los oficiales de su casa y las tropas al mando de Becker, adoptaron diferentes disposiciones defensivas en torno de su residencia, á fin de poder resistir á un golpe de mano, trascurriendo la noche toda en medio de tales agitaciones.

Serian las tres de la mañana, cuando los amigos que aun le quedaban en la Cámara de diputados, y en el gobierno, vinieron á anunciarle que los aliados se negaban á dar los salvoconductos y los pasaportes pedidos por Fouché, y que apenas le quedaria tiempo suficiente de librarse del cautiverio apelando á la fuga; mas á pesar de esto, todavia pidió le concedieran algun tiempo, prometiendo emprender su marcha en todo el dia.

El general Becker recibió órden de no permitirle volver atrás una vez que se hubiese alejado, y el comandante de marina en Rochefort recibió asimismo instrucciones previniéndole que no le permitiera volver á pisar el suelo francés despues de haberse embarcado para la isla de Aix.

Los historiadores han tratado de presentar esta órden y el conjunto de circunstancias que precedieron á la salida de Napoleon de la Malmaison, como otros tantos lazos tendidos por los miembros de la comision y por el mismo Fouché con el objeto de perderle; mas tales acusaciones se hallan desmentidas por los hechos. Vióse al gobierno, no solo desear, sino hacer todo lo posible por apresurar la marcha de Napoleon, que era un obstáculo á la vez para la paz, para la guerra, y para que el pais pudiese moverse libremente, desde su llegada al Eliseo hasta el 29 de junio. Aquellos diez dias perdidos por Napoleon en dar pábulo á sus ideas de dictadura, de abdicacion, en volver á poner sus miras en el imperio, en inventar dilaciones calculadas, en irresoluciones, en contestaciones con el gobierno y consigo mismo, le hubieran servido para proporcionarle los medios de una fuga con la mayor

seguridad. Es de notar tambien que una vez entabladas por el gobierno negociaciones por el enemigo triunfante, no le era posible mientras existian aquellos tratos ó quizá despues de terminados, permitir que Napoleon, única causa de la guerra, volviese á entrar en el mismo territorio que habia abandonado libremente, renovando en consecuencia la guerra despues de una capitulacion cuya primer condicion consistia en su alejamiento. No fué por cierto culpa de las Cámaras si Napoleon estuvo fluctuando por espacio de tantos dias entre todos los partidos, dejándose escapar el poder de las manos en París, permitiendo que el enemigo avanzase en masa y á marchas forzadas sobre la capital y que las tropas ligeras de Wellington y de Blucher, ocupasen á Compiegne, á Senlis, y sitiasen á la Malmaison.

Los miembros del gobierno tenian sobre sí una triple responsabilidad: libertar á las negociaciones de la persona y de la presencia del emperador; prevenir por su parte, despues de la abdicacion, cualquier tentativa de dictadura militar que volviese á poner en cuestion hasta la misma existencia de París y la integridad del territorio nacional; y por último, impedir que el emperador, hecho prisionero por el enemigo en la Malmaison, no apareciese como entregado por la Francia, teniendo en ese caso la paz por deshonrosa. En la ansiedad á que la obstinacion de Napoleon habia reducido el 29 de junio al gobierno, colocado como se hallaba bajo el fuego de los cañones del enemigo, no le quedaba evidentemente otro partido que tomar que el de poner al abrigo la persona de Napoleon en la isla de Aix, en disposicion de hacer uso de las fragatas que se le tenian preparadas y de los recursos para una evasion por mar que un partido le ofrecia, prohibiéndole hasta que verificase su embarque, el regresar al suelo continental de la Francia. Y no fué tampoco la perfidia del gobierno la que dilató su salida de la Malmaison por tanto tiempo, ni la que hizo que se

aumentasen las dificultades para una fuga; fué tan solo debido á su propia voluntad, hasta el punto de llegar á hacerse imposible como se va á demostrar. La historia no debe convertirse en eco complaciente y engañoso de las acusaciones de la familia y de los servidores de Napoleon, ni deshonrar á la nacion por lavar la mancha que un grande hombre se echó á sí mismo con sus irresoluciones de espíritu. Nadie hizo traicion á Napoleon durante las supremas circunstancias de su partida, mas que él mismo, que queriéndose aferrar mas y mas á la orilla, llegó á faltarle esta.

XXVI.

Todavía trascurrió todo el dia 29 en vaga espectativa, en aguardar sin esperanza, en volver inútilmente los ojos hácia París y hácia todos los demas puntos del horizonte, en dar paseos por los jardines, en conversaciones con sus familiares, en continuas despedidas á su familia y amigos. A eso de las cinco de la tarde vinieron á avisarle que los dos carruages mandados preparar por el general Becker aguardaban ya en el parque. Abrazó entonces á la reina Hortensia que se deshacia en lágrimas, se despidió de los oficiales y soldados de su guardia por medio de un triste ademan, y conforme iba marchando por la avenida del parque á cuya estremidad se hallaban los dos carruages, volvióse diferentes veces para contemplar aquella grata mansion de su juventud, de su dicha y de su gloria, subiendo por fin en uno de los carruages con el general Becker, su gran mariscal de palacio, Bertrand y Savary. En otros dos coches que debian tambien dirigirse á Rochefort, aunque por diferente camino, marchaba su comitiva, compuesta de Gourgaud, de la esposa del general Bertrand y de sus hijos; de Mr. y de Mad. de Montholon, de Mr. de las Casas, de su jó-

ven hijo Manuel y una numerosa cohorte de criados. Napoleon, Becker, Bertrand y Savary habianse quitado sus uniformes, y llevaban sencillos vestidos de viage á fin de no llamar la atencion de los curiosos y evitar reuniones en el camino. Solo Gourgaud marchaba con su grande uniforme en una berlina de gala del emperador, con el objeto de que la atencion del pueblo escitada por aquel lujo y aparato, se fijase únicamente en aquel carruage, y evitar de este modo los peligros del camino, si la perfidia de los enemigos del emperador los hubiesen acaso preparado, ó bien si la espontánea emocion de los pueblos hacia á sus habitantes que se agolpasen hácia su señor.

Las poblaciones por donde Napoleon habia forzosamente de pasar, apenas se hallaban pacificadas por completo de las insurrecciones realistas en contra suya, por cuya razon Becker deseaba precipitar la marcha todo lo posible, ya para asegurar cuanto antes el depósito que le estaba confiado, ya tambien para declinar en breve la responsabilidad que pesaba sobre su alma. Más al llegar á Rambouillet, Napoleon quiso pasar allí la noche, conservando siempre, aun en el camino para el destierro la ilusion que sostenia en su mente hacia diez dias, sin poder llegar á persuadirse de que la Francia dejase partir á su héroe sin volver á llamarle. Durante el largo insomnio que sufrió en Rambouillet, su imaginacion no se ocupó mas que de sus ilusiones de llamamiento del pueblo, del ejército, de las Cámaras acosadas, segun él, desde su marcha de los mayores remordimientos y de un vivo deseo de detenerle. Pasó la noche prestando el oido con la mayor atencion á cuantos rumores se dejasen sentir en la poblacion, y haciendo ir diferentes veces al general Gourgaud á escuchar desde el camino de la Malmaison si en el silencio de la noche se sentia el ruido de los pasos de los correos que incesantemente aguardaba por aquella parte.

Excelmans, con efecto, habia llegado en la noche del 29 á Vincennes con dos divisiones de dragones, siempre dominado de la misma idea que habia ya comunicado al emperador por conducto de su ayudante de campo el coronel Sencier. Aquel general, lejos de desanimarse con la primera negativa de Napoleon, trataba de vencer su indecision, y al efecto confió su proyecto al general Doumesnil, comandante de Vincennes, que le anunció la marcha de Napoleon. Entonces Excelmans ya no pensó mas que en ilustrarse á sí propio por medio de de un golpe de audacia contra los prusianos.

XXVII.

Como durante aquella noche ninguna nueva se recibió de Paris, el emperador no consintió en abandonar á Rambouillet hasta el dia siguiente, 30, al medio dia. Hubiérase dicho que trataba de saborear hasta el último instante los recuerdos de su grandeza y del imperio que aquella augusta mansion le traia á la memoria. A eso del medio dia emprendió la marcha hácia Chateaudun, donde se habia estendido la voz de que Napoleon habia perecido en un encuentro con los prusianos. Mientras mudaban los caballos fué reconocido por la muger del maestro de postas, que no desplegó sus labios y derramó copiosas lágrimas al reconocerle. Atravesó despues á Tours y á Poitiers sin detenerse, y en Saint Maixent se vió rodeado su carruage por un grupo amenazador, mas el general Becker consiguió abrirse paso por medio de un oficial de la gendarmería á quien el tumulto atrajo á la plaza. Por fin, ya de noche llegaron á Niort.

Napoleon, tranquilo respecto á su seguridad, al verse en una poblacion en la cual habia concentrado algunas tropas de observacion contra la Vendée, quiso detenerse

ven hijo Manuel y una numerosa cohorte de criados. Napoleon, Becker, Bertrand y Savary habianse quitado sus uniformes, y llevaban sencillos vestidos de viage á fin de no llamar la atencion de los curiosos y evitar reuniones en el camino. Solo Gourgaud marchaba con su grande uniforme en una berlina de gala del emperador, con el objeto de que la atencion del pueblo escitada por aquel lujo y aparato, se fijase únicamente en aquel carruage, y evitar de este modo los peligros del camino, si la perfidia de los enemigos del emperador los hubiesen acaso preparado, ó bien si la espontánea emocion de los pueblos hacia á sus habitantes que se agolpasen hácia su señor.

Las poblaciones por donde Napoleon habia forzosamente de pasar, apenas se hallaban pacificadas por completo de las insurrecciones realistas en contra suya, por cuya razon Becker deseaba precipitar la marcha todo lo posible, ya para asegurar cuanto antes el depósito que le estaba confiado, ya tambien para declinar en breve la responsabilidad que pesaba sobre su alma. Más al llegar á Rambouillet, Napoleon quiso pasar allí la noche, conservando siempre, aun en el camino para el destierro la ilusion que sostenia en su mente hacia diez dias, sin poder llegar á persuadirse de que la Francia dejase partir á su héroe sin volver á llamarle. Durante el largo insomnio que sufrió en Rambouillet, su imaginacion no se ocupó mas que de sus ilusiones de llamamiento del pueblo, del ejército, de las Cámaras acosadas, segun él, desde su marcha de los mayores remordimientos y de un vivo deseo de detenerle. Pasó la noche prestando el oido con la mayor atencion á cuantos rumores se dejasen sentir en la poblacion, y haciendo ir diferentes veces al general Gourgaud á escuchar desde el camino de la Malmaison si en el silencio de la noche se sentia el ruido de los pasos de los correos que incesantemente aguardaba por aquella parte.

Excelmans, con efecto, habia llegado en la noche del 29 á Vincennes con dos divisiones de dragones, siempre dominado de la misma idea que habia ya comunicado al emperador por conducto de su ayudante de campo el coronel Sencier. Aquel general, lejos de desanimarse con la primera negativa de Napoleon, trataba de vencer su indecision, y al efecto confió su proyecto al general Doumesnil, comandante de Vincennes, que le anunció la marcha de Napoleon. Entonces Excelmans ya no pensó mas que en ilustrarse á sí propio por medio de de un golpe de audacia contra los prusianos.

XXVII.

Como durante aquella noche ninguna nueva se recibió de Paris, el emperador no consintió en abandonar á Rambouillet hasta el dia siguiente, 30, al medio dia. Hubiérase dicho que trataba de saborear hasta el último instante los recuerdos de su grandeza y del imperio que aquella augusta mansion le traia á la memoria. A eso del medio dia emprendió la marcha hácia Chateaudun, donde se habia estendido la voz de que Napoleon habia perecido en un encuentro con los prusianos. Mientras mudaban los caballos fué reconocido por la muger del maestro de postas, que no desplegó sus labios y derramó copiosas lágrimas al reconocerle. Atravesó despues á Tours y á Poitiers sin detenerse, y en Saint Maixent se vió rodeado su carruage por un grupo amenazador, mas el general Becker consiguió abrirse paso por medio de un oficial de la gendarmería á quien el tumulto atrajo á la plaza. Por fin, ya de noche llegaron á Niort.

Napoleon, tranquilo respecto á su seguridad, al verse en una poblacion en la cual habia concentrado algunas tropas de observacion contra la Vendée, quiso detenerse

allí otro dia, y pasó la noche en la casa de postas. Apenas se despertó abrió la ventana complaciéndose en dejarse reconocer por los húsares que estaban limpiando sus caballos en la plaza. El grito de «viva el emperador», que era la palabra de órden de las tropas por do quiera, puso en movimiento á todo el pueblo y atrajo á sus habitantes al pie de aquella ventana. El prefecto acudió al punto y le hizo aceptar su propia casa, y así el pueblo como la tropa no cesaron en todo el dia de aclamarle con el mayor ardor y decision. Nada se temia entonces de su ambicion, y solo se acordaban de su gloria. Durante el dia se ocupó en recibir á los oficiales, á los funcionarios públicos y demas habitantes que se apresuraban á saludar en él al héroe caido.

No faltaron algunos oficiales que le animaron á ponerse á su cabeza para emprender de nuevo la resistencia, dejándose bien conocer cuanto le complacian tales instancias y los deseos que abrigaba de que los sentimientos de aquellos soldados llegasen á propagarse entre el pueblo. Así es que dió órden al general Becker para que despachase un correo á fin de informar al gobierno del entusiasmo que se habia despertado entre las tropas á su sola presencia, que le hacia temer que á su partida estallase una abierta resistencia, y por último á fin de anunciarle que por noticias llegadas de Rochefort, se sabia que el paso de la rada se hallaba cerrado para los buques por los cruceros ingleses. «El gobierno, repetia incesantemente, desconoce el espíritu que anima á la Francia; se ha apresurado demasiado á alejarme de París. Si hubiera adoptado mis últimas proposiciones, otra faz presentarian las cosas. Aun conservaria yo toda mi influencia en los asuntos públicos, y mi nombre hubiera servido de centro de reunion.» Finalmente, mandó tambien al general Becker que al escribir al gobierno le ofreciese como general de un ejército, que defenderia á París.

Becker obedeció en silencio, dándole esta última muestra de su condescendencia, y con objeto tambien de hacer mas llevaderos los dolores ó ilusiones de su prisionero.

XXVIII.

Habiendo llegado por fin á Rochefort el 3 de julio por la mañana, se apeó en la prefectura marítima. Su aspecto, durante toda la marcha, con referencia al general Becker, fué digno y tranquilo, permaneciendo siempre en silencio, sin que se oyese mas ruido que la respiracion de aquellas cuatro personas que ocupaban el carruage. Parecia hallarse agobiado bajo el peso de una idea, abismado en sus pensamientos y sin apartar la mente de las eventualidades que pudieran acarrear un cambio de fortuna, circunstancia que solo de cuando en cuando dejaba traslucirse por el escaso número de palabras que se escapaban entre sus meditaciones.

La poblacion de Rochefort, á la cual habia Gourgaud advertido de su llegada, rodeaba la casa de su alojamiento, guardando un respetuoso silencio, interrumpido á veces por generosas aclamaciones que servian de alivio á su infortunio. Las dos fragatas que le aguardaban hallábanse ancladas en la rada, á un tiro de cañon de la isla de Aix, pero los vientos se presentaban contrarios y los ingleses permanecian ocupando las salidas de la rada. Los comandantes de marina y los oficiales de las fragatas se reunieron en consejo en la prefectura á fin de deliberar acerca de las posibilidades ó de los peligros del embarque y de la salida del puerto. Las probabilidades del riesgo, sin aparecer enteramente contrarias, no dejaban de ser de consideracion. Tratóse tambien de emprender la evasion de la rada por medio de bu-

ques ligeros, á propósito para burlar la persecucion de la escuadra inglesa, ó bien valiéndose de una embarcacion dinamarquesa que se habia ofrecido á defender al emperador con su pabellon y con su rapidez. Finalmente, se le propuso asimismo al emperador el trasportarse por tierra hasta el rio de Burdeos, en donde el valiente y decidido capitan Baudin se proponia recibirle á bordo de su fragata *la Bayadera*, jurando por su honor y pericia conducirle á los Estados Unidos.

El emperador, que asistia en persona á aquellos consejos, tomaba parte en las discusiones, oia todas las resoluciones, tomaba en su consecuencia disposiciones que á poco rato abandonaba por otras; dejaba en fin, trascurrir las horas fluctuando siempre sus decisiones conforme á la instabilidad que dominaba su espíritu. ¿Seria por ventura cálculo ó irresolucion? ¿Era que aun aguardaba el último llamamiento de París, ó titubeaba en colocar al Océano entre su pasado y él? La opinion de los testigos de aquellas jornadas, perdidas á la vez para su salvacion y para su poder, es que él esperaba sin probabilidades de esperanza, y que creia que todo lo ganaba queriendo detener al tiempo.

XXIX.

El gobierno habia por fin contestado al despacho de Becker dictado por Napoleon, en los siguientes términos: «Napoleon deberá embarcarse sin retardo alguno. Si se hubiera hecho desde luego, sabemos por el prefecto de Rochefort que su salida no habria ofrecido obstáculo alguno. Ponemos, pues, su persona bajo vuestra responsabilidad, *debiendo hacer uso hasta de la fuerza*, si fuere necesario, y guardándole siempre el respeto debido. Por lo tanto dispondréis se embarque inmediatamente. Respecto al ofrecimiento que hace de sus servicios, nuestros deberes para con la Francia y nuestros compromisos con las potencias estrangeras no nos permiten aceptarlos, por lo cual no volverá á hablarnos de ellos.»

La severa impaciencia que se desprende de las palabras de aquel despacho firmado por Caulaincourt y Carnot, de cuya adhesion al emperador no podia dudarse, prueba suficientemente hasta que punto habian llegado á hastiarse sus mejores amigos de tan continuas irresoluciones. La amistad misma no podia menos de rebelarse contra tan ciega importunidad de esperanza. Davout habia escrito tambien al general que mandaba las fuerzas del departamento para que prestase su auxilio á Becker en caso necesario, con el fin de obligar á Napoleon á embarcarse. Véiase, pues, que la capitulacion de París, terminada con el enemigo en aquel mismo dia, no permitia ya en manera alguna al gobierno contemporizar con el caido emperador.

Becker, con la lealtad que le era propia, manifestó á Napoleon las órdenes que acababa de recibir. «Y bien, ¿qué es lo que pensais hacer?» preguntó el emperador al general. «Mi posicion no es á la verdad la mas á propósito para dar consejos, repuso el general conmovido; mas, sin embargo, si alguno me es permitido aventurar, es el de que adopteis una pronta resolucion, y que cualquiera que ella sea la llevéis á cabo en el instante, por que es fácil que el nuevo gobierno trate de enviar otros ejecutores de sus órdenes, y en ese caso cesarian de todo punto los poderes que se me confiaron por el gobierno provisional y os veriais quizá amenazado de nuevos é ignorados peligros.—Mas en ese caso, replicó Napoleon, como queriendo leer en el ánimo de Becker, ¿vos nunca seriais capaz de entregarme?—No ignorais, contestó el general, que sabria vender cara mi vida por proteger y asegurar vuestra fuga, pero los comandantes de las fragatas, puestos ya á las órdenes de Luis XVIII, no

reconocerian para nada las mias.—Está bien; disponed, pues, las embarcaciones necesarias para trasportarnos á la isla de Aix,» dijo el emperador.

Reunidos á poco los buques en el muelle, el emperador se embarcó en la fragata *la Saale*. El prolongado grito de despedida que resonó desde la orilla, fué solo contestado por el golpear de los remos que le separaban del continente. El viento habia arreciado, y el mar parecia agitarse por momentos, asi que la travesia de Rochefort á la isla de Aix fué larga y trabajosa. El emperador permaneció á bordo de la fragata *la Saale*, y en ella pasó la noche acompañado de Becker, Bertrand, Savary y Gourgaud.

Eran las ocho de la noche; hora en que Luis XVIII, lanzado por Napoleon el dia 20 de marzo, se instalaba en el palacio de las Tullerias despues de haber atravesado las calles de Paris rodeado de las aclamaciones del pueblo que saludaba en él el advenimiento de la paz.

XXX.

El 9 al amanecer verificó Napoleon su desembarco en la isla de Aix. Asi el pueblo como el regimiento de marina que guarnecia la isla, ocupaban toda la costa formando una gran masa ávida por contemplarle, y lanzando al aire mil aclamaciones. El destierro parecia mas bien un triunfo al contemplar el inmenso gentío que coronaba los buques, las orillas y los campos. El emperador revistó el regimiento, y despues de haber recorrido la isla como saboreando los últimos goces del mando, regresó á su fragata. Alli aguardaba el prefecto marítimo con una reciente instruccion del gobierno relativa á su embarque, en la cual se calificaba de alta traicion el acto de un nuevo desembarco en territorio francés. El

emperador, rehusando siempre las ofertas aventuradas hechas para salvarle, por el capitan Baudin, por el navio dinamarqués y por los jóvenes oficiales de la marina, que se comprometian á hacerle atravesar por entre los cruceros valiéndose para ello de ligeras embarcaciones, resolvió trasladarse á bordo del *Belerofonte*, al mando del capitan Maitland, el cual se hallaba anclado en la isla de Oleron con un bric, cuyos buques componian todo el crucero inglés. Encargó á Mr. de Las-Cases que fuese á parlamentar con el capitan Maitland y á exigirle garantías de seguridad para el caso de que el emperador se refugiase á su bordo.

«No me es posible obligarme á nada, contestó el capitan Maitland; todo cuanto podré hacer en vuestro obsequio, es dar parte de nuestra entrevista al almirante Hotham, mi gefe superior, que se halla con el grueso del ejército en la bahía próxima de Quiberon, y os ofrezco trasmitiros la respuesta.» Habiendo ademas preguntado Mr. de Las-Cases al capitan Maitland, si permitiria el paso á las fragatas ó á otro cualquier buque neutral conduciendo á bordo al emperador Napoleon, el capitan le manifestó que atacaría á las fragatas siempre que fuesen enemigas, que haria prisionero á Napoleon, y que en el caso de que éste montase un buque neutral, detendria al buque y someteria á la decision de su gobierno la suerte que habia de caber á Napoleon. Dejó tambien entrever sus recelos de que se llevase á efecto la idea de trasladar á Napoleon á los Estados Unidos, é indicó á Las-Cases la de pedir un asilo á la Inglaterra, mas sin aventurar nada en este último caso, respecto á la resolucion que pudiera adoptar su gobierno en la cuestion de la libertad ó cautiverio de Napoleon.

XXXI.

Las-Cases, á su regreso, dió cuenta al emperador del resultado de su entrevista y su ánimo no pudo menos de desmayar en alto grado. Entretanto, y apenas tuvo lugar la conversacion mencionada, el buque y el bric se reunieron viniendo á colocarse ambos á la salida de la rada, con la mira, á no dudarlo, de cortar la retirada á las fragatas, caso de intentar la fuga durante la noche. El capitan de una de estas, la *Medusa*, sintiéndose impulsado por la gravedad de las circunstancias y por la importancia del depósito que se le confiaba, propuso forzar el paso á todo trance, debiendo para ello adherirse al costado del *Belerofonte* y perecer si era preciso bajo el fuego de sus cañones antes que permitirle maniobra alguna, mientras que *la Suale*, combatiendo al bric hasta destruirle, lograse poner al emperador en alta mar. Napoleon rechazó desde luego tan arriesgada empresa que habia de costar la vida á toda una tripulacion para conseguir su fuga. Prolongóse, pues, durante la noche su interminable indecision, sin que pudiera ocultársele por otra parte que el resultado de tan continuas dudas vendria á ser al fin la inevitable capitulacion de su persona, puesto que la escuadra reunida del almirante Hotham, avisada oportunamonte por Maitland, iba á cercar la rada durante la noche. A pesar de todo, aun volvió á surgir en su mente, ó por lo menos así lo quiso hacer creer, la idea de aprovechar las ofertas del capitan de la Bayadera para atravesar el Océano, y al efecto comisionó al general Lallemand á fin de ponerse de acuerdo con aquel, volviendo tambien á oir las proposiciones del capitan dinamarqués. Pocas horas despues de esto mandaba embarcar sus equipages y bagages en las goletas

de carga para ser trasportados á bordo del buque inglés, al cual por fin se decidió á trasladarse él mismo. En el curso de aquella misma noche, sin embargo, pensó otra vez de distinto modo, y volvió á desembarcar en la isla de Aix, instalándose en la casa del director de ingenieros.

Los dias entretanto iban trascurriendo con mayor rapidez que sus pensamientos. Lallemand volvió de su comision, repitiendo siempre las mismas seguridades y las mismas instrucciones por parte del capitan Baudin, mas como Napoleon se veia otra vez en tierra, no parecia si no que esta le retenia á su pesar; así, pues, volvió á rehusar de nuevo las ofertas de la Bayadera, solicitadas dos veces por él mismo. Entonces pareció decidirse por las proposiciones que le hicieron algunos jóvenes alféreces de navío que pretendian armar dos playeros ó barcos pescadores anclados en la rada, y con su ayuda conducirle, costeando, á gran distancia de los cruceros ingleses despues de haber atravesado el Océano. Compráronse con efecto los barcos, se armaron las tripulaciones, se arreglaron los bagages, y todo quedó preparado en la apariencia para embarcarse antes de la aurora.

Becker anunció al emperador hallarse todo dispuesto á eso de la media noche. «Voy allá» respondió Napoleon disponiéndose á bajar á la playa. Las lágrimas y los lamentos de las personas de su séquito que se veian separadas de él en aquellas pequeñas embarcaciones, llegaron entonces á sus oidos. Por do quiera no se oia mas que esta palabra: «La Inglaterra.—¿Así lo quereis? esclamó Napoleon en el instante, pues bien, iremos á Inglaterra!» Aquel pequeño grano de arena consiguió hacerle vacilar y decidirle á cambiar de resolucion.

Todavía quiso conceder una noche mas á aquella vaga esperanza que alimentaba desde su salida de la Malmaison, pero esa noche no trajo mas de nuevo que la aparicion de la bandera blanca de los Borbones, flotando

en Rochefort y en todos los demas puntos de la costa. Volvió á enviar de nuevo á Las-Cases, á Savary y á Lallemand al *Belerofonte*, y su capitan les manifestó que se hallaba autorizado por su gobierno para recibir á bordo á Napoleon y su séquito, pero que él no podia garantizar de modo alguno si obtendrian ó no pasaporte ó salvo-conducto para pasar desde Inglaterra á los Estados Unidos. «Esto no me ofrece garantía alguna,» respondió Napoleon despues del regreso de Lallemand. Mientras esto tenia lugar, el capitan dinamarqués insistia por su parte en que se le diese á él la preferencia. Napoleon quiso entonces volver á oir los consejos de sus amigos, los cuales, con la única escepcion de Lallemand, le rogaron encarecidamente que se pusiese en manos de la caridad británica ántes de esponerse á correr los azares del mar y de ser arrojado por las olas á otras playas desconocidas y quizá inhospitalarias. Por fin cedió al impulso de tales consejos, muy conformes en verdad con sus propias resoluciones, y encerrándose en su habitacion escribió al príncipe regente de Inglaterra la siguiente carta, en la que se observaba al par que el acento de Mario á Minturnes, esa entonacion tan natural en un alma grande que lucha contra los últimos reveses de la suerte.

«Alteza real:

«Víctima de las facciones en que se halla dividido mi pais y del odio de las grandes potencias de la Europa, he terminado mi carrera política, y vengo como Temistocles á acogerme al hogar británico. Me pongo bajo la proteccion de sus leyes, que reclamo de V. A. R., como del mas poderoso, del mas constante y del mas generoso de mis enemigos.

Napoleon.»

Esta carta, dictada entre la patria que le negaba un trono, y el Océano que le negaba el recurso de la fuga, y á la que puede muy bien llamarse el epitafio de su vida política, es digna de inscribirse en la postrera página de su decadencia. Allí está reasumido con una dignidad triste y tranquila todo cuanto habia sido hasta entonces y lo que consentia ser en lo sucesivo. Dueño de la Europa, implorando la hospitalidad de la única isla que el Océano habia preservado de su dominacion, hacia un llamamiento á la lealtad y á la generosidad de un enemigo, llamamiento que no debió ser desechado si la Inglaterra hubiera tenido en mas la grandeza moral de su hospitalidad que la seguridad política del mundo. La Inglaterra acaso hubiera cometido tan generosa imprudencia á haber podido obrar por sí sola, pero formaba parte de esa cruzada europea contra el hombre que habia subyugado y dominado al continente, y la grandeza de alma puede tal vez esperarse de una córte, mas nunca de una coalicion. Los actos colectivos son mucho mas implacables que los individuales, porque nadie carga en ellos con la responsabilidad ante el género humano. Un hombre de Estado puede á veces dejarse llevar de su corazon; un congreso de reyes no escucha mas voz que la de la política. La venganza aconsejaba represalias, la política autorizaba á los soberanos para no fiarse ya de un hombre que habia roto el tratado de Fontainebleau y habia vuelto á apoderarse con espada en mano de ese mismo territorio y de ese trono á que él mismo habia renunciado en aquel tratado.

Pero lo que nunca podrá, á la verdad ser bastante deplorado por honor á la magestad y á la moralidad de la historia, es que la Inglaterra no haya sabido responder con un asilo magnánimo á la carta de Napoleon. La grandeza y la elevacion del alma constituyen la soberana prudencia, y jamás ha engañado su virtud.

XXXII.

Gourgaud fué el encargado de conducir á Lóndres esta carta, llevando ademas instrucciones á fin de hacer todos los esfuerzos imaginables para obtener una audiencia del príncipe regente, á quien se suponia de ánimo leal, aunque algo débil; debia exigir para Napoleon una residencia en el campo y á una distancia no muy apartada de Lóndres; que él por su parte se obligaba á vivir como hombre privado y á adoptar el nombre de *Muiron* ó de *Duroc*, nombres ambos de dos compañeros de armas muy queridos y que ya no existian, con los cuales reemplazaba el suyo propio llevado de una especie de supersticion sostenida por su recuerdo, demostrando en esto un tierno sentimiento que le honraba sobremanera, y por último, deberia hacer presente que se hallaba dispuesto á aceptar la vigilancia de una comision que residiria cerca de él.

Por medio de una segunda carta dirigida en nombre del emperador al capitan Maitland, por el mariscal de palacio Bertrand, se le hizo saber á dicho gefe que Napoleon se trasladaba á bordo del *Belerofonte* á las cuatro de la mañana. Gourgaud y Las-Cases, encargados de entregar aquellas cartas, partieron durante la noche para ponerlas en manos del capitan Maitland, embarcándose al efecto en un ligero buque que debia conducirles á las costas de Inglaterra con objeto de cumplir su mision.

La noche del 15 al 16 de julio fué tambien para Napoleon una nueva série de irresoluciones, de ansiedades de dudas y de ruegos por parte de los decididos marinos que habian jurado librarle del desleal asilo que iba á reclamar de sus enemigos. Luchando estaba todavía con

sus dudas, cuando vino Becker á anunciarle la llegada de Mr. de Bigny, capitan de fragata y sobrino del abate Luis, procedente de Gante á donde habia ido acompañando al rey, y el cual, segun decian, venia encargado de apoderarse de la persona de Napoleon si aun persistia en prolongar por mas tiempo su permanencia en una isla francesa, por cuyo solo hecho se hallaba fuera de la ley.

Vistióse Napoleon como para asistir á una de las mas grandes solemnidades de su vida, y habiéndose embarcado con el general Becker y sus oficiales en una lancha, pasó en seguida á bordo de un bric francés que le aguardaba para conducirle hasta la escuadra inglesa. Becker, que se hallaba á su lado, le pidió permiso para no abandonarle hasta el momomento en que fuese á dejar la embarcacion francesa. «No os movais, general, respondióle el emperador con esa delicadeza de sentimientos que prueba la solicitud de un hombre de honor por la buena fama del encargado de su custodia; no os movais, y pensemos antes que todo en la Francia; si me seguis hasta el *Belerofonte*, quizá podria creerse que érais vos quien me entregaba á los ingleses, cuando por un efecto de mi propia voluntad paso yo mismo á bordo de los cruceros de aquel pais; no quiero, pues, que pese en manera alguna sobre la Francia la mas ligera sospecha ó apariencia de semejante traicion.» Despues tendiendo su mano á Becker, le dijo estas palabras: «Dadme un abrazo, general, y recibid las mas sinceras gracias por todo lo que habeis hecho por mi; solo siento no haberos conocido antes. Adios....» Becker, conmovido y sin poder contener sus lágrimas, le abrazó deseándole mejor suerte que la que cabia á su patria.

XXXIII.

El bric se dirigió rápidamente hácia el *Belerofonte* á bordo del cual fué recibido el emperador por el capitan Maitland, por sus oficiales y demas soldados de la tripulacion con el aparato y respeto debidos á su dignidad, á su nombre y á su desgracia. El bric se alejó en seguida haciendo resonar en el espacio el postrer grito de *viva el emperador*, y en aquel mismo instante vióse aparecer la bandera blanca sobre todas las embarcaciones surtas en la rada.

El segundo imperio habia terminado. Napoleon, colocado sobre la cubierta de un buque de guerra inglés, veia desaparecer al propio tiempo que sus colores los últimos vestigios de su aparicion en el continente, dudando en su interior si aquel puente que hollaba con sus plantas seria mas bien una prision que un asilo.

El almirante Hotham, persona que reunia á las mas distinguidas maneras un ánimo muy digno y elevado, siendo, por decirlo asi, el verdadero tipo de la aristocracia naval de Inglaterra, tanto por su presencia como por sus sentimientos, pasó pocos momentos despues á bordo del *Belerofonte*, y habiendo pedido al emperador que á la sazon se hallaba ya en su cámara, el oportuno permiso para ofrecerle sus homenages, tuvo con él una respetuosa entrevista. Al siguiente dia fué recibido á bordo del navío almirante, haciéndosele todos los honores debidos á un soberano que visita su propia flota. Terminada aquella recepcion, regresó el emperador al *Belerofonte*, haciéndose á la vela para Torbay, donde se reunió con Gourgaud, al cual no le habia sido permitido bajar á tierra, ni desempeñar por consiguiente su mision cerca del príncipe regente. El *Bellerofonte* echó anclas en la

rada de Plymouth á las órdenes del almirante Keith, quien supo dispensar al emperador el mismo respetuoso recibimiento de que habia sido objeto en la escuadra del almirante Hotham. La curiosidad que se despertó en los ingleses de contemplar á bordo del buque que conducia al fugitivo emperador de los franceses, el monumento de una de las mas grandes vicisitudes de la suerte, era causa de que asi de dia como de noche, la rada de Plymouth se viese cubierta de una nube de lanchas y embarcaciones. Aquel tan decidido empeño tenia todas las apariencias del entusiasmo, puesto que los hombres se inclinan á prestar su admiracion á todo lo grande, cuando ha desaparecido el temor que aquello mismo pudiera inspirarles. Napoleon habia caido en poder de la Inglaterra, y bastaba esto solo para atraer sobre sí las miradas de todos. El espectáculo de aquella maravilla de la fortuna, forma por sí solo una época en la vida

La carta de Napoleon al príncipe regente habia sido puesta en manos del consejo de ministros de Lóndres, mas éste no se creyó con derecho á deliberar por sí solo acerca de la suerte de su enemigo, que habia venido á parar á manos de la Gran Bretaña por efecto de las vicisitudes de la guerra sostenida en union con sus aliados. No pudiendo, pues, considerar á Napoleon sino como prisionero de la coalicion y confiado en depósito á la Inglaterra, declinaron aquellos ministros la responsabilidad de una decision, de un cautiverio ó de una hospitalidad en el suelo británico.

Solo la necesidad fué la que arrojó á Napoleon, una vez vencido, y cuando hasta la tierra huia de entre sus pies, á bordo de uno de los buques de aquella nacion. Si por ventura él se hubiese rendido sobre el campo de batalla á un oficial ruso, prusiano ó austriaco, ¿hubieran acaso reconocido en el rey de Prusia, en el emperador de Rusia ó en el de Austria, el derecho de disponer por sí solos del enemigo comun? Claro es que no, y hu áqui

por lo tanto el motivo de haberse consultado á las potencias aliadas, las cuales acordaron hacer la siguiente declaracion:

«Artículo 1.° Las potencias signatarias del tratado de 5 de marzo último, consideran á Napoleon Bonaparte como su prisionero.

«Art. 2.° Su custodia queda confiada especialmente al gobierno británico.

Art. 3.° Las potencias nombrarán comisarios con el encargo de residir en el mismo punto que el gobierno británico designe como residencia de Napoleon Bonaparte.»

Al cumplir de este modo la Inglaterra con el deber de no disponer por sí sola de la suerte de un prisionero colectivo, aceptó, sin embargo, tres cargos á cual mas odiosos, que mancharán para siempre su historia: el haber entregado á la Europa un refugiado no aprehendido sobre el campo de batalla sino despues de haberse dirigido voluntariamente á pedir hospitalidad en aquel suelo; el de ser la encargada de vigilarle en su destierro, y por último, el de elegir el punto de su prision. He aquí, pues, á la Inglaterra, á ese campeon del mundo, convertida en carcelera y echando sobre sus hombros los rigores, las distancias y las maldiciones del cautiverio. Su gloria no pudo menos de resentirse de ello, pues si bien es verdad que el acto de otorgar la hospitalidad, mas generoso en sí mismo hubiera sido menos recomendable á los ojos de las potencias sin ofrecer tanta seguridad para lo futuro, tambien hubiera sido mas humano para las generaciones y mas magestuoso para la historia.

XXXIV.

Los seis dias que trascurrieron en la rada de Plymout, empleólos Napoleon en formar conjeturas sobre su suerte, en lanzar ojeadas á las costas de Inglaterra, y en contemplar el efecto de su popularidad entre sus enemigos, que llegaba hasta el punto de disputarse el momento de poder distinguir su perfil que se delineaba en la popa del *Belerofonte*. Esta curiosidad era para él la medida de su grandeza, gozándose de este modo en el espectáculo de sí mismo. Su ánimo parecia que iba recobrando toda su calma con el reposo, y á pesar de haber llegado al colmo de su ruina, todavia en aquella ruina se vislumbraba un resto de su gloria.

El dia 7 de agosto fué conducido á Torbay en el *Belerofonte*, y allí fué recibido por el almirante Cockburn á bordo del *Northumberland*. Exigiéronle que entregara su espada como un prisionero de guerra, lo cual no pudo menos de indignarle, abochornándose mas bien por sus enemigos que por sí mismo. Los almirantes, sin poder ocultar el sonrojo que sentian, se decidieron por respetar la susceptibilidad de aquel guerrero, habiendo sido desarmados únicamente Bertrand, Savary, Lallemand, Gourgaud, y demas compañeros de armas. Napoleon, antes de dejar el buque que le habia conducido hasta allí en compañia de sus amigos, y de trasladarse al *Northumberland*, se vió en la sensible precision de deshacerse de una parte de su comitiva. Hasta el mismo Savary fué comprendido en esta disposicion, permitiéndole solo la permanencia á su lado de Bertrand y su familia, Las-Cases y su hijo, Mr. y Mad. de Montholon, Gourgaud, y aquellos de sus criados de mas confianza. Despidióse, pues, por última vez de todos los demas, y como recibiese en aquel mismo momento la capitulacion de Paris, marchó á encerrarse solo en la cámara del buque, donde se le oyó desahogarse en profundos gemidos. Napoleon, á quien nadie habia visto jamás derramar una sola lágrima ni sobre los cadáveres de cuatrocientos mil hombres enterrados entre las nieves de la Rusia, ni á la vista del desastre de Leipsipk, ni al perder el imperio

en Fontainebleau, ni, finalmente, en los campos de Waterloo, Napoleon, pues, lloró de vergüenza al pasar su vista por los detalles de la segunda ocupacion de París, y al verse obligado á separar de sí al corto número de amigos y compañeros de su destierro, arrebatados de su lado por la crueldad de sus enemigos. Por lo demas, ya á la sazon sabia el emperador que el punto señalado para su residencia era la isla de Santa Elena.

Despues de haber luchado largo rato para ocultar sus lágrimas, mas sin poder sofocar completamente sus gemidos, consiguió recobrar toda la magestad propia de su desgracia, y se trasladó á bordo del *Northumberland*, no sin dejar antes firmada la siguiente protesta, primera represalia de su infortunio contra el gobierno inglés; y como, por decirlo asi, aquel es su llamamiento á la historia, en esta es donde debe quedar consignada para siempre.

«Protesto desde aqui solemnemente, dijo en aquella acta dirigida á los tiempos venideros, protesto á la faz del cielo y de los hombres contra la violacion de mis sagrados derechos, al disponer por la fuerza de mi persona y libertad. Yo he venido libremente á bordo del *Belerofonte*, y no soy prisionero, sino huésped de la Inglaterra.

«Desde el punto en que pisé el costado del *Belerofonte*, me coloqué bajo la proteccion del pueblo británico. Si el gobierno al dar sus órdenes al capitan de aquel buque para que me recibiese á su bordo con comitiva, solo trató de tenderme un lazo, ha cometido una traicion y ha deshonrado su pabellon.

«Si este acto llegase á consumarse, en vano pretenderán ya los ingleses hablar de lealtad, de sus leyes ni de su libertad. La fé británica habrá desaparecido con la hospitalidad del *Belerofonte*.

«Apelo al juicio de la historia; ella dirá que un enemigo que por mas de veinte años hizo la guerra al pueblo inglés, vino libremente en medio de su infortunio á buscar un asilo bajo sus leyes. ¿Ni que otra prueba mas evidente podia él dar á esa nacion de su aprecio y de su confianza? ¿Cómo correspondió, sin embargo, la Inglaterra á tanta magnanimidad? Fingió al pronto tender su mano hospitalaria al enemigo, y cuando le vió entregarse de buena fé, entonces le inmoló.

NAPOLEON.»

El 8 de agosto durante la noche, desplegó el Northumberland sus velas al viento que debia impelerle con direccion á Santa Elena, y á la salida del sol del dia siguiente, aun se distinguian á lo lejos las costas de la Francia. Napoleon fijó en ellas sus ojos por largo tiempo, y esclamó al perderlas ya de vista: «Adios, tierra de valientes!» Pronunciadas estas palabras, entregóse ya el prisionero á esa vida ociosa é indolente, propia de los que hacen por mar una travesía que suspende toda accion y adormece el pensamiento.

Dejémosle, pues, bogar hácia su isla, y anudemos otra vez la relacion de los sucesos, de cuyo objeto nos hemos distraido por el interés que inspira esa gigantesca fortuna de un grande hombre, que aun vencido, sabe sobreponerse á su destino, siquiera su corazon palpite con mas fuerza en semejante situacion bajo el inevitable imperio de las cosas humanas.

LIBRO VEINTE Y NUEVE.

Wellington despues de la batalla de Waterloo.—Sus despachos al duque de Berry.—Su carta a Dumouriez.—Su entrada en Francia.—Proclama dirigida á los franceses.—Escribe al duque de Feltre y á Mr. de Talleyraud.—Entrada de Luis XVIII en Francia.—Conferencias de Haguenan.—Contestacion de Wellington á los plenipotenciarios franceses.—Separacion de Mr. de Blacas.—Luis XVIII en Cateau-Cambresis.—Su proclama á los franceses.—Llegada á Cambrai.—Segunda proclama á los franceses.—Tentativas de Fouché cerca de la comision de gobierno y en favor de los Borbones.—Davout es nombrado generalísimo del ejército.—Gestiones de Mres. de Vitrolles y Ouvrard con los gefes del ejército.—La comision de gobierno acuerda la detencion de Mr. de Vitrolles.—Su fuga.—Representacion de varios generales á la Cámara de los representantes.—Sesion de la Cámara de los pares.—Salida de plenipotenciarios para negociar un armisticio con Wellington y con Blucher.—Conferencias de los mismos con Wellington.—Blucher se coloca á la orilla izquierda del Sena.—Situacion de la Francia.—Fuerza del ejército.—Excelmans ataca y derrota á un cuerpo de caballería prusiana.—Consejo de gobierno.—Consejo de guerra en la Villete.—Davout recibe autorizacion para capitular.—Sus gestiones con Blucher.—Respuesta de éste.—Fouché envia al coronel Macironi á tratar con Wellington y al general Tromelin con Blucher.—Conferencias de Saint-Cloud.—Capitulacion de Paris.—Adopcion del convenio de Saint-Cloud por la Cámara de representantes.—Agitacion del pueblo.—Oposicion del ejército.—Entrada de los prusianos é ingleses en Paris.—La Cámara de representantes.—Votacion de la Constitucion.—Entrevista de Fouché y de Wellington en Neuilly.—Fouché es presentado á Luis XVIII por Mr. de Talleyrand.—Conferencia.—Nombramiento de Fouché para el ministerio de Policía.—Composicion del ministerio.—Entrevista de Luis XVIII y de Mr. de Chateaubriand.—Conferencias de la comision de gobierno.—Ocupacion de las Tullerías y expulsion de la comision por Blucher.—Dispersion de la Cámara de los pares.—Mr. Decazes hace cerrar la Cámara de los representantes.—Impotencia de La Fayette.—Entrevista de Carnot y de Fouché.

I.

La víspera de la batalla de Waterloo, lord Wellington, temiendo un éxito mas favorable del ataque dispuesto

por Napoleon contra el bosque de Soignes, y preparándose ya á verificar una retirada eventual con sus propias tropas, que hubiera dejado en descubierto asi á Bruselas como á Gante, habia escrito al duque de Berry para que obligase á Luis XVIII á abandonar este último punto al primer aviso. Todo era dudas y desconfianzas en la residencia del rey, pues acostumbrados como estaban á los triunfos de Napoleon, y no siéndoles aun bien conocidos el genio de Wellington ni la fogosa temeridad de Blucher, nada bastaba á dar seguridades á la córte. El rey se preparaba resignadamente á llevar aun mas allá sus reales y su gobierno, y si preciso fuera hasta el otro lado del mar. El estampido del cañon no habia cesado de resonar un momento durante todo el dia 18 de junio hasta en las alturas mas próximas á Gante. Las mas alarmantes noticias esparcidas en Bruselas por los bagageros fugitivos del ejército inglés, y llegadas con exageracion á los oidos del rey y de los príncipes, habian convertido por ellos aquella jornada, á la que debian sin duda la patria y el trono, en un dia de angustia, de pánico y de desesperacion. Y á la verdad, su suerte estaba decidiéndose á una distancia demasiado corta para no sentir una viva emocion, y demasiado larga al mismo tiempo para hallarse al corriente de todas sus peripecias. Wellington trató de sacarlos de su zozobra en la misma noche que siguió á la batalla, escribiendo él mismo al duque de Berry, que mandaba el pequeño ejército del rey en Alost, y anunciándole la victoria. «Como espero que mañana podré ya atravesar la frontera, decia el general vencedor, ruego á V. A. se ponga inmediatamente en camino para salirme al encuentro. Escribo tambien al rey suplicándole emprenda su movimiento con igual objeto.»

Aquella misma noche escribia ademas al general Dumouriez, á ese antiguo tránsfuga de la Francia que no perdia de vista la guerra que se hacia contra su patria, y al cual Wellington daba cuenta de todos sus hechos de

armas, como pudiera hacerlo un discípulo á su maestro. «Ya sabeis, pues, lo que acabo de hacer, y me lisongeo que quedareis contento de mí. Nunca he visto batalla como esta, ni conseguido victoria semejante. Confio haber concluido para siempre con Bonaparte, y ahora principiaremos á perseguirle en vida.»

Al siguiente dia, y en el momento de atravesar la frontera, dirigió una proclama á los franceses, anunciándoles su entrada al frente de un ejército victorioso, mas no como adversario, decia, sino como libertador, y con objeto de ayudarles á sacudir el yugo del enemigo del género humano, con el cual no habia paz ni tregua posible, terminando, finalmente, con recomendar la mas escrupulosa disciplina á sus tropas.

Escribió tambien al duque de Feltre, ministro de la Guerra de Luis XVIII en Gante, á fin de que impulsase al rey, cuya presencia era á la sazon tan necesaria, á ponerse en marcha y presentarse á los franceses que ansiaban su regreso y mediacion en los negocios. «La bandera blanca, le decia, ondea ya por fin en todas las ciudades, y la derrota sufrida por el ejército de Napoleon, es aun mucho mas decisiva que en un principio pudo creerse. Los soldados se retiran á sus casas á bandadas, la caballería y los trenes de artillería venden sus caballos por los pueblos donde pasan, la infantería arroja sus armas y se dispersa para acogerse á sus hogares. Solo en el bosque de Mormal se han recogido mas de dos mil fusiles.»

Intimó asimismo á los gobernadores de las plazas y al general que ocupaba á Cambray que rindiesen las armas al rey de Francia, y por último, no menos preocupado él mismo que los ministros de Luis XVIII del temor de una divergencia entre las potencias acerca de la restitucion al rey de su trono, escribió la siguiente carta á Mr. de Talleyrand en Cateau-Cambresis, á cuyo punto acababa de llegar aquel príncipe.

«El rey ha llegado ya, habiendo sido acogido por los habitantes con los mayores trasportes de alegría; siento en el alma que no hayais podido acompañarle hasta aqui, aunque por mi parte he insistido vivamente para que verificase su entrada en Francia al propio tiempo que nosotros, tanto porque deseaba dar con la presencia del rey á la batalla de Waterloo toda la importancia que aquella debe tener, cuanto porque previendo que S. M. iba á pasar por la mas grave crisis de su trono, al aproximarnos á París, queria que el rey se hallase lo mas próximo que fuese posible al punto donde debia decidirse su suerte. Si hubiérais podido penetraros de las consideraciones que á mí me guian en las presentes circunstancias, cuando aconsejabais á monseñor el rey que no llegase á entrar en Francia, estoy bien seguro que habrian sido muy diferentes los consejos que diéseis á S. M.»

Lord Wellington se espresaba aun todavía con mayor claridad en otra carta respecto á los temores que le asaltaban de que si Luis XVIII no se apresuraba á revestirse de su soberania volviendo á tomar la corona por sí mismo y por la voluntad de su pueblo, quizá el Austria, la Prusia y la Rusia abandonasen la causa de un legítimo soberano, trasfiriendo su derecho á otro cualquier príncipe de la rama de los Borbones ó de la familia de Napoleon.

El rey, atento solo á los consejos de lord Wellington, y no haciendo el menor caso de los de Mr. de Talleyrand, continuaba su viage hácia Cambray seguido de su córte y de su pequeño ejército, siendo acogido por todas partes como el natural mediador entre el pueblo y los estrangeros. Aparte de los sentimientos realistas, que por cierto se notaban mucho mas desarrollados por la parte del Norte y del Oeste que hácia el centro de la Francia, hasta el punto de salir á su encuentro poblaciones enteras, era evidente que el instinto de la pública salvacion era el que llamaba con mas fuerza á aquel príncipe para

pacificar y preservar por segunda vez á la patria de las represalias de la Europa. Nada habia en el mundo capaz de oponerse al impulso de la opinion y del buen sentido de la Francia. El nudo del 20 de marzo veíase por todas partes hecho pedazos al solo anuncio de la aproximacion del rey: solo en Paris, centro de todas las intrigas y de todas las facciones napoleónicas, orleanistas, militares ó parlamentarias, era donde ofrecia alguna mas dificultad el desatarlo.

II.

La Fayette, Sebastiani y Laforet, plenipotenciarios nombrados por Fouché, con objeto de proseguir en el cuartel general de las potencias respectivas una como sombra de negociacion, de cuyo verdadero sentido hemos hablado mas arriba, solo conseguian respuestas evasivas y aplazamientos. En Haguenau, donde á la sazon se hallaban á la vez los dos emperadores y el rey de Prusia, todos tres soberanos habian eludido cuantas noticias les pidieron los plenipotenciarios. Mr. de La Fayette, que ademas de su nombre, contaba con hacer valer las relaciones que contrajo en el año anterior con el emperador Alejandro en casa de Mad. Staël, en vano trató de resucitar semejantes recuerdos con objeto de atraer al emperador de Rusia hácia no sé qué causa mal definida de imperio modificado ó de monarquía alterada por la ilegitimidad de la corona; y Alejandro se negó á recibirle. Los soberanos se limitaron únicamente á nombrar unos comisionados ante los cuales debian presentarse los plenipotenciarios franceses á fin de presentarles las bases de la negociacion. Las conferencias que tuvieron lugar y que no eran mas que un juego para Fouché, tampoco eran otra cosa que una pura deferencia sin resultados ulteriores por parte de las potencias, pasándose en ellas el tiempo en varias conversaciones. Hablóse para el trono de Francia de Napoleon II, del duque de Orleans, del príncipe de Orange, del rey de Sajonia, y todas aquellas quimeras del partido bonapartista, que solo aspiraba á no sufrir un solemne desengaño por parte de la revolucion del 20 de marzo, ni aun siquiera obtuvieron el honor de una séria refutacion. Si al partido bonapartista ó enemigo de los Borbones podia parecerle humillante el recibir de nuevo á Luis XVIII, como impuesto por la necesidad y por la victoria, aunque aceptado por el voto de la mayoría del pueblo, era mil y mil veces mucho mas humillante el solicitar de los soberanos vencedores de Bonaparte la eleccion de un príncipe estrangero, y como tal desconocido para la patria. Tanto Mr. de La Fayette como Mr. de Laforet, acreditaron durante aquellas conferencias tener tan escaso sentido político como verdadero espíritu nacional; por lo que hace á Sebastiani, deber es confesar que se mostró sin duda alguna mucho mas impuesto en la fuerza y conveniencia de las circunstancias. «El pueblo francés, decia, es siempre libre en su eleccion, nada ha decidido todavía, y solo pide la paz y el restablecimiento de las buenas relaciones con la Europa.» Por último, las conferencias, despues de estas vagas cuestiones de palabras, quedaron rotas por el comisionado inglés, que declaró, de acuerdo con las otras potencias, no hallarse suficientemente autorizado para estipular cosa alguna.

III.

Lord Wellington por su parte supo guardar los mayores miramientos, si bien les habló con mucha mayor franqueza, á aquellos de entre los plenipotenciarios á quienes

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tocó dirigirse á su cuartel general, asi como al de Blucher. Despues de convenir terminantemente en que segun su opinion, la primer condicion de todo armisticio y de toda negociacion, debia apoyarse en el reconocimiento de los derechos de Luis XVIII, espulsado del trono por una faccion ya vencida, y vuelto á reintegrar de pleno derecho en todo su poder sobre las ruinas de esa misma faccion, les hizo presente, que puesto ya de acuerdo con Mr. de Talleyrand y con Mr. Fouché que seguian con él correspondencia diaria, y deseaban obtener del rey la separacion de Mr. de Blacas y el nombramiento de un ministerio mas nacional y mas de su partido, no podia menos de confesarles, oficiosamente si se quiere, que el rey habia cometido errores en 1814, que no habia sabido rodearse de hombres de Estado, suficientemente caracterizados por sus ideas constitucionales; y por último, que podia asegurarles que al regresar el príncipe á Paris se hallaba dispuesto á dar cuantas garantías fuesen compatibles con la dignidad del trono. Respecto á la insinuacion hecha por los partidarios del duque de Orleans, lord Wellington les contestó asimismo, que el colocar á aquel príncipe en el trono, equivaldria á dar el mas solemne mentís á todos los principios de sucesion por herencia que regian las monarquías de la Europa, y que á los ojos de la Inglaterra seria un segundo Napoleon, pero sin gloria, y un usurpador de sangre real.

IV.

Mientras tenian lugar estas vanas tentativas de negociacion, marchaba el rey lentamente precedido por los ejércitos de Wellington y de Blucher. Antes de poner el pie sobre el suelo francés, habia al fin separado de su lado á Mr. de Blacas, aquel tan decidido favorito suyo

que era al mismo tiempo tan temido, y cuya impopularidad hubiera creado á no dudarlo una importuna antipatía entre el rey y la Francia. Mr. de Chateaubriand y sus amigos, Mr. de Talleyrand, Fouché y sus agentes, y hasta el mismo lord Wellington, fueron los que lograron, si bien con no poco trabajo, que el príncipe se decidiese á hacer aquel sacrificio á la necesidad, si bien tan dolorosa separacion debió hacerse mucho mas llevadera al favorito á quien el rey colmó de títulos y recompensas que ascendian á la suma de siete ú ocho millones. Mr. de Blacas, sin embargo, supo mostrarse digno de los beneficios dispensados por su señor, poniendo mas adelante toda su fortuna, como emanada que era de la régia munificencia, á los pies de Carlos X cuando se hallaba pobre y destronado en su último destierro.

Una vez libre de la peligrosa presencia de Mr. de Blacas en su consejo, Luis XVIII publicó desde Cateau-Cambresis una régia alocucion, en la cual trataba de llamar al pueblo hácia sí.

«Desde aquella época, decia el rey, en que la mas criminal de las empresas, secundada por la defeccion mas inconcebible, nos puso en el sensible caso de tener que abandonar, aunque momentáneamente nuestro reino, no hemos cesado de haceros presentes los peligros que os amenazaban, si no os apresurábais á sacudir el yugo que os habia impuesto aquel tirano usurpador.

»Nosotros no hemos querido unir nuestros esfuerzos ni los de nuestra familia a los medios de que la Providencia se ha valido para imponer un castigo a la traicion; mas hoy, ya que los poderosos recursos empleados por nuestros aliados han conseguido hacer desaparecer á los satélites del tirano, nos apresuramos á volver de nuevo á nuestros estados, para restablecer en ellos la constitucion que dimos á la Francia, para reparar por cuantos medios están á nuestro alcance los males causados por la revolucion y por la guerra, que ha sido su precisa consecuen-

cia; para recompensar á los buenos servidores, poner en ejecucion las leyes vigentes respecto á los culpables, y para reunir, en fin, en derredor de nuestro trono paternal á la inmensa mayoría de los franceses, cuya lealtad, valor y decision á toda prueba han llenado de los mas dulces consuelos nuestro corazon.

»Dado en Cateau-Cambresis á 25 de junio de 1815, 21 de nuestro reinado.

«Firmado, Luis.»

La influencia de Mr. de Blacas dejábase aun traslucir en los términos de aquella imprudente proclama, redactada por el rey y por su canciller Mr. Dambray. El resentimiento que arrojaban de sí aquellas palabras, hubiera podido acaso producir en las Cámaras, en el ejército y en los numerosos cómplices del 20 de marzo un movimiento de desesperacion ante la perspectiva de los castigos con que el príncipe les amenazaba de una manera tan impolítica. La amnistía es la primer condicion en las reconciliaciones entre los reyes y sus pueblos, y si un vencedor hubiera apenas tenido derecho para espresarse en tales términos, mucho menos podria concedérsele á Luis XVIII que no era mas que un vencido impulsado por el triunfo conseguido por los estrangeros. Su papel en aquellas circunstancias era mas bien el de intercesor que no el de ejecutor de la Europa. Así es que aquella mal meditada alocucion solo sirvió para dar nuevo pábulo al movimiento que todo lo arrastraba en pos de sí.

V.

El rey llegó por fin á Cambray, cuyas puertas le fueron abiertas por el pueblo á pesar de la resistencia que á ello interpuso la guarnicion, verificando así su entrada en

aquella ciudad por la brecha triunfal que acababa de abrir el amor de los habitantes y el delirio de niños y mugeres, brecha que las jóvenes se apresuraban á cubrir de innumerables flores. Allí encontró reunido á su ministerio, el cual al propio tiempo que procuró borrar en el rey los recuerdos de la política de Mr. Blacas, le inspiró una nueva proclama dirigida á los franceses, mucho mas paternal y mas hábilmente redactada.

«Las puertas de mi reino, decia el rey, se abren de par en par ante mis ojos, y yo corro presuroso á colocarme por segunda vez entre los franceses y los ejércitos aliados, con la dulce y halagüeña esperanza de que los homenages y consideraciones de que yo podré ser objeto, habrán de redundar en provecho de mis súbditos. Bajo esta sola forma he consentido en tomar parte en la guerra sin permitir tampoco que ningun príncipe de mi familia apareciese entre las filas de los estrangeros, y conteniendo sin cesar el ardor de aquellos de mis servidores que hubieran podido colocarse á mi alrededor.

»Una vez restituido ya á mi patria, no puedo menos de complacerme en hablar á mis pueblos con toda confianza. Cuando regresé la última vez en medio de ellos, hallé agitados todos los ánimos y como arrebatados por las mas contrarias pasiones, sin que mis ojos tropezasen por do quiera mas que con nuevos obstáculos y dificultades. Mi gobierno era fácil que cometiese algunos errores, y los debió cometer sin duda alguna, pues hay tiempos y circunstancias en que no bastan para gobernar las mas puras intenciones, y en que estas mismas intenciones estravían á los hombres. Solo la esperiencia era capaz de suministrar alguna enseñanza, y esta vez creo no habrá sido perdida. ¡Por mi parte, quiero todo aquello que pueda contribuir á salvar á la Francia!

»Mis súbditos han comprendido, aunque á costa de pruebas bien crueles, que el principio de la legitimidad de los soberanos es una de las bases fundamentales del

órden social, la única quizá sobre que puede establecerse en un gran pueblo una libertad sabia y bien ordenada. Esta doctrina que acaba de ser acogida y proclamada por la Europa entera, habíala yo consagrado ya de antemano en mi Carta, á la cual pretendo añadir en el dia cuantas garantías puedan asegurar el mejor acierto.

»La unidad del ministerio será una de las mas fuertes y eficaces que podré ofreceros, aunque creo que ya exista en el dia, y que la marcha franca y firme de mi consejo garantizará suficientemente todos los intereses y calmará todas las inquietudes.

»Háse hablado tambien en estos últimos tiempos acerca del restablecimiento del diezmo y de los derechos feudales; pero esto es una fábula inventada por el comun enemigo que no merece siquiera ser refutada, ni mucho menos debe esperarse que el rey de Francia descienda á rechazar tamañas calumnias y tan insignes falsedades. El éxito que ha tenido la traicion intentada deja conocer suficientemente cual ha sido el orígen de tales voces, y ademas, si los poseedores de bienes nacionales hubieran acaso podido concebir algunos recelos, la existencia de la Carta debia tranquilizarles y apartar de sí toda desconfianza. ¿Por ventura, no he propuesto yo mismo á las Cámaras y mandado ejecutar diferentes ventas de esos mismos bienes? Esta prueba de la sinceridad de mis intenciones carece de réplica.

»Durante este último período que acabamos de atravesar, mis súbditos de todas las clases se han apresurado todos á darme las mas repetidas pruebas de amor y de fidelidad; yo quiero por lo tanto que sepan cuán gratas han sido á mi corazon tales demostraciones, y que de entre todos los franceses es donde deseo elegir aquellos que han de ocupar los destinos inmediatos á mi persona y mi familia.

»Jamás he pensado escluir de mi presencia sino á aquellos hombres cuyo solo recuerdo y fama es un objeto

de dolor para la Francia y de espanto para la Europa; pues si bien en la trama urdida por ellos se hallan comprometidos algunos de mis súbditos, mas que como culpables debe tratárseles como estraviados.

»Prometo, por lo tanto, yo que jamás he prometido nada en vano como lo sabe bien la Europa entera, prometo perdonar á los franceses los estravíos cometidos desde el dia en que salí de Lila rodeado de tantas lágrimas hasta aquel en que entré en Cambray entre miles de aclamaciones.

»Pero como la sangre de mis hijos ha sido derramada por efecto de una traicion de que no hay ejemplo en los anales del mundo, traicion que ha obligado á los estrangeros á penetrar hasta el interior de la Francia, y de cuyas resultas cada dia se me revela un nuevo desastre, debo, pues, por la dignidad de mi trono, por el interés de mis pueblos, por la tranquilidad de la Europa, esceptuar de todo perdon á los instigadores y autores de tan horrible trama, debiendo ser sometidos á la accion de las leyes por ambas Cámaras, de cuya reunion voy á ocuparme en el instante mismo.

»Franceses: he aquí los sentimientos con que regresa en medio de vosotros aquel á quien el tiempo no ha hecho variar en nada, ni la desgracia ha conseguido abatirle, ni la injusticia fatigar su ánimo.

»Este rey, cuyos antecesores hace siglos que reinan sobre vuestros abuelos, ha vuelto á ocupar el trono para consagrarse á defenderos y á consolaros.

»Dado en Cambray á 28 de junio del año de gracia de 1815, y el 21 de nuestro reinado.

«Firmado, Luis.»

VI.

Dejábase conocer en este manifiesto el insinuante ingenio de Mr. de Talleyrand, la magnanimidad realista de Mr. de Chateaubriand, y la magestad de estilo del mismo rey. Redactado tambien de acuerdo con Fouché, cuyos emisarios no se separaban un momento del lado del príncipe, aunque adoptando siempre diferentes formas, produjo una notable impresion en el espíritu público favorable á la causa del rey. Sus promesas hicieron que nadie pensara ya en la resistencia, escepto tres ó cuatro de los mas comprometidos en los sucesos del 20 de marzo, por los cuales la nacion justamente irritada no se hallaba dispuesta á sacrificar su existencia ó á aplazar su pacificacion.

Los mariscales y generales que habian permanecido fieles á la causa del rey durante el segundo reinado de Napoleon, salian por todas partes á su encuentro. Macdonald, Oudinot, Gouvion de Saint Cyr hallábanse ya á la sazon en Cambray. El resto del ejército, replegado en los alrededores de París y las Cámaras que se hallaban encerradas en la capital, eran ya los únicos que se oponian á la completa restauracion del trono de los Borbones. Fouché, fingiendo siempre que se hallaba en tratos con los enemigos, negociaba en realidad con las Cámaras; pero como estaba impedido de obrar con libertad á causa de sus colegas de gobierno, contaba con la influencia que habrian de ejercer forzosamente los males públicos para ayudarle á triunfar de cuantos obstáculos le rodeaban, y para hacer estallar el grito de los realistas, que se hallaba comprimido á causa del terror que inspiraba el ejército de París. Mas si por una parte aquel ministro, que se habia lanzado á dar cima á tan aventuradas empresas, se

veia contrariado con la impaciencia que le devoraba por acabar de una vez con los restos de Napoleon, no dejaba por otra de halagarle sobremanera que la prolongada complicacion de las dificultades que á cada paso se elevaban ante la marcha de Luis XVIII, suscitadas todas por la naturaleza misma de las cosas, viniesen á dar mayor realce ó importancia á los servicios que él queria prestarle con el fin de dominar el corazon del monarca, y conquistar una buena parte de poder despues de su segundo advenimiento al trono.

VII.

Ya en diferentes ocasiones habia tratado en el consejo de gobierno de plantear la cuestion de la proclamacion de los Borbones, mas no habiendo sido bien acogidas sus insinuaciones por la mayoría, y principalmente por Carnot, que deseaba obtener algunas garantías á favor de la libertad en cambio del restablecimiento del trono, vióse precisado Fouché á aplazar el asunto para ocasion mas oportuna.

La primera condicion de libertad para París, consistia en el alejamiento inmediato del ejército, compuesto en su mayor parte de hechuras de Napoleon, y que uniéndose á las Cámaras, á los federales y á los habitantes de los arrabales, podria muy fácilmente envolver á la capital en sus propias ruinas. Fouché, que tenia una gran confianza en la firmeza de carácter, mesura y prudencia de que se hallaba revestido el mariscal Davout, hízole nombrar generalísimo del ejército de París. Davout, por su parte, era demasiado buen militar para que pudiese inspirar al ejército recelos de ninguna clase, y demasiado buen patriota al mismo tiempo para tratar de inmolarle asi como á la capital, á un acceso de rabia contra los Borbones, y á un movimiento póstumo en favor de Napoleon.

Estableció, pues, el mariscal su cuartel general en la Villette. Alli Grouchy con todos los demas gefes y cuerpos que componian el ejército del Norte, íbanse reuniendo en torno suyo, de modo que á la vista del enemigo que aumentaba considerablemente sus fuerzas, y de Paris que luchaba entre la duda y el desaliento, la situacion parecia prestarse mas bien á la negociacion que á la pelea: así, pues, lo comprendia Fouché, y asi se lo indicaba sin cesar al mariscal de mil diversas maneras. Aquel gefe se hallaba ya por su parte resuelto á ello, y otro tanto sucedia á los generales y demas subalternos, y si alguno al parecer se mostraba algo menos decidido, era solo con el objeto de sacar todo el partido posible de las condiciones que se estipulasen. Las numerosas vicisitudes que todos sin escepcion habian sufrido durante su carrera militar, habíanles enseñado lo bastante á ceder ante la fuerza de los sucesos para que ninguno de ellos, una vez salvado el honor, tratase de aventurarse en una oposicion sin esperanza. Solo, pues, se hallaba detenido cada cual por esa especie de mudo pudor, que en circunstancias imperiosas, hace que ninguno se lance á tomar la iniciativa, ni á hacer pesar sobre sí la responsabilidad de una secreta resolucion que todos en general están deseando adoptar. El cuartel general del mariscal veíase invadido á todas oras por consejeros oficiosos, por agentes secretos, por negociadores mas ó menos decididos en favor del rey, de Mr. de Talleyrand y de Fouché, los cuales se mezclaban en las conversaciones de los generales, y trataban de animarlos á entablar la capitulacion. Entre los que se contaban en este número, hallábase Mr. de Vitrolles, hombre hábil para introducirse en todas partes, y que sabia muy bien lo que puede arriesgarse con caractéres á quienes sirve de móvil el interés, y Mr. Ouvrard, uno de los mas diestros aventureros de tiempo del directorio que habia llegado á penetrarse del poder que ejercen los negocios públicos sobre el dinero, y este sobre los negocios

públicos. Aquellos hombres, pues, los mas impulsados por su interés, los otros por sus propias opiniones, no cesaban de escitar á los generales á transigir con las circunstancias, lenguaje que por su parte y respecto al resto del ejército, era el que usaban tambien todos los buenos ciudadanos. Porque á la verdad, ¿á qué era el obstinarse mas y mas en sostener una antipatía militar contra los Borbones, cuando ya Napoleon se hallaba vencido, fugitivo, y quizá tambien surcando los mares, y cuando la capital y el pais todo nada podia ya dar sino sus cenizas al fanatismo producido por aquel nombre?

VIII.

Carnot habia llegado á sospechar que Fouché se valia de todos aquellos hombres para hacer resonar en los oidos del ejército el nombre de Luis XVIII, viniendo á quedar de este modo por tierra cuantas concesiones hubieran podido arrancarse á la monarquía. Provocado por algunos representantes bonapartistas de la asamblea que deseaban suscitar obstáculos á la entrada del rey en Paris, y que recelaban tambien de la traicion de Fouché, Carnot rompió por fin el silencio ante el consejo acerca de las maniobras que se ponian en juego en el cuartel general y contra la intervencion que en ellas tenia Mr. de Vitrolles, agente decidido de los realistas, que dirigió la insurreccion de Tolosa, habiendo sido preso por aquel hecho y puesto luego en libertad, y que á la sazon se ocupaba en ganar el ánimo de los generales, cuando debia hallarse encerrado en los calabozos de Vincennes. «Sí, señores, esclamaba, este hombre conspira en favor de Luis XVIII, y quizá no es él solo el que lo hace, añadió fijando la vista sobre su colega.—¿Querreis decir acaso que yo soy el que conspiro con él? repuso Fouché afec-

tando el mayor aplomo y la serenidad que habia perdido por un momento, al verse de tal manera interpelado. ¡Pues bien! decidlo terminantemente, y llevad la acusacion ante la Cámara! Nada hay que pueda impedíroslo. Allí sabré yo defenderme.» Pero Carnot, que asi como fué osado para declarar su sospecha, fué pronto en retirarla, manifestó en el mismo instante que él no habia querido acusar á su colega de una culpable complicidad con aquel agente del realismo, sino hacer ver que aquel hombre trataba de corromper hasta al mismo general en gefe, por lo cual seria muy urgente y oportuno el reducirle nuevamente á prision. «¿Cómo, replicó entonces Fouché en tono de burla, hasta el mismo mariscal Davout es sospechoso para vos? Pues si es asi, no será tan fácil el prenderle, á no ser que vos seais capaz de ir á hacerlo en medio de su cuartel general.»

Fouché negó su voto para el arresto de Mr. de Vitrolles; Caulaincourt se escusó de votar por mediar entre ellos algunas relaciones personales, mas á pesar de esto triunfó la mayoría, decidiéndose su prision, que no llegó á llevarse á efecto, pues Fouché supo avisar con tiempo á su intermediario á fin de que pudiese sustraerse á aquel castigo. Por lo demas Carnot, con su natural negligencia, pareció contentarse con aquella pueril satisfaccion dada á sus recelos y sospechas, y aunque algo á su pesar, cedió al fin ante el poder de Fouché y la fuerza de los sucesos.

IX.

Un escaso número de generales exaltados eran los únicos que en el ejército se mostraban indignados contra las ostensibles apariencias de negociacion que mediaban entre Davout, Grouchy y los ejércitos estrangeros. Los

generales Dejean, Freissinet y algunos coroneles y oficiales, habian redactado una representacion á las Cámaras protestando contra la entrada de los Borbones, la cual, despues de entregada á Davout, fué dirigida por éste á la Cámara de los representantes, en donde fué leida por Dupont (de l'Eure). Habianla firmado los generales Pajol, Freissinet, D'Erlon, Roguet, Harlet, Pelet, Christian, Brunet, Chasteau, Vandamme y Ambert, y hasta el mismo Davout por no chocar con sus lugartenientes, consistió tambien en poner su nombre al pie de ella. «Los Borbones no ofrecen á la Francia garantía alguna, y asi sabremos morir peleando en contra de ellos.» Asi se espresaba la representacion, que era una especie de renovacion del juramento del 20 de marzo.

Al terminar su lectura se oyeron algunos vanos aplausos nacidos del partido militar ó bonapartista de la asamblea; pero por lo demas, aquel papel en nada sirvió para aliviar unas necesidades que no se contentaban ya con palabras. Los acontecimientos marchaban con mas precipitacion que las Cámaras, dejándolas á estas rezagadas. El mismo mariscal Davout habia firmado tan solo aquella protesta para no perder el prestigio que gozaba entre sus compañeros, y Grouchy estaba en tratos para un armisticio por órden del mariscal y de Fouché. Nadie queria que se supiese que se andaba en negociaciones, y todo el mundo negociaba á hurtadillas, apartaba la vista de las conferencias que mediaban entre ambos ejércitos y entre ambas causas. Los mariscales Ney, Grouchy y Mortier, á quienes se consultó por la Cámara de los pares acerca de la posibilidad de prolongar por mas tiempo la defensa de Paris, despues de haber sido tomada Aubervilliers por las tropas de Blucher, habian contestado, que las leyes reconocidas de la guerra aconsejaban indispensablemente una capitulacion si no se queria entregar la capital á los horrores de un asalto y á los estragos de un enemigo irresistible. La Cámara, convencida de

estas razones, pero detenida aun por las protestas de varios generales, menos sinceros sin duda ó mas desesperados en su causa, resolvió aguardar sin embargo el resultado de otra negociacion entablada por Mr. Bignon.

Este ministro, que aplicaba las ilusiones de la diplomacia á las realidades de la guerra, habia enviado varios plenipotenciarios á Wellington y á Blucher, á fin de obtener de ellos un armisticio, visto el mal éxito de los pasos dados por La Fayette y por Sebastiani. Aquellos plenipotenciarios diplomáticos, que eran Andreossy, Valence, Boissy D'Anglas, Flaugergues y Labesnardiere, habian recibido entre otras instrucciones, la de hacer aceptar como límite fijo é invariable para ambos ejércitos, una línea á distancia de veinte y cuatro leguas de la capital, demarcacion que habia sido arbitrariamente trazada por el ministro desde su gabinete, y que solo se hallaba defendida por el dedo con que aquel la habia designado sobre la carta. Blucher por su parte salvó la línea con el mayor desprecio, rehusando recibir á unos plenipotenciarios que respondian solo con unas cuantas palabras á doscientos mil hombres triunfantes é irritados, y gracias que por respetos á la Inglaterra, les permitió que atravesasen por donde estaban sus avanzadas y una parte de su ejército, á fin de trasladarse al cuartel general de su colega Wellington.

X.

He aquí los términos en que este general dió cuenta á su gobierno de la conferencia que tuvo con los plenipotenciarios. «Acabo de recibir á los cinco comisionados enviados de París con el objeto de pedirme una suspension de armas, y en primer lugar no he podido menos de decirles que en el estado actual de las cosas, yo no podia

menos de considerar como una asechanza toda tentativa de negociacion con nosotros, y que el suspender yo mis operaciones, era hacer traicion á nuestros aliados. Ellos me manifestaron por su parte que tenian motivos para creer que Napoleon habia ya abandonado á París, y que en el caso de que él persistiese en permanecer en la Malmaison, habia aun mil medios de que echar mano para obligarle á ello, bien enviándole á Inglaterra ó confiándolo á su suegro el emperador de Austria. A esto les he contestado que yo no me hallaba autorizado para decidir entre tan diversos partidos; pero que caso de ser enviado á Inglaterra, no dudaba un instante de que el príncipe regente creeria de su deber ponerle desde luego á disposicion de sus aliados.

»Dijéronme entonces que ellos le creian ya en Rochefort ó embarcado para América, preguntándome al mismo tiempo si en el caso de ser cierta su partida, consentiria yo en suspender mi marcha sobre París. Sobre este particular les he manifestado, que aparte de la presencia de Napoleon, existen todavía sus partidarios que habian declarado la guerra á los aliados, y que antes de suspender mis operaciones, la prudencia me aconsejaba la necesidad de ver de antemano, establecido en Francia, aunque no fuera mas que el bosquejo de un gobierno que diese algunas garantías de seguridad para la paz de la Europa. Me preguntaron qué era lo que pensaban los aliados respecto de ese particular; y á esto les repuse, que aunque yo no me hallaba en manera alguna autorizado por la Inglaterra ni por ninguna de las potencias sus aliadas, mi opinion personal era que no existia seguridad para la Europa ni para aquellas sino en la restauracion del rey, que cualquier otro sistema traeria consigo inevitablemente nuevas probabilidades de guerra, y que era hasta más digno para ellos el volver á llamar sin condicion alguna á su rey espatriado y fugitivo, que el suscitarle obstáculos y dificultades que retardarian indubitablemen-

te la paz, y servirian de impedimento á sus intencione constitucionales. Todos ellos convinieron conmigo en que individualmente estaban convencidos de que el llamamiento del rey era el único paso capaz de atajar los peligros de que estaban erizadas las circunstancias, añadiendo ademas, que el restablecimiento de Luis XVIII era en el fondo el mas vehemente deseo del gobierno provisional, y que ese mismo gobierno y las Cámaras solo habian proclamado por el momento á Napoleon II con el objeto de atraer y conciliar á los soldados, que en gran número se habian refugiado en Paris despues de la batalla de Waterloo, cuya sedicion temian, y que seria orígen de una guerra civil. Trataron de averiguar de mí, si una regencia que gobernase en nombre de Napoleon II seria cosa que satisfaria á los aliados, á lo cual les repuse rotundamente, que creia que de ninguna manera. Insistieron ademas para saber mi opinion acerca del llamamiento para el trono de Francia de un príncipe que no fuera el legítimo rey, y yo no quise entrar en la discusion de tales hipótesis, refiriéndome únicamente á todo lo que ya les habia manifestado.

»Siguiéronme á pesar de esto hasta mi cuartel general, y allí volvieron á reproducir sus preguntas sobre la elevacion al trono de un príncipe que no fuese su rey, y ya entonces les dije categóricamente, que solo veia garantías de paz para la Francia, y de seguridad para la Europa en la persona de Luis XVIII, á lo cual contestaron que me habian comprendido perfectamente; y aun añadieron algunos de ellos, como haciendo alusion á la opinion que yo acababa de manifestar: ¡Y teneis en eso muchísima razon!

»Trascurridos dos dias y habiéndose sabido ya la salida de Napoleon con direccion á los Estados Unidos, me preguntaron los plenipotenciarios qué habia que hacer ante todas cosas para tratar de la paz, á lo que les contesté que una vez removido el principal obstáculo que se

oponia á un armisticio, la medida mas conveniente que en mi opinion habria de tomarse, era que el ejército francés se replegara mas allá del Loira, y confiar Paris á la guardia nacional, y aun añadí por mi parte, que si se decidian á aceptar estas bases, interpondria mi influjo para con mi colega Blucher á fin de que suspendiese su marcha y hostilidades. Ofreciéronseles algunas objeciones á la idea de haber el ejército de retirarse mas allá del Loira, sin embargo de que dos dias antes me habian manifestado que solo la permanencia en Paris de aquella fuerza habia sido el motivo que indujo al gobierno y á las Cámaras á proclamar á Napoleon II, y yo volvi entonces á hacerles presente que mientras quedase en la capital un solo soldado, no podia en lo mas mínimo suspender mis operaciones, pues que en realidad debian conocer si trataban sinceramente de restaurar á Luis XVIII sobre su trono, que aquel príncipe, rodeado en París por el ejército y por las Cámaras, quedaria á merced de todos los partidarios de Napoleon y siendo el instrumento de sus designios.»

XI.

Los plenipotenciarios de Mr. Bignon regresaron á París precisamente en los mismos momentos en que Blucher, despues de rodear la capital, atravesaba por la orilla izquierda del Sena. La ciudad, ademas de hallarse muy débilmente fortificada por ambas riberas, solo contaba para defenderse con los restos de las tropas que habian quedado de Waterloo, reducidos por la desercion y el desaliento á unos veinte mil hombres de todas armas, con el ejército de Grouchy, compuesto de unos treinta mil combatientes, con algunas partidas de tropa bisoña, un puñado de voluntarios y de federados, útiles solo para pe-

te la paz, y servirian de impedimento á sus intencione constitucionales. Todos ellos convinieron conmigo en que individualmente estaban convencidos de que el llamamiento del rey era el único paso capaz de atajar los peligros de que estaban erizadas las circunstancias, añadiendo ademas, que el restablecimiento de Luis XVIII era en el fondo el mas vehemente deseo del gobierno provisional, y que ese mismo gobierno y las Cámaras solo habian proclamado por el momento á Napoleon II con el objeto de atraer y conciliar á los soldados, que en gran número se habian refugiado en Paris despues de la batalla de Waterloo, cuya sedicion temian, y que seria orígen de una guerra civil. Trataron de averiguar de mí, si una regencia que gobernase en nombre de Napoleon II seria cosa que satisfaria á los aliados, á lo cual les repuse rotundamente, que creia que de ninguna manera. Insistieron ademas para saber mi opinion acerca del llamamiento para el trono de Francia de un príncipe que no fuera el legítimo rey, y yo no quise entrar en la discusion de tales hipótesis, refiriéndome únicamente á todo lo que ya les habia manifestado.

»Siguiéronme á pesar de esto hasta mi cuartel general, y allí volvieron á reproducir sus preguntas sobre la elevacion al trono de un príncipe que no fuese su rey, y ya entonces les dije categóricamente, que solo veia garantías de paz para la Francia, y de seguridad para la Europa en la persona de Luis XVIII, á lo cual contestaron que me habian comprendido perfectamente; y aun añadieron algunos de ellos, como haciendo alusion á la opinion que yo acababa de manifestar: ¡Y teneis en eso muchísima razon!

»Trascurridos dos dias y habiéndose sabido ya la salida de Napoleon con direccion á los Estados Unidos, me preguntaron los plenipotenciarios qué habia que hacer ante todas cosas para tratar de la paz, á lo que les contesté que una vez removido el principal obstáculo que se

oponia á un armisticio, la medida mas conveniente que en mi opinion habria de tomarse, era que el ejército francés se replegara mas allá del Loira, y confiar Paris á la guardia nacional, y aun añadí por mi parte, que si se decidian á aceptar estas bases, interpondria mi influjo para con mi colega Blucher á fin de que suspendiese su marcha y hostilidades. Ofreciéronseles algunas objeciones á la idea de haber el ejército de retirarse mas allá del Loira, sin embargo de que dos dias antes me habian manifestado que solo la permanencia en Paris de aquella fuerza habia sido el motivo que indujo al gobierno y á las Cámaras á proclamar á Napoleon II, y yo volvi entonces á hacerles presente que mientras quedase en la capital un solo soldado, no podia en lo mas mínimo suspender mis operaciones, pues que en realidad debian conocer si trataban sinceramente de restaurar á Luis XVIII sobre su trono, que aquel príncipe, rodeado en París por el ejército y por las Cámaras, quedaria á merced de todos los partidarios de Napoleon y siendo el instrumento de sus designios.»

XI.

Los plenipotenciarios de Mr. Bignon regresaron á París precisamente en los mismos momentos en que Blucher, despues de rodear la capital, atravesaba por la orilla izquierda del Sena. La ciudad, ademas de hallarse muy débilmente fortificada por ambas riberas, solo contaba para defenderse con los restos de las tropas que habian quedado de Waterloo, reducidos por la desercion y el desaliento á unos veinte mil hombres de todas armas, con el ejército de Grouchy, compuesto de unos treinta mil combatientes, con algunas partidas de tropa bisoña, un puñado de voluntarios y de federados, útiles solo para pe-

lear desde una trinchera, un gran número de piezas de artillería pero sin artilleros que las sirviesen, varios generales divididos en intereses y opiniones y que desconfiaban unos de otros, diferentes mariscales de los cuales unos deseaban reunirse cuanto antes al monarca, otros se ocupaban en negociar desde lo íntimo de su corazon, si bien por contemporizar con las tropas afectaban estar dispuestos al combate, mientras que los mas celebrados por su fama y renombre confesaban terminantemente asi en sus conversaciones particulares como en sus informes á las Cámaras, que el dar pábulo á una lucha que ya carecia de objeto por la abdicacion del emperador, solo serviria para atizar mas y mas el incendio que amenazaba á Paris, para contribuir á la destruccion de nuestros últimos batallones, y para sacrificar sin fruto alguno la capital y la patria toda á la vana sombra de un imperio fugitivo, que la misma victoria no seria bastante á restablecer.

Los historiadores del 20 de marzo, que usando de una escesiva deferencia han enumerado las imponentes fuerzas reunidas para la defensa de Paris, haciéndolas subir hasta la exagerada cifra de ciento diez mil hombres, han tomado sin duda alguna los guarismos por soldados en los datos militares que al efecto han debido tener á la vista. El ejército existente á la sazon en Paris y sus contornos no pasaba de cincuenta á sesenta mil combatientes, los cuales tenian que prestar proteccion al gobierno y á las Cámaras dentro del recinto de la villa, defender las murallas, y sostener la pelea contra trescientos mil hombres que ocupaban ya las orillas del Sena, y contra cuatrocientos cincuenta mil mas que se dirigian desde los Alpes y el Rhin por la Borgoña y la Champaña.

Todo el Mediodía íbase alzando en favor de los Borbones, ídolos de los pueblos que componen aquellas provincias, El Oeste se armaba y organizaba á la voz de los gefes realistas, con el doble objeto de combatir á la vez

á las tropas de Bonaparte é impedir el acceso á sus comarcas de las del estrangero. El Norte abria todas sus plazas fuertes al monarca, y Paris le aguardaba ya con la mayor impaciencia. ¿Qué hubieran, pues, podido hacer unos cuantos miles de hombres, aun suponiéndolos vencedores, contra las tres cuartas partes de la Francia, y contra la Europa entera que venia sobre la capital? Exasperar mas y mas la victoria, y rendir un nuevo sacrificio á la sombra de Napoleon. Los historiadores de que mas arriba nos hemos ocupado, han escrito mas bien para prestar sus consuelos á un partido, que para dar un testimonio exacto de los hechos. El ejército, en interés de la misma patria, debia conservarse para su rey y para la Francia, guareciéndose al otro lado del Loira cesando de disputar la paz á la nacion y el trono á Luis XVIII. Los guerreros mas heróicos, mas esperimentados y mas comprometidos de la época, tales como Soult, Davout, Grouchy, Oudinot, Massena, y hasta el mismo Ney, todos unánimes habian juzgado la situacion del mismo modo. ¿Qué derecho, pues, asiste á los escritores de la época para acusar de inesperiencia á aquellos maestros en el arte de la guerra, y de cobardía á hombres tan valientes y decididos? Es que su fanatismo hácia el emperador llega hasta el punto de inmolarle hasta sus mas intrépidos lugartenientes.

XII.

Davout, resuelto al fin á entrar en negociaciones, quiso sin embargo honrar las primeras gestiones por medio de las armas, y aprovechándose de una temeridad de Blucher que se habia aventurado á hacer adelantar á uno de sus cuerpos de caballeria hasta Versalles, pasando el Sena por San German, trató de imponer respeto á los

prusianos por algunos dias mas. Dispuso, pues, que el general Excelmans que se hallaba impaciente de aventuras aun despues de ver deshechas todas sus esperanzas, atacase con 500 caballos al cuerpo de Blucher, que se hallaba en Versalles, haciéndole retroceder hasta el Sena, donde quizá tendria que precipitarse. Semejante golpe de mano contribuiria forzosamente á limpiar de enemigos por algunos dias la orilla izquierda del rio, dando tiempo para emprenderse las negociaciones é imponiendo al mismo tiempo respeto al enemigo.

No podia haberse escogido hombre mas á propósito para llevar á cabo semejante empresa que Excelmans, que era el Murat del ejército de París. Educado en la escuela del rey de Nápoles aquel general, poseia tambien su vigor en el brazo y todo su caballerismo en el corazon. Davout le prometió al encargarle de su comision que seria sostenido por dos cuerpos de infantería, á los cuales mandó atravesar el Sena con este objeto. Excelmans despues de dividir su caballería en dos columnas, se adelantó en direccion de Versalles al frente de la primera de ellas, mientras que la segunda, al mando del general Vichery, emprendió su marcha hácia Roquencourt con el fin de atacar por el flanco á los prusianos cuando Excelmans lo verificase por el frente. Estos que habian salido ya de Versalles para estenderse por las llanuras de París á la izquierda del Sena, se encontraron con la columna de Excelmans precisamente en los caminos mas espeditos del bosque de Verrieres. El choque no pudo ser mas terrible, pues los escuadrones franceses, animados por un gefe que se lanzaba al combate á la cabeza de sus soldados, acuchillaron á los prusianos hasta las mismas calles de Versalles, y haciéndolos replegarse en direccion de Roquencourt en donde los aguardaba la columna de Vichery, quedaron completamente destruidos sin lograr salvarse ni uno solo.

Dueño entonces de sus movimientos y creyendo que

él formaba, por decirlo así, la vanguardia de los dos cuerpos de infantería que Davout le habia prometido enviarle, Excelmans, con sus dos columnas ya reunidas y triunfantes, se dirigió al galope hácia San German con objeto de hacer que el cuerpo de Blucher se precipitase en el Sena, mas al llegar á Marly fué rechazado por dos masas de infantería de Blucher que ocupaban aquellas colinas. Las tropas que Davout dispuso se pusiesen en marcha aquella misma mañana, habian recibido contra-órden. Fouché, informado de aquellas agresivas operaciones que iban á tener lugar contra los ejércitos con quienes él trataba de entablar negociaciones, habia deplorado con la mayor energía semejante temeridad inútil para la defensa al par que funesta para la paz; y Davout, haciéndose cargo de sus razones, habia obedecido. El heroismo de Excelmans sirvió, pues, para dar un nuevo realce y señalar con la última sangre, la capitulacion ya inevitable.

XIII.

Carnot, que era el elemento militar del gobierno, fué el encargado de inspeccionar por sí mismo las fortificaciones y el estado de las tropas, declarando en su consecuencia ante el consejo de guerra reunido en el de gobierno, que si bien era cierto que por espacio de algunos dias no seria difícil ver libre la orilla izquierda del Sena de los prusianos que ya principiaban á irse estendiendo por ella; sin embargo, semejante resultado no podria menos de ser poco duradero, pues reunidos con el ejército ingles, no tardarian en volver á pasar de nuevo el rio, auxiliados con fuerzas considerables. Las reflexiones con que terminaba su informe, no podian ser mas desconsoladoras y amargas al mismo tiempo para los gefes

militares. Fouché, á quien Dupont de l'Eure interrogó acerca del estado de las negociaciones, declaró terminantemente que los aliados trataban de imponer á Luis XVIII, que la Europa deseaba á toda costa el restablecimiento de los Borbones; que el rehusarse á ello era lo mismo que autorizar el yugo de hierro que aquellos príncipes, apoyados por la Europa contra un ejército impotente, querrian hacer pesar sobre la patria; que el admitirlos bajo condiciones nacionales y constitucionales, era salvar á la vez la capital, la Francia y la libertad; que podrian hacerse estipulaciones en favor del ejército, de las Cámaras y de los comprometidos en los sucesos el 20 de marzo, que quedarian de este modo asegurados por una amnistía, producto de aquella capitulacion. Tales palabras, á las cuales prestaron su apoyo Massena y Soult, afirmando unánimemente que la defensa de Paris era superior á toda fuerza humana, acabaron por decidir la conviccion de los ministros, de los representantes y de los militares que se hallaban presentes á aquella deliberacion.

Uno solo de estos últimos, un antiguo soldado, el mariscal Lefebvre manifestó abrigar todavía algunas dudas acerca de la posibilidad de defender al menos por un corto número de dias la orilla izquierda del Sena; y Fouché, fingiendo adherirse á los honrosos escrúpulos del mariscal, dispuso la reunion de un consejo de guerra en la Villette y en la residencia del general en gefe, á fin de decidir en último recurso lo mas conveniente respecto á la situacion defensiva de Paris.

XIV.

Este consejo de guerra, que le componian todos los mariscales presentes á la sazon en Paris, se reunió por la noche en el cuartel general de la Villette. Soult tomó la palabra para manifestar que la situacion política dominaba en aquel caso á la cuestion militar; que el prolongar la defensa de Paris por espacio de algunos dias, no serviria mas que para facilitar una vasta irrupcion de los ejércitos estrangeros en nuestro territorio y en los alrededores de la capital. Reconoció de una manera franca y resuelta la necesidad que existia de agruparse en torno de Luis XVIII, si no se queria que la caida de Napoleon trajese en pos de sí la ruina y el desmembramiento de la patria. Davout, Grouchy, y hasta el mismo Vandamme añadieron por su parte, aunque con triste y severa conviccion, nueva fuerza á las sabias al par que políticas palabras del mariscal Soult: «El buen sentido nos dice, así como á la Francia entera, esclamaban aquellos hombres, que no hay mas salvacion que en el rey, y que su moderacion y su prudencia es el mejor tratado que puede hacerse.» Algunos jóvenes generales de aquellos que no podian apartar de repente sus esperanzas de Napoleon II, ya por fanatismo hácia su padre, ya tambien por no desmentir su reciente entusiasmo, suscitaron algunas vagas objeciones, olvidándose de que en Francia los militares son heróicos campeones de las causas que se levantan, mas rara vez son mártires de las causas que se han perdido. El consejo contestó que no existia esperanza alguna para dar una batalla, ni contaban con garantías de ninguna especie para Paris, en el caso de tener que hacer una prolongada defensa bajo sus muros.

Fouché, Carnot, Grenier, Caulaincourt y Quinette, que vieron cubierta ya su responsabilidad para con la Cámara con la deliberacion de los gefes militares, autorizaron plenamente á Davout aquella misma noche para tratar de una capitulacion. En vano los oradores napoleónicos de la Cámara lanzaron diferentes imprecaciones contra la necesidad de aquel paso, y algunas insinuaciones de traicion dirigidas contra Fouché; pero éste, escusado con la autoridad revolucionaria y militar de Carnot y de los mariscales, despreció sus palabras.

Davout envió por fin parlamentarios al ejército de Blucher, mas este general les respondió con la brutalidad de un bárbaro, que no podia dar oidos á proposicion alguna relativa á la paz, mientras que el ejército no hubiese depuesto sus armas, insultando ademas á Davout en sus respuestas, y haciéndole las mas pérfidas y calumniosas insinuaciones respecto á los escesos y rapiñas injustamente atribuidos á aquel mariscal en Hamburgo, cuando estuvo encargado de ejecutar las prescripciones de Napoleon contra la marina y contra el comercio de las ciudades anseáticas.

XV.

Fouché, que seguia su correspondencia con el general inglés por medio deun agente italiano, su confidente, y antiguo ayudante de campo de Murat, llamado el coronel Macerone, indujo á Wellington por este conducto á interceder con Blucher, á fin de que accediese á entrar en negociaciones. Wellington escribió al general prusiano, que siendo una gran temeridad el atacar á Paris por todos cuatro costados, un armisticio era el mejor ardid de la guerra que pudiera ofrecerse para dar tiempo á que los ejércitos ruso y austriaco llegasen en su auxilio. Blucher convencido de este modo por su colega y por otro agente de Fouché, el general Tromelin, consintió en una suspension de armas, mas á condicion de que el ejército francés habia de retirarse á cuarenta leguas de Paris. Wellington pasó entonces á Argenteuil, sobre la orilla izquierda del Sena, con el objeto de apoyar á Blucher durante las negociaciones. El castillo de Saint-Cloud, aquel palacio que servia á Napoleon de descanso despues de sus triunfos, fué el designado por ambos generales para celebrar en él las conferencias. El ministro

de Negocios estrangeros Mr. Bignon, Mr. de Boudy, prefecto de Paris, y el general Guilleminot, mayor general del ejército de Davout, se reunieron alli el 3 de julio á las cuatro de la tarde con Blucher y Wellington.

Aquella era precisamente la hora en que Napoleon se decidió al fin en aquel mismo dia á salir de la Malmaison y á partir de incógnito en una silla de posta con direccion á un puerto de mar. La evacuacion de Paris por las tropas francesas y su retirada mas allá del Loira, formaban el objeto del primer artículo de la convencion. El segundo establecia que los ejércitos inglés y prusiano quedaban encargados de la proteccion de las autoridades existentes en Paris por todo el tiempo que permaneciesen en sus puestos. La artilleria y municiones debian ser entregadas á los aliados.

Por mas que otra cosa quiera suponerse, aquella fué una verdadera capitulacion, vánamente decorada para salvar el honor con el nombre de convencion. Todo, hasta el trono y la capital, vino á quedar á merced de las potencias, aunque es verdad tambien que Waterloo se lo habia ya por desgracia entregado de antemano.

XVI.

Paris consternado ofrecia por do quiera el mismo espectáculo que en 1814: un pueblo nómada de cultivadores, á quien la aproximacion de los ejércitos estrangeros habia hecho abandonar sus hogares, se veia acampado con sus mugeres, con sus hijos, con sus ancianos y ganados, y con sus carros cargados de muebles, por todas las calles y hasta por los paseos de la capital. Fouché, dueño entonces de todos los resortes de la policia, los empleaba en sembrar en los ánimos el pánico y la mútua desconfianza, con el fin de hacer imposible toda idea de sedi-

cion militar entre el ejército, y de una póstuma energía en las Cámaras. En una palabra, aquel hombre dominaba las crisis en las calles, del mismo modo que habia sabido dominarlas en el consejo del emperador y en el de gobierno. Preparada, pues, de tan hábil manera la convencion, pudo presentarse ante los ojos del pueblo sin que llegase á escitar la mas mínima agitacion en sus abatidos ánimos, siendo acogida por la Cámara con una resignacion oficial, y hasta con una interior satisfaccion. El antiguo ministro de la república, Garat, subió á la tribuna y probó de la manera mas terminante que el honor quedaba plenamente satisfecho, manifestando solo los deseos que le animaban de que se aprovechase aquel interregno para proclamar, á imitacion de los ingleses, una teoría fundamental de los derechos del hombre que fuese reconocida en lo sucesivo por cualquier gobierno que la Francia aceptase. Manuel, sin embargo, se opuso á ello, y pidió que la Cámara se ocupase de discutir una constitucion compuesta de cien artículos que él se proponia presentar. Nada pudo, pues, ser mas á propósito al objeto que Fouché se proponia, hasta el punto de causarle no poca satisfaccion, que la idea de entablar una larga y estéril discusion de principios en una asamblea que tenia el enemigo á sus mismas puertas, y cuyo entusiasmo y energía trataba de evitarse á toda costa. El general Solignac pidió que se diese un voto de gracias al ejército, y así se acordó, comunicándose á las tropas por medio de un mensage.

XVII.

Entretanto la convencion seguia llevándose á efecto sin obstáculos ni oposicion; y en San Dionisio, ocupado ya por los aliados, habíase enarbolado la bandera blanca. Una emocion pasagera dejóse solo sentir en los arrabales y en los últimos batallones del ejército, en el momento de presentarse los prusianos á ocupar los puestos mas cercanos de la ciudad, que habian sido abandonados por la tropa de línea. Algunos hombres del pueblo y varios soldados que andaban desbandados, dieron gritos de, «¡á las armas!» vociferando mil imprecaciones contra los tratados, y disparando al aire algunos tiros como para escitar el furor de los estrangeros y despertar el patriotismo de los habitantes, y por último, se dirigieron formando grupos amenazadores hácia las Tullerías, en donde se hallaba Fouché. Presentóse entonces Massena que habia tomado el mando de la guardia nacional, reunida á su voz para defender al gobierno y sostener el órden público, y todo se tranquilizó á la vista del anciano general y de las bayonetas del pueblo armado dentro de la ciudad.

En las afueras, algunos batallones decididos por la lucha, habian recibido con voces y ademanes amenazadores la órden de abandonar la capital, protestando contra la traicion que se les hacia, y jurando al pueblo que trataba de detenerlos, defender á Paris hasta contra sus mismos gefes. Otros hicieron pedazos sus armas, y se negaron á marchar en direccion del Loira. Hablóse tambien en el campo acerca de deponer militarmente al severo Davout, y nombrar en su lugar á Vandamme, general y tribuno de la tropa; siendo escusado decir que los generales bonapartistas eran los que mas fomentaban por bajo de mano semejantes rebeliones de la soldadesca. Por lo que hace á Vandamme, militar popular pero observador rígido de la disciplina, y que se hallaba abocado á obtener por medios legítimos las mas altas dignidades del ejército, se negó desde luego á ser el instrumento de la sedicion, tanto mas cuanto que en el consejo de guerra fué uno de los que votaron en pro de la necesidad de una retirada, y en favor de los Borbones, una garantía en aquellas circunstancias de independencia y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de paz. El general Drouot, que mandaba la guardia imperial en Waterloo, se presentó tambien á las tropas convenciéndolas con sus consejos y con su propio ejemplo. El ejército entonces se limitó é pedir sus haberes, queriendo imitar sin duda á las cohortes romanas del Bajo Imperio.

El gobierno provisional, á quien tal exigencia hizo temblar, vació las cajas públicas para acallarla, y aun tuvo necesidad de hacer un empréstito con los principales banqueros de Paris, á fin de reunir los fondos indispensables para acallar á los gefes y oficiales. Mr. Lafitte, banquero liberal y popular, fué uno de los que mas se señalaron por el generoso apoyo que ofreció al gobierno en aquel dia, prestándole su dinero y su crédito para preservar la ciudad de los peligros á que la sedicion del ejército podia conducir á los ciudadanos. En las tristes y críticas circunstancias creadas para la Francia con el regreso de Napoleon, tanto Mr. Lafitte como todos los demas hombres que componian la alta clase media, encontraban mucho mas patriotismo en una paz con los Borbones obtenida con condiciones liberales, que en los desastres del pais prolongados indefinidamente por los partidarios de Napoleon.

Esos mismos eran en aquellos momentos los sentimientos de la Francia entera, y asi lo acreditaba la actitud que habia tomado hacia tres meses. Consternada, pero inmóvil, contemplaba la caida de Napoleon del mismo modo que habia mirado su regreso de la isla de Elba. Hacia ya largo tiempo que la nacion defendia una causa distinta de la del ejército, y esa misma separacion que databa desde el 18 de brumario, esplica suficientemente lo que los historiadores del partido militar han querido mas tarde traducir por la traicion de los mariscales y por el envilecimiento moral de la nacion. Se equivocan, pues, sobre este particular; nada puede esplicarse por la cobardía y la bajeza en un pueblo que acababa de conquistar el mundo, y que se dejaba él mismo conquistar por dos veces sin alzarse al grito de sus ejércitos destruidos, y de su capital invadida. La nacion, afligida y humillada, protestaba por su inmovilidad contra una causa, que aunque estaba juzgándose sobre su mismo suelo, no era sin embargo la suya, desde que la sedicion militar del 18 de brumario y la sedicion imperial del 20 de marzo, habianla convertido en la causa de un hombre y de un partido. La ciudad y la campaña formaban dos patrias totalmente distintas.

XVIII.

Las tropas de Blucher y de Wellington habian ya ocupado á Paris, y la Cámara de los representantes afectaba aun estar deliberando acerca de la constitucion; imitacion pueril del senado romano aguardando á los galos en sus sillas curules. Mas cuando aquellos senadores ofrecian sus cuellos á los soldados de Breno, habian antes peleado hasta la puerta del mismo hogar de Roma; y la Cámara, lejos de haber hecho otro tanto, ni aun habia provisto de armas siquiera á los combatientes, siguiendo tranquilamente sentada y discutiendo sin resolverse á decidir entre la libertad ó la tiranía hasta el momento en que la suerte se hubo pronunciado contra el hombre á quien aquella misma Cámara no se habia atrevido ni á derrocar ni á sostener. No era la Cámara del pais ni tampoco la Cámara de Napoleon, sino una mezcla confusa y desacorde de todos los medios partidos, elegida solo por un limitado número de electores, sin otro objeto que el de observar los acontecimientos mas bien que para dominarlos. No representaba ni al pais ni al ejército, y el papel que estaba desempeñando con relacion al esterior, no podia ser mas ridículo y pueril. En las ne-

gociaciones puramente militares de Saint Cloud no se le habia concedido tampoco tomar la mas pequeña parte, y por último hasta el espíritu de la Francia parecia haberla abandonado por completo. Fouché, despues de haberse valido de ella solo por un corto espacio de tiempo y con el único y determinado objeto de contener las veleidades dictatoriales de Napoleon, se hallaba ya embarazado con su existencia, siendo de opinion que una vez terminado el imperio, debia darse cuanto antes el golpe de gracia á aquel vano simulacro de representacion.

XIX.

Ocupóse, pues, la Cámara en discutir durante algunas horas, y votó en medio del mayor entusiasmo una declaracion de derechos y otra de principios, que no debian por cierto tardar mucho en desaparecer entre el humo y el estruendo de los cañones de Blucher. Alzóse ademas como un solo hombre ante el enemigo ausente y descuidado como si pretendiese lanzar su reto contra el aire, y juró morir por la independencia de la patria justamente cuando se hallaban á cuatro pasos los ingleses y prusianos, acampados ya en los mismos paseos públicos de Paris y cuando aun resonaba el rumor producido por las tropas francesas que abandonaban las murallas. Blucher y Wellington solo aguardaban por su parte para penetrar por ellas, la próxima llegada de numerosas tropas que aguardaban de un momento á otro, á fin de sorprender el ánimo de los parisienses por este medio.

La víspera de su entrada, Fouché, autorizado competentemente por sus colegas de gobierno, pasó al cuartel general de Wellington establecido en Neuilly con el objeto de describir al generalísimo inglés la situacion de París y de la Francia toda, pintándola con los mas sombríos

colores; al verificarlo asi, cuidó de exagerar de propio intento la fuerza con que contaba la opinion bonapartista y el partido republicano, tratando de rebajar la importancia de las del realista; presentó á la nacion como un volcan mal apagado y próximo á estallar bajo el mando de los Borbones y la proteccion de los ejércitos europeos, si una mano popular y esperimentada en las revoluciones no tenia la destreza de contener á tiempo la esplosion ó bien de evaporarla con habilidad. De este modo se indicaba á sí mismo á lord Wellington como el hombre de las circunstancias, y como el genio de transaccion entre el espíritu revolucionario y una segunda restauracion.

Lord Wellington, predispuesto ya en su favor por los mismos agentes de Fouché, y prevenido en igual sentido por Mr. de Talleyrand que aparentaba proclamar sin reserva alguna la necesidad de valerse de aquel hombre, salió de la conferencia mas convencido que nunca de que el rey, para llevar á efecto su entrada en París y para establecer despues su gobierno, debia aprovecharse de la habilidad de Fouché que tan alta superioridad en la intriga y en la audacia acababa de demostrar en el manejo de tan complicados acontecimientos, hasta el punto de poder considerársele como el dominador de la revolucion, preparado al efecto por la revolucion misma. Viendo Fouché la impresion producida por él en el hombre mas influyente de la coalicion y por su medio en el gabinete británico, verdadero patrono de Luis XVIII en aquella guerra, suplicó á lord Wellington alcanzase del rey, que acababa de llegar al castillo de Arnouville bajo los muros de San Dionisio, las mas liberales declaraciones de paz y de amnistía, y al efecto le hizo presente los peligros que podian originarse de dejar á París por largo tiempo á merced de la suerte, de las variaciones de la opinion, de los movimientos populares ó de la soldadesca y de las discusiones de la asamblea, concluyendo por escitarle á poner un término á tales incertidumbres, verificando al

dia siguiente su entrada en París. Asi se lo prometió, pues, lord Wellington.

Al regresar Fouché de Neuilly, creíase ya ministro del rey y árbitro de la restauracion. Un aviso confidencial de Talleyrand vino á informarle de que el rey consentia en recibirle secretamente al dia siguiente 6 de julio en el castillo de Arnouville, residencia y cuartel general de Luis XVIII y de su familia. Fouché, con el objeto de conservarse á igual distancia siempre de ambos partidos, obtuvo de sus colegas de gobierno la autorizacion competente para asistir á aquella entrevista en calidad de presidente del gobierno provisional, y bajo el pretesto de insistir para con el príncipe en la necesidad de establecer instituciones nacionales, y de aconsejarle la concesion de las mas ámplias garantías asi en favor de los principios como de las personas. Escusado parece decir cuán poco trabajo le costaria á Fouché el convertir á su favor hombres ya convencidos por la necesidad, y que ademas tenian no poco interés en contar con un tan hábil negociador entre ellos y el príncipe que bien pronto debia ser su señor. El mismo Carnot habia visto al rey en 1814, y Caulaincourt habia solicitado presentarse en su córte. Fouché partió, pues, el 6 para Arnouville.

XX.

Todo se hallaba ya dispuesto, asi en el ánimo del rey como en su consejo y en la córte, para tributar á Fouché aquella acogida que un príncipe agradecido debe á un hombre que le devuelve á su pueblo, y le facilita la subida al trono. Los realistas que habian permanecido en París durante los cien dias de la dominacion de Bonaparte, agolpábanse hacia ya dos noches por el camino de Arnouville, pues impacientes por asegurar el regreso del

rey y de apresurar la continuacion de un reinado que ellos creyeron ya perdido para siempre, habian acallado todas las antipatías de su nacimiento, de su opinion, y hasta de su emigracion misma contra el procónsul del terror, contra el regicida de Luis XVI, contra el conspirador del 20 de marzo. Los partidos que nada perdonan á quien ya les ha servido, suelen perdonarlo todo al que ha de servirles todavía. La utilidad es para ellos la amnistía de toda clase de crímenes. Los realistas de Cárlos II convirtieron á Monk en un héroe; los realistas de Luis XVIII no es de estrañar que hiciesen de Fouché un Monk, dominador á la vez de la revolucion, del pueblo y de Napoleon. «Los partidos, esclamaban, solo obedecen á sus cómplices.» Es verdad que para prestar tales servicios habia sido preciso ser traidor, mas la traicion cuando tiene por objeto una causa tan santa y elevada, ¿no se convierte acaso en la mas misteriosa virtud? Asi, pues, todo el mundo se enternecia y se exaltaba hasta el misticismo de la admiracion al hablar de aquel célebre campeon de las revoluciones. El periódico de la córte, redactado á la sazon por los escritores mas impuestos en las ideas y pensamientos de la aristocracia y de los cortesanos, los *Debates*, se humillaba ante el genio de aquel hombre, y designaba á Fouché como supremo árbitro de las vicisitudes de los imperios. «Al despedirse de los amigos del rey el 20 de marzo, habíales dicho estas palabras: salvar vosotros al rey, que yo me encargo de salvar la monarquía.» Ha cumplido, pues, aun mas de lo que prometió, puesto que ha salvado la monarquía, y al mismo tiempo nos ha traido al rey.

«Todo allí andaba mezclado, dice el mismo Mr. de Chateaubriand, la religion con la impiedad, la virtud con el vicio, el realista con el revolucionario, el estrangero con el francés. Por do quiera se oia decir que sin Fouché, ministro del rey, no habia ni seguridad para el monarca, ni salvacion para la Francia; que él solo habia evitado

una gran lucha; que él solo era capaz de concluir su obra.» A los bonapartistas, les garantizaba su perdon; á los revolucionarios, concesiones; á los estrangeros, la ocupacion tranquila de París; á los realistas, el trono; al rey, su propia vida. El agradecimiento todavía reciente, la complicidad, el interés, la ambicion, el miedo, todas las pasiones en fin generosas, ávidas ó mezquinas, que dominan el corazon del hombre, todas sin escepcion conspiraban en aquellos momentos en favor de Fouché. Hasta la misma intriga manejada por sus rivales de ambicion, venia, sin saberlo ellos mismos, á recaer en beneficio suyo.

Mr. de Talleyrand, el gefe del ministerio de Luis XVIII, el hombre del congreso, el confidente y el consejero de las potencias, no cesaba de ponderar al rey, á los generales, y hasta á los soberanos aliados, el genio de Fouché, y de confesar, con el acento de la superioridad que se complace en reconocer un igual suyo, la necesidad que habia de contar con aquel hombre en los consejos de la corona. «Nada puedo hacer sin él, decia Talleyrand; Fouché es en los momentos presentes el hombre de los acontecimientos. No conocerlo asi, seria rebelarse contra la evidencia de las situaciones, y puesto que él tiene en su mano á la Francia, preciso es optar por tomarla ó por abandonarla.»

XXI.

He aquí, pues, de que manera se espresaba Mr. de Talleyrand al hablar de Fouché; ¿mas sabiase acaso la razon? ¿creia él mismo por ventura lo que decia? no por cierto. Jamás habia considerado á Fouché mas que como un Talleyrand de segundo órden, como un revolucionario salido de la hez de las facciones, manchado de sangre y

marcado con el sello del regicidio que le incapacitaba para siempre de negociar con córte alguna y de inculcar á los pueblos, en nombre de una monarquía, el respeto que deben á sus reyes. No honraba su baja y vulgar intriga con el nombre de política; considerábale como un advenedizo si tendia hácia él la vista desde la altura de su cuna; le odiaba como su rival, como su igual le despreciaba; en una palabra, solo se dignaba aceptarle como instrumento de sus planes.

Mr. de Talleyrand, á título de gran señor revolucionario, de cortesano tránsfuga por largo tiempo en la córte de Bonaparte, de clérigo que habia renegado de su sacerdocio y de su fé, apareció como un escándalo de la suerte en la córte y al frente de los consejos de Luis XVIII en 1814, aunque es presumir fuese mas bien impuesto por las circunstancias que aceptado por el rey, por la familia real, por los cortesanos, ni por la misma Europa. Dotado de un espíritu penetrante aunque impasible, no desconocia lo difícil y embarazoso de la situacion que ocupaba, inquietándole esto sobremanera respecto á la continuacion de su ascendiente para lo futuro. Tenia el suficiente talento para creer que Fouché fuese indispensable á la corona despues de Waterloo y á la vista de París, evacuado ya por nuestras tropas y ocupado por cinco ejércitos que en junto compondrian un millon de hombres; pero aparentando hallarse convencido de la necesidad de Fouché, y repitiendo al rey diariamente que no respondia de nada sin su colega, se vengaba hábilmente del monarca, de su familia, de sus cortesanos y de todos los emigrados, obligándoles á levantar con sus propias manos y en medio de su misma córte, un escándalo ante el cual desaparecia completamente la inconveniencia de su propia elevacion. ¿Qué era, pues, Mr. de Talleyrand, obispo dispensado de sus votos por el papa, constitucional moderado y amigo de Mirabeau en 1790, emigrado en América en 1793, de noble sangre, ilustre

por su nacimiento, célebre por sus negociaciones y talento durante el imperio, al lado de Fouché, procónsul y regicida, asesino del padre y del hermano de aquellos mismos príncipes y princesas que le admitian á la sazon en su córte y le abrian su corazon? Despues de tal sacrificio hecho voluntariamente á la utilidad de un hombre semejante, ¿de qué tendrian derecho á quejarse los Borbones y sus partidarios al ver á Mr. de Talleyrand figurando en los consejos de la corona? Una vez colocados en semejante situacion, quitábales todo derecho de admirarse de su presencia, y de tratar de rebajarle en lo sucesivo; convertia á Luis XVIII en cómplice, mil veces mas que él, de la revolucion; le hacia descender y humillarse ante el mismo Fouché, y cuando la voz del pueblo llegase á alzarse contra el escándalo de aquel ministro, y Fouché fuese lanzado del poder, entonces el rey y su córte nada tendrian ya que oponer respecto á su propia dominacion en el gobierno. El contacto con Fouché habríale quitado el derecho de afectar cualquiera otra clase de pudor.

XXII.

Tales eran sin duda los verdaderos pensamientos de Mr. de Talleyrand cuando recibió á Fouché entre sus brazos en Arnouville para conducir él mismo á su rival de ambicion á los pies del rey vencido. La lucha que Luis XVIII debió sostener consigo mismo antes de ceder á aquel oprobio del destino, debió de ser sin duda muy larga y empeñada. Su permanencia por espacio de veinte años, á gran distancia del palacio de sus padres, no era mas que un infortunio harto comun á muchos reyes. Su caida de un trono vacilante á impulso del prestigio irresistible de un conquistador y el abandono de su propio ejército, era uno de esos reveses inevitables en una restauracion no bien asegurada; pero tener que aceptar, á fin de volver á subir á ese mismo trono, la mano teñida aun en la sangre de un rey y de un hermano, desmentir con este solo hecho todas aquellas reales imprecaciones y aquellas amargas quejas que ese mismo príncipe habia hecho llegar á todas las córtes europeas, obligar á su querida sobrina, la hija de Luis XVI, á estremecerse y temblar á la vista del hombre que habia sacrificado á su padre y á su madre en aras de la revolucion ¡oh! aquella fué la mayor de todas sus derrotas, pues que equivalia á renegar de su propio rango y categoría, y á dar un solemne mentís á su propia sangre. El manifestarse agradecido á tales servicios, era aparecer á los ojos del mundo y de la historia como un cómplice. Amnistiar al regicida, solamente hubiera sido cumplir la última voluntad de Luis XVI, mas elevarle al rango de sus ministros y colocarle al frente de sus consejos, era constituirse en súbdito de ese mismo hombre, que no fué en toda su vida mas que un criminal. Hasta el mismo trono habria sido harto caro á semejante precio, si para sentarse en él hubiera sido preciso rebajarse hasta tal punto.

Todas estas consideraciones que acabamos de esponer, no dejaban de pesar tambien en el ánimo del monarca, y de afectar al menos su orgullo de rey, mas él estaba convencido al mismo tiempo, de que si no se apresuraba á ceñirse cuanto antes la corona, las intrigas de Fouché, de La Fayette y de Sebastiani, unidas al desprecio de la Prusia, á las debilidades del emperador Alejandro con motivo de la popularidad revolucionaria de algunos salones de París, y al interés oculto y egoista del Austria, harian que aquella fuese á depositarse en otras sienes, y tanto mas dominaba en él esta idea, cuanto que lord Wellington, Mr. de Talleyrand y los numerosos clientes que Fouché tenia en la córte, entre ellos quizá el mismo Mr. de Vitrolles, el oficioso mediador de los rea-

por su nacimiento, célebre por sus negociaciones y talento durante el imperio, al lado de Fouché, procónsul y regicida, asesino del padre y del hermano de aquellos mismos príncipes y princesas que le admitian á la sazon en su córte y le abrian su corazon? Despues de tal sacrificio hecho voluntariamente á la utilidad de un hombre semejante, ¿de qué tendrian derecho á quejarse los Borbones y sus partidarios al ver á Mr. de Talleyrand figurando en los consejos de la corona? Una vez colocados en semejante situacion, quitábales todo derecho de admirarse de su presencia, y de tratar de rebajarle en lo sucesivo; convertia á Luis XVIII en cómplice, mil veces mas que él, de la revolucion; le hacia descender y humillarse ante el mismo Fouché, y cuando la voz del pueblo llegase á alzarse contra el escándalo de aquel ministro, y Fouché fuese lanzado del poder, entonces el rey y su córte nada tendrian ya que oponer respecto á su propia dominacion en el gobierno. El contacto con Fouché habríale quitado el derecho de afectar cualquiera otra clase de pudor.

XXII.

Tales eran sin duda los verdaderos pensamientos de Mr. de Talleyrand cuando recibió á Fouché entre sus brazos en Arnouville para conducir él mismo á su rival de ambicion á los pies del rey vencido. La lucha que Luis XVIII debió sostener consigo mismo antes de ceder á aquel oprobio del destino, debió de ser sin duda muy larga y empeñada. Su permanencia por espacio de veinte años, á gran distancia del palacio de sus padres, no era mas que un infortunio harto comun á muchos reyes. Su caida de un trono vacilante á impulso del prestigio irresistible de un conquistador y el abandono de su propio ejército, era uno de esos reveses inevitables en una restauracion no bien asegurada; pero tener que aceptar, á fin de volver á subir á ese mismo trono, la mano teñida aun en la sangre de un rey y de un hermano, desmentir con este solo hecho todas aquellas reales imprecaciones y aquellas amargas quejas que ese mismo príncipe habia hecho llegar á todas las córtes europeas, obligar á su querida sobrina, la hija de Luis XVI, á estremecerse y temblar á la vista del hombre que habia sacrificado á su padre y á su madre en aras de la revolucion ¡oh! aquella fué la mayor de todas sus derrotas, pues que equivalia á renegar de su propio rango y categoría, y á dar un solemne mentís á su propia sangre. El manifestarse agradecido á tales servicios, era aparecer á los ojos del mundo y de la historia como un cómplice. Amnistiar al regicida, solamente hubiera sido cumplir la última voluntad de Luis XVI, mas elevarle al rango de sus ministros y colocarle al frente de sus consejos, era constituirse en súbdito de ese mismo hombre, que no fué en toda su vida mas que un criminal. Hasta el mismo trono habria sido harto caro á semejante precio, si para sentarse en él hubiera sido preciso rebajarse hasta tal punto.

Todas estas consideraciones que acabamos de esponer, no dejaban de pesar tambien en el ánimo del monarca, y de afectar al menos su orgullo de rey, mas él estaba convencido al mismo tiempo, de que si no se apresuraba á ceñirse cuanto antes la corona, las intrigas de Fouché, de La Fayette y de Sebastiani, unidas al desprecio de la Prusia, á las debilidades del emperador Alejandro con motivo de la popularidad revolucionaria de algunos salones de París, y al interés oculto y egoista del Austria, harian que aquella fuese á depositarse en otras sienes, y tanto mas dominaba en él esta idea, cuanto que lord Wellington, Mr. de Talleyrand y los numerosos clientes que Fouché tenia en la córte, entre ellos quizá el mismo Mr. de Vitrolles, el oficioso mediador de los rea-

listas entre Arnouville y el gabinete de Fouché, habíanle llegado á persuadir de que la coalicion, con la única escepcion de la Inglaterra, estaba próxima á abandonarle á su fortuna, y á favorecer con la corona á un príncipe de otra casa.

No seria tampoco muy difícil de creer que el mismo conde de Artois, instigado por Mr. de Vitrolles y por su córte privada de nobles y de prelados, ansiosos todos de volver á adquirir su antigua posicion á cualquier precio, contribuyese secretamente á hacer prevalecer en el ánimo del rey semejante debilidad de córte, pretendiendo cubrirla con el nombre de necesidad, y que no les disgustase al mismo tiempo que el monarca tratara, bajo su sola responsabilidad, de degradarse hasta tal punto con aquel hecho, por el cual mas adelante habian ellos mismos de acusarle y criticarle. El rey, que presumia de hombre de estado, sentia sin duda alguna en lo íntimo de su corazon aquella violencia moral que le obligaba á someterse á un regicida; mas, educado como estaba en la escuela de Maquiavelo, y afectando despreciar, por el interés de su casa, de su trono y de su pueblo, los escrúpulos del vulgo, procuraba hacer frente, no sin cierta satisfaccion de orgullo, á su propia sensibilidad. Asi es, que solia decir frecuentemente á Mr. de Talleyrand y á los hombres de estado cuya admiracion pretendia conquistar á veces: «Me parezco á vosotros en la indiferencia respecto á los medios;» mientras que con los hombres timoratos de su córte se espresaba en estos términos: «Yo me hallo á mayor altura que vuestras tímidas susceptibilidades; el trono posee una moral que vosotros no conoceis.» Pero al decir esto se olvidaba desgraciadamente de que si es cierto que un soberano debe sobreponerse á toda clase de repugnancias personales cuando se trata del interés de sus pueblos, no puede impunemente sobreponerse á los deberes de la naturaleza, los cuales le impedian dejarse presentar ante la Francia y subir al trono

conducido y apoyado por Fouché. Entre el rey y aquel ministro habia un lago de sangre.

La duquesa de Angulema sentia tambien vivamente aquella complicacion de circunstancias, y mas de una vez vino á arrojarse á los pies de su tio para suplicarle la evitase tanta vergüenza y afliccion, llegando hasta el punto de decirle, que ninguna consideracion humana, inclusa la obediencia debida al rey, seria bastante para obligarla á encontrarse frente á frente en los salones de palacio con uno de los asesinos de su padre. Sus ojos estaban cubiertos de lágrimas que bañaban las manos del monarca, mas éste inflexible, aunque conmovido y cariñoso; «Hija mia, la dijo, la política tiene otras leyes distintas de las de la naturaleza; á vos os toca llorar, á mí me corresponde salvar á mis pueblos y trasmitiros despues mi trono; en la ocasion presente no es el rey de Francia el que olvida sus deberes, es el regicida que se humilla ante el poder de la corona, y el monarca que perdona grandes faltas en verdad, pero lavadas con no menos grandes servicios.» La princesa se vió obligada al escuchar estas palabras, á devorar en silencio su humillacion y su dolor, mas no trató por eso de ausentarse de la córte. Mucho mas digno y propio del cariño filial hubiera sido por cierto el haber protestado con su alejamiento contra una violencia, que la ambicion de reinar no podia jamás imponer al corazon de una hija.

XXIII.

Cuando Fouché, acompañado de Mr. Talleyrand, llegó á Arnouville, ya el rey le esperaba impaciente. Sin embargo, al anunciarle el príncipe de Poix de la casa de Noailles y capitan de sus guardias que el ministro aguardaba en la puerta de su cámara la audiencia que le es-

taba otorgada, el rey se demudó y se puso pálido. La sombra de su hermano apareció por un momento ante sus ojos, interponiéndose entre él y el juez de Luis XVI. A poco recobró toda su magestad y su presencia de ánimo, y despidiendo al príncipe, mandó que solo entrasen en su gabinete aquellos dos hombres de estado. La secreta entrevista que tuvo lugar entre aquellas tres personas que representaban tres épocas tan diversas: el antiguo régimen, el imperio y la revolucion, y á las cuales reunia la ambicion para reconciliarse, no tuvo mas testigos que los mismos actores de aquella escena. Luis XVIII, sin embargo, amigo de contar como buen viejo, confió mas adelante todos los pormenores que tuvieron lugar en ella, á una persona de toda su intimidad y confianza.

Apénas Mr. de Talleyrand hubo hecho entrar á Fouché, el rey y el regicida se miraron por largo rato sin hablar una sola palabra; el rey, por su parte, afectando en su mirada la magestad y autoridad de un superior que consiente en dejarse servir; Fouché, la timidez y el encogimiento de un culpable que consiente en dejarse perdonar, pero que al mismo tiempo conoce que sus servicios exigen mas bien que imploran el perdon. Mr. de Talleyrand, entretanto, ocultaba tras de su impasible fisonomía, el secreto gozo que esperimentaba humillando de este modo á su señor, y protegiendo á su rival. En aquel momento él era el que dominaba á los dos.

Al cabo de unos breves instantes, decidió, pues, acudir en socorro de ambos interlocutores, abreviando el ceremonial y poniendo término á los recuerdos y á las esplicaciones; y dirigiéndose entonces al rey le dijo que en la persona de Fouché le presentaba al hombre hábil y decidido que habia sabido secundar mejor que otro alguno los sucesos á que la Francia debia la vuelta de su rey, y el único capaz, en aquellas tan críticas circunstancias, de ilustrar los consejos de la corona y de deshacer las tramas de sus enemigos. Fouché por su parte, sintiendo

en efecto ó aparentando sentir una emocion profunda que le enagenaba su habitual presencia de ánimo, se limitó á inclinarse profundamente y á balbucear algunas palabras de agradecimiento y adhesion hácia el príncipe y hácia la monarquía, únicos elementos en que estribaba el bienestar de la Francia, y que constituian el deber de todo buen francés.

Yo aprecio en alto grado, le dijo Luis XVIII con esa magestad del rango que sabe inclinarse ante el verdadero mérito, yo aprecio en alto grado los servicios que en estos últimos tiempos me habeis prestado á mi y á mi causa, y asimismo los que tendreis ocasion de prestarme, mejor que nunca, en el ministerio de Policía que estais desempeñando actualmente y para el cual os tengo designado de antemano como uno de los puestos mas importantes de mi gobierno. Espero, pues, que me suministreis los medios mas adecuados para conseguir la pacificacion de mi reino, para afianzar mi trono y atraer los ánimos estraviados hácia la monarquía legítima, única garantía de la seguridad, de la independencia y de la libertad de mis súbditos.»

Fouché, aun no repuesto enteramente de su turbacion, se inclinó por segunda vez en señal de reconocimiento y de aceptacion de la confianza que el rey depositaba en él, y despues de hacer una triste aunque exagerada pintura, de las animosidades de las facciones, de los recursos del bonapartismo, de las mal acalladas agitaciones del partido revolucionario, trajo á la memoria del rey la gran figura de Enrique IV, que á fin de conquistar á su pueblo, dejóse antes conquistar á sí mismo por las ideas dominantes de la época, y supo ser mas bien el rey de sus enemigos que de sus amigos; insistiendo por último en la absoluta necesidad de hacer desaparecer el pasado entre la Francia y los Borbones, apelando á una amnistía tan ámplia y tan completa que mas que á un perdon pudiera asemejarse al mas completo olvido de lo pasado.

«Es de todo punto indispensable, añadió, que bajo el reinado de V. M. todo el mundo adquiera la mas completa seguridad de que no será inquietado, con motivo de actos consumados durante las diferentes revoluciones ocurridas en este último interregno, ni por la adquisicion de propiedades nacionales, ó bien por los grados, honores, dignidades ó títulos de que se haya estado en posesion, debiendo garantirse aquella seguridad hasta el punto de que los servicios que hayan sido prestados á los gobiernos sucesivos de la Francia en aquella época se tengan como hechos al gobierno del rey. En una palabra, es preciso que V. M. adopte á la Francia si quiere que esta adopte irrevocablemente su casa, cuya alta discrecion y soberana prudencia la han colocado siempre sobre las preocupaciones, debilidades y resentimientos de su propio partido. La Europa y la nacion saben muy bien, que mas que un rey es un distinguido hombre de estado el que la Providencia acaba de colocar sobre su trono; asi, pues, todo el mundo verá en V. M. el genio de la reconciliacion de todos los intereses y de la restauracion de los tronos. Preciso es tambien que V. M. procure inspirar su saber y su esquisita prudencia á cuantos le rodean, pues de otro modo seria fácil que llegase de nuevo á perder la corona, si la deja á merced de sus mezquinas pasiones y reducidas inteligencias. El tiempo se muestra ansioso de concesiones, y solo á este precio cesará la agitacion de París. El momento oportuno de hacerlas ha llegado, pues que de dilatarlas para mas adelante parecerán mas bien arrancadas por las impaciencias y exigencias de la opinion: hoy dia la Francia se mostraria agradecida, mañana quizá se muestre ingrata y exigente. Es preciso admitir los hechos como derechos, y guardarse bien de disputar á las Cámaras y á la opinion las garantías de seguridad y dignidad que ellas mismas han inscrito en su declaracion como condiciones de su capitulacion de honor y como bases de su sumision.»

XXIV.

Mr. de Talleyrand, con su silencio y ademanes, parecia asentir en un todo á los consejos de Fouché. El rey, sin perder un solo instante su mesura y su reserva, y envanecido con la distinguida idea que la revolucion, en la persona de Fouché, habia formado de su moderacion y de su prudencia, parecia sin embargo escucharle con una simulada desconfianza encubierta bajo un aparente abandono, pues si bien aquel monarca deseaba dar mayores seguridades y garantías al bonapartismo que aun estaba en posesion del ministerio, del gobierno y de las Cámaras, no queria tampoco entrar en composiciones con él. El conceder cuanto fuera necesario á los intereses generales de la revolucion y á las nuevas opiniones que constituian la mayoría del pais, entraba desde luego en sus ideas, tanto por la fuerza como por la razon; mas el echarse en brazos del ejército, de los funcionarios creados por Napoleon, de los conspiradores del 20 de marzo y de unas Cámaras elegidas bajo la influencia de Bonaparte, á los ojos del rey, era lo mismo que abdicar su poder.

Asi que lejos de ocultar á su nuevo ministro que él jamás confundiria las verdaderas y razonables necesidades de la opinion nacional con las ambiciones y exigencias del partido bonapartista, le hizo ver que era preciso que desapareciese de la situacion el gobierno, el ejército y las Cámaras del 20 de marzo. Fouché quedó encargado de ejecutarlo, puesto que á la altura en que ya se encontraba, no le era posible retroceder; despues de cuanto habia hecho por el rey, podia aun muy bien aconsejar, mas ya no le era dado rehusarse á nada.

Mr. de Talleyrand presentó entonces al rey, en pre-

sencia del nuevo ministro de Policía, y afectando la mayor deferencia por sus consejos, los nombres de los que habian de componer el nuevo ministerio, cuya recomposicion era ya de todo punto indispensable á consecuencia de la retirada de Mr. de Blacas y de la transicion desde el destierro al trono. Mr. de Talleyrand conservaba para sí los Negocios estrangeros, esto es, el manejo de la Europa, y las tradiciones del congreso de Viena; Fouché, con el ministerio de la Policía, tenia en su mano todos los elementos de la opinion y de la alta política en el interior; el baron Louis se encargaba de la Hacienda; Mr. de Faucourt, decidido amigo de Mr. de Talleyrand, entraba en el departamento de Marina.

A Mr. Pasquier, antiguo miembro del parlamento de París y prefecto que fué de policía en tiempo del imperio, pero que no tomó parte alguna en la traicion del 20 de marzo, se le reservó el ministerio de Justicia.

Del de la Guerra se encargó el mariscal Gouvion de Saint Cyr, uno de los generales mas esperimentados de Napoleon, que habia permanecido fiel, como Macdonald, á los juramentos prestados al rey.

El rey y Mr. de Talleyrand, de acuerdo con Fouché, reservaban el ministerio de la casa real á Mr. de Richelieu, ayudante de campo y amigo del emperador de Rusia, dando de este modo una especie de garantía á aquella córte.

Mr. Molé, que del imperio se pasó á los Borbones, de los Borbones al imperio, y que entonces consentia en volver á pasarse otra vez á estos últimos, fué presentado por Fouché para un ministerio, y el rey en atencion á su nombre monárquico, á su juventud que tanto prometia y á su reconocido talento para servir y dar realce á todos los poderes, le confió la direccion de los trabajos públicos.

Otro ayudante de campo del emperador de Rusia, Mr. Pozzo di Borgo, hombre capaz para acometer cualquier empresa á propósito, y para espresarse en un gobierno constitucional en que la palabra es tan necesaria, fué secretamente elegido para el ministerio del Interior. Mr. Pozzo di Borgo no se habia separado del rey durante su destierro en Gante, y representaba para con él la amistad del emperador Alejandro. Decidido á volver al servicio de la Francia, su patria, y en un puesto tan importante y de tanta confianza, deseaba sin embargo aguardar la llegada de su soberano el emperador de Rusia, y su autorizacion para aceptarlo de Luis XVIII.

Mr. Pasquier, hombre dispuesto para todo á causa de su carácter flexible y condescendiente, se encargó del ministerio de lo Interior mientras se resolvia definitivamente la entrada de Mr. Pozzo di Borgo.

Un jóven llamado Mr. Decazes, desconocido hasta entonces y cuya buena fortuna data desde aquel incidente, fué nombrado prefecto de policía, para cuyo importante puesto habia sido designado al rey y á su consejo con motivo de la vigorosa y decidida actitud que en París y en Burdeos habia adoptado en contra de Napoleon durante los cien dias, siguiendo sin duda el ejemplo de Mr. Lainé. Aceptólo Fouché para su nuevo destino, puesto que ningun hombre notable del partido realista se hubiera prestado fácilmente á quedar subordinado á su autoridad en aquella parte de la administracion confiada á su cuidado.

Convínose por último en aquella entrevista que el nuevo ministerio se reuniria secretamente en París aquella misma noche, á fin de hacer los preparativos convenientes y ponerse de acuerdo para que el rey verificase su inesperada entrada en la capital al dia siguiente.

XXV.

Despues de terminada aquella conversacion, que duró mas de dos horas en la cámara del rey, convenidos en

el arreglo ministerial que se habia propuesto, Fouché, conducido siempre por Mr. de Talleyrand, atravesó las diferentes habitaciones del castillo de Arnouville, ocupadas todas por un gran número de cortesanos de Luis XVIII, antiguos y modernos. Unos le acogieron con la mas visible repugnancia, otros con el mas decidido anhelo y diligencia; pero todos unánimes manifestaron al verle la mas viva sorpresa y admiracion. Él entretanto habia ya recobrado su serenidad y ordinaria presencia de ánimo.

«Duque de Otranto, le dijo sonriendo Mr. de Talleyrand delante de algunos grandes dignatarios de la corona, vos no conoceis bien todo el prestigio de un monarca legítimo y de un monarca que se halla colocado al nivel de su trono por el talento que le distingue; vamos, convendreis que su presencia no ha podido menos de conmoveros.» Fouché tenia demasiada necesidad de halagar al príncipe y á su córte por su turbacion para no convenir en ello. En aquel momento acababa de recoger el premio de tanta intriga y de tanta audacia, que consistia en un poder que iba á imponer á la vez á los amigos y enemigos de los Borbones. Habia visto sin dejar de ser ministro y árbitro al mismo tiempo de todos los partidos, instalarse, pasar y volver á levantarse hasta tres monarquías siempre bajo su tutela. Habia presenciado el fin de una restauracion, habia dirigido y manejado un imperio, y por último, habia provocado una segunda restauracion. Iba á despedir á sus colegas de gobierno como si fueran unos dependientes suyos, y á las Cámaras, como unos útiles ó herramientas ya gastadas. Habia conseguido dominar por medio de una táctica acertada, y por medio del equilibrio de los partidos, el genio y las desconfianzas de Napoleon. Acababa de obligar al rey del antiguo régimen á poner su suerte en manos de un procónsul de la Convencion, y de un ministro de Bonaparte. Disponia á la vez de tres ó cuatro suertes diferentes, haciéndose superior á todas ellas por el menosprecio que las manifestaba. No apreciaba las diversas situaciones en que de continuo se veia colocado, sino por el mayor número de dificultades, que para vencerlas y dominarlas hubiese que arrostrar. Sin duda alguna, él bien conocia que en todo esto se ocultaba siempre una secreta bajeza; mas en esa misma bajeza encontraba tanta audacia y tanta superioridad sobre el vulgo, que no podria menos de vanagloriarse de los medios, siempre que lograba el objeto, y se tenia en mas que todos los hombres y los partidos todos, si lograba engañar é esos mismos partidos y á esos mismos hombres.

Su regreso á París, quedó, pues, oculto entre las tinieblas de la noche.

XXVI.

Hubo, sin embargo, un hombre en la familiaridad del destierro de Luis XVIII, y en los consejos ya terminados de Arnouville, que presintió, al saber la presentacion de Fouché y la complicidad del rey con sus ministros, la próxima degradacion de la monarquía. Este hombre era Mr. de Chateaubriand. Por medio de la poesía, que es la nobleza de la inteligencia y del sentimiento, era casi el único que poseia la revelacion del honor; con el auxilio del ingenio, adivinaba desde mas larga distancia el juicio del porvenir acerca de aquella indignidad de la corona.

Apenas tuvo noticia de que Fouché, conducido por Mr. de Talleyrand, acababa de presentarse ante Luis XVIII y que confidencialmente habia sido nombrado para el ministerio de Policía, cuando se dirigió al gabinete del rey y solicitó con la mayor insistencia hablar al monarca. El rey, que no gustaba mucho del escritor y que

temia su presencia, sin duda por no tener que avergonzarse de la palabra que acababa de dar, se negó por largo rato á recibirle; pero como ademas de insistir Mr. de Chateaubriand con la mayor obstinacion, creyese el rey que su título de individuo del consejo del príncipe, su fidelidad invariable, su destierro voluntario y los servicios prestados en Gante, bien merecian que se le dispensasen toda clase de consideraciones, dispuso al fin que se le permitiese la entrada.

Mr. de Chateaubriand, manifestando la mas respetuosa adhesion hácia su persona y familia, le habló de lo que acababa de saber, añadiendo que él se habia resistido á creerlo; despues le suplicó por los manes de su hermano, por el honor de su casa y por el esplendor de su memoria, que preservase á la historia de su reinado de una concesion á que sus enemigos darian siempre el nombre de ignominia; le hizo presente la consternacion que se habia apoderado de todos los realistas al saber que el juez que habia condenado á Luis XVI á morir en un cadalso, se sentaba frente á frente del rey, hermano de aquel otro monarca, en los consejos y hasta en los palacios mismos de su víctima; y por último, púsose á analizar el corazon de la princesa de Angulema, para buscar sin duda en él los gritos de indignacion y de dolor que el respeto la haria á veces contener dentro de él, pero que tarde ó temprano habrian de estallar ante la sombra de su padre y ante el mismo Dios. El rey guardó á todo esto el mas impasible silencio, y segun pudo colegirse de sus ademanes y facciones, su resolucion estaba irrevocablemente tomada.

«Ha sido una cosa necesaria, dijo el príncipe severamente; por lo demas, yo puedo aseguraros que ningun buen francés podrá tener la pretension de sentir mas vivamente que el rey esa misma necesidad y el dolor vencido por el deber para con su pueblo.—¡Ah! esclamó Chateaubriand, ¡si el mismo trono hubiese de servir de premio por un sacrificio semejante, era mil veces preferible y sobre todo en un príncipe tan noble é ilustrado como vos, sacrificar ese trono á la virtud!» En vano trató de insistir de nuevo en su propósito; pues el rey, dejándose llevar de su impaciencia y temiendo quizá verse comprometido en sus respuestas, «Marchaos» esclamó, indicándole la puerta con un ademan; Chateaubriand, entonces, se inclinó con el mas profundo dolor, y marchó llevando en su corazon una especie de remordimiento que no logró acallar jamás.

XXVII.

Fouché, de regreso ya en París, arregló con sus nuevos colegas las medidas secretas que habian de adoptarse durante la noche para la entrada del rey al dia siguiente. Una grande agitacion se dejaba notar en París como suele suceder al aproximarse algun notable acontecimiento que va á decidir de la suerte de todos. Los arrabales se veian llenos de grupos, que insultaban á cuantos realistas se dirigian á Arnouville, amenazando que cerrarian la capital á un rey que venia escoltado por tropas que habian combatido contra sus hermanos. Por do quiera se veia insultada y escarnecida la bandera blanca que ondeaba en diferentes puntos, y se oian voces por las calles que pedian la cabeza de los traidores. La guardia nacional, que era muy poco numerosa, apenas era suficiente para contener aquellas emociones.

Las Cámaras juraban perecer en su puesto, si las palabras reales no venian á confirmar las promesas de garantías que Fouché les hacia diariamente para acallarlas. El consejo de gobierno, conociendo la imposibilidad de resistir y la vergüenza de ceder, aparentaba simpatizar con las exigencias de la poblacion militar y de las Cáma-

ras, y dejaba á Fouché todos los peligros, toda la responsabilidad, todas las inculpaciones del desenlace, mas este sabia hacerles frente con una intrepidez y un aplomo dignos á la verdad de mejor causa y de un carácter mas elevado. Dejábalos gemir y murmurar á fin de salvar las apariencias de su situacion, pues sabia que ellos deseaban aparecer como engañados y obligados por la fuerza de los sucesos á verificar una abdicacion que les parecia ser mucho menos humillante, siempre que pudiesen atribuirla á la traicion y á la violencia. En una palabra, les servia como deseaban ser servidos.

El papel que representaba Carnot y sus colegas, habia concluido desde el mismo dia en que hicieron causa comun con Napoleon. Vencidos con él en Waterloo, y por segunda vez al verificar su forzada abdicacion en Paris, no eran otra cosa que unos parlamentarios entre dos revoluciones que iban á resolverse al fin sin su concurso. Aparentaban valerse de Fouché para estipular condiciones en nombre de la libertad ó bien para garantir seguridades y amnistías al imperio, y en realidad, no esperaban otra cosa que ser aliviados cuanto antes y á toda costa, del pesado cargo que les abrumaba. A haber tenido mas resolucion, hubieran podido con gran facilidad seguir al ejército del Loira ó intentar una batalla en París; mas ni uno ni otro supieron hacer. Lo exíguo y reducido del ejército habíales impedido llevar á cabo la guerra con el estrangero, y su patriotismo y la opinion les prohibia la guerra civil. No les quedaba, pues, mas recurso que espirar entre todos los partidos y á manos de un colega mas perverso que ellos, pero mas resuelto y de mucha mayor habilidad.

XXVIII.

Fouché, viéndose obligado á despedirlos para que dejasen libre el palacio que habia de ocupar Luis XVIII, los reunió en la mañana del 9 de julio, y les habló de sus conferencias con Wellington y con Luis XVIII, asegurándoles que habia obtenido del primero cuantas concesiones y garantías deseaban conseguir así la Cámara como el gobierno, esto es, la amnistía y las instituciones liberales, pues por lo demas, ya para nada se trataba de la persona de Napoleon. Un príncipe nuevo lleva siempre consigo su posteridad; solo las antiguas dinastías son las que dejan vástagos y raices despues de su caida.

Mientras que Fouché hablaba á sus colegas con tal libertad de ánimo y con tan aparente seguridad como si tratase de escitarlos á que se apartasen de los negocios y se retirasen á sus casas, el general Blucher, obrando en conformidad á lo acordado la víspera entre Fouché, Wellington y él, hacia que sus tropas ocupasen sin la menor resistencia el jardin y palacio de las Tullerías. En vano fué que los miembros del gobierno tratasen de protestar contra la violacion del artículo de la capitulacion por el cual se confiaba la capital, sus palacios y monumentos á la custodia de la guardia nacional. El general prusiano contestó que él no reconocia mas que las órdenes de su gefe. «Sea, pues, así, dijo entonces Fouché con fingida ó verdadera cólera, en ese caso nos retiraremos, pero será despues de haber dejado consignado en un mensage á las Cámaras la violencia de que hemos sido objeto;» y escribió las siguientes palabras:

«Señor presidente:

«Hasta hoy habiamos estado persuadidos de que los soberados aliados no habian logrado aun ponerse de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

acuerdo acerca de la eleccion del príncipe que debia regir á la Francia, y esta misma seguridad nos dieron á su regreso nuestros plenipotenciarios. Mas á pesar de esto, los ministros y los generales de las potencias aliadas han declarado ayer en las conferencias que han tenido conmigo, que los soberanos todos se habian obligado á colocar á Luis XVIII sobre su trono, y que al efecto este príncipe deberá verificar su entrada en esta capital esta noche ó mañana.

»Las tropas estrangeras acaban de apoderarse de las Tullerías que eran la residencia del gobierno.

»En semejante estado de cosas, nosotros no podemos hacer mas que dirigir los mas fervientes votos por la felicidad de la patria, y como nuestras deliberaciones carecen ya de la indispensable libertad, hemos creido de nuestro deber separarnos.

París 7 de julio de 1815.

«Firmado Fouche, Carnot, Caulaincourt, Quinette, Grenier.

XXIX.

De este modo, pues, se retiraron sin decir una sola palabra ante un simulacro de violencia que no supieron prevenir, ni evitar, ni rechazar, y á la voz de uno de sus colegas, que á la sazon era ya ministro del nuevo gobierno, aquellos hombres que se vieron en la precision de darse por engañados á fin de apartar de sí toda sospecha de traicion ó cobardía, por mas que estuviesen mútuamente al corriente de los manejos é intrigas de Fouché. No es decir por esto que les faltase valor personal, honradez ni patriotismo, pero escepto Quinette y Grenier, elegidos entre los hombres completamente

estraños al 20 de marzo, los otros tres ocupaban una tan falsa posicion en aquel gobierno creado espresamente para lanzar y reemplazar despues á Napoleon, que la misma dignidad y la misma conformidad consigo propio que á ellos les habia faltado, debia forzosamente echarse de menos en todos sus actos y hasta en su resignacion del poder. Caulaincourt, hechura y negociador de Napoleon, Carnot, que por una inconsecuencia de patriotismo, esplicable solopara sus amigos, mas no para la historia, habia aceptado de él un ministerio y un título en la córte sobre su nombre republicano, habian salido de los consejos íntimos de Napoleon en el Eliseo, para encargarse en nombre de las Cámara de ejercer sobre él su vigilancia, desacreditarle, en fin, y proscribirle. Una vez aceptado aquel encargo tan contrario á las leyes de la naturaleza, ya no podian ser mas que juguete de los acontecimientos, y vanos nombres oficiales bajo los cuales ocultaba Fouché su política verdadera.

Demasiado ilustrados para no ver tan claro como este, la absoluta imposibilidad de verificar en París una resistencia contra los ejércitos de Europa con un puñado de hombres de que solo podia disponer, pero demasiado honrados al mismo tiempo para vender ellos mismos al partido bonapartista á quien representaban en el gobierno, se limitaron á dejar tomar cuerpo á la traicion y á asistir á su desenlace. Verificado esto, vinieron á firmar con su propia mano la humillacion y la decepcion mas completa representada por aquella acta. Concluyeron, pues, para los republicanos, para los partidarios de Napoleon y de su hijo, para los constitucionales, cuyas garantías no habian sabido salvar, y en fin, para todo el mundo, viéndose en la precision de desaparecer de todas las escenas de la política. Y á decir verdad, esta última que habian representado parecia exactamente el desenlace de una de las grandes tra-

gedias de la historia; los triunviros de la república, del imperio y de Napoleon II, disueltos y despedidos por Fígaro. La historia ofrece á veces páginas en que Tácito debe trasmitir su pluma á Terencio, á Moliere ó á Beaumarchais.

XXX.

Cambaceres, bonapartista á pesar suyo durante los cien dias, favorito amedrentado de su propio favor y ansioso tan solo de buscar la oscuridad, asi como otros desean hacer grandes papeles, para ocultar en ella su timidez y su fortuna, era el que presidia la Cámara de los pares cuando se presentó el mensage del gobierno. Leyólo, pues, ante sus colegas con la mayor resignacion, y habiendo sido escuchado con el mas absoluto silencio, vióse ir desapareciendo del salon á todos aquellos senadores acostumbrados á hacer los últimos honores á tantos gobiernos, y á volver los primeros la cara hácia el nuevo sol que aparecia en el Oriente.

En la Cámara de los representantes, los bonapartistas, los republicanos, y aquellos que afectaban, bajo la inspiracion de Fouché, mantener aun alguna esperanza, quisieron protestar con murmullos y vanas esclamaciones contra la violencia de que eran objeto sus poderes. Manuel interrumpió la dicusion teórica de la constitucion, para asegurar á la Cámara que los ejércitos estrangeros, intimidados por la santidad de la representacion nacional, dejarian que sus deliberaciones continuasen solemnemente en medio del estruendo de las armas, y que en el caso estremo de que la violencia osase atentar contra sus funciones, todavía les quedaba el recurso de decir como Mirabeau á la Asamblea constituyente:

«Estamos aqui por la voluntad del pueblo, y no saldremos sino por la fuerza de las bayonetas.»

Habiéndose reunido los ministros aquella noche en casa de Mr. de Talleyrand, manifestó Fouché los peligros que veia en disolver la Cámara de los representantes, que segun todas las apariencias trataban de oponer gobierno contra gobierno, sin apelar á las bayonetas estrangeras ni provocar una de aquellas escenas de sangre y de recriminaciones, que ademas de producir muy mal efecto, protestan con gran peligro en la historia contra un gobierno. Al oir esto Mr. Decazes, llevado de su realismo y de su celo, acercóse á Fouché y le dijo con la mayor entereza.

«Si quereis, yo me encargo de deshaceros de la Asamblea; no teneis mas que darme la órden, que lo demas corre de mi cuenta.» Fouché lleno de gozo al oir aquello, escribió al punto la órden sobre la misma mesa de Mr. de Talleyrand, y entregándosela á Mr. Decazes, le felicitó por su decision y buen celo.

Salió el jóven, y habiendo reunido en su casa á unos cuantos guardias nacionales de toda su confianza y cuya decision por el rey le era conocida, les encargó que durante la noche buscasen á los individuos de sus respectivas legiones con quien ellos creyesen poder contar, y una vez reunidos se apoderasen antes de amanecer del recinto de la Cámara, negando la entrada en nombre del gobierno del rey á cuantos diputados se presentasen. Aquella órden fué ejecutada con ese celo que la opinion y el próximo triunfo de un gobierno naciente prestan siempre en Francia á sus partidarios. Al presentarse los diputados al despuntar del dia siguiente ante las puertas de su palacio, y al hallarlas cerradas y obstruida la entrada, resolvieron retirarse quejándose de aquella medida, los unos por la forma, los otros por su honor, y el mas reducido número en nombre de la libertad. El pueblo por su parte, que no veia ya en ellos ni á Napoleon,

ni á la república, ni á la patria, sino á unos cuantos hombres de tribuna sin causa conocida, empeñados en discutir sobre ruinas mientras que los ejércitos enemigos se posesionaban de la capital, solo respondió á sus quejas y á sus protestas con la mas marcada indiferencia.

XXXI.

La Fayette, tanto por su nombre como por sus antecedentes, era preciso que hiciese una protesta mucho mas personal y mas ruidosa; y en efecto, asi trató de ejecutarlo estendiendo sus brazos y arengando al pueblo desde las verjas, mas el pueblo que ya no le conocia, permaneció tan sordo á su voz como las puertas de la Cámara. Parecia que todo se habia cerrado para él durante su corta aspiracion á representar un gran papel. Despues de haber detestado á Napoleon, de haber acogido con placer la vuelta de los Borbones en 1814 y saludado al conde de Artois en las Tullerías, habia negociado con empeño su candidatura para la Cámara de los representantes. Mostrándose receloso con Napoleon al mismo tiempo que le dejaba apoderarse del cetro y de la espada despues del 20 de marzo, habia logrado indisponer los ánimos de la asamblea contra el dictador, y espiado en él un momento de debilidad para ayudarle á precipitarse. Waterloo le presentó al efecto una ocasion oportuna, y él la aprovechó con un odio tan concentrado que ni aun le concedió el mas pequeño homenage á la desgracia. Defraudadas sus esperanzas despues de la abdicacion cuando creyó entrar á dirigir el nuevo gobierno y constituirse en árbitro entre la restauracion y la libertad, volvió mas tarde á esperimentar un nuevo desengaño en la tentativa de negociacion que trató de entablar con los soberanos á

nombre de las Cámaras. Aseguraba, al regresar á París, que Sebastiani y él habian conseguido de los aliados la libre eleccion del príncipe que mejor le conviniese á la Francia; y cuando él, segun dicen, pensaba designar al duque de Orleans como una desviacion mas del principio monárquico que siempre habia tratado de amenguar y debilitar sin tener nunca la energía y franqueza suficiente para suprimirlo, los aliados se encargaban de dar el mas completo mentís á semejante negociacion, haciendo desalojar á la Cámara de las Tullerías é instalando en ella unánimemente á los Borbones. La Fayette, al ver que habia perdido su prestigio con el pueblo, se confundió silenciosamente entre la multitud, resignándose á asistir como un espectador cualquiera á la espulsion de una asamblea que él habia agitado en otro tiempo y á la ruina de una causa que él habia desarmado al desarmar á Napoleon.

Solo Fouché quedó triunfante de todos aquellos hombres que habian desaparecido, unos por su conspiracion, otros por su fanatismo, aquellos por su ambicion, estos por su inconsecuencia, y todos por su incapacidad. No les quedaba otro recurso que la murmuracion, recurso que despreciaba Fouché, porque no teniendo conciencia, carecia de todo remordimiento.

Carnot, al saber que su colega era ministro de Policía de Luis XVIII y que estaba encargado de formar por sí las listas de destierro contra sus cómplices y sus colegas, presentóse en la audiencia de Fouché; una vez introducido en ella, le dirigió una mirada que dejaba traslucir todo el desprecio que escitaba en un alma sincera el éxito obtenido por su bellaquería política, y haciendo uso de aquel tosco tuteamiento antiguo y revolucionario á que aquellos dos republicanos se habian acostumbrado juntos en la Convencion. «¿A dónde me destinas, traidor?» le dijo: «¡A donde quieras ir, imbécil!» le contestó Fouché. No parecia sino que respetaba lo bastante á Carnot, ó le

ni á la república, ni á la patria, sino á unos cuantos hombres de tribuna sin causa conocida, empeñados en discutir sobre ruinas mientras que los ejércitos enemigos se posesionaban de la capital, solo respondió á sus quejas y á sus protestas con la mas marcada indiferencia.

XXXI.

La Fayette, tanto por su nombre como por sus antecedentes, era preciso que hiciese una protesta mucho mas personal y mas ruidosa; y en efecto, asi trató de ejecutarlo estendiendo sus brazos y arengando al pueblo desde las verjas, mas el pueblo que ya no le conocia, permaneció tan sordo á su voz como las puertas de la Cámara. Parecia que todo se habia cerrado para él durante su corta aspiracion á representar un gran papel. Despues de haber detestado á Napoleon, de haber acogido con placer la vuelta de los Borbones en 1814 y saludado al conde de Artois en las Tullerías, habia negociado con empeño su candidatura para la Cámara de los representantes. Mostrándose receloso con Napoleon al mismo tiempo que le dejaba apoderarse del cetro y de la espada despues del 20 de marzo, habia logrado indisponer los ánimos de la asamblea contra el dictador, y espiado en él un momento de debilidad para ayudarle á precipitarse. Waterloo le presentó al efecto una ocasion oportuna, y él la aprovechó con un odio tan concentrado que ni aun le concedió el mas pequeño homenage á la desgracia. Defraudadas sus esperanzas despues de la abdicacion cuando creyó entrar á dirigir el nuevo gobierno y constituirse en árbitro entre la restauracion y la libertad, volvió mas tarde á esperimentar un nuevo desengaño en la tentativa de negociacion que trató de entablar con los soberanos á

nombre de las Cámaras. Aseguraba, al regresar á París, que Sebastiani y él habian conseguido de los aliados la libre eleccion del príncipe que mejor le conviniese á la Francia; y cuando él, segun dicen, pensaba designar al duque de Orleans como una desviacion mas del principio monárquico que siempre habia tratado de amenguar y debilitar sin tener nunca la energía y franqueza suficiente para suprimirlo, los aliados se encargaban de dar el mas completo mentís á semejante negociacion, haciendo desalojar á la Cámara de las Tullerías é instalando en ella unánimemente á los Borbones. La Fayette, al ver que habia perdido su prestigio con el pueblo, se confundió silenciosamente entre la multitud, resignándose á asistir como un espectador cualquiera á la espulsion de una asamblea que él habia agitado en otro tiempo y á la ruina de una causa que él habia desarmado al desarmar á Napoleon.

Solo Fouché quedó triunfante de todos aquellos hombres que habian desaparecido, unos por su conspiracion, otros por su fanatismo, aquellos por su ambicion, estos por su inconsecuencia, y todos por su incapacidad. No les quedaba otro recurso que la murmuracion, recurso que despreciaba Fouché, porque no teniendo conciencia, carecia de todo remordimiento.

Carnot, al saber que su colega era ministro de Policía de Luis XVIII y que estaba encargado de formar por sí las listas de destierro contra sus cómplices y sus colegas, presentóse en la audiencia de Fouché; una vez introducido en ella, le dirigió una mirada que dejaba traslucir todo el desprecio que escitaba en un alma sincera el éxito obtenido por su bellaquería política, y haciendo uso de aquel tosco tuteamiento antiguo y revolucionario á que aquellos dos republicanos se habian acostumbrado juntos en la Convencion. «¿A dónde me destinas, traidor?» le dijo: «¡A donde quieras ir, imbécil!» le contestó Fouché. No parecia sino que respetaba lo bastante á Carnot, ó le

despreciaba demasiado para comprenderle en su lista de proscripcion.

Bien sea falso ó verdadero este diálogo, es lo cierto que se halla consignado en la historia, y que califica de una manera admirable á aquel gobierno compuesto de un hombre hábil y astuto, y de otro simple y engañado siempre. A Fouché se le afrentaba, á Carnot se le hacia justicia.

LIBRO TREINTA.

Juicio sobre los cien dias.—Entrada de Luis XVIII en Paris.—Discurso de Mr. de Chabrol.—Contestacion de Luis XVIII.—Luis XVIII en Paris.—Aclamaciones de la poblacion.—Situacion política del rey.—Actitud de Fouché.—Decretos reorganizando la pairia y convocando la Cámara de diputados.—El ejército del Loira.—Ordenes del dia del mariscal Davout.—Sumision del ejército á Luis XVIII.—El ejército adopta la bandera blanca.—Blucher quiere hacer volar el puente de Jena.—Devastacion del Museo y de las bibliotecas.—Violencias de los prusianos.—Exacciones.—Prision de los prefectos.—Impuestos de guerra.—Ocupacion de Paris y de la Francia por los ejércitos aliados.—Licenciamiento del ejército del Loira.—El mariscal Davout es reemplazado por el mariscal Macdonald.—Negociaciones diplomáticas en casa de lord Castlereagh.—Ultimatum de las potencias.—Mr. de Talleyrand se separa de Luis XVIII.—Córte de Luis XVIII.—Su familia.—Favor de Mr. Decazes.—Mr. Decazes.—Su retrato.—Ojeada sobre su vida.—Su entrevista con el rey.—Informe de Fouché.—Proscripciones.—Debilidad del rey.

I.

Tal fué el término que tuvieron los cien dias del segundo imperio de Bonaparte, que principió por un desembarco á mano armada y en medio de la mas completa paz, verificado en las playas de la patria, que triunfó por medio del soborno y de la sedicion promovida en el ejército, que se desgració por la traicion de algunos gefes, que se prolongó algo mas á favor de la servil sumision á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

despreciaba demasiado para comprenderle en su lista de proscripcion.

Bien sea falso ó verdadero este diálogo, es lo cierto que se halla consignado en la historia, y que califica de una manera admirable á aquel gobierno compuesto de un hombre hábil y astuto, y de otro simple y engañado siempre. A Fouché se le afrentaba, á Carnot se le hacia justicia.

LIBRO TREINTA.

Juicio sobre los cien dias.—Entrada de Luis XVIII en Paris.—Discurso de Mr. de Chabrol.—Contestacion de Luis XVIII.—Luis XVIII en Paris.—Aclamaciones de la poblacion.—Situacion política del rey.—Actitud de Fouché.—Decretos reorganizando la pairia y convocando la Cámara de diputados.—El ejército del Loira.—Ordenes del dia del mariscal Davout.—Sumision del ejército á Luis XVIII.—El ejército adopta la bandera blanca.—Blucher quiere hacer volar el puente de Jena.—Devastacion del Museo y de las bibliotecas.—Violencias de los prusianos.—Exacciones.—Prision de los prefectos.—Impuestos de guerra.—Ocupacion de Paris y de la Francia por los ejércitos aliados.—Licenciamiento del ejército del Loira.—El mariscal Davout es reemplazado por el mariscal Macdonald.—Negociaciones diplomáticas en casa de lord Castlereagh.—Ultimatum de las potencias.—Mr. de Talleyrand se separa de Luis XVIII.—Córte de Luis XVIII.—Su familia.—Favor de Mr. Decazes.—Mr. Decazes.—Su retrato.—Ojeada sobre su vida.—Su entrevista con el rey.—Informe de Fouché.—Proscripciones.—Debilidad del rey.

I.

Tal fué el término que tuvieron los cien dias del segundo imperio de Bonaparte, que principió por un desembarco á mano armada y en medio de la mas completa paz, verificado en las playas de la patria, que triunfó por medio del soborno y de la sedicion promovida en el ejército, que se desgració por la traicion de algunos gefes, que se prolongó algo mas á favor de la servil sumision á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que la tropa habia reducido á la nacion, que se debilitó por la indiferencia ó desafeccion de los buenos ciudadanos, que se arruinó por la derrota de Waterloo, por la destruccion de aquel heróico ejército, por la perplejidad de Napoleon y por su abdicacion mas ó menos pronto decidida á impulso de las Cámaras, que fué esplotado y vendido á los Borbones sin condicion alguna en favor de la libertad, por la ambicion de Fouché y por la inercia de sus colegas; que terminó, en fin, por una segunda invasion de la Europa y por la ocupacion temporal del suelo patrio por los estrangeros.

Asi pasó aquel segundo imperio, y tales fueron para la Francia las resultas del atentado cometido por su antiguo gefe contra su reposo, independencia y seguridad. Napoleon, al dar aquel paso avanzado, demostró bien poco interés por la suerte de la patria comprometida por su causa, bien poco celo por su fama que tanto tenia que perder, y harto poco conocimiento de la historia que no vuelve á repetirse jamás. Es cierto que su desembarco en Cannes y su marcha sobre París fueron heróicas y triunfales, mas aquel era el heroismo de la personalidad y el triunfo de la sedicion. Los preparativos de guerra fueron escasos y de poca importancia, como si se resintiesen de la vacilacion que existia entre adoptar el papel de dictador ó el de príncipe constitucional, restaurador de la soberanía del pueblo. La campaña fué arriesgada, la batalla desesperada por demas; pero sucesiva, diseminada, sin unidad ni destello alguno de genio ni talento. Sin arriesgarlo todo, como le aconsejaban Ney y las circunstancias, todo lo perdió sin embargo. Aquella derrota le destronaba á la vez en la frontera y en la capital. Sus amenazas á la Asamblea de los representantes, fueron temerarias; sus concesiones, forzadas; su renuncia del imperio, humillante; su retirada á la Malmaison, inesplicable para un hombre que tanto conocia la fortuna; las ofertas de sus servicios, pueriles; su fuga hácia la mar,

tardía; su embarque por tanto tiempo dilatado aguardando un imposible, quimérico hasta no mas; su entrega á bordo de un buque enemigo sin haber estipulado condiciones, loca y desatentada; su cautividad en fin, escrita de antemano. Todo cuanto á él es relativo, durante aquel período de su vida, aparece marcado con un sello de ceguedad y decadencia, á escepcion únicamente de su marcha sobre París, que es la mas intrépida y la mas personal de sus campañas. El marchaba con su vista fija en el trono sin reparar atrás ni adelante, y apenas le hubo alcanzado, cuando le asaltó el vértigo de las dificultades que habia tenido que vencer para lograrlo, y por bajar de él, se precipitó desde lo alto. Aquel capricho del hastío, del heroismo y de la ambicion de Napoleon, vino á costar á la Francia mas de dos millones en armamentos, en tributos y en indemnizaciones de guerra, satisfechas á la Europa; la insurreccion, primer y fatal ejemplo dado por su ejército contra las leyes; el honor de sus generales y mariscales que olvidaron sus juramentos hechos á la patria por concederlos á pesar suyo á la popularidad militar de un hombre; el último ejército aguerrido que le quedaba despues de la invasion de 1814, su renombre de nacion invencible en el campo de batalla, el prestigio de su gloria, sus fronteras cercenadas por la espada de los vencedores, su suelo invadido, sus ciudades á merced de los estraños, su capital profanada, sus monumentos devastados en represalias, sus provincias y sus plazas fuertes ocupadas por tres años hasta la entrega de su rescate, y por último, el licenciamiento y desarme de los restos de Waterloo. ¡Y aun costó ademas, al gobierno de los Borbones que iba á suceder á aquel desastre, la independencia, la libertad y la popularidad del trono, al cual se quiso acusar injustamente de las consecuencias del crímen de aquella segunda invasion. Preciso era á la verdad tener gran sed de reinar, y un ánimo esforzado y decidido, para subir á un trono y encargarse del gobierno de

un pueblo, cubiertos ambos de ruinas por do quiera!

Quizás no haya habido jamás en la historia de Francia una época mas desesperada, mas humillante y mas dolorosa para la patria que aquellos cien dias, y el período que los siguió inmediatamente. La patria, la monarquía, la libertad, la probidad del ejército, el patriotismo del pueblo, el carácter de las Cámaras, la fortuna pública, la gloria de las armas; todo, todo habia padecido, salvo el honor nacional. ¡Terrible leccion para los soldados que á todo se atreven, y mas terrible aun para los pueblos que todo se lo permiten aunque sea en contra suya, á esos tribunos de gloria! La Francia no supo hacerse respetar por su ejército el 20 de marzo: el ejército y la Francia pagaban á la sazon su falta, el uno con la pérdida de su sangre y de su dominacion, la otra por la de su dignidad é independencia. No habia, pues, otro recurso que derramar lágrimas sobre la patria.

II.

Rodeado de tan lúgubres circunstancias, verificaba el rey su entrada en Paris. Asi es, que bien fuese por pudor hácia su pueblo, bien por temor que tuviesen sus ministros de que pudiese suscitarse alguna conmocion desesperada en que el rey corriese riesgos personales, las salvas de los fuertes y de las tropas estrangeras no anunciaron su entrada en la capital hasta el momento en que ya atravesaba los arrabales y los baluartes para dirigirse á su palacio. Mr. Decazes, temiendo al arrabal de San Dionisio que con el de San Antonio habian constituido uno de los centros mas tumultuosos de los federados, habia aconsejado al rey que entrase por Clichy á la caida de la tarde.

«No, repuso Luis XVIII; como queriendo aludir á la

entrada nocturna de Napoleon el 20 de marzo, yo quiero atravesar Paris de dia claro y rodeado de mi pueblo. ¡Cuando los franceses contemplan á su rey, no hay que temer á los conjurados!»

III.

El rey entró con efecto á medio dia, yá pesar de las precauciones adoptadas por el gobierno con el fin de alejar á la muchedumbre, era inmensa la que se agolpaba á su paso por todas partes. Todos los desenlaces hacen las veces de consuelos para un pueblo. El partido de Napoleon, compuesto casi esclusivamente de cortesanos y de gente del campo, habia desaparecido hacia ya cuatro dias; unos habian seguido el ejército de Loira, y otros se hallaban encerrados en sus casas aguardando el inevitable acontecimiento y negociando con Fouché para conseguir su amnistía y la devolucion de sus bienes y dignidades. El pueblo, entusiasta desde luego por el milagroso regreso de su emperador y cómplice por sus aclamaciones de la sedicion militar del 20 de marzo, no habia reconocido al ejército en su derrota, ni al emperador en su irresolucion, en su fuga de París, en su inmovilidad en el Eliseo, en su abdicacion ni en su negligente retirada á la Malmaison. Como su popularidad estaba ya gastada, solo quedaba en el ánimo de las masas el resentimiento que era consiguiente despues de tantas decepciones, y el dolor que les causaba el ver á la patria y á la capital entregadas por una sola batalla al estrangero. Los nobles y la clase media en masa, los primeros por afecto á los Borbones y como en represalias de su derrota del 20 de marzo, y los segundos por amor á la paz, á sus industrias y á su seguridad, parecian no ser mas que un solo hombre para llamar, para ver, para aclamar, en fin, á Luis XVIII.

Aquel príncipe, durante su corto y desgraciadamente interrumpido reinado, no habia tenido ni aun tiempo de que se despopularizase su gobierno, cuya marcha fué atajada por la violencia de los bonapartistas antes de que pudiesen verse realizadas sus esperanzas, las cuales, como era natural, renacian con su regreso. Una imprecacion casi unánime acusaba á Napoleon, á su familia, á sus cortesanos y soldados, de las calamidades todas que afligian á la patria. Aquellas imprecaciones, que aun nadie se atrevia á traducir como represalias contra los conspiradores civiles ó militares de los cien dias, se convertian despues en aclamaciones y en enternecimientos por los Borbones. La bandera blanca, que ondeaba desde por la mañana como un signo de paz sobre el pabellon de las Tullerías, habia hecho aparecer en un abrir y cerrar de ojos un millon de banderolas con los colores reales que ondulaban en todas las ventanas de los arrabales, de las calles y de las plazas que la comitiva debia recorrer. París entero parecia que se habia empavesado á sí mismo con la bandera de las lises. Y es de advertir, que en aquella ocasion el impulso no provenia solo de alguno que otro grupo ambulante de realistas, ni era favorecido por Fouché; antes bien, este ministro hubiera deseado entibiar en algun tanto aquellos estremos para poder exagerar á los ojos de los Borbones las repugnancias y la irritacion del pueblo de París. Pero el entusiasmo de la paz arrastró tras sí aquellos vanos manejos de la astucia. El rey volvia aquella vez, y con mucha mas razon que en 1814, como una reparacion para unos, como un arrepentimiento para otros, y como una salvacion para todos.

IV.

La guardia nacional, de cuyo mando acababa de encargarse el general Dessolles, antiguo lugarteniente de

Moreau, muy bien quisto en el ejército y aceptable para los Borbones por la antipatía de los hombres de aquel partido contra el imperio, erizaba con sus bayonetas neutrales y pacíficas las calles por donde debia atravesar la comitiva. Numerosos grupos de gente de la clase media desarmada, de jóvenes realistas y de artesanos se sucedian sin cesar por el arrabal de San Dionisio, precipitándose espontáneamente ante Luis XVIII al grito de *¡viva el rey!* y entonando el canto popular de ¡viva Enrique IV! Aquel pueblo, con su gran concurrencia, con su apiñamiento y con sus estrepitosas demostraciones, parecia querer ocultar de la vista del príncipe y aun de la suya propia, el aspecto de los ejércitos estrangeros cuyo espectáculo humillaba y entristecia aquel regreso. Queria ademas hacer ver que entre el rey y París no habia habido mas que un hombre y sus satélites, y que una vez desaparecido aquel hombre y alejado su ejército, el pueblo y el rey se abrazaban mútuamente dejándose llevar del impulso natural y que guia á un padre hácia sus hijos y á estos á su vez hácia su padre. La poblacion de París, tan fria, tan silenciosa y tan en corto número el 20 de marzo, se vengaba entonces de aquella jornada, y protestaba, aunque tarde, contra la opresion que el ejército le habia hecho sufrir.

V.

Serian las tres cuando apareció el rey por la barrera de San Dionisio. Formaban la comitiva el conde de Artois que marchaba á caballo al lado de una de las portezuelas del carruage, el duque de Berry, su sobrino, que iba á la otra; los mariscales Marmont, Oudinot, Victor, Macdonald, Gouvion Saint Cyr, el duque de Feltre, y los generales Maison, Villate y Dessolles, los unos com-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pañeros de su corto destierro en Gante, los otros que habian permanecido fieles á sus deberes y juramentos durante el interregno. La servidumbre del rey y de los príncipes, los guardias de corps, los mosqueteros, la caballería ligera de la guardia, los voluntarios reales, los granaderos de la Rochejaquelin que formaban el pequeño ejército del príncipe en Alost y que se habian aumentado y reorganizado despues de la entrada del rey en Francia, marchaban en seguida, saludando á la guardia nacional, compuesta de sus amigos, de sus padres, de sus hermanos, por los cuales eran saludados á su vez como huéspedes á quienes se aguardaba con la mayor impaciencia en el hogar de la patria. Al menos aquel séquito que se componia todo de franceses, venia á dar á aquella entrada una fisonomía nacional. En aquel cordial recibimiento que París hacia á los Borbones, no eran por cierto los estrangeros ni la guerra civil los que triunfaban; eran mas bien los que habiendo sufrido el destierro voluntariamente, no habian sacado su espada contra la patria; y alejados de ella por algun tiempo á causa de su fidelidad, recibian entonces la recompensa en aquella afectuosa y sincera acogida que les hacia el pueblo, una vez libre de la opresion de las tropas. La recepcion hecha al rey en 1814, tuvo mas de curiosidad que de otra cosa; mas aquella fué toda emocion y ternura hasta el punto de verse correr lágrimas por muchos semblantes. Habíase esperimentado tantas desgracias por ambas partes! habia tal afan de reparar y olvidar mútuamente aquel tan gran desastre! El rey ocultaba al estrangero; todo el mundo, pues, iba á refugiarse en el monarca para recobrar la paria en aquel hombre.

VI.

Fouché habia colocado en la prefectura de París á Mr. de Chabrol, hombre que gozaba de una gran popularidad, y el mismo que en 1814 habia presentado á Luis XVIII las llaves de París, y regido la ciudad durante la primera restauracion. Mr. de Chabrol, aunque magistrado del imperio, habíase respetado á sí mismo lo suficiente, asi como á su patria, para creer que debia retirarse con los Borbones al regreso del emperador. Fouché deseaba, pues, en aquella ocasion que Mr. de Chabrol, al dirigir la palabra á Luis XVIII en nombre de la ciudad de París, le intimase algunas condiciones, y entremezclase en su peroracion ciertos consejos ó advertencias dirigidas al monarca; pero Mr. de Chabrol se negó á apelar á una inconveniencia semejante precisamente en tales momentos. ¿Pues qué, la defeccion, la fuga, el destierro, la sangre derramada en Waterloo, aquel regreso verificado por medio de unas provincias invadidas y de la capital ocupada por cuatro ejércitos estrangeros, no eran ya por sí mismas advertencias harto elocuentes para ir á amargar todavía aquella reconciliacion del rey con su pueblo por medio de recuerdos ó de presentimientos siniestros? ¿Era acaso necesario, por otra parte, trocar de aquella manera los papeles, haciendo que recayesen sobre el rey todas las faltas y errores cometidos, cuando el pueblo y el ejército tenian tambien no poco que echarse en cara? ¿Era propio, por ventura, de aquellos que habian dejado invadir la capital y el trono por Napoleon, el pedir una reparacion á Luis XVIII despues de haber sido ellos mismos los que le abandonaron, destronaron y proscribieron? Mr. de Chabrol, por lo tanto, solo se limitó á enumerar las calamidades que los cien dias de la presencia de Bonaparte y de la ausencia del gobierno legítimo habian acarreado sobre la patria, y á solicitar por todos los errores cometidos el perdon tan propio y natural de un rey y de un padre, asi como respecto á las desgracias ocurridas, el olvido y el consuelo necesarios para verlas todas reparadas.

Luis XVIII, con una conveniencia que era el don de su naturaleza y la inspiracion de su política, contestó al órgano de la ciudad de París sin hacer la mas pequeña alusion que pudiera tomarse por reconvencion ó por venganza. «Yo abandoné á mi capital sumergido en el mas profundo dolor, y vuelvo á entrar en ella lleno de ternura y reconocimiento; los males que durante este tiempo la han amenazado habian sido ya bastante previstos por mí; yo me encargo, pues, de prevenirlos y de remediarlos.» Aquellas palabras encerraban toda la situacion. Habia en ellas una queja, pero atenuada en gran parte por el dolor; una promesa, la de intervenir entre la Francia y el enemigo para atemperar, si era posible, la victoria; y una esperanza, la de establecer un buen gobierno.

Mas al mismo tiempo que Luis XVIII deseaba atenuar la espresion de amargura y humillacion que un regreso semejante por medio de los ejércitos estrangeros causaba á la nacion, no queria tampoco disimular hasta el estremo para con el pueblo el profundo dolor y el patriótico resentimiento que esperimentaba al atravesar su capital invadida y las provincias conquistadas por la sedicion de los unos, ó por la falta de energía de todos. Volvió á correr el cristal de su carruage, abierto tan solamente para escuchar la arenga del prefecto de París, y procuró arreglar su semblante, de manera que su aspecto, al par que magestuoso é impasible, presentase una mezcla de cólera y una gran dignidad. El deseaba hacer comprender al pueblo, que si entraba sin odio en el corazon, no por eso habia olvidado completamente la injuria recibida. Procuró desterrar las lágrimas de sus ojos, la sonrisa de sus labios, y toda emocion paternal de su semblante. Conociase que no queria implorar el favor ni mendigar el trono, sino restablecer por el derecho que le asistia, y por su severa autoridad, un reinado interrumpido por las facciones. Semejante sentimiento, que se revelaba desde luego en su fisonomía, fué perfectamente

comprendido por el pueblo, que gusta del orgullo, aunque sea en contra suya. Cuanto mayor reserva manifestaba el rey en su demostracion, crecian mas y mas las aclamaciones y el entusiasmo del pueblo. Hubiérase dicho que la poblacion de París trataba de arrancar de su corazon por aquel medio el dolor que lo sellaba y el perdon que debia salir de él.

VII.

Al aproximarse al palacio por la parte del Carrousel, la entrada triunfal decayó en gran parte de su alegría y regocijo al contemplar las tropas prusianas que ocupaban el jardin y los patios, convirtiendo aquella régia mansion en la prision de la Europa. La guardia nacional y los cuerpos de la casa real se apresuraron al punto á apoderarse de las puertas, de las escaleras y de las salas de armas, á fin de evitar á la Francia y al príncipe mismo el dolor que debia causarle ver una habitacion real situada en el centro de la capital, guardada por soldados del Norte. El rey se apeó de su carruage en el mismo sitio desde donde cien dias antes habia emprendido su fuga al resplandor de las antorchas, y en el cual Napoleon habia sido recibido al dia siguiente para ser conducido al trono en los brazos de sus granaderos. El monarca fué acogido allí por su servidumbre que se precipitaba á sus pies abrazando sus rodillas, y cubriéndole de lágrimas todos sus vestidos. Desde allí le condujeron al balcon de la sala de Mariscales que da sobre el jardin de las Tullerías, y al presentarse en él oyóse resonar en los aires el grito unánime de aquella inmensa multitud que le saludaba en su regreso, como ofreciéndole aquella tierna reparacion de su destierro. Aquel incesante clamoreo que se repetia al mas insignificante ademan de l

monarca, amenazando prolongarse aun mas allá del dia, le obligó, asi como á los príncipes, á continuar asomados á los balcones de palacio hasta despues de anochecido.

El delirio de aquella escogida turba, compuesta principalmente de las familias mas nobles y ricas, y de la gente mas acomodada del barrio aristocrático próximo á palacio, llegó hasta el estremo de olvidarse de toda conveniencia y de toda dignidad nacional. El regocijo de los pueblos tiene tambien su cinismo, como tiene á veces sus furores. No bastando ya los cánticos, los gritos, las lágrimas, los ademanes de aquella multitud para espresar bien su fanatismo, vióse á las señoras y á los caballeros de las clases mas distinguidas y de los nombres mas históricos de la Francia, que á imitacion de los pueblos salvages, formaban ruedas y turbulentas bacanales, y bailaban agarrados de las manos ante el rey y ante su córte, alumbrados por la luz de las antorchas, como hacian los israelitas ante el arca sagrada. Cuantas veces el príncipe, muy satisfecho á la verdad, pero cansado ya de tales demostraciones, se retiraba del balcon para hablar con los ministros y con sus gentiles hombres, mil y mil voces fanáticas le obligaban á volver á asomarse para asistir á otras nuevas locuras inventadas por el público regocijo. Por último, llevado el rey de la energía de aquellas aclamaciones y del sin número de manos que se alzaban hácia él, decidió bajar á la gradería del palacio á fin de satisfacer mas de cerca aquella sed insaciable de realismo.

Aquel gozo, sin embargo, mas bien causaba pena que placer. Las gentes pensadoras no veian en aquellos escándalos de cariño de la sociedad elegante y aristocrática de París, las conveniencias propias de un pueblo que acababa de perder su derecho de soberanía el 20 de marzo, su gloria en Waterloo y su independencia nacional la víspera en París. Una triste resignacion, una tierna y reparadora acogida, pero reservada y silenciosa al mismo tiempo, habria sido mucho mas digna de la Francia á los ojos de su rey y á los de la Europa armada. Mas en aquellos delirios habia tambien sus represalías. El rey, que lo habia presenciado todo, debió pensar en su interior que aquellos mismos partidos que hacian tales estremos de regocijo, podrian quizá con el tiempo hacerlos tambien para satisfacer otras venganzas, y tratar de exigirle satisfacciones de odio que le costaria no poca pena disputarles.

VIII.

Durante la primera noche que pasó el rey en París no cesaron ni un solo momento los tumultos producidos por aquellas locas manifestaciones. Luis XVIII era entonces mas rey que nunca lo habia sido, puesto que reinaba ademas en el corazon de todo aquel pueblo, que por lo demas, no se pertenecia ya á sí mismo, entregado como se hallaba por segunda vez á la invasion y á las venganzas de la Europa armada. Era preciso, pues, aplacar, desarmar y hacer retirar á la Europa al mismo tiempo que gobernar al pueblo, el cual, por resultado de los cien dias, habia creado tales gérmenes de division en su seno, que harian que la segunda restauracion fuese mas bien que un reinado pacífico, un partido y una lucha.

El rey no desconocia ninguna de aquellas dificultades, mas tambien estaba íntimamente convencido de las ventajas que en su favor tenia su segunda situacion comparada con la primera.

Un año antes cuando subió al trono por la vez primera, él no era aun conocido en Francia, y se presentaba como un candidato patrocinado por los estrangeros. A los ojos de los franceses solo representaba un régimen ya

gastado y repudiado, y quizá tambien incompatible con las ideas é intereses creados despues de su emigracion. Iba á suceder á un héroe que dejaba embriagada á la Francia con su gloria y con el orgullo de sus conquistas, y á quien por primera vez se le habia resistido la victoria. El ejército de aquel conquistador, privado de su gefe aunque intacto y lleno todavía de prestigio, era un imperio dentro de otro imperio, un pueblo pretoriano con el cual era preciso contar ó retirarse. Sus gefes, sus dignatarios, sus mariscales, generales, altos funcionarios, diplomáticos, senadores, y hasta los cortesanos, estaban aun en pie, unidos y solidarios, y habiendo puesto sus condiciones á la restauracion, podian aun dominarla ó comprimirla, si es que ya no disponian de ella á su antojo. El partido antiguo, ósea el llamado del rey, no era admitido para nada en el círculo del partido que habia sobrevivido al imperio, sino como por una gracia especial ó por una especie de celosa hospitalidad. Ambos partidos se disputaban la preferencia en palacio, en los favores, en los empleos públicos, en el ejército. Hacer que prevaleciesen los realistas era disgustar y alejar á los ambiciosos de la córte y de los campos procedentes de las administraciones de Bonaparte; y por el contrario, preferir á los bonapartistas era atraerse la enemistad de los afectos á la antigua monarquía y hacer que se quejasen de ingratitud ante la alta nobleza, la iglesia, la emigracion, y ante la Europa entera. Bien se ve, pues, que en esta situacion del rey en 1814 no faltaban abismos y asechanzas que era casi imposible el evitar. El rey, en cierto modo, no era mas que un delegado de los poderes del imperio, un virey de la revolucion, el árbitro tolerado entre ambos partidos; una especie de conciliador, un huésped del pais; en una palabra, no era dueño de nada ni mucho menos era rey.

IX.

Es cierto que el rayo lanzado el 20 de marzo vino á conmover el trono desde sus mas hondos cimientos, mas tambien contribuyó en gran manera á despejar la situacion, separando completamente por medio de una franca é irreconciliable agresion, los elementos realistas y napoleónicos. Habia hecho mas aun; pues la opinion de las masas, indecisas hasta entonces é indiferentes, habíase inclinado del lado del rey como en reprobacion del atentado del 20 de marzo y por un sentimiento en favor de las calamidades nacionales, que fueron el resultado de aquel atentado. El rey, que en 1814 solo era tolerado ó aceptado, era á la sazon implorado y aclamado por casi toda la nacion unánime: solo él podia interponerse entonces con algun provecho y utilidad entre la Francia vencida y la Europa provocada. Los servicios que podia él prestar á la nacion, le harian aparecer sagrado ante la misma. Hallábase inocente de sus desgracias, puesto que ni él habia llamado á Bonaparte ni tampoco á los estrangeros, habiendo sido la Europa la que se habia armado por si misma á fin de atender á su propia seguridad y no por causa de aquel rey que le era totalmente indiferente. No habia tampoco provocado en Francia la guerra civil ni retirádose á la Vendée sublevando de este modo á la mitad de su reino en su favor. Habíase acogido á Bélgica, desde donde, permaneciendo siempre á disposicion de su pueblo y de los acontecimientos, habia asistido como espectador afligido é impotente, á la lucha de Bonaparte con la Europa. Cayó por fin Napoleon bajo el peso de sus propias faltas y de su misma impotencia, y un grito nacional de angustia y de afliccion habia vuelto á llamar á París á Luis XVIII á fin de reparar las ruinas amontonadas por

su antagonista. El ejército renunció á defender á la nacion que por su abandono quedó entregada al estrangero; las Cámaras cerradas no representaban mas que una faccion vencida y desacreditada por su derrota; el pais, pues, se entregaba al rey por su libre y omnímoda voluntad. Aquella situacion hacia que el rey se encontrase mas bien que con un reinado, con una dictadura de salvacion pública, teniendo libre el derecho de retirar su confianza á los hombres que acababan de engañarle con tan insigne deslealtad y mala fé, pudiendo ser amigo para sus amigos y rey para sus enemigos, árbitro absoluto de los partidos y no el negociador entre ambas causas. En una palabra; en 1814 no hizo mas que transigir; en 1815 se proponia reinar. Al cabo de tres meses de afliccion y de destierro volvia á verse reintegrado en la plenitud de su gobierno, del cual podia decirse que solo habia visto una sombra.

X.

Dos únicos peligros le amenazaban todavía: las exigencias sin pudor de la Europa victoriosa, que, escudando sus crueldades y espoliaciones con el nombre del rey, asociaria de este modo aquel nombre, en el ánimo del pais, al resentimiento propio de una nacion conquistada contra el estrangero; y las exigencias tambien sin tasa ni limitacion alguna, del partido realista, impolítico y retrógrado, de la emigracion, representado en la córte por el conde de Artois, su hermano, y apoyado en las Cámaras y en las provincias por la nobleza y por el clero cuya esclusiva influencia era harto temida en el pais. Mas él confiaba vencer la primera de aquellas dificultades por medio de la proteccion de la Inglaterra, de la amistad, algo resfriada á la verdad pero fácil de renovar, con el emperador Alejandro y de la consumada habilidad de Mr. de Talleyrand; y esperaba prevenir la segunda con la separacion de Mr. de Blacas, con la confianza que depositaba en Fouché, sacrificio de que la nacion era buen testigo, y finalmente, con esa diplomacia personal y con esa proverbial prudencia debida solo á los años y á la esperiencia. Su propia habilidad le inspiraba á él una ilimitada confianza al ver que poseia ademas el instinto del gobierno en las épocas mas difíciles asi como la ambicion tan natural en su alta y elevada categoría. Espectador y víctima de las revoluciones, cuyos reveses habia sufrido diferentes veces, testigo de los errores y de la desgracia de Luis XVI, su hermano profundamente convencido de la incapacidad política de su otro hermano, el conde de Artois y ejerciendo un gran dominio, por el ascendiente del talento, de la edad y del trono, sobre sus tres sobrinos, creíase completamente seguro de hacer sentir su inflexible superioridad á todos los partidos y de contener á los unos intimidando á los otros.

Tal era la opinion que Luis XVIII habia formado de los demas y de sí mismo, opinion que á la verdad no carecia de escusa en su naturaleza y en su inteligencia. El poseia la primera condicion de un rey, que era afectar que creia en la divinidad de su derecho, y en lo que verdaderamente creia era en sí mismo.

XI.

Pero por mas que la segunda caida de Napoleon y el último abatimiento de la Francia hubiesen allanado en gran manera para el rey, las dificultades que se le presentaban para reinar, y por mas que la Francia no tuviese á la sazon que escoger para reponerse del 20 de marzo mas que entre los Borbones ó la muerte, alguna

cosa habia que hacia resaltar desde luego la incompatibilidad que desde 1789 se observaba entre la Francia nueva y la dinastía del antiguo régimen. Luis XVIII regresaba al palacio de sus padres, apoyándose con una mano en un obispo secularizado, casado, tránsfuga de su iglesia, negociador de la revolucion en 1792, ministro favorito, y cómplice quizá de Napoleon, y con la otra en un regicida rebelado la víspera en contra suya, y que solo consentia en abrirle las puertas de su palacio á condicion de que habia de arrojar de él á los enemigos de su infancia y de que habia de seguir imperando la revolucion encubierta bajo su nombre.

Una vez separado del gobierno Mr. de Blacas, Talleyrand y Fouché, á quienes el rey habia juzgado necesarios para representar las garantías de la revolucion en su consejo, decian suficientemente cual era el vencedor, cual el vencido, entre el espíritu antiguo y el moderno, aun en medio de un pais ocupado y dominado por un millon de enemigos. Aquellos dos hombres, colocados por el destino como una burla viviente á ambos lados del príncipe legítimo, humillaban y rebajaban el triunfo. Parecian á aquellos antiguos insultadores que marchaban detrás de las ovaciones de Roma, para recordar al vencedor que era hombre y al rey que estaba amnistiado. Luis XVIII tenia suficiente talento para comprender aquel símbolo, suficiente orgullo para darse porsentido, bastante ambicion para tolerarlo, y la necesaria prudencia para interpretarlo en su nuevo reinado. Las sesiones de su consejo dieron principio al dia siguiente con asistencia suya.

XII.

Tres hombres conspiraban ya en el seno de aquel consejo los unos contra los otros, asociándose á la sazon solamente por una necesidad que aparecia ser conformidad en sus ideas. Mr. de Talleyrand contra Fouché, éste contra Mr. de Talleyrand, y el rey contra los dos. Mr. de Talleyrand tenia la suficiente penetracion natural para no comprender que al introducir á Fouché en el consejo del rey, habia tendido un lazo á su ambicion, y que el escándalo de su situacion le haria desaparecer antes de mucho. Asi, pues, el tiempo era el encargado de desembarazarle de su rival.

Por lo que hace á Fouché, es cierto que al abalanzarse al ministerio despues del regreso del rey, habia padecido una especie de aturdimiento producido por su ambicion, que revelaba en él mas bien un deseo grande de darse importancia que un verdadero genio de las situaciones. Su papel, míresele bajo el aspecto que se le mire, debia concluir en el momento mismo en que el rey se viese restablecido en el trono. Una grande individualidad separada de los negocios y adornada con algun vano título sin ejercicio, ó bien una embajada notable en una córte lejana, era á lo único á que él podia optar en adelante. Su recompensa estribaba en la satisfaccion de amor propio que aquella superioridad en la audacia y en la intriga le habia dado en tres épocas distintas: procónsul en tiempo de la Convencion, ministro con el destructor de la república, árbitro durante dos reinados, y dueño de dos revoluciones en tiempo del segundo imperio, ángel malo de Napoleon, moderador de la crísis del 20 de marzo, restaurador de aquellos mismos Borbones á quienes él habia despreciado y proscripto, hombre necesario para el rey despues de haber sido terrible para con él, y retirado por último de una escena en que nada le quedaba ya que hacer mas que entregarse á la historia.

Mas para asombrar á esa misma historia con una osadía mas de su inconsecuencia, habia querido ademas ser ministro de los Borbones sin transicion de época ni de circunstancias; esto es, el Fouché del dia siguiente, arrojando con insolencia sus vestiduras revolucionarias, y

adornándose con las de cortesano, contra el Fouché de la víspera. Prescindiendo por un momento de aquel cinismo de versatilidad, degradaba al hombre hasta no mas, y no daba lugar al considerarlo sino á la risa ó á la indignacion; era preciso convenir en que la situacion en que con aquel paso se colocaba Fouché, era insostenible de todo punto aun para su genio audaz é intrigante. No debian pasarse muchos dias sin que viniese á desplomarse sobre él.

Si trataba de dar gusto á los Borbones, sirviendo á sus resentimientos y haciéndose el instrumento de su política, venia á convertirse en azote de sus propios cómplices, perdiendo por aquel solo hecho toda su popularidad é importancia en el partido revolucionario; y si, por el contrario, trataba de complacer á la revolucion, al imperio y á sus cómplices de 1793 y del 20 de marzo, se hacia al punto mismo sospechoso al rey y á su partido. El sin duda alguna se lisongeaba de poder sostenerse en equilibrio sobre las dos facciones que iban á disputarse la Francia, de poder dominar al partido de la córte por medio de la intimidacion del partido del ejército, y de manejar á este último con la intimidacion del primero, mostrando á los unos la revolucion, pronta á reaparecer, y á los otros la venganza de los realistas, próxima á confundirlos; de este modo aparentaba contenerlo todo con sola su destreza y habilidad. Mas aquella farsa, que hubiera sido posible para un hombre de Estado en 1814, cuando los ejércitos estrangeros se habian retirado ya, y cuando el rey se hallaba solo y desconocido de su pueblo, no lo era igualmente en 1815, cuando las potencias estrangeras, que se hallaban armadas rodeando el trono, y apoderadas ademas de todo el reino, respondian al rey de la sumision del pueblo y de la inmovilidad de la revolucion. Aquellas potencias no permitian que los realistas alimentasen temor alguno por los movimientos de la opinion ó las demostraciones revolucionarias despues de

tantos años que se hallaban acampadas en aquel territorio, quedando asi roto en sus propias manos el instrumento de que Fouché pretendia valerse en aquella ocasion. Evidentemente el rey solo le habia aceptado como parlamentario del momento entre su persona y los restos de una insurreccion bonapartista, hallándose decidido á separarlo de sí apenas hubiera entrado en su capital, licenciado el ejército, proscrito á los culpables y afirmado el trono bajo sus pies.

Mas ¡cuánta no seria la ceguedad de un hombre de tanto instinto y tan ducho en materia de reacciones como Fouché, para poder creer en el reconocimiento de las córtes, en su propia necesidad, y en la solidez del poder de uno de los jueces de Luis XVI, en el palacio mismo de aquel, en medio de sus hermanos, de sus sobrinos, de sus vengadores, en fin! Esto no se esplica fácilmente por ninguna combinacion en una cabeza bien organizada, y solo acaso pudiera atribuirse á esa especie de vértigo que se apodera á veces de los ambiciosos y tambien de los reyes, y que oculta á sus ojos todo aquello que los demas ven claramente á su lado, que los hace caer en sus propias redes y que los castiga con los mismos resultados que ellos se prometian. Los grandes vicios, asi como las grandes virtudes, no gozan del privilegio de la infalibilidad, y los hombres, aunque sean unos perversos, siempre son hombres, siendo á veces víctimas de sus mismas intrigas, engañados por su codicia, asi como los buenos lo suelen ser tambien de su candor, engañados quizá por sus virtudes. Todo concluye en el mundo para todos por la decadencia ó por una caida. Esta es la ley de las cosas humanas. Solo la posteridad es la que hace revivir á los unos en su estimacion, dejando á los otros ilustres siempre, pero ilustres por su desprecio. Esto fué lo que sucedió á Fouché.

XIII.

El orgullo de su triunfo le hacia aparecer como embriagado, hablando siempre del rey con una ligereza y un desden que el príncipe era imposible que ignorase, y gozándose á cada paso en humillar á su señor: «Cuanto han hecho los Borbones hasta el dia, no ha sido mas que un contrasentido de los intereses y de la gloria de la Francia. ¡Ellos quieren colocar á la contrarevolucion sobre el trono, están empeñándose en ello, pero yo estoy aqui para impedirlo!.. ¡Yo me opondré con todo mi poder! ¡Se ha hablado de sustituirlos con un príncipe estrangero! Y bien, es muy cierto: sea un príncipe estrangero, un Orleans ó una regencia, no hay nada que el partido constitucional pueda aceptar de las potencias que no sea preferible á ellos; en ese caso al menos podria exigirse que fuesen reconocidos los derechos del pueblo. ¡Se habla tambien de guerra civil! Si por ventura llegan á estallar los Borbones, no encontrarian entre sesenta departamentos mas que un puñado de realistas que oponer á la masa del pueblo. Sacad, pues, de mis palabras todas las consecuencias que querais; añadia él desconfiando de la indiscrecion de sus interlocutores, me es absolutamente indiferente!»

Estaba por otra parte muy convencido de encontrar en una nueva cámara una mayoría, sino revolucionaria, al menos constitucional, que le serviria de apoyo contra la córte, cámara que él gobernaria por medio de sus intrigas y confidentes, como habia hecho con la de los cien dias, y que le ayudaria á intimidar al realismo y á dominar al rey y á la córte.

Mr. de Talleyrand, que necesitaba asimismo de igual punto de apoyo contra las desgracias que aunque desde

lejos le amenazaban por el espíritu dominante en la córte sin que contase con otro contrapeso en la opinion, alimentaba tambien las mismas esperanzas en una representacion nacional. Ambos ministros, pues, llevados de aquel comun interés, suscitaron inmediatamente en el consejo del rey la cuestion de la pronta convocacion de las Cámaras. El rey, por su parte, hallábase tambien interesado en oponer cuanto antes una asamblea nacional frente á frente á las exigencias del estrangero, á fin de que no pesase sobre él solo la responsabilidad y la impopularidad de los sacrificios y de los rescates de la patria.

XIV.

Conservar las Cámaras existentes, era lo mismo que capitular con la revolucion y con el imperio. Convocar las de 1814, que fueron espulsadas á consecuencia del 20 de marzo, era como reconocer la autoridad del imperio de donde ellas emanaban, y encontrarse entre los pares y diputados con un gran número de partidarios de Napoleon, reelegidos despues del 20 de marzo, y que habian firmado el acta de proscripcion contra los Borbones. El rey no podia de modo alguno consentir en volver á instalar por sí mismo á sus enemigos en el Cuerpo legislativo y en la Cámara de los pares, compuesta en su mayor parte de militares é imperialistas. No pudiendo, pues, atenerse á las prescripciones de la Carta, se arregló todo por medio de decretos, sin perjuicio de hacerlos revisar y convertirlos en leyes del Estado por las Cámaras apenas se hallasen reunidas.

La Cámara de los pares de 1814 se conservó en pie para todos aquellos de sus individuos que no habian pertenecido á la de Napoleon durante los cien dias. La Cámara de diputados de 1814 y la de representantes de 1815

fueron disueltas. La dignidad de par se declaró hereditaria para lo sucesivo y á pesar de la oposicion del rey. ¡Vana institucion de Inglaterra aristocrática y feudal en un pueblo que habia hecho la revolucion para suprimir las Cartas, y que restablecia con ella los privilegios de una legislatura por derecho de nacimiento y no por derecho de eleccion real y popular y de capacidad personal!

Fouché y Mr. deTalleyrand solo vieron en aquella disposicion un medio de atar de antemano las manos al rey, y de impedir que los ministerios futuros vendidos á la córte se hiciesen con la Cámara de los pares, valiéndose del recurso de trasmitir la dignidad de par de padres á hijos á voluntad del rey, y vieron ademas la ocasion que se les presentaba de nombrar ellos mismos los nuevos pares, eligiéndolos de entre los hombres de la revolucion ó del imperio, y formándose asi una poderosa clientela en el cuerpo político mas distinguido despues del rey. El monarca, que temblaba sin motivo ante la sombra de la revolucion y de la guerra civil con las cuales le atemorizaban tanto Fouché como Mr. de Talleyrand durante los primeros dias de su aun combatido reinado, accedió á todo lo que se le propuso, perdiendo por ello desde luego una parte de su prerogativa y de su libertad.

Otros varios decretos determinaban la manera con que habia de procederse á la eleccion de los diputados. Los electores se dividian en comicios de departamento y comicios de distrito. Los comicios de distrito presentaban los candidatos á los comicios de departamento, los cuales elegian entre ellos la mitad de los diputados. Aquella eleccion de dos grados debia asegurar una representacion á la vez mas local y mas ámplia, lo cual era una garantía de notoriedad y de presuncion de capacidad que la ley exigia á los representantes del pais. Por lo demas, la propiedad y la cuota de contribucion, eran siempre los títulos que daban el derecho de elegir y de ser elegido. Trescientos francos de contribucion era lo que se exigia

á los electores de departamento. Los ministros, con el objeto de halagar al ejército, y á fin de introducir en la eleccion un elemento nuevo y liberal, segun suponian, habian admitido en los comicios de departamento á todos los que se hallasen condecorados con la órden de la legion de honor, milicia civil y militar del emperador. Las Cámaras habian sido convocadas para el 24 de setiembre.

XV.

El ejército al mando de Davout, continuaba pacíficamente su retirada al otro lado del Loira, sin dejar por eso de exhalar sus quejas, y dejando en pos de sí por todos los departamentos que iba atravesando la huella de su patriotismo y de su bonapartismo vencidos y proscritos en él. Las poblaciones mas apartadas del teatro de los acontecimientos y por tanto mas indiferentes á los peligros que habian rodeado á Paris, atribuian al rey y á los realistas los contratiempos y los rigores de que estaban á la verdad bien inocentes.

Al contemplar aquellos regimientos todavía intactos, cuyas masas, asi como las de la caballería, y artillería presentaban el aspecto de una fuerza invencible, aunque triste y condenada á la inmovilidad por la traicion, las ciudades y los habitantes de los campos no podian comprender como aquellos millares de soldados, intrépidas falanges ardiendo aun en fanatismo por su emperador, habian retrocedido por sí mismas ante los ejércitos diez veces superiores de la coalicion, dejando entregado el trono, la capital y el pais entero en manos del enemigo. Asi es, que creian ó por lo menos aparentaban creerlo, que aquella capitulacion que arrojaba el ejército á las provincias, era una cobarde inteligencia entre los Borbo-

nes y el estrangero, y una espiacion de la gloria de la Francia impuesta por los mismos que trataban de envilecerla, de rebajarla y de desarmarla á fin de enseñorearse de ella.

En un gran número de departamentos habíanse observado algunos síntomas de insurreccion militar y de agitacion civil al atravesar el ejército su territorio, pues las tropas se hallaban de contínuo muy dispuestas á arrastrar en pos de sí á las poblaciones, ó á dejarse arrastrar por estas á fin de renovar otra vez la guerra. Los generales, por su parte, todos estaban en correspondencia con los de Paris.

Davout, si bien se hallaba resuelto á someterse á la necesidad, sostenia muy á duras penas á sus subalternos dentro del círculo de sus deberes. Su cuartel general era una especie de gobierno militar desde donde se negociaba con el gobierno civil. Alentadas secretamente sus exigencias por las insinuaciones de Fouché, habia formalizado sus condiciones y las del ejército, dirigiendo al gobierno del rey sus intimaciones por la mediacion de tres agentes que él habia dejado en París al emprender su retirada, para tratar con ellos de los intereses del ejército, como hubiera podido hacerlo de los intereses separados de una provincia ó de un imperio en tiempo del Imperio.

Aquellos tres agentes eran los generales Gerard, Kellermann y Haxa, todos tres célebres por su talento y patriotismo, los cuales trasmitian al gobierno las aspiraciones y la opinion del ejército, y á éste los deseos ó mas bien las órdenes del gobierno. Por ambas partes se observaban y se temian recíprocamente, y se negociaba la obediencia en vez de imponerla. El general Davout se asemejaba á aquellos generales de Roma que se hallaban al frente de las legiones indecisas, no obedeciendo mas órdenes que las que ellos mismos habian impuesto al senado. Davout, sin embargo, mas bien puede decirse que se resignaba á seguir

en aquel puesto, que se afanaba por sostenerse en él; así es que, conmovido de las desgracias de su patria, y convencido de que la renovacion de la guerra, si bien favorable á su popularidad y á su nombre, equivaldria á prolongar mas y mas la agonía de la Francia, se ocupaba, aunque salvando las apariencias y empleando en ella su mas sincera abnegacion, en apaciguar el espíritu del ejército, y en ir domando su cólera por medio de concesiones.

XVI.

Sus órdenes del dia de Orleans y de Tours, pueden dar una idea de los esfuerzos que hacia para calmar la agitacion de los gefes y de los soldados. «Los comisarios, les decia á las tropas, aseguran por su parte que no es de temer una reaccion, que se dominarán las pasiones, respetará á los hombres, y se salvarán los principios, que no se harán destituciones arbitrarias en el ejército, y que su honor quedará á cubierto. Como primera garantía, añadia, tenemos ya el nombramiento del mariscal Saint Cyr, para el ministerio de la Guerra, y el de Fouché para el de la policía. Semejantes condiciones no pueden menos de ser aceptables. El interés nacional debe reunir francamente al ejército del rey, y aunque este interés exige algunos sacrificios, hagámoslos, si es preciso, con una modesta energía. El ejército, intacto y unido para siempre, vendrá en caso de necesidad á ser el centro de reunion de los franceses, y hasta de los mismos realistas. ¡Unámonos, pues, estrechemos nuestras filas para no separarnos jamás, en una palabra, seamos franceses! Este ha sido siempre, bien lo sabeis, el sentimiento que ha dominado mi alma, y el cual no me abandonará sino con mi último suspiro.»

Aquellas tan nobles palabras no podian menos de ser bien acogidas por la gran mayoría del ejército, el cual comenzaba ya á reconocer sus errores, y á deplorar las desgracias que habia ocasionado á su patria, así es que determinó responder á ellas por medio de un acta de arrepentimiento y de sumision, que fué entregada por los gefes de los cuerpos á los comisarios, y por estos al mariscal, á fin de que por conducto del general en gefe llegase á manos del monarca.

«Señor, decia aquella patriótica esposicion del ejército al trono, confiado el ejército en vuestra generosidad, decidido á evitar la guerra civil reuniéndose en torno vuestro, y á atraer con su ejemplo á aquellos de vuestros súbditos que por efecto de las circunstancias aun permanecen lejos de vos, se lisonjea de que sabreis acoger con bondad su sumision, y que corriendo un velo sobre todo lo pasado, no cerrareis vuestro corazon á ninguno de vuestros hijos.»

Aquella acta, ademas de honrar altamente al ejército, logró tambien conmover al rey y á toda la Francia. Al dia siguiente el mariscal Davout, dando con ella un paso muy avanzado, dispuso que el ejército, ya sometido, cambiase espontáneamente sus banderas.

«¡Soldados, les dijo, para completar el acta de sumision que acabais de firmar, os resta todavía hacer un sacrificia, penoso á la verdad, mas necesario!... ¡Enarbolad la bandera blanca! ¡Bien sé que en ello os exijo un gran sacrificio!.... Al cabo de veinte y cinco años no es estraño que hayamos tomado aficion á esos colores que todos hemos llevado.... Pero si un sacrificio que lo exije el interés de la patria.... ¡Ya sabeis, soldados, que no seria capaz de daros una órden que fuera contraria al honor! ¡Conservad para la patria tan numeroso y valiente ejército!»

XVII.

Las últimas palabras del general en gefe se comprendian perfectamente sin necesidad de que él las acabase de pronunciar. El rey se hallaba ya oprimido y aun insultado en París por las insolentes represalias de Blucher. El puente de Jena, situado junto al Campo de Marte, habia sido denunciado por aquel bárbaro á sus soldados, y minado y cargado de pólvora, hubiera quedado enterrado con el nombre de aquel monumento el de la batalla en que habia sido derrotada la Prusia, á no haberse interpuesto para salvarle una súplica del rey al emperador Alejandro, y la decision algo mas teatral que sensata, anunciada por el mismo monarca, de que iria á colocarse sobre el puente en el momento de la esplosion, á fin de perecer con un monumento de su reino, cubriéndole con su propia magestad y con su vida.

Los monumentos de las artes, bronces, mármoles, pinturas, estátuas, carros antiguos, los despojos de las naciones, de las capitales, de los palacios, de los museos, de las bibliotecas de la Europa, acumulados en el Louvre y en nuestras plazas públicas por efecto de la victoria, se veian recogidos y rescatados en medio del dia y á mano armada por los soldados de aquellos mismos pueblos en los cuales habian oido conquistados. La conquista arrebataba lo mismo que habia sido adquirido por medio de la conquista. Aquellos trofeos pasaban desde París á Roma, á Florencia, á Viena, á Berlin, á Turin, á Madrid, porque aquellas no eran realmente propiedades; no eran sino despojos. Las vicisitudes de la suerte eran las que constituian todo el derecho de los poseedores. Usando de una imparcial equidad no podia acusarse legítimamente

á los antiguos dueños de aquellas obras maestras, porque se apoderasen de ellas y devolviesen á sus capitales y á su patria aquellos tesoros que les habian sido arrebatados. La espada habia sido el único título alegado para hacerlo; ella, pues, era á su vez, no diremos un *talion*, puesto que se respetaban las propiedades francesas y los monumentos nacionales, pero sí la restitucion violenta de aquellos despojos. La conciencia lo reconocia asi; pero el orgullo nacional se hallaba resentido hasta el punto de temerse una sublevacion desesperada en París.

El genio tan artístico como militar de la Francia habia cobrado una aficion tal á aquellos lienzos, á aquellos mármoles, á aquellos bronces, que llevado de su noble pasion los hubiera preferido á los mas ricos tesoros, y hasta á las mas estensas propiedades. Le habria sido menos sensible, y hasta lo creia menos humillante el ceder provincias y aun reinos enteros, mas bien que cuadros ó estátuas. El pueblo por su parte estaba persuadido de que le saqueaban sus hogares, y de que todo su moviliario nacional puesto en pública almoneda por aquellos soldados de la barbárie, serviria para dejar consignada en toda Europa su derrota y su humillacion. Los pintores y los escultores estaban indignados, y hasta la poesía lloró en las elegías tristes á la par que vengadoras de Casimiro Delavigne, llamadas *Mesenianas*, la devastacion del Louvre, y la emigracion de los dioses y de las diosas de piedra.

Mr. de Talleyrand conocia demasiado la situacion y estaba muy acostumbrado á discutir cuestiones de derecho público para que tratase de esponerse á aquella restitucion que los aliados se estaban haciendo por sí mismos, pues que solo le hubiera sido posible oponer sofismas contra razones. Cerró, pues, los ojos ante la desaparicion de aquellos despojos, despreció los rumores del pueblo, y como si se desdeñase de molestarse por tan poca cosa, procuraba contestar á cuantos venian á hablarle de la agitacion en que se hallaba la capital y rogarle que interviniera en nombre de la Francia y del rey: «Eso no es cosa mia!» Y Talleyrand tenia razon, por que resistir era imposible, suplicar era harto bajo, lamentarse era humillante; no quedaba, pues, otro remedio que callar y volver los ojos á otro lado.

XVIII.

Mas los aliados, una vez reunidos en París en número tan considerable y ocupando sucesivamente las provincias con sus cuerpos de ejército, imponian subsidios, alarmaban á las ciudades y á las poblaciones de los campos con requisiciones de toda especie, despojaban las cajas públicas para el sostenimiento de sus tropas, oprimian, esquilmaban, devastaban el hogar asi del rico como del pobre. Los prusianos en particular, bien sea porque tuviesen mas perjuicio que vengar con respecto á su patria, bien que aquel pueblo, mas aguerrido que las demas razas germánicas, participase mas en su naturaleza de aquella especie de rudeza que se adquiere en los campos, se señalaban como en 1814 por crueldades y barbaridades tales, que hacian su ocupacion mucho mas terrible y su nombre era odiado en Francia. Habian impuesto cien millones en dinero á la ciudad de París el mismo dia que entraron en ella. Los prefectos nombrados por el rey; los alcaldes de las villas y lugares, no podian poner á cubierto sus respectivos territorios de sus exigencias insaciables y de sus depredaciones. A pesar de lo estipulado en la convencion de Saint-Cloud y de hallarse el rey en París, ellos trataban á la Francia como á pais conquistado, y no veian en ella el reino de un monarca, su aliado, sino el despojo de Napoleon, su enemigo. Llegaron hasta apoderarse de varios prefectos que se atrevieron á resistirles con decidida independencia, haciéndolos prisioneros y obligándolos á salir de sus provincias.

Un grito unánime de dolor, de angustia y de indignacion se elevaba hácia el rey desde todos los puntos ocupados por ellos y por los austriacos (que no eran tan perjudiciales), á fin de implorar su proteccion, pues de otro modo llegaria á estallar la mas desesperada insurreccion.

El duque de Wellington, mas modesto en la victoria y mas cauto y comedido en la ocupacion, tenia sometidos á los ingleses de fuera de París á una respetuosa disciplina en lo tocante al hogar de los ciudadanos y á la autoridad del rey, que él trataba de popularizar, ayudando á restablecerla y afirmarla. El trataba como aliado con Luis XVIII despues de haber tratado con Napoleon como vencedor. No ultrajaba jamás, mas bien consultaba á veces con la mayor deferencia y ayudaba á defender al gobierno del rey contra las brutalidades de Blucher. A pesar de sus observaciones, este general amenazaba con apoderarse de las arcas del tesoro y aun pretendia echar mano de las cajas públicas, si la ciudad de París no le pagaba los 100.000,000 que la habia impuesto á su entrada en ella. Por fin, la presencia de su rey y del emperador de Rusia que llegaron á París, logró poner un coto á las represalias del general prusiano.

Del impuesto de guerra sobre París para la Prusia se rebajaron diez millones, pero Blucher habia saqueado ya las fábricas de armas de Versalles y varias casas particulares de aquella residencia real.

XIX.

Mientras tenia lugar aquella concentracion de generales en gefe y de soberanos en París, la Europa, puesta toda sobre las armas y en movimiento desde el 20 de marzo, continuaba desbordándose en el territorio por todas las fronteras. Nuestras provincias apenas podian contener aquel incesante reflujo de las naciones que se apresuraban á venir, aun despues de ver terminada la lucha, con el único objeto de vengarse del terror que el desembarco de Napoleon habia escitado en el mundo. Los aliados se repartian el espacio sobre el suelo del pais. Los ingleses, los belgas, los holandeses habianse distribuido todas las ciudades y provincias que se estienden entre París y la frontera de Bélgica. Los prusianos acampaban en masa en París y refluian desde alli entre el Loira y el Océano. Los austriacos, los bávaros y los wurtembergheneses estaban acantonados en la Borgoña, en el Nivernés, el Lyonnés y el Delfinado. El ejército austriaco y piamontés de Italia habia bajado á Provenza y al Languedoc. Los rusos ocupaban con su numeroso cuerpo de ejército la Lorena y la Champaña; los sajones y los badeneses, la Alsacia; los húngaros, las orillas del Mediterráneo; los españoles, los flancos de los Pirineos franceses, la Navarra y el Rosellon.

Jamás una inundacion semejante de naciones armadas se habia desbordado sobre el territorio francés, desde las grandes invasiones de los bárbaros que habian arrollado las poblaciones primitivas reemplazándolas con otras nuevas. Las quejas del pueblo se elevaban por do quiera contra el hombre cuya impaciencia de reconquistar el trono habia abierto aquellas esclusas de pueblos suministrando al mundo aquel pretesto de desbordamiento universal.

XX.

El rey no hacia mas que padecer y sufrir al contemplar su territorio completamente invadido, y á su pueblo dividido por la opinion, exhausto de sangre y de dinero, lanzado de las plazas fuertes, ocupado en la capital y en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

todos los principales centros de energía, como Leon, Strasburgo, Lila; insurreccionado en el Mediodía y en el Oeste por su causa, y estremeciéndose de cólera en el Este y al otro lado del Loira por causa de su enemigo.

Un acto desesperado de energía podia, segun le aconsejaban, lanzarle en medio del ejército del Loira, que aumentado por los vendeanos y confundiendo en un solo patriotismo ambas banderas, habria impuesto respeto y moderacion á los aliados. Pero semejante plan, formado por algunos generales del ejército del Loira y por varios gefes vendeanos deseosos de tomar su parte de patriotismo en las calamidades de la Francia, no eran mas que una quimera que se desvanecia á la primera reflexion. Abandonar á París era abandonar el trono. Despues de haber desalojado las tres cuartas partes de las provincias francesas y la capital, era preciso volver á conquistarlas contra un millon de estrangeros, dueños de las plazas fuertes, de las armas, del tesoro y de los impuestos. ¿Con qué fuerzas contaba, pues, el rey para acometer semejante empresa? Con cuarenta ó cincuenta mil hombres, restos del ejército de Napoleon y algunos miles de paisanos bretones para auxiliarles. Y aun queriendo suponer un éxito imposible, en qué estado hubiera encontrado el monarca su reino, talado y despedazado por aquellos millones de enemigos. La Francia entera habriase convertido en un campo de batalla despues de la lucha. Aquello era lo mismo que proponerle incendiar su reino por su propia mano. Nada era posible que el rey intentase despues de Warterloo y de la sumision de París, sino retirarse del trono por no presenciar la opresion de su reino, ó tratar en su nombre ó en el de su pueblo con los aliados á fin de reducir el rescate y atenuar los rigores inseparables de la ocupacion; tris e papel á la verdad, pero necesario, y cuya necesidad sentia mas que nadie la nacion, perdonando sus contrariedades y dando gracias por ello desde el fondo de su corazon, á su desventurado rey.

XXI.

La presencia, sin embargo, de aquel ejército de Napoleon, que aunque sometido ya á la sazon al rey, ocupaba un solo punto del reino, detrás de un gran rio y lindando con provincias muy belicosas, como la Bretaña y la Auvernia, no dejaba de causar alguna alarma á las potencias, asi es que el consejo de soberanos exigió del rey su licenciamiento.

«El tratado de alianza concluido en Viena entre las potencias, escribia el plenipotenciario ruso Mr. de Nesselrode á Mr. de Talleyrand, se hizo contra Bonaparte y sus partidarios, y principalmente contra el ejército francés, cuya desordenada ambicion é insaciable sed de conquistas ha turbado por mas de una vez la Europa. Impulsados por la necesidad de establecer la paz universal, el emperador de Rusia y sus aliados ponen como condicion imperativa el licenciamiento de aquel ejército, tanto por interés del mismo rey como por el de sus pueblos.»

El rey, que no podia ver otra cosa en el ejército de Bonaparte que un resto de pretorianos entre los cuales se perpetuaria el fanatismo de su competidor al trono y la oposicion á su propia raza y á su reinado, debia desear forzosamente aquel licenciamiento y su trasformacion en un ejército territorial y realista. Apresuróse, pues, á obedecer á la intimacion de las potencias tan conforme en un todo con sus propios intereses.

Se acordó, pues, el licenciamiento del ejército del Loira. Los regimientos se organizaron en ochenta y seis legiones departamentales de á tres batallones, y en cincuenta y dos regimientos de caballería y artillería. A fin de destruir el espíritu de cuerpo, esa tradicion inesplicable

de las tropas que sobrevive á los hombres y que renace con la bandera y con el nombre de los cuadros armados, cada una de las legiones debia componerse de soldados nacidos en el mismo departamento cuyo nombre llevase la legion, medio muy apropósito para acabar con el bonapartismo en aquellos cuerpos y para sustituirle el espíritu de la comarca á la cual pertenecian. Aquel era tambien un medio hábil de contar con legiones realistas al menos en el Mediodía y en el Oeste; pero era asimismo un elemento seguro de guerra civil, en caso de un conflicto de opinion entre las diferentes provincias de la Francia y una institucion funesta ademas bajo otro concepto, porque en su esencia era mas federativa que nacional, y porque creando el espíritu de provincia en los miembros del ejército, tenderia á debilitar el de la unidad nacional, que es el que constituye la fuerza contra las facciones y contra el estrangero.

El mariscal Macdonald fué el encargado del licenciamiento y de la organizacion del ejército.

XXII.

Era muy urgente antes que todo el fijar por medio de un tratado de paz definitivo la situacion de la Francia y del rey para con las potencias. Hasta que aquel tratado no fuese discutido y firmado, la Francia no existia mas que como un pais conquistado, y el rey no era otra cosa que una especie de comisionado oficioso entre su pueblo y la Europa. Mr. de Talleyrand, regocijándose de verse libre de las dificultades que rodeaban al gobierno interior encomendado á Fouché, se dedicó con grande ardor á aquella negociacion, que era lo que mas preocupaba el ánimo del rey. Reanudóse, pues, en París el congreso de Viena, interrumpido por el 20 de marzo y complicado por Waterloo.

Las conferencias diplomáticas entre Mr. de Talleyrand y los plenipotenciarios europeos, tuvieron lugar en casa de lord Castlereagh, ministro principal de Inglaterra, á quien la deferencia de los soberanos hácia el vencedor de Waterloo habia cedido la direccion preponderante de las negociaciones. Mr. de Talleyrand, el duque de Wellington, lord Castlereagh, Mr. de Metternich, Mr. de Weisemberg, Mr. de Hardenberg, Mr. de Humbolt, el príncipe Rasoumouwski, Mr. de Nesselrode, Mr. Cappo d' Istria, Mr. de Gentz, publicista aleman, Mr. Pozzo di Borgo y varios de los generales mejor impuestos en el secreto político de sus respectivos gabinetes, se reunian allí todos los dias y por espacio de muchas horas. Comenzóse por regularizar por medio de convenciones las exigencias hasta entonces arbitrarias, y los departamentos señalados á los diferentes cuerpos del ejército sobre el territorio. En seguida se trató de la suerte de Napoleon, que permanecia aun sin decidirse en las radas británicas, quedando acordado declararle prisionero de guerra de la Europa, su custodia confiada á la Inglaterra y su residencia fijada en la isla de Santa Elena. La paz entre la Francia y la Inglaterra quedó en el acto tambien restablecida, pues no habiendo la Gran Bretaña declarado la guerra mas que á Napoleon, con su desaparicion de la escena habia concluido asimismo la causa de la guerra.

Mr. de Talleyrand, con el objeto de halagar un noble sentimiento de humanidad en el cual la Inglaterra habia tomado la iniciativa bajo la inspiracion religiosa de Wilberforce y de sus filósofos, no tuvo inconveniente en admitir, en nombre de la Francia, el principio de la abolicion del infame comercio de negros.

XXIII.

Entablóse en seguida la cuestion de si los aliados habian tomado parte en la guerra por la conquista ó solo por el restablecimiento puro y simple del órden europeo, turbado por Napoleon. Las grandes potencias, como mas generosas, consintieron en admitir este último principio, mas las de segundo órden, llevadas de la ambicion y de la envidia, se opusieron tenazmente. Los Paises Bajos pedian la restitucion á sus antiguos poseedores de la Alsacia, de la Lorena, de la Flandes y del Artois. «La conquista, decian, tiene el derecho de repetir contra la conquista.»

La Prusia apoyó á los Paises Bajos por el órgano de Mr. de Humbolt, exigiendo por su parte la cesion de Montmedy, de Metz, de Sarrelouis y de Thionville.

Mr. de Metternich reclamaba en nombre del Austria una indemnizacion territorial, una garantía permanente de seguridad, una forma de gobierno conciliable con la de los demas gobiernos limítrofes, y varias medidas de policía militar á fin de reprimir por el momento toda tentativa de parte del ejército.

El rey de Cerdeña exigia la restitucion de la Saboya, que habia sido cedida á la Francia por el tratado de 1814. La Inglaterra y la Rusia nada pedian.

Redujéronse por fin las reclamaciones, habiendo mediado la amigable representacion de estas potencias, á exigir la demolicion de Huninga, una indemnizacion de 600.000,000 millones por gastos de guerra, otra de 200.000,000 para construir nuevas plazas fuertes á fin de precaver las agresiones futuras de la Francia, la ocupacion por espacio de siete años de una zona francesa por ciento cincuenta mil hombres de la coalicion, sostenidos

á espensas de la Francia y mandados por un general nombrado de acuerdo con los aliados, y finalmente, un desmembramiento importante por la parte del Norte en favor de los Paises Bajos por la cesion de Condé, de Filipeville, de Givet y de Maubeuge.

XXIV.

Mr. de Talleyrand se apoyaba en la imparcial benevolencia de lord Wellington para combatir la exageracion inícua é imperiosa de semejantes condiciones. El rey trabajaba personalmente en sus conversaciones particulares con el emperador de Austria, con el rey de Prusia, y principalmente con el emperador Alejandro, que era el mas generoso é influyentes de los príncipes de la coalicion. Tambien hacia valer para con este príncipe la influencia mística de Mme. de Krudener, aquella sibila cristiana, que ocupaba en el ánimo del emperador de Rusia el el puesto de las ambiciones humanas reemplazándolas con la aspiracion religiosa para fundar un órden intelectual y moral en Europa.

Lord Wellington y el emperador Alejandro intercedieron noblemente á fin de que la Europa no abusase con demasiada severidad de la victoria contra un príncipe inocente del atentado de Napoleon, y contra una nacion subyugada por su ejército que habia sufrido mas bien que contribuido á semejante atentado; mas el ultimatum de las potencias, al cual la Rusia y la Inglaterra creyeron deber adherirse mas bien por consideraciones con sus aliados que por exigencia contra la Francia, fué amasado entre ellas mismas y lo ocultaron al rey y á Mr. de Talleyrand por espacio de mas de un mes.

Por fin diéronlo á luz á principios del mes de setiembre, apareciendo en él las mismas condiciones, con corta

diferencia, que dejamos enumeradas mas arriba: un desmembramiento parcial, una multa ó impuesto de mil millones, la ocupacion por siete años, y el desarme de la Francia en cambio de la particion ó division de su territorio, ó lo que es lo mismo, la ruina, la deshonra, y el rescate firmado por un rey, que al mismo tiempo que rescataba á su pais, parecia rescatar tambien su trono á espensas de su pueblo.

Luis XVIII derramó en secreto abundantes y amargas lágrimas no siéndole posible ocultar por completo su aflicion á sus familiares. «Mi puesto, esclamaba él muchas veces, debia ser Hartwell ó el ejército del Loira. Mis aliados me pierden aparentando salvarme.» Si aquel príncipe hubiera dado oidos á la noble desesperacion de su alma entregando en manos de los aliados un trono harto caro en el precio que se le exigia, habria quizá perdido ese trono por algunos dias, mas la Europa confundida y embargada y la Francia conmovida, le hubieran al fin devuelto su reino con condiciones mucho mas aceptables. Las inspiraciones del honor son las únicas que deben seguirse en circunstancias tan críticas como aquellas. Luis XVIII y su familia habrian ganado mas declarándose prisioneros de la Europa, que apareciendo como cómplices del envilecimiento y de la espoliacion de su pais.

XXV.

Mas en lugar de irritarse el rey contra si mismo, se sintió hondamente afectado por la impotencia ó falta de habilidad de Mr. de Talleyrand en aquellas negociaciones, porque entre los hombres de Estado, los reveses de la suerte suelen reputarse por crímenes como entre los militares. Por otra parte, Mr. de Talleyrand pesaba ya secretamente sobre el amor propio y sobre la dignidad de

Luis XVIII, siendo para él mas bien una necesidad, pero una necesidad onerosa é importuna. Su superioridad descollaba demasiado en el consejo para no ofuscar en algun tanto la superioridad del monarca.

Mr. de Talleyrand era de distinguido nacimiento; y por lo tanto, habia resabios de gran señor en el ministro y deferencia en sus servicios. Recordaba muy á menudo, y hacia porque el rey lo recordase tambien, que con su auxilio habia el monarca recobrado el trono despues de haberle perdido por culpa de Mr. de Blacas. Sus dictámenes en el consejo eran siempre concisos ó imperiosos, y sin que jamás discutiese; daba órdenes. Con mas esperiencia de los hombres y de las cosas modernas que Luis XVIII, con mas prestigio para con los soberanos estrangeros y sus ministros, que el mismo rey, puede decirse, que haciendo uso de su ascendiente, ejercia mas bien un patronazgo que un ministerio. Los poderes existian en su nombre y no en su título de presidente del consejo. El rey, que á su pesar se veia en la necesidad de halagarle á causa de la capacidad que se le suponia para los negocios, no llevaba á mal que esa misma capacidad le hubiera fallado una vez, á fin de hacer recaer, á los ojos del vulgo, la desgracia de la negociacion sobre el negociador, y de verse como obligado por el interés del Estado á deshacerse de un ministro que traia á la memoria por mas de un concepto á un *mayordomo de palacio*.

XXVI.

Preciso es convenir tambien por otra parte en que Mr. de Talleyrand, tan útil como negociador en el congreso de Viena, no habia mostrado en 1814 ni despues del regreso del rey en 1815, como ministro, ninguna de aquellas altas cualidades que constituyen al hombre de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Estado en los paises constitucionales, pues que no poseia ni la iniciativa, ni la actividad, ni el don de la palabra, que son las tres circunstancias indispensables en los gobiernos parlamentarios. La mas completa desidia, la mas refinada indolencia y el silencio mas elocuente, eran los elementos que componian su naturaleza, su habilidad y su táctica. Ahora bien, esas tres virtudes de la pereza del espíritu, muy buenas para aquellos tiempos en que la nave del Estado boga por sí misma con su rumbo conocido, son harto insuficientes en épocas tempestuosas en que es preciso saber encontrar el camino, y maniobrar á veces por entre escollos y contra todo viento. Hay momentos en que es preciso aprovecharse del tiempo y arrastrar las opiniones á viva fuerza. Mr. de Talleyrand gustaba mucho de dormir, y contaba siempre con esa fuerza oculta de las cosas, que aunque es cierto que hace mucho, no lo hace sin embargo todo. Los beneficios del tiempo, aguardados con su natural indolencia y aprovechados despues diestramente, componian por lo menos la mitad de su fama de habilidad.

Ningun hombre hubo jamás que hasta tal punto haya quitado su fama á la Providencia, y esto estaria muy bien en aquellos tiempos en que la mano activa de Napoleon obraba por él, mas no asi despues cuando el espíritu de córte en palacio y el de faccion en los partidos, hacian desaparecer el espíritu nacional ante los mismos ojos de un gobierno adormecido. El ministro asistia á la decadencia del trono y del pueblo, y en el mero hecho de no imprimir ningun movimiento decisivo al gobierno, le dejaba inevitablemente sumergirse entre vicios intestinos que todo lo corrompian, y entre dificultades estremas que á todo se sobreponian. Tampoco le habia dotado la naturaleza del valor necesario para presentarse en la tribuna, ni del don de la palabra ante una reunion numerosa; asi es, que siempre habia tenido necesidad de otro hombre que representase por él en los grandes dramas políticos

á que tuvo necesidad de asistir. Sin fuego en el alma, sin calor y sin pasion en sus discursos, ¿cómo era posible que hubiera nunca conseguido entusiasmar ni arrastrar en pos de sí á ningun auditorio? La imparcialidad jamás es elocuente, porque la elocuencia no es otra cosa que el resultado de la conviccion. La tribuna por lo tanto no hubiera hecho otra cosa que realzar aun mas su inferioridad á los ojos de las oposiciones ó de los partidos. Pues bien, la hora de la tribuna habia sonado ya, las elecciones se estaban preparando, las candidaturas se formaban por todas partes, la Francia, en fin, iba á recobrar su voz. El rey conocia que Mr. de Talleyrand tendria que enmudecer ante las interpelaciones que no podrian menos de hacerse, y hasta él mismo debia arredrarse del nuevo papel que las Cámaras le iban é hacer representar, papel que no le fué dado desempeñar ante la Asamblea constituyente cuando se hallaba en todo el vigor de su juventud y de su ambicion, viéndose precisado á ocultarse detrás de Mirabeau. ¿Cómo habia de poder desempeñarlo al presente? ¡y cuánto prestigio no se esponia á perder! Asi, pues, mejor preferia caer oportunamente por efecto del descontento del rey, que caer unos dias despues vencido por su propia insuficiencia.

Tales eran los motivos que hacian desear al rey la retirada de su primer ministro, y que contribuian á hacer decaer el ánimo del mismo Mr. de Talleyrand. Pero existia ademas otra causa, desapercibida aun para la córte, aunque preponderante ya en el corazon del rey, y consistia en la súbita y decidida aficion que hacia dias esperimentaba hácia un nuevo favorito, pues no puede darse con exactitud otro nombre al sentimiento que le impulsaba hácia un jóven, que aunque apenas conocido, habíase hecho ya necesario. Este jóven era Mr. Decazes.

XXVII.

Luis XVIII, como todos los príncipes nacidos cerca del trono, y educados en la molicie y en las etiquetas de la córte que separaban al hombre del rudo contacto de la vida comun, tenia algo de afeminado en su carácter. La virilidad de sentimiento que las enfermedades robaban á su cuerpo, se echaba de menos en su alma. En vez de ostentarse en él el lujo de fuerza de las grandes naturalezas respecto al amor, en su corazon solo existia respecto á la amistad. Así es, que sus amistades por efecto de su concentracion y de su fidelidad, tocaban muy fácilmente en la pasion y hasta en el favoritismo, adquiriendo mayor honra á causa de su constancia.

Ademas de algunas mugeres cuya amistad habia cultivado en su juventud, mas bien que su cariño, y entre otras la marquesa de Balby, muger que brillaba mas por su ingenio deslumbrador que por su hermosura, monsieur d'Avaray y Mr. de Blacas presentan un ejemplo de aquella obstinacion en sus amistades. Mr. d'Avaray, que justificaba aquel afecto por su donaire y por su dulce carácter; Mr. de Blacas, que lo justificaba asimismo por su fidelidad, habíanle sido arrebatados, el uno por la muerte, el otro por su impopularidad, á la cual habia sido preciso sacrificarlo á menos de no renunciar al trono.

Mad. de Balby, aunque ya entrada en años, vivia todavía, pero resentimientos muy graves, nacidos en la emigracion, parecian haberla alejado para siempre de la córte y del corazon del rey. No tenia, pues, el monarca ninguna amistad doméstica en aquel palacio, en que en otros tiempos se habia esplayado su alma y su espíritu con sus amados confidentes, ya respecto á sus penas, á sus ambiciones políticas ó á sus trabajos literarios. A él no le era dado tampoco hallar en los individuos de su familia que le rodeaban esas amistades, esas seguridades de confianza, esa dulce espansion que en los demas, porque se creia, como en efecto así lo era, muy superior en talento y en toda clase de miras á todos ellos.

Amaba mucho á su sobrina, la duquesa de Angulema, pero ella era fria, reservada, retraida y educada en ese horror, tan natural en la hija de tan caras víctimas, contra aquellos pactos y aquellas transacciones con la revolucion y con los hombres de la revolucion que el rey se veia precisado á sancionar y á sufrir por la política. Su presencia era para él á veces una muda acusacion, sobre todo desde que Mr. de Talleyrand y Fouché formaban parte de sus consejos. No puede amarse por largo tiempo aquello que se teme.

Su sobrino el duque de Angulema le agradaba mucho mas por su modesta gravedad, por su actitud de respetuoso discípulo de su prudencia en el reinado, y por su genio dulce y obediente. Aquel era, como él solia decir, su Germánico. Pero el talento del duque de Angulema, menos elevado que su alma, era era muy inferior al de su tio para que el rey pudiese encontrar en su sobrino una sociedad agradable y amena.

El duque de Berry, otro de sus sobrinos, era de carácter vivo y decidido; pero ligero, brusco y llevado de los placeres, por efecto de la pasion propia de su edad y de la ociosidad de su vida. El rey le dejaba abandonarse á sus gustos por la milicia, y á los caprichos de su corazon. Aquel, como decia, formaba el Alcibiades de su dinastía, y así le dejaba entregado á la admiracion y á la malignidad de la juventud.

Los príncipes de la casa de Condé eran ya de mas edad ó enteramente nulos, y solo vivian relegados entre algunos viejos y algunas señoras en su córte póstuma, y en sus cacerías y en sus festines de Chantilly.

El duque de Orleans era el único que hubiera podido tener mas conformidad de ideas, mas igualdad de espíritu con el rey, y mas atractivo por sus opiniones; pero era para la casa real un recuerdo vivo de su padre, que tan funesto habia sido para la familia de Luis XVI, y ademas, habia sospechas de que acariciaba en su interior la esperanza de una usurpacion personal. No es fácil, pues, amar un rival, ni puede haber confianza con un competidor á la corona. El duque de Orleans habia sido perdonado, colmado de gracias, de favores y de riquezas, pero se le mantenia siempre á cierta distancia de la córte, tanto en interés de su propia popularidad como por prudencia política del rey.

XXVIII.

Quedaba solo el conde de Artois, hermano y sucesor eventual de Luis XVIII en el trono, á quien el rey queria, á pesar de su inferioridad de inteligencia, y quizá por esta inferioridad misma que le hacia poco temible para él. El parentesco habia creado entre ellos cierta amistad, y seguro el monarca del corazon de aquel hermano que habia compartido con él sus destierros y sus malos tiempos, veia en él un testigo de sus primeros esplendores, un recuerdo vivo de la antigua córte, y un compañero de sus adversidades; pero él no conservaba con el conde de Artois mas que aquellos vínculos de sangre, de corazon, de comunidad, de fortuna. Las opiniones separaban á ambos hermanos; si es que puede llamarse opinion en el conde de Artois ciertos hábitos de espíritu, creados en la cuna, sostenidos por la preocupacion de la primera juventud, conservados despues en la edad madura por el frecuente y esclusivo trato con ciertos desterrados de la nobleza y de la iglesia, enemigos irreconciliables de las nuevas ideas, y trasladados desde el destierro á palacio para ser esplotados por todos los aduladores de antigüedades y por todos los forjadores de intrigas.

XXIX.

Aunque aquel príncipe, despues de su regreso de Gante, no habia manifestado sus quejas en Arnouville de una manera muy decidida contra la humillacion de Luis XVIII, ni contra la necesidad de Fouché, apenas el monarca volvió á instalarse en las Tullerías, rodeóse de nuevo de agentes realistas, recobrando todo su vigor la sorda oposicion al gobierno de su hermano, que hacia de él el consuelo de la antigua córte, la esperanza de los ambiciosos, de la aristocracia ó de la iglesia, y el instrumento involuntario de los hombres indiferentes á ambas causas pero que le adulaban pora engrandecerse.

El ala derecha del castillo de las Tullerías, llamada comunmente el pabellon Marsan, era la habitacion del conde de Artois, y el centro al mismo tiempo de aquella pequeña córte emigrada en medio del pais de la revolucion. El hombre político de aquella faccion intestina de palacio era de nuevo Mr. de Vitrolles, el mismo que en 1814 sirvió para hacer llegar hasta el conde de Artois las palabras de Mr. de Talleyrand. Habíase ocupado despues con mas celo que utilidad efectiva en anudar los hilos de algunas inteligencias entre los bonapartistas desafectos, los diplomáticos estrangeros y el príncipe en favor de una restauracion que no dependia inmediatamente del éxito de aquellas intrigas, sino mas bien de la derrota ó del triunfo de Napoleon. Despues de Waterloo habia vuelto otra vez á insinuarse en las confidencias de Fouché, y él fué el negociador oficial ú oficioso de las

proposiciones preliminares hechas por aquel ministro al rey y á los príncipes. Aquel último servicio pareció darle un nuevo título á la confianza y al reconocimiento del conde de Artois. Mr. de Vitrolles no tenia evidentemente otra política que su genio audaz y entremetido, y su celo realista; porque él fué el primero que mezcló la causa de la monarquía pura en la intriga llena de concesiones constitucionales del partido de Mr. de Talleyrand, cuyo agente voluntario habia sido en 1814, y él mismo acababa tambien de mezclar en 1815 la causa de la monarquía pura en la intriga llena de concesiones revolucionarias y de compromisos con el gabinete de Fouché, cuyas confidencias habia tambien recibido, llevado y manejado.

Pero Mr. de Vitrolles tenia sobre todos aquellos hombres de otra época que rodeaban al conde de Artois en el pabellon Marsan, la ventaja que lleva en sí un hombre jóven, activo, que habia permanecido en Francia y se habia mezclado en todo, sobre unas personas estrañas, que no saben donde apoyarse en un pais político desconocido. El príncipe tenia necesidad de servirse de él para todo en aquellas tinieblas del mundo revolucionario, cuyas tinieblas tenia la pretension de atravesar con su vista. Apenas Mr. de Talleyrand y Fouché reinaron solos en el gabinete formado por el rey en Arnouville, aquella camarilla del conde de Artois, que estaba relegada á la inaccion, y poco satisfecha de su emulacion política, conspiró contra el ministerio, empezando á urdir planes políticos, y á designar otros ministerios, con los cuales aquel partido de hombres antiguos ó modernos, pero intrigantes todos, se proponian, como él decia, salvar la monarquía contra el rey.

XXX.

Los hombres principales de aquella oposicion naciente de palacio, cuyo primer móvil era Mr. de Vitrolles, contaban entre ellos en aquella especie de córte á Mr. d'Ambray, canciller sin ejercicio en 1814; á Mr. Ferrand, reputacion facticia creada por el realismo para que apareciese como un publicista dedicado á su servicio, aunque ya en otro tiempo Bonaparte le habia tenido á su devocion igualmente para aprovecharse de sus principios de despotismo religioso.

Mr. de Fontanes, hombre mas ilustrado pero deseoso de hacerse perdonar sus debilidades en favor del emperador en fuerza de la pureza y del ardimiento de su realismo.

El duque de Levis, procedente de la antigua córte, hombre honrado, delicado, estudioso, aficionado á las letras, pero de una constitucion muy poco á propósito para llevar el peso de la política.

Mr. Bourrienne, trásfuga ingenioso del gabinete del emperador al de los príncipes, un enemigo que tenia todo el celo desesperado, propio de los trásfugas.

Mr. Alixis de Noailles, jóven de gran renombre, de un ánimo generoso, de una actividad que igualaba á su celo, que se habia distinguido por la temeridad de su fé contra las persecuciones de la iglesia y de su pontífice por el emperador, y que se habia lanzado de los primeros y con las armas en la mano en 1814 á defender al conde de Artois y la monarquía de sus padres.

Finalmente, Mr. de Chateaubriand, que habia regresado de Gante descontento, que se tenia por su genio al nivel de los principales hombres políticos, que en la ambicion no desdeñaba la fortuna y que estaba separado de

los negocios por el horror que se habia atrevido á manifestar contra Fouché, por la indiferencia de Mr. de Talleyrand y por la instintiva repulsion de Luis XVIII, que no le queria. Los príncipes, en su grandeza convencional, son siempre celosos, sin saberlo ellos mismos, de los hombres de genio que son grandes por naturaleza. No puede, pues, hallarse otro motivo para aquella aversion de Luis XVIII hácia Mr. de Chateaubriand, que habia llevado su decision por aquel príncipe hasta calumniar á Bonaparte, y que solo pedia dedicarse á él con toda su fé y todas sus ambiciones de renombre y de poder.

XXXI.

En aquel mismo campo de oposicion, hallábanse tambien algunos otros hombres de mas inferior reputacion, tales como Mr. Laborie, colega y amigo de Mres. Bertin en el *Diario de los Debates*, hombre universal para concentrar una intriga y para reunir los hilos con que debe anudarse.

Mr. de La Maison-fort espíritu ligero aunque brillante, que sabia á veces hacer uso de la gravedad, y del cual se sospechaba haber intrigado en la emigracion y á presencia del mismo Luis XVIII, con Fauche-Borel y otros agentes oficiosos de supuestas negociaciones, con el fin de adquirir importancia. Este hombre se habia despues confiado al conde de Artois que era mucho mas crédulo y se rodeaba mas de mediadores. Escribió en 1814 un folleto realista que habia disputado con el de Mr. de Chateaubriand el entusiasmo de los amigos de los Borbones. Habiendo regresado á Francia con los príncipes y siendo desconocido para los hombres de la época, era tenido por un oráculo en política, cuando solo era un espíritu travieso, un cortesano de tiempo de Cárlos II.

Mres. de Polignac, educados en la córte del conde de Artois, recuerdos vivos de su juventud, hombres de honor y decididos hasta el fanatismo, aunque demasiado jóvenes todavía para poder prejuzgar su importancia política; Mr. de Juigué, Mr. de Bruges, Mr. de Boisgelin; mas ninguno de los hombres de aquel círculo ni de aquellas opiniones, estaba destinado á ser el favorito de Luis XVIII, á quien pudiese aquel rey hacer partícipe de su política, de sus ideas y de su corazon. La casualidad fué empero la encargada de presentárselo.

XXXII.

Tenemos ya referido que la víspera de la entrada del rey en París, el consejo de ministros, deseando encontrar un prefecto de policía que reuniese la osadía á la inteligencia y con quien pudiese contarse para disolver las Cámaras, para acallar los rumores del pueblo, y para librar de peligros el tránsito de Luis XVIII desde Arnouville á las Tullerías, habia nombrado para aquel cargo á Mr. Decazes. Tambien dijimos á su tiempo con cuánto ardor y resolucion habia aquel jóven solicitado de Fouché, su gefe superior en el ramo de policía, el honor y la responsabilidad de aquellas empresas. A contar, pues, desde aquel dia, Mr. Decazes habia redoblado su celo, ilustrado al gobierno, derrotado los restos de las facciones, merecido bien del ministerio y mucho mas del rey y de los realistas.

El prefecto de policía, por la índole subordinada, aunque importante, de sus funciones, no veia al rey diariamente, sino que dando cuenta de sus trabajos al ministro de Policía, éste lo hacia á su vez al rey en el consejo. Mas habiendo ocurrido una tentativa imaginaria de envenenamiento del emperador Alejandro que puso en alar-

ma por un momento á sus ayudantes de campo, tuvo precision Mr. Decazes, como director de policía, de profundizar aquel suceso á fin de hacer ver la puerilidad en que se fundaba; y el rey, inquieto por los rumores que con motivo de aquel acontecimiento circulaban por París, y deseando hacer ver al emperador Alejandro toda la solicitud que él tomaba por la seguridad de tan augusto huésped, hizo llamar á Mr. Decazes á su presencia á fin de escuchar de su boca los pormenores de aquel suceso.

La figura del jóven prefecto, su aspecto á la vez tímido y diligente, su elocucion fina y elegante, el sonido de su voz penetrante al par que respetuosa llamaron desde luego la atencion del rey, que hizo por prolongar la audiencia todo lo posible á fin de que durase mas tiempo aquella conversacion, y poder mientras tanto estudiar á aquel hombre. En una palabra, Mr. Decazes le agradaba al rey, y ya se sabe que agradar á los reyes es lo mismo que reinar pronto en su nombre. La aficion es la última razon del favor de los príncipes. Por lo demas, aquella impresion estaba suficientemente justificada por las dotes que adornaban al candidato.

XXXIII.

Mr. Decazes era hijo de un magistrado de Libourna en el departamento de la Gironda, comarca de la Francia que produce mas que otra alguna esas fortunas inesperadas, esas elevaciones rápidas, frutos de la osada ambicion, de la aptitud meridional y de esa insinuante flexibilidad de carácter que resalta en los habitantes de aquellas poblaciones que beben las aguas de los Pirineos. El poseia toda la gracia y despejo propios de aquella raza que vemos reproducirse por todas partes en nuestra historia, en nuestros campos, en nuestras córtes, en nuestros ministerios, en nuestras asambleas públicas desde Enrique IV hasta Murat ó hasta Barrere, fiel á su propósito, versátil como la misma suerte, sobrenadando como los objetos ligeros á todos los naufragios de los gobiernes, raza aventurera de la Francia. La Gironda, el Garona, el Lot, parece que la comunican algo de la movilidad y de la precipitacion de sus ondas.

Destinado por su padre á los mas humildes oficios de su provincia, Mr. Decazes vino á París hácia los últimos años del imperio, donde hizo sus estudios de derecho, logrando al fin por medio de algunas recomendaciones entrar de escribiente en las oficinas del ministerio de Justicia. Unos cuantos años despues, Mr. Muraire, primer presidente del tribunal de Casacion, le concedió la mano de su hija con quien sostenia relaciones el jóven legista. Aquel matrimonio fué sin duda el que le abrió las puertas del favor, pues al poco tiempo fué nombrado juez de uno de los tribunales inferiores de París; despues entró de secretario de órdenes de la madre del emperador Napoleon á las inmediaciones de la córte imperial; de aquel puesto pasó, con el mismo título, á la córte mas iniciada en los negocios y en las intrigas del palacio del rey de Holanda y de la reina Hortensia, llamando siempre la atencion de los hombres, apareciendo agradable á los ojos de las mugeres y siendo bien recibido siempre en cualquier parte donde era introducido.

Una muerte prematura habiale arrebatado á su primera muger, por cuya pérdida dió las mayores muestras de dolor haciendo alarde de una fidelidad apasionada á su memoria y á su familia que le valió en el mundo político una justa celebridad por sus sentimientos. Siguió durante algunos años y bajo los auspicios de su suegro, su doble carrera de la magistratura y de la córte, pero su fortuna se interrumpió en 1814, al caer sus pretores desde las gradas del trono. Volvióse, pues, con todo el Mediodía hácia los nuevos príncipes, y habiendo presentado á

Luis XVIII las diputaciones de su departamento y dirigídole al mismo tiempo una arenga en nombre de su ciudad natal, recibió como premio de su celo y decision una condecoracion de mano del mismo rey. Pero confundido entre el gran número de presentaciones fugitivas que asediaban el palacio, fué recompensado sin reparar siquiera en él.

XXXIV.

El regreso de Napoleon de la isla de Elba no causó ilusion alguna en su conciencia ni en su precoz corazon, viendo solo en aquel paso un atentado y una demencia. Tomó las armas como decidido ciudadano al frente de los jóvenes estudiantes de las escuelas de Paris, y propuso al gobierno un levantamiento en masa de jóvenes voluntarios para oponer los hijos de la patria contra los pretorianos de la isla de Elba. Despues de la entrada de Bonaparte en Paris él solo fué el que se opuso en una reunion celebrada con sus colegas del tribunal, á la proposicion que hizo el presidente de ir á rendir homenage y á prestar el juramento de fidelidad al vencedor.

«Jamás me han enseñado mis maestros ni yo he aprendido en ninguna parte que la legitimidad del poder sea el premio del corso.» Aquella palabra de mal ejemplo para las córtes, llegó á oidos del emperador, que le hizo salir desterrado á cuarenta leguas de Paris, mas el jóven proscrito lejos de obedecer, corrió á Burdeos, se asoció á las valientes protestas de Mr. Lainé, reanimó durante los cien dias y acompañado de aquel ciudadano de una virtud verdaderamente antigua, el fuego de la independencia en los ánimos y la fidelidad al rey legítimo por toda aquella parte del Mediodía. Semejante valor cívico, tan raro á la sazon, y tan desinteresada fidelidad al derecho

le fueron de mas provecho que podria haberle sido la versatilidad y la ambicion. Al volver Luis XVIII de su destierro, se buscaban hombres nuevos y al mismo tiempo decididos y se acordaron de su nombre y de sus hechos. Ya hemos visto de qué manera hizo la casualidad que Mr. de Talleyrand y Fouché, dieran con él.

XXXV.

Mr. Decazes tendria entonces treinta y cinco años y parecia diez años mas jóven que sus demas contemporáneos. Su elevada estatura, la elegancia de su porte, el altivo ademan de su cabeza, la natural nobleza de su aspecto, tenia mas de diplomático ó de militar que de magistrado. Su frente dilatada, sus cabellos de un rubio claro, sus ojos azules y brillantes, su boca cuya sonrisa disminuia la severidad de los lábios, el óvalo un poco prolongado de su rostro, la tez ligeramente afeminada del hombre de estudio realzada por el sonrosado de la sangre del Mediodía, un conjunto general de todas estas facciones y de todas estas tintas que no era fácil contemplar sin sentirse impresionado y conmovido, hacian de Mr. Decazes en aquella época de su vida, el vivo retrato del favorito predestinado por la naturaleza para ocupar toda la atencion de una córte; un Cinq-Mars ó un Leicester, segun fuese necesario encadenar el corazon de una reina ó fascinar el ánimo de un rey.

Su corazon y su cabeza correspondian á aquellos síntomas, por los cuales la naturaleza rara vez engaña á los ojos. El era rendido, fiel, decidido, capaz de toda clase de afecciones generosas del alma, incapaz de traiciones ó de bajezas, algo propenso á la adulacion, pero mas bien por entusiasmo que por interés; y sabia hacer ilusion á sí mismo acerca del carácter y virtudes de sus protectores á

fin de justificar á sus propios ojos sus adoraciones. Cortesano por naturaleza mas no por servilismo, y tanto mas á propósito para agradar, cuanto que se le agradaba fácil y sinceramente á él mismo.

Su inteligencia, sin que se elevase por entonces al genio de los negocios, tenia esa especie de exactitud ó precision que es el instinto de las situaciones y el gran camino de los hombres de estado. En política era mas lo que sentia que lo que inventaba. Como hombre nuevo y deseoso de servir á una causa antigua, comprendia á la Francia por su propia disposicion de espíritu. Hacer aceptar al rey la nueva Francia y que esta aceptase á á aquel, he aquí toda la restauracion segun lo indicaba el buen sentido y segun tambien Mr. Decazes; contrarevolucion si el rey no aceptaba la Francia, revolucion si la Francia no aceptaba al rey. Dos abismos trazaban el camino, y ni habia necesidad de una gran superioridad para distinguirlo ni de una alta iniciativa de ideas para seguirlo. Bastaba solo para el caso la prudencia y la moderacion. La buena voluntad era todo el genio necesario para emprender una obra semejante y en tales momentos.

Hacia falta ademas una adhesion personal esclusiva, inflexible, hácia el rey que era solo el que en su palacio comprendia aquella política, y era preciso tambien una aptitud á propósito para el manejo de los hombres, á fin de rechazar á los fanáticos de la Francia antigua sin enagenarlos demasiado al rey, y de atraer á las capacidades de la Francia nueva sin entregarles demasiado la restauracion, á la cual no tenian la suficiente aficion para que fuese posible ponerla en sus manos con seguridad para el monarca. Mr. Decazes era capaz de estas tres diplomacias del reinado. Ningun vínculo le unia á lo pasado y toda su suerte podia concentrarse en el corazon del príncipe que se le adhiriese. No tenia ningun fanatismo de revolucion ó de contrarevolucion que fuese bastante á suscitar dificultades en su ánimo y á impedirle el doblegarse á las sinuosidades de la gran rutina de los gobiernos. Contaba con bastante franqueza para inspirar confianza á los hombres de ambos partidos, bastante astucia para adivinar sus ambiciones, á través de sus principios, con bastantes elementos para seducirlos y con bastante firmeza de carácter para retenerlos despues de haberlos seducido.

Nadie quizá mas que él era capaz, asi por sus buenas cualidades como por sus debilidades, de formar con todos aquellos restos de partidos que se hallaban esparcidos por la Francia, un partido personal al rey y á la vez contrario á su familia, á sus amigos, y hasta á sus enemigos. No tenia una elocuencia distinguida, pero se espresaba bastante bien; comprendia todavía mejor, y sobre todo trabajaba de una manera admirable. Infatigable para el trabajo, para la intriga política, para la sociedad, para el placer, siempre que la sociedad y el placer entrasen como medios de gobierno, sostenia relaciones con todos los campos que podian servir para reclutar el del rey. Demasiado nuevo todavía para inspirar recelos á las grandes ambiciones de la córte, y harto relacionado con las cosas del imperio y de la revolucion para hacerse sospechoso á los bonapartistas y á los constitucionales convertidos á la restauracion, reunia á todos aquellos dones de la naturaleaa, del nacimiento y de las circunstancias, una aficion por las letras y una universalidad de conversacion que correspondia perfectamente con los gustos sedentarios y literarios del rey. Finalmente era jóven, y aquel príncipe queria mas bien un alumno en su intimidad que un ministro. La casualidad habia servido mucho mejor que la eleccion al pr ncipe y al futuro favorito en aquel primer encuentro que habia de ser la base de su recíproca adhesion. Se ve, pues, que el corazon tiene tambien sus destinos y sus influencias en la política y hasta en el interior de los palacios de los reyes y en el secreto de las córtes.

XXXVI.

El rey, despues de haber sostenido largo tiempo la conversacion del jóven acerca de las circunstancias del tiempo, le dijo: «Mucho me satisface el tener un prefecto de policía tan inteligente y de tanta confianza; vendreis por lo tanto en adelante á darme cuenta personalmente en mi gabinete de cuantos sucesos importantes ocurran en mi capital.» Mr. Decazes pareció declinar modestamente aquel inusitado favor, con el objeto sin duda de que el rey lo pronunciase de una manera mas terminante, y al efecto le hizo presente que él habia recibido por medio de Mr. de Vitrolles y en nombre del rey y del conde de Artois, la órden para que trasmitiese por escrito á la córte los informes de policía que dirigiese desde luego á Fouché, y que aquella comunicacion, motivada sin duda en los recelos que el carácter de Fouché inspiraba á la córte, debia bastarle al rey. «No, replicó vivamente el príncipe, que tanto desconfiaba de la mediacion de su hermano como de la de Fouché, no, os lo repito; nada de intermediarios en adelante entre vos y yo; cuando tengais que hacerme saber algun negocio grave, venid, que yo os recibiré.»

En seguida y reteniéndole aun despues de terminados los asuntos, se informó con cariñosa curiosidad de su nombre, de su patria, de su familia y de sus antecedentes, pareciendo interesarse mucho en todo lo que pertenecia á su interlocutor. Empleó toda clase de seducciones para conquistarle, hizo uso de su talento, echó mano de su memoria, insinuó algo de su política y le abrió por fin su corazon. El rey, en una palabra, buscaba un amigo. «¿Os he visto acaso en alguna otra ocasion? dijo el rey á Mr. Decazes, yo creo que no, porque vuestra figura y

vuestra voz me hubieran llamado la atencion.— Si señor, repuso el prefecto de policía, he tenido el honor de presentaros en 1814 á los delegados de mi departamento y aun de dirigir la palabra en su nombre á V. M.—Es cosa rara, le contestó el rey; pero es verdad que entonces veia tanta gente, que no conservo nada en mi memoria. Volved, volved á menudo por aqui que tendré gusto en veros.» El príncipe habia presentido un sustituto de Mr. d'Avaray en su corazon, y su política estaba de acuerdo con sus gustos. Hacíale falta un hombre para sí.

XXXVII.

Fouché estaba alarmado y parecia complacerse en alarmar tambien diariamente al rey con los informes exagerados ó siniestros que leia en el consejo, que ponia en manos del mismo monarca, y que ademas dejaba deslealmente traspirar en el público por medio de supuestas indiscreciones, como para advertir á la opinion de la parte esterior que le apoyase con un alarde de popularidad en lo interior; ratera y vil maniobra copiada de la carta del ministro Roland á Luis XVI en 1792.

«El momento se acerca, decia, el espíritu nacional ha tomado ya esta terrible direccion; se forma una fusion entre los mas opuestos partidos, y hasta la Vendée confunde sus banderas con las del ejército. En tal esceso de calamidad, ¿qué otro partido queda ya á V. M. mas que el de alejarse? Los magistrados abandonarán por sí solos sus funciones, y los ejércitos estrangeros tendrán que habérselas entonces con individuos libres de todos los lazos sociales. Un pueblo de treinta millones de habitantes podrá quizá desaparecer de la tierra; mas en esa guerra de hombre á hombre, mas de una tumba habrá de dar cábi-

da, confundidos los unos con los otros, á los opresores al mismo tiempo que á los oprimidos!

»Las desgracias de la Francia han llegado á su colmo; por todas partes se arruina, se devasta, se destruye como si para nosotros no hubiera ya paz ni arreglo alguno posible. Los habitantes emprenden la fuga ante los soldados indisciplinados, y los bosques se ven poblados de desdichados que van á buscar en ellos su último asilo. Las mieses se agostan en los campos, y muy pronto la desesperacion no escuchará la voz de ninguna autoridad, contribuyendo á que esta guerra emprendida para asegurar el triunfo de la justicia, iguale en barbarie á aquellas célebres invasiones que la historia nos recuerda siempre con horror.»

XXXVIII.

Mientras que Fouché se ocupa en conmover de esta manera la opinion, Mr. de Talleyrand perdia terreno y vacilaba en el ministerio, el conde de Artois murmuraba, y el Mediodía, las provincias del Oeste, y hasta los mismos estrangeros, pedian venganza contra los bonapartistas, autores de tantos desastres y calamidades, el pueblo oprimido por setecientos mil soldados, gemia sin poder acusar á nadie mas que á sí mismo de las consecuencias de su debilidad cuando el regreso de Napoleon. El ejército antiguo se estaba disolviendo al otro lado del Loira; los oficiales enviados con medio sueldo á sus provincias, llevaban en pos de sí al volver á sus hogares, la imprecacion contra el vencedor, los resentimientos de su perdida importancia, las amarguras de su presente medianía en las familias rurales, comparada con su omnipotencia como militares en tiempo del imperio, que les entregaba, como despojos los ascensos, como dotacion la Francia y

la Europa. Nada, pues, tenia de estraño que se uniesen por medio de una coalicion, sino natural impulsada por las circunstancias, con los constitucionales y los amigos de la revolucion y de la libertad, convertidos en enemigos de los Borbones.

Los estrangeros imponian á la corona condiciones inaceptables, las reacciones populares de los realistas y de los católicos del Mediodía, vengaban vergonzosamente en la sangre de los bonapartistas y de los protestantes las injurias y los ultrajes de que ellos mismos habian sido objeto pocos meses antes, por parte de aquellas facciones ó de aquellos cultos enemigos. Un clamor que se iba aumentando por momentos hasta llegar al fanatismo acusaba por boca de los realistas y por medio de la pluma del mismo Mr. de Chateaubriand, la longanimidad y la falta de energía del rey que rehusaba acceder á la espiacion del atentado del 20 de marzo.

Las elecciones, que tuvieron lugar bajo el influjo de aquella desesperacion de la nacion y de aquel arranque de cólera contra los autores de las recientes calamidades del pais, alejaban en todas partes á los hombres moderados, contando solo con los de opiniones mas exageradas, como si en los males públicos, la pasion y el furor fuese el genio desesperado de los pueblos.

Aquellas elecciones amenazaban al rey en la independencia de su política, prometiéndose hacer de él el rey de un partido en lugar del príncipe pacificador de la Francia. El rey por su parte esperaba encontrar en el emperador Alejandro, que se hallaba quejoso de Mr. de Talleyrand, desde el consejo de Viena por su tratado secreto con la Inglaterra y con el Austria, un apoyo contra las exigencias de los coaligados, y en el duque de Richelieu, amigo de aquel soberano, quien reemplazase á Mr. de Talleyrand con mejor éxito que este ministro. Presentaba ademas en Mr. Decazes al sucesor de Fouché, arrancando la policía de las manos de aquel hombre sos-

pechoso, y encontrando asi otro Blacas tan acepto á su corazon y menos impopular que el primero.

Meditaba, pues, en silencio, la recomposicion de su ministerio, y decia al oido de sus mas íntimos confidentes: «Hasta el dia, Mr. de Talleyrand ha llevado sobre mí las ventajas que los mismos acontecimientos han venido á darle, y que yo, como rey hábil, he sabido reconocer y tolerar en él; mas su mala maña y su inercia hacen al presente que yo me apodere de esas ventajas. Le tengo preparada la revancha, y voy yo á mi vez á gobernar tambien.»

XXXIX.

Pero antes de separar de su lado á Fouché y á monsieur de Talleyrand, (los proscritos como ellos se llamaban), quiso que descansase sobre sus hombros toda la odiosidad de las primeras represalias que el público clamor de su córte y su propia política le imponian. La opinion indignada designaba, con mas ó menos razon, á ciertos hombres como autores ó fautores principales del regreso de Bonaparte, del a espulsion de los Borbones, y de todos los desastres, en fin, que afligian á la vez al trono y á la patría. Las espontáneas sublevaciones de Marsella, de Nimes y otras varias ciudades del Mediodía; los asesinatos cometidos sin prévia formacion de causa, escogiendo las víctimas al acaso y sustituyendo á los trámites legales las mas sanguinarias venganzas personales; el frenesí que se habia apoderado de los diarios realistas para pedir venganza como puede pedirse honor y seguridad; las repetidas quejas de la camarilla del conde de Artois que cada dia iban haciéndose mas imperiosas por la autoridad de la familia; todo parecia indicar al rey que no debia esperar á la reunion de las

Cámaras para dar satisfaccion á la cólera de los unos y á la prudencia de los otros, para recurrir por razon de Estado á un rigor aparente y de alejar algunas cabezas por medio de una proscricion arbitraria y temporal mas no sangrienta, á fin de evitar que mas adelante cayesen bajo la espada de la justicia ó de la pasion del partido realista.

«¿La clemencia no tiene tambien por ventura sus límites? esclamaban en Francia y en el estrangero los publicistas mas decididos por la espiacion. ¿No es cierto que existen crímenes que el interés mismo de la Francia y de la Europa no puede permitir que queden impunes? Será preciso que la lealtad y la fidelidad sean las únicas que tengan que sufrir las consecuencias de los desastres provocados por la traicion? ¿Acaso la firmeza y la severidad están reconocidos como crímenes? Un juez que absuelve á los culpables se condena á sí mismo... ¡Cuánta sangre y cuántos tesoros no ha costado por ventura á la Europa una magnanimidad mal entendida!»

Por fin se decretó en el consejo una doble proscripcion; una que comprenderia á todos aquellos hombres mas notoriamente culpables, los cuales serian detenidos y entregados á un consejo de guerra, y la otra á los reputados como peligrosos, á quienes se impondria el destierro. Fouché fué el encargado en su calidad de ministro de la Policía, de la formacion de aquellas tablas de proscricion que debian ser presentadas al consejo del rey para ser revisadas y añadir y quitar nombres segun el odio ó el favor que disfrutasen en la córte. Aquel hombre tuvo entonces una ocasion digna y decorosa de retirarse llevando consigo, al menos, el pudor de su propio nombre y negándose á proscribir á aquellos mismos á quienes él habia provocado ó seguido en la complicidad de los Cien Dias, y á los cuales tantas veces habia prometido la amnistía. Mas lejos de hacerlo asi, la ambicion que le habia hecho aceptar como una gloria las aparien-

cias de la traicion, le hizo aceptar tambien como una necesidad el papel de acusador de sus propios cómplices. Habíase ademas convencido de que ya no le era posible retroceder, y que no le quedaba mas asilo que el poder. Su pasado, que se le representaba por do quiera, le condenaba á no rehusar nada de cuanto le exigiesen los realistas; teniendo que elegir entre ser él el que los proscribiera ó ser él proscrito, eligió el primero de estos estremos.

XL.

Al dia siguiente presentó Fouché al consejo una lista de ciento diez nombres, designados una parte de ellos por la voz pública, y los otros elegidos de entre aquellos hombres cuya insignificancia ó la oscuridad de sus crímenes protegian contra el honor de la proscricion, siendo de notar que en aquella primera designacion no incurrió Fouché en debilidad alguna personal. Todos sus cómplices de los Cien Dias, bonapartistas, orleanistas, ministros, colegas, representantes de su partido, iguales y subalternos, generales, mariscales, agentes de su policía, ejecutores de sus órdenes, todos sin escepcion estaban incluidos en las listas, siendo de los primeros comprendidos en ellas Lanjuinais, Diesbach, Flauguergues, Carnot y Caulaincourt. El se habia ejecutado liberalmente á sí mismo. Solo su nombre era el que allí se echaba de menos.

El rey y los ministros aun tuvieron que rebajar algo de los rigores de Fouché, y eliminaron algunos nombres, cuya inocencia, ó el favor que disfrutaban, les hacia acreedores al perdon. Luis XVIII borró con su propia mano el nombre de Benjamin Constant, y el emperador Alejandro el de Caulaincourt. Por último, habiéndose

limitado la lista á solo los notoriamente comprometidos, vino á quedar reducida primero á 80 individuos, y finalmente á 37.

Durante aquel escrutinio, que se prolongó por espacio de varios dias, Fouché, autorizado por el rey y ademas llevado de su propia repugnancia á apoderarse de aquellos á quien habia designado, les hizo avisar del peligro que corrian y les proporcionó toda clase de recursos para facilitar su evasion, inclusas las sumas que necesitasen para permanecer en el estrangero. De 500 á 600,000 francos procedentes de los fondos de policía se invirtieron por él en socorrer á los que mas bien que proscribirlos, quiso salvarlos. Los mas obstinados ó los mas temerarios fueron los únicos que cayeron mas adelante en manos de los ejecutores de aquellas órdenes.

Unicamente la razon de Estado fué la que dictó la palabra proscricion, puesto que el verdadero objeto del consejo era solo el alejamiento de los proscritos á fin de dar una satisfaccion no á la venganza, sino al clamor público. El rey no queria hacer víctimas ni la Europa queria que se derramase mas sangre.

XLI.

El decreto de proscricion estaba redactado en estos términos:

«Deseando, para castigo de un atentado sin ejemplo, al mismo tiempo que graduar las penas convenientemente, limitarlas al menor número posible de culpables y conciliar el interés de nuestros pueblos, la dignidad de nuestra corona y la tranquilidad de la Europa con lo que es debido á la justicia y á la mas completa seguridad de todos los demas ciudadanos sin distincion alguna, hemos declarado y declaramos lo que sigue:

cias de la traicion, le hizo aceptar tambien como una necesidad el papel de acusador de sus propios cómplices. Habíase ademas convencido de que ya no le era posible retroceder, y que no le quedaba mas asilo que el poder. Su pasado, que se le representaba por do quiera, le condenaba á no rehusar nada de cuanto le exigiesen los realistas; teniendo que elegir entre ser él el que los proscribiera ó ser él proscrito, eligió el primero de estos estremos.

XL.

Al dia siguiente presentó Fouché al consejo una lista de ciento diez nombres, designados una parte de ellos por la voz pública, y los otros elegidos de entre aquellos hombres cuya insignificancia ó la oscuridad de sus crímenes protegian contra el honor de la proscricion, siendo de notar que en aquella primera designacion no incurrió Fouché en debilidad alguna personal. Todos sus cómplices de los Cien Dias, bonapartistas, orleanistas, ministros, colegas, representantes de su partido, iguales y subalternos, generales, mariscales, agentes de su policía, ejecutores de sus órdenes, todos sin escepcion estaban incluidos en las listas, siendo de los primeros comprendidos en ellas Lanjuinais, Diesbach, Flauguergues, Carnot y Caulaincourt. El se habia ejecutado liberalmente á sí mismo. Solo su nombre era el que allí se echaba de menos.

El rey y los ministros aun tuvieron que rebajar algo de los rigores de Fouché, y eliminaron algunos nombres, cuya inocencia, ó el favor que disfrutaban, les hacia acreedores al perdon. Luis XVIII borró con su propia mano el nombre de Benjamin Constant, y el emperador Alejandro el de Caulaincourt. Por último, habiéndose

limitado la lista á solo los notoriamente comprometidos, vino á quedar reducida primero á 80 individuos, y finalmente á 37.

Durante aquel escrutinio, que se prolongó por espacio de varios dias, Fouché, autorizado por el rey y ademas llevado de su propia repugnancia á apoderarse de aquellos á quien habia designado, les hizo avisar del peligro que corrian y les proporcionó toda clase de recursos para facilitar su evasion, inclusas las sumas que necesitasen para permanecer en el estrangero. De 500 á 600,000 francos procedentes de los fondos de policía se invirtieron por él en socorrer á los que mas bien que proscribirlos, quiso salvarlos. Los mas obstinados ó los mas temerarios fueron los únicos que cayeron mas adelante en manos de los ejecutores de aquellas órdenes.

Unicamente la razon de Estado fué la que dictó la palabra proscricion, puesto que el verdadero objeto del consejo era solo el alejamiento de los proscritos á fin de dar una satisfaccion no á la venganza, sino al clamor público. El rey no queria hacer víctimas ni la Europa queria que se derramase mas sangre.

XLI.

El decreto de proscricion estaba redactado en estos términos:

«Deseando, para castigo de un atentado sin ejemplo, al mismo tiempo que graduar las penas convenientemente, limitarlas al menor número posible de culpables y conciliar el interés de nuestros pueblos, la dignidad de nuestra corona y la tranquilidad de la Europa con lo que es debido á la justicia y á la mas completa seguridad de todos los demas ciudadanos sin distincion alguna, hemos declarado y declaramos lo que sigue:

«Artículo 1.° Los generales y oficiales que han hecho traicion al rey antes del 23 de marzo ó que han atacado á la Francia y al gobierno con las armas en la mano, y los que por la violencia se han apoderado del poder, serán reducidos á prision y conducidos ante los consejos de guerra de sus divisiones respectivas, á saber: Ney, Labedoyere, Lallemand el mayor, Lallemand el menor, Drouet d'Erlon, Lefebvre-Desnouettes, Ameil, Brayer, Gilly, Mouton Duvernet, Grouchy, Clausel, Laborde, Debelle, Bertrand, Drouot, Cambronne, Lavalette y Rovigo.

«Art. 2.° Los individuos cuyos nombres se espresan á continuacion, á saber: Soult, Alix, Excellmans, Bassano, Marbot, Félix Lepelletier, Boulay de la Meurthe, Mehee, Freissinet, Thibeaudeau, Carnot, Vandamme, Lamarque (el general) Lobau, Harel, Piré, Barrere, Arnault, Pommereul, Regnault de Sant-Jean d'Angely, Arrighi de Padone, Dejean hijo, Garrau, Real, Bouvier-Dumolard, Merlin (de Donai) Durback, Dirat, Defermon, Bory de Saint-Vincent, Félix Desportes, Garnier (de Saintes), Hullin, Mellinet, Cluys, Courtin, Forbin-Janson hijo mayor, y Lelorque d'Ideville, saldrán de la ciudad de Paris en el término de tres dias y se dirigirán al interior de la Francia á los puntos que les indique nuestro ministro de Policía y en los cuales permanecerán bajo su vigilancia hasta tanto que las Cámaras hayan decidido quienes de entre ellos deben ser estrañados del reino y quienes entregados á los tribunales.

«Art. 3.° Los individuos que sean condenados á salir del reino, tienen facultad de vender sus bienes y propiedades en el plazo de un año, de disponer de su producto y de sacarlo fuera de Francia y de percibir durante aquel tiempo sus rentas en el estrangero, prestando antes su conformidad al presente decreto.

«Art. 4.°. Las listas de todos los individuos á quienes pueden ser aplicables los artículos 1.° y 2.° quedan desde luego cerradas con las designaciones personales contenidas en los mismos artículos, y no podrán jamás hacerse estensivas á otras personas bajo ninguna causa ni pretesto, sino es en las formas y siguiendo las leyes constitucionales las cuales, no están espresamente derogadas sino es para este caso solamente.

«Firmado, Luis.»

«Por el rey.

«El ministro secretario de Estado en el departamento de la Policía.

«Duque de Otranto.»

XLII.

De este modo se inauguraba en Francia, á pesar del rey y del ministro, aunque sujetándolo todo á la revision de las Cámaras que iban á llegar ansiosas de venganza, la era de las proscripciones de 1815, concesiones funestas emanadas no del corazon sino de la debilidad del príncipe, que con voluntad y con deseos de ser clemente, aparecia sin embargo, severo y rigoroso. Luis XVIII no conoció lo bastante en aquellas circunstancias, su fuerza contra el estrangero, contra su propio partido y contra su hermano asi como tampoco la conoció en Arnouville al prostituir la autoridad real en manos de Fouché. El rey era el hombre necesario para la Europa, para la Francia, y hasta para los mismos realistas. Asi debió con efecto comprenderlo, y para demostrárselo á todos no le quedaba mas recurso que el de negarse á concesiones que le rebajaban como hombre sin comunicarle mayor fuerza como rey.

Al acceder al nombramiento de Fouché para que concluyese en París con la revolucion, su dignidad personal se habia rebajado á los ojos de los realistas; al ac-

ceder ahora á aquel principio de proscricion, tan á pesar de su partido y del estrangero, y precisamente en los primeros dias de su nuevo reinado, amenguaba tambien su popularidad de rey pacificador y de mediador á los ojos de la revolucion. Su carácter habíase doblegado por dos veces en el trascurso de unas cuantas semanas, poniendo de manifiesto para muchos partidos el secreto de su debilidad. Los realistas y los liberales iban á ir conduciéndolo sucesivamente mucho mas allá de donde él queria ir, por no haber sabido designar con la energía y resolucion que debiera el límite hasta donde le convenia sostener su carácter y su reinado, la dignidad de su raza, la imparcialidad de su inteligencia y el soberano arbitrage de su corazon entre los partidos. Una restauracion no puede ser otra cosa que una amnistía: el perdon no es solamente su virtud sino su ley.

LIBRO TREINTA Y UNO.

Murat.—Su fuga de Nápoles.—Su llegada á la isla de Ischia.—Su ayudante de campo el duque de Rocca-Romana.—Su salida para Francia.—Desembarca en Cannes.—Ofrece sus servicios al emperador.—Este los rehusa.—Terror en el Mediodía.—Murat abandona los alrededores de Tolon y se oculta.—Reclama un asilo á Luis XVIII.—Se le concede en Austria.—Tentativas de fuga.—Esta fracasa.—Aventuras.—Su retirada.—Sus peligros.—Se embarca para Córcega.—Peligros de la travesía.—Incidentes.—Es recogido en el mar—Su llegada á Córcega.—Se retira á la montaña.—Situacion política de la Córcega.—Murat recibe una intimacion del gobernador de la isla para que se presente ante él.—Lo rehusa.—El gobernador envia tropas con encargo de apoderarse de su persona y no lo consiguen.—Proyectos de Murat.—Sale para su espedicion con direccion á Nápoles.—Su marcha á Ajaccio.—Su entrada en aquella poblacion.—Llegada de Macerone.—Le remite el pasaporte del Austria.—Carta de Murat.—Su salida para Nápoles.—Travesía.—Deserción de sus buques.—Incidentes.—Desembarca en el puerto de Pizzo.—Intenta sublevar la poblacion.—Su arresto.—Sus ultimos momentos.—Su sentencia.—Su muerte.—Juicio acerca de su vida.

I.

Pero antes de pasar á referir los pormenores de aquella proscriciones, de aquellos asesinatos, de aquellas sentencias, de aquellos suplicios que iban á ser la consternacion del segundo regreso del rey, páginas siniestras que los amigos de la restauracion quisieran de buena gana poder arrancar de su historia, nos proponemos hablar de uno de sus mas ilustres proscritos, á quien el aconteci-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ceder ahora á aquel principio de proscricion, tan á pesar de su partido y del estrangero, y precisamente en los primeros dias de su nuevo reinado, amenguaba tambien su popularidad de rey pacificador y de mediador á los ojos de la revolucion. Su carácter habíase doblegado por dos veces en el trascurso de unas cuantas semanas, poniendo de manifiesto para muchos partidos el secreto de su debilidad. Los realistas y los liberales iban á ir conduciéndolo sucesivamente mucho mas allá de donde él queria ir, por no haber sabido designar con la energía y resolucion que debiera el límite hasta donde le convenia sostener su carácter y su reinado, la dignidad de su raza, la imparcialidad de su inteligencia y el soberano arbitrage de su corazon entre los partidos. Una restauracion no puede ser otra cosa que una amnistía: el perdon no es solamente su virtud sino su ley.

LIBRO TREINTA Y UNO.

Murat.—Su fuga de Nápoles.—Su llegada á la isla de Ischia.—Su ayudante de campo el duque de Rocca-Romana.—Su salida para Francia.—Desembarca en Cannes.—Ofrece sus servicios al emperador.—Este los rehusa.—Terror en el Mediodía.—Murat abandona los alrededores de Tolon y se oculta.—Reclama un asilo á Luis XVIII.—Se le concede en Austria.—Tentativas de fuga.—Esta fracasa.—Aventuras.—Su retirada.—Sus peligros.—Se embarca para Córcega.—Peligros de la travesía.—Incidentes.—Es recogido en el mar—Su llegada á Córcega.—Se retira á la montaña.—Situacion política de la Córcega.—Murat recibe una intimacion del gobernador de la isla para que se presente ante él.—Lo rehusa.—El gobernador envia tropas con encargo de apoderarse de su persona y no lo consiguen.—Proyectos de Murat.—Sale para su espedicion con direccion á Nápoles.—Su marcha á Ajaccio.—Su entrada en aquella poblacion.—Llegada de Macerone.—Le remite el pasaporte del Austria.—Carta de Murat.—Su salida para Nápoles.—Travesía.—Deserción de sus buques.—Incidentes.—Desembarca en el puerto de Pizzo.—Intenta sublevar la poblacion.—Su arresto.—Sus ultimos momentos.—Su sentencia.—Su muerte.—Juicio acerca de su vida.

I.

Pero antes de pasar á referir los pormenores de aquella proscriciones, de aquellos asesinatos, de aquellas sentencias, de aquellos suplicios que iban á ser la consternacion del segundo regreso del rey, páginas siniestras que los amigos de la restauracion quisieran de buena gana poder arrancar de su historia, nos proponemos hablar de uno de sus mas ilustres proscritos, á quien el aconteci-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

miento de los Cien Dias condujo á su ruina, y cuya fuga, asi como su tentativa y su muerte, sirvieron de inauguracion á aquel período de vicisitudes, de venganzas y de sangre. Aludimos á Murat. Su vida como la de Napoleon, no habia concluido con la primera caida de su trono y con el abandono de su reino á los Borbones de Nápoles. Parecia que era el destino de aquel satélite de Napoleon, elevarse con él, caer al propio tiempo que él, volver á elevarse á un tiempo mismo, y hacer despues que él la heróica parodia de un segundo reinado, mas no para volver como aquel desde alli al ostracismo, sino para ir á parar á la tumba.

II.

Nosotros le dejamos en los precedentes volúmenes de esta historia, vencido, abatido, arrancándose durante la noche de los brazos de su esposa, hermana de Napoleon, y de los de sus hijos que iban á emprender su fuga en un buque inglés, huyendo él mismo de su palacio acompañado solamente de dos fieles compañeros de infortunio, habiendo tenido que adoptar un disfraz, y buscar una barca de pescador en las costas ya invadidas de su propio reino, embarcándose á favor de las tinieblas de la noche en el cabo Miseno y dirigiendo su rumbo hácia la pequeña isla de Ischia, en donde á la sazon existia aun nominalmente su autoridad, si bien habia sido ya desarbolada su bandera.

A su llegada á la isla se cortó sus largos cabellos, por los cuales era conocido entre los hombres de su reino y de su campo, no queriendo descubrirse como quien era por el temor de que los habitantes de la isla no le entregasen á los austriacos, que habian entrado ya en Nápoles, ó á los Borbones, que estaban á punto de llegar,

para hacerse acreedores al premio señalado á la traicion, al entregar su cabeza á los enemigos. Unos cuantos de sus oficiales que mandaban en los fuertes de la isla fueron solo los que tuvieron noticia de su permanencia en ella, mientras él aguardaba á la ventura un medio para emprender su fuga con direccion á Francia.

Al dia siguiente por la mañana, paseando Murat con sus dos compañeros de infortunio por la desierta playa de la isla, entre la ciudad de Ischia y las paredes del jardin de uno de sus antiguos palacios de recreo, distinguió una falua que navegaba sin objeto entre el puerto y la playa, y que parecia, á juzgar por sus maniobras, no tener otro fin que hacerse notar y aguardar pasageros para dar un paseo por la mar. Murat quiso figurarse que aquella embarcacion, flotada por algunos amigos desconocidos, era quizá un socorro inesperado que le enviaba su fortuna. Hízole algunas señas que al instante fueron comprendidas por los oficiales que llevaba á su bordo, aproximándose en seguida el navío á la playa y enviando á tierra su lancha. Murat se precipitó al punto en ella con sus dos amigos, y á los pocos instantes ponia el pie en el puente de la falua recibiendo en sus brazos su ayudante de campo el duque de Rocca-Romana.

El duque de Rocca-Romana, á quien llamaban el Bayardo del ejército de Nápoles, tenia en su fisonomía y en su esterior de paladin, ese temple de carácter antiguo y obstinado para la amistad, que rara vez se encuentra en Italia, tan trabajada por su larga servidumbre, pero que en las almas donde se encuentra, ya sean nobles ó plebeyas, iguala á todo lo que la antigüedad ó la caballeria tenian de heróico y de sobrehumano. Tal era Rocca-Romana, digno por su rango de la córte de los Borbones, digno tambien por su valor á toda prueba de pelear al lado de Murat, y no menos digno por la fidelidad en el infortunio de su antiguo general de la estimacion de ambos partidos.

III.

El duque de Rocca-Romana, al saber por sus confidentes del campo y de palacio, que Murat habia tomado la direccion del cabo Miseno, conjeturó que el rey debia haberse refugiado en la isla de Ischia. Apresuróse entonces, de acuerdo con la duquesa de Conegliano, sobrina de Murat, á embarcarse en una falua calabresa perteneciente á uno de los arrendatarios de sus bienes, que se hallaba en aquellos momentos en el puerto de Nápoles, y se hizo á la vela para la isla á fin de buscar á la ventura á su señor, recogiéndole y salvándole á su bordo. Murat, Rocca-Romana, el coronel Bonafoux, el marqués Guiliano, y algunos otros servidores del rey emprendieron su rumbo hácia Tolon. El rey esperaba que Napoleon, todavía en Paris, le concederia su perdon, le permitiria volver á su lado, pelear como gefe ó como soldado en su caballería, y vindicar de este modo con su sangre sus ambiciosas infidelidades. Alentado con esta vaga esperanza, pero sin atreverse á adelantar hasta Paris sin el perdon que acababa de impetrar, desembarcó en Cannes, en la misma playa en que lo hizo Napoleon el 28 de mayo, como si hubiera querido ir poniendo sus plantas sobre las mismas huellas que dejó su cuñado. En seguida se alojó en los alrededores de Tolon, en una casa de campo del almirante Lallemand, llamada *Plaisance*, con el objeto de aguardar alli, guardando siempre el incógnito.

Desde alli escribió á Fouché, ministro de la Policía, que habia sido largo tiempo su huésped en Nápoles, y el confidente de todas sus cuestiones de familia y de política con el emperador. No pudo ciertamente elegir un negociador mas poderoso, y Fouché se prestó en efecto

con su natural cortesanía, á servir de intermediario y de agente para la reconciliacion de los dos cuñados. Aquel ministro queria á Murat y le creia útil al prestigio del ejército; mas á la primer palabra que él habló sobre este particular al emperador, éste con semblante sombrío y arrojando á Fouché una mirada que parecia querer decirle que la estancia de Murat en Tolon, que aparentaba ignorar, era ya de por sí una grande indulgencia, le contestó estas palabras: «¿Qué tratado de paz de que yo no tengo la menor noticia, se ha concluido por ventura entre el rey de Nápoles y la Francia?» Fouché no se atrevió á insistir sobre un sentimiento que podia muy bien trocarse en amenaza, y se limitó á informar á Murat de lo mal dispuesto que se encontraba su cuñado en favor suyo, aconsejándole que aguardase en la oscuridad á que la victoria trajese consigo la generosidad, ó á que los reveses de la suerte hiciesen resucitar la amistad en el corazon de Napoleon. Murat obedeció indignado de impaciencia y lleno su corazon de remordimientos y de dolor aumentados por la soledad y por la ociosidad en que le constituia su retiro.

IV.

Murat no despertó de aquel letargo sino al ruido que causó la catástrofe de Waterloo, la abdicacion y la fuga del emperador y el regreso de los Borbones, sus enemigos en París, á causa de los recuerdos, bien injustos por lo que á él hacia, de la ejecucion del duque de Enghien; sus enemigos tambien en Nápoles, á causa de la comunidad de sangre y de intereses. Las sublevaciones realistas de Marsella, los asesinatos del general Ramel en Tolosa, del general Lagarde en Nimes, del mariscal Brune en Avignon; el terror que no habia hecho mas que cambiar

de bandera en el Mediodía y que se cebaba hasta en Tolon en todo aquello que por la sangre, por sus funciones ó por sus opiniones tenia algo que ver con Bonaparte, le obligaron á abandonar la casa del almirante Lallemand, pues que la policía del marqués de Riviere, comisario del rey en el Mediodía, no ignoraba su permanencia en ella.

Marchó, pues, á ocultarse en un retiro ignorado de todo el mundo, escepto de algunos oficiales de marina sabedores de su infortunio, y fieles á su secreto. Una vez guarecido allí, se acogió á la generosidad de los Borbones, que habian entrado ya en Paris, á fin de obtener de ellos un asilo seguro en Francia. Dirigió, pues, al rey una tierna y respetuosa carta, y otra á Fouché, único que sobrevivia en el poder despues de la ruina de los imperiales. La carta que escribia Murat tenia por data: «Desde el fondo de mi tenebroso retiro, el 22 de agosto de 1815.»

Faltábale con efecto la luz del dia en su retiro al desgraciado rey de Nápoles; allí no se respiraba siquiera, y solo se veia el cielo durante la noche. En su carta le decia á Fouché, que no atreviéndose á atravesar el Mediodía, salpicado aun como estaba con la sangre de Brune, para ir á arrojarse á los pies del rey, habia decidido embarcarse en el Havre en un buque mercante fletado por sus amigos de Tolon, y que de allí pasaria á París con mas seguridad de su vida. Al mismo tiempo encargó á uno de sus antiguos ayudantes de campo, al coronel Macerone, que habia sido tambien agente secreto de Fouché en París, que tratase de obtener para él de las potencias estrangeras un salvoconducto y algunas garantías, señalándole un asilo y una situacion en cualquier estado del continente.

Mientras tenia lugar esta lenta correspondencia, mas lenta todavía á causa del interés que tenia Murat en ocultar á Fouché y aun al mismo Macerone el lugar de su retiro, los sucesos se sucedian unos á otros, y el terror que espiaba desde Tolon su asilo, obligó otra vez á Murat á tomar y á desechar otras varias resoluciones.

V.

A todo esto, Fouché, Mr. de Talleyrand, lord Wellington y Mr. de Metternich, accediendo sin gran violencia á la solicitud de Murat y á sus deseos manifestados por su ayudante de campo Macerone y por el marqués Giuliano, otro tambien de sus compañeros de fuga, enviado tambien por Murat á París, entregaban á Macerone cartas y pasaportes del plenipotenciario austriaco en París, Mr. de Metternich, por las cuales se autorizaba al exrey de Nápoles para reunirse á su familia en Trieste, y para residir con toda seguridad en los estados del emperador de Austria.

Mas ya entonces la suerte y las ideas de Murat habian cambiado enteramente por una de esas funestas casualidades que vienen á echar por tierra los mas bien combinados planes, lanzando á los proscritos en una ansiedad mil veces peor que la que esperimentaban antes de tener lugar sus tentativas de evasion.

Murat debió contar siempre con la indulgencia y con la secreta conciencia del marqués de Riviere, gobernador de Tolon, pues que en la época en que aquel, proscrito tambien á su vez, volvió de nuevo á su patria furtivamente á conspirar contra Napoleon, habia sido juzgado y condenado á muerte como cómplice en las conspiraciones de Polignac, de Pichegrú y de Moreau, debiendo entonces su perdon y la vida á la generosa intervencion de Murat con el primer cónsul. Presentábase, pues, á Mr. Riviere una escelente ocasion de volver generosidad por generosidad, salvacion por salvacion, á un fugitivo que

por las vicisitudes de la suerte habia venido á caer en su poder. El marqués de Riviere, hombre esperimentado ya en materias de proscriciones, era muy á propósito, segun afirman, por los sentimientos de su corazon para haber tomado sobre sí la proteccion de su antiguo intercesor, arrostrando, si era preciso, la cólera de los realistas. Pero, ya fuese que la escesiva prudencia de Murat impidiese que las buenas disposiciones del gobernador del Mediodía pudieran penetrar hasta su escondrijo, ó bien que el celo y eficacia de los agentes secundarios ó voluntarios de la policía fuesen mas allá de lo mandado por Mr. de Riviere, ello es que las contínuas alarmas que sufrieron Murat y sus amigos á causa de los medios que se empleaban para perseguirlos, les pusieron en el caso de estar mudando de asilo contínuamente. Cansado ya de aquel contínuo terror de que se veia asaltado en todas partes, y que no le ofrecia seguridad en ningun punto de Francia, Murat se vió obligado á renunciar á trasladarse al Havre y á Paris resolviendo pasar á Córcega, en cuya isla, aun no del todo sometida al nuevo gobierno de los Borbones, en donde no existian tropas francesas, y que se habia sostenido en una especie de espectativa ó neutralidad en medio de los acontecimientos, existian varios parientes, partidarios y clientes de la familia de Bonaparte, ofreciendo ademas por los diversos accidentes del terreno, y por la sagrada hospitalidad de sus habitantes, mil recursos para una fuga ó retiro inaccesible y de gran seguridad para un proscrito.

Por la mediacion del marqués Guiliano, de Macerone, del conde de Mosbourg y de una dama de París, á quien habia amado antes de subir al trono, y que aun conservaba recuerdos de su amor, habia recibido de París ropas de toda clase, alhajas, armas y una suma de 200,000 francos para que pudiese arreglar sus planes de evasion. Encargó al duque de Rocca-Romana, al coronel Bonafoux, y al marqués Giuliano, sus ayudantes de campo, que serian menos molestados en Tolon, y menos sospechosos á título de estraños á nuestras discordias civiles, que tomasen una embarcacion ligera para hacer la travesía desde la costa de Francia á la isla de Córcega. Aquellos fieles amigos, ayudados de los oficiales de la marina francesa de quien ya hemos hablado, consiguieron sin gran trabajo, y en un corto número de dias, arreglar con el mayor sigilo todos los preparativos necesarios. El dinero, los equipages, las armas, los criados, y hasta los trages del rey, quedaron ya embarcados á bordo de la embarcacion que se habia tomado á flete. No faltaba ya nada mas que el mismo Murat.

VI.

La vigilancia que ejercia la policía en las puertas de Tolon ó en el puerto de aquella ciudad, y las sanguinarias amenazas de que era objeto su cabeza como cómplice presunto del 20 de marzo, no le permitian embarcarse en el mismo puerto y al propio tiempo que sus oficiales y su gente. La mano de un sicario ó un movimiento del pueblo pudiera bien apoderarse de él precisamente en el momento de dar su último paso en las playas de su patria. Así es, que se convino en que el buque se daria á la vela sin él, que permaneceria cierto tiempo bordeando por la rada á cierta distancia de Tolon, y que aproximándose á tierra en un punto que acordarian y en el cual estaria ya el rey por la noche, el capitan enviaria una lancha á la playa donde podria embarcarse el proscrito protegido por la soledad y por las tinieblas.

Habiéndose fijado para la partida el dia 2 de agosto, todo lo demas que tenia relacion con ella, quedó arreglado como se habia convenido de antemano. El duque de Rocca-Romana, el coronel Bonafoux, dos criados y los

equipages del rey, salieron del puerto sin despertar la menor sospecha, y el buque que los conducia se mantuvo cruzando lentamente durante todo el dia por la rada. Echaron la lancha al agua dirigiéndose al punto convenido de la playa, y los marinos que la conducian buscaron por espacio de largo tiempo á Murat y al marqués Giuliano.

Mas en vano aguardaron y trataron de buscarle por todas partes. Un grupo de soldados y de agentes de policía, que andaban recorriendo la campaña por las inmediaciones del asilo del rey, habíale impedido salir de él á la hora fijada para la cita que habia dado á sus amigos. La lancha volvió, pues, á incorporarse á la embarcacion, y los amigos y servidores de Murat consternados, pusiéronse á deliberar en medio de la mayor zozobra acerca de lo que deberian hacer para reparar tan funesto contratiempo: unos creian que su desgraciado señor se habria equivocado de playa y que estaria aguardándolos en algun otro punto mas próximo ó mas lejano de Tolon, otros que habria equivocado la hora ó el dia, y que vendria á aparecer en la costa precisamente cuando el buque la hubiera abandonado ya; estos proponian que debia bajarse á tierra y ocuparse durante la noche en buscarle y en llamarle de roca en roca; aquellos, que se cruzase con la embarcacion á cierta distancia de la playa aun á riesgo de ser presa de los guardacostas, hasta que lograsen distinguir al rey y pudiesen enviarle de nuevo la lancha al punto donde se hallase. Adoptaron, pues, este último partido como el mas prudente de todos, y pusiéronse á bordear frente por frente de la costa. Mas habiendo llamado la atencion aquella maniobra á la misma patrulla realista que andaba recorriendo la campaña por cerca del retiro del rey, llamaron al buque con la bocina, subieron á bordo con sable en mano lanzando las mas atroces imprecaciones contra los bonapartistas y contra el rey de Nápoles, y declararon que si hubiesen llegado á encontrarle allí, habrian sabido vengar en él sus crímenes sin juicio alguno arrojándole despues al mar. Intimáronle ademas al capitan, so pena de apoderarse del buque, que se alejase al punto de la costa, y que continuase su rumbo hácia alta mar á fin de evitar toda sospecha de que trataba de embarcar á algunos proscritos. El duque de Rocca-Romana, el coronel Bonafoux, los criados del rey y sus equipages ocultos mientras tuvo lugar aquella visita en la sentina, y guarecidos detrás de varios fardos de mercancías destinados al parecer para Córcega, habian escapado afortunadamente de manos de los sicarios.

VII.

El buque, viéndose obligado á obedecer so pena de infundir nuevas sospechas que inevitablemente debian ser funestas para el rey, hizo como que emprendia su marcha apenas marcharon los soldados; pero á poco, moderando de nuevo su rumbo para dar lugar á Murat de salir en su busca, recogió velas y se estacionó á cierta distancia de la costa durante las largas horas de la noche. Rocca-Romana queria mejor darse la muerte que emprender él solo la fuga sin el amigo á quien habia venido á salvar. Las embarcaciones armadas que guarnecian la costa y que no cesaban de observar al buque, le impidieron que ganase de nuevo la playa, y que se acercase mas á la tierra.

Mientras esto acontecia en el mar, las patrullas que vigilaban por las inmediaciones del retiro de Murat, habian desaparecido, y el rey salió como á la media noche y se deslizó, sin ser visto de nadie, hasta el punto de la playa donde el buque debia aguardar para embarcarle. Como no podia dudar de la exactitud de sus compañeros de armas en hallarse allí y de que no les faltaria pacien-

cia para esperarle, iba ya saboreando de antemano ese sentimiento de seguridad anticipada de que iba al fin á gozar en la Córcega, despues de la opresion y del terror en que vivia hacia tres meses.

¡Vana ilusion de proscrito, convertido en juguete de la suerte asi en sus goces como en sus temores! La playa estaba desierta, y ni un solo buque se distinguia en la mar. El rey al pronto creyó que habria olvidado ó quizá adelantado la hora de la cita; asi es que no se cansaba de esperar que aun apareciese la embarcacion á cada ola que venia á estrellarse contra sus pies. Mas creciendo sus temores conforme iba trascurriendo la noche y que iban apareciendo y desapareciendo las estrellas por encima de las montañas de la rada, subiase de una en otra roca, á fin de poder distinguir desde mayor elevacion una vasta estension de mar. A veces la espuma parecíale una vela, haciéndole incesantemente recobrar la esperanza con esa obstinacion propia del hombre, que en cesando de esperar, cesa tambien de vivir.

Por último, los primeros albores del crepúsculo de la mañana difundieron una claridad mas pronunciada que la de la luna sobre las olas. Entonces fué cuando reconoció su buque por los detalles que de él le habian dado sus amigos y por las señales convenidas entre ellos en Tolon, mas ya no le vió sino para convencerse de la absoluta imposibilidad en que se hallaba de alcanzarle. No habia una sola lancha en toda la playa, y el buque, observado sin cesar por los barcos guardacostas, surcaba á toda vela en alta mar.

Viendo que su última esperanza y sus amigos se alejaban de él en aquel buque, cayó por un momento como anonadado sobre la roca de un escollo, llamando á sus amigos ó á la muerte.

VIII.

Pero Murat no era de ese temple de hombres que se doblega por largo tiempo bajo el peso de las circunstancias por mas desesperadas que estas sean. Acostumbrado en fuerza de los azares de su juventud, de las luchas sostenidas con el destino y de los peligros sufridos ó evitados en el campo de batalla, á toda clase de estremidades de la fortuna; aquel hombre, como todos los grandes corazones, no se dejaba vencer por ellas sino despues de apurados cuantos recursos le sugeria su presencia de ánimo y la energía que le prestaba su valor para sobrepujarlos. Auxiliado de la flexibilidad y de la fortaleza de su alma, sabia dominar, aun en los mas apurados trances de la suerte, el desfallecimiento de su espíritu, y hasta la palidez de su rostro, y su fisonomía conservaba siempre inalterable la sonrisa y la serenidad de su valor.

Al cabo de algunos minutos dedicados aun á aguardar en vano la llegada cada vez mas imposible de su buque, se levantó y penetró por entre los olivares que pueblan toda la rada, no sabiendo á donde dirigir sus pasos, ni pudiendo tampoco permanecer inmóvil por mas tiempo.

El dia iba, pues, á contribuir á descubrirle á los ojos de los que le habian buscado durante la noche, y la certeza que tenia de que su asilo de la víspera estaria ya cercado y descubierto, no le permitia volver á él, so pena de caer en manos de sus verdugos. Bajo cada techo que él apercibia en el campo, temia encontrar un delator ó un enemigo. Marchaba á la ventura, evitando la proximidad de los castillos y poblaciones, alejándose de la orilla del mar, no siguiendo otras sendas que aquellas que por su instinto conocia ser las mas abandonadas y desiertas,

sintiéndose mil veces decidido á llamar á la puerta de la primera casa aislada que se le presentase, y retrayéndose mil veces por el temor de encontrarse con un traidor.

De este modo anduvo errante por espacio de cuatro dias y otras tantas noches sin tomar mas alimento que algunos granos de maiz que deshacia entre sus dientes para sostener sus fuerzas y sin tener mas para cubrirse durante la noche y librarse de la intemperie que las ramas de olivos con que al efecto se cubria. No se atrevia, sin embargo, todavia á separarse mucho de las orillas de la playa, y de noche se aproximaba á ellas lo bastante alimentando aun la vaga esperanza de que sus amigos, una vez libres de la observacion de los guardacostas, volverian á desembarcar en los alrededores del punto convenido y lograrian descubrirle y conducirle á la embarcacion.

IX.

Mas ninguna de sus ilusiones llegó á realizarse. El cuarto dia á eso de medio dia, obligado ya por el hambre y por el desfallecimiento, se decidió á llamar á todo trance á la puerta de la primer vivienda aislada que se ofreciese á su vista y á impetrar la hospitalidad ó la muerte de la generosidad ó de la traicion de sus habitantes. Lisonjeábase ademas de que no seria conocido y que podria sondear los sentimientos y opiniones de sus huéspedes antes de darse á conocer ó de apartarse de nuevo de sus umbrales.

Su fortuna le condujo á una casa de campo pobre y rústica, separada de otras varias que se veian esparcidas por aquellas colinas y perteneciente á un antiguo militar retirado del servicio que se ocupaba en cultivar la pequeña herencia de sus padres. Una criada de alguna edad, que hacia las veces de ama de gobierno, era la única persona que en compañía de su dueño habitaba aquella casa, hallándose este último ausente en el momento de la llegada de Murat. Este llamó á la puerta con timidez. La vieja abrió, y al ver un hombre de dulce y noble aspecto, con un trage medio militar medio civil, pero decente y hasta rico, discurrió que seria algun amigo y compañero de armas de su amo y le hizo entrar con toda confianza en la casa. El rey la dijo que era un oficial de la guarnicion de Tolon, nuevo en el pais, y que habiéndose estraviado al dar un largo paseo á través de aquellos campos desconocidos para él, se habia visto acometido del hambre y del cansancio y habia pensado que en aquella casa serian bastante hospitalarios para concederle un poco de reposo y algo que comer. La gracia y la nobleza de la figura del rey, la finura de sus maneras y la franca bondad de su acento convencieron é interesaron á la sirvienta.

Brindóle al rey con un asiento en el banco de la mesa del hogar, y púsose en seguida á atizar la lumbre y á prepararle unos huevos para comer. Al mismo tiempo que se ocupaba en estos pormenores, dirigia la palabra al estrangero con esa familiaridad doméstica del Mediodía que estrecha mas que en lo interior de la Francia la distancia que media entre los servidores y los huéspedes. Le pidió mil perdones por lo frugal de los manjares que iba á servirle, diciéndole al mismo tiempo que si su amo hubiera tenido noticia de su llegada, le hubiera recibido con una mesa mucho mejor servida. Al escuchar el rey el nombre de amo pronunciado por la criada, no pudo menos de estremecerse, mas, ocultando aquella impresion bajo una fingida indiferencia, la preguntó negligentemente quien era su amo y si se hallaba ausente por mucho tiempo de su casa, á lo que le respondió que habia salido solo con objeto de recorrer sus olivares y que

no podia tardar mucho en volver. Iba el rey á continuar en sus preguntas cuando el amo regresó de su paseo, y viendo un desconocido de noble apariencia en su casa, que habia tomado asiento y se hallaba comiendo en su propia mesa, le saludó con una cordial hospitalidad, y sentándose frente á frente de su huésped, le dió á entender que él traia tambien apetito, y en el acto dió órden á su criada de que le trajese otro plato de huevos de sus gallinas y otra botella de vino. El rey, por su parte, desfallecido por su prolongado ayuno en los bosques, habia ya devorado el pan y los manjares todos que habian sido colocados sobre la mesa antes de la llegada del amo de la casa.

X

Apenas los dos convidados habíanse sentado uno frente del otro en la misma mesa cuando el amo de la casa, mirando mas de cerca y al resplandor de los rayos del sol á su huésped, que estaba delante de él, reconoció al rey de Nápoles en la perfecta semejanza de su efigie en las monedas del gran ducado de Berg y del reino de las Dos Sicilias; se turbó al punto, y levantándose sobresaltado de su banco y dando á entender con su mirada y ademanes todo el respeto de que se hallaba poseido á la vista de tanta grandeza y de tan gran humillacion, le pidió perdon por la involuntaria familiaridad que acababa de usar con tan augusto como inesperado huésped. Apresuróse á darle las mayores seguridades acerca de su discrecion, asegurándole al mismo tiempo que arriesgaria mil veces su vida, si era preciso, antes que hacerle traicion, y que su casa, su fortuna toda y su persona estaban sin reserva alguna á su servicio.

Al escuchar aquella repentina esclamacion de su amo y las vivas demostraciones de respeto y de decision que tributaba al forastero, la vieja que estaba ocupada en su fogon, volvióse toda sorprendida, comprendió que el huésped que ella misma acababa de recibir era nada menos que un rey y dejando caer en la ceniza, en fuerza de la emocion, el plato que estaba preparando para su amo, se precipitó temblando á los pies de Murat deshaciéndose en escusas y en esclamaciones de ternura hácia él.

XI.

Murat dió gracias á la Providencia por haberle dirigido tan bien cuando andaba errante y perdido y pasó algunos dias tranquilo, dichoso y oscurecido bajo aquel techo bienhechor y hospitalario. Mas como el amo de la casa fuese uno de los militares sospechosos á la sazon por sus recuerdos y predilecciones imperialistas, y sobre los cuales la policía de Tolon tenia sin cesar los ojos fijos, no creyó prudente prolongar por mas tiempo su permanencia que el absolutamente necesario para procurarse uno mas seguro. En fuerza de las gestiones de su huésped y de los oficiales de marina sus amigos, á quienes hizo informar de sus aventuras, logró encontrar para refugiarse una casa de campo de Tolon que pertenecia á un capitan de navío y que á la sazon se hallaba deshabitada.

Una muger fiel, vigilante y de toda confianza, fué la única á quien se impuso en el misterio y la que se dedicó al servicio del rey en aquella casa que todo el mundo creia desierta. Los dos oficiales de marina de Tolon, únicos depositarios de aquel secreto, velaban desde lejos acerca de su seguridad y le llevaban de cuando en cuan-

do y durante la noche, algunas provisiones y la esperanza de mejor fortuna.

Pero habiéndose hecho correr el rumor entre los ejecutores de las venganzas populares en el Mediodía, de que el rey de Nápoles se hallaba oculto en las inmediaciones de Tolon y que tenia consigo grandes tesoros y alhajas imaginarias que serian la recompensa de los que consiguiesen descubrirle, esto vino á aumentar el afan y la solicitud de las investigaciones que se hacian en derredor suyo. La muger que le servia no tenia una sola hora de tranquilidad, pues estaba dedicada á velar durante la noche y mientras el rey dormia para espiar los pasos de las patrullas que recorrian la campaña y para hacer evadirse á su huésped en el caso de que los visitadores armados llegasen á aproximarse á la casa.

XII.

A pesar de todas aquellas precauciones y discreciones de los amigos de Murat, el mismo silencio y el misterio que se observaba en todo vinieron á descubrir al proscrito. En la noche del 13 de agosto una cuadrilla de sesenta voluntarios realistas, mandada y dirigida por uno de los gefes mas empeñados en verificar la captura del rey, rodeó la casa de campo en que aquel se hallaba refugiado. Desde las ventanas de la habitacion que caian sobre un montecillo, se distinguia á gran distancia y durante el dia, á todo el que se aproximaba, teniendo por este medio el tiempo necesario para sustraerse á las pesquisas; mas á favor de las sombras de la noche y del silencio impuesto á la tropa, podian muy bien los perseguidores rodear y sorprender á su víctima sin darle siquiera lugar á sospechar semejante cosa ni mucho menos el tiempo necesario para huir. Por fortuna una linterna

llevada por uno de los guias de aquella partida para alumbrarles en su tránsito por un camino muy desigual y tortuoso, vino á revelar á la guardiana de Murat la aproximacion de una patrulla que desde lejos se dirigia á la casa, y dispertando al punto al rey que dormia vestido y con las armas al lado de la cama, le avisó del peligro que corria.

Lanzóse éste de su lecho, se embozó en la capa, se armó con su puñal y sus pistolas, y saliendo sin meter el menor ruido por una puerta trasera, se ocultó en unas viñas que habia á diez pasos de la casa, cubriéndose tras de los haces de sarmientos que habian dejado los vendimiadores en el campo. La vieja que le servia cerró cuidadosamente la puerta de la casa despues de la evasion de Murat, ocultó todo aquello que pudiera revelar la presencia de un estraño en las habitaciones, y aparentando haberse dispertado y estarse vistiendo lentamente cuando sonaron los golpes de los visitadores á la puerta, tardó en salir á abrirles todo el tiempo suficiente para que el rey pudiese alejarse y esconderse.

Mientras que los voluntarios registraban con mal encubierta cólera, todas las habitaciones, las cuevas, los graneros, los sitios mas recónditos de la casa, otros de ellos recorrian los patios, el jardin y hasta las viñas mas próximas á la granja. Mas de una vez pasaron con la linterna en la mano y sus sables desenvainados, á pocos pasos de los haces de sarmientos que ocultaban al proscrito, y el rey les oyó deshacerse en imprecaciones contra él sin perder por eso las esperanzas de descubrirle á fin de inmolarle á su furor y repartirse despues sus despojos. Mientras que tenian lugar aquellas conversaciones entre sus perseguidores que ponian la muerte á dos pasos de él, Murat tenia empuñado su puñal y una de sus pistolas, y estaba decidido, segun él mismo ha referido despues, á matar á los primeros que se le pusieran delante y á reservar el tiro de la otra pistola para sí á fin de no entre-

gar mas que un cadáver á la ferocidad de sus verdugos.

Aquella pesquisa misteriosa, verificada sin fruto alguno en la misma casa que habitaba, vino á hacerla mas y mas segura, por cuya razon no trató por entonces de buscar ninguna otra. Pero su cabeza acababa de ser puesta á precio en Marsella, prometiendo mil luises al que le entregase muerto ó vivo á los inquisidores del partido de los Borbones. El suelo de la Francia debia, pues, tarde ó temprano abrirse bajo sus pasos, y he aqui por qué razon volvió á surgir en su mente el pensamiento de refugiarse en Córcega.

XIII.

Aquellos tres jóvenes oficiales de marina que no habian cesado de dedicarse secretamente á su servicio y que estaban dispuestos á correr con él los azares de su suerte, Mres. Donnadieu, Blancard y Langlade, le prepararon un nuevo medio de fugarse. Una barca pescadora, en la cual se embarcaron ellos mismos, aguardó al rey en una noche sombría y con mar de leva, en otro punto diferente de la rada, y habiendo esta vez logrado dar con la barca y entrar en ella, favorecido por la seguridad que ofrecian los guardacostas que creian la playa suficientemente guardada aquella noche á causa de la tormenta, se entregó á merced de las olas y de los vientos, quizá menos crueles y embravecidos que lo estaban los partidos políticos.

La barca, que solo podia contener cuatro pasageros, gobernada como iba por brazos intrépidos, consiguió salir de la rada dirigiendo su rumbo á eso de amanecer, hácia la isla de Córcega. Pero la tempestad que en alta mar envolvia á la débil embarcacion en olas mucho mas desmesuradas que en la resguardada rada de Tolon, el

fuerte viento que habia hecho pedazos la vela y roto la verga, el agua que penetraba en la barca á cada empuge de las olas, todo esto amenazaba al rey y á sus amigos que temian ver abierta su tumba á cada paso. En esto distinguieron un buque de cubierta que hacia rumbo hácia la costa de Francia, al cual trataron de aproximarse para rogar á la tripulacion que los recibiese á su bordo y los condujese á Córcega, ofreciendo por ello al capitan una parte de las sumas que el rey llevaba consigo. Mas asi el capitan como la tripulacion, sordos á las súplicas de los pasageros, dirigieron su maniobra sin inspirarles lástima alguna y aun á riesgo de echar á pique la barca con su proa, dejando á Murat que se las hubiese con los elementos desencadenados. La noche se iba acercando, el viento mugia con estrépito, la barca hacia agua y zozobraba á cada golpe de ola, cuando otra vela se dejó ver sobre las aguas á la luz de crepúsculo, bogando hácia Córcega, siguiendo la misma direccion que Murat, y pronta ya á alcanzar su barca y aun á tomarle la delantera.

Era aquel el buque-correo de Tolon á Córcega al mando del capitan Michaello Bonelli, de Bastia, que conducia correspondencia y pasageros á aquella isla. A las señas de averia que se le hicieron y á los gritos y ademanes de Murat y sus compañeros, el generoso capitan, aunque amenazado él mismo por el temporal, no vaciló en recoger sus velas y en aguardar á la barca. El aparentó ignorar quienes fuesen los pasageros que á consecuencia de la averia recibia en su embarcacion, pero el capitan de fragata Olessa, que se habia embarcado en Tolon en el buque-correo, habia recibido, antes de partir, la confidencia de la partida del rey. Bien presumia aquel marino que el viento ni la mar no eran capaces de intimidar á aquel valiente príncipe, y que le encontraria en la travesía luchando con las olas; por esta razon habia insinuado secretamente al capitan del buque, Michaello Bonelli, que no perdiese de vista el horizonte á fin de

gar mas que un cadáver á la ferocidad de sus verdugos.

Aquella pesquisa misteriosa, verificada sin fruto alguno en la misma casa que habitaba, vino á hacerla mas y mas segura, por cuya razon no trató por entonces de buscar ninguna otra. Pero su cabeza acababa de ser puesta á precio en Marsella, prometiendo mil luises al que le entregase muerto ó vivo á los inquisidores del partido de los Borbones. El suelo de la Francia debia, pues, tarde ó temprano abrirse bajo sus pasos, y he aqui por qué razon volvió á surgir en su mente el pensamiento de refugiarse en Córcega.

XIII.

Aquellos tres jóvenes oficiales de marina que no habian cesado de dedicarse secretamente á su servicio y que estaban dispuestos á correr con él los azares de su suerte, Mres. Donnadieu, Blancard y Langlade, le prepararon un nuevo medio de fugarse. Una barca pescadora, en la cual se embarcaron ellos mismos, aguardó al rey en una noche sombría y con mar de leva, en otro punto diferente de la rada, y habiendo esta vez logrado dar con la barca y entrar en ella, favorecido por la seguridad que ofrecian los guardacostas que creian la playa suficientemente guardada aquella noche á causa de la tormenta, se entregó á merced de las olas y de los vientos, quizá menos crueles y embravecidos que lo estaban los partidos políticos.

La barca, que solo podia contener cuatro pasageros, gobernada como iba por brazos intrépidos, consiguió salir de la rada dirigiendo su rumbo á eso de amanecer, hácia la isla de Córcega. Pero la tempestad que en alta mar envolvia á la débil embarcacion en olas mucho mas desmesuradas que en la resguardada rada de Tolon, el

fuerte viento que habia hecho pedazos la vela y roto la verga, el agua que penetraba en la barca á cada empuge de las olas, todo esto amenazaba al rey y á sus amigos que temian ver abierta su tumba á cada paso. En esto distinguieron un buque de cubierta que hacia rumbo hácia la costa de Francia, al cual trataron de aproximarse para rogar á la tripulacion que los recibiese á su bordo y los condujese á Córcega, ofreciendo por ello al capitan una parte de las sumas que el rey llevaba consigo. Mas asi el capitan como la tripulacion, sordos á las súplicas de los pasageros, dirigieron su maniobra sin inspirarles lástima alguna y aun á riesgo de echar á pique la barca con su proa, dejando á Murat que se las hubiese con los elementos desencadenados. La noche se iba acercando, el viento mugia con estrépito, la barca hacia agua y zozobraba á cada golpe de ola, cuando otra vela se dejó ver sobre las aguas á la luz de crepúsculo, bogando hácia Córcega, siguiendo la misma direccion que Murat, y pronta ya á alcanzar su barca y aun á tomarle la delantera.

Era aquel el buque-correo de Tolon á Córcega al mando del capitan Michaello Bonelli, de Bastia, que conducia correspondencia y pasageros á aquella isla. A las señas de averia que se le hicieron y á los gritos y ademanes de Murat y sus compañeros, el generoso capitan, aunque amenazado él mismo por el temporal, no vaciló en recoger sus velas y en aguardar á la barca. El aparentó ignorar quienes fuesen los pasageros que á consecuencia de la averia recibia en su embarcacion, pero el capitan de fragata Olessa, que se habia embarcado en Tolon en el buque-correo, habia recibido, antes de partir, la confidencia de la partida del rey. Bien presumia aquel marino que el viento ni la mar no eran capaces de intimidar á aquel valiente príncipe, y que le encontraria en la travesía luchando con las olas; por esta razon habia insinuado secretamente al capitan del buque, Michaello Bonelli, que no perdiese de vista el horizonte á fin de

poder prestar auxilio al desgraciado rey de Nápoles. Murat fué por lo tanto recibido á bordo de aquel buque mas bien como rey que como náufrago.

Apenas habia Murat pisado el puente cuando su barca desarbolada y hecha pedazos á impulsos de las olas, zozobró y se fué á pique á la vista de todos los pasageros.

XIV.

Ademas del capitan de fragata Olessa, que era muy decidido por su causa, Murat encontró á bordo del buque corso varios partidarios suyos, y otros que aunque no lo eran huian ya que no de la proscricion, al menos de la desgracia. En este número se contaban algunos senadores y generales corsos de alta categoría, que pertenecian á la familia, á la córte ó al mas íntimo favor de Napoleon, tales como los Baciochi, los Casabianca, los Rossi, los Galvani. Todos ellos acogieron á Murat con las mayores muestras de respetuosa consideracion y de deferencia, compatibles con la reserva que aconsejaban las circunstancias. Convínose entre toda la tripulacion que al llegar al puerto se afectaría ignorar el nombre y título del rey, el cual habia tomado el nombre de Campo Meli, uno de los feudos de su antiguo reino.

XV.

El rey, que habia desembarcado bajo este nombre en Bastia, fué bien pronto recibido y acogido silenciosamente á causa de la sorda popularidad que iba unida á su persona, á sus hazañas, á sus infortunios, que en la ignorancia de los habitantes de la isla los confundian con

los contratiempos sufridos por Napoleon. Mas, sin embargo, temiendo siempre que los agentes y los partidarios de los Borbones en la ciudad, centro del gobierno, no llegasen á recelar de su permanencia en ella y ejecutasen en contra suya alguna órden de severidad recibida de París ó inspirada por su propio celo, no pasó allí mas que una sola noche, y al dia siguiente de su llegada marchó en compañía de algunos amigos á Vescovato, pueblecillo situado en el centro de unas altas montañas de la isla á doce leguas de Bastia.

La principal familia de Vescovato era la de Colonna, antigua y muy considerada en aquellas montañas en donde el pueblo, como sucede en Oriente, reconoce como gefes naturales y hereditarios á los gefes de las antiguas tribus del pais. Murat habia escogido á Vescovato por el recuerdo del nombre de esa misma familia de Colonna, con una de cuyas hijas se habia casado Francischetti, uno de sus mas adictos generales, confiando en que el reconocimiento y la afeccion que aquel general, á quien habia colmado de favores en Nápoles, hubiera podido comunicar á sus parientes, seria una garantía para él de hospitalidad y de fidelidad. Y no se equivocaba por cierto, puesto que los vínculos de la naturaleza y del corazon son mas sagrados en Córcega que los de la política ó la opinion, como en todos los pueblos primitivos en que el hombre se eleva sobre el súbdito ó sobre el ciudadano. El *maire* de Vescovato, Colonna Cecaldi, suegro del general Francischetti, era el gefe de aquella familia: aunque era realista, enemigo de Bonaparte y partidario de los Borbones, era antes que nada defensor del sentimiento de familia, del deber de la hospitalidad para con aquellos que la imploraban, y muy afecto á las antiguas costumbres de su pais.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XVI.

Murat, al llegar á la plaza de Vescovato como si fuera un gefe de un bando escocés ó del Líbano, apeóse de su caballo á la puerta de la casa que presentaba un aspecto mas importante en todo el pueblo, que era precisamente la de Colonna Cecaldi. El dueño de la casa y el gefe del país, Colonna, salió de su habitacion al sentir el ruido de los caballos de la comitiva del rey. Murat, despues de hacerle conocer quien era, le manifestó los motivos de su llegada á la isla, y le pidió un asilo y proteccion entre los suyos, con la única y esclusiva intencion de aguardar con alguna seguridad en aquellas montañas lo que el rey de Francia y los soberanos aliados quisiesen decidir acerca de su suerte futura. El venerable gefe de los Colonnas respondió al rey asegurándole la mas inviolable hospitalidad, y diciéndole al mismo tiempo que no sabia que existiese órden alguna del rey de Francia ni tampoco ninguna razon de honor y de conciencia para un fiel partidario de los Borbones, que autorizasen á nadie en Córcega para tratar al rey de Nápoles, por mas que estuviese ya destronado, como fugitivo y como enemigo.

El rey vivió, pues, algunos dias en paz y en seguridad en la casa de Colonna Cecaldi, en donde no tardó mucho en venir á reunirse con él el general napolitano Francischetti, yerno de su huésped.

XVII.

La Córcega, como ya hemos dicho mas arriba, fluctuaba á la sazon en una especie de interregno, favorable á las anarquías de los tres principales partidos que la dividian: los bonapartistas, los partidarios de la Inglaterra, y los amigos de la casa de Borbon, y mas favorable todavía á las gestiones personales que un gefe ilustre, activo y popular como el rey de Nápoles quisiese intentar, bien para sojuzgar á la isla, bien para reunir en ella los elementos y demas adherentes para una espedicion por la parte esterior. Las insignificantes guarniciones de Calví, de Bastia y de Ajaccio, no contaban mas que con algunos centenares de soldados, número insuficiente para imponer la obediencia ó la paz si era preciso á los tres partidos que estaban en pie, arraigados ya en la isla, dueños de las montañas y siempre armados y en continua observacion á fin de aprovechar todas las coyunturas que los sucesos pudieran ofrecerles.

La bandera blanca ondeaba en el puerto y en los campanarios de la isla, única señal de la sumision del país al gobierno de Luis XVIII. El mando militar de la isla estaba á la sazon ejercido provisionalmente y casi de una manera oficiosa, por el coronel de la gendarmería, Verriere.

XVIII.

Apenas el comandante militar de Bastia, noticioso del desembarco del rey de Nápoles en Córcega ó impulsado por su propio celo y por el de los realistas de su partido á obrar de aquella manera contra el fugitivo de Tolon, hubo sabido que Murat se hallaba en Vescovato, le dirigió por medio de un parlamentario una intimacion para que se entregase en sus manos hasta tanto que el rey de Francia decidiese acerca de su suerte. Murat, garantido ya suficientemente en Vescovato por la inviolable hospitalidad debida á los Colonna y rodeado al poco tiempo de paisanos, de pastores y de antiguos soldados armados todos para protegerle, se negó á obedecer alegando la

ausencia de autoridad legal y soberana en la isla. Al recibir aquella respuesta el coronel Verriere publicó un bando en que declaraba al rey de Nápoles, Murat, enemigo del rey de Francia y perturbador del órden público. Un destacamento de cuatrocientos hombres, apoyado por una partida de gendarmes, se dirigió á Vescovato para llevar á efecto las órdenes del gobernador y apoderarse de la persona de Murat.

Mas ya á aquellas horas era Murat una potencia inatacable en el centro de aquellas altas é inespugnables montañas tras de las cuales se habia acantonado. Para unos, la decision hereditaria que profesaban á la familia Colonna, cuyo suelo los sostenia; para otros, los sagrados derechos de la hospitalidad que ninguna opinion seria bastante á hacérselos olvidar; para aquellos, la popularidad aventurera del rey de Nápoles; para estos, el recuerdo de las antiguas guerras durante las cuales habian servido á sus órdenes; para los ambiciosos, la esperanza de participar al par que de los peligros de los despojos de una espedicion emprendida por aquel soberano para conquistar su reino; para los codiciosos, la paga que Murat les distribuia de las sumas que habia traido consigo ó que le remitian de Paris; todo esto, pues, habia atraido á Vescovato alrededor del rey de Nápoles mas de mil defensores todos armados y dispuestos á salvar á todo trance, á seguir ó á vengar á aquel popular proscrito. El destacamento enviado de Bastia, intimidado sin duda por el número, por la resolucion de sus partidarios y por la fuerza natural de aquellos lugares, tuvo á bien regresar por donde habia venido.

XIX.

Aquel pequeño ejército que rodeaba á Murat y la adhesion que le mostraban los montañeses, le ponian en el caso de enarbolar el estandarte de la independencia

de la isla en su propio nombre y de apoderarse de Bastia, mas él no se atrevia á decidirse, asegurando siempre que no queria emprender nada contra el rey de Francia y que se limitaba solamente á atender á su seguridad personal y á su dignidad bajo la salvaguardia de sus belicosos huéspedes. Pero sus partidarios, que no cesaban un momento de insistir en la misma idea, hacian ya violencia á su reserva supuesta ó verdadera, y se ocupaban en reclutar á cara descubierta hombres, armas, municiones y subsidios en favor de su causa. El por su parte cerraba los ojos y parecia luchar consigo mismo, indeciso entre una insurreccion de la isla en su favor, y una espedicion á las costas de su antiguo reino.

La seguridad que habia de fracasar á la vista de la Europa despues de conseguido un triunfo momentáneo en la isla de Córcega, y lo insignificante de la conquista comparada con el peligro, le hicieron desistir de la primera idea, lanzándole decididamente en la segunda. La desesperacion principalmente y la ambicion de imitar y hasta de sobrepujar á Napoleon llegando á entrar en Nápoles é instalándose alli, le impulsaron ciegamente á dar aquel funesto paso en que jugaba la vida. Sus recursos se iban ya agotando, no podia soportar ya el peso de la inaccion y de la ociosidad en la humillacion de una vida privada y oscurecida despues de una vida tumultuosa en los campos de batalla ó del esplendor del trono. Algunos disgustos domésticos vinieron tambien á aumentar su amargura y á incitarle á lanzarse en los azares de la política. Queria con estremo á su esposa, jóven, bella, ambiciosa, ávida de poder y de esplendor. Estaba celoso de los favores que en su mente dispensaba á algunos jóvenes generales de su córte, cuyos consejos habia parecido preferir en varias ocasiones á los consejos de la política de su propio esposo. Sentia una especie de humillacion por haberla hecho descender del trono, al cual la habia elevado uniéndose á ella, y ardia en impaciencia por vol-

verla á colocar en él por la audacia de su genio y por la energía de su corazon; se indignaba del rango vulgar que iba á dejar á sus hijos, á quienes adoraba como á su madre. Los sentimientos que abrigaba en su corazon le trastornaban completamente la cabeza, y muy pronto llegó á apoderarse de él el vértigo del orgullo, del amor y del trono. Por último, durante las tres semanas de su permanencia en aquellas montañas, se creó á sí mismo el delirio ó las ilusiones que necesitaba para justificar su demencia.

XX.

«Todo Nápoles me adora, solia decir á sus confidentes, ¿y cómo no ha de ser asi cuando no he hecho mas que bien á los napolitanos, á quienes he gobernado con mi corazon, y cuyo renombre militar he procurado realzar en los campos de batalla cubriéndole con mis propias hazañas? Yo he dado libertad al pueblo, he dado importancia á la nobleza, he aguerrido á los soldados, he amado á los paisanos, he mejorado, administrado y enriquecido aquel reino. Todavía resuenan desde aqui en mis oidos las aclamaciones de la multitud que me abria paso cada vez que yo entraba triunfante en mi capital de regreso de nuestras campañas con el grande ejército. ¡Gran Dios! ¡Qué recuerdos escitan en mi alma aquellos aplausos de una nacion! ¡Nápoles y mi pueblo me asedian sin cesar con su eterna presencia!» Y deshaciéndose en lágrimas al sentir aquellas impresiones, añadia: «Esto es ya demasiado: yo no puedo vivir ni morir sino para mi pueblo. Veremos á Nápoles; sí, le veremos; ¡apresurémonos á partir!»

XXI.

En vano algunos oficiales generales, con mayor calma y mas leales á sus intereses que á sus ilusiones, se esforzaban en hacerle ver los peligros de aquella empresa; toda la Europa en pie; el Austria y sus ejércitos sobre sus fronteras; los Borbones de Sicilia apenas instalados en su reino y sin haber tenido aun el tiempo suficiente de agotar el entusiasmo y la popularidad de que estaban gozando; el ejército vencido y dislocado; sus oficiales adheridos á los Borbones por recuerdos de familia, por el deber, por sus juramentos y por el interés; el rápido olvido que sigue á la desgracia de la suerte y á la ausencia; una policía vigilante; millares de esbirros venidos de Sicilia, espiando los sentimientos y las emociones del pueblo; la dificultad de un desembarco; la absoluta carencia de armas, de soldados, de municiones, y hasta de pretesto ó de razon para sublevar al pueblo, y finalmente, un cautiverio asegurado ó una trágica muerte sobre el territorio mismo de un reino que no podia reconocer dos reyes.

Nada fué bastante para apartarle de su propósito: el vértigo del trono le habia cegado completamente. Estaba resuelto á no mirar las cosas ni los hombres sino por el lado que halagasen sus deseos y que le reflejasen los falsos y deslumbradores colores de su viva y ardiente imaginacion. Lleno de inteligencia, pero irreflexivo como todos los naturales del Mediodía, Murat tuvo necesidad toda su vida de una cabeza que pensase por él. Siempre que habia pretendido marchar por sí solo, se habia estraviado, por que su imaginacion, aunque fogosa, carecia de luces, y asi es que mas bien que para ilustrarle, servia para deslumbrarle.

XXII.

Cuando luchaba con tales perplejidades, y cuando ya su corazon, que se habia decidido mucho antes que su cabeza, se inclinaba de hecho por verificar un desembarco en Nápoles, tuvo lugar la llegada de su antiguo ayudante de campo, su corresponsal y su negociador en París, el coronel Macerone, el cual venia á la isla con la correspondiente autorizacion del gobierno, y habia pedido pasar á Vescovato para presentar al rey la decision y los salvoconductos de las potencias. Pero era ya demasiado tarde, puesto que el rey no cesaba de repetir este axioma, con el cual trataba de escusar su heróica resolucion: «A un rey que ha perdido su corona, solo le resta la muerte de un soldado.» Por lo demas, él tenia el convencimiento, y asi lo repetia sin cesar á sus familiares, de que si se entregaba á la aparente generosidad de la Europa, su tumba no tardaria en erigirse al lado mismo de su prision.

Macerone, antes de presentarse á su antiguo amo, confió al comandante de Bastia y á los agentes ingleses y napolitanos, que se hallaban en aquel puerto, á fin de retraer á Murat de su empresa, la mision de que venia encargado respecto del rey. Vió entre otros á los dos hermanos Carabelli, naturales de Córcega, y que habian servido en otro tiempo en el ejército inglés y enviados confidencialmente desde Nápoles por el ministro de la policía Médicis, no para provocar á Murat, como algunos han creido, sino para hacerle desistir de su empeño. La córte de Nápoles habia concebido ya algunas sospechas, por lo cual estaba vigilante, pero no creia necesario armar un lazo que costase la vida á un hombre que por sí solo se iba á precipitar á impulsos de aquel vértigo.

Macerone y los dos Carabelli, el uno por interés del rey y del mejor éxito de su negociacion, y los otros por interés de Nápoles y del ministro Médicis que los pagaba, se vieron en Bastia, conferenciaron con el gobierno militar de aquella villa, y sabiendo que Murat se dirigia á Ajaccio por un camino, marcharon allá por otro á fin de ver si con sus consejos conseguian detenerle todavía.

XXIII.

Mas nada era ya bastante á hacerle variar de parecer. El dia 17 de setiembre montó á caballo en Vescovato rodeado de su pequeño ejército de voluntarios y de todos los clientes de la familia de Colonna, dirigiéndose á Ajaccio, segunda capital de la isla, al grito de ¡*Viva el rey de Nápoles*! y rodeado de los votos de todas las poblaciones que su gracia, su familiaridad, su marcial elocuencia y su renombre habíanle conquistado durante su larga permanencia entre los Colonnas. Aquel ejército se componia, en primer lugar, de los generales Francesqueti y Natali, que se habian reunido con él en Córcega, de varios oficiales y soldados que se hallaban en la isla sin objeto alguno, ó que habian acudido á ella atraidos por el eco de su fama, de lo mas escogido de los condottieri, á quienes las recíprocas é incesantes venganzas de las familias, hacian lanzarse á los bosques, y por último, de los pastores de altos pastos de la isla y de aquellos jóvenes de las aldeas que guardan sus ganados ó labran la tierra con el fusil á la espalda, y á los cuales el hábito de manejar las armas, hace aguerridos desde la infancia. Murat, vestido con el trage regio y guerrero al mismo tiempo, con el cual afectaba fascinar los ojos del soldado francés, seguido de los principales gefes de la familia que le habia dispensado hospitalidad, de sus ge-

nerales, de grande uniforme, y detrás los guias de su vanguardia de montañeses, marchaba al frente de aquella columna, que seria escolta para unos, ejército para otros, segun que las puertas de Ajaccio, á donde ya habia enviado algunos de sus confidentes, se abriesen ó se cerrasen á su nombre.

Montaba uno de esos caballos corsos de larga crin, cuyo seguro pie, ojo de fuego, corazon ardiente y oido acostumbrado al estrépito de las armas, constituyen el caballo de batalla de aquellas guerras de montaña. Las rocas, las quebradas, las encrucijadas de los bosques hallábanse cubiertas de mugeres y de niños que se habian agrupado por el camino á fin de ver pasar á un héroe y á un rey

La salvage magnificencia de los paisages que tenia que recorrer, añadia algo de grandioso, de pintoresco y de oriental á aquel espectáculo. Los incultos senderos por los cuales habia que atravesar el corazon de granito de la isla para llegar á Ajaccio tan pronto se elevaban, penetraban ó serpenteaban á través de las montañas, de las quebradas, de los abismos, de los bosques seculares de abetos, de encinas de castaños, cuya elevacion los hace innaccesibles á la segur del leñador; Alpes meridionales rodeados por un vasto y estenso mar en donde el profundo esplendor del firmamento, la soledad, la aspereza y la magestad silenciosa de la naturaleza, imprimen en el hombre la energia, la elevacion y la profundidad tan propias de aquellos lugares.

XXIV.

Los pueblos todos por donde Murat debia pasar, que estaban advertidos de su tránsito, orgullosos de darle hospitalidad y fanatizados de antemano en favor suyo por

sus emisarios, salian á recibirle con sus autoridades, magistrados y sacerdotes á la cabeza. La primera noche la pasó en Cotona, en casa del cura Galvani, hermano del que en calidad de comisario general de campaña seguia al rey, formando parte de su estado mayor, continuando en dicho pueblo todo el dia 18 á fin de reclutar nuevos soldados. El 19 almorzó en el lugarcillo de Peselli Damiani, alojándose en la casa mas principal, propia de un tal Manuelli. Atravesando en seguida con su comitiva, que á cada paso esperimentaba nuevo incremento, las elevadas gargantas de la Serra, acampó por la noche en San Pedro de Venaca. El cura de Vivavo, Pantalucci, le dió hospitalidad el 20 y le acompañó con sus aldeanos todo el resto de aquel dia á través de los primitivos bosques de Rizzavona. Al bajar á Bouochano, salióle al encuentro el teniente coronel Bouelli, con toda la cohorte de su pueblo. Detúvose el rey en este pueblo para aguardar el resto de su pequeño ejército, que marchaba mas lentamente que él; y envió á Ajaccio para anunciar su llegada é intenciones al general Franceschetti, encargado de parlamentar si era preciso con los principales de la ciudad y con las autoridades reales. Murat debia esperar en Bocognano el resultado de aquellas conferencias.

XXV.

Franceschetti se dirigió desde luego á casa de los Arrighi, familia que habia sido colmada de dones, de títulos y de favores de Bonaparte, y allí encontró reunidos á todos los principales individuos de la familia del emperador, residentes ó refugiados en la isla. El resentimiento que alimentaban aquellos parientes de Napoleon contra Murat, á quien acusaban de haber contribuido á su ruina, y la prudencia natural de aquellos isleños que les hacia te-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mer mas que á otros el aparecer complicados en complots contra los Borbones, á los cuales su solo nombre les bastaba para hacerles sospechosos, hacian que de aquel consejo de familia se desprendiese una inflexible aversion contra la temeridad del rey de Nápoles. Dirigieron al general las mas amargas é injuriosas quejas contra un rey que, despues de haber sido coronado por mano de su familia y despues de haberla combatido hasta la coalicion, venia aun á perseguirla con su ambicion y á perderla hasta en la misma isla en donde se hallaba llorando sus desgracias, y terminaron encareciéndole á Francescheti con la mayor severidad que procurase disuadir á su señor de entrar en Ajaccio, dando asi á una poblacion sumisa y tranquila toda la apariencia de una ciudad sublevada contra el rey de Francia. Francescheti volvió para trasladar al rey las malas disposiciones en que se encontraban sus parientes; pero Murat, rodeado á la sazon por su ejército todo entero, é invitado por el entusiasmo menos reflexivo del pueblo y de la tropa de la guarnicion de Ajaccio, nada escuchó, y volviendo á montar á caballo, tomó la direcion de la ciudad.

XXVI.

Su entrada fué un completo triunfo. El pueblo no hacia caso de sus autoridades. Los magistrados civiles y el comandante militar apenas pudieron contener á los quinientos soldados franceses que formaban la guarnicion del fuerte, cuyas puertas les interceptaron á fin de impedirlos que se reuniesen con el pueblo y con el ejército del rey. Veíaseles sin armas y echados de brazos en los parapetos de las fortificaciones, contemplar la entrada triunfal del antiguo hermano de armas de su emperador, aplaudir las demostraciones de júbilo de la multitud y

mezclar sus gritos de: *¡Viva el rey de Nápoles!* con las aclamaciones del ejército, de la ciudad y hasta del puerto. Murat se negó, sin embargo, á aceptar el palacio público en que el pueblo queria hacerle entrar como en señal de soberanía. Hízose conducir á una sencilla casa de posada situada en la plaza, y antes de apearse del caballo arengó al pueblo que se apiñaba en torno suyo, diciéndole que él no habia venido á Ajaccio á pedir una simple é inofensiva hospitalidad, y que si su presencia pudiese ser acaso una causa de sedicion ó de inquietud para el vecindario, se volveria al instante á salir de la ciudad. Envió á sus oficiales á que repitiesen las mismas seguridades á las autoridades, mostrándose al parecer muy satisfecho de haberlo asi verificado, no queriendo llevar mas allá la victoria de lo que permitian su objeto, dichoso en estremo al verse protegido en sus designios por aquel ascendiente de su popularidad y por aquel papel de rey que estaba representando por la última vez en la isla de su bienhechor y de su enemigo.

XXVII.

«Su magestad el rey de Nápoles os pide un asilo» escribia él al *maire* de Ajaccio por medio de su gefe de estado mayor. «Ha querido dar la preferencia al punto donde vive su familia, porque cree hallarse en medio de los suyos cuando se ve entre los habitantes de esa villa. Vivirá en ella como un simple particular, y nada mas reclama de las autoridades que la proteccion que se debe al honor y á la desgracia.»

El oficial de marina Blancard, que hacia las veces de su secretario, escribió bajo el dictado de Murat al coronel Verriere, que mandaba la division militar, un estenso despacho con objeto de que se le diese publicidad,

el cual decia asi: «El rey ha leido con indignacion vuestra proclama contra él, dirigida á los habitantes de la isla y á las tropas; semejante proclama es indecente y engañosa, y en ella se denuncia al puñal de los asesinos al rey y á las personas que han dado asilo á un príncipe desgraciado, á un capitan cuyos servicios, rango y vicisitudes que ha sufrido, le hacen sagrado para todas las naciones civilizadas.»

Murat gozaba con una especie de embriaguez del imperio que ejercia sobre la poblacion de Ajaccio. Contemplaba á cada momento las demostraciones que tenian lugar al pie de sus ventanas, y se las hacia notar á sus amigos, viendo en ellas el augurio del entusiasmo que muy pronto debia encontrar en el territorio de su reino. Apresuraba todo lo posible los preparativos de su espedicion, que se estaba preparando en el puerto con entera libertad y á la vista de las autoridades que no trataban de evitarlo y de los soldados de la guarnicion, cómplices de ella con todo su corazon. Murat se deshizo ademas de todas sus alhajas para procurarse los fondos necesarios al equipo de su pequeña escuadra.

XXVIII.

Mientras esto tenia lugar, acaeció la llegada de Macerone y de los hermanos Carabelli. Aquel oficial solicitó una audiencia de su antiguo señor, que le fué acordada en el instante mismo. La posada que el rey habitaba no tenia mas distintivo que la bandera de las Dos Sicilias que ondeaba sobre la puerta, y los centinelas y montañeses armados que guardaban la entrada. Macerone, que fué recibido por el rey con benovolencia, pero con cierto embarazo, dióle cuenta del éxito de su negociacion y le entregó una nota del príncipe de Metternich que contenia

las condiciones con que al rey de Nápoles se concederia la hospitalidad del Austria. Aquellas condiciones eran las siguientes:

1.ª Que el rey adoptaria un nombre de simple particular.

2.ª Que elegiria un punto de residencia en una ciudad ó en el campo, bien fuese en la Bolonia ó en la Alta Austria.

3.ª Que empeñaria su palabra de no abandonar los Estados austriacos sin consentimiento del emperador, y que quedaria sometido en un todo á las leyes del pais.

A estas condiciones acompañaba un pasaporte para Trieste á fin de que el rey pudiese hacer uso de él. Tomó éste el pasaporte y se reservó discutir sobre las condiciones apenas se hubiese reunido á su familia, respuesta harto ambigua y que hacia recordar tambien la ambiguedad de su posicion entre Nápoles y los aliados en 1814. Una vez provisto del pasaporte por si la suerte le era contraria en la espedicion que iba á intentar, y libre aun de las condiciones, que pensaba no aceptar si aquella le salia bien, rehusó, bajo el pretesto de la omision que de su título de rey se advertia en los despachos, la oferta que le hacia, por escrito, el capitan de una fragata inglesa puesta á su disposicion por el gobierno británico á fin de conducirle á Trieste.

Los dos hermanos Carabelli fueron admitidos en seguida á su presencia y se esforzaron en demostrarle los peligros de su empresa, sin poder conseguir convencerle. Murat los invitó á comer con él, asi como á Macerone, asistiendo ademas á aquella comida los generales Natali, Francescheti, seis coroneles y sus principales oficiales. Hablóse en ella de Waterloo. «¡Ah! esclamó el rey, si yo me hubiese encontrado alli, tengo la seguridad de que la suerte del mundo hubiera sido otra. La caballería francesa se vió comprometida por la demencia, y la sacrificaron dividiéndola, cuando una carga en masa hubiera de-

cidido completamente la victoria!» Su ánimo parecia despejado, su serenidad dulce y agradable, y su conversacion tan variada como indiferente.

Despues de comer hizo pasar á Macerone á su habitacion y le dijo que la primera respuesta ambigua que él le habia dado por la mañana al escuchar las ofertas del Austria, tenia un doble sentido que no sentaba bien con su lealtad y con su rango, por lo cual la rechazaba, pero que iba á darle otra mas franca y mas sincera acerca de sus verdaderas intenciones, y sentándose en su escritorio, escribió de su propio puño una carta en que se espresaban sus agravios y sus pensamientos sin reticencia alguna.

«Yo aprecio mi libertad, decia aquella carta, mas que todos los bienes de este mundo. El cautiverio ó la muerte son para mí una misma cosa. ¿Qué conducta puedo yo esperar respecto á mí, de parte de aquellos que han pagado en Marsella asesinos que acabasen conmigo? Yo he salvado la vida al marqués de Riviere que estaba condenado á morir en el cadalso; yo fuí el que conseguí el perdon del emperador. ¡Execrable cosa sin embargo! ¡Ese mismo hombre ha sido el que provocó contra mí los asesinos y el que puso á precio mi cabeza!!! Errante y fugitivo por los bosques y montañas, confié mi vida á la generosidad de tres oficiales franceses, que me han conducido á Córcega con no poco peligro de las suyas propias. ¿Y todavía hay miserables que digan que yo he sacado tesoros de Nápoles? Antes muy al contrario, he gastado allí en beneficio y provecho de mi reino cuantas riquezas llevaba conmigo de mi principado de Berg. No me es posible, pues, aceptar las condiciones que me presentais, Mr. Macerone! Esa es mi abdicacion, y no se me concede mas que la vida.... ¿Es ese el respeto que se debe á un desgraciado soberano reconocido por la Europa entera, y que en un momento crítico decidió de la campaña de 1815, en favor de esas mismas potencias que

hoy dia le persiguen con su odio y con su ingratitud?... ¡Yo no he abdicado aun! ¡Conservo todavía el derecho de recobrar mi corona si Dios me concede fuerzas y recursos para ello!.... ¡Mi presencia en el territorio de Nápoles no podrá engañar á nadie, pues que yo no puedo estar en correspondencia con Napoleon, cautivo en Santa Elena!... Cuando esta carta llegue á vuestro poder, ya estaré yo surcando los mares y caminando hácia mi destino. O he de conseguir lo que me propongo, ó pondré fin á mis dias con mi empresa. Mil veces he arrostrado la muerte peleando por mi patria, ¿no me será lícito arrastrarla una vez siquiera por mi propia causa?.... ¡Un cuidado me asalta solamente, y este es el porvenir que le está reservado á mi familia!...»

Despues de escritas estas líneas y entregadas á un secretario para que las copiase, las firmó y se despidió con un abrazo de su antiguo ayudante de campo.

XXIX.

Un cañonazo que resonó á la una de la madrugada y en el silencio de la noche, despertó sobresaltado á Macerone, el cual comprendió que aquella era la señal de embarque dada por el rey á sus compañeros de guerra y de azares. Con efecto, acababa en aquel momento de embarcarse con ellos, y aquel cañonazo fué á poco seguido de otros varios disparos por las baterías del fuerte de Ajaccio. Aquel fué el vano simulacro de oposicion á la marcha del rey de Nápoles, que á duras penas pudieron conseguir de sus soldados los oficiales de la guarnicion. Los artilleros, favoreciendo en secreto la aventurada causa de Murat y contenidos al mismo tiempo por la disciplina en una aparente neutralidad, habian cargado las piezas como para disparar sobre la escuadra; pero al ve-

rificarlo habian de propio intento dirigido los disparos al aire. Tales descargas, perdidas entre las olas, fueron mas bien que una hostilidad una salva. El rey y su ejército vogaban ya á todo esto en plena libertad hácia los costas de Italia.

Seis embarcaciones ligeras, barcas con cubierta, faluas y bombardas componian toda la flotilla del rey. El buque que montaba el rey lo mandaba el baron Barbara, capitan de fragata al servicio de Nápoles; Courand mandaba el segundo, teniendo bajo sus órdenes al capitan Pernice y al teniente Maltedo; el tercero iba á las órdenes de Ettove; el cuarto á las de Mattei y el quinto á las de Semidei. El sesto buque, que era mas rápido y manejable que ninguno, servia de aviso é iba al mando de un simple piloto, llamado Cecconi.

Los oficiales y los doscientos cincuenta hombres entre sargentos y soldados que componian toda la fuerza de desembarco del rey, iban distribuidos en aquellas frágiles embarcaciones, en la proporcion que su mayor ó menor cabida lo permitia. La flotilla seguia á la vela y á la vista de Córcega, el 28 de setiembre al amanecer. El 29 bogaba lentamente por falta de viento. El 30 un fuerte viento la arrojó á la costa de Cerdeña, en donde estuvo á punto de encallar. Los buques que iban mas cargados se guarecieron por espacio de un dia entero en la ensenada de la isla desierta de Tavolora, vasto escollo que presenta la forma de un altar de la antiguedad, que se destaca de la Cerdeña.

Desplegaron de nuevo sus velas el dia 2 de octubre, estuvíeron luchando trabajosamente con las olas por espacio de cinco dias y cuatro noches, hasta que por fin al caer la noche del 6 se elevaron á la altura de las costas de Calabria y á la vista de las montañas de Paolo. La tierra aparecia entonces á unas tres leguas de la proa de los buques, que acababan por fin de reunirse.

XXX.

El gefe de la flota, Barbara, dió órden de apagar las hogueras que hubiese sobre cubierta, por temor de descubrir la presencia en la costa de buques desconocidos. Se convino en que las embarcaciones marcharian en conserva, y se harian las señas que fuesen necesarias por medio de piedras de chispa golpeadas con el eslabon, á fin de que los vigías del puerto pudiesen confundir aquellas luces fugitivas con las emanaciones fosforecentes de la mar en las noches de verano. El viento soplaba del lado de las montañas de la Calabria, como si la Providencia hubiera querido apartar al rey de su perdicion. Las embarcaciones que se veian obligadas á bordear con el mayor trabajo sobre un mar en calma para poder alcanzar tierra al fondo de la rada de Paolo, se separaron unas de otras en la obscuridad de la noche, por efecto de una ráfaga de viento destacada, despues que hubo aparecido la luna, de las tormentosas gargantas de la Calabria Citerior. Apartado de su primitivo objeto por el mar y por el viento, el rey entró, á la hora del alba, en la rada desierta de San Lúcido con dos de sus buques solamente, á fin de aguardar allí á los otros que se habian dispersado.

XXXI.

Ancló, pues, á alguna distancia de la playa y dió órden al gefe de batallon, Ottaviani, de que bajase á tierra con un solo marinero á fin de sondear la opinion de las gentes del pais y recoger algunas noticias. Mas Ottaviani y el marinero no pudieron lograr su objeto por haber sido detenidos á algunos pasos de la playa por los habi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

rificarlo habian de propio intento dirigido los disparos al aire. Tales descargas, perdidas entre las olas, fueron mas bien que una hostilidad una salva. El rey y su ejército vogaban ya á todo esto en plena libertad hácia los costas de Italia.

Seis embarcaciones ligeras, barcas con cubierta, faluas y bombardas componian toda la flotilla del rey. El buque que montaba el rey lo mandaba el baron Barbara, capitan de fragata al servicio de Nápoles; Courand mandaba el segundo, teniendo bajo sus órdenes al capitan Pernice y al teniente Maltedo; el tercero iba á las órdenes de Ettove; el cuarto á las de Mattei y el quinto á las de Semidei. El sesto buque, que era mas rápido y manejable que ninguno, servia de aviso é iba al mando de un simple piloto, llamado Cecconi.

Los oficiales y los doscientos cincuenta hombres entre sargentos y soldados que componian toda la fuerza de desembarco del rey, iban distribuidos en aquellas frágiles embarcaciones, en la proporcion que su mayor ó menor cabida lo permitia. La flotilla seguia á la vela y á la vista de Córcega, el 28 de setiembre al amanecer. El 29 bogaba lentamente por falta de viento. El 30 un fuerte viento la arrojó á la costa de Cerdeña, en donde estuvo á punto de encallar. Los buques que iban mas cargados se guarecieron por espacio de un dia entero en la ensenada de la isla desierta de Tavolora, vasto escollo que presenta la forma de un altar de la antiguedad, que se destaca de la Cerdeña.

Desplegaron de nuevo sus velas el dia 2 de octubre, estuvíeron luchando trabajosamente con las olas por espacio de cinco dias y cuatro noches, hasta que por fin al caer la noche del 6 se elevaron á la altura de las costas de Calabria y á la vista de las montañas de Paolo. La tierra aparecia entonces á unas tres leguas de la proa de los buques, que acababan por fin de reunirse.

XXX.

El gefe de la flota, Barbara, dió órden de apagar las hogueras que hubiese sobre cubierta, por temor de descubrir la presencia en la costa de buques desconocidos. Se convino en que las embarcaciones marcharian en conserva, y se harian las señas que fuesen necesarias por medio de piedras de chispa golpeadas con el eslabon, á fin de que los vigías del puerto pudiesen confundir aquellas luces fugitivas con las emanaciones fosforecentes de la mar en las noches de verano. El viento soplaba del lado de las montañas de la Calabria, como si la Providencia hubiera querido apartar al rey de su perdicion. Las embarcaciones que se veian obligadas á bordear con el mayor trabajo sobre un mar en calma para poder alcanzar tierra al fondo de la rada de Paolo, se separaron unas de otras en la obscuridad de la noche, por efecto de una ráfaga de viento destacada, despues que hubo aparecido la luna, de las tormentosas gargantas de la Calabria Citerior. Apartado de su primitivo objeto por el mar y por el viento, el rey entró, á la hora del alba, en la rada desierta de San Lúcido con dos de sus buques solamente, á fin de aguardar allí á los otros que se habian dispersado.

XXXI.

Ancló, pues, á alguna distancia de la playa y dió órden al gefe de batallon, Ottaviani, de que bajase á tierra con un solo marinero á fin de sondear la opinion de las gentes del pais y recoger algunas noticias. Mas Ottaviani y el marinero no pudieron lograr su objeto por haber sido detenidos á algunos pasos de la playa por los habi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

tantes, circunstancia de mal agüero, que no dejó de alarmar á los compañeros de Murat. Ya desde la víspera habia principiado á notarse en las tripulaciones cierto silencio y cierta vacilacion muy estraña. Hubiérase dicho que la vista de la costa les habia representado de pronto todo lo arriesgado de la empresa que iban á intentar, y que desde lejos habia desaparecido en sus ánimos bajo las ilusiones de la distancia. Las orillas del mar les enviaban aquellos presentimientos.

A aquellos hombres no les guiaba para verificar su desembarco, causa alguna personal, ni el deber, ni la patria, ni el honor, ninguno de aquellos motivos, en fin, que hacer cobrar ánimo al verdadero heroismo y que sostienen la constancia. Aventureros que buscaban una fortuna fácil y una gloria caprichosa en una empresa en que ellos, en el fondo no tenian interés alguno, era mas que probable que la mas pequeña duda acerca del éxito los abatiese, y el menor obstáculo les hiciese perder el camino. Comenzaron, en efecto, á entrever su temeridad y á volver atrás la vista, sin que unos á otros se atreviesen á confesarlo todavía.

XXXII.

El dia iba trascurriendo entretanto, y el rey no veia volver á aparecer sus embarcaciones. El piloto Cecconi, que mandaba la barca que servia de aviso, única que permanecia al costado de la del rey en la rada de San Lúcido, fué enviado por Murat al caer el dia á ver si descubria por toda la estension del mar ó detrás de los cabos inmediatos, á las otras barcas y traerlas consigo. Cecconi descubrió en efecto la embarcacion que mandaba Courand y la hizo reunirse con la del rey; mas preguntado aquel si sabia qué habia sido de los otros dos buques,

respondió que los habia perdido de vista desde el huracan que los habia separado la víspera. Dos oficiales de las tropas de tierra, que pertenecian á la tripulacion de la barca que mandaba aquel capitan, confiaron á Murat las sospechas que habian concebido acerca de las intenciones de Courand, el cual, segun creian, estaba tramando un complot con la gente de su buque, para desertarse y abandonar al rey. Murat le hizo llamar á bordo de su barca, y le recordó los beneficios de que le habia colmado en Nápoles, aparentando al mismo tiempo tener en él mas confianza que en los demas, á fin de apartar de su ánimo toda idea de engañarle.

Sin embargo de esto, el rey, por prudencia, mandó al capitan Barbara, gefe de la flotilla, que remolcase el buque de Courand para quitar á aquel marino todo pretesto de separarse de la escuadra, pues el buque que llevaba á sus órdenes conducia 50 hombres escogidos, todos sargentos y soldados de los mas aguerridos y dispuestos de toda la espedicion.

A media noche levaron anclas los tres buques en medio del mas profundo silencio, y la flotilla se dió á la vela con direccion de otro punto diferente de la costa esperando quizá encontrar en la mar á las otras barcas. Pero antes de que el dia pudiese venir á descubrir su fuga, el capitan Courand habiendo hecho bajar de cubierta á sus soldados á fin de ocultarlos, como él decia, á la vista de los vigías de la costa, cortó durante su sueño el cable que le sujetaba á la popa del aviso, y perdiéndose entre la niebla, hizo rumbo en direccion á Córcega, diciendo al despertarse á los soldados, que el rey habia desistido de su empresa y le habia mandado marchar delante de él á Trieste.

XXXIII.

El rey, á los primeros albores de la mañana, quedó asombrado al ver realizada la desercion de Courand, que despues de haber servido siete años en su guardia, faltaba á su bienhechor en momentos tan críticos y supremos. Viéndose, pues, sin mas gente que la que componia su propia tripulacion y el puñado de hombres embarcados con el piloto Cecconi, el rey vaciló ya en su resolucion, y llamando al comandante de la flotilla, Barbara, le dió órden de volver proa en direccion de Trieste. Barbara le manifestó que su gente no se hallaba en estado de soportar una tan larga navegacion por el Adriático en la carencia de víveres y de marineros en que se hallaban, y le propuso que él en persona desembarcaria en el pequeño y vecino puerto de Pizzo, en donde fletaria otra embarcacion mas sólida, se haria con víveres y marineros y vendria á reunirse con él, que aguardaria entretanto su regreso á bordo del aviso. Mas para que todo aquello tuviese lugar era preciso que el rey confiase á Barbara los pasaportes del Austria para Trieste, únicos documentos que podian poner á cubierto en tierra firme su desembarco, su persona y sus transacciones y el rey no queria desprenderse de aquellos salvo-conductos que él se reservaba sin duda alguna como un último recurso de fuga en caso de un desastre. Barbara por su parte, se negaba á pasar á tierra sin aquella garantía indispensable para su seguridad originándose de aqui un grave altercado entre el rey y aquel marino.

«Ya lo oís, esclamó Murat indignado dirigiéndose á sus oficiales; ¡se rehusa obedecerme! ¡Pues bien, yo mismo voy á desembarcar! ¡Mi memoria está bien fresca en

el corazon de los napolitanos, y estoy seguro que no dejarán de reconocerme!»

Mandó entonces á todos sus oficiales que se pusiesen los uniformes, y habiendo hecho presente el general Natali que él no habia traido el suyo, el rey reprendió en alta voz por aquella negligencia ó quizá prudencia á su lugar teniente. «¡No era por cierto cuando me seguais en busca del peligro, le dijo, cuando debísteis olvidaros del trage del combate!»

Mientras tenían lugar á bordo tales altercados, tales quejas y tales reconvenciones, el viento fresco comunicaba su impulso en medio de un tiempo el mas bonancible, á los dos buques en direccion de las costas de Calabria, en las cuales y á mitad de la costa se distinguia el castillo, las azoteas de las casas y el pequeño puerto de Pizzo. Esto acontecia el 8 de octubre á las once de la mañana. El cielo parecia sonreirse como un adulador que está echando sus redes.

XXXIV.

En el momento en que los dos buques echaban el ancla como á distancia de dos cables de una playa desierta y á la inmediacion del puerto de Pizzo, los generales y los oficiales quisieron preceder al rey al saltar á tierra, mas éste los contuvo con un ademan, y haciéndoles pasar á su espalda sobre el puente: «A mi me corresponde, les dijo, pisar el primero ese campo de gloria ó de muerte, asi como me pertenece tambien la responsabilidad,» y al concluir estas palabras, se lanzó resueltamente sobre la arena de la playa. Los dos generales Franceschetti y Nattali, acompañados de veinte y cinco oficiales, de los sargentos, soldados y demas al servicio de su persona, se

agruparon en torno suyo y siguieron sus pasos, sus movimientos y sus ademanes.

La presencia en la playa de aquellas embarcaciones estrañas, el número y trages de los pasageros, el haber echado el ancla antes de ser visitados por los guarda-costas, el tumulto, la rapidez, el estruendo del desembarco, todo ello habia despertado la atencion de los marineros del puerto. El sitio de la playa en donde el rey acababa de saltar en tierra se veia cubierto de grupos poco numerosos pero admirados é indecisos y manteniéndose á cierta distancia del rey y de su séquito. Un piquete de artilleros de marina, compuesto de quince soldados, que acababa de salir de una torre aislada que les servia de cuerpo de guardia, se adelantó, al oir aquel bullicio, hácia donde estaba el rey, pero mostrando cierta irresolucion. Aquella tropa conservaba aun el uniforme de su ejército.

«Hé ahi mis soldados, esclamó Murat dirigiéndose á ellos; ¡hijos mios! ¡reconoced á vuestro rey!» Y diciendo estas palabras quitóse el sombrero, levantando con altivez su hermosa cabeza, iluminada por los rayos del sol y agitando sus largos cabellos que flotaban sobre el cuello como si quisiese imprimir en la imaginacion de los soldados aquella marcial figura que tantas veces se habia ofrecido ante su vista, ya en las revistas como en los campos de batalla. «¡Sí, yo soy, yo soy vuestro rey Joaquin! ¡Decidme, pues, si me reconoceis y si estais dispuestos á seguirme y á servirme todavía, á mí que soy el amigo de los soldados, el hermano de los napolitanos!»

Los compañeros de Murat apoyaban aquellas palabras y aquellos ademanes de su gefe, levantando al aire sus sombreros, gritando: ¡*Viva el rey Joaquin*! y tendiendo la mano á los soldados y á los calabreses, que con el aliciente de aquel espectáculo se agrupaban en derredor de ellos. Los soldados que se veian sin gefe alguno, petrificados con la repentina aparicion de un rey tan querido,

cuya imágen se conservaba en la imaginacion de los habitantes de aquellos poéticos lugares como si fuera la de un héroe, bajaron sus armas ante él. Unos cuantos de los que se hallaban presentes respondieron maquinalmente con el grito de: ¡*Viva el rey Joaquin*! mientras que otros se alejaron y guardaron silencio á fin de ver venir los sucesos. Cinco ó seis fueron los únicos que manifestaron hallarse prontos á seguirle y á combatir bajo sus órdenes para reconquistarle su trono y librar el reino de la tiranía de los austriacos.

XXXV.

Durante este coloquio, los habitantes de Pizzo, informados ya por el rumor público del desembarco de cierto número de hombres armados que proclamaban al rey Joaquin y que traian á su frente á aquel príncipe proscrito, acudian por todas partes, dudándolo todavía, hácia la playa en que los arengaba Murat. Mas á poco, parando la atencion en el corto número de los que le acompañaban, en aquellas dos barcas desmanteladas que se veian en la mar, en aquel puñado de sargentos y soldados sardos, corsos y genoveses, curtidos por el sol, pálidos por efecto de la brisa del mar, con sus uniformes manchados de espuma y de arena, que mas se asemejaban á una banda de piratas que á la escolta de un rey, pasaban de la incredulidad al asombro, del asombro al desprecio, y del desprecio á la indignacion y á la cólera. Los unos rodeaban al rey desde una cierta distancia, que mas bien parecia repulsion que respeto; otros decididos ya por el últrage, se dirigian murmurando á la ciudad en busca de sus fusiles para combatir en nombre de su legítimo rey, al usurpador y al proscripto que venia á tentar su fidelidad.

Las Calabrias eran el punto de desembarco que peor

podia haber elegido Murat para suscitar una sublevacion en nombre de la popularidad de los franceses. Aquellas provincias, las mas fanáticas y las mas belicosas del reino, vecinas de la Sicilia, en donde la antigua córte las sostenia siempre en el odio mas reconcentrado respecto á la dominacion francesa, sublevadas en 1799 por el cardenal Ruffo, á quien proclamaron á la vez por su general y su pontífice, habiánse seguido agitando despues sin cesar en conspiraciones á favor de los Borbones; pero contenidas al fin por el terror, pacificadas en fuerza de oprimirlas, diezmadas, fusiladas al primer síntoma de agitacion que se sentia, por el general francés Marchés, habian vuelto á sublevarse de nuevo al solo anuncio de los primeros desastres de los franceses en la Baja Italia.

Presentar á aquellas provincias recientemente instaladas bajo el gobierno de su antigua familia real y de sus prelados, el pendon de una dinastía francesa, era lo mismo que presentarles el pendon de la traicion, de la usurpacion, de la irreligion y de la tiranía. Las Calabrias eran para Murat lo que hubiera sido para Napoleon, que era su modelo, un desembarco en la Vendée tres meses despues de la restauracion vendeana de los príncipes de la casa de Borbon.

Si hubiera estado mas cerca de Nápoles y de las provincias del centro del reino, Murat hubiera tenido, á no dudarlo, mayores probabilidades y mas opiniones populares en su favor.

Ya el pueblo se reunia, se preguntaba, se escitaba á la fidelidad y se armaba obedeciendo á la voz de los principales vecinos de la ciudad, en la plaza de Pizzo. Murat, entretanto, perdia lastimosamente el tiempo en aguardar un movimiento en su favor, que no pensaba siquiera en estallar. La playa cada vez estaba mas desierta; el vacío aparecia por todas partes: ¡fatal misterio! Allí donde florece la fortuna, allí es preciso buscar á los hombres.

XXXVI.

Las relaciones de parentesco que siempre han existido entre la casa real de Nápoles y la de España, y la doble dominacion de ambos reinos por una misma dinastía, han dejado en las provincias de Sicilia ó de Nápoles inmensos feudos á varias familias de la grandeza española. El duque del Infantado poseia considerables territorios en los alrededores de Pizzo. El agente ó apoderado del duque ejercia en la poblacion de aquella villa aquella influencia y aquella autoridad que crea siempre un generoso dominio sobre un pueblo de vasallos. Aquel agente, pues, tan popular en Pizzo, y muy decidido por la casa de Borbon, cuya causa defendia heróicamente en España su señor, apenas tuvo noticia del desembarco de Murat, cuando se presentó en la plaza, se mezcló entre los grupos que trataban de leer en su pensamiento, y haciendo ver al pueblo el crímen y la demencia que llevaba en sí una sublevacion contra el legítimo soberano, y el honor y el alto precio de una decidida fidelidad, arrastró sin gran trabajo todos los ánimos, ya de por sí enfurecidos, en contra de los intentos de Murat, y por todas partes resonó el grito de «¡*A las armas!*» seguido de mil imprecaciones y amenazas de muerte dirigidas contra aquel. Solo aguardaban ya para emprender el ataque el reunirse en número mas crecido y el contar con armas mejor templadas.

XXXVII.

Dos jóvenes de Monteleone, villa inmediata á la capital de la Calabria, los cuales acababan de ser testigos de aquella fermentacion del pueblo, y parecian tomars

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

algun interés por los desembarcados, se dirigieron á la playa, y habiéndose aproximado al rey le refirieron lo que estaba sucediendo en la villa, y le advirtieron del peligro que corria de permanecer en la costa, aconsejándole por último que se lanzase resueltamente en direccion de Monteleone, en donde la opinion, que era mas favorable y la guarnicion mas asequible, le abririan las puertas de su reino, y ellos mismos se ofrecieron á servirle de guias. Murat, sin tener siquiera tiempo para reflexionar, y repugnándole el tener que volver á embarcarse cuando aun le era posible hacerlo, tomó aquel consejo por una inspiracion. Aceptó por guías á los dos calabreses, y haciendo seña á los suyos de que se levantasen, dió órden á los artilleros de que le siguiesen. Varios de aquellos soldados le siguieron en efecto, mas bien por el hábito de obedecer que por decision por su causa: tanto es lo que puede sobre los soldados el prestigio del mando y el uniforme.

XXXVIII.

Aquella débil columna, compuesta en su totalidad de 40 á 50 personas, entre las cuales habia aun que contar no pocos curiosos y algunos enemigos, emprendió, siguiendo los pasos de Murat y de los guias, la rápida senda que se eleva á través de las colinas, y que conduce á Monteleone, dejando á Pizzo á la derecha y á sus pies la mar. Los uniformes y los fusiles de la escolta del rey brillaban desde lejos, y á través de los troncos de los olivos, casi ya en lo mas elevado de aquella subida y cerca de la meseta en que el camino principia á hacerse mas llevadero, mientras que una columna mucho mas compacta, menos brillante y mas sombría, armada de largas carabinas y ostentando grandes sombreros calabreses, principiaba á formarse á la puerta de la villa y en la misma playa, sin que pudiese distinguirse claramente si su objeto era adherirse ó acaso combatir á la columna del rey.

El mismo Murat no sabia á punto fijo á qué atenerse; pues como todos los hombres que intentan acometer un imposible, gustaba de recrearse en ilusiones. A pesar de la advertencia hecha por los guias y de la frialdad que habia presidido al espectáculo del desembarco, todavía se lisonjeaba de que la popularidad de su nombre, la certeza de su presencia en la isla y lo atrevido de su empresa, decidiesen quizá en su favor á aquel pueblo irresoluto. Rendido de calor y de fatiga á causa de la escarpada pendiente que acababa de subir, y con las piernas todavía entumidas al cabo de ocho dias de permanecer á bordo de una embarcacion que por sus escasas dimensiones no le habia permitido hacer ejercicio alguno, no pudo menos, al llegar á lo alto de la rampa, de tomar asiento en el tronco de un olivo á fin de enjugarse el sudor, respirar un momento y reflexionar sobre su situacion.

Parecia que aguardaba con impaciencia la venida de aquella columna popular que contemplaba en la playa desde la altura en que se hallaba, pero sin que pudiese darse cuenta á sí mismo de las intenciones que la animaban. Preguntó entonces al grupo de artilleros que le seguian, que dónde estaban sus camaradas, y los soldados le indicaron con un ademan que principiaban á subir por la costa confundidos con el pueblo. Murat, á fin de verlos mejor, se levantó, y apartándose del camino real se subió á un campo de olivares, desde donde su vista abrazaba como desde un promontorio, la villa, el mar, la playa y las sinuosidades de la rampa. Allí, pues, se obstinó, á pesar de las instancias de los guias, en aguardar al segundo destacamento de artilleros y á la multitud que venia entremezclada con ellos.

XXXIX.

En aquel momento, un coronel de la gendarmería real, á caballo y vestido de uniforme, apareció sobre el camino, á la altura del montecillo en que el rey estaba observando los movimientos de la playa. Era aquel un gefe de las bandas calabresas, muy célebre en las guerras de partidarios de aquellas provincias contra los franceses, agente de la reina Carolina y del cardenal Ruffo, aventurero por largo tiempo en las montañas, y á la sazon comandante de los esbirros regulares de Monteleone despues de la restauracion del rey Fernando. Su nombre era Trenta Capelli. El coronel se detuvo un instante ante el grupo de oficiales y soldados que estaba guardando al rey en medio del camino.

Murat le llamó, intimándole que se uniese á él; mas la sangre de tres hermanos de Trenta Capelli, derramada en un cadalso á manos de los franceses en las insurrecciones de las Calabrias le impedia unirse con los asesinos de su familia. No por esto debe decirse que manifestase una muy grande repulsion á las insinuaciones del rey, y asi es que solo se limitó á contestarle, señalando con la mano al estandarte de las Dos Sicilias que ondeaba sobre el castillo de Pizzo: «¡Mi rey está allí donde flotan al viento los colores de su reino!» Murat, sin embargo, en vez de retenerle por la fuerza, siguió hablando con él, y despues le dejó continuar su camino en direccion de la villa.

XL.

Apenas Trenta Capelli se hubo reunido con el pueblo y con los artilleros que se dirigian hácia donde estaba el rey, volvióse con ellos, y adelantándose algunos

pasos de aquella tropa, interpeló á Murat y le invitó respetuosamente á que le siguiese á Pizzo. Murat, que todavía no se habia desengañado, ó al menos asi lo aparentaba, respecto á las intenciones de aquellas gentes que marchaban hácia las suyas, volvió á bajar al camino con Trenta Capelli y rodeado de los generales Franceschetti y Natali, y de sus oficiales que en vano trataban de hacerle ver que debia sustraerse de aquel populacho y marchar á Monteleone.

«Hijos mios, dijo dirigiéndose al grupo de los que venian, no hagais armas contra vuestro rey. Yo no he desembarcado en las Calabrias con ánimo de combatiros ni atacaros, sino para pasar á Monteleone y procurarme allí socorros de las autoridades, á fin de continuar mi navegacion hasta Trieste, á donde debo reunirme con mi muger y con mis hijos. Si hubiérais querido escucharme cuando os dirigí la palabra en las playas de Pizzo, os habriais convencido de que llevo conmigo los correspondientes salvo-conductos para los estados austriacos, que vuestro mismo rey Fernando no podrá menos de reconocer y de acatar.»

Aquella turba, que solo respondió con sus gritos y con sus amenazas á las palabras perdidas de Murat, lanzóse de pronto sobre los veinte y ocho soldados que permanecian á cierta distancia mas atrás, á fin de intimidar á la multitud con su aspecto y su presencia, y descargando sus fusiles sobre el grupo del rey, quedó muerto á sus pies el capitan Maltedo, y herido el subteniente Perniée y otros muchos soldados de los que componian la escolta. Murat no hizo mas que levantar en alto su sombrero, saludar al pueblo y conjurarle á que le escuchara; mas una segunda descarga volvió á diezmar sus filas, dirigiéndose al mismo tiempo aquella multitud á interponerse en el camino y á cubrir los flancos con el fin de evitar la retirada del rey hácia el mar.

No le quedaba, pues, otro asilo en aquella tierra que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

él habia querido conquistar, que el de acogerse á las embarcaciones que le habian conducido á la isla. Lanzóse, pues, seguido de Franceschetti, de Natali y de unos ocho ó diez sargentos, á tratar de ganar la ribera atravesando los campos, y aunque le hicieron diferentes disparos sin que ninguno lograse herirle, consiguió por fin verse en la playa con asombro de los mismos que le apuntaban con sus armas. Desde lo alto de un escollo que dominaba el mar, llama á grandes voces: ¡Barbara! ¡Barbara! pidiendo encarecidamente á aquel gefe de su flota que le enviase una lancha y se aproximase á la orilla. Mas ya el buque de Barbara, que al oir el tiroteo se apresuró á levar el ancla, vogaba en plena mar llevándose consigo las proclamas, las armas, el oro y las municiones del rey, su último refugio y lo que constituia su vida toda.

XLI.

Murat y sus cuatro ó cinco compañeros, en aquella correría no habian sido perseguidos á través de las viñas y de los olivos durante su fuga hácia la playa, mas que por unos cuantos hombres desarmados, á quienes el temor de ver volver caras á los fugitivos mantenia á cierta distancia. El coronel Trenta Capelli, los artilleros y los vecinos armados de Pizzo estaban ocupados en hacer fuego desde lo alto de las colinas sobre los veinte y cuatro soldados de Murat, en desarmarlos, en hacerlos prisioneros y en arrastrarlos bañados en su sangre hácia la villa. El rey y sus amigos hubieran por lo tanto tenido el tiempo suficiente para escapar del cautiverio ó de la muerte, si Barbara y Cecconi hubiesen virado de bordo á sus lamentos y enviado una lancha á la ribera. Pero Murat veia bajar tras de él á los soldados y á los voluntarios de Trenta Capelli y alejarse su único refugio.

En medio de esta ansiedad, el rey, reparando en algunas barcas pescadoras que estaban amarradas á cierta distancia sobre la playa, se arroja al agua á fin de apoderarse de una de aquellas embarcaciones y poner al mar entre él y sus enemigos. Pero aquella barca estaba encallada y faltándole agua bajo la quilla, resiste á los esfuerzos que el rey hacia para moverla. Mientras tenian lugar estas inútiles tentativas, la multitud que llegó á penetrarse de su designio, hizo señas á los esbirros de Trenta Capelli, y estrechó mas y mas la distancia que la separaba del rey, sin atreverse, á pesar de esto, bien fuese por respeto, por lástima ó por temor, á disparar sus armas contra él ó á apoderarse de su persona.

Murat, renunciando ya á mover la barca, se lanzó solo á algunos pasos de donde se hallaba, á un barquichuelo de pescador que estaba anclado en sitio en que habia mas agua, y apenas se hubo visto á su bordo, procuró atraer hácia sí el cable, á cuya estremidad habia atada una gran piedra que servia de áncora á aquella frágil barquilla. Estaba ya á punto de conseguirlo, cuando el pobre pescador á quien pertenecia aquella barca, temblando al ver al rey que se le llevaba toda su fortuna, se arrojó al mar para disputar su barca al fugitivo; mas el rey le asestó un certero golpe con el remo, y continuó tirando del cable para desprender la piedra. En esto una turba de marineros y pescadores acudieron de todas partes á los gritos de su camarada, se precipitan en el mar, cogen el cable todos juntos, se lanzan á la barca, derriban á su vez al rey, le arrebatan el remo, desgarran sus vestidos, le maltratan el rostro, y arrastrándole vencido y ensangrentado hasta la arena de la playa, le entregan agobiado de injurias y de ultrages á las gentes de Trenta Capelli. Estos se disputan entre sí al rey prisionero, le golpean con las culatas de sus carabinas, le sujetan por el pescuezo, le arrancan las ricas insignias que llevaba en el pecho y en su sombrero. y le llevan con

los cadáveres de Perniée, de Giovannini y con otros siete de sus oficiales y servidores, todos heridos y bañados en su propia sangre, atravesando por entre el gentío que insulta á todo el que ve caido. En esta forma los dejaron, mezclados unos con otros, en las casamatas del arruinado castillo de Pizzo.

XLII.

Por dos veces, durante el tránsito desde la playa á la prision, el furor del pueblo quiso cebarse en la persona, llegando hasta verse amenazada su cabeza con una hacha; pero Trenta Capelli y el administrador del duque del Infantado, muy satisfechos de tan ilustre presa y no queriendo manchar su triunfo con un crimen, le protegieron contra los puñales del pueblo, afearon á los asesinos su cobardía, y colocaron una guardia de voluntarios y de soldados á la puerta del castillo para resguardar á las víctimas.

El rey fué arrojado sobre un monton de paja y en la misma estancia en que sus compañeros muertos ó heridos cubrian con su sangre el piso de aquel vasto calabozo. Trenta Capelli mandó que se les registrasen sus vestidos, y con este motivo se apoderaron de sus pasaportes, de sus diamantes, del dinero que llevaba consigo, de una letra de cambio de millon y medio contra un banquero de Nápoles y de la proclama impresa que habia redactado en Vescovato y que esperaba haber hecho circular en el reino.

Aquella proclama, larga, difusa y llena de sofismas, de que el pueblo suele hacer poco caso, hubiera sido mas propia de un diplomático que de un soldado: era mas bien una justificacion de su empresa ante la Europa que un simpático llamamiento á los napolitanos. Allí no

se veia el corazon humano sino á través de algunas frases en que hacia alusion á las vicisitudes de su suerte.

«Yo vivia solitario, decia en su proclama, en uno de esos modestos asilos que se encuentran con mas frecuencia entre los pobres virtuosos; desde allí me burlaba del puñal de los asesinos del Mediodía, de esos caníbales que en todas las épocas de la revolucion francesa, se han bañado siempre en la sangre de sus compatriotas. Estaba decidido á guardar en mi retiro el fin de aquella fiebre contrarevolucionaria que devora á la Francia para venir á buscar en vuestros corazones un asilo contra mis desgracias y contra la persecucion inaudita y mas injusta, cuando me ví forzado á alejarme.....» Aquella proclama acababa con la promesa de un reinado de paz y de una constitucion, ordinario y tardío arrepentimiento de todos los príncipes que han fatigado al mundo con sus guerras y con su tiranía.

XLIII.

Mil insultos y amenazas lanzados por la boca de algunos fanáticos sedientos de sangre y de venganza resonaban en los patios del castillo y hasta en el mismo calabozo de los prisioneros; pero la mayor parte de los soldados y de los voluntarios respetaban al infortunio despues de la victoria, y manifestaban hácia el rey todos los respetos y consideraciones compatibles con el cautiverio.

Murat no habia creado ningun odio personal contra sí durante su reinado, que fué tan humano en la paz como enérgico y generoso en la guerra. No habia vertido mas sangre que en los campos de batalla y el mas grande afan de su vida era ser amado y admirado. Al verle una vez vencido y desarmado era imposible el aborrecerle. El apoderado del duque del Infantado, Alcalas, envió al

castillo varios comestibles para el rey y socorros para los heridos, como colchones, sábanas, ropas, refrescos y toda clase de ausilios y consuelos de esta especie. De este modo supo honrar á la nacion española y á sus señores con la generosidad de sus atenciones para con un rey prisionero.

XLIV.

Entretanto, y habiendo llegado á noticia del general napolitano Nunciante, que mandaba en las Calabrias, el rumor de un desembarco y de la derrota de una gavilla de facciosos que trataban de provocar la insurreccion en el reino, se apresuró á enviar á Pizzo al capitan Stratti, griego de nacion y que habia estado lejos de Nápoles durante los últimos años, para que auxiliado de un destacamento de tropas que llevaba á sus órdenes, vigilase á los prisioneros, tomase nota de sus nombres y cualidades é impidiese á la vez su evasion y el que fuesen vejados y molestados. Ignorábase todavía á la sazon en Monteleone la presencia del rey Joaquin entre aquel puñado de aventureros, y por lo que hace á Stratti, como él llegó al castillo sin tocar en la ciudad y sin haber oido por lo tanto los vagos rumores que corrian acerca de la prision del rey, no tenia tampoco la menor noticia. Hizo aquel gefe comparecer á su presencia á los prisioneros en el patio del castillo, á fin de interrogarles sus nombres y formar la lista de ellos, y despues de haberlo verificado con los dos primeros que se presentaron, que eran un sargento y un soldado corsos, dijo dirigiéndose al tercero: «¿Y vos quién sois?—Joaquin Murat, rey de Nápoles,» contestó con dignidad el rey. Stratti, consternado al encontrarse en presencia del rey, cosa que á la verdad no la esperaba, y dejándose llevar del respeto y de la compasion que le inspiraba

aquel prisionero, bajó los ojos al suelo, y dando por la última vez al rey el título de magestad como por una suprema ironía de la suerte, le hizo conducir con todos aquellos miramientos y consideraciones propias de un soldado que sabe respetar á un héroe, á una habitacion mas decorosa é independiente donde, al menos, el rey no tuviese ante su vista la sangre y los cadáveres de sus amigos.

XLV.

Por la comunicacion que recibió de Estretti confirmando todos los rumores que habian circulado por Monteleone, se impuso el general Nunciante en las circunstancias del hecho, decidiendo trasladarse en persona á Pizzo antes de la noche, despues de enviar correos á Nápoles que anunciasen á la córte y á los ministros tan prodigioso acontecimiento, que en el espacio de una sola hora habia amenazado y salvado la corona de Fernando y la paz del reino: apenas hubo llegado á Pirro fué á ver á Murat.

El general Nunciante no era de esos satélites de los campamentos que pasan con la mayor facilidad de uno á otro servicio como pueden pasar su espada de una mano á la otra, y que no conservan en su nuevo partido ni el respeto que se deben á sí mismos, ni el que es debido á las personas á quienes acaban de servir, especie de hombres tan comunes en la guerra como en las córtes de los reyes, y á los cuales la disciplina y la ambicion de adelantar en su carrera hacen acostumbrarse á la adulacion, á la bajeza y á la crueldad. Aquel era por el contrario un hombre de corazon y de cabeza, fiel á su pais y á su príncipe, sin dejar de serlo tambien al reconocimiento y á la gloria de aquel que habia sido su rey; hombre de guerra, que sabia conciliar perfectamente los

deberes de la naturaleza con los de su situacion. Queriendo, pues, honrar á Murat, se presentó á él como á un rey que habia perdido su trono, mas no asi el respeto y el cariño de sus antiguos súbditos. Se compadeció de su suerte y reprobó altamente las indignidades y los ultrages que le habian sido inferidos por el populacho, escusándose por último de la necesidad en que se veia de dejarle permanecer aun por mas tiempo en una estancia ruinosa é indigna de él, á causa de tener que atender á su misma seguridad que exigia murallas y soldados para estar á cubierto de toda clase de insultos. Varios cirujanos de Monteleone fueron llamados para prestar sus socorros á los heridos, y el resto de la noche trascurrió entre los gemidos de los moribundos y las silenciosas reflexiones que el rey hacia de su suerte.

Al dia siguiente, el general Nunciante le hizo trasladar á otra habitacion dentro del mismo castillo, que se hallaba separada de las prisiones y preparada ya mas convenientemente para recibirle. El semblante del general manifestaba mucha mas ansiedad que el de su cautivo, pues que aquel por un presentimiento secreto, se temia recibir de Nápoles órdenes muy siniestras respecto de este. Hallábase Nunciante á la sazon comiendo con el rey y con los dos generales Francerchetti y Natali, compañeros voluntarios del rey en su nueva prision. La conversacion giraba sobre las antiguas guerras, sobre el estado del reino y de la Europa, y sobre la resolucion que mas probablemente aceptaria el rey Fernando respecto á su competidor y prisionero. El rey por su parte afectaba tener la mayor confianza en la generosidad de su enemigo y en la inviolabilidad de su propia vida, de allí en adelante sin peligro alguno para el reino. Nunciante se guardaba muy bien de confiarle todas sus sospechas, cuidando al mismo tiempo de no hacerle concebir una completa seguridad de buen éxito, pues el desengaño seria luego demasiado súbito y cruel para su ánimo. Asi es que le

habló no sin cierta inquietud del primer despacho telegráfico recibido aquella misma mañana, y que habia sido interrumpido por las nieblas y la noche; aquel despacho decia así: «Un despacho me anuncia..... Vos le dareis la orden.....»

XLVI.

Todo el dia se pasó esperando otro despacho ó la llegada de algun correo que completase la órden interrumpida la víspera. El rey recibió la visita de un capitan de fragata inglés, que propuso á Nunciante trasportar á su prisionero á Tropea, pequeña ciudad de la costa, en donde estaria alojado con mas decoro y mas seguramente que en Pizzo contra las emociones del populacho. Nunciante, sin embargo, no se atrevió sin autorizacion de la córte á confiar al prisionero de quien era responsable, á un buque inglés y á los azares de la mar. Por la noche volvió á manifestar, estando comiendo con el rey, las nuevas inquietudes que le asaltaban sobre el verdadero sentido del despacho interrumpido: Yo creo, sin embargo, le decia al rey, que la órden se reducia á entregar á V. M. á la flotilla inglesa para que le trasportase á Mesina, á esperar allí la decision de las potencias aliadas.»

«Pero decidme, general, repuso Murat con cierta sonrisa que parecia anticiparle la respuesta, si por ventura un despacho telegráfico os mandase entregarme á una comision militar, ¿lo harias acaso?»

Nunciante contestó que solo obedeceria una órden semejante si la recibiese del mismo rey Fernando por medio de un correo portador de su voluntad escrita, pero que órdenes de esa especie no eran de temer del bondadoso corazon y de la generosidad de Fernando. Murat,

deberes de la naturaleza con los de su situacion. Queriendo, pues, honrar á Murat, se presentó á él como á un rey que habia perdido su trono, mas no asi el respeto y el cariño de sus antiguos súbditos. Se compadeció de su suerte y reprobó altamente las indignidades y los ultrages que le habian sido inferidos por el populacho, escusándose por último de la necesidad en que se veia de dejarle permanecer aun por mas tiempo en una estancia ruinosa é indigna de él, á causa de tener que atender á su misma seguridad que exigia murallas y soldados para estar á cubierto de toda clase de insultos. Varios cirujanos de Monteleone fueron llamados para prestar sus socorros á los heridos, y el resto de la noche trascurrió entre los gemidos de los moribundos y las silenciosas reflexiones que el rey hacia de su suerte.

Al dia siguiente, el general Nunciante le hizo trasladar á otra habitacion dentro del mismo castillo, que se hallaba separada de las prisiones y preparada ya mas convenientemente para recibirle. El semblante del general manifestaba mucha mas ansiedad que el de su cautivo, pues que aquel por un presentimiento secreto, se temia recibir de Nápoles órdenes muy siniestras respecto de este. Hallábase Nunciante á la sazon comiendo con el rey y con los dos generales Francerchetti y Natali, compañeros voluntarios del rey en su nueva prision. La conversacion giraba sobre las antiguas guerras, sobre el estado del reino y de la Europa, y sobre la resolucion que mas probablemente aceptaria el rey Fernando respecto á su competidor y prisionero. El rey por su parte afectaba tener la mayor confianza en la generosidad de su enemigo y en la inviolabilidad de su propia vida, de allí en adelante sin peligro alguno para el reino. Nunciante se guardaba muy bien de confiarle todas sus sospechas, cuidando al mismo tiempo de no hacerle concebir una completa seguridad de buen éxito, pues el desengaño seria luego demasiado súbito y cruel para su ánimo. Asi es que le

habló no sin cierta inquietud del primer despacho telegráfico recibido aquella misma mañana, y que habia sido interrumpido por las nieblas y la noche; aquel despacho decia así: «Un despacho me anuncia..... Vos le dareis la orden.....»

XLVI.

Todo el dia se pasó esperando otro despacho ó la llegada de algun correo que completase la órden interrumpida la víspera. El rey recibió la visita de un capitan de fragata inglés, que propuso á Nunciante trasportar á su prisionero á Tropea, pequeña ciudad de la costa, en donde estaria alojado con mas decoro y mas seguramente que en Pizzo contra las emociones del populacho. Nunciante, sin embargo, no se atrevió sin autorizacion de la córte á confiar al prisionero de quien era responsable, á un buque inglés y á los azares de la mar. Por la noche volvió á manifestar, estando comiendo con el rey, las nuevas inquietudes que le asaltaban sobre el verdadero sentido del despacho interrumpido: Yo creo, sin embargo, le decia al rey, que la órden se reducia á entregar á V. M. á la flotilla inglesa para que le trasportase á Mesina, á esperar allí la decision de las potencias aliadas.»

«Pero decidme, general, repuso Murat con cierta sonrisa que parecia anticiparle la respuesta, si por ventura un despacho telegráfico os mandase entregarme á una comision militar, ¿lo harias acaso?»

Nunciante contestó que solo obedeceria una órden semejante si la recibiese del mismo rey Fernando por medio de un correo portador de su voluntad escrita, pero que órdenes de esa especie no eran de temer del bondadoso corazon y de la generosidad de Fernando. Murat,

sereno y tranquilo, se levantó de la mesa, se acostó con la mayor tranquilidad de espíritu é hizo que le leyese Natali antes de dormirse una tragedia de Metastasio, cuyo desenlace tenia cierta analogía con su situacion; en seguida se durmió con el mas profundo sueño.

Al siguiente dia, tanto al despertarse como á la hora de comer, se ocupó muy jovialmente con sus guardianes y con Nunciante de cuán fácil seria llevar á cabo un arreglo amistoso entre Fernando y él, por el cual él cederia la Sicilia á los Borbones y estos le reconocerian á él por soberano de Nápoles. Como se ve, pues, las ilusiones de engrandecimiento no le abandonaban un solo instante, como tampoco se apartaban de su mente las que se hacia respecto á su vida. El retardo que esperimentaban las instrucciones de Nápoles, le hacia creer en la existencia de algunas deliberaciones, de las cuales surgiria una resolucion mas llevadera y tolerable.

XLVII.

Mientras esto sucedia, la córte de Nápoles habia recibido, primero por un despacho telegráfico de Monteleone, y despues por un enviado por Nunciante, la nueva del desembarco y de la prision de Joaquin en Pizzo. Solo la sombra de Murat, el eco solo de su nombre, popular aun para el ejército, lleno de prestigio para la capital é incitador para las provincias y para la Italia, habia causado, tanto á la córte como al gobierno, tal perturbacion y sobresalto, que podian tenerse por precursores de alguna cobarde y siniestra resolucion. En las córtes, en los partidos y en el pueblo mismo, el miedo impulsa á la ferocidad. Las almas de los reyes, de los ministros, de los grandes, están hechas á semejanza de las de la plebe; el pánico las escita á verter sangre.

El corazon de Fernando no era cruel á la verdad. Aquel soberano, criado desde su infancia en la indolencia, en la voluptuosidad, en las supersticiones populares de aquellos tronos del Mediodía, familiar hasta la trivialidad con los lazzaroni de la playa de Nápoles; muy aficionado á la pesca, á la caza y á las mugeres; gobernado hasta entonces por una reina imperiosa y vengativa, que acababa de morir; entregado á sus concubinas, intimidado por el clero, servido por ministros que eran mas reyes que él; hombre de talento en medio de todo, pero de ese talento trivial é inactivo que juega con las cosas y se rie de sí mismo; aquel soberano, pues, estaba sentado en el trono hacia sesenta años. Su pueblo le amaba al propio tiempo que le despreciaba. Sus infortunios, sus prolongados destierros en Sicilia, su edad avanzada y sus buenas intenciones, le hacian apreciable en aquellos momentos á los ojos de los napolitanos. Es cierto que en 1799 señalaron su reinado las mas atroces crueldades; pero aquella sangre atribuida á su esposa, al cardenal Ruffo, al almirante Nelson, á Lady Hamilton, favorita de la reina y querida de aquel gran soldado, no recaia seguramente sobre él. Nada, pues, de siniestro podia emanar de aquella alma sin elementos para el crimen y sin constancia para la virtud.

XLVIII.

Mas accesible era en caso al temor que á la virtud. Su córte toda tembló á la noticia de los sucesos de Pizzo; únicamente sus ministros, y en particular Medicis, jóven ilustrado y filosófico, se inclinaron desde luego á la magnanimidad, que es la verdadera prudencia contra las facciones desconcertadas. Mas como tenian que complacer á los temores de la córte de quien dependian, tuvieron que

manifestar ellos mismos igual terror y llevarlo aun mas allá de los límites regulares. Se creia, ó al menos se aparentaba creer, que aquellos acontecimientos tendrian ramificaciones en la capital y aun en las provincias, en su consecuencia se reforzaron las guardias de palacio, se cubrieron las calles de patrullas y se hizo marchar un cuerpo de ejército á Nápoles y á las Calabrias. La imaginacion del rey y de sus familiares se hallaba dominada por el terror, como si estuviesen amenazados del mas inminente peligro, y nadie queria convencerse de que una tentativa de aquella naturaleza, que se habia estrellado, al nacer contra la lealtad del pueblo mismo y contra el buen sentido del público, era la mejor garantía de seguridad para el reino, asi como para el rey la mas bella ocasion de hacer uso de su grandeza de alma, desafiando sin peligro alguno á la usurpacion.

Los consejos se sucedian unos á otros y se adoptaban mil diversas resoluciones. Cuando la córte manifestaba temor, nadie se atrevia á mostrarse seguro y tranquilo. La órden feroz é inútil de inmolar á un prisionero indefenso se espedia en el palacio real el 9 de octubre por la noche, esto es, veinticuatro horas despues de que aquel rey destronado, arrojado casi á su pesar por las olas sobre aquellas costas, pusiese el pie en el territorio del reino, vencido, insultado y encadenado por aquel mismo pueblo á quien trataba de escitar á un levantamiento. Baldon gratuito que recayó por completo sobre la córte de Nápoles y sus consejeros. Al adoptar semejante resolucion, los consejeros deshonraban dos tronos, salpicaban de sangre la mano del anciano Fernando, ponian en cuestion la vuelta natural á sus estados de la antigua dinastía, daban al respetable derecho monárquico que se defiende por su paternidad, toda la apariencia de una fuerza revolucionaria, quitaban la vida á un héroe indefenso y lanzaban un interés de temor sobre su tumba. ¡Hubiérase dicho en este siglo que el rey habia jurado

perder su trono, echando mano, al efecto, de la debilidad, de la demencia y de la venganza.

Mas sea de ello lo que quiera, es lo cierto que la órden marchó, y que el príncipe de Canosa, instrumento implacable de todas las conjuraciones, de todos los actos de policía, de todas las reacciones y de los emigrados de la córte de Sicilia, salió al mismo tiempo con encargo de vigilar, de purificar, ó mejor dicho, de fanatizar la Calabria en donde él tenia inteligencias con los conciliábulos de la contrarevolucion. La órden decia de esta manera:

«El general Murat será puesto á disposicion de una comision militar, cuyos miembros serán nombrados por nuestro ministro de la Guerra.

»No se concederá al reo mas que una media hora para recibir los auxilios de la religion.

»Fernando.»

Se ve, pues, claramente que aquel procedimiento no admitia ni aun la hipótesis de ser declarado inocente, cuando las condiciones de la ejecucion se anticipaban á la sentencia. El juicio celebrado en Pizzo traia á la memoria el de Vincennes contra el duque de Enghien.

No dejaba, sin embargo, de ser un gran consuelo para Murat en aquellos momentos supremos, el no reconocer una represalia de la Providencia en las formas del decreto de Fernando, porque él, por su parte, protestó contra el asesinato del descendiente de los Condé, tan desgraciado como él, si bien mucho mas inocente.

XLIX.

Nunciante, que habia recibido aquel decreto el dia 12 por la noche, no quiso cercenar las horas de sue-

ño que aun le quedaban al rey, que al menos servirian para abreviar su agonía. Entró, pues, en su estancia y sentándose al pie del lecho de su prisionero, derramó en silencio abundantes lágrimas y aguardó á que Murat se despertara por sí solo. Ya hacia rato que el sol reflejaba sobre la dormida cabeza del prisionero, cuando éste, abriendo sus ojos, reparó en el lloroso semblante del general. No necesitó mas para comprenderlo todo, mas sin embargo, Nunciante, despues de haber estrechado su mano entre las suyas con la mayor ternura, le reveló en voz baja los términos en que estaba concebida la órden de la córte, recibida aquella misma noche, con el fin de que el rey tuviese tiempo de preparar un corazon de hombre y un semblante de rey para el golpe que iba á recibir en público. Un instante despues, Murat, que estaba muy distante de preveer una sentencia tan irrevocable, decia, como resignándose con su suerte: «¡Y bien! puesto que eso es así, quiere decir que estoy perdido! La órden para que se me juzgue es una sentencia de muerte!!» Unas cuantas lágrimas asomaron entonces á sus ojos. El hombre mas animoso y valiente tiene momentos en que no puede negarse al enternecimiento. La vida arroja tambien sus lamentos al separarse del corazon de un héroe.

Nunciante le abandonó á sus reflexiones y se retiró con lento paso. Se hizo salir de la habitacion del rey á sus dos generales y al último de sus servidores, su ayuda de cámara, Armand, que quiso seguir á su señor en su temeridad.

A poco entró el capitan Stratti seguido de siete oficiales del ejército en la estancia donde Murat les aguardaba ya levantado. Stratti, conmovido como Nunciante, tenia sus ojos bajos y no se atrevia á fijarlos en la víctima. Colocó á derecha é izquierda, un poco detrás de él á sus colegas segun sus graduaciones y dando frente al rey. Aquellos siete jueces militares, designados, segun órden de la córte, por el general que mandaba en las Calabrias, eran todos oficiales que por largo tiempo habian sido súbditos y despues compañeros de armas del rey Murat, y promovidos por él á los diferentes grados que disfrutaban en el ejército; pero ninguno de ellos tuvo el suficiente valor para negarse á una mision de asesinato. El brio y la energía de semejantes hombres de guerra está mas bien en su brazo que en su corazon, así es que se disponian á juzgar á su antiguo general y á su bienhechor del mismo modo que hubieran juzgado y condenado cinco meses antes á sus enemigos. Máquinas humanas, que parecen carecer de alma por la constante subordinacion y ceder al impulso que le da el que reina, sea quien fuere.

Muy lejos de quejarse daban aun las gracias al rey Fernando por una confianza que les honraba, como ellos decian, poniendo á prueba su fidelidad á su nuevo rey.

L.

Stratti leyó, en fin, balbuceando, á su prisionero la órden por la cual quedaba entregado á una comision militar, y añadió que debiendo aquella comision reunirse en seguida en una sala contigua, y que concediendo las leyes militares un defensor al prisionero, el general Nunciante le proponia para el objeto al capitan siciliano Starace, hombre de honor y tan decidido en favor de la humanidad, como exacto en sus deberes.

«Decid al tribunal, respondió Murat alzando con dignidad su cabeza, que yo rehuso comparecer á su presencia. Los hombres como yo no tienen que dar cuenta de sus actos sino á Dios! Que el tribunal decida acerca de mi suerte! Estoy dispuesto á sufrir mi destino, pero no reconozco juez alguno.»

Stratti y sus colegas se retiraron para disponer los preparativos del consejo de guerra. El general Nunciante vino en persona á traer al prisionero recado de escribir, para que pudiese estender su última voluntad ó dar el último adios á su familia. Murat, despues de haberse quedado solo, escribió, bañando el papel con sus lágrimas, aquella sublime carta en que su alma y su suerte, su cariño de esposo, su pasion de padre, su conciencia de rey, y su firmeza de soldado se reasumia en unas cuantas líneas al sentir las últimas palpitaciones de su corazon. Esta carta iba dirigida á su jóven esposa, amor y gloria de su juventud, delicias orgullo y á veces tormentos de su vida, pero siempre perpétuo anhelo de su alma.

Pizzo, 13 de octubre de 1815.

«Mi adorada Carolina! mi última hora ha llegado ya!.....Dentro de breves instantes, yo habré dejado de existir; dentro de breves instantes, tu ya no tendrás esposo.....No me olvides jamás!.....Muero inocente. Mi vida no ha sido nunca manchada con ninguna injusticia! Adios, mi Aquiles! adios, mi Leticia! adios, mi Luciano! adios, mi Lucía!—Estos eran los nombres de sus hijos, á los cuales enviaba un abrazo individual para que resonase mas personalmente en el corazon de cada uno de ellos unido á su nombre de familiaridad doméstica;—mostraos al mundo dignos de mí! Os dejo mi reino y mis bienes de fortuna en medio de mis numerosos enemigos.....permaneced constantemente unidos! haceos superiores á vuestros infortunios; pensad siempre en lo que sois y en lo que habeis sido antes, y Dios os bendecirá! No maldigais mi memoria!.....Sabed que mi mayor desconsuelo en los últimos momentos de mi vida es el de morir lejos de mis hijos! Recibid mi bendicion paternal! recibid mis abrazos y mis lágrimas! que no se

aparte jamás de vuestro pensamiento la memoria de vuestro desventurado padre!»

LI.

Esta carta, dictada únicamente por la naturaleza, estando próximo á la eterna separacion, á dos pasos del trihunal que debia juzgarle y de los soldados que cargaban ya sus armas para atravesarle el pecho é interrumpir los latidos de su corazon, demostraba mas que toda su vida entera, el instinto que dominaba en el alma de Murat, la bondad mas esquisita! Dotado de un corazon como ninguno, sabia pelear y sabia tambien amar. Mas bien que un rey, mas bien que un héroe, Murat habia sabido ser hombre. Aquel último lamento de su alma decia mas en favor de su memoria, sin saberlo él mismo, que todas las declamaciones y los manifiestos póstumos de su modelo en Santa Elena, no han podido conseguir despues en favor de Napoleon. El uno dirigia sus últimas palabras al mundo; el otro á su muger y á sus hijos: aquel moria en espectáculo; este en familia. La muerte de Murat ha sobrepujado á la de Napoleon como la naturaleza se sobrepone al orgullo. La despedida de Murat no podrá menos de arrancar lágrimas aun á la mas remota posteridad. Si en ella no se vé á la víctima y al mártir, se ve siempre al padre, al amante y al héroe. El se daba á si propio un verdadero testimonio de ello. Ligero é impetuoso por carácter, habíase dejado arrastrar en la vida por esa embriaguez que acompaña á la fortuna y por los errores de la política; pero jamás habia demostrado esas perversidades que trae consigo la ambicion ni las crueldades, de que se suele hacer alarde cuando se ejerce el poder supremo. Su reinado habia sido generoso y magnánimo como su corazon.

Despues de haber bañado aquella carta con sus lágrimas y de haber estampado en ella sus labios tantas veces cuantos besos tenia que enviar para su esposa y para sus cuatro hijos, pidió unas tijeras para cortarse un bucle de sus largos cabellos, y habiéndolo besado tambien á fin de que su familia sintiese aun en él la impresion de su boca, lo guardó, húmedo todavia de sus lágrimas, dentro de la carta y se lo entregó á Nunciante con la mas eficaz recomendacion de que llegase á su destino.

LII.

El capitan Starace, que fué el designado de oficio para ser su defensor, entró á la sazon en la estancia, haciendo por encubrir la emocion que le dominaba mal disimulada por sus lágrimas. Suplicó á Murat que le permitiese hacer su defensa ante la comision militar; pero aquel al escuchar sus palabras, volvió á tomar la marcial actitud de su papel de rey, y contestó á Starace: «No, esos son mis súbditos, no son mis jueces; los reyes no pueden ser juzgados por sus súbditos, ni aun tampoco por otros reyes, porque los tronos los hacen iguales entre sí! Se quiere acaso juzgarme bajo otros títulos? Como mariscal de Francia es preciso un consejo de mariscales: como general este debe componerse de generales. Antes de que me obligasen á reconocer un tribunal como el que se pretende imponerme, seria necesario arrancar muchas páginas á la historia de Europa! No os es posible, pues, salvar mi vida, porque esos mismos que van á fallar acerca de mi suerte no son mis jueces, sino mis verdugos. Salvemos al menos el honor de la dignidad real!» Starace se vió en la precision de obedecer á la inflexible voluntad de su cliente.

El oficial que hacia de relator se presentó entonces

con objeto de interrogar al acusado: «No obtendreis de mí mas que una respuesta, le dijo el rey: yo son Joaquin Napoleon, rey de las dos Sicilias! Podeis marcharos.

Libre ya de los cuidados de la defensa y de la presencia de sus jueces que deliberaban al otro estremo del castillo y se ocupaban en redactar su sentencia, estuvo hablando con la mayor sangre fria con los oficiales de la guardia que estaban de pie á la puerta de su habitacion: «Siempre creí, dijo con cierto desden, encontrar mas grandeza de alma en el rey Fernando. Si la suerte le hubiera colocado á él en mi lugar y á mí en el suyo, y si él hubiese verificado un desembarco en mi territorio, es bien seguro que jamás hubiera abusado de la suerte de las armas haciéndole inmolar!.....» Despues recorriendo en su memoria las diferentes épocas de su carrera, recordaba con satisfaccion de lo benigno y próspero que fué para Nápoles su reinado, de las mercedes que habia otorgado, de la sangre que habia economizado, de las mejoras de toda especie con que él habia procurado dotar al reino; del ejército, de la gloria que habia hecho recaer sobre sus banderas asociándole á los grandes hechos de armas del ejército francés; de los sacrificios personales que habia hecho, de los tesoros traidos de Alemania para embellecer su capital, y de la absoluta carencia de bienes de fortuna á que quedaba entregada su familia despues de su muerte!....

«Esa es, pues, mi mayor gloria y mi consuelo en mis últimos momentos, decia; juro que he procurado hacer todo el bien que he podido á mi pais, daño solo lo he hecho á los malvados! En Pizzo, sin embargo, se regocijan de mi desgracia y hasta me aborrecen! ¿Qué les he hecho yo para que me odien de esa suerte?» Despues, remontándose á otros tiempos para buscar la causa de la animadversion de los hombres hácia él, y trayendo á su memoria el asesinato del duque de Enghien, del cual tan

infaustamente le habian tachado de ser cómplice. «Será acaso la tragedia del duque de Enghien, esclamó como sobresaltado, la que Fernando trata de vengar en mí por medio de otra tragedia semejante! Juro, pues, por ese Dios ante el cual debo comparecer dentro de breves instantes, que no he tomado parte alguna en aquel asesinato.»

Algunos momentos despues pidió que le dejasen solo por un breve rato á fin de resignar y fortificar su alma, pues como se deja bien conocer por las palabras que dirigió á los que le custodiaban, asi como por la carta á sus hijos, el pensamiento de Dios no se apartaba de él en los momentos en que se preparaba á dejar la tierra.

Un sacerdote de Pizzo que le habian ofrecido que vendria y que él aceptó gustoso para que le consolase y bendigese su muerte, se encerró con él en su estancia. «Señor, le dijo aquel clérigo respetuoso y misericordioso al presentarse ante él, no es esta la vez primera que me veo en presencia de V. M. Cuando vinisteis, hará cinco años, á Pizzo al visitar vuestras provincias, yo imploré un socorro de V. M. para las necesidades de aquella iglesia, y con efecto me concedísteis un generoso don. Mi voz, pues, que en aquel tiempo tuvo el suficiente imperio sobre vuestro corazon para inspiraros un beneficio, será ahora para vos un recuerdo de misericordia. Ojalá pueda este recuerdo de tan buen agüero contribuir al presente á haceros agradecer las plegarias que no tienen mas objeto que el eterno reposo de vuestra alma!»

Murat cumplió con todos los deberes del hombre que se halla en trance semejante, y á peticion del sacerdote y para que no hubiese obstáculo en darle sepultura, le entregó estas palabras escritas y firmadas de su mano: «Declaro morir como buen cristiano.» Encargó tambien al mismo sacerdote que hiciese llegar su reló, que ya no tenia que señalar mas horas en este mundo para él, á su fiel sirviente Armand. Solicitó despedirse de los generales Natali y Franceschetti, y de aquellos pobres soldados

que él habia arrastrado en su desgracia, mas no se le permitió, no por crueldad sino por conmiseracion, y á fin de evitar un nuevo dolor á su corazon.

LIII.

Durante aquellos rápidos preparativos de la última escena, el tribunal que se hallaba instalado no lejos de su misma habitacion, pronunciaba la sentencia de muerte contra él como fautor de una conspiracion contra el reino, y en virtud de una ley que él mismo habia promulgado diez años antes para intimidar á los revoltosos de las Calabrias, pero por la cual jamás impuso él la pena de muerte llevado de la indulgencia de su carácter. Leyósele solemnemente la sentencia, y él la escuchó como hubiera podido oir el estampido del cañon en medio de una batalla, conmovido sí, pero sin arrogancia. No trató de apelar de ella, ni de impetrar perdon ni plazo alguno. Encargó únicamente que diesen las gracias al general Nunciante, á los oficiales y al sacerdote que le asistió, por los miramientos y consideraciones que le habian dispensado durante su corta cautividad dentro de aquellos muros.

Adelantóse por sí solo hácia la puerta como para llegar cuanto antes al término señalado. Aquella puerta daba á una angosta esplanada encajonada entre las torres del castillo y las murallas esteriores, muy semejante al castillo de Vincennes. El último y esplendente sol iluminaba en aquel momento los últimos pasos y las últimas miradas del héroe. Doce soldados con sus armas preparadas le aguardaban en aquel sitio, cuya estrechez les impedia mantenerse á esa distancia que quita en algun tanto su horror á la muerte. Murat en el momento mismo que acababa de traspasar el umbral de su estancia, se encontró cara á cara con ellos. No quiso que se le ven-

dasen los ojos, y fijando su vista en los soldados con firme y benévola sonrisa: «Amigos mios, les dijo, no me apunteis mal y me hagais sufrir mucho por lo tanto; el corto espacio que nos separa, casi os obliga á apoyar el cañon de vuestros fusiles contra mi pecho; ea, no tembleis, no me apunteis á la cara, al corazon, derecho al cora»on, hélo aquí!»

Al decir esto, colocó la mano derecha sobre su pecho como para señalar el sitio del corazon. Con la izquierda tenia apretado un pequeño medallon que contenia, formando un grupo de amor, el retrato de su esposa y de sus cuatro hijos. Parecia que queria de aquel modo hacerles presenciar sus últimos momentos, ó bien fijar en su muger su última mirada como estaba fijo su último pensamiento. Bajó, pues, los ojos para contemplar aquel retrato, y entonces recibió el golpe mortal sin sentirlo absorto como estaba en mirar á lo que amaba! Su cuerpo. atravesado á quemaropa por doce balas, cayó con los brazos abiertos y el rostro contra la tierra como abrazando aun aquel reino que antes habia poseido y que al querer reconquistarlo habia sido su sepulcro. Cubriósele con su propia capa, y fué enterrado en la catedral de Pizzo, en donde sus dones y sus dádivas le habian proporcionado de antemano la hospitalidad de la sepultura.

Sus compañeros de infortunio fueron annistiados, puestos en libertad y enviados á su patria. El pueblo que le habia ultrajado vivo, no pudo menos de llorarle muerto, pues á aquel hombre no podia odiársele sino siendo su enemigo. El que habia sabido inspirar lástima, la recogia despues sobre su tumba.

LIV.

De este modo acabó sus dias el mas caballeresco de los soldados de la época del Imperio, cuya figura si no fué la mas grande, fué si la mas heróica entre los compañeros del nuevo Alejandro. Salido de las montañas de los Pirineos como un simple soldado que va en busca de aventuras, señalado en el ejército por su valor y decision, presentado al primer cónsul por efecto de una casualidad, convertido en su amigo y utilizado por su celo, habiendo llegado á obtener la mano de la hermana de Bonaparte por su gallarda figura y por su amor, elevado á los mandos mas distinguidos é importantes en alas del favor, al trono por el interés de familia, á la deslealtad por la ambicion de su muger, y por la debilidad del padre para con sus hijos, destronado por resultas de la caida del Imperio, caido en la desgracia de Napoleon á la vez que en la de sus enemigos, incapaz de soportar la oscuridad y ni aun la mediania despues de tanto brillar y de tamaña fortuna, lanzándose por desesperacion á lo imposible y por imprevision á la muerte, pero muriendo, aunque falaz, cubierto ya de un gran renombre, llevando en pos de sí, sino la estimacion general, al menos todo el interés y toda la compasion de sus contemporáneos. dejando á la posteridad uno de esos nombres que deslumbran á las edades, que podrá acaso estar empañada por alguna sombra, pero no por ningun crímen! Tal fué Joaquin Murat! Dos patrias habrán de reclamarle en adelante, la Francia á quien sirvió, y la Italia á quien gobernó. Mas él antes que todo, pertenece al mundo de la imaginacion y de la pena; hombre de la fábula por sus aventuras, hombre de la caballería por su carácter, hombre de la historia por su época, mereciendo ademas mucho mejor que cualquiera otro de los hombres de guerra y políticos de su período el epitafio raras veces bien adquirido por ninguno de los que sirven ó gobiernan las córtes: *hombre de corazon* en toda la grandeza y en toda la sensibilidad de la palabra. Asi, pues, la historia que tendrá para él entusiasmo al propio tiempo que quejas ó reconvenciones que hacerle, tendrá tambien siempre lágrimas que derramar sobre su tumba.

LV.

Su muerte, si realmente no fué un crímen, fué desde luego una hajeza de corazon en sus asesinos. Si es cierto que tenian un derecho para quitarle la vida, no tenian por eso en manera alguna una necesidad. Dueños ya de su persona, no pudiendo ya temer en adelante de un enemigo cautivo ninguna de aquellas tentativas y de aquellas competencias que trastornan un imperio ó que hacen vacilar en un trono á toda una dinastía, habia mas de venganza que de prudencia en ordenar su ejecucion, que lejos de dar mayor seguridad al reinado de Fernando, le vilipendiaba y deshonraba. La grandeza de alma, esa justicia de la victoria, fué la que faltó á la córte de Sicilia, en donde las trágicas tradiciones de Conradino, de la reina Juana y de la Italia de Maquiavelo habian dejado siniestros, ejemplos de luchas á muerte y de cadalsos entre los pretendientes. Al inmolar á un héroe que no tenia antepasados que le precediesen, ni dinastía alguna en pos de sí que reclamase no un derecho, sino la casualidad sobre su trono, la córte de Sicilia lejos, de dar mejor realce á su gloria, degradaba hasta no mas su propio carácter. Aquel suplicio de un competidor vencido é indefenso tenia muchos puntos de contacto con el miedo si no era la envidia quien lo habia inspirado. No era tanto la rivalidad de los derechos como la superioridad de su fama y renombre lo que en Murat ofuscaba á la casa real de Nápoles. En una palabra, era menos temible el competir con él que hacer frente á la popularidad de sus hazañas. Al mismo tiempo que se acababa con el héroe, se queria tambien hacer desaparecer su memoria, mas no pudieron conseguir otra cosa que comunicar al drama de su vida ese tinte patético y de conmiseracion que es anejo é inseparable de los desenlaces sangrientos de la carrera de los grandes hombres. Su muerte hacia recordar la de Pompeyo. La casa de Nápoles no conquistó, pues, con aquel suplicio sino una mancha mas de sangre en sus anales y un cadáver mutilado en uno de los cementerios de su playa.

¡Maldicion á los cobardes! Nadie es cruel en el mundo sino á falta de sentir valor y arrojo en su corazon.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LIBRO TREINTA Y DOS.

Carácter de la Francia.—Causa del espíritu de las elecciones de 1815.—Caida de Fouché.—Su destierro á Alemania.—Juicio acerca de su vida.—Caida de Mr. de Talleyrand.—Formacion del ministerio de Mr. de Richelieu.—Ojeada retrospectiva acerca del duque de Richelieu.—Su vida en Rusia.—Su carácter.—Negociaciones con los aliados.—Sus exigencias.—Tratado del 20 de noviembre.—Carta de Mr. de Richelieu.—Tratado de la Santa Alianza.—Apertura de las Cámaras.—Discurso del rey.—Mr. Lainé, presidente de la Cámara de diputados.—Su discurso.—Mensages de ambas Cámaras al rey.—Politica del duque de Richelieu.—Espíritu del consejo.—Leyes contra los gritos sediciosos y contra la libertad individual.—Ley de los consejos prebostales.—Su discusion y votacion de ambas Cámaras.—Proposicion del duque de Fitz-James.—Discurso del conde de Artois.—Regreso del duque de Orleans.—Su entrevista con Luis XVIII.

I.

Los pueblos son como los hombres y tienen las mismas pasiones, veleidades, exaltaciones, postraciones, arrepentimientos, vacilaciones é incertidumbres de espíritu. Eso á que llaman opinion pública en los gobiernos libres, no es otra cosa que la aguja del cuadrante que marca sucesivamente las variaciones de aquella atmósfera de las cosas humanas. Semejante instabilidad es mucho mas rápida y prodigiosa en Francia que en las demas naciones del mundo, si esceptuamos únicamente la

antigua raza ateniense, hasta el punto de haber venido á hacerse el proverbio de la Europa.

El historiador francés debe confesar este vicio de que adolece la nacion cuyas vicisitudes se halla encargado de referir, así como tambien debe dejar consignadas sus virtudes. Aquella movilidad procede de una cualidad de la gran raza francesa, cual es la imaginacion que forma parte de su destino ó porvenir. En sus guerras se reconoce por arrojo, en las artes por genio, en las adversidades por abatimiento, en su abatimiento por inconstancia y en su patriotismo por entusiasmo. El pueblo moderno es el que encierra en su alma mayor fuego y ardimiento, y el viento de su movilidad es el que atiza ese mismo fuego. Solo por este carácter de la raza francesa, pueden esplicarse esos delirios de que se ve acometida á la vez toda la nacion en el intérvalo de muy pocos meses, en favor de principios, de hombres y de gobiernos completamente opuestos los unos á los otros.

Tocamos pues, á una de esas sorprendentes movilidades de la opinion en Francia. Vamos á poner de manifiesto sus causas.

II.

La luz de los principios filosóficos de cuyo conjunto se compone eso que ha dado en llamarse la revolucion, en ninguna parte llegó á agitar y á fascinar los ánimos como en Francia hácia fines del último siglo. A la voz de sus escritores, de sus oradores, de sus tribunos, de sus guerreros, la Francia fué la primera que puso manos á la obra sin considerar qué de fatigas, de fortuna y de sangre habia de costarle el renovar sus instituciones viciadas por la mano de los siglos, así en religion oficial, como en legislacion, en civilizacion y en gobierno. Ha-

bíanse captado una inmensa popularidad en un principio los hombres que supieron minar el carcomido edificio de su iglesia, de su trono y de sus leyes. Su mismo rey, penetrado desde la altura en que se hallaba colocado, y á través de su córte, del espíritu unánime de renovacion que por do quier se respiraba, habíase declarado generosamente el primer innovador de su reino, dando principio á las reformas por su propia córte y á los sacrificios por los de la autoridad que ejercia. La nobleza supo tambien ser suficientemente generosa y renunciar á sus pergaminos, á sus feudalidades, á sus títulos y á sus monopolios para venir á confundirse con el resto de la nacion. Solo la iglesia, estado dentro de otro estado, principio que quiere llamarse inmutable aun en lo temporal, en medio de una civilizacion perfectible, habíase encerrado en la inflexibilidad de los cuerpos sin derecho hereditario, sin familia y por consiguiente sin responsabilidad en la nacion. No habia permitido desprenderse de otros privilegios temporales que de aquellos que le habian sido arrancados, por decirlo así. Las guerras civiles estallaron á su voz en las provincias en que conservaba mayor ascendiente. Habia ademas condenado á la razon, á la libertad y á la igualdad de los tiempos modernos. Habia agitado las conciencias temerariamente atacadas por la Asamblea constituyente en la constitucion civil del clero, constitucion que solo debió entrometerse en el establecimiento temporal y de modo alguno en la gerarquía del sacerdocio. Habia, por último, fanatizado á las gentes del campo, y estas por su parte habian arrastrado á los nobles, aunque á su pesar, á aumentar los conflictos del reino.

III.

El resto de la nacion, poco ilustrada todavía, habia hecho responsables de aquellas sediciones de lo pasado contra la marcha de los tiempos al rey, al clero y á la

nobleza. La cólera y los recelos del pueblo habian llegado ya al mas alto grado; la persecucion habia escitado á la emigracion, la emigracion al furor, á la espoliacion de las familias, á la guerra nacional contra la Europa. El trono se hundió en medio de aquel tumulto viniéndose abajo como una bandera de la contrarevolucion alzada en lo mas fuerte de la revolucion. Los furiosos demagogos habian arrojado al pueblo las cabezas del rey, de la reina, de su familia, de la nobleza y de la clase media para sostener con aquella sangre su popularidad. Ellos mismos perecieron tambien á manos de sus rivales. La Francia toda inundada en la sangre de sus ciudadanos por espacio de 18 meses, habia sido el espanto del mundo y de sí misma. Las ideas se habian perturbado en su cabeza. La confusion producida por los acontecimientos, por las guerras civiles, por las guerras estrangeras, por los hombres y por las cosas todas, habia de tal manera trocado todas las banderas, que nadie reconocia ya á sus amigos ni á sus enemigos: la revolucion se habia ahogado en la anarquía.

Comenzaba ya á reconocerse, á epurarse, á constituirse en democracia tolerante bajo el gobierno republicano del Directorio, cuando Bonaparte, personificando á la vez en sí la usurpacion del ejército sobre las leyes y la contrarevolucion, vino á interrumpir repentinamente el 18 de brumario, el trabajo lento y sosegado de la nueva civilizacion que elaboraba y escogia los elementos del nuevo órden de cosas.

A fin de distraer al pueblo de su revolucion, lanzóle á la guerra y á la conquista de la Europa; agotó su poblacion y su sangre para impedirle que volviese á agitarse de nuevo, y le hizo apostatar por medio de sus publicistas, de su silencio y de su policía, de todos los principios de su regeneracion de 1789. Al arrojar á los reyes de sus tronos, habíase declarado el vengador y el restaurador de los sacerdocios y de las magestades.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IV.

La Francia logró al fin respirar despues de su primera caida en 1814. La Carta habia vuelto á emprender la obra de Luis XVI y promulgado los principios de la Asamblea constituyente. La revolucion se habia remontado, en una palabra, á sus primeros y mas hermosos dias. Ya no tenia que temer ni la embriaguez de la ilusion, ni las resistencias de la iglesia, de la córte ó de la nobleza, ni tampoco los crímenes de la demagogia.

La vuelta de Bonaparte al poder, apoyado en la complicidad del ejército, vino á interrumpir por segunda vez aquella era de renovacion, de paz y de esperanza. Aquella violencia hecha á la nacion y á la Europa fué castigada por una segunda invasion que humillaba, arruinaba y diezmaba á la Francia amenazando dividirla en mil pedazos. Bonaparte, al separarse de su ejército despues de la derrota de Waterloo, y al verificar su abdicacion, habíase llevado consigo la responsabilidad de aquel desastre; pero dejaba en pos de sí el resentimiento de la nacion contra el ejército, contra su partido, contra sus cómplices y contra su nombre.

Aquella desgracia del tiempo tenia necesidad de recaer sobre alguna cosa, y asi recayó por entonces como una imprecacion unánime sobre el bonapartismo. Realistas, liberales, propietarios, negociantes, agricultores, artesanos, restos de las asambleas de 89, restos de la nobleza y del clero, realistas de la Vendée, del Mediodía, del Norte, constitucionales ó republicanos del Este y del centro de la Francia, la clase media de las poblaciones de cuyas veinte mil familias todas tenian un hijo, un sobrino, un hermano en la casa militar del rey; puertos de mar cuya guerra continental retenia hacia veinte años los

buques, las espediciones, los productos en las radas; familias de los campos que lloraban uno, dos y á veces tres hijos que habian dejado un puesto vacante en el hogar, siendo sacrificados en España ó en Rusia á la ambicion de un conquistador; villas y ciudades ocupadas por los rusos, los prusianos, los ingleses, y diezmados por las requisiciones y los impuestos; todo el mundo tenia un agravio, un resentimiento, un duelo, una ruina que vengar en el nombre y en la memoria de un hombre. El acceso de la cólera, comprimido por la presencia del ejército, por el terror de la policía imperial y por la esperanza de una segunda gloria con que por un momento pudo fascinar á la Europa antes de Waterloo, estalló en todos los corazones, á escepcion de los de sus soldados, apenas tuvo lugar su segunda caida.

La opinion se arrojó sin reflexion, sin prevision y sin mesura en brazos del partido contrario al verificarse las elecciones. Ni las instrucciones dadas por Mr. de Talleyrand á los comisarios del rey, encargados de presidir y dirigir á los colegios electorales; ni los agentes de Fouché que trataban de favorecer por cuantos medios estuvieron en sus manos las candidaturas republicanas, á fin de intimidar á la córte y al rey y sostener de aquella manera el equilibrio, no fueron bastantes á conseguir nada. La opinion irritada de la Francia no escucha ni atiende á temperamento, intriga ni prudencia alguna; fluctúa solo de una en otra orilla como el Océano en su flujo y su reflujo. Hé aquí, pues, esplicadas las elecciones de 1815 que enviaron á la corona una cámara mas contrarevolucionaria que la Europa entera, y mas realista que el mismo rey.

Aquel príncipe no pudo menos de asombrarse al contemplar la unanimidad y el esceso de su cólera contra la revolucion, su animosidad contra el imperio y su exaltacion en favor de los Borbones. Harto conocia él que habria de verse en la precision de contener, mas bien

que de provocar, semejante pasion por su familia, y hasta temia que aquella pasion no le acusase de tibieza por su propia causa, le echase en cara la humillante concesion que habia hecho dando participacion á Mr. de Talleyrand, y sobre todo á un regicida, en sus consejos, ó hiciese de su hermano, el conde de Artois, el dominador y aun quizá el dueño del reino. Resolvió, pues, prevenir las exigencias que los nombres que figuraban en aquella representacion le presagiaban, y variar su ministerio antes de que tuviese lugar la apertura de las Cámaras.

V.

Sin embargo, no dejaba de serle algun tanto violento el tener que separar de su lado á Mr. de Talleyrand que tanto le habia protegido en 1814, y cuyo ascendiente en la Cámara de los pares, así como sus inteligencias con las córtes estrangeras le parecian merecer alguna consideracion de su parte. Así es que no podia menos de verle con un secreto regocijo, mezclado á veces de amargura por sí mismo, despopularizarse en París por su desidia y abandono y frustrársele la negociacion de las condiciones de paz por la inflexibilidad del Austria y de la Prusia. Érale asimismo satisfactorio poder hacer recaer en aquel diplomático por su falta de habilidad, la humillacion producida por el *ultimatum* de las potencias, que Mr. de Talleyrand era demasiado dócil y asequible para haberlo aceptado, y que él, como rey, era demasiado patriota para consentirlo. Queria ademas servirse de la mano de Mr. de Talleyrand para separar á Fouché de su consejo, pues la liga que de sus simultáneos agravios habian formado aquellos dos hombres de Estado, le parecia perjudicial á su seguridad. Era preciso por lo tanto dividirlos antes de deshacerse de ellos.

Por lo que hace á Mr. de Talleyrand, creia tener necesidad de él todavía, mas en cuanto á Fouché podia muy bien desde luego pasarse sin él.

El celo y la actividad de su futuro favorito Mr. Decazes, que de dia en dia iba ganando terreno en su confianza, le tenian muy tranquilo respecto á las conspiraciones de los bonapartistas. Mr. Decazes, aprovechándose de la indolencia de Fouché que le hacia incapáz de ocuparse de pormenores, y de las audiencias del rey, logró irse apoderando insensiblemente de todos los resortes y detalles de la policía, quedándole solo á Fouché el nombre de ministro y las altas intrigas en las cuales él se complacia en hacer el papel de hombre necesario á todos los partidos. El rey, por su parte, habia ya dicho hablando de su jóven confidente: «Le he de elevar á tal altura, que ha de causar envidia á las casas mas principales de Francia.» El orgullo y la amistad siempre se confunden en el corazon de los reyes.

VI.

A Luis XVIII no se le ocultaban todas las intrigas de Fouché que para él eran como trasparentes. Aquel hombre de Estado continuaba desde el regreso del rey ejerciendo el mismo doble juego que durante los Cien Dias. Esto es, intimidaba al rey y á los ministros con noticias de complots imaginarios y de peligros exagerados, y hacia circular al propio tiempo, bajo la forma de avisos oficiales, los mas siniestros rumores á fin de propagar la agitacion por los mismos medios que aparentaba emplear para desvanecerla.

Escribia diferentes informes y memorias dirigidas al rey, semejantes á las que habia redactado para el emperador despues del 20 de marzo, y despues las entregaba

secretamente á sus agentes y las hacia circular por bajo de mano entre el público como si fuesen documentos debidos á la indiscrecion de algun confidente íntimo de su autor.

«Señor, decia aquel astuto ministro en uno de sus informes, los hombres enérgicos que han derribado á Bonaparte, no han llevado otro objeto que poner un término á la tirania. Una division de aquella misma naturaleza agita y separa entre sí á todas las clases, sirviéndole de núcleo las mas ardientes pasiones con el temor de ver triunfar las antiguas opiniones. Es preciso no fijarse solo en París, pues en él una opinion facticia hace las veces de opiniones mas verdaderas y positivas.»

Con esto queria destruir en el ánimo del rey los testimonios de adoracion y de júbilo que se repetian sin cesar ante sus ojos, ya en el jardin de las Tullerías, ya en los boulevares, que se mostraban enagenados de realismo.

«Las ciudades, continuaba, se hallan en abierta oposicion con las poblaciones del campo, hasta en el Oeste mismo, donde tanto os prometen que encontrareis soldados. Los compradores de bienes nacionales resistirán á cualquiera que intentase desposeerlos de ellos. El realismo del Mediodía llega al estremo de cometerse mil atentados, y diferentes partidas de hombres armados recorren los campos é invaden las ciudades. Los saqueos y los asesinatos se multiplican. En el Este, los horrores de la invasion y las faltas cometidas por los anteriores ministros, han enagenado completamente el ánimo de las poblaciones. En la mayor parte de los departamentos apenas se encontrará un puñado de realistas que oponer á la masa del pueblo. El ejército no podrá sostenerse por mas tiempo en la inaccion, pues la desmesurada ambicion que se ha desarrollado en él, le ha hecho aficionarse á las aventuras.

«Dos grandes facciones existen en el Estado. La una defiende los principios, la otra marcha derecha á la contrarevolucion. De una parte está el clero, los nobles, los antiguos poseedores de los bienes nacionales vendidos ya en el dia, los miembros de los antiguos parlamentos, los hombres obstinados que no llegan á persuadirse de que sus añejas ideas hayan caducado ya y que no pueden perdonar á una revolucion que ellos han maldecido; otros que cansados ya de tanto movimiento ansian encontrar el reposo en el antiguo régimen, y algunos escritores apasionados, aduladores de las opiniones triunfantes. De la parte opuesta están la casi totalidad de la Francia, los constitucionales, los republicanos, el ejército y el pueblo, toda clase de descontentos y una multitud de franceses que son adictos al rey, porque se hallan íntimamente persuadidos de que la menor tentativa ó la mas insignificante tendencia hácia el antiguo régimen, será la señal de una esplosion parecida á la de 1789.»

VII.

Manuel, aquel orador de la última Asamblea, cada dia mas decidido por Fouché, y tratando de adherirse por todos los medios á este ministro, era el que redactaba con él semejantes informes, en los cuales aparecian algunas verdades á través de las mas notables exageraciones. Tanto Manuel como Fouché, al escribir aquella especie de amenazadora estadística, se olvidaban, ó aparentaban olvidarse de esas numerosas masas que flotan entre las opiniones reflexivas, y que se precipitan allí donde se muestra la fortuna, la paz y la seguridad. Aquellas masas estaban, pues, en aquellos momentos en favor del rey, y esto lo probaban mas que muy suficientemente las elecciones que acababan de verificarse. Pero el objeto de Fouché era alarmar, con el fin de poder luego hacer cobrar confianza y responder de todo por su habilidad personal.

El rey y su consejo principiaban ya á ofenderse de aquellas siniestras relaciones, y sobre todo, de la culpable publicidad que les daba el ministro de policía, publicidad que tenia todos los visos de una traicion, para que el rey pudiese tolerarla sin recelos. ¿El ministro de policía, esclamó por fin cierto dia Mr. de Talleyrad en presencia del rey y de su colega, pretende acaso dominarnos con su popularidad?» Fouché entonces se disculpó, achacándolo á supuestas revelaciones involuntarias de sus manuscritos al público. Mas como ya todo el mundo tenia por costumbre no creer jamás en sus palabras, la irritacion contra él iba en aumento. El duque y la duquesa de Angulema, al regresar de las provincias del Mediodía, á donde habian ido á gozarse en el entusiasmo realista, y que entraban en las Tullerías con la idea de apasionada popularidad en favor de su causa, declararon sucesivamente al rey que jamás se encontrarian en su palacio con el juez de Luis XVI.

Cada vez que Fouché se presentaba en palacio, todo el mundo parecia alejarse de él. Los hombres moderados por su parte no disimulaban la repugnancia que les causaba; los realistas hacian alarde de la antipatía que por él tenian. Él solo era el que, confiado en el prodigioso éxito de mandacía y de sus intrigas durante los últimos acontecimientos, y seguro del apoyo que le prestaba lord Wellington, se creia aun muy próximo á dominarlo todo. Juzgaba intimidar á la asamblea con el rey, al rey con los revolucionarios y los bonapartistas, á las potencias coaligadas con el patriotismo irritado del pais, y al pais con las potencias. Se olvidaba de su propio pasado, creyendo de este modo que se lo hacia olvidar á los demás. El hombre de la convencion y el cortesano de Luis XVIII eran para él dos personages que no tenian nada de comun entre sí, ni aun el nombre siquiera, pues su título de duque de Otranto servia para cubrir la memoria del antiguo Fouché. Repudiaba la revolucion como un recuerdo harto importuno de su juventud. «Cuando uno es jóven, solia decir él con cierta negligencia á sus familiares, agradan las revoluciones, porque conmueven, agitan y constituyen siempre un espectáculo, al cual se tiene gusto en asistir y aun de mezclarse en él; pero á mi edad, tienen ya mucho menos atractivo, pues se desea el reposo, el órden, la fijeza en todo; en una palabra, se quiere gozar.» El poder era para él uno de esos goces necesarios en su edad madura, como la agitacion habia sido la necesidad de su juventud.

VIII.

Nada le faltaba, pues, á la dignidad esterior de aquella vida, mas que una familia á quien trasmitir despues de su muerte su inmensa fortuna y sus títulos, y una alianza con una de las familias de la alta aristocracia francesa, á fin de legitimar su reciente nobleza con la antigua de la córte y de París. Creíasele todavía tan poderoso, tan inviolable á las desgracias, y sus riquezas, su influencia en los últimos acontecimientos, su decisiva intervencion en la caida de Bonaparte y en el restablecimiento de los Borbones, ejercian un prestigio tal en aquella nobleza, acostumbrada á concederlo todo al favor de las córtes, que estaba casi seguro de ingerirse por medio de un enlace y á pesar de su nombre y de sus tachas, en tronco de alguna ilustre familia.

Aquella alma agitada, mas no ocupada enteramente por las ambiciones y por las saciedades de la fortuna, no habia sido insensible á las seducciones de la juventud y de la hermosura. Durante las comisiones que desempeñó en el Mediodía hácia el fin del imperio, habia conocido en Aix á Mlle. de Castellane, hija de una de las mas notables casas de Provenza y dotada de las prendas mas

á proposito para cautivar el alma al mismo tiempo que al vista. El por su parte habia conservado siempre hácia ella un tierno recuerdo y una respetuosa admiracion. Por lo que hace á la jóven, á pesar de la desproporcion de nombre, de edad y de existencia, habiase tambien mostrado conmovida á la vista de aquel hombre poderoso, célebre y de ingenio, cuyos títulos, elevacion y servicios prestados á la causa del rey hacian olvidar lo pasado. Fouché la pidió, pues, en matrimonio, y la obtuvo de su familia. Era tal el grado de favor con el público y tal la aparente confianza que el rey le dispensaba en la época en que esto tuvo lugar, que apenas se atrevió la aristocracia parisiense á murmurar contra la complacencia que mostraba una familia distinguida al consentir que se uniese su nombre al de un antiguo procónsul del terror. Es verdad que él tuvo tambien buen cuidado de celebrar las fiestas de su boda con gran boato y esplendor, para prevenir de este modo la murmuracion. Creyó ya con esto ver abiertas para siempre las puertas de aquella nobleza, de la cual no poseia mas que las riquezas y los títulos. Se vió, pues, en el apogeo de su felicidad. No debia pasarse mucho tiempo sin que fuese precipitado desde allí.

IX.

Pocos dias despues de las elecciones, cuya significacion, aunque no enteramente aclarada todavía, tenia al ministerio entregado á la mayor inquietud, monsieur de Talleyrand, que trataba de merecer el favor de la córte librándola de una humillacion, insinuó directamente á Fouché, en el seno del consejo de ministros, la conveniencia ó la necesidad de su retirada. Habló con cierta negligencia de la América donde habia pasado los mas dulces años de su destierro durante el terror, encomió en

estremo la libertad y la seguridad de que se disfrutaba en aquel pais que al separar al hombre de un continente tan tormentoso como el de Europa, le separaba tambien de sus enemigos y de sus peligros, añadiendo que ninguna existencia sobre la tierra le habia nunca parecido superior á la del embajador que representaba á la Francia en aquel pais que todo se lo debia á esta misma nacion. En seguida, volviéndose con cierta afectacion hácia donde estaba Fouché como si quisiese provocar de su boca una aquiesciencia á tamaña felicidad que él hubiera podido tomar por una aspiracion á disfrutar de ella: «Esta existencia, continuó, puedo precisamente ofrecerla en este momento; el cargo de ministro del rey en los Estados Unidos se halla vacante. ¿Os decidiríais acaso por la dignidad y la seguridad de aquel asilo?» Fouché, á quien la sorpresa habia impedido entenderlo á la primera palabra, lo comprendió al fin, se turbó y preguntó al punto sin que nadie se cuidase de responderle, si sus servicios eran acaso desagradables al rey, y si se trataba por aquel medio de deshacerse de él.

Una vez dado aquel paso, podíase ya hablarle mas claro, y despedirle sin peligro alguno. Las elecciones le amenazaban por su nombre, y los realistas se ruborizaban de haber necesitado de él un dia. El rey se sentia humillado, la córte ingrata, los ministros celosos, monsieur de Talleyrand, muy dichoso de haberse deshecho de un rival, los republicanos indiferentes, los bonapartistas implacables. El suelo acababa de hundirse bajo sus pies. Aquel hombre que acababa de decretar proscripciones solo por complacer, se veia proscripto él mismo pocos dias despues por aquellos á quienes habia sacrificado sus cómplices. Iba, pues, á encontrarse con ellos como remordimientos vivos en una tierra estrangera.

X.

Aquella proscripcion se encubrió cuidadosamente bajo la apariencia de una mision al estrangero. Fouché, que habia rehusado la legacion de los Estados Unidos por no establecer demasiada distancia entre el destierro y la vuelta al poder que no cesaba de esperar, tuvo que aceptar el título de ministro cerca de la insignificante y desgraciada córte de Sajonia. De este modo cohonestaba el rey su ingratitud y Fouché su impotencia. Su fortuna le abria todas las puertas y podia retirarse con grande independencia á donde quisiera, pero á aquel desterrado le faltaba donde quiera que estuviese la sombra de la córte, la importancia y el manejo de los negocios. Era tanto lo abandonado y amenazado que quedaba en Francia desde el momento en que cesó en su omnipotencia, que conociéndolo él hizo en silencio sus preparativos de viage, y atravesó la Francia bajo un nombre supuesto y disfrazado á fin de esquivar las injurias de los unos, de ocultarse á la venganza de otros, y de evitar el desprecio de todos.

Pocos meses despues de su llegada á Dresde fué destituido de su cargo, prohibiéndole volver á su patria, y habiendo sido desterrado á Austria fijó su residencia en Lintz, acompañado de su jóven esposa que era la que con su ternura y sus virtudes le prodigaba toda clase de consuelos. Diferentes veces insistió en solicitar de Mr. Decazes y de Mr. de Metternich que se le señalase un punto de destierro mas cercano á la Francia, ó la permanencia en una capital como Viena. Tenemos á la vista su correspondencia durante aquellos años de soledad y estrañamiento; á veces se desprende de ella la resignacion, y á veces la conformidad con su suerte y la indignacion contra sus enemigos.

«Nos hallamos en un pais rico y hermoso y en un pueblecito mas sin recurso alguno de sociedad y de instruccion. Solo existe Viena en toda la monarquía austriaca, como único punto ilustrado y sociable, pero allí tiene su residencia el hijo de Napoleon. ¿Habrá tambien algun otro inconveniente para permitirme vivir en Baviera, en Bélgica, ó en Inglaterra? Podeis estár bien seguros de que no prestaré el menor auxilio á los partidos que os dividen. Si pudiera aproximarme á la Francia tendria al menos el consuelo de poder ver mas á menudo á mis amigos.....Yo mismo firmé el decreto de proscripcion, el cual fué entonces considerado como el único medio de salvar á un partido que es el mismo que me acusa en el dia; aquel decreto le libraba del furor de los realistas y le ponia á cubierto en el destierro... No deseo á la verdad que se destruyan los partidos, pero formo sí los mas ardientes votos por que sean reprimidos. Redúzcase á los revolucionarios á representar un papel de oposicion razonable; no se trate de separar al rey de la nacion haciendo que esta le considere como un adversario suyo.— Se pone mucho cuidado en estar en guardia contra los realistas exagerados; pero no se hace otro tanto respecto al otro partido...Repasad la historia de la Polonia y vereis que os hallais amenazados de igual suerte sino os haceis dueños de vuestras pasiones... Estoy leyendo una historia de la campaña de 1815, por el general Gourgand, y no me admira el lenguaje que pone en boca de su señor respecto á mí; es muy cómodo para Napoleon el querer escusar todos sus disparates repitiendo que ha sido víctima de una traicion... No, el no ha tenido mas traidores á su alrededor que los que le adulaban.»

Fouché murió insultado ú olvidado de todos los partidos en aquel destierro, sin poder conciliar el reposo, hastiado por la inercia y por la ociosidad, no satisfecho aun de figurar, haciendo por rechazar el eco, unas ve-

ces exacto y otras calumnioso de su vida, que le perseguia hasta en su retiro; hombre de las tempestades á quien no le era posible, como al pájaro de mar, vivir sobre la orilla.

XI.

Fouché dejó una memoria ambigua, pero grande como el papel tan diverso que representó en los acontecimientos de su patria. Genio mas revoltoso que perverso, pero verdadero genio de intriga, que seguia su trama á través de las mas complicadas revoluciones; terrorista por actitud y por lenguaje mas que de corazon y de obra en tiempo de la Convencion, sospechoso para Robespierre, amenazado pocos dias antes del triunfo de la moderacion, renegando, uno de los primeros de la revolucion apenas esta vino á menos, y ofreciéndose á Bonaparte como un negociador necesario entre el jacobinismo y él; sirviéndose de su propia influencia en tiempo del imperio para hacerse por medio de la indulgencia amigos entre los realistas y los republicanos, tratando de moderar el despotismo de Napoleon para hacerle durar en provecho suyo, abandonándole cuando principió á decaer para hacerse perdonar por los Borbones separándolos con una mano y atrayéndolos con la otra despues del regreso de la isla de Elba, y esto con tal audacia y con tal doblez que jamás se han visto iguales; no haciendo traicion á Napoleon, pero dejando que se la hiciese su propio genio y los mismos acontecimientos; preparándose á hacerle desaparecer de la escena y á evitar que por tercera vez pusiese en combustion á la Francia; dominando en aquella época, por medio de su interposicion, una de las transiciones mas complicadas y arriesgadas de la historia; salvando de grandes desgracias á su pais, de arroyos de sangre á la Europa y quizá del desmembramiento á la Francia; triunfando de los tiempos y obligando á la córte de los Borbones á implorar el auxilio y el apoyo de un regicida; víctima, por último de su propia habilidad y arrastrado en su triunfo por la cólera de los realistas á quien tanto habia servido. Este fué Fouché.

Si su nombre no hubiera llevado consigo algo de siniestro con los votos y la sangre de la Convencion, su carrera habria sido uno de esos grandes papeles á veces cómicos y á veces sérios que el hombre de estado deberia estudiar con la mayor complacencia siempre que su norma sea el resultado y no los principios. Actor consumado bajo los dos conceptos, de hombre de intriga y de hombre de audacia, nada le faltaba respecto á habilidad y buen sentido, pero todo respecto á virtud. Esta frase le define y le juzga completamente. Se le contemplará eternamente, se le admirará algunas veces, pero no se le podrá apreciar jamás.

XII.

Volvamos, pues, al siguiente dia de su caida. El rey no se habia libertado mas que á medias con la separacion de Fouché. Mr. de Talleyrand y el resto del ministerio subsistian todavía y se obstinaban en presentarse ante la Cámara en la persuasion de que se mostraria menos severa con el sacrificio hecho del ministro de Policía. Pero Mr. de Talleyrand pesaba mas si se quiere á la sazon en el ánimo del rey que el mismo Fouché. El rey solo odiaba en Fouché al revolucionario; en Mr. de Talleyrand odiaba al protector. El orgullo del hombre de distinguido nacimiento y la superioridad del hombre de talento consumado en los negocios, dejábanse notar en la actitud y en el tono de Mr. de Talleyrand cuando se halla-

ba en la presencia del rey. Si bien era dócil y asequible con los poderosos, aquel ministro se acordaba demasiado de su nombre, de sus dignidades del imperio, de su favor con los soberanos estrangeros y de su reputacion de hombre de estado para con el rey. Consideraba á este príncipe como un huésped estraño á la Francia, nuevo en los negocios, pasivo en su propio consejo, conducido por su mano al palacio que ocupaba, á quien hacia los honores de la Francia y que no podia pasarse sin él para que le esplicara las costumbres, las cosas, los hombres del nuevo siglo.

Luis XVIII habia sufrido durante algun tiempo aquella tutela política en los negocios por la necesidad que le imponia á Mr. de Talleyrand; mas su dignidad de inteligencia se sentia harto lastimada. Habia confiado á monsieur Decazes lo descontento que estaba de su ministerio, el deseo que tenia de reemplazarle con otro, y las negociaciones preliminares y confidenciales que preceden necesariamente á tales cambios de administracion. Sus entrevistas con Mr. Lainé y con otros miembros de la Cámara que habian llegado ya á París, la lentitud y el mal aspecto que presentaban las negociaciones entabladas con las potencias para la paz general, las hablillas de la camarilla del conde de Artois contra aquel ministerio á quien designaban á la vez con la calificacion de perezoso, orgulloso y desgraciado, acabaron por decidir al rey secretamente. Mas era preciso buscar una ocasion y un pretesto para romper decorosamente aquel pacto con monsieur de Talleyrand que fué producto de la imperiosa necesidad. El mismo, sin embargo, infatuado con dos años de importancia, y creyéndose inviolable, tuvo la imprudencia de ofrecer al rey la ocasion y la oportunidad de su desgracia.

XIII.

Los diarios realistas y los salones de la aristocracia, exaltados con el apasionado movimiento de la opinion á que las elecciones acababan de dar mayor fuerza é importancia, no cesaban de amenazar al ministro con la cólera de las Cámaras por las contemplaciones bajas y culpables que demostraba con la revolucion y con los revolucionarios. Semejantes rumores, preludios de empeñadas luchas en las Cámaras, no podian menos de alarmar á Mr. de Talleyrand. El, que no se sentia con fuerzas suficientes para dominar á una asamblea por medio de la palabra, trataba de intimidarla con la autoridad del rey. Para esto era necesario comprometer al rey en favor de la causa de sus ministros y establecer entre ellos y él una solidaridad aparente, capaz por sí sola de imponer á los realistas.

Mr. de Talleyrand comunicó este plan á sus colegas y atrajo con facilidad á aquellos hombres débiles y ligeros para emprender aquel acto desatentado de audacia. Intimó, pues, al rey en pleno consejo, que era preciso que desmintiese públicamente los rumores que circulaban acerca de su desafeccion hácia el ministerio, dando al mismo tiempo tanto á él como á sus colegas alguna muestra significativa de aprecio que contribuyese á desarmar la naciente oposicion de las Cámaras, imponiendo á la vez silencio á las cábalas que formaba el conde de Artois dentro del mismo palacio, y segun dicen, llegó hasta el punto de proponer al rey el estrañamiento de París del conde de Artois, como una necesidad de gobierno que quitaria un centro y un apoyo á los que se oponian á su política. Por último, añadió, que si el rey no se hallaba dispuesto á demostrar á su ministerio la mas firme y per-

sonal adhesion, los ministros debilitados, por este solo hecho en la opinion, no se creerian en disposicion de presentarse ante las Cámaras y se verian en la necesidad de retirarse.

XIV.

Al espresarse en tales términos Mr. de Talleyrand, estaba firmemente convencido de que el rey, viéndose obligado por la necesidad á conservar su confianza al hombre que en aquellos momentos trataba de su reino con los aliados y de su popularidad con el partido revolucionario, cederia á su intimacion y vendria á poner toda la autoridad en sus manos. Pero así como Fouché, monsieur de Talleyrand no sabia ya leer en el corazon de los reyes ó de las naciones; descansaba en las creencia de ser todavía un hombre necesario, y ya no podia ni siquiera apoyarse en los acontecimientos ni mucho menos en las opiniones. En una palabra, el rey, á quien habia dominado hasta entonces, le dominaba á la sazon á él con toda la elevacion del trono sobre la revolucion.

El rey, que se sentia con la energía necesaria, creyó que aquella era la circunstancia mas propicia para salir del embarazo en que le ponia la despedida de sus ministros, y despues de haber escuchado con aparente impasibilidad, las palabras insolentemente respetuosas de monsieur de Talleyrand:

«Con que es decir, repuso con el tono de un hombre ofendido, que mis ministros me presentan su dimision? Pues bien, señores, nombraré otros que los reemplacen.» Y sin aguardar réplica ni escusa alguna, los despidió con un ademan de cabeza.

«Vos podeis permanecer en Francia, le dijo á Mr. de Talleyrand como si hubiera querido recordarle el destierro que se le habia impuesto á Fouché y las relegaciones á distancia de la córte á que la antigua monarquía condenaba á los ministros demasiado poderosos.

«Confio, respondió Mr de Talleyrand con una audaz amargura de que no hizo alarde por cierto en circunstancias semejantes ante la presencia de Napoleon irritado; confio en que no tendré necesidad de otra cosa que de la justicia del rey para residir sin temor alguno en su pais.» Y diciendo así se retiró.

«Se han burlado de nosotros,» dijo á sus colegas al salir del gabinete del rey, manifestando la sorpresa propia de la astucia burlada tambien á su vez. Acababa de descubrir en la precipitacion del príncipe por recoger sus palabras, un partido tomado ya de antemano, y su acento le pareció mas bien el del señor que el del protegido. Mas, sin embargo, procurando ocultar su cólera ante el interés, y deseando conservar abierta para el porvenir la puerta de un palacio cuyas veleidades le eran muy conocidas, pidió, al pronto como una reparacion y luego como una gracia, la plaza de gran chambelan con la dotacion de cien mil francos, cuya concesion se hizo mas bien á la situacion que á la persona, pues la córte necesitaba contemplarle todavía, aunque nada temia ya de él.

XV.

El ministerio de Mr. de Talleyrand, desde 1815 habia sido pasivo, impotente y desgraciado. Aquel hombre de Estado cuyo principal talento consistia en dejar que todo se hiciese por la fuerza natural de las cosas humanas, haciendo recaer despues el mérito en sí mismo cuando aquel poder oculto le servia bien, habia sido á la sazon mal servido por las circunstancias sin que por su parte hubiese sabido impedirlo ni oponerse á ello. Nulo en el interior, burlado por la Rusia y por la Prusia en el este-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sonal adhesion, los ministros debilitados, por este solo hecho en la opinion, no se creerian en disposicion de presentarse ante las Cámaras y se verian en la necesidad de retirarse.

XIV.

Al espresarse en tales términos Mr. de Talleyrand, estaba firmemente convencido de que el rey, viéndose obligado por la necesidad á conservar su confianza al hombre que en aquellos momentos trataba de su reino con los aliados y de su popularidad con el partido revolucionario, cederia á su intimacion y vendria á poner toda la autoridad en sus manos. Pero así como Fouché, monsieur de Talleyrand no sabia ya leer en el corazon de los reyes ó de las naciones; descansaba en las creencia de ser todavía un hombre necesario, y ya no podia ni siquiera apoyarse en los acontecimientos ni mucho menos en las opiniones. En una palabra, el rey, á quien habia dominado hasta entonces, le dominaba á la sazon á él con toda la elevacion del trono sobre la revolucion.

El rey, que se sentia con la energía necesaria, creyó que aquella era la circunstancia mas propicia para salir del embarazo en que le ponia la despedida de sus ministros, y despues de haber escuchado con aparente impasibilidad, las palabras insolentemente respetuosas de monsieur de Talleyrand:

«Con que es decir, repuso con el tono de un hombre ofendido, que mis ministros me presentan su dimision? Pues bien, señores, nombraré otros que los reemplacen.» Y sin aguardar réplica ni escusa alguna, los despidió con un ademan de cabeza.

«Vos podeis permanecer en Francia, le dijo á Mr. de Talleyrand como si hubiera querido recordarle el destierro que se le habia impuesto á Fouché y las relegaciones á distancia de la córte á que la antigua monarquía condenaba á los ministros demasiado poderosos.

«Confio, respondió Mr de Talleyrand con una audaz amargura de que no hizo alarde por cierto en circunstancias semejantes ante la presencia de Napoleon irritado; confio en que no tendré necesidad de otra cosa que de la justicia del rey para residir sin temor alguno en su pais.» Y diciendo así se retiró.

«Se han burlado de nosotros,» dijo á sus colegas al salir del gabinete del rey, manifestando la sorpresa propia de la astucia burlada tambien á su vez. Acababa de descubrir en la precipitacion del príncipe por recoger sus palabras, un partido tomado ya de antemano, y su acento le pareció mas bien el del señor que el del protegido. Mas, sin embargo, procurando ocultar su cólera ante el interés, y deseando conservar abierta para el porvenir la puerta de un palacio cuyas veleidades le eran muy conocidas, pidió, al pronto como una reparacion y luego como una gracia, la plaza de gran chambelan con la dotacion de cien mil francos, cuya concesion se hizo mas bien á la situacion que á la persona, pues la córte necesitaba contemplarle todavía, aunque nada temia ya de él.

XV.

El ministerio de Mr. de Talleyrand, desde 1815 habia sido pasivo, impotente y desgraciado. Aquel hombre de Estado cuyo principal talento consistia en dejar que todo se hiciese por la fuerza natural de las cosas humanas, haciendo recaer despues el mérito en sí mismo cuando aquel poder oculto le servia bien, habia sido á la sazon mal servido por las circunstancias sin que por su parte hubiese sabido impedirlo ni oponerse á ello. Nulo en el interior, burlado por la Rusia y por la Prusia en el este-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rior, no pudiendo ni tratar de condiciones aceptables con las potencias, ni dirigir las elecciones que habian pasado como una marea de reaccion por encima de su cabeza, ni dominar á la córte, ni arrostrar la presencia de los diputados, ni poner á cubierto de la indignacion del pais los restos del partido revolucionario comprometido en los Cien Dias, desaparecia de la escena sin dejar vestigio ni pesar en ninguno de los partidos. La única vez en que dieron resultado sus gestiones fué para proporcionar una humillacion á la Francia. Al persuadir al rey que diese entrada á Fouché en su consejo, habia deshonrado á aquella misma monarquía á la cual pretendia servir.

Su vida política principió á declinar desde aquel dia, á pesar de las incesantes maniobras que puso en juego para volver á adquirir una popularidad que él mismo habia contribuido á disminuir por su insuficiencia para salvar tan graves y críticas circunstancias. No la recuperó tampoco en 1830 ni logró dar nuevo realce á su nombre sino á costa de desconocer, dejando á un lado toda dignidad, el principio de los tronos hereditarios, en cuyo principio hacia consistir en 1814 el dogma de las monarquías, y haciéndose cómplice del resultado contra el principio, con la casa de Orleans, último refugio de todas sus ambiciones.

XVI.

El rey, que se habia ya ocupado con Mr. Decazes del duque de Richelieu, dió encargo á su favorito de verse con él y de ofrecerle la presidencia del consejo de ministros. Aparte de la estimacion general y bien merecida que habia suscitado el pensamiento del rey y del prestigio que en sí mismo llevaba aquel nombre, con el cual parecia querer restablecerse en el gabinete la memoria

de uno de los hombres de Estado á quien debia la familia de los Borbones el terror y la omnipotencia de la monarquía, el rey tuvo ademas un hábil y recto instinto al colocar su gobierno bajo los auspicios de tan grande é ilustre nombre.

El emperador de Rusia habíase enemistado con Mr. de Talleyrand en el congreso de Viena celebrado en el año anterior, á causa de los mal encubiertos manejos de aquel diplomático, que celebró una alianza secreta con el Austria, con perjuicio de los intereses de la Rusia. Al obrar así Mr. de Talleyrand, no hizo otra cosa que seguir la política baja y mezquina del cardenal de Bernis en tiempo de Luis XV, y la Francia, por su parte, al firmar alianzas semejantes, podia decir muy bien que en lugar de aliarse ligaba. A consecuencia, pues, del resentimiento que el emperador de Rusia concibió desde entonces por la doblez y la ingratitud del gabinete de las Tullerías, que todo se lo debia, incluso el trono, se hallaba menos dispuesto, tratándose de un ministerio dirigido por Mr. de Talleyrand, á tener aquellas deferencias y generosidades que el rey tenia que solicitar de contínuo, á fin de hacer mas llevaderas las condiciones impuestas por los vencedores, ademas de que las exigencias de que se hacia alarde para con el rey podian muy bien ser venganzas personales de aquel soberano contra Mr. de Talleyrand. Un ministerio que garantizase á la Rusia la lealtad y amistad del gobierno de los Borbones, obtendria quizá del emperador Alejandro, árbitro de la Europa, que mitigase cuanto fuese dable los rigores de la suerte. Mr. de Richelieu parecia estar designado por su vida y antecedentes á llevar á cabo semejante negociacion con el corazon de Alejandro, pues que era uno de esos hombres predestinados por su nacimiento, por su nombre, por la naturaleza y hasta por las vicisitudes de su existencia, á lanzarse como mediadores entre los acontecimientos y á salvar su patria cuando todo parece reunirse para perderla.

XVII.

Armando, duque de Richelieu, sobrino segundo del cardenal por línea femenina, era nieto del mariscal de Richelieu, el Alcibiades francés, debiendo omitir hacer mencion en esta ilustre genealogía del duque de Fronsac, su padre, considerándole como el eclipse de una generacion en una grande y distinguida raza. El genio de gobierno, el genio de la guerra y el genio de la córte, parecian, pues, haberse concentrado en aquel nombre.

El duque de Richelieu tenia á la sazon 49 años. Jóven é impaciente de gloria, como La Fayette en 1789, habíase dirigido á buscar en las guerras que sostenian los rusos contra los turcos en aquella época, ocasiones y lecciones de guerra á las órdenes del arriesgado general Souvarof, consiguiendo llamar la atencion de aquel héroe en el famoso asalto de Ismail, que fué el Zaragoza de la Turquía. Desde las fronteras del imperio otomano habíase dirigido al ejército de Condé, con objeto de ofrecer su brazo y su sangre en defensa de los Borbones y del trono, esos dos deberes de su propia raza. Despues de la disolucion de aquel ejército bizarro, aunque repudiado á la vez por la Francia y por el estrangero, continuó defendiendo la misma causa en Inglaterra, en donde aun tenia defensores y esperanzas. Allí obtuvo el mando, hasta 1794, de uno de aquellos cuerpos de emigrados que la Inglaterra sostenia por su cuenta como auxiliares de la guerra civil, para cuando se abriese el continente á los príncipes de la casa de Borbon que no ejercian cargo alguno. Mas aquella inaccion y aquella ociosidad llenaba ya de hastío al alma noble y elevada del duque de Richelieu, y al mismo tiempo la guerra civil repugnaba á su patriotismo. Volvióse, pues, á ofrecer de nuevo sus servicios al emperador Pablo I. En

un principio fué muy bien recibido; mas habiendo caido en desgracia á poco tiempo por uno de los caprichos de aquel príncipe, generoso de corazon, pero sombrío y retraido de espíritu, habia sido vuelto á llamar por el emperador Alejandro, apenas hubo subido al trono. La conformidad de edades y de caractéres que entre ambos existia, habia hecho que entre los dos se crease una amistad mucho mas íntima y mas sólida que el favor que se disfruta en la córte. Pero hallándose en paz la Rusia, el deseo de volver á ver á su patria y las instancias de Napoleon, que trataba de rodearse de los hombres mas ilustres por su prestigio, habian hecho que el duque de Richelieu volviese por breve tiempo á París.

Respetuoso para con el primer cónsul, no quiso, sin embargo, consentir en renegar, por adherirse á su suerte, á las tradiciones de su familia y á las afecciones de su juventud. La manifestacion que de estos mismos sentimientos hacia en sus conversaciones le atrajo sobre sí una órden de destierro. Sus recuerdos le volvieron á encaminar á Rusia en donde le aguardaba la amistad del czar. Alejandro, que se ocupaba á la sazon en poblar, en civilizar, en construir, en armar la hermosa parte de su vasto imperio que baña el mar Negro, habíale confiado el gobierno general de toda la Nueva Rusia. Entonces creó, construyó y dió mayores proporciones á Odessa, la capital terrestre y marítima de la Crimea; planteó en diez años de una prudente y entendida administracion, un imperio entre el Dniester y el Cáucaso, é hizo infinitos beneficios al pueblo, al comercio y á la navegacion, secundando cuantas obras de utilidad se habian planteado. En una palabra, puede decirse que supo comprender á la naturaleza, y que esta le prestó su ayuda y su socorro. Su nombre, como el de un antiguo fundador de colonia y regenerador de razas, engrandecido por la distancia y auxiliado por las circunstancias, era bendecido en el Oriente y admirado en Occidente.

La guerra continental le condujo otra vez á los campos de batalla, á los consejos y á la intimidad de Alejandro.

Viósele en 1814 y durante el período de los Cien Dias, seguir ó representar á su soberano en París, en Viena, en Gante. Súbdito á la vez de dos príncipes, de Luis XVIII y de Alejandro, era el vínculo que servia para unirlos mas y mas, al mismo tiempo que los servia á ambos. Su reputacion y su carácter inspiraban un grave respeto, asi al rey como á los príncipes franceses. Los ejércitos y las diplomacias estrangeras le consideraban como uno de esos hombres sin tacha que brillan menos por su saber y lucimiento que por su pureza y honradez. La nobleza francesa se ocupaba de él con orgullo; el ejército y el pueblo con estimacion y aprecio. Estraño por el largo espacio de tiempo que permaneció en Francia, á todos los rencores, á todas las faltas, á todas las ambiciones de los partidos, presentaba á los ojos de todos aquella condicion de neutralidad en las pasiones y de imparcialidad en los pensamientos, condicion dichosa de los hombres que han faltado por largo tiempo de su patria y que vuelven á ella como árbitros, sobreponiéndose á las reconvenciones y al descaecimiento propios de los tiempos de revolucion.

El carácter moral del duque de Richelieu se revelaba en él por esa nobleza y esa gracia esterior que completan las mas altas virtudes en un hombre que se halla colocado en evidencia. Su cara llevaba en sí su nombre. Tenia una frente dilatada, sus ojos límpidos, su nariz aguileña, su boca entreabierta. El óvalo griego de su rostro recordaba la hermosura de su abuelo cuando era jóven, pero en su espresion no se notaba nada de ligereza, de audacia ni de vanidad. Conocíase que una revolucion grave y triste habia pasado sobre aquel esplendor natural de raza, dejando impreso en él la madurez, la reflexion y la virtud de las grandes adversidades. El carácter dominante de su figura asi como el de su alma, era la modestia. Era aquel un hombre á quien se hacia preciso convencerle de su propia suficiencia, y al cual no se le podia hacer aceptar un honor sino persuadiéndole de que aquello era en él un deber.

Su familia adoraba en él. Dos hermanas que habia dejado en Francia y que habitaban en París, no vivian mas que con su recuerdo y su cariño; eran la condesa de Jumilhac y la marquesa de Montcalm. Esta última, ligada por la inteligencia y por el corazon con lo mas escogido de la literatura, de la aristocracia y de la política de París, tenia abiertos sus salones para todos los poderes y para todas las celebridades de aquella época. Muger graciosa y eminente, cuya alma y cuyo rostro traian á la memoria á su hermano, no se dejaba seducir sino por medio de las virtudes, y ella misma no seducia á su vez sino con su dignidad y con la nobleza de su corazon. Su casa era el centro de reunion de los amigos del duque de Richelieu. Allí se veian reunidos la córte, el parlamento, el ejército, la ciudad, la diplomacia de la Europa, mas en aquel círculo no tenia cabida la intriga y si solo se discutian en intimidad los mas elevados pensamientos para llevar á efecto la reconciliacion de los partidos, la independencia y la dignidad de la Francia. Mr. Lainé era el modesto y patriótico oráculo de aquella sociedad. La conformidad de sus instintos naturales y de su afan por hacer bien, habia atraido instintivamente entre sí á aquellos dos hombres que no se conocian mas que por sus nombres: Mr. Lainé personificaba la virtud de la clase media; Mr. de Richelieu, el patriotismo de la nobleza. Unidos ambos, formaban un conjunto completo.

XVIII.

Grandes esfuerzos fué preciso emplear para vencer la modestia del duque de Richelieu, y para obligarle á

aceptar, en unas circunstancias tan desesperadas, la responsabilidad de un gobierno que se les escapaba de entre las manos á otros hombrres mas esperimentados que él. A Mr. Decazes, á Mr. Lainé, al rey y hasta al mismo emperador Alejandro, costóles no poco trabajo el triunfar de su timidez, y solo apelando al patriotismo lograron convencerle. Se le hizo ver que únicamente él era capaz de evitar el desmembramiento de la Francia obteniendo de la amistad que le ligaba con el emperador Alejandro, lo que ningun otro que él podia vanagloriarse de conseguir, despues del mal resultado de las tentativas de Mr. de Talleyrand. Las lágrimas y los ruegos de sus hermanas contribuyeron tambien á vencer su resistencia, consintiendo por fin en abandonar el apacible y distinguido favor que le dispensaba un soberano que además era su amigo, para precipitarse entre las miserias, los desastres, las intrigas y las luchas de opinion de los partidos interiores y de los esteriores que se disputaban su patria.

El ministerio se compuso en esta forma: el duque de Richelieu, ministro de Negocios estrangeros y presidente del consejo; Mr. Corvetto, hábil hacendista genovés, tan arriesgado pero mas prudente que Law, ministro de Hacienda; Mr. de Vaublanc, hombre nuevo en los negocios, aunque antiguo miembro de las asambleas de la revolucion, ministro de lo Interior; este nombramiento fué concesion hecha del conde de Artois, cuya confianza obtenia desde su residencia en Gante; Clarke, duque de Feltre, ministro de la Guerra; Barbe-Marbois, hombre mixto, cuya edad correspondia á los dos siglos, ministro de la Justicia; Mr. Dubouchage, antiguo oficial de marina, gentil-hombre de una antigua raza del Delfinado, ministro de Marina.

El rey habia reservado para su negociador y confidente personal, Mr. Decazes, el ministerio que le parecia encerrar en sí en aquellos momentos el gobierno todo entero, el ministerio de la Policia, el estudio y la direccion de la opinion.

XIX.

Apenas se hubo constituido el ministerio, el duque de Richelieu, influyendo con el emperador Alejandro, no por medio de notas diplomáticas sino apelando á los resortes del corazon y á la generosidad, obtuvo de aquel soberano la intervencion decisiva que solicitaba para comprimir las obstinadas exigencias de las potencias secundarias y enemigas. La Inglaterra, bien dispuesta por lord Wellington, cuyo buen sentido no veia tranquilidad mas que en los Borbones, ni monarquía de estos posible sino con la integridad y la independencia de su reino, secundó en las conferencias al emperador Alejandro. Las condiciones de aquel tratado, que en mal hora fueron consentidas hasta mas allá de lo justo por la desidia de Mr. de Talleyrand y por la impaciencia del trono instigado por la córte, fueron al fin modificadas hasta donde un hombre de Estado podia sino admitirlas, al menos tolerarlas; pero Mr. de Richelieu, desesperado de no poder sacar mejor partido, las encontraba aun poco admisibles, negándose resueltamente á firmarlas.

El rey, que veia las Cámaras próximas á abrirse y dispuestas á pedirle cuenta de su estéril intervencion para pacificar el pais, y que contemplaba por otra parte al Austria, á la Prusia, á la Holanda y á las potencias del Rhin estar arruinando á sus pueblos con las devastaciones de ochocientos mil hombres, envió una noche á buscar al duque Richelieu por medio de Mr. Decazes, y cubriendo de lágrimas las manos de su primer ministro, le exigió el sacrificio que mas cuesta al hombre de honor, el de su fama. El duque de Richelieu salió de allí enternecido y vencido por las palabras de su desgraciado monarca;

firmó el tratado. En las líneas escritas por él pocos momentos despues á su hermana Mme. de Montcalm para ser comunicadas á Mr. Lainé y á sus amigos, se deja entrever el grito de dolor exhalado por el corazon de un hombre honrado que se ve precisado á causar una humillacion á su patria por puro patriotismo.

«¡Todo se ha consumado! Al fin, mas muerto que vivo, he consentido en poner mi nombre al pie de ese tratado fatal. ¡Yo habia jurado que nunca lo haria, y asi se lo habia dicho al rey; mas este desventurado príncipe me ha suplicado, todo desecho en lágrimas, que no le abandonase y no he titubeado un momento! ¡Tengo la confianza de creer que nadie hubiera obtenido de mi otro tanto! ¡La Francia, próxima á espirar bajo el peso de las calamidades que la abruman, reclamaba imperiosamente que se la libertase pronto de él!»

El sentimiento espresado por Mr. de Richelieu, era muy justo y verdadero. El rey se consumia de dolor y de vergüenza, la Francia pedia á toda costa el reflujo de la invasion atraida á su territorrio por la guerra, y sino el fin, al menos la regularizacion de las represalias. La Europa no hubiera concedido á ningun otro mas que al duque de Richelieu, lo que habia negado á Luis XVIII. En aquel momento era el verdadero intercesor de su patria. Nosotros mismos hemos visto el mapa en que aparecian desgarrados los estremos de la Francia, para atribuir aquellos girones á las potencias que se los estaban distribuyendo.

«Conservad ese mapa que solo por vos restablezco á su integridad, dijo el emperador de Rusia á su amigo, él será en lo sucesivo el mejor testimonio de vuestros servicios, de mi amistad hácia la Francia, y el mas ilustre título de nobleza de vuestra casa.» Sus sobrinos lo conservan con efecto en el dia.

XX.

Aquel tratado dejaba á la Francia sus fronteras de 1790, salvo ciertos territorios de escasa importancia y la Saboya, conquista de la revolucion que habia respetado el tratado de 1814. Imponia 700 millones por indemnizacion á la Europa de la última guerra intentada por Napoleon, una ocupacion armada de ciento cincuenta mil hombres por espacio de cinco años, cuyo general en gefe seria nombrado por las potencias coaligadas, y las plazas de guerra entregadas á esta especie de guarnicion de seguridad. Aquella ocupacion podria cesar en el término de tres años, siempre que la Europa juzgase á la Francia suficientemente pacificada para ofrecer garantías morales de tranquilidad. Los prisioneros de guerra debian ser puestos en libertad. Los 700.000,000 de indemnizacion debian ser satisfechos al contado. Ademas de aquella indemnizacion de guerra, la Francia reconocia el principio de las que se habian atribuido, prévia liquidacion, á cada una de las potencias por los estragos, las exacciones ó las confiscaciones que cada uno de aquellos estados habia sufrido durante las últimas guerras por la ocupacion de los ejércitos franceses. La Francia tomaba tambien á su cargo el gasto de sueldos y entretenimiento de los ciento cincuenta mil genízaros que las potencias dejaban en su territorio. La pena nacional que sufrió la Francia por la vuelta de Napoleon de la isla de Elba, asciende en dinero á mil millones y medio, en fuerza nacional á todas las plazas fuertes, en sangre derramada á sesenta mil hombres, en honra al licenciamiento de su ejército y en una guarnicion estrangera para servir de guarda de vista á un imperio encadenado. Hé aqui, pues, todo lo que la última aspiracion de Bonaparte al trono y á la gloria habia venido á costar á su patria.

Ciento cincuenta mil soldados estrangeros hollaban en aquel momento con su planta el suelo francés.

XXI.

Las potencias por su parte, al mismo tiempo que encadenaban de aquella suerte á la Francia conquistadora, encadenaban tambien al rey con el sistema constitucional que le habian impuesto por sus consejos en 1814, y que juzgaban ser una saludable necesidad de la popularidad del trono francés. ¡Espectáculo estraño y muy digno de llamar la atencion del hombre de Estado para poder apreciar el triunfo gradual del principio liberal en Europa! La contrarevolucion armada y victoriosa imponiendo por sí misma condiciones de gobierno popular al antiguo régimen.

«Los gabinetes aliados, decia una de las estipulaciones del tratado, tienen garantías en los principios ilustrados, en los sentimientos magnánimos y en las virtudes personales pel rey. El monarca ha reconocido con ellos que en un Estado, presa durante una cuarta parte del siglo, de las revoluciones, no es solo la fuerza la que ha de hacer nacer la tranquilidad en los ánimos, la confianza en los corazones y el equilibrio en el cuerpo social... Lejos de creer que el rey pueda dar oidos á imprudentes ó apasionados consejos, muy á propósito para renovar las alarmas, para reanimar los odios ó las divisiones en el pais, las potencias tienen una completa seguridad por las declaraciones del rey en 1814, y especialmente despues de su regreso. Saben muy bien que el rey no dejará de oponer á los enemigos del bien público su adhesion á las leyes constitucionales promulgadas bajo sus auspicios, y su voluntad bien esplícita de no conservar de los tiempos pasados mas que el bien que la Providencia ha hecho brotar del seno mismo de las calamidades públicas. De este modo, pues, los votos que los gabinetes aliados hacen por la conservacion de la autoridad constitucional del rey se verán coronados del éxito mas completo, y la Francia, instalada sobre sus antiguas bases, volverá á ocupar el eminente puesto que la corresponde en el sistema europeo.»

XXII.

El mismo dia en que la Europa reunida firmaba aquel pacto con la Francia y con el espíritu moderno en el cual se consignaba la intervencion de los pueblos en su gobierno, el emperador Alejandro, inspirado por Mme. de Krudener, que le habia seguido á Paris, ponia tambien su firma en el tratado de la Santa Alianza, que era el sueño de su alma piadosa y una especie de contrato social de los reyes. Aquel pacto hacia de los grandes principios fraternales del cristianismo, el código de un nuevo derecho público entre los príncipes, en la confianza de que aquellos mismos principios promulgados mas adelante por la Francia y por la revolucion de 1848, vendrian á formar el código de los pueblos entre sí. Era, pues, aquel el nuevo derecho público europeo inspirado por una muger mística al mas poderoso monarca de la coalicion y del cual habia querido ser Alejandro el apóstol coronado. Las potencias lo firmaban por complacer y por halagar al gefe de la liga europea. Solo la Inglaterra se habia negado á ello por respetos á la libertad de las creencias cristianas ó no cristianas, que sirven de base y fundamento á su legislacion civil. Las prevenciones y las suposiciones del partido liberal en contra de aquel tratado hicieron que por algun tiempo fuese considerado como un pacto recíproco entre los reyes, con el objeto de asegurar la servidumbre de los pueblos, cuando, como

principio, no era otra cosa que un acto de fé en la Providencia, promulgado por un príncipe agradecido despues de la salvacion del continente, y cuyo acto debia sustituir la moral y la equidad á la arbitrariedad y á la fuerza, en las transacciones de los imperios. Vamos á dejar aquí consignado el tratado á que nos referimos, como en memoria del emperador Alejandro.

XXIII.

«En el nombre de la Santísima é Indivisible Trinidad.

»SS. MM. el emperador de Austria, el rey de Prusia y el emperador de Rusia, habiendo adquirido la mas íntima conviccion, por consecuencia de los grandes acontecimientos que han tenido lugar en Europa durante los tres últimos años, y principalmente de los beneficios que la divina Providencia ha tenido á bien conceder á aquellos estados cuyos gobiernos tienen colocada toda su confianza en ella sola, de que es necesario fijar de una vez la marcha que han de adoptar las potencias, en sus relaciones entre sí, acerca de las sublimes verdades que nos enseña la religion eterna del Salvador,

»Declaran solemnemente que la presente acta no tiene mas objeto que el de manifestar á la faz del universo su determinacion irrevocable de no adoptar por regla de su conducta, sea en la administracion de sus estados respectivos, sea en sus relaciones políticas con otros gobiernos mas que los preceptos de aquella santa religion, preceptos de justicia, de caridad y de paz, que lejos de ser únicamente aplicables á la vida privada, deben por el contrario influir muy directamente en las resoluciones de los príncipes y guiar todas sus acciones, como el único

medio de consolidar las instituciones humanas y de concurrir á su mayor perfeccion.

»En consecuencia, SS. MM. han convenido en los artículos siguientes:

»1.° De conformidad con las palabras de la Sagrada Escritura, que mandan que todos los hombres se consideren como hermanos, los tres monarcas contratantes se mantendrán unidos por los vínculos de una verdadera é indisoluble fraternidad; como compatriotas se prestarán mútuamente y en todas ocasiones y lugares asistencia, ayuda y socorro; como padres de familia respecto á sus súbditos y á sus ejércitos, procurarán dirigirlos y educarlos en el mismo espíritu de fraternidad de que ellos se sentirán animados, á fin de proteger de este modo la religion, la paz y la justicia.

»2.° Por consiguiente, el solo principio dominante que ha de reconocerse, bien sea entre los referidos gobiernos ó entre sus súbditos, es el de servirse recíprocamente unos á otros; el de manifestarse por medio de una inalterable benevolencia la mútua aficion de que deben hallarse animados; de no considerarse sino como miembros de una misma nacion cristiana; de no reputarse entre sí los tres príncipes aliados sino como simples delegados de la Providencia para gobernar tres distintas ramas de una misma familia, á saber: el Austria, la Prusia la Rusia; debiendo confesar asimismo, que la nacion cristiana de que, así ellos como sus pueblos forman parte, no tiene en realidad otro soberano que aquel á quien pertenece en propiedad todo poder, porque en él solo se hallan reconcentrados todos los tesoros del amor, de la ciencia y de la infinita sabiduría, y que éste es Dios, nuestro divino Salvador Jesucristo, el Verbo del Altísimo, la Palabra de vida. Por lo tanto, SS. MM. recomiendan con la mas tierna solicitud á sus pueblos, como el único medio de gozar de esa paz que nace de la buena conciencia, y que es la única estable y duradera, que se

aseguren y fortifiquen cada dia mas en los principios y la práctica de los deberes que el divino Señor ha enseñado á los hombres.

»3.º Todas las potencias que quieran confesar solemnemente los sagrados principios que han dictado la presente acta, y reconozcan cuanto importa á la ventura de las naciones que han esperimentado prolongadas agitaciones, que tales verdades ejerzan en lo sucesivo sobre los destinos humanos toda la influencia que les corresponde, serán admitidas con tanto gusto como buena voluntad en esta santa alianza.»

XXIV.

El rey que solo aguardaba á que el tratado de paz se hubiese firmado para abrir las Cámaras, se presentó al fin ante ellas el 30 de noviembre, siendo acogido por todo el tránsito y hasta en la misma asamblea por las mas frenéticas aclamaciones que presagiaban menos el amor á su persona que el odio que inspiraban sus enemigos. Aquello era una especie de venganza de las aclamaciones de la soldadesca que le habian espulsado el 20 de marzo de su trono y de su palacio. La asamblea, que se componia casi en su totalidad de cortesanos, de emigrados, de escritores ó de periodistas del antiguo régimen, de nobles de provincia, de realistas de los departamentos, encargados por la pública indignacion de vengar á la Francia de la revolucion y el imperio, presentaba el espectáculo de otra Francia exhumada de entre las cenizas de la invasion.

Las señoras todas de la córte, así de la alta aristocracia como de la clase media, que como es sabido se muestran mucho mas apasionadas que los hombres, ocupaban las tribunas y aplaudian, vertian lágrimas, agitaban sus

blancos pañuelos y comunicaban á aquella escena, triste ya por sí misma, la agitacion propia de una siniestra alegría, que si en aquellos momentos podia aclamaciones, pronto quizá pediria tambien sangre. Así en los mas elevados rangos de la sociedad como en los mas ínfimos del pueblo, las mugeres mas débiles y tímidas suelen á veces convertirse en crueles, y necesitan al par que ídolos para su amor, víctimas para saciar su odio. Presentíase en el acento de aquel entusiasmo que embriagaba á las damas del mundo aristocrático en las tribunas, las próximas exigencias de su realismo. Los ojos no podian menos de admirar aquellas demostraciones, mas los corazones todos estaban consternados. Hasta el mismo rey, segun la espresion á la vez satisfecha, sombría y melancólica de su fisonomía, parecia temer tal esceso de cariño, al propio tiempo que no podia menos de gozarse en ello.

Su hermano, por el contrario, parecia hallarse confiado y satisfecho, y procuraba con sus miradas animar mas y mas las muestras de entusiasmo. Sentíase, por la primera vez de su vida, en el elemento de sus opiniones contrarevolucionarias. La Cámara era suya de todo corazon; así es que se veia representado en ella su partido y queria persuadirse de que aquel partido era la Francia.

El duque de Berry ostentaba la lealtad y la marcialidad propias de un soldado. El duque de Angulema, que imitaba al rey, su tio, y que venia de presenciar los furores del Mediodía, aparecia tambien, triste, meditabundo y reservado. Aquel príncipe, cuyo esterior era poco agradable, encubria bajo su timidez y su modestia, mucho mejor sentido político y mucha mas moderacion que su familia. La córte le miraba con cierto desden porque no participaba de sus pasiones; el pueblo con respeto porque á través de su poco agraciado semblante traslucia en él las intuiciones de un Germánico. El rey le amaba como un discípulo en cuyo espíritu procuraba infun-

dir su tristeza y sus lecciones, y se apoyaba con abandono sobre su brazo.

XXV.

Cuando el silencio hubo logrado sobreponerse á todos los murmullos y á todas las curiosidades de aquella escena en que el rey proscrito por la sedicion militar iba á abrir su corazon ante la representacion libre y apasionada del pueblo, habló el monarca de esta manera:

«Cuando en el año último convoqué por la primera vez las Cámaras, tuve ocasion de felicitarme de haber, por medio de un honroso tratado, dado la paz á la Francia.

»Ya comenzaba á recoger los frutos de aquel beneficio y todas las fuentes de la prosperidad pública iban abriéndose, cuando una criminal empresa, secundada por la defeccion mas inconcebible, vino á paralizarlo todo de nuevo.

»Los males que aquella efímera usurpacion han causado á nuestra patria, no pueden menos de afligirme profundamente, y sin embargo debo declarar en este momento que si hubiera sido posible que aquellos males se hubieran circunscrito á mi sola persona, yo hubiera bendecido por ello á la Providencia.

»Las muestras de afecto y de cariño que mi pueblo me ha dado aun en los momentos mas críticos han servido para aliviar en gran parte mis penas personales; mas las que sufren mis súbditos, mis hijos, esas pesan sobre mi corazon.

»Con el objeto, pues, de poner un término á tal estado de incertidumbre, mas perjudicial aun que la misma guerra, creí de mi deber concluir con las potencias, que despues de haber derribado al usurpador, ocupan hoy

dia una gran parte de nuestro territorio, una convencion que sujeta á ciertas reglas nuestras relaciones presentes y futuras con dichas potencias.

»Esta convencion os será comunicada sin restriccion de ninguna especie, tan pronto como haya recibido su última sancion y se halle revestida de las fórmulas de costumbre.

»Vosotros conoceréis, así como la Francia entera, la profunda pena que esto ha debido causar en mi ánimo; mas la salvacion de mi reino hacia indispensable semejante determinacion y al resolverme á adoptarla me he penetrado de los deberes que ella me imponia.

»He dispuesto que en el presente año se rebaje del importe de mi lista civil é ingrese en el tesoro del Estado una considerable suma de mi asignacion, y mi familia, apenas ha tenido noticia de esta resolucion, se ha apresurado á hacer por su parte iguales ofrecimientos.

»Deseo tambien que se verifiquen economías semejantes en los sueldos y asignaciones de todos mis súbditos sin escepcion ninguna. Yo por mi parte siempre estaré dispuesto á asociarme á toda clase de sacrificios que las tristes circunstancias que atravesamos puedan imponer á mi pueblo.

»Os serán presentados oportunamente los presupuestos, y por ellos podreis venir en conocimiento de la importancia de las economías que he dispuesto hacer en los departamentos de los ministros y en todos los demas ramos de la administracion.

»¡Dichoso yo mil veces si semejantes recursos pudieran bastar á cubrir las cargas del Estado! Mas en todo caso yo cuento con la decision de la nacion y con el celo de ambas Cámaras.

»Pero otros cuidados mas dulces y no menos importantes son los que os reunen en la actualidad. A fin de dar mayor peso y gravedad á nuestras deliberaciones y con objeto tambien de poder ilustrarme mas y mas en mis-

dir su tristeza y sus lecciones, y se apoyaba con abandono sobre su brazo.

XXV.

Cuando el silencio hubo logrado sobreponerse á todos los murmullos y á todas las curiosidades de aquella escena en que el rey proscrito por la sedicion militar iba á abrir su corazon ante la representacion libre y apasionada del pueblo, habló el monarca de esta manera:

«Cuando en el año último convoqué por la primera vez las Cámaras, tuve ocasion de felicitarme de haber, por medio de un honroso tratado, dado la paz á la Francia.

»Ya comenzaba á recoger los frutos de aquel beneficio y todas las fuentes de la prosperidad pública iban abriéndose, cuando una criminal empresa, secundada por la defeccion mas inconcebible, vino á paralizarlo todo de nuevo.

»Los males que aquella efímera usurpacion han causado á nuestra patria, no pueden menos de afligirme profundamente, y sin embargo debo declarar en este momento que si hubiera sido posible que aquellos males se hubieran circunscrito á mi sola persona, yo hubiera bendecido por ello á la Providencia.

»Las muestras de afecto y de cariño que mi pueblo me ha dado aun en los momentos mas críticos han servido para aliviar en gran parte mis penas personales; mas las que sufren mis súbditos, mis hijos, esas pesan sobre mi corazon.

»Con el objeto, pues, de poner un término á tal estado de incertidumbre, mas perjudicial aun que la misma guerra, creí de mi deber concluir con las potencias, que despues de haber derribado al usurpador, ocupan hoy

dia una gran parte de nuestro territorio, una convencion que sujeta á ciertas reglas nuestras relaciones presentes y futuras con dichas potencias.

»Esta convencion os será comunicada sin restriccion de ninguna especie, tan pronto como haya recibido su última sancion y se halle revestida de las fórmulas de costumbre.

»Vosotros conoceréis, así como la Francia entera, la profunda pena que esto ha debido causar en mi ánimo; mas la salvacion de mi reino hacia indispensable semejante determinacion y al resolverme á adoptarla me he penetrado de los deberes que ella me imponia.

»He dispuesto que en el presente año se rebaje del importe de mi lista civil é ingrese en el tesoro del Estado una considerable suma de mi asignacion, y mi familia, apenas ha tenido noticia de esta resolucion, se ha apresurado á hacer por su parte iguales ofrecimientos.

»Deseo tambien que se verifiquen economías semejantes en los sueldos y asignaciones de todos mis súbditos sin escepcion ninguna. Yo por mi parte siempre estaré dispuesto á asociarme á toda clase de sacrificios que las tristes circunstancias que atravesamos puedan imponer á mi pueblo.

»Os serán presentados oportunamente los presupuestos, y por ellos podreis venir en conocimiento de la importancia de las economías que he dispuesto hacer en los departamentos de los ministros y en todos los demas ramos de la administracion.

»¡Dichoso yo mil veces si semejantes recursos pudieran bastar á cubrir las cargas del Estado! Mas en todo caso yo cuento con la decision de la nacion y con el celo de ambas Cámaras.

»Pero otros cuidados mas dulces y no menos importantes son los que os reunen en la actualidad. A fin de dar mayor peso y gravedad á nuestras deliberaciones y con objeto tambien de poder ilustrarme mas y mas en mis-

resoluciones, he creido conveniente la creacion de nuevos pares y el aumento de diputados por algunos departamentos.

»Espero, pues, haber acertado en mi eleccion; y por otra parte el celo y la adhesion de los diputados, es tambien, en circunstancias tan difíciles, una prueba de que se hallan animados de un sincero afecto hácia mi persona y de un ardiente amor á la patria.

»La mas dulce alegría y la mas completa confianza me animan cuando os veo á todos reunidos á mi alrededor, en la seguridad de que jamás perdereis de vista las bases fundamentales de la felicidad del Estado: union franca y leal de las Cámaras con el rey y respeto á la Carta constitucional.

»Esta Carta, que he procurado meditar detenidamente antes de resolverme á darla, á la que dedico aun todos los dias mis reflexiones, que he jurado sostenerla, y á la cual todos vosotros, empezando por mi propia familia, vais á jurar obediencia, es sin duda alguna, como todas las obras humanas, susceptible de perfeccion, mas ninguno de nosotros debemos olvidarnos de que al lado de las ventajas que ofrece el mejorar, se halla el peligro de innovar.

»Un crecido número de asuntos importantes, se presentan tambien para aumentar nuestras tareas.

»Hacer que florezca la religion, purificar las costumbres, establecer la libertad, fundándose en el respeto debido á las leyes, hacer que estas aparezcan uniformes con las mas elevadas miras, dar estabilidad al crédito, reorganizar el ejército, curar los heridas que han destrozado hasta tal punto el seno de la patria, y asegurar, en fin, la tranquilidad interior, haciendo que la Francia sea respetada en el esterior, he aqui á donde deben dirigirse todos nuestros esfuerzos.

»No quiero, sin embargo, hacerme la ilusion de que tanto como hay que hacer pueda ser obra solo de una legislatura; pero si al acercarse el término de la presente, echamos de ver que nos hemos aproximado á la conclusion, debemos darnos por satisfechos. Por mi parte nada quedará por hacer; y por la vuestra, señores, yo cuento desde luego con vuestra mas activa cooperacion á fin de poder dar cima á la obra que nos hemos propuesto.»

XXVI.

La tristeza, la consternacion, la esperanza, la resignacion, el amor y la cólera habian ido sucesivamente nublando, abatiendo, esparciendo, conmoviendo ó irritando las fisonomías y los ademanes de la asamblea y de las tribunas á cada párrafo que el rey pronunciaba de su discurso. Las lágrimas corrian por las megillas de algunos diputados de los departamentos y de las poblaciones que iban á ser separadas del territorio. La patria, aunque poco venturosa, no queria separarse de ninguno de sus hijos. Todavía ignoraba el público la magnitud de los sacrificios impuestos al corazon de la Francia, y todo el mundo temblaba al tener que decírselo. El empeño que tanto el rey como su familia tomaban de nuevo en favor de la Carta, suscitó, sino los murmullos, al menos los cuchicheos de las tribunas. Todo aquello que tendiese á poner límites á la dignidad real, era limitar tambien su entusiasmo y recordaba un pacto con la revolucion. El reinado, segun lo que corria por los salones de la época, no debia ser otra cosa que el triunfo sobre las cosas y sobre los hombres que les traian á la memoria los mas aborrecidos recuerdos.

El pasado debia reaparecer con el rey sin mezcla y sin condicion para el porvenir. Las concesiones eran tachadas de debilidad, la prudencia de cobardía. Nada hay tan impaciente en su afan de reinar sin moderacion

que los partidos sin fuerza y desautorizados que vienen á morir de pura impotencia, los cuales creen borrar su humillacion con su insolencia.

Tal aparecia á la sazon aquella parte de la aristocracia irritada, que habia regresado al monte Aventino de la nobleza, llamado por otro nombre el arrabal de Saint Germain. La cólera y la esperanza les causaba una especie de delirio. El genio de la emigracion se vengaba de la Francia con palabras. Despues de haber sido ella la proscrita, queria tambien á su vez dictar otras proscriciones, y al efecto buscaba en el rey, mas bien que un moderador, un instrumento. Lanzaba, por fin, al conde de Artois y á los numerosos diputados de su partido, aclamaciones, sonrisas y señas de inteligencia como queriendo decirles: «¡Reinad desde luego, que nuestro corazon está con vosotros!»

XXVII.

El rey, tan solícito por su reputacion de príncipe entendido como de monarca legislador, habia redactado y escrito por sí mismo aquel discurso de una perfecta conveniencia con la situacion y con las circunstancias, y en el cual resaltaban aun tiempo mismo el tacto de las solemnidades y el conocimiento de la opinion pública. Antes de pronunciarlo en público, habialo leido á su consejo de ministros y á su familia, y habia exigido al conde de Artois, al príncipe de Condé, al duque de Angulema, al de Berry y á todos los príncipes de su casa que renovasen como él al regresar de su segundo destierro, el juramento que tenian prestado á la Carta en 18 de marzo. Semejante compromiso, contraido entonces libremente y bajo la proteccion de doscientas mil bayonetas que garantizaban la seguridad de toda presion popular, pareciale al rey que era un acto de alta dignidad moral y de generosa política. Tenia ademas la ambicion, única que le era permitida á sus años y á su naturaleza, de dejar consignada en la historia la reputacion de un monarca fundador de instituciones, y queria por lo tanto que sus descendientes contrajesen á la faz de la Europa la obligacion de respetarlas.

El conde de Artois titubeó algun tiempo. Los realistas inveterados y algunos prelados exaltados de los que le rodeaban, le aconsejaban que no accediese á prestar juramento á una Carta que admitia límites humanos en la autoridad divina que corria con la sangre de los reyes por sus venas, y que existia estampada en su frente con el oleo sagrado. La parte del clero que se mostraba hostil al concordato y que queria restaurar con la unidad de poder la unidad de culto, ponia escrúpulos á una Carta en que se toleraban los cultos disidentes. El príncipe de Condé, hundido ya bajo el peso de sus años y que jamás habia reconocido la revolucion sobre los campos de batalla mas que para combatirla, se negaba igualmente á pronunciar un juramento que le ligaba con aquella revolucion, y sus antiguos cortesanos, asi como las damas de que se hallaba rodeado, le aconsejaron que escusase su ausencia con sus enfermedades.

Todos estos príncipes cedieron al fin á las instancias del rey y á las intimaciones de la Europa, y pusieron su mano sobre las promesas de su gefe que hablaba en nombre de su dinastía; pero aquellos escrúpulos y aquellos gritos de su conciencia, vinieron á revelarse por sus amigos en ambas Cámaras cuando el duque de Richelieu pronunciaba en presencia del rey el nombre de los pares y de los diputados para que fuesen prestando el juramento. El conde Julio de Polignac, jóven que pertenecia á la córte privada del conde de Artois, y á quien éste dispensaba una amistad casi paternal, se negó á jurar. Mr. de la Bourdonnaie, el cardenal de Perigord, el mariscal

de Viomenil solo respondieron con su silencio al oir pronunciar sus nombres respectivos. Un diputado por Montauban llamado Domingou, se levantó y pidió la palabra para esplicar su negativa. El duque de Richelieu, titubeando entre rehusar la palabra á la conciencia de un diputado y dejar que el rey escuchase una reclamacion que podria muy bien ser una ofensa, dirigió sus ojos al monarca, se aconsejó de él por medio de un ademan, y contestó que los usos inmemoriales de la monarquía prohibian á los súbditos hablar delante de sus príncipes sin su autorizacion.

Semejantes muestras de oposicion contra la Carta fueron suficientes al conde de Artois y á su córte, puesto que encerraban una protesta tácita y ciertas reservas que el tiempo se encargaria de que fuesen tomando cuerpo con la ruina de aquellas libertades. El rey vió en el corto número de las que se negaron la ratificacion de su prudencia y de su acierto por la casi unanimidad de la nacion. Su regreso á las Tullerías fué un triunfo popular que le vengaba con creces de la tibieza y de los murmullos que se habian dejado sentir entre sus mismos cortesanos. Una pequeña parte de la aristocracia y de la iglesia habia protestado únicamente, la nacion en masa habia prestado su consentimiento y aplaudia. Por el pronto, aquel príncipe, mas firme y resuelto ya en sus designios que lo que hasta entonces lo habia sido, escapaba con sin igual energía á los ataques de familia, de casta y de sacerdocio para buscar un punto de apoyo en la razon pública y su popularidad en el porvenir. La familia era amarga para él, la emigracion se mostraba rebelde, la iglesia descontenta; su pueblo era para él agradable y reconocido.

XXVIII.

La Cámara presentó, conforme á las fórmulas parlamentarias, tres candidatos, entre los cuales el rey pudiese elegir el presidente de la asamblea, Mr. Lainé, que poseia un valor cívico de que habia dado pruebas por dos veces en el espacio de quince meses y hasta con peligro de su vida, era sin duda el mejor ciudadano de la nacion. La asamblea, justa á la sazon porque todavía estaba en los primeros dias de su instalacion, votó por unanimidad á Mr. Lainé, y el rey tuvo la satisfaccion de elegir al hombre de la libertad contra la tiranía, al hombre del derecho contra la insurreccion. Mr. Lainé era la personificacion de una carta liberal. Nadie mejor que él podia representar al pueblo ante su rey, á un rey liberal ante su pueblo libre. Aquel era el ciudadano juntamente con el sugeto leal, el sugeto leal con el ciudadano, el hombre de los dos tiempos. Semejante eleccion no pudo menos de recibirse con aplauso general, pues mas bien que una declaracion aquel hombre representaba un símbolo.

XXIX.

«Señores, dijo Mr. Lainé al tomar posesion de la presidencia, el sentimiento dominante en todos los franceses, el mismo que absorbe vuestros ánimos, el sentimiento de las desgracias hace enmudecer mi reconocimiento. ¿Quién, pues, seria capaz en medio de tantas calamidades comunes á todos, de formar otros votos, de manifestar otros pensamientos que aquellos que tiendan á hacer mas llevaderos los males, que por espacio de ocho

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

meses pesan sobre el rey y sobre la Francia? Sin embargo, nos anima una grande esperanza. El solemne juramento prestado en este mismo recinto, nos autoriza á creer que los debates sobre cuestiones políticas van por fin á tener un término ante una Carta que concilia todas las opiniones y asegura todos los intereses. ¡Demostremos, pues, que las desgracias comunes comunican elevacion á los caractéres!... ¡Dejemos á Dios que aflige á este pueblo el cuidado de juzgar á los reyes; pero rodeemos al nuestro de toda la fuerza y energía que necesita para estinguir las pasiones, apagar el fuego de las discordias, hacer respetar á la Francia y proteger la libertad!»

La Cámara, poco digna de escuchar semejantes palabras é incapaz ademas de comprenderlas, contestó al discurso del rey con el acento de la mas penosa resignacion á la clemencia que indicaba bien desde su primer acto, que quedaba encargada de imponer sus resentimientos y sus represalias á la corona, y que no respetaría á su gobierno sino con la condicion de dominarle.

«En medio de los votos de la general concordia, decia la Cámara, es nuestro deber solicitar vuestra justicia contra aquellos que han hecho peligrar al trono; vuestra clemencia no ha tenido límites, y nosotros no venimos por cierto á pediros que os retracteis de ella, pero no podemos menos de suplicaros en nombre de ese mismo pueblo, víctima de las desgracias bajo cuyo peso gime, que hagais que la justicia marche hasta donde la clemencia la detiene, y que aquellos que, aun en el dia mismo y alentados por la impunidad, no temen hacer alarde de su rebelion, sean entregados á la justa severidad de los tribunales. La Cámara concurrirá con el mayor celo á la confeccion de las leyes necesarias para que este voto se lleve á cabo. ¡No confieis vuestra autoridad sino en manos completamente puras!»

En el primero de aquellos votos se echaba de ver la impaciencia de hacer uso del terror y de la crueldad; en

el segundo el afan por apoderarse del poder real. Aquella espresion de *manos completamente puras*, aludiendo á Fouché y Talleyrand, era una ofensa que se hacia al mismo príncipe aunque encubierta con el nombre de consejo. El rey la sintió en efecto hasta en lo mas profundo de su corazon, y principió desde entonces á temer mas de sus amigos que de sus enemigos.

La Cámara de los pares, en la cual Mr. de Talleyrand habia introducido hombres de ideas mas moderadas y mas avezados á las revoluciones, aunque mas serviles, no tuvo valor ni para oponerse ni para ratificar el lenguaje usado por la Cámara de los diputados. Buscando de donde venia el aire para seguir su corriente, horroneó su contestacion al discurso de la corona en un oscuro mensage, en el cual, bajo las formas de la paráfrasis, se procuraba ocultar la completa carencia de ideas y de conceptos.

XXX.

Las disposiciones de la Cámara de diputados conformes en un todo con las opiniones del conde de Artois y del gobierno en ciernes que rodeaba á aquel príncipe, dominaron bien pronto al gobierno del rey y le obligaron á dar satisfaccion, por medio de las mas severas leyes, á los deseos de los gefes del partido realista.

El duque de Richelieu, enteramente absorbido en las conferencias y en las negociaciones con las potencias para lograr la completa libertad del territorio, no podia rehusar á los gabinetes estrangeros aquellos rigores que se encubrian bajo el nombre de medidas de prudencia. Por lo demas, él dejaba á sus colegas de la Guerra, de lo Interior, de la Justicia y de la Policía, la iniciativa de las leyes y demas disposiciones, y la direccion de las Cámaras. Devolver su independencia á la Francia, mante-

ner la armonía entre los diferentes miembros de la familia real por medio de concesiones de influencia en el gabinete, muy oportunas para prevenir las facciones que se alzaban en palacio, crear al rey un ejército adicto á su persona que pudiese mas adelante libertarle de los pretorianos de Napoleon, moderar el celo imprudente y hasta cruel del realismo al mismo tiempo que comprimia el espíritu de sedicion en el partido revolucionario, restablecer en el Mediodía insurreccionado el imperio de las leyes en lugar de la turbulencia sanguinaria de las facciones, conservar el mejor acuerdo y buena inteligencia entre el gobierno y las Cámaras siempre que aquel no se viese obligado por ello á cometer crímenes ni bajezas, halagar á los emigrados teniéndolos á raya, pacificar al pueblo, restaurar la hacienda desconcertada con la guerra y con el alto precio á que había sido necesario pagar la paz, elevar el crédito público y exigirle el rescate de la patria haciendo pesar sobre lo futuro una parte de las obligaciones del presente, y por lo que hace á todas las demas cosas, dejar muchas de ellas al rey, á su hermano, al tiempo, á los acontecimientos, al libre ejercicio de la opinion en las Cámaras, á la calma gradual de las pasiones, á ese cansancio que sigue generalmente en los períodos humanos á las grandes convulsiones de los pueblos, tal era, pues, en conjunto el pensamiento dominante del duque de Richelieu.

Su naturaleza, sus facultades ni sus hábitos, no le permitian dedicarse á los detalles de la administracion, ni á los manejos de la intriga, ni á las adulaciones de la córte, ni á la lucha de palabras con los partidos desde la tribuna. Su genio era mas perspicaz que ejercitado, mas generalizador que activo. Necesitaba en el consejo tener otras manos que le sirviesen, otra voz que se esplicase por él, y entonces se entregaba completamente á esta voz y á estas manos. El que principalmente le servia en este concepto, era Mr. Decazes.

XXXI.

El consejo, aunque unánimemente realista, se dividia en dos matices distintos de opinion. Mr. de Vaublanc, el duque de Feltre y Mr. Dubouchage, pertenecian por la exageracion de su celo al partido del conde de Artois, y secundaban las violencias de aquel partido en todas sus circulares y demas disposiciones anejas á sus departamentos respectivos; Mr. de Richelieu, Mr. Decazes, Mr. de Barbé-Marbois y Mr. Corvetto se adherian al partido del rey; mas estas dos opiniones se confundian en una sola en el consejo, demostrando un celo comun por el afianzamiento del trono.

El mismo rey, aunque mas ilustrado que su hermano y mas moderado que su propio partido, habia desplegado desde el regreso de su segundo destierro un cierto arrepentimiento de su mansedumbre en 1814 y una especie de rigor en su reinado, muy naturales por cierto en un hombre que acababa de ser el blanco de tales traiciones y de semejantes ultrages. El estrangero, la nacion, su propia dinastía, exigian de él seguridades contra la reaparicion de las calamidades que pesaban sobre todos. Se le acusaba á voz en grito de debilidad y de tibieza; en él estaba el hacer ver que era fuerte. En aquellos momentos existia entre él y su córte una especie de rivalidad de realismo y no queria en manera alguna quedarse mas atrás que sus partidarios por temor de que no apelasen á su hermano, buscando en él una personificacion del trono que se alzaria en contra suya dentro de su propio palacio. Parecia, pues, acceder por todas estas razones con cierta complacencia á las provocaciones y al rigor que las tribunas, los diarios, los salones y las reuniones de diputados realistas no cesaban de dirigir á los ministros.

Tres proyectos de ley, en aquel sentido, fueron concertados en el seno del gobierno y presentados á la Cámara. Una ley contra las voces sediciosas, otra que suspendia las garantías de la libertad individual de los ciudadanos, y otra por último que restablecia las antiguas justicias prebostales, especie de tribunal revolucionario de la monarquía.

XXXII.

La primera de aquellas leyes imponia la prision mas ó menos prolongada á los que profiriesen gritos sediciosos, y en el preámbulo se injuriaba con las mas duras espresiones á los partidos hostiles á la restauracion. La Cámara la recibió, sin embargo, con cierta indiferencia, porque no veia en ella mas que una pálida efigie de sus resentimientos. La segunda, que respiraba por todas partes ódio y amenazas á la revolucion, obtuvo los aplausos mas entusiastas por parte de los partidos parlamentarios, cuyas exigencias satisfacia completamente, puesto que aquella ley no era otra cosa que la dictadura temporal de la policía contra la libertad de los ciudadanos. Hasta el mismo gobierno la habia juzgado demasiado absoluta, mas las violencias que cubrian de sangre todo el Mediodía, hacian que en aquellos momentos los ministros creyesen necesario el centralizar en manos del gobierno la arbitrariedad para arrancarla de las de los particulares. Un sentimiento humanitario se ocultaba ademas bajo aquella apariencia de rigor, pues que por medio de los arrestos se salvaban del asesinato un considerable número de víctimas. La discusion que aparecia tímida por parte de la oposicion, era implacable, por lo que hace á los realistas exaltados, hasta el punto de que habiéndose atrevido Mr. d' Argenson á hablar de la sangre de los protestantes derramada en el Mediodía, fué llamado al órden entre mil vociferaciones como si el denunciar el crímen fuese un delito para los oidos de los que nada querian escuchar.

—«¿Os creeis todavía en el campo de Mayo?» le gritaban de todas partes. Mr. de Vaublanc, combatió, aunque no con la reposada autoridad del ministro, sino con la apasionada entonacion del neófito de la córte, las objeciones de Mr. d' Argenson. «Se necesita un poder estraordinario que vigile por la salvacion del Estado, y la inmensa mayoría de la Francia quiere á su rey!» esclamaba el ministro, cuyas palabras fueron contestadas desde los bancos monárquicos con innumerables voces de *¡viva el rey*. Allí no se discutia ya con discursos, sino con ademanes y con aclamaciones. La ley quedó votada por último, llegando apenas á 50 los diputados que protestaron contra lo escesivo de tales precauciones. La libertad de los ciudadanos quedaba, pues, desde aquel momento á merced de la policía.

XXXIII.

Cuando se estaba discutiendo la ley, los realistas considerando la pena de deportacion demasiado benigna, pidieron á grandes gritos que se sustituyese con la de muerte. «La muerte contra los miserables que intentaron luchar con el gobierno legítimo:» decia Mr. Humbert de Sesmaisous. «La muerte contra todo aquel que trate de levantar otra bandera que la blanca,» esclamaba Mr. Piet. «Los trabajos forzados para siempre, repuso Mr. José de Beauvoir; porque desde el regreso del rey, se halaga el crímen en lugar de castigarle!—¡No, no, la muerte! la muerte! volvió á decir Mr. de Sesmaisous. «La pena de los parricidas!» añadió Mr. Bouin. Tales furores se sucedian los unos á los otros como una rivalidad de home-

nages ofrecidos á la dignidad real. Cada cual parecia formar un decidido empeño en que su nombre pasase con su voto á figurar en la historia como un reto á la humanidad. Lejos de encubrir ninguno su cólera, hacian de ella un título para lo futuro, una gloria á los ojos de su partido. El porvenir con efecto ha conservado aquellos títulos y al presente los está juzgando.

XXXIV.

El 17 de noviembre púsose á discusion la ley de las justicias prebostales, jurisdiccion que carecia de toda garantía como emanada de la arbitrariedad, sin apelacion como producto de las pasiones, sin perdon ni remision alguna como la muerte. En cada departamento debia haber uno de estos tribunales compuesto de un preboste ó juez principal y de cuatro asesores, los cuales estaban encargados de juzgar todos los crímenes políticos, como conspiraciones, las sublevaciones y las injurias inferidas al rey ó á su familia. Las penas eran ámplias como el código, pues comprendian desde la multa hasta la pena de muerte. El gefe del tribunal investigaba y denunciaba el crímen, instruia la sumaria en el término de veinte y cuatro horas, se fallaba sin aplazamiento alguno y se ejecutaba el fallo sin recurso de apelacion de ninguna especie. La sospecha era considerada como delito.

Era tan resbaladiza la pendiente de la sangre, y la indignacion pública se hallaba tan lejos de presentir el remordimiento que tales leyes despiertan mas tarde ó mas temprano en el ánimo de los pueblos, que dos hombres ilustres despues por su saber y por la elevacion y moderacion de su carácter, Mr. Cuvier, tan célebre en las ciencias, y Mr. Royer-Collard, tipo de filosofía en los negocios, se decidieron por sostener aquella ley, reconociéndola como una necesidad del momento. Otro miembro, dejándose llevar de la fogosidad de su realismo, que no le dejaba ver justicia mas que en la causa que defendia, pidió que se suprimiese una parte de los demás tribunales, y que se suspendiese por espacio de un año la inamovilidad de los jueces, para que pudiera pesar siempre en sus fallos el temor de una destitucion.

Aquello era ya llevar el terror hasta á la conciencia de los jueces, en donde la prudencia ha hecho que se proteja por do quiera la imparcialidad por la independencia del gobierno. Una multitud de proposiciones de esta especie que fueron presentadas, se escedian unas á otras en pasion.

XXXV.

Al discutirse aquellas leyes en la Cámara de los pares, se suscitaron algunos escrúpulos de conciencia, y se hicieron varias protestas por boca de aquellos mismos hombres que en tiempo de la Convencion habian hecho frente á la espada de los otros partidos. El heroismo de las revoluciones no se halla en los hombres exaltados con esceso sino en los moderados. Lanjuinais volvió á aparecer en la Cámara de los pares tal como era en tiempo del terror, y tuvo la suficiente osadía para decir la verdad á sus amigos, conforme la tuvo tambien para decirla á sus enemigos.

«Vuestra ley es injusta porque hace un crímen de la sospecha, y porque remite al acusado ante jueces dependientes del acusador! Es la misma ley de 1793, aunque mejor combinada, á fin de intimidar á todos los ánimos, y avasallar todas las conciencias! Roma é Inglaterra, en tiempos de conflictos públicos, jamás tuvieron semejantes leyes.» Los pares, víctimas é instrumentos á la vez de la arbitrariedad que se trataba de implorar de ellos, se

indignaron á la voz de Lanjuinais, como se indigna la pasion cuando se la perturba con una verdad.

Boissy d' Anglas, Marmont, Lenoir Laroche, sin negar la necesidad de leyes rigorosas, trataron de atenuar la arbitrariedad y la responsabilidad de aquellos tribunales. Fontanes, hombre de un ingenio culto y apacible, pero ciego defensor del despotismo bajo cualquier denominacion que se presentase, las defendió por esa causa invariable que justifica todas las dictaduras; que la primera necesidad de todas las sociedades es el órden y no la libertad, axioma verdadero para los tiempos y para los hombres que separan el órden del derecho, inseparables en toda civilizacion moral y perfeccionada. El duque de Brissac, educado en la misma escuela del imperio, los encontraba indulgentes. Los mas duros consejos dados en tiempo de la restauracion, emanaban casi siempre de los hombres que mas se habian doblegado á la dominacion, y que habian sido cómplices del régimen imperial de Napoleon.

La ley se votó por fin por aquella asamblea, pero sin ocultar el disgusto que esperimentaba, por no tener que votar otras mas absolutas todavía y mas eficaces. Quedó, pues, sentado para lo sucesivo, que la Cámara de los pares no opondria ya obstáculos ni inconvenientes de ninguna especie á las violencias de la de los diputados. Mr. de Talleyrand y Fouché, al procurar que figurasen en aquel senado los restos que aun quedaban de todos los gobiernos revolucionarios y de todas las córtes, no habian podido hacer que en aquel cuerpo resaltase el valor cívico, ni la independencia ni la dignidad de carácter. La Cámara de los diputados era el centro de todas las pasiones de la época, y adolecia de todo el servilismo de aquellas pasiones. Era aquella asamblea una especie de depósito de 30 años de revoluciones, en donde los cortesanos de Hartwell, los seides de Napoleon, los revolucionarios de 89, los legisladores del imperio, los hombres

de guerra ya cansados, no se habian vuelto á reunir sino dominados de una especie de decaimiento, y dejándose gobernar por todos los poderes, siempre que se les conservasen sus títulos, su fortuna, sus dignidades y su reposo. Muy raras escepciones eran las que entre aquellos hombres formaban contraste mas bien que oposicion con el espíritu dominante entre ellos de adulacion y de condescendencia. La aristocracia nacional no existia ya. El cardenal de Richelieu habia acabado con ella, y no podia ser reemplazada en Francia en un senado sino por la aristocracia de la córte, hecha para servir mas no para resistir.

XXXVI.

El duque de Fitz-James, descendiente de los Estuardos, partidario del conde de Artois, hombre ligero de cabeza, de ardiente corazon, de alma noble, elocuente por naturaleza y el mas á propósito entre los amigos del príncipe para figurar de algun modo en el parlamento y recordar la voz y las doctrinas de Cazalés, intentó el popularizar al duque de Angulema, haciendo que se votase una felicitacion á aquel príncipe por haber preservado al Mediodía de la invasion de los españoles, felicitacion á que era muy acreedor por cierto.

Mas el conde de Artois se opuso á semejante paso con una conveniencia y una modestia tan paternales, que lograron desarmar á la Francia. «Perdonad ante todo, dijo al subir á la tribuna por la primera vez en su vida, perdonad la emocion de un padre que escucha los elogios de un hijo digno de todo su cariño y del de la Francia. Como se halla ausente, á mí me toca servirle de intérprete. Si hubiese acaso tenido la dicha de desplegar contra los enemigos de la Francia ese valor y esa decision que se trata de honrar en él, semejante recompensa no haria

mas que colmar mi satisfaccion y su gloria. Pero siendo francés y príncipe de esta misma nacion, ¿podrá acaso olvidarse mi hijo que se ha visto forzado á combatir contra otros franceses estraviados? Permitidme, pues, que rehuse en nombre de mi hijo las demostraciones de agradecimiento que quereis tributarle, por el nuevo título que ha adquirido al reconocimiento de la Francia.»

La asamblea cedió ante este escrúpulo del heredero del trono, y el duque de Fitz-James, retirando su proposicion, hizo recaer sobre su señor todo el honor de aquella negativa. El homenage rendido al duelo de la patria por el conde de Artois, atrajo á su favor multitud de corazones.

El rey no podia ver sin cierto recelo á los príncipes de su familia subiendo á la tribuna ó votando en la Cámara de los pares, y á la verdad, una oposicion de esta especie podia llegar á serle muy funesta. Hasta la misma popularidad tenia sus peligros en una clase tan cercana y allegada al trono. El rey, al felicitar á su hermano por el éxito de su discurso, no podia apartar de su imaginacion al duque de Orleans, pues si aquel príncipe se lanzaba á desempeñar el papel de tribuno en la Cámara de los pares, podia muy bien agitar el imperio y amenazar la estabilidad de su trono.

XXXVII.

El duque de Orleans, de cuya conducta ambigua é intachable desde 1814 hemos sido testigos, así como de sus halagos al ejército durante su permanencia en Lila, de sus lisonjeros recuerdos en favor de la bandera tricolor, de su marcha á Inglaterra, de su permanencia en Lóndres durante los Cien Dias, así como de su hábil empeño en separar de la causa de Gante la suya propia, acababa de volver á entrar en Francia. Su actitud sospechosa en Inglaterra, en donde los miembros mas liberales de la oposicion, le buscaban y le presentaban como en contraposicion á la impopularidad de su familia; los rumores que habian circulado en Francia, en la época de los Cien Dias, respecto á una conspiracion orleanista de que él no era cómplice, pero sí la bandera; la interrumpida marcha sobre Paris del general Lallemand con su ejército, enigma cuya solucion le atribuian, aunque sin saberlo él mismo; su carácter obsequioso en la córte; sus opiniones que se reflejaban en todas sus acciones, aunque veladas con sus palabras para con el público; su rango, que reclamaba el respeto, mientras que su independencia le permitia toda popularidad; su talento distinguido, aunque de ese órden secundario que atrae la consideracion sin despertar la envidia; los recuerdos de la revolucion que le rodeaban con un doble interés; hombre de 1792 para los patriotas, emigrado para los realistas; cómplice para los unos, víctima para los otros; ciudadano para estos, príncipe para aquellos, distinguido é importante para todos; este conjunto, pues, de circunstancias hacia que el duque de Orleans fuese á la vez un apoyo y una amenaza para la monarquía. El rey estaba justamente ofendido del estudiado aislamiento en que aquel príncipe se habia mantenido respecto á él y á las demas personas de su familia, durante el interregno de Gante. El duque de Orleans, despues de la derrota de Waterloo, habia dejado correr la voz, para justificarse, de que él se habia abstenido de tomar las armas contra su patria, á virtud de un espreso mandato del rey, mas éste, que sabia muy bien todo lo contrario, le perdonaba que hubiese estado representando dos papeles, permitiendo al mismo tiempo que circulasen aquellas voces de que él habia sabido aprovecharse, si es que no las habia consentido. Sin embargo de esto, no opuso la menor resistencia á su regreso á Francia despues del restablecimiento de su trono.

mas que colmar mi satisfaccion y su gloria. Pero siendo francés y príncipe de esta misma nacion, ¿podrá acaso olvidarse mi hijo que se ha visto forzado á combatir contra otros franceses estraviados? Permitidme, pues, que rehuse en nombre de mi hijo las demostraciones de agradecimiento que quereis tributarle, por el nuevo título que ha adquirido al reconocimiento de la Francia.»

La asamblea cedió ante este escrúpulo del heredero del trono, y el duque de Fitz-James, retirando su proposicion, hizo recaer sobre su señor todo el honor de aquella negativa. El homenage rendido al duelo de la patria por el conde de Artois, atrajo á su favor multitud de corazones.

El rey no podia ver sin cierto recelo á los príncipes de su familia subiendo á la tribuna ó votando en la Cámara de los pares, y á la verdad, una oposicion de esta especie podia llegar á serle muy funesta. Hasta la misma popularidad tenia sus peligros en una clase tan cercana y allegada al trono. El rey, al felicitar á su hermano por el éxito de su discurso, no podia apartar de su imaginacion al duque de Orleans, pues si aquel príncipe se lanzaba á desempeñar el papel de tribuno en la Cámara de los pares, podia muy bien agitar el imperio y amenazar la estabilidad de su trono.

XXXVII.

El duque de Orleans, de cuya conducta ambigua é intachable desde 1814 hemos sido testigos, así como de sus halagos al ejército durante su permanencia en Lila, de sus lisonjeros recuerdos en favor de la bandera tricolor, de su marcha á Inglaterra, de su permanencia en Lóndres durante los Cien Dias, así como de su hábil empeño en separar de la causa de Gante la suya propia, acababa de volver á entrar en Francia. Su actitud sospechosa en Inglaterra, en donde los miembros mas liberales de la oposicion, le buscaban y le presentaban como en contraposicion á la impopularidad de su familia; los rumores que habian circulado en Francia, en la época de los Cien Dias, respecto á una conspiracion orleanista de que él no era cómplice, pero sí la bandera; la interrumpida marcha sobre Paris del general Lallemand con su ejército, enigma cuya solucion le atribuian, aunque sin saberlo él mismo; su carácter obsequioso en la córte; sus opiniones que se reflejaban en todas sus acciones, aunque veladas con sus palabras para con el público; su rango, que reclamaba el respeto, mientras que su independencia le permitia toda popularidad; su talento distinguido, aunque de ese órden secundario que atrae la consideracion sin despertar la envidia; los recuerdos de la revolucion que le rodeaban con un doble interés; hombre de 1792 para los patriotas, emigrado para los realistas; cómplice para los unos, víctima para los otros; ciudadano para estos, príncipe para aquellos, distinguido é importante para todos; este conjunto, pues, de circunstancias hacia que el duque de Orleans fuese á la vez un apoyo y una amenaza para la monarquía. El rey estaba justamente ofendido del estudiado aislamiento en que aquel príncipe se habia mantenido respecto á él y á las demas personas de su familia, durante el interregno de Gante. El duque de Orleans, despues de la derrota de Waterloo, habia dejado correr la voz, para justificarse, de que él se habia abstenido de tomar las armas contra su patria, á virtud de un espreso mandato del rey, mas éste, que sabia muy bien todo lo contrario, le perdonaba que hubiese estado representando dos papeles, permitiendo al mismo tiempo que circulasen aquellas voces de que él habia sabido aprovecharse, si es que no las habia consentido. Sin embargo de esto, no opuso la menor resistencia á su regreso á Francia despues del restablecimiento de su trono.

La duquesa de Orleans, madre de aquel príncipe, hija del duque de Penthievre y viuda de Felipe Igualdad, fué la encargada por su hijo de negociar con el rey su regreso, su reconciliacion, la restitucion de sus inmensos dominios, que constituian sus alimentos, y todos los títulos y mercedes que eran el objeto de su ambicion. Aquella princesa, víctima de la revolucion, esposa virtuosa de un marido corrompido, viuda intachable, madre tierna, adherida por su nombre, por sus desgracias, por sus destierros y por sus sentimientos á la familia real, era la intermediaria mas natural y mas respetada cerca de la córte. Constituyóse responsable de su hijo, y obtuvo, á poca costa, de Luis XVIII el olvido de todos sus recelos y todos los favores que se reclamaban, bastantes para que el duque de Orleans quedase obligado por el reconocimiento al rey y á su familia. El rey le habia hablado por su parte con la elevada sinceridad de un gefe de dinastía que nada teme por sí mismo, y que combate las ambiciones sospechosas por el interés bien entendido, que es la moral de la ambicion.

«Vos sois mi sobrino, habiale dicho al príncipe, y sois al mismo tiempo el príncipe de la sangre mas allegado al trono despues del duque de Berry. Sois el candidato á la corona, mas bien por el derecho, que por la usurpacion. Quiero, pues, creer, no solo en vuestro talento, sino en vuestro buen corazon. Me parece que debo estar tranquilo, puesto que os hallais en una de esas felices situaciones, en que la virtud aprovecha mas á la grandeza que á la ambicion.»

El rey habia confirmado ya aquellas palabras con la sancion legal é irrevocable de los ricos dominios que constituian la dotacion del duque de Orleans, los cuales no habia poseido hasta entonces sino en virtud de una palabra revocable del rey.

El príncipe juró su inocencia, su reconocimiento y su inalterable fidelidad, y fué llamado á tomar asiento

entre los príncipes de la familia real, en la Cámara de los pares. Mas á pesar de que en público guardaba un estudiado silencio y que aparecia ceremonioso en la córte, sus sonrisas dirigidas á la opinion, sus halagos á la naciente oposicion, su córte, compuesta esclusivamente de restos del imperio y del ejército, venian á desmentir tácitamente en el esterior la conducta que observaba en palacio. La generosidad de Luis XVIII no podia decirse que habia sido engañada, pero él no cesaba un momento de estar á la mira. Hizo entender á los príncipes de su familia que su asistencia á las sesiones de la Cámara de los pares le seria desagradable en lo sucesivo, dando por motivo de esta exigencia, lo inconveniente que no podia menos de ser, que los mismos miembros de su familia combatiesen con su voz ó con su voto los actos del ministerio, y la anomalía aun mas notable que habria de resultar de que unos príncipes tan próximos al trono votasen en los grandes procesos políticos que iban á tener lugar en la Cámara de los pares, constituida en tribunal del Estado. Los príncipes obedecieron á la intimacion del rey.

XXXVIII.

Los discursos y las votaciones que tuvieron lugar en la Cámara de los pares, respecto á los tres proyectos de ley en que se adoptaban medidas de rigor, no fueron menos fatales que en la Cámara de los diputados. Ambos cuerpos se hallaban inspirados del mismo espíritu, y las mejores intenciones tuvieron que ceder ante aquella triste influencia. Mr. de Rougé pidió la pena de muerte contra aquellos que alzasen otra bandera que no fuese la blanca. «¿No es por ventura, decia, una bandera enarbolada en Grenoble, la que ha causado nuestras últimas desgracias?» Mr. de Chateaubriand se indignó con moti-

vo del artículo del proyecto de ley, que señalaba un castigo contra los que amenazasen la legitimidad de la posesion de los bienes nacionales.

«¡Disposicion bárbara, esclamaba, que no podrá menos de afectar al infeliz emigrado despojado de sus propiedades, y á quien un comprador celoso por sus intereses haya sorprendido derramando lágrimas y exhalando sus quejas sobre la tumba de su padre! ¿Cómo se quiere imponer un silencio, que si es preciso llegarian á romperlo las mismas piedras que sirven de límites á las heredades á cuyos dueños se trata de conceder esas garantías?»

«¡Para qué crímenes pensais reservar la pena de muerte? preguntaba Mr. de Frondeville; ¿tenemos acaso islas á donde poder relegar á semejantes mónstruos? Uno de los mayores males de nuestros tiempos consiste en esa fria filosofía que para castigar los mas atroces horrores no sabe hacer uso sino de penas demasiado suaves. Impongamos la pena de muerte al parricidio, y solo de este modo lograremos evitarlo!»

De modo que la pena que mata se sustituia entonces á la pena que corrige, y hasta la humanidad se convertia en crímen á los ojos de aquellos vengadores de esa misma humanidad, que acababan de regresar del destierro, y que encontraban empapados en su sangre todos los cadalsos de la revolucion. El defensor de Luis XVI, el mismo Seze, que con tanta gloria habia disputado una augusta cabeza al hacha de la política, pedia diariamente la pena de muerte en las leyes que se discutian. En todas partes se veian las huellas de la contrarevolucion; la sangre, por lo tanto, no podia tardar en ser derramada, y ya corria á la sazon á manos del pueblo en las provincias mas exaltadas de la Francia. Las leyes, pues, iban á arrancar la espada de manos de ese mismo pueblo, no para desarmarle, sino para imitarle en sus escesos.

LIBRO TREINTA Y TRES.

El terror de 1815.—Estado de Paris.—Situacion del Mediodía.—Asesinatos de Marsella.—Muerte del general Brune en Aviñon.—Asesinatos de Nimes.—*Los verdes.*—Intervencion del duque de Angulema.—Heroísmo del general Lagarde.—Asesinato del general Ramel en Tolosa.—Los gemelos de la Reole.—Su enjuiciamiento.—Su muerte.—Labedoyere.—Su viaje á Paris.—Su prision.—Su causa.—Su muerte.

I.

Las opiniones, contrarias entre sí, si bien templadas como el clima y las costumbres, no habian manchado de sangre la capital durante las numerosas trasformaciones políticas de que acabamos de hacer mencion. El espectáculo de los cadalsos del terror, por espacio de diez y ocho meses que duraron los sacrificios de la Convencion, habian inspirado á París la saciedad y el horror á la sangre. Las costumbres ligeras, los sucesos ocurridos tan á la vista y convertidos en espectáculo y en alimento de la pública curiosidad, el hábito de ver elevarse, caer y volver á levantarse otra vez los partidos y los hombres; las numerosas distracciones que ayudan á hacer olvidar asi las afecciones como las iras de los pueblos, la presencia de un ejército y de una fuerza cívica que amenazaba de

vo del artículo del proyecto de ley, que señalaba un castigo contra los que amenazasen la legitimidad de la posesion de los bienes nacionales.

«¡Disposicion bárbara, esclamaba, que no podrá menos de afectar al infeliz emigrado despojado de sus propiedades, y á quien un comprador celoso por sus intereses haya sorprendido derramando lágrimas y exhalando sus quejas sobre la tumba de su padre! ¿Cómo se quiere imponer un silencio, que si es preciso llegarian á romperlo las mismas piedras que sirven de límites á las heredades á cuyos dueños se trata de conceder esas garantías?»

«¡Para qué crímenes pensais reservar la pena de muerte? preguntaba Mr. de Frondeville; ¿tenemos acaso islas á donde poder relegar á semejantes mónstruos? Uno de los mayores males de nuestros tiempos consiste en esa fria filosofía que para castigar los mas atroces horrores no sabe hacer uso sino de penas demasiado suaves. Impongamos la pena de muerte al parricidio, y solo de este modo lograremos evitarlo!»

De modo que la pena que mata se sustituia entonces á la pena que corrige, y hasta la humanidad se convertia en crímen á los ojos de aquellos vengadores de esa misma humanidad, que acababan de regresar del destierro, y que encontraban empapados en su sangre todos los cadalsos de la revolucion. El defensor de Luis XVI, el mismo Seze, que con tanta gloria habia disputado una augusta cabeza al hacha de la política, pedia diariamente la pena de muerte en las leyes que se discutian. En todas partes se veian las huellas de la contrarevolucion; la sangre, por lo tanto, no podia tardar en ser derramada, y ya corria á la sazon á manos del pueblo en las provincias mas exaltadas de la Francia. Las leyes, pues, iban á arrancar la espada de manos de ese mismo pueblo, no para desarmarle, sino para imitarle en sus escesos.

LIBRO TREINTA Y TRES.

El terror de 1815.—Estado de Paris.—Situacion del Mediodía.—Asesinatos de Marsella.—Muerte del general Brune en Aviñon.—Asesinatos de Nimes.—*Los verdes.*—Intervencion del duque de Angulema.—Heroísmo del general Lagarde.—Asesinato del general Ramel en Tolosa.—Los gemelos de la Reole.—Su enjuiciamiento.—Su muerte.—Labedoyere.—Su viaje á Paris.—Su prision.—Su causa.—Su muerte.

I.

Las opiniones, contrarias entre sí, si bien templadas como el clima y las costumbres, no habian manchado de sangre la capital durante las numerosas trasformaciones políticas de que acabamos de hacer mencion. El espectáculo de los cadalsos del terror, por espacio de diez y ocho meses que duraron los sacrificios de la Convencion, habian inspirado á París la saciedad y el horror á la sangre. Las costumbres ligeras, los sucesos ocurridos tan á la vista y convertidos en espectáculo y en alimento de la pública curiosidad, el hábito de ver elevarse, caer y volver á levantarse otra vez los partidos y los hombres; las numerosas distracciones que ayudan á hacer olvidar asi las afecciones como las iras de los pueblos, la presencia de un ejército y de una fuerza cívica que amenazaba de

cerca á la multitud, y, mas principalmente, lo inmenso de una ciudad cuyos habitantes se desconocen entre sí, no pudiendo por lo tanto dar pábulo á esas antipatías de religion y de opinion y á esas animosidades personales que solo terminan con la muerte, todo esto, pues, habia contribuido á preservar de crímenes á París.

II.

El Mediodía se agitaba desde 1814. Las almas tienen tambien sus climas propios como las tierras, y el Mediodía es el foco de la imaginacion francesa. La imaginacion es la medida de las impresiones populares. Por medio de este órgano es por donde la sensibilidad mas ó menos esquisita, realza y trasmite con mayor ó menor energía los resultados de los acontecimientos que abaten ó exaltan á un pueblo. Las poblaciones meridionales de la Francia suelen ser á menudo el centro del movimiento y á veces el vértigo de la patria. Asi produjo á Mirabeau en 89, Marsella envió sus hijos á provocar el 10 de agosto en 92, Aviñon en 1793 habia igualado en crímenes á Roma cuando dictaba sus proscripciones, Tolon se habia arrojado sobre los ingleses, Nimes sobre los protestantes, Lyon se habia armado é incendiado contra la tiranía de la revolucion de la cual fué uno de los mas ardientes focos aquella villa plebeya; las Cevennas, cubiertas aun con la sangre de las ejecuciones de tiempo de Luis XIV, fomentaban en la oposicion hereditaria de dos cultos á su vez perseguidos y perseguidores, restos de odios que solo servian para dar pábulo á las divisiones políticas.

La restauracion habia hecho temblar á los protestantes respecto á la conservacion de la libertad de conciencia, y habian temido la inevitable alianza entre los descendientes de Luis XIV y los sucesores de Bonaparte,

aunque republicanos de opinion: por esto acogieron como un medio de salvacion el regreso de Bonaparte. Su alegría habia irritado á los católicos y á los realistas, que ardian por vengarse á su vez de los insultos que habian sufrido y de los momentáneos triunfos de sus antagonistas. La religion consagraba á sus ojos semejante odio, y la noticia de la derrota de Waterloo y de la abdicacion de Napoleon vino á romper el fuego que los habia contenido hasta entonces. El pueblo del Mediodía ardia en impaciente cólera contra los soldados que habian sido cómplices de la usurpacion de su patria.

Marsella, que ha dado siempre la señal en estos casos, no pudo contener el grito de *Viva el rey!* á la vista de las tropas del general Verdier que gritaban aun *Viva el emperador!* El general Verdier, antiguo soldado de las guerras de Egipto y de España, pero nada ducho en apaciguar sediciones, trató en vano de arengar á los grupos, que tomaron su moderacion por temor. Rompióse el fuego, las campanas tocaron á rebato y los realistas que componian la inmensa mayoría, acuden por todas partes en auxilio de los insurgentes.

El general Verdier contaba con suficientes fuerzas para dominarlo todo, mas habiendo tenido noticia del desastre del emperador, y no queriendo verter sangre francesa, se retiró á Tolon, dejando á Marsella y á una parte de la Provenza entregadas al mas desordenado realismo. Aquel movimiento de humanidad del general, fué fatal para los imperialistas mas señalados por sus empleos ú opiniones que no pudieron menos de caer en manos de aquel pueblo furioso y sin represion. La matanza comenzó por los restos inocentes de aquellos mamelucos que Napoleon habia traido de Egipto en otro tiempo, y que pasaban tranquilamente su vida en un barrio de Marsella en donde el sol y la mar les hacia recordar el Oriente. Su sangre inocente vino á colorear las aguas del puerto. No se perdonó ni á sus mugeres, ni á sus hijos. Aquellos

furiosos degolladores, queriendo imitar á los asesinos de setiembre, se encarnizaron en los antiguos compañeros de Napoleon, persuadidos de que al mutilarlos de aquella suerte, mutilaban tambien la odiosa gloria de que eran un vivo testimonio. El pueblo añadió á sus cadáveres arrojados al mar los de varios ciudadanos de aquella poblacion señalados por su adhesion al emperador. El pillage y el saqueo sucedió á los asesinatos hasta que la clase media, justamente alarmada, se decidió á tomar las armas y contuvo el movimiento que por mas que halagase sus sentimientos, amenazaba hasta á sus familias, á sus bienes y á sus hogares.

III.

El mariscal Brune que mandaba el ejército del Mediodía, supo en Tolon los asesinatos de Marsella. Sus soldados ansiaban tomar venganza de ellos, mas el mariscal los contuvo y entregó el mando al marqués de Riviere, comisionado por parte del rey para gobernar y pacificar el Mediodía. Brune, durante su mision en Tolon, solo habia demostrado la mas firme y enérgica neutralidad propia de un general que al mismo tiempo que defendia á su patria contra el estrangero, queria contener las pasiones en el interior. Los realistas no habian tenido nada que echarle en cara sino su estricta obediencia á las órdenes de Napoleon, pues que, por lo demas, él se habia apresurado á ceder ante el destino, haciendo que su ejército reconociese por segunda vez á Luis XVIII con objeto de evitar una guerra civil.

Una vez cumplido aquel deber, dejó á Tolon y tomó el camino de Paris. En vano le aconsejaron que se embarcase para trasladarse con menos peligro á la capital; y se le hizo presente la temeridad de su viage por tierra

teniendo que atravesar poblaciones que se hallaban sublevadas, porque su nombre representaba una causa detestada y podia ser el orizen de un crimen. Brune se confió solo en su valor y en su inocencia.

Salió de Tolon en la noche del 31 de julio, y al cambiar de caballos en Aix, fue reconocido, formándose alrededor de su carruage un grupo de furiosos de que con dificultad pudo al fin libertarse. Habiendo llegado el 2 de agosto por la mañana á Aviñon, hospedóse en una posada de la villa próxima al Rodano. La noticia de su llegada circuló al instante entre aquel populacho ocioso que cubre á todas horas los muelles, las calles y las plazas, en un clima en que se vive al aire libre, y donde el mas pequeño rumor produce una emocion y un agrupamiento por parte de aquel pueblo móvil y dispuesto. El nombre del mariscal Brune, víctima de una odiosa calumnia, habíase hecho sinónimo de un gran crímen en el Mediodía, á consecuencia de haberse hecho correr la voz de que el mariscal, que era en 1792 un artesano y un furibundo revolucionario, habia tomado parte en los asesinatos de setiembre de aquel año, verificados en las prisiones de Paris, y que era él el que habia paseado por las calles la sangrienta cabeza de la bella é inocente princesa de Lamballe.

Aquel siniestro rumor, desmentido en vano por toda su vida de soldado y por su ausencia de Paris en el momento del crimen, circuló entre la muchedumbre, añadiéndose ademas que aquel séide de Bonaparte, marchaba no á Paris al lado del rey, sino al ejército del Loira para tomar el mando y venir á castigar al Mediodía. A tales rumores, fomentados por personas de algun crédito en el pueblo, la posada en que paraba el mariscal fué asaltada por un inmenso tropel. En vano trataron de cerrar y de atrancar las puertas; en vano Mr. de Saint-Chamont, prefecto de Aviñon, que se hallaba casualmente en la misma posada, se dió á conocer y logró que se

dispersasen una vez los sitiadores, los cuales volvieron á organizarse delante de la casa del corregimiento. Monsieur Puy, Mr. de Saint-Chamont, Mr. de Balzac, acuden con un puñado de intrépidos y generosos ciudadanos á fin de arrancar su víctima á los furiosos; consiguiendo librar por segunda vez al mariscal á fuerza de súplicas y de energía. Su carruage marchaba ya en direccion del Ródano, cuando habiendo sido asaltado de nuevo en tan corto tránsito, rodeado de mil vociferaciones, cubierto de pedradas, y amenazado con cuchillos, fué conducido por tercera vez el coche al patio de la posada.

El prefecto, el *maire*, los oficiales, los ayudantes de campo, el mayor Lambot, que mandaba en aquel departamento, Mr. de Montagnat, gefe de la guardia nacional, Mr. Hughes, teniente coronel retirado en Aviñon, se colocaron delante de la puerta presentando sus pechos á la irrupcion y jurando al pueblo que seria preciso pasar por encima de sus cadáveres antes que manchar el suelo de aquella villa con la sangre de un mariscal de Francia, inmolado sin defensa, sin crimen y sin ser juzgado. Los gritos del pueblo se alzaron entonces contra aquellas autoridades y aquellos ciudadanos; los unos se vieron obligados á retirarse por no aumentar mas la irritacion con su presencia, otros fueron derribados, pisoteados por la multitud y arrastrados por el polvo; el mayor Lambot, sin embargo, logró incorporarse, y acompañado de Hughes cargó á la bayoneta á los sitiadores, los cuales fueron puestos en fuga, quedando libre la puerta de la posada. Mr. Balzac, subprefecto de la villa, ahuyentó los últimos grupos de aquellos furiosos; mas cuando ya la tranquilidad parecia haberse restablecido en la plaza, oyóse en lo interior de la posada una mortal detonacion, viéndose al mismo tiempo salir el humo de las descargas por la ventana del cuarto donde el general aguardaba resignado su suerte. Uno de los asesinos, con el arma descargada en la mano, se asomó al balcon y

anunció al pueblo su cobarde triunfo y su venganza! Brune, tendido sobre el pavimento, no existia ya. Unos cuantos de aquellos malvados, viendo que era imposible penetrar por la puerta, habian escalado los tejados de las casas inmediatas, sin que nadie los viese, y pasando desde allí á las bohardillas de la posada, habian penetrado hasta la habitacion en que Brune se creia ya salvado, el cual se ocupaba en aquel momento, como para cobrar ánimo y consolarse, en leer una afectuosa y tierna carta de su esposa. Al verse frente á frente con sus asesinos, no se turbó en lo mas mínimo ni se humilló con súplicas ni ruegos. «¿Qué me quereis?» les dijo con acento tranquilo. Un pistoletazo fué la contestacion que recibió, mas habiendo apartado el cañon con la mano, la bala fué á perderse en el vacío. Entonces un segundo disparo vino á herirle en la cabeza, cayendo muerto á los pies de sus asesinos. Mil gritos y aullidos de alegría fueron lanzados al aire por la multitud, como para celebrar aquel crímen.

En vano las autoridades, para evitar aquel borron á la ciudad, trataron de dejar consignado, por medio de falsas declaraciones, que el mariscal, espantado de la cólera del pueblo, se habia suicidado, pues ese mismo pueblo se encargó de desmentir aquella oficiosa determinacion con las nuevas atrocidades que tuvieron lugar. El cadáver del mariscal fué perseguido hasta despues de la muerte, arrancado de su ataud, arrastrado por los suelos y precipitado al Ródano desde lo mas elevado del puente; y como si todo esto no fuese bastante, fué perseguido su cuerpo flotante sobre el agua, llenándolo de imprecaciones y atravesándolo á balazos. La corriente condujo el cadáver, rechazado de la orilla por el furor de los habitantes, á un sitio aislado entre Arlés y Tarascon. Las aves de rapiña, atraidas á la playa por la vista de un cuerpo muerto, se precipitaron á bandadas entre los cañaverales.

El ruido de sus alas llamó la atencion de un pobre pescador y le hizo descubrir el cuerpo del mariscal cuyo nombre y trágica muerte habian llegado ya á sus oidos. El solo le dió sepultura favorecido por la oscuridad de la noche, temiendo que su piedad no le fuese imputada por un crímen, y hasta dos años despues no reveló á nadie aquel misterio. Aquellos funerales traen á la memoria los de Pompeyo que tuvieron lugar en la playa de Egipto por mano de un antiguo soldado romano que alizaba la llama de la hoguera donde ardia el cuerpo de su general.

Aquel crímen no debe sin embargo atribuirse al gobierno, sino á la opinion realista fanática dominante en el Mediodia: él fué la señal de otros crímenes populares que consternaron, deshonraron y ensangrentaron durante muchos meses aquellas provincias. En Nimes, ciudad que conserva algo de la magestad de Roma en sus monumentos y de la severidad del caracter transtiverino en sus costumbres, el furor civil aumentado por el furor religioso, igualó á las barbaries de 1793 en Avinon y en Paris. *Los verdes*, bandos organizados de degolladores bajo la profanada bandera de la religion y del trono, recorrian los campos, las villas y las ciudades. Con pretesto de vengar en los protestantes la complicidad con los bonapartistas, asesinaban en masa familias enteras que estaban designadas á sus puñales. Despues de haber saqueado el castillo de Vaquerville y quemado vivos á sus habitantes en sus viviendas incendiadas, alrededor de las cuales bailaban en rueda á los gritos y alaridos de las víctimas, arrancaron de la tumba el cuerpo de una jóven de quince años, y despues de haberla pisoteado y maltratado, se entregaron sobre su cadáver á las mas brutales profanaciones. Millares de protestantes, fugitivos de sus habitaciones saqueadas, andaban errantes por los bosques y por las montañas. El terror ó la muerte los iba llevando de asilo en asilo.

Perseguidos hasta este punto, fuéles imposible presentarse en las elecciones para reclamar su derecho de ciudadanos, y para procurarse patronos de su perseguida secta que los defendiesen para con el gobierno.

IV.

El rey se lamentaba de aquellos crímenes cometidos en nombre del celo que devoraba á sus partidarios en aquellas provincias, mas no se atrevia á mostrarse severo con sus amigos aunque se abochornaba de tolerar á aquellos malvados. Envió á Nimes al general conde de Lagarde, antiguo ayudante de campo y amigo del duque de Richelieu, hombre de buen sentido, esforzado y virtuoso, y bastante diplomático además para conciliar con habilidad el sentimiento realista de que él mismo se sentia animado con el restablecimiento imparcial del órden y la proteccion de las víctimas, que era el principal objeto de su mision.

El conde de Lagarde, que ocultaba bajo un físico endeble y delicado, un ánimo sumamente varonil, no se hizo ilusiones acerca de lo peligroso de su mision. El solo contaba con un reducido número de tropas, mas no por eso titubeó apenas hubo llegado á Nimes, en reducir á prision al gefe de los agitadores y asesinos llamado Trestaillon. Al ver aquel acto de generosa osadía, el furor de los católicos y de los realistas se deshizo en amenazas y en sublevaciones. Los verdes y los voluntarios fanatizados se organizan á las órdenes de Servan y de Truphemy, dignos vengadores de su cómplice Trestaillon. Mas las tropas eran ya muy inferiores en número comparadas con aquellos federados del crímen.

El prefecto Mr. Darband de Jouque, hombre moderado pero lleno de energía, elegido por Mr. Decazes

para refrenar las pasiones en las orillas del Ródano, se persuadió de la insuficiencia de la represion militar, y solicitó del duque de Angulema, que á la sazon recorria el Mediodía, que viniese á satisfacer é intimidar á un tiempo mismo con su presencia el delirio de aquella poblacion. El duque de Angulema, empapado en la prudencia del rey, lanzóse al punto entre las víctimas y sus verdugos; oyó las súplicas de los protestantes y calmó la irritacion de los católicos. Resistió con la mayor impasibilidad á las instancias del clero, de las mugeres y de los protectores influyentes de Trestaillon, que tuvieron la osadía de pedirle que pusiese en libertad á aquel criminal. «No por cierto, les dijo, yo no protegeré jamás contra la ley á los asesinos y á los incendiarios.» Dió órden para que se abriesen los templos protestantes cerrados por el terror, y se ausentó dejando al general Lagarde el cuidado de acabar su obra y de pacificar el país.

V.

Mas apenas el príncipe hubo emprendido su marcha, cuando la audacia de los realistas volvió á renacer en todo su furor. Los católicos, amotinando al pueblo en nombre de Dios y del rey, rodearon mientras se estaban celebrando las ceremonias del culto, el templo principal de los protestantes en Nimes. Las puertas fueron echadas abajo, los fieles emprendieron la fuga, el ministro fué arrastrado por el pavimento del santuario, los hombres atropellados, las mugeres deshonradas por medio de los mas ignominiosos suplicios. El general Lagarde acudió al frente de un regimiento, y se lanzó solo y á caballo en medio de aquellos furiosos, intentando arrancarles sus víctimas y reducirlos por la persuasion á la humanidad y á la tolerancia. Mas sin consideracion alguna á aquella magnanimidad de un soldado que desarmado y sin defensa alguna se lanza él mismo á evitar que corra sangre por ambas partes, los verdes y los voluntarios rodearon á Lagarde y le abrumaron á silbidos, á insultos y á pedradas. Un guardia nacional, llamado Boivin, agarró con una mano la brida del caballo del general, y apoyando con la otra una pistola sobre su pecho, atravesó el corazon del desgraciado Lagarde. Este, aunque herido de muerte, logró sostenerse aun sobre su caballo, y con voz débil á causa de la sangre que vertia á torrentes, dió órden al regimiento de cargar sobre sus asesinos. El regimiento cayó en seguida sobre aquella turba logrando ponerla en dispersion. El general casi moribundo, fué conducido en una camilla hecha con los fusiles de sus soldados.

El duque de Angulema, apenas tuvo noticia de tales asesinatos, volvióse atrás, y entregó á Trestaillon en manos de la justicia, la cual, bien fuese por parcialidad ó por temor, declaró absueltos á los culpables. El pueblo, entusiasta siempre por todo aquel que le ayuda y le sirve en sus desvarios, condujo en triunfo á Trestaillon. Boivin, el asesino del general, despues de confesar su crímen y de vanagloriarse de él, fué tambien absuelto por el jurado bajo el pretesto de que lo hizo en defensa propia. El realismo, la buena fé y la justicia quedaron deshonrados á la vez con semejantes sentencias.

VI.

Tolosa imitaba las agitaciones y el frenesí que dominaba á Nimes; mas allí la opinion sola era la que inspiraba los furores civiles. La fé no venia en Languedoc á aumentar el conflicto de las conciencias al de las dinastías; pero la ferocidad de los caractéres meridionales im-

primia igualmente toda su pasion á los movimientos políticos.

El rey habia confiado el mando de Tolosa al general Ramel, antiguo voluntario de 1792 que habia ido ascendiendo grado por grado por su valor y sus servicios. Encargado del mando de la guardia del consejo en 1797, deportado por consecuencia del 18 fructidor en compañía de Pichegrú y de Carnot, de los cuales se le habia creido cómplice equivocadamente, escapado de la Guyana en una chalupa, regresado á Francia durante los últimos años del imperio, habia sido empleado por Napoleon en España, pero siempre fué sospechado de inclinacion á los Borbones. Despues de su destierro con Pichegrú, Ramel, soldado de fortuna, se habia negado á servir durante los Cien Dias. Semejante reserva, rara en un ejército tan movible, habia valido á Ramel la confianza de los realistas. Esforzábase, pues, en contener en las orillas del Garona las sangrientas animosidades del pueblo contra los restos fugitivos del ejército licenciado de Napoleon que atravesaba aquellas provincias. Algunos de aquellos oficiales, proscritos y obligados á ocultarse del resentimiento del pueblo, habian hallado un generoso asilo en la misma casa del general. Aquella accion, sin embargo, se le imputaba cemo un crímen por los realistas y se daba el nombre de traicion á aquella magnanimidad de un soldado. Los voluntarios realistas, sedientos de la sangre de aquellos proscritos, rompieron en insultos contra Ramel, el cual les anunció su resolucion de arrostrarlo todo y de disolverlos.

Al oir esto, se reunen en grupos en los sitios mas públicos y conspiran á voz en grito contra la vida del general, y haciendo que se les unan los gefes y los bandos de los pueblos inmediatos, forman por las calles siniestros grupos cantando los mas cínicos cantares y dando gritos sanguinarios contra el hombre que los reprime y los contiene, mezclando siempre á ellos el grito de «*¡Viva el rey!*» para cubrir la sedicion con un pretesto de fidelidad.

El 15 de agosto por la noche, mientras aquellos grupos delirantes repetian sus feroces cánticos en la plaza de los Carmes, una partida de ellos mismos, reclutada, concentrada, y armada de antemano con aquel objeto, se separa del grupo principal de que formaba parte, y plantándose de un brinco en casa del general, sorprende y desarma la guardia, fuerza las puertas, sube las escaleras y se encuentra frente á frente con el general.

«¿Qué es lo que quereis?» les dijo éste con voz amenazadora y ademan impasible. «Matarte y matar en tí á un enemigo del rey,» repuso uno de los asesinos, asestando su arma al pecho de Ramel; pero un centinela pudo precipitarse sobre él recibiendo el golpe en su lugar. Ramel entonces echó mano á su espada, decidido á morir como un valiente y no como una víctima. Mas en tanto que el verificaba aquel movimiento, que hizo retroceder á los asesinos, un pistoletazo atravesó de parte á parte al general, que cayó sobre la meseta de la escalera, al lado del centinela moribundo, á quien procuraba cubrir con su cuerpo. Sus ayudantes de campo y demás oficiales á sus órdenes salieron de sus habitaciones con sable en mano y saltando por encima de los dos cuerpos, acuchillaron y persiguieron á los voluntarios hasta la plaza. Se condujo á Ramel á su lecho, y un facultativo, despues de examinar la herida, la encontró mortal; y habiéndose asomado á la ventana para anunciar aquella fatal nueva á las turbas que se agitaban aun con el mayor furor, creyendo por este medio calmar su rabia satisfaciéndola: «¡Tanto mejor! le respondieron aquellos hombres implacables, pero allá vamos á concluir con él y será mas seguro!»

Apenas hubieron resonado estas palabras, cuando el populacho principió á demoler un arco de triunfo erigido sobre la plaza para celebrar la reciente entrada del duque de Angulema, y sirviéndose de los maderos y vigas para arran-

car las rejas y forzar las puertas de la casa, despues de haber inmolado á los soldados que defendian el vestíbulo, logran volver á subir hasta la misma habitacion del moribundo. El médico que le prodigaba sus auxilios se arrojó á los pies de los asesinos para suplicarles que le dejen los breves instantes que le quedan de vida; sus ayudantes de campo defienden el lecho con sus cuerpos y con sus espadas desnudas. Ramel, por el contrario, estendiendo los brazos hácia sus verdugos, les pide que le acaben cuanto antes para abreviar la cruel agonía que destroza sus entrañas. Entonces uno de ellos, tratando de añadir la burla al crímen y el sarcasmo al golpe, le cruzó la cara de un sablazo diciendo al mismo tiempo aquel malvado: «Esto es por obedecer al general.» Los demás siguieron su ejemplo, hundiendo sus bayonetas en el cuerpo de Ramel y repitiendo igual insulto, hasta convertirlo en un tronco sin miembros. Los asesinos se disputaban aun el honor de empapar sus armas en aquella sangre, hasta que por último se apartaron de aquel sangriento lecho entonando cánticos de triunfo.

La noche y la embriaguez de aquel populacho vinieron á poner término á aquella escena, digna de la Saint-Barthelemy y de las jornadas de setiembre. Las tropas enviadas por el mariscal Perignou, gobernador de la provincia, no llegaron sino para dar sepultura á la víctima. La justicia, asi como en Nimes, se negó á vengar aquel atentado, pues dejó que la indignacion contra los verdugos fuese estinguiéndose á fuerza de dilaciones, puso en libertad á los gefes y no castigó á los ejecutores sino á penas harto indulgentes y llevaderas, bajo el pretesto de que solo habian acometido á un cadáver.

VII.

Tal fué, por espacio de muchos meses, la venganza que ejerció el Mediodía contra los partidos sospechosos ó

de complicidad con los soldados del emperador, ó de tibieza con respecto á los Borbones, ó de disidencia con el fanatismo del pueblo. Se vé bien que la venganza era una especie de pasion que habia llegado á apoderarse de todos los partidos en aquel clima próximo á España é Italia, que son las tierras de las pasiones y de las venganzas.

Los realistas de París, avergonzados con semejantes atentados, querian mejor negarlos que disculparlos ó perseguirlos. Solo un hombre decidido por la humanidad, Mr. d'Argenson, fué el único que se atrevió á hacer resonar el eco de tantas víctimas desde la Cámara de los diputados! Al oir la palabra asesinatos, pronunciada por el orador, la Cámara, aparentando una incredulidad de conveniencia, se alzó con furor en contra suya, sellándole los labios como á un calumniador; porque á nadie le era permitido decir lo que todo el mundo sabia. Denunciar el crímen era á la sazon el mas soberano delito. El partido apasionado de los Borbones llevaba el celo por aquella causa, no solo hasta la aprobacion, sino hasta el silencio, que es la tácita amnistía de los mas odiosos atentados.

VIII.

Las mismas pasiones que en Marsella, Nimes, Aviñon y Tolosa, fermentaban en Burdeos.

Dos hermanos gemelos, César y Constantino Faucher, que habitaban en la pequeña aldea de la Reole, habian seguido juntos la carrera militar hasta llegar al grado de general. Culpables de haber saludado el regreso de Napoleon como un recuerdo de su vida de soldados y de haber desempeñado durante los Cien Dias cargos civiles y militares en la Gironda, se les acusaba de sostener un

foco de bonapartismo dentro de su propia patria. Cércados por espacio de tres dias, en su casa, por un destacamento de voluntarios de Burdeos y de tropas españolas, se habian negado á franquear la puerta á las ilegales intimaciones de aquella tropa. Semejante conducta aumentó contra ellos la animosidad del partido realista, y habiendo sido presos y conducidos al fuerte del Hâ, fueron arrojados á un calabozo como si fueran los mas abyectos malvados. Los oradores del foro de Burdeos, y hasta el mismo Mr. Ravez, temerosos é indiferentes, se negaron á tomar á su cargo la defensa de los gemelos; mas estos se defendieron uno á otro, prestándose mútuamente ante el consejo de guerra el fraternal auxilio de su palabra, poco diestra, en verdad, pero llena de sentimiento. Por último fueron condenados á muerte.

En vano una sobrina de aquellos desgraciados, que constituia ella sola toda su familia, recorrió toda la poblacion bañando en lágrimas los umbrales de sus acostadores, de sus enemigos y de sus jueces. En vano cada uno de los dos gemelos trató de separar su causa de la de su hermano, haciendo que recayese sobre uno solo todo el crimen y sufrir la ejecucion por su hermano. Confundidos en un mismo odio, fueron tambien confundidos en una misma sentencia. Mas de una hora tardaron en atravesar la multitud que se agolpaba para verlos conducir á la *Cartuja*, que era el sitio señalado para su suplicio, hasta donde fueron los dos cogidos de la mano.

Puestos en pie frente al peloton que los apuntaba con sus fusiles quisieron recibir abrazados, como se hallaban, el golpe que habia de poner fin á sus dias, á fin de quedar unidos en su muerte como lo estuvieron en la vida. César dió la voz de «fuego» y ambos gemelos cayeron á la vez atravesados por las balas, pero no aterrados por la descarga. Constantino, levantándose sobre sus rodillas y sobre sus manos mutiladas, procuró arrastrarse todavía hácia su moribundo hermano para abrazarle una vez mas, y habiendo colocado su cabeza sobre el rostro de César como sobre un tajo de paz y de cariño, recibió en aquella actitud la segunda descarga sobre su frente que de una vez dió libertad á sus dos almas.

Nosotros hemos callado de intento los nombres de los acusadores y de los jueces, y solo hacemos mencion de los de las víctimas, porque estas tienen por herencia la piedad y la historia, y los otros solo tienen los remordimientos y el desprecio.

IX.

Mientras que las venganzas privadas y jurídicas ensangrentaban de este modo el territorio del Mediodía de la Francia, el gobierno se oponia á verificar ciertas justicias políticas y ciertas ejecuciones que debian dar un colorido nada halagüeño á su reinado de arrepentimiento y de paz, y que repugnaban igualmente al carácter indulgente de Luis XVIII, á la elevacion de alma del duque de Richelieu y á la juventud naturalmente generosa del favorito de Mr. Decazes. Pero las pasiones políticas quieren tener cómplices en los gobiernos, y cuando estos no acceden á ser sus instrumentos los convierten en sus víctimas con la mayor facilidad.

Las grandes amnistías son los actos mas necesarios y al mismo tiempo los mas difíciles de aceptar por los partidos que acaban de salir de la opresion. Aquel perdon magnánimamente otorgado por el poder é impuesto con energía á los vencedores es el heroismo de las restauraciones. Tanto á Luis XVIII como al duque de Richelieu y á Mr. Decazes, les faltó, sino aquella conviccion, al menos la intrepidez que necesitaban contra la sed de represalias que devoraba á los amigos del rey. La córte, los salones, los diarios, la tribuna, y hasta los púlpitos

sagrados resonaban en acusaciones é imprecaciones contra la impunidad de los conspiradores, verdaderos ó supuestos, del 20 de marzo. Atribuíase á la escesiva indulgencia de Luis XVIII y á la confianza que dispensó á los hombres del imperio, asi la caida del trono y el destierro de los Borbones como la devastacion y la ocupacion de la patria por los ejércitos estrangeros. Los unos exigian venganzas, los otros reclamaban garantías. Estas venganzas, sin embargo, y estas garantías no eran otra cosa que sangre. Luis XVIII queria evitar que aquella se derramase á torrentes, mas tambien creia no poder resistir al fin á los resentimientos de su partido sino le concedia algunas gotas. El, en su interior, limitaba á unos cuantos ilustres culpables, el número de las víctimas que seria preciso sacrificar á la justicia política, pero al mismo tiempo no queriendo apoderarse de ellos habíales dado el tiempo suficiente para ocultarse ó para huir. Mas el celo previsor de sus partidarios y el rigor de los odios de partido, le servian aun mas allá de sus deseos. Dos de aquellas víctimas notables fueron presas sin que el rey fuese bastante para estorbarlo, y su presencia en los calabozos de París no le daba lugar á elegir mas que entre una clemencia que serviria para acusarle de debilidad ó de traicion contra sí mismo, ó una severidad que habria de consternar su reinado ante la posteridad.

Aquellas dos víctimas eran Labedoyere y el mariscal Ney.

X.

Despues de la ocupacion de Paris, Labedoyere habia seguido al ejército al otro lado del Loira. Nadie estaba mas amenazado que él, porque nadie tampoco habia dado el ejemplo antes que él de una defeccion premeditada estando con las armas en la mano. Al inducir á su regimiento á dar aquel paso, arrastró tras sí á todo el ejército. Así es que Napoleon le debia su segundo trono y los Borbones su segundo destierro. Familiar asiduo de la reina Hortensia y comensal del emperador en la Malmaison hasta el último dia, su firme adhesion á su familia y á una patria que ya no podia ofrecerle mas que una tumba, habíale impedido seguir á Napoleon á Rochefort y á Santa Elena. En lugar de haberse aprovechado de un pasaporte que la reina Hortensia obtuvo de Fouché para que huyese de aquel volcan, Labedoyere dejó marchar al emperador para su destierro y siguió al ejército francés que se dirigia hácia el Loira.

Los generales Excellmans y Flahaut, sus amigos, con los cuales se reunió en Riom, le hicieron nombrar gefe de estado mayor del cuerpo de ejército acantonado en aquella villa. Habia sabido en Riom la proscricion dictada contra todos los gefes mas señalados durante los Cien Dias, y aunque ninguno mejor que él debia aprovecharse de aquellos avisos, él los despreció y no hizo caso de ellos. El vértigo que arrastra hácia su pérdida á las cabezas estraviadas, habíase apoderado de él. Su corazon estaba en Paris, y el atractivo que le hacia volver sus ojos hácia aquella ciudad, le ocultaba al mismo tiempo el peligro de volver á presentarse en ella. No es fácil esplicar de otro modo la fatalidad que al fin le condujo allí. En vano los generales Excellmans y Flahaut trataron de combatir semejante aberracion de espíritu. Labedoyere tenia 29 años, edad en que las temeridades desaparecen ante los deseos. Asi, pues, no dió oidos á los consejos de sus amigos: procuróse un pasaporte con nombre supuesto, y sustrayéndose á la amistosa vigilancia del general Excellmans, marchó en la diligencia de Riom para París.

XI.

Los caminos que conducian desde la capital al punto que ocupaba el ejército se hallaban cuidadosamente vigilados por espías del gobierno, del rey y de las potencias aliadas. El menor movimiento de aquellas tropas podia comprometer la paz y dividir la Francia en dos patrias diferentes. Por otra parte las relaciones que sostenian los generales con los focos de la opinion en la córte eran demasiado importantes para que dejasen de ser escudriñadas con la mayor detencion.

Labedoyere se encontró en su carruage con uno de estos agentes de vigilancia del gobierno, el cual se hallaba allí, bien fuese por casualidad ó con intencion, y que ocultaba, bajo la indiferencia aparente de un viagero ocupado solo en sus negocios, la mision de observar que le estaba encomendada. La figura marcial, melancólica, altiva y pensadora del jóven general llevaba en sí misma mucho de preocupacion y de misterio para que pudiese ocultarse á la investigadora mirada de un hombre cuya profesion era leer en la fisonomía de los demás. Cuanto mas se trata de ocultar el rostro, tanto mas se revela en él el enigma del alma y convida á adivinarle. Hasta el silencio que observaba Labedoyere y sus labios perpétuamente cerrados contribuian mas y mas á escitar la curiosidad de su compañero de viage, el cual pareció dejar escapar de su boca, aunque á su pesar, algunas esclamaciones involuntarias en contra de los Borbones y de sus ministros y derramar algunas lágrimas por la patria entregada y por el ejército proscrito; mas en seguida, como si le hubiese asaltado el temor y el arrepentimiento de haberse hecho traicion á sí mismo, suplicó á Labedoyere que olvidase cuanto acababa de oir, fingiendo al propio

tiempo el mas hipócrita realismo, bajo el cual se dejaba entrever la falsedad de aquella segunda profesion de fé. Labedoyere, sin embargo, continuó guardando el mas profundo silencio.

El espía, al ver esto, intentó adoptar otro partido y principió á referir á su compañero de viage la prision de Lavalette, la cual todavía no habia llegado á noticia del ejército. Lavalette era precisamente el mas querido amigo de Labedoyere y su cómplice ademas, así es que este general no pudo disimular su emocion y que se le demudase el semblante al escuchar los pormenores de la prision de su amigo. Semejantes demostraciones le delataron á los ojos del espía, el cual, con su destreza y habilidad, llegó hasta el punto de hacerle decir su nombre; y despues de haberle manifestado la temeridad que cometia en arriesgarse á volver á entrar en Paris, le ofreció sus amistosos servicios y se insinuó de tal modo en su confianza, que á su llegada á la capital, permitió el general á su obsequioso protector que le acompañase hasta la misma puerta de la casa donde debia ocultarse, que era la de una persona muy afecta á Labedoyere y se hallaba situada en uno de los arrabales del Este. Apenas acababa de amanecer, y el fugitivo debia permanecer oculto todo el dia, hasta que, llegada la noche, pudiese aventurarse á salir á la calle. Vigilado por la amistad, y encerrado en una habitacion del último piso de una casa nada sospechosa, habíase tendido sobre la cama y se entregaba á un sueño tranquilo ínterin llegaba el momento de abrazar á su esposa y á su hijo.

XII.

El espía, entretanto, asegurado de su presa, se presentó á ponerlo en noticia de Mr. Decazes, que era en-

tonces prefecto de policía, y habiendo este dado aviso á los prusianos, fué cercada la casa por un batallon de aquellas tropas. Sorprendido Labedoyere en su asilo, renunció á toda defensa y se entregó á los agentes de policía, que le condujeron á presencia de Mr. Decazes. Aquel magistrado le dirigió un sin número de preguntas, de las cuales ninguna podia ser contestada sino confesándose de hecho culpable. Fouché, que aun era entonces ministro de policía, pareció condolerse de la imprudencia de aquella víctima, no perseguida por el gobierno, y que venia por sí misma á ponerle en el caso de ejercer todo su rigor con ella. El ministro de la Guerra, Gouvion de Saint Cyr, nombró un consejo de guerra para que instruyese el proceso. La venganza de los realistas, el favor de los bonapartistas, la recriminacion de los estrangeros, que eran los dueños de Paris, y la pasion y la curiosidad de todos imprimian á aquel proceso militar y político la solemnidad de una justicia, el rigor de la cólera y el interés de un drama. Los diarios y los salones se anticipaban al fallo del consejo con sus imprecaciones, encaminadas todas á pedir el derramamiento de sangre y á desacreditar á la justicia. Varias damas de lo mas elevado de la sociedad eran las que mas implacables se mostraban respecto á este particular, pues no parece sino que la generosidad es compañera inseparable de la fuerza, y que cuanto mas débil es el sexo, menos piedad alimenta en su corazon. La historia debe, pues, dejarlo asi consignado, para mengua de aquel sexo. Ni el mas distinguido nacimiento, ni la mas elevada fortuna, ni la mas esmerada educacion literaria fueron bastantes á evitar, en las circunstancias de que nos ocupamos y en muchas otras, que algunas damas de la aristocracia de Paris y de la córte se entregasen á esa sed de venganza y á esa sanguinaria alegria de que hacian alarde las mugeres de las mas abyectas condiciones bajo el régimen del terror, cuando se reunian á la puerta de los tribunales revolucionarios. La elevacion de la clase, cuando se da lugar á semejantes escándalos del sentimiento, solo sirve para realzar mas y mas el vicio del corazon. Habia en el lenguaje, en los ademanes y en los ojos de algunas de las damas de la sociedad elegante de Paris el mismo sentimiento de cólera y la misma sed de venganza que se descubria en los auditorios femeninos de los tiempos de la Convencion. Los escritores públicos, como ha sucedido siempre, halagaban y daban pábulo por su parte á tan viles pasiones, por medio de sus diatribas, apareciendo como aduladores asalariados de todas las opiniones, que tienen bastante dinero para pagarles semejantes complacencias que solo respiran odio y sangre.

XIII.

El proceso principió á verse el dia 14 de agosto. El pretorio que se hallaba ocupado desde por la mañana por diferentes damas de la córte, por generales y príncipes estrangeros, que como vencedores, el pudor mismo de la victoria deberia alejar de semejante escena, parecia mas bien un anfiteatro preparado para un combate del circo. Labedoyere era esperado por unos con esa cruel impaciencia que aspira á la humillacion de un enemigo, y que se regocija de antemano con la esperanza de vengarse, y por otros con esa curiosidad que principia por la indiferencia y acaba al contemplar á la víctima por un involuntario enternecimiento. Y á decir verdad, en el acusado de que hablamos se reunian circunstancias que provocaban á la vez aquel doble sentimiento.

Era Labedoyere el mas culpable y al mismo tiempo el que mas interés inspiraba entre los hombres que figuraron durante los Cien Dias. Nacido de una antigua familia, rodeado desde la cuna de supersticiones y de adhesiones

monárquicas; no teniendo en sus antecesores, ni en su familia paterna, ni en la de su esposa, ni aun en esta esposa misma mas que consejos y ejemplos de fidelidad á los Borbones; viéndose obligado á luchar con su propia naturaleza y con el cariño conyugal, á fin de sostener sus nuevas opiniones contra las inclinaciones, los hábitos y las relaciones domésticas del patricio; haciéndose criminal á sus propios ojos y á los de todo el mundo, pero criminal disculpable por su juventud, por su entusiasmo, por su fanatismo de gloria, de seduccion, de patria y hasta de ambicion, vicio enaltecido en el soldado por el sacrificio que hace de su vida, no podia de ningun modo aducir defensa alguna ante su juramento quebrantado, ante la disciplina violada, ante las ruinas de su patria que se presentaban á sus ojos y que le acusaban aun mas alto que sus mismos acusadores. A pesar, pues, de todo esto, aquel hombre no podia menos de escitar la indulgencia, de predisponer al perdon, de hacer derramar lágrimas. Por fin, se presentó ante sus jueces.

XIV.

Su trage, que se componia de una levita verde sin charreteras ni condecoracion alguna, pero que tenia toda la forma del uniforme, daba á conocer que él se habia hecho justicia á sí mismo antes de invocar la indulgencia de su patria, despojándose préviamente de las insignias de su grado y de las recompensas concedidas á su valor. Su estatura, que resaltaba mas bajo aquel sencillo trage de prisionero, era elevada, noble y apuesta como la de un soldado acostumbrado á erguir su frente ante el fuego del enemigo. Sus facciones, aunque bellas y varoniles, presentaban la gravedad de un pensamiento que sufre y la palidez propia de un hombre cuya sangre ha refluido

al corazon, bajo la impresion del insomnio del alma y de la reflexion en los calabozos. La gracia que respiraba su persona habia contribuido á su crimen, pues que le habia espuesto á las seducciones de las damas de la córte imperial, las cuales le habian presentado la gloria encubierta tras de la defeccion. Su héroe habia venido á ser por lo tanto su víctima. Comprendíase perfectamente al contemplar aquella hermosa y marcial presencia, que aquel hombre hubiera podido ser el héroe de aquella conspiracion de ayudantes de campo y de damas que ponian la popularidad de sus salones y la embriaguez de su entusiasmo, como precio de la defeccion á los Borbones. El consejo de guerra, poseido de mayor imparcialidad que su auditorio, no pudo menos de conmoverse al aspecto de aquel jóven guerrero, á quien iba á juzgar con arreglo á la ley, pero del cual no podia evitar el condolerse por la confraternidad creada en los campamentos. Preguntáronle su nombre, su edad, su grado y si este lo habia recibido de Luis XVIII.

A estas preguntas contestó con una modesta presencia de ánimo y con una franqueza que se acusaba á sí misma, que con efecto, él habia recibido del rey el mando de su regimiento; que habia marchado desde Chambery á Grenoble por órden del general Marchand, que mandaba esta plaza; que habia inducido á sus soldados al grito de «*¡viva el emperador!*» á salir al encuentro de Napoleon; que se habia negado á dar oidos á las reconvenciones y á las observaciones que le hizo el general de Villier, su gefe inmediato, al tratar de recordarle su obligacion y de someterle á la disciplina; que en aquel momento él habia creido que debia anteponer el interés superior de la patria á sus deberes como soldado; y por último, que pedia por toda justificacion que se mandase comparecer á los testigos de aquella hora fatal de su vida á fin de que el tribunal pudiese juzgar no solo su falta sino el poder irresistible de las circunstancias y las

emociones que habian precedido y acompañado al delito.

Los testigos comparecieron, en efecto, y su relato, conforme en un todo al que hace la historia, si no disculpaba la defeccion al menos no la agravaba mas. Dejábase conocer en las palabras de aquellos testigos, gefes suyos ó compañeros de armas, la tristeza propia de unos hombres que si les pesaba tener que acusar, no estaba en su mano el poder absolver. Resultaba demasiado cierto que el jóven coronel habia premeditado en Chambery su papel de tránsfuga; que habia sondeado el ánimo de sus oficiales, arengado á sus soldados, remplazado la bandera blanca con las águilas colocadas en lo alto de una vara de sáuce, distribuido las escarapelas tricolores halladas dentro de una caja de guerra y preparadas para el momento de la esplosion; desconociendo al hacer esto la voz, las órdenes y las intimaciones de su general, saliendo al encuentro del emperador, estrechando en sus brazos y conduciendo en triunfo al mismo á quien iba á combatir, induciendo á la insubordinacion á los regimientos que cubrian las murallas de Grenoble, forzando con sus batallones las puertas de la ciudad y siendo el primero que ofreció á Napoleon una plaza de armas, un ejército, un pueblo y un camino que le condujese á París.

XV.

Sus acusadores no tenian, pues, que ocuparse en buscar un crimen que desde luego estaba patente y confesado, asi es que solo se limitaron á pedir que para que sirviese de ejemplar á los ejércitos que gozan el privilegio de las armas, el doble deber del patriotismo y de la disciplina y que tienen confiada á sus espadas la suerte de las naciones, Labedoyere fuese condenado á sufrir la

pena militar que la conciencia pública exigia contra él. Al dictar esta sentencia no trataron de ocultar ni su dolor ni su conmiseracion hácia él; en una palabra, no ultrajaron al hombre al verse en la precision de acusar al soldado.

Labedoyere, despues de haber escuchado estas palabras pronunciadas por el órgano del consejo de guerra, se puso en pie y dió principio á su defensa. Su voz espresó con el acento de la conciencia, una triste conviccion de su delito, una marcial energia á la vista de las consecuencias que iba á sufrir y una reparacion patriótica y cristiana ofrecida espontáneamente al rey, á su pais, á su familia en espiacion á las desgracias, de la sangre y de las lágrimas que él habia costado. Conocíase que las tradicciones hereditarias habian recobrado en aquellos últimos momentos todo el imperio sobre sus opiniones, que su jóven esposa habia hecho en su prision sus aspiraciones al arrepentimiento, sus esperanzas de perdon, de ver rescatada su vida y de disfrutar una prolongada dicha sobre la tierra, y que la religion de su madre llegando á penetrar en su soledad habia servido para persuadirle en nombre de la muerte la confesion de su errror, asi como la ternura conyugal se lo habia aconsejado en nombre del amor.

Labedoyere no trataba de defender su inocencia sino su honor: «Si solo se tratase de mi vida, decia, no os ocuparia de mi persona, pues saber morir es precisamente un oficio. Pero una muger modelo de todas las virtudes y un hijo todavía en la cuna me pedirian cuenta de mi silencio el dia de mañana. El nombre que les dejo es su único patrimonio, y aunque me vea forzado á dejárselo acompañado de la desgracia, no por eso habrá de quedar deshonrado..... Yo he podido equivocarme respecto de los verdaderos intereses de la Francia; estraviado por los recuerdos ó por las ilusiones del honor de los campamentos, he podido muy bien tomar unas vanas quimeras

por los verdaderos acentos de la patria. Mas lo grande de los sacrificios que yo tengo hechos al romper los mas caros vínculos de rango y de familia prueban al menos que ningun vil interés personal pudo influir en mi conducta... Yo nada niego, pero sé muy bien que no he conspirado; cuando recibí el mando de mi regimiento, estaba bien lejos de creer que el emperador pudiese volver jamás á Francia... aunque los mas tristes presentimientos pesaban sobre mí precisamente en el momento de marchar á Chambery. Esta vaga tristeza consistia en la impresion que el espíritu público me habia causado.» Al llegar aquí y despues de formar un cuadro político de la primera caida de Napoleon, de la impopularidad general que le rechazaba de la Francia, del entusiasmo justificado en favor de las virtudes de Luis XVIII que allanaba el camino del trono á los Borbones, hizo ver que los primeros actos de aquel reinado vinieron á perder todo su prestigio á causa de las faltas cometidas por el gobierno del rey, preparándose de esta manera los ánimos para un próximo regreso del emperador. Iba, sin duda, á esplicar despues cómo aquella desafeccion del pueblo por los Borbones le habia hecho desesperar de su patria obligando á volver su pensamiento hácia otra salvacion pública bajo el reinado de Napoleon, que habria de abdicar el despotismo para convertirse en el genio protector del territorio y de la libertad, mas fué interrumpido al tratar de hacer aquella escursion sobre faltas, que, puestas en su boca podrian quizá tomar el carácter de una acusacion en vez de aparecer como una escusa. A pesar de que no era tal su situacion no quiso insistir mas en ella y continuó su defensa en estos términos: «Si, debo solo limitarme á confesar un error; error que confieso con el mayor sentimiento al dirigir mi vista sobre la patria; y que ha consistido en haber desconocido las intenciones del rey, hasta que su regreso ha contribuido á abrirme los ojos. Todos los actos emanados de la autoridad real llevan el

sello de la prudencia y de la moderacion. Observo que todas las promesas se han cumplido, que todas las garantías se han consignado, que la Constitucion ha sido perfeccionada, y que los estrangeros verán, yo lo espero, una gran nacion de franceses agrupados en torno de su rey..... Quizá no estaré yo destinado á difrutar de aquel espectáculo, pero he vertido mi sangre por la patria y quiero persuadirme de que mi muerte precedida de la abjuracion de todos mis errores podrá ser útil á la Francia, que mi recuerdo no será un recuerdo de horror, y que para la época en que mi hijo se halle en disposicion de servir á su pais, mi nombre no le será echado en cara.»

La varonil aunque sensible emocion de su fisonomía, así como su voz y sus ademanes vinieron á completar lo patético de aquellas palabras. Los mas indiferentes derramaron lágrimas, y hasta sus mismos enemigos no pudieron conservar endurecido su corazon, que las pasiones de la época habian contribuido á cerrar á la compasion.

XVI.

Los historiadores del partido de Napoleon han tenido necesidad de desnaturalizar los hechos para glorificar á los cómplices de los Cien Dias, y como en la figura de Labedoyere les hacia falta un cierto colorido de estoicismo romano y de implacable aversion hácia los Borbones, con el fin de presentar en él al pueblo en vez de un hombre de la naturaleza, un héroe y un mártir de la oposicion, han tomado el partido de no hacer mencion de aquellas tiernas palabras del hombre que va á morir, y por esa misma razon, nosotros hemos querido consignarlas. No cabe duda que no corresponde al acusado alabar á sus jueces, y que la justicia, aun puesta en boca de un reo culpable, llega á hacerse sospechosa, cuando el elo-

gio se dirige á un soberano que tiene la eleccion entre el perdon y la muerte. Bajo este punto de vista, Labedoyere, aunque se sintiese arrepentido, hubiera quizá debido guardar silencio acerca de las virtudes y de la magnanimidad del rey. Pero si era cierto que la reflexion habia conducido á aquel espíritu impresionable á una apreciacion mas equitativa del carácter y del papel que desempeñaba Luis XVIII al volver de su segundo destierro, para establecer una libertad constitucional monárquica; si el ministro de la religion, introducido en la prision por los cuidados de su familia, habia logrado inspirarle, con el sentimiento verdadero de su falta, la confesion de ella que debia rescatarle para con Dios; si el patriotismo habia realmente convencido á Labedoyére de que la union de todos los franceses alrededor de un trono necesario, era la única salvaguardia de la patria á la vista de los estrangeros; ó si, por último, las lágrimas de su esposa ó la sonrisa inocente de su hijo habian arrancado de él la promesa de no desvirtuar un perdon que estaban invocando en su favor, y que les conservaria la vida de un esposo y de un padre, ¿seria justo el acusar á aquel jóven de un arrepentimiento de conciencia, de un acto de religion ó de una emocion del corazon, y convertir en feroz obstinacion lo que no habia sido en él mas que remordimiento, piedad y cariño? No; la historia no debe ser un testigo falso, arreglando ó desfigurando, segun las conveniencias de partido, las últimas palabras de los moribundos. Debe limitarse á pintar al hombre tal como fué, y trasmitir fielmente á la posteridad lo que haya oido. De este modo tambien es la historia mas tierna é instructiva á la vez, y es al mismo tiempo mas sublime, porque la naturaleza, por mas que se diga, tiene acentos á que el espíritu sistemático no podrá llegar jamás.

XVII.

Las palabras de Labedoyere, perdidas para su descargo y su defensa, no lo fueron tanto para el ánimo de los espectadores, los cuales, mientras el tribunal deliberaba, permanecieron inmóviles, silenciosos y enternecidos, como clavados por la ansiedad y la impaciencia en los respectivos sitios que ocupaban.

El acusado fué condenado á muerte, habiéndosele concedido veinte y cuatro horas para que pudiese acudir á un tribunal de revision, cuyo término le fué concedido accediendo mas bien á las súplicas de su familia para poder obtener del rey su perdon, que con objeto de que se llevase á efecto tal exámen de su culpabilidad, puesto que él todo lo habia confesado. Un jóven orador del foro de París, ya célebre como abogado político y mas célebre despues como hombre de parlamento, Mr. Mauquin, fué el que defendió aquella desesperada causa ante el consejo de revision, mas cuantos esfuerzos hizo para enternecer á los jueces y para conmover la opinion, no fueron bastantes para convencerlos, y la sentencia de muerte fué confirmada en apelacion. Labedoyere, dudoso todavía de si las influencias de su noble familia lograrian obtener de la córte una prision perpétua en lugar de un cadalso, procuró fortificar su alma con la resolucion de un soldado, con la resignacion de un cristiano y con las oraciones del que se prepara á morir; bien fuese que le estuviese reservada la vida ó la muerte, segun que el corazon del rey, mas ó menos decidido en su favor, decidiese de su suerte en aquellos momentos supremos. Su madre y su esposa no se apartaban un instante de las Tullerías; mas temiendo siempre que la razon de Estado prevaleciese en los consejos de palacio contra la naturaleza y contra

la magnanimidad de los príncipes de la familia real, estaban reuniendo la suma de 100,000 francos en oro para pagar al encargado de su custodia el precio del rescate de aquel reo, cuyas ofertas, de que tuvo algunas sospechas el gobierno, fueron rechazadas por el conserge de la Abadía. No restaba, pues, mas recurso á Mmes. Labedoyere que aguardar el resultado de sus desesperadas súplicas. Las mas rigorosas consignas impedian á los guardias de palacio que dejasen penetrar á aquellas damas, con el fin de evitar á la córte el conflicto de una implacable severidad. Pero los guardias fueron menos despiadados que los cortesanos, y sus bayonetas cedieron ante la presencia de aquellas dos señoras desoladas. En el momento en que Luis XVIII, apoyado en los brazos de sus familiares, bajaba la escalera principal y atravesaba el vestíbulo para tomar su carruage, á fin de dar su paseo cuotidiano, la jóven esposa del sentenciado, que tenia unos diez y nueve años, con su hijo en los brazos, sus cabellos en desórden, vestida de luto y sus ojos anegados en llanto, se precipitó entre el príncipe y el estribo del coche, esclamando con voz entrecortada por la angustia y los sollozos: «¡Perdon! ¡Perdon!» El rey dió un paso atrás, disgustado á la vez que enternecido; mas el temor de rehusar una satisfaccion á su partido y de arrostrar las reconvenciones de debilidad que diariamente se le echaban en cara en su propio palacio, pudo mas en su ánimo que el espectáculo de aquella jóven suplicante, que le pedia tantas vidas en una sola. Revistió, pues, su rostro de la mas grande impasibilidad, é inclinándose con aparente bondad que contrastaba en estremo con el rigor que demostraba con aquella jóven:

«Señora, la dijo, vuestros sentimientos y los de vuestra familia hácia mi casa me son bien conocidos, y me cuesta gran trabajo tener que rehusar esta gracia á unos servidores tan fieles. Si vuestro marido no hubiese ofendido mas que á mí, su perdon le habria sido ya otorgado; pero yo debo una satisfaccion á la Francia, sobre la que él ha hecho recaer todas las plagas de la sedicion y de la guerra. Mi deber de rey me ata completamente las manos, y no me es dado mas que rogar al cielo por el alma del que ha sido condenado por la justicia, y aseguraros mi proteccion tanto á vos como á vuestro hijo.» El rey, apenas pronunció estas palabras, fué conducido á su carruage y mandó que echasen los cristales.

La jóven esposa permaneció desmayada sobre el pavimento.

XVIII.

Entretanto Labedoyere, titubeando entre la desesperacion de dejar viuda á su esposa, huérfano á su hijo y á su madre sin consuelo sobre la tierra, y entre los últimos rayos de esperanza que las relaciones de su familia con la córte hacian que penetrasen hasta su calabozo, empleó aquellas horas supremas que iban trascurriendo en dar salida á los sentimientos de su alma espresados en cartas á su madre, á su esposa y al rey. En ellas no se crea que imploraba para mendigar su vida, antes bien reconocia sus errores para descargar su conciencia, á fin de no llevar á presencia del Juez Supremo ni el sofisma ni la obstinacion del hombre de partido. No queria dejar por orgullo un ejemplo fatal á la lealtad del soldado y á la indisciplina de sus compañeros de armas. Su falta no habia estado exenta jamas de agitacion y de remordimientos, y la desgracia le habia al fin devuelto la luz moral y la paz. Habia ademas acogido con una gran piedad de familia las exhortaciones de un ministro de la religion de su madre, y procuraba sacrificar su agonía y sus lágrimas por medio de la oracion y de la aceptacion de su suplicio. Cada minuto que transcurria iba disminuyendo el corto espacio de tiempo concedido para el perdon.

Aquel era ya el último dia, y la noche iba ya acercándose sin que ningun ruido hácia la parte de la puerta de su prision viniese á anunciarle un mensage de misericordia.

Despues del desmayo de su jóven esposa bajo las ruedas del carruage del rey, su madre, mas fuerte que ella en su ancianidad y apoyada en su piedad, habíase obstinado en repetir aquellos ruegos sin esperanza. Toda vestida de negro, cubierta bajo un espeso velo, y oculta por la indulgencia desobediente de algunos cortesanos y de algunos oficiales de su familia, en la oscuridad del vestíbulo, aguardaba con mortal ansiedad el regreso del rey, resuelta á abrazarse á sus rodillas cuando se apease del carruage, y á dejarse arrastrar á sus pies antes que abandonarle, sin aquel último esfuerzo, la vida de su hijo. Mas el rey, que aguardaba encontrarse con menos dolores para su corazon que á toda costa trataba de evitar, habia dado órden de que apartasen de allí á toda persona que tuviese que pedirle alguna gracia. Una muralla de lacayos, de guardias y de cortesanos le rodeó por todas partes en el momento de apearse en el vestíbulo de palacio, separándole de este modo de la pobre madre. Sus gritos y sus sollozos fueron los únicos que llegaron á los oidos del rey, pero procuró sofocar aquel eco en su corazon por temor de faltar á la política cediendo á los impulsos de la naturaleza.

¡Deber cruel y mal comprendido por los reyes, que lucha con el instinto del sentimiento, esa voz infalible del mismo Dios, y que cree que el efecto de la venganza sobre los hombres es mas eficaz que la magnanimidad! Al obrar así se arrojaba á madama Labedoyere en el seno de una familia diezmada y cubierta de inconsolable luto por esos mismos príncipes cuyo regreso tanto habian ansiado toda su vida los individuos de aquella desgraciada familia! El triunfo de su opinion venia, pues, á convertirse de este modo por una especie de irrision de la

suerte, en un suplicio para su corazon y en un duelo para su casa.

XIX.

Eran las seis de la mañana cuando un carruage escoltado por gendarmes conducia á Labedoyere al lugar del suplicio, situado tras una pared del jardin de aquella misma esplanada de Grenelle que pocos dias antes habia disputado al enemigo. Acompañábale un sacerdote que en voz baja le iba recitando las oraciones de la agonía. Al apearse del carruage, divisó entre un grupo de curiosos atraidos por el rumor de la ejecucion, á un amigo fiel cuyas visitas le habian servido á veces de consuelo en la soledad de su prision; aquel amigo era César de Nervaux. La presencia de aquel testigo amistoso en aquella hora crítica en que todo es enemigo sobre la tierra y el consuelo de morir dejando al menos una imágen y una lágrima en los ojos de una persona presente hasta el último momento, hicieron aparecer un destello de melancólica alegría en el rostro de Labedoyere que al punto se dirigió á Nervaux. Los dos compañeros de armas se abrazaron estrechamente y cambiaron en voz baja algunas palabras rápidas y entrecortadas. Algunos historiadores han asegurado que Mr. de Nervaux prometió entonces á su amigo que le vengaria, mas la venganza, sentimiento enteramente humano, no existia ya en el alma de Labedoyere, dominada únicamente por una religiosa resignacion, y por una divina imparcialidad. Mr. de Nervaux solo prometió á su compañero vengarle del olvido por la fidelidad y por la ternura de sus recuerdos. Sus manos se separaron lentamente una de otra.

Labedoyere, aproximándose á los soldados que debian ejecutar su suplicio y marchando desde la pared, parecia estar midiendo con detencion el número de pasos

que le habia de separar de ellos, hasta que se detuvo de pronto en el sitio elegido para su muerte. Despues, como si le hubiera venido á la memoria un repentino pensamiento que le hacia volver á la vida para reparar algun olvido, volvióse con rapidez hácia el sacerdote, le dijo unas cuantas palabras al oido, le abrazó y volviendo á ocupar su anterior actitud ante el peloton, aguardó á que le hiciesen fuego. El oficial que mandaba aquellos veteranos se acercó á él para vendarle los ojos con objeto de evitarle, segun la piadosa costumbre en estos casos, la sensacion que pudiera producirle la vista de las armas dirigidas contra su pecho; mas él, por medio de un ademan, rehusó aceptar aquel último servicio inútil para aquellos que como él se han visto espuestos á recibir la muerte en tantos campos de batalla. Tiró al suelo su sombrero, y quitándose su corbata, suplicó á uno de los soldados que la aceptase como regalo de un moribundo y que la conservase como una memoria suya. El soldado, conmovido, lo rehusó alegando para ello las leyes militares que prohiben aceptar recompensa alguna particular á los que reciben un sueldo de la patria, mas habiendo insistido en ello Labedoyere.—«Pues bien! dijo el soldado, tomaré vuestro pañuelo pero será para cubriros respetuosamente la cara despues de vuestra muerte.»

XX.

Satisfecho de aquella piadosa condescendencia del soldado, Labedoyere le entregó su pañuelo y se adelantó aun algunos pasos hácia el peloton, hasta el punto de que las bocas de los fusiles se apoyasen contra su pecho. La emocion, no del temor sino del último adios, hacia palidecer su semblante mas, sin quitarle nada de la energía de su espresion á las facciones de su rostro y á la intrepidez

de sus miradas. Volvió instintivamente la cabeza hácia el sitio en que Mr. de Nervaux oraba por él, con el objeto sin duda, de que su última mirada fuese dirigida á una persona amiga. Descubrió por fin su pecho, y dijo con acento firme y resuelto á los veteranos: «Tirad, amigos mios!» El fuego obedeció á su voz y cayó atravesado de un puñado de balas. La nube producida por el humo de la pólvora envolvió por un momento al cadáver y á los soldados, y cuando el viento hubo disipado aquella nube, el sacerdote que habia asistido á la ejecucion, se aproximó al cuerpo que yacia estendido sobre el borde del foso, se arrodilló ante él, y mojando un pañuelo en la sangre que corria por el pecho del cadáver, tiñó de encarnado aquel lienzo que habia prometido llevar como una reliquia á su esposa, alejándose en seguida de aquel lugar.

Tal fué el fin de aquel tercer mártir de los Cien Dias, primer acto en que intervino la ley, despues de las venganzas populares del asesinato. Asi como no era posible escusar su delito, era tambien imposible no llorar su muerte. Ni el interés, ni la ambicion habian impulsado ni envilecido su crímen; aquel hombre habia cedido únicamente á la popularidad de los campamentos, á esa seduccion, á ese entusiasmo de la juventud hácia el emperador. Aquellos sentimientos le habian hecho ver el patriotismo en la defeccion, la gloria en la indisciplina. El fanatismo de las grandes celebridades habia fascinado su alma é inducidola al crímen, y no bien acababa de cometer aquella falta, cuando ya se sintió acometido de los remordimientos. Antes de espiar con su vida su delito, habíalo espiado con su honor. Dios y los hombres estaban ya satisfechos: ¿la dignidad real de los Borbones debia acaso exigir aun mas? No. La alegría cruel que con aquel castigo habian proporcionado á sus partidarios, era una concesion á su cólera, y las concesiones de aquella naturaleza no dejan satisfechos á los partidos; antes bien avivan mas en ellos otros deseos, contristan á todo un rei-

nado, llenan de pavor el alma de un pueblo y dejan en pos de sí resentimientos que no se estinguen jamás.

Luis XVIII, por efecto de aquella inflexibilidad tan contraria á su carácter, creia poder tomar un puesto entre los hombres de Estado, sacrificando asi su corazon á una vana política. Rey inofensivo, conciliador y pacífico, toda su fuerza y su grandeza consistian en el perdon. Napoleon no le habia dejado otra superioridad que conquistar que la de la magnanimidad, y aquella al menos debia tratar de conservarla. No eran por cierto los suplicios los que debia oponer á las batallas; en los sentimientos de su alma era donde debia buscar su genio. Tanto los realistas de su córte, como los estrangeros que ocupaban su capital, reclamaban de él imperiosamente que se vengase, vengándolos á ellos al propio tiempo. Esto era muy cierto. La sangre de Labedoyere habia sido ofrecida como una satisfaccion al partido del rey, y como una reparacion á la Europa. Mas al hacer este sacrificio á su córte, Luis XVIII dejaba de ser rey, y al hacerlo igualmente á las potencias estrangeras, dejaba de ser francés. En el primer caso, como instrumento de la animosidad de los unos, y en el segundo, como instrumento tambien de la pasion de los otros, él se rebajaba en el interior y en el esterior; él faltaba ademas á la conducta que sábiamente se habia impuesto á sí mismo durante la soledad y el recogimiento de su prolongado destierro, como soberano pacificador, porque pacificar es perdonar. Cuando se trata de reconciliar á un pueblo, no debe derramarse sangre entre los partidos, antes bien debe apelarse á la indulgencia y á la misericordia. El suplicio de Labedoyere fué, pues, el primer borron de aquel reinado que iba á verse desdorado y manchado por otros suplicios.

Aquel horizonte tan sereno en 1814, íbase todo cubriendo de espesas nubes. No se oia otra cosa, asi en la córte como en las Cámaras, mas que gritos de venganza.

Una casualidad hizo tambien que en aquellos momentos cayese otra víctima en manos de los Borbones; el mariscal Ney. El genio malo de la Restauracion fué sin duda el que les hizo aquel fatal presente, pues al proporcionales los culpables, venia á tentarles con su sangre. Aquella sangre, sin embargo, justa ó injustamente derramada, debia al fin resaltar sobre su memoria y arrebatarles el mas bello prestigio que su raza habia sacado de la revolucion, el prestigio del martirio perdonado, de la inocencia proscrita, rehabilitada, y del magnánimo regreso á su patria.

Hasta aquel dia habian sido la Providencia visible de su pais, ya sacándole de todos sus conflictos, ya evitando su desmembramiento, ya cubriéndole con su legitimidad ante la Europa, ya, por último, reconciliándole con todos los pueblos y consigo mismo. Mas desde aquel mismo dia habian descendido del rango sublime que ocupaban, al de príncipes avasallados por las pasiones del momento, obedeciendo á los resentimientos de su partido, en lugar de confundir á todas las fracciones, aun las mas culpables, con la imparcialidad de su perdon, y olvidando que, despues de luchas intestinas, y sobre todo, cuando estas se complican con otras luchas patrióticas, y cuando los estravíos se escudan al amparo de ilustres hazañas y de una gran gloria, no hay mas que una justicia, y esa justicia es la amnistía, es el olvido y perdon.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LIBRO TREINTA Y CUATRO.

Proceso de Lavalette.—Su condenacion y fuga.—Indignacion de la Cámara al saber esta noticia.—Prision del mariscal Ney, es trasdado á Paris y presentado á un consejo de guerra.—Conducta noble del mariscal Moncey.—El consejo se declara incompetente.—El mariscal es sometido á la Cámara de los pares.—Rigor implacable de los ministros.—Debates y varios incidentes: deposicion de Bourmont.—Requisitoria de Mr. Bellart: argucias de la defensa: actitud del mariscal.—Su condenacion.—Intrigas vengativas de los realistas: magnánima intercesion de madama Hutchinson.—Ney en su prision: sus últimos momentos y entrevista con su familia.—Su ejecucion.—Reaccion de la opinion en favor suyo y en contra de los Borbones.

I.

Hay épocas crueles, por mas que los hombres se muestren compasivos, porque la venganza es un vicio tan inherente á la especie humana, que no parece sino que las opiniones triunfantes quieren vengarse por sí mismas cuando los gobiernos desean perdonar. Los gobiernos que resisten á esta baja pasion del corazon humano y que rehusan dar esta satisfaccion á la cólera de los tiempos, merecen bien de la moral pública y de la posteridad; por el contrario los que entregan víctimas á las circunstancias se manchan para siempre con su severidad ó complacencia y por la triste popularidad del momento renuncian á

la única popularidad duradera, la popularidad del corazon humano, haciendose responsables ante la historia, no solamente de la sangre que piden sino tambien de la que conceden á los resentimientos de su partido, Hoy que las opiniones, tan soliviantadas en 1815, han recobrado su calma merced á la distancia de los acontecimientos que las inflamaban; hoy que los vencedores y los vencidos, Luis XVIII, Cárlos X, el Delfin, la duquesa de Angulema, el duque de Berry, los Richelieus, los Lainé, Talleyrand, Fouché, Ney, Labedoyere, Lavalette, los individuos mas insaciables de justicia, de las cámaras y de los senados de 1815, duermen juntos en el mismo polvo, ¿qué hombre político de aquella época despertaria con el mismo odio y el mismo fanatismo que entonces le poseian? ¿qué amigo todavía existente de los Borbones no quisiera rescatar á costa de su sangre el baldon y la ignominia que estos suplicios echaron sobre el nombre y la causa de la segunda restauracion? Esos suplicios no implicaban solamente rigor, sino faltas, y faltas que ademas de perjudicar á la reconciliacion de la patria consigo misma, cuyas divisiones perpetuaban y envenenaban los juicios políticos, convertian á los Borbones en ejecutores interesados de la cólera nacional, en vez de hacerlos árbitros y pacificadores de todos los partidos. Hacian mas, entristecian para lo futuro su reinado, cuyo destino era ser aceptado como asilo por aquellos mismos que lo habian combatido, y mezclaban á los dolores y resentimientos de los parientes, amigos y partidarios de las víctimas, el nombre del rey y de su familia que no podian apoyar y perpetuar su legitimidad sino en las bendiciones del pais. Todos los gobiernos caen; pero los que tienen mas seguridad de levantarse son los que caen á impulsos de su inocencia ó de su magnanimidad.

II.

El juicio de Mr. Lavalette siguió de cerca á la ejecucion de Labedoyere.

Mr. de Lavalette era un antiguo ayudante de campo de Bonaparte, en Italia y Egipto, que habia abandonado la carrera militar por la administrativa. Durante el imperio fué director de correos, empleo de confianza y aun de intimidad, en época en que las comunicaciones mas secretas de los ciudadanos eran espiadas como síntomas de opinion y elementos de gobierno. Sabido es que el 20 de marzo por la mañana, durante el interregno de París, tomó Mr. de Lavalette posesion de su destino enviando inmediatamente dos correos al emperador y á los departamentos para anunciarles la retirada del rey y el supuesto entusiasmo de la capital. Despues de la abdicacion de Napoleon y dispersion de sus partidarios, habia sido arrestado Mr. de Lavalette, que aunque avisado indirectamente de antemano por una discrecion voluntaria de los numerosos amigos que tenia en el gabinete del rey, no habia hecho el menor caso á semejantes avisos, y la policía tuvo que obedecer, aunque con repugnancia, á la córte. Mr. Pasquier, ministro de Justicia á la sazon, queriendo dar tiempo al prisionero y atenuar por este medio la irritacion de los ánimos, habia logrado sustraer á Lavalette al juicio de los consejos de guerra. El acusado, voluntariamente olvidado en su encierro, esperaba la reunion del jurado civil, que era un tribunal mas arbitrario y duro; bien hubieran querido olvidarle completamente, pero apenas se reunió la Cámara cuando el nombre de Lavalette sublevó á los apasionados individuos de aquella asamblea que llevaba su celo á un grado de exageracion

inconcebible y reclamaba á grandes gritos la venganza que se atrevia á apellidar justicia. Al cabo de dos meses de espectativa, Lavalette fué condenado á muerte.

Hombre amado é inofensivo, inspiraba generoso interés aun á los mismos que no habian participado de su falta; asi es que la princesa de Vaudemont, muger influyente en la córte y en los partidos por sus relaciones con los dos campos, Mr. de Vitrolle, exageradamente celoso, pero de corazon compasivo para con los vencidos, Mr. de Talleyrand, Fouché, el mismo Decazes, ministro severo, pero indulgente, deseaban sustraer al condenado á la ejecucion de una sentencia que no tenia siquiera la importancia de la víctima por escusa. Mr. Pasquier, que no era ya ministro en los momentos en que se verificó el juicio, se habia grangeado un honroso título al declarar denodadamente en favor del acusado. El duque de Richelieu por solo el impulso de su carácter, reprobaba y odiaba aquel suplicio, impuesto no por causa de traicion, sino de fidelidad de un antiguo amigo á su general, y pedia con instancias á Luis XVIII el perdon de Lavalette. El rey deseaba la indulgencia y no se atrevia á concederla. Estrechado entre la indignacion manifiesta de la asamblea y la cólera sorda de su córte, respondió á Mr. de Richelieu: «Lavalette ha delinquido; la Cámara quiere hacer un ejemplar; yo me inclino al perdon y no os negaré la vida de Lavalette; pero tened entendido que al dia siguiente de saberse que habeis alcanzado de mí ese perdon tendreis que sufrir la cólera de la mayoría y yo me veré obligado á sacrificaros.» Mr. Decazes mas poderoso sobre el corazon del rey intervino en el mismo sentido: «Buscad un medio de apaciguar á la asamblea y cerrar la boca á las vociferaciones de los hombres que la manejan, le respondió el rey, y obtendreis el perdon. —Yo no veo mas que uno, replicó Mr. Decazes, y es que la duquesa de Angulema, que ejerce tanta influencia sobre los realistas de la asamblea, interceda para con

V. M. y evite de este modo las murmuraciones de su propio partido.»

Instada vivamente la duquesa por el duque de Richelieu para que prestase esta intercesion, no pudo menos de enternecerse y derramando algunas lágrimas, prometió hacerlo asi, sin duda porque se acordaba del *Temple*. Inmediatamente avisaron á Mad. de Lavalette esta disposicion favorable de la princesa, y el mariscal Marmont, capitan de los guardias, solícito siempre de reparar sus ofensas al emperador por medio de servicios prestados á sus antiguos compañeros de armas, se encargó de introducir él mismo á la muger del reo en el castillo, violando todas las consignas que no podian menos de caer delante de su grado; pero mientras que asi se tramaba esta conjuracion de generosidad entre el rey, los ministros, Marmont y la misma princesa, algunos funestos consejeros lograron apoderarse del ánimo de la duquesa de Angulema, presentándole como un remordimiento su virtud, y cerrando su corazon á la magnanimidad, á nombre de esa razon de Estado, sofisma ordinario de las pasiones irritadas. Cuando se presentó Marmont dando el brazo á la infeliz esposa del condenado, la duquesa apartó de ella los ojos, y lanzando al mariscal una mirada de indignacion, desapareció como la última esperanza engañada de un moribundo.

Un solo recurso quedaba; la evasion del preso. La princesa de Vaudemont presidió á todos los preparativos de la empresa, y bien puede creerse que los ministros, tan inclinados naturalmente á la clemencia, y amigos de la princesa, cerraron por lo menos los ojos á una astucia que tanto favorecia á sus deseos.

Sea de esto lo que quiera, Mad. de Lavalette, acompañada de sus hijos, penetró en la prision la víspera del dia destinado al suplicio, como para recibir su último adios; despojóse de sus vestiduras de muger y se puso las de su marido, y en la hora nocturna en que los calabozos se cerraban despues de la requisa de costumbre hecha á todos los presos, Lavalette, disfrazado de muger, y ocultó el rostro con un velo, bajo el cual aparentaba lanzar hondos suspiros, salió sin llamar la atencion por entre los calaboceros, engañando su vigilancia con sus fingidos sollozos. Varios amigos le esperaban á la puerta y le condujeron por entre numerosos detenidos al ministerio de Negocios Estrangeros, donde el duque de Richelieu le habia preparado un asilo en el cuarto de uno de los primeros oficiales de su departamento. Protegido de esta suerte Lavalette por aquellos mismos que le hacian buscar, esperó tranquilo que se pasara la emocion de su fuga. Dos oficiales ingleses, H. Churchill, que llevaba uno de los nombres mas históricos de su pais, y sir Roberto Wilson, á quien mas adelante costó su generosa intervencion ser eliminado de los cuadros del ejército, le pusieron el uniforme inglés y le condujeron ellos mismos á la frontera.

Cuando se dió cuenta de la evasion de Lavalette en la Cámara de los diputados, no se oyeron mas que gritos de rabia y desesperacion; gritos que solo recordamos para vergüenza de los partidos, y por honor de la naturaleza humana no queremos citar los nombres de los que los lanzaban. No parecia sino que la salvacion del trono pendia únicamente de la cabeza de aquel preso y de la viudez de aquella muger, pues desde aquel dia rugió sobre los ministros y sobre el mismo rey, el resentimiento de la cólera engañada; no eran ya ministros los que necesitaba la asamblea, sino lictores. Aquellos murmullos intimidaron á la indulgencia en el corazon del rey y la moderacion en el consejo de ministros, pareciéndoles necesario hacer un gran sacrificio para acallar las voces y calmar la irritacion de la tribuna. Solo faltaba la víctima; pero la fatalidad acababa de ponerla en sus manos. Era esta el mariscal Ney.

III.

Este mariscal, despues de la abdicacion del emperador, habia dejado á Paris bajo nombre supuesto, dirigiéndose á la Suiza. Perseguido por la inquietud de su ánimo mas que por la enemistad de los Borbones, habia demostrado en su fuga tanta perplegidad como en su falta. El genio fatal que se habia apoderado de él en Lons-le-Saulniers, que le siguió despues á Lila, á Waterloo y á la Cámara de los pares, le asediaba de asilo en asilo. No era ya la muerte la que temia encontrar en todas partes, sino la reprobacion de su debilidad. El ejército refugiado detrás del Loira le proporcionaba todavía un asilo honroso y seguro; pero el ejército era bonapartista y habia maldecido á Bonaparte al contestar á Labedoyere en las discusiones de la Cámara de los pares. Perseguido así por la antipatía del ejército, por la enemistad de los estrangeros y por la venganza de los realistas, no le quedaba otro refugio que la muerte, y aun parecia buscarla al huir.

Cuando llegó á Lyon é iba á atravesar los Alpes, temió, á pesar de llevar pasaporte del conde de Bubua, general del ejército austriaco, caer en las manos de sus enemigos al entrar en la Suiza, y por lo tanto retrocedió internándose en el pais cuanto pudo y pasó algunos dias sin ser conocido en los baños de San Amando en el departamento del Loira. Al saber allí que su nombre figuraba á la cabeza de las listas de proscripcion, cambió segunda vez de nombre y se refugió en las montañas de la Auvernia, en la quinta de Bessonis, donde habitaba una familia emparentada con su esposa. La soledad de aquella mansion, la discrecion de sus huéspedes, el nombre de una casa noble de la Auvernia bajo el cual ocultaba el suyo á la curiosidad de los criados y la aproximacion del ejército del Loira que preservaba al pais de las pesquisas de la policía, todo parecia asegurarle el misterio. Muchas semanas habia pasado ya en aquel asilo, cuando una de esas imprudencias que son los lazos de la seguridad, llevó al pueblo inmediato, Aurillac, la sospecha de que en la quinta de Bessonis se ocultaba un ilustre proscripto.

IV.

El mariscal poseia un sable turco, despojo de Egipto, que le habia regalado Napoleon, y cuya forma y riqueza de adorno atraian las miradas. Llevaba este arma consigo como un recuerdo y testimonio de su gloria. Habiéndolo enseñado una vez á sus huéspedes, se olvidó de encerrarlo en su cuarto, dejándolo por descuido sobre una mesa de sala, y habiendo ido á visitar el castillo uno de los vecinos de aquella campiña, vió el arma y quedó sorprendido de su magnificencia. Pocos dias despues habló en el pueblo del sable turco que habia visto, describiéndolo con complacencia, sin que en ello se llevara la menor intencion de perjudicar; pero al escucharle uno de los ociosos, hombre inteligente y muy aficionado á las armas, esclamó que en todo el mundo no habia mas que dos sables iguales, el de Murat y el del mariscal Ney. Esta conversacion, que pasaba delante de testigos, despertó, como era natural, las conjeturas y no tardó en llegar á oidos del prefecto, quien informado de las relaciones de parentesco que existia entre la familia de Bessonis y la del mariscal, no dudó que este fuese el huésped desconocido de la quinta, y en su consecuencia envió un destacamento de gendarmeria al mando de un oficial para sorprender la casa en cuanto amaneciera y apoderarse del huésped sospechoso. Los gobiernos, cualesquiera que

sean, tienen siempre á su disposicion hombres demasiado solícitos en entregarles su presa. Lo que sirve mejor á los príncipes y á los partidos es su odio. Si el prefecto de Aurillac hubiese sido mas celoso del honor del rey que de la cólera de los realistas, habria dejado al proscripto el tiempo necesario para escaparse de sus pesquisas. ¿Qué podia Ney contra los Borbones? El se habia perdido en todos los partidos, asi es que su fuga, asegurada por el prefecto Mr. Locard, no salvaba mas que á un hombre, cuando su prision embarazaba y manchaba todo un reinado. El prefecto de Aurillac no hizo estas reflexiones. Al rayar el alba, los gendarmes cercaban la quinta, y al poco tiempo penetraban en ella el comandante del destacamento y diez y ocho hombres de su brigada. Las pisadas de los caballos, el ruido de las armas y el rumor de los habitantes de la casa despertaron al mariscal. Aun era tiempo de evadirse por los jardines y ocultarse en los bosques; pero estaba ya cansado de disputar su persona ó su suerte, y asomándose á la ventana y dirigiéndose al comandante de la gendarmería, se delató en voz alta y mandó que franquearan las puertas: él mismo, abriendo la de su cuarto: «Yo soy Miguel Ney,» dijo á los gendarmes, y los siguió sin resistencia á Aurillac.

V.

Alli fué tratado por el prefecto con la debida consideracion y miramiento, puesto que quitándole la escolta que le custodiaba, se contentó con exigirle su palabra de honor de no escaparse y lo dirigió á París bajo la sola vigilancia de dos oficiales. Al atravesar los acantonamientos del ejército del Loira, podia dejarse arrebatar por sus soldados, y aun el general Excellmans le propuso darle libertad; pero él la rechazó, por no faltar á su palabra, y llegó á París en el mismo momento en que su compañero de guerra y defeccion, Labedoyere, espiaba su falta con la vida.

Interrogado ámpliamente por Mr. Decazes, fué enviado ante un consejo de guerra, compuesto de mariscales y generales testigos de su valor, pero que no habian participado de sus faltas. Eran estos Massena, Moncey, Augereau y Mortier; el segundo no quiso juzgar á su antiguo compañero de gloria, y la carta que dirigió al rey puede presentarse como modelo de valor cívico, de firmeza en el respeto y de dignidad de alma en el lenguaje: «No sé, no quiero saber, decia Moncey al monarca, si Ney es criminal ó inocente; vuestra justicia y la *equidad* de los jueces responderán de esto á la posteridad que pesa en la misma balanza á los reyes y á los súbditos. ¡Ay! Señor, si vuestros consejeros no quisieran mas que el bien, os dirian que el cadalso no proporcionó jamás amigos á una causa!... ¿Son los aliados los que exigen que la Francia inmole á sus mas ilustres ciudadanos? ¿Quién? ¿Yo habia de fallar sobre la suerte del mariscal Ney? ¿Dónde estaban sus acusadores cuando él se distinguia en tantos campos de batalla? ¿Si la Rusia y la coalicion no pueden perdonar al príncipe de la Moskowa, podrá la Francia olvidar al héroe del Beresina?... ¿Y he de enviar yo á la muerte al que tantos franceses deben la vida y tantas familias sus hijos, sus esposos y sus padres? No señor; si no me es dado salvar á mi pais ni mi vida, salvaré á lo menos el honor. ¿Quién de entre nosotros no se veria obligado á sentir no haber hallado la muerte en Waterloo?... Perdone V. M. la franqueza de un soldado veterano, que apartado siempre de las intrigas, no conoció jamás otra cosa que su obligacion y la patria; él ha creido que la misma voz que ha censurado las guerras de España y la Rusia, podia hablar tambien el lenguaje de la verdad al mejor de los reyes. No desconozco que para con cualquier otro monarca esta resolucion seria

peligrosa; pero al bajar al sepulcro, puedo esclamar con uno de los ilustres antepasados de V. M.: «Todo se ha perdido menos el honor.» Y entonces moriré contento.»

VI.

Mientras que un mariscal anciano dejaba oir el acento de la independencia y de la delicadeza del corazon, cualidades tan raras en los que por razon de su oficio no pueden discutir la obediencia, un hombre que poco antes habia sido tribuno de la libertad, y que despues habia transigido con la tiranía en el 20 de marzo, Benjamin Constant, escribia á Mr. Decazes cartas confidenciales destinadas á dirigir los consejos del rey en el sentido de la indulgencia; mas la opinion pública del momento era tan implacable contra el mariscal Ney, que al invocar la amnistía en favor de todos los culpados, el mismo Benjamin Constant parecia abandonar al mas ilustre y culpable de todos, al héroe del Beresina. Verdad es que en la época en que fueron escritas esas cartas para salvar la cabeza de Labedoyere, el mariscal Ney no estaba todavia preso, ó por lo menos se ignoraba que lo estuviese, y por lo tanto, creia Benjamin Constant que, al conceder aquel hombre á la venganza, no concedia mas que un nombre. Sin embargo, esas cartas, escritas por la pluma de Benjamin Constant, espresan demasiado bien la turbacion de los ánimos y la alteracion de la justicia en aquella época, para que no queden como monumento en la historia.

«Mr. de Labedoyere, decia Benjamin Constant en aquellas cartas, Mr. de Labedoyere es muy delincuente; pero lo ha hecho tal el partido que hace quince meses frustra las intenciones del rey y tiene á nuestro pais en un estado de crisis continua. . . . . .

. . . . . .

»Cuando el rey volvió el año pasado, todos los corazones eran suyos, y hasta era fácil reconquistar el ejército; el rey lo hubiera hecho, pero en torno suyo circulaban proyectos de trastorno, proyectos que se tomaron como intencion secreta del rey, y cuando se presentó un hombre, se vió en él un abrigo contra las persecuciones y una garantía para los intereses. . . . . .

. . . . . .

»Afirmo que esa severidad no es el medio de salvacion que las circuntancias reclaman; que para ser severos no hay necesidad de sacrificar mas que una cabeza, y que Mr. de Labedoyere, por culpado que sea, no es la cabeza que hay que sacrificar, si es que se quiere una. Jamás me perdonaria á mí mismo, yo que no tengo esa fatal mision, el designar una víctima, y siento al mismo tiempo el no poder trazar las palabras que la indicasen. Pero Mr. de Labedoyere puede alegar el arrebato, la impremeditacion, la franqueza, la juventud... Me detengo, porque mi mano tiembla al pensar que esta insinuacion es ya demasiado clara, y que no debo, al defender la vida del uno, recomendar la muerte del otro. Vuelvo á Mr. de Labedoyére.

»El hecho no tiene disculpa. Mr. de Labedoyere no puede menos de ser condenado. Lo será, y aun diré que debe serlo. Me ha hablado de su defensa... Legalmente no puede servirle ninguna defensa. . . . . .

. . . . . .

»Yo creo que no habiendo sido enrojecido ese campo de Grenelle durante los tres meses de la dominacion de Bonaparte con la sangre de ningun hombre, seria una felicidad que tampoco lo fuese ahora bajo el cetro del rey. Pienso, en fin, que si hace falta una víctima, no es esa la que se necesita.»

El autor de estas cartas debió llorar amargamente sus concesiones, que no eran mas que de palabras al tiempo de escribirlas, pero que llegaron á ser verdaderas concesiones y escusas de rigor cuando el mariscal cayó en po-

der de sus enemigos. Hasta para preservar una vida, no debe jamás el hombre de Estado conceder otra á la dureza de corazon de los partidos.

VII.

El valor del mariscal Moncey fué castigado como una falta grave contra la disciplina. El gobierno le desterró al castillo de Ham. Allí entró pesaroso de su desobediencia, pero salió contento y satisfecho de haber desobedecido. Ney, entretanto, languidecia y se consumia en los calabozos de la Consergería, testigos de la agonía de los realistas, de los girondinos y de la reina María Antonieta, durante las proscripciones del terror. Su esposa y sus hijos, á quienes habia abrazado un momento á pocas leguas de París, al llegar á su última parada, no podian ya penetrar hasta él. Habitaba en una de esas cuevas abovedadas, húmedas y oscuras, que están construidas en los cimientos del edificio, y que no reciben la luz y el aire sino por unas lumbreras mezquinas, abiertas en un patio estrecho. Esa luz, insuficiente aun para leer un libro, parecia prepararle á la eterna noche á que tan próximo ya se sentia. No tenia mas conversacion que la de sus propios pensamientos, ni mas distraccion que la que le proporcionaba una flauta, de la que sacaba unas veces aires tristes como su alma y otras alegres como los recuerdos de su infancia, y los cuales por su acento pastoril y sereno, formaban contraste con la oscuridad de su calabozo y con las angustias de sus horas presentes.

Uno de sus compañeros de cautiverio, separado de él por el grueso de la pared, Lavalette, escuchaba de lejos, sin poder responder, la música melancólica del héroe. Lavalette contó que despues de su evasion y suplicio del mariscal, oyó casualmente un dia en su destierro al otro

lado del Rhin, uno de los aires que tocaba el preso en su calabozo, y que al resonar aquellas notas en una fiesta campestre de la Alemania, y al recordarle el mismo aire que modulaba en otro tiempo el desgraciado cautivo, le oprimieron el corazon y le hicieron prorumpir en amargo llanto. Si el hombre midiese los padecimientos del hombre por los suyos propios, seria severo sin atormentar, pues nadie es cruel sino por no ser bastante reflexivo. Tres meses mortales pasó todavía el pobre preso en la Consergería, esperando la formacion del consejo de guerra y la reunion en París de los testigos necesarios al proceso.

Compareció al fin delante del tribunal de sus pares, pues sometido completamente á las tímidas consideraciones de los legistas, no habia querido aceptar ese juicio militar de soldados sobre un soldado, y pidió un juicio político delante de la Cámara de los pares. El único beneficio que pudo reportar de esa resistencia á ser juzgado por sus compañeros de armas, fué ganar tiempo; pero sin considerar que ese tiempo otorgado á los procedimientos, perjudicaba á su gloria y no aseguraba su cabeza. Los mariscales y generales podian acordarse de sus hazañas; pero los pares no conocerian mas que su crímen. Su destino, desde que no habia obedecido al consejo del honor en Lons-le-Saulnier, era vacilar entre todos los mas funestos consejos, y pasar del remordimiento á la recaida, y de la imprudencia á la debilidad. Entregar noblemente su vida era el único medio de honrarla y aun de salvarla. Las sutilezas del jurista son indignas del soldado.

VIII.

El consejo de guerra, que se alegraba interiormente de verse asi libre de la responsabilidad de la vida ó

muerte del mariscal, se declaró incompetente. Triunfaron, pues, el mariscal y sus abogados, dejando atónitos al pueblo y al ejército y llenos de indignacion á la córte y al gobierno. Los ministros, para precipitar el desenlace, no esperaron ni un solo dia y sometieron el juicio á la Cámara de los pares. El clamor de los realistas que reconvenian al rey por cada hora de vida que se dispensaba al mariscal, considerando esta condescendencia como una debilidad, ó mas bien complicidad con la rebelion, llegó á turbar hasta el alma de Mr. de Richelieu, quien al hablar delante de la Cámara de los pares, tomó el acento del acusador impaciente en vez del de ministro afligido é impasible. No fué ya el hombre sino el enemigo el que hablaba, falta gravísima, pero que lo era mas de la época que del carácter, y parecia demandar, no ya justicia sino condenacion, y reclamarla no ya en nombre de la patria, sino en nombre del estrangero.

«No solamente en nombre del rey, decia Mr. de Richelieu, desempeñamos este oficio, sino en nombre de la patria, largo tiempo hace indignada y hoy estupefacta; en nombre de la Europa venimos á suplicaros y á requeriros que juzgueis al mariscal Ney. Nos atrevemos á decir que la Cámara de los pares debe al mundo una solemne reparacion, la cual debe ser pronta porque importa contener la indignacion que de todas partes se levanta. No consentireis que engendre la impunidad por mas tiempo nuevos azotes. Los ministros del rey están en obligacion de deciros que esa decision del consejo de guerra es un triunfo para los facciosos: importa, pues, que su alegria sea corta para que no sea funesta.»

El ministerio en masa firmó estas palabras escritas del duque de Richelieu, á fin de que el acto parlamentario tuviese el carácter de un acto diplomático y de una declaracion de gobierno. La única escusa, si la hay en semejantes palabras, era aquella sublevacion de la opinion de que hablaba el ministro; pero esa sublevacion de

la opinion realista no era mas que la cólera y la desgracia de la época. ¿Correspondia al gobierno hacerse eco é instrumento de ellas?

IX.

La Cámara de los pares obedeció al impulso de los ministros con la celeridad de quien teme que le arrebaten la satisfaccion de sus resentimientos. En tres dias se constituyó en tribunal de justicia ó mas bien en tribunal de Estado, que establece á la vez las formalidades y las penas. El 21 de noviembre se abrió el proceso, y los espectadores, casi todos enemigos y muchos de ellos estrangeros, en cuyo número se vió, con dolor, al príncipe de Metternich y los individuos del cuerpo diplomático testigos odiosos en una causa en que eran parte, llenaban las tribunas. El duque de Wellington tuvo el decoro de no presentarse, sin duda porque conocia que el campo de batalla es el tribunal de los guerreros. El proceso habia sido juzgado entre el mariscal Ney y el general inglés en Waterloo. Wellington habria manchado su carácter y deshonrado su victoria si hubiera ido á presenciar las angustias de aquel adversario ajusticiado por su propio pais. Eran las nueve de la mañana.

El acusado habia sido trasladado, el dia anterior, de la Consergería al Luxemburgo con tanta escolta y tal precipitacion que revelaban harto claramente lo mucho que el gobierno temia un rapto ó un movimiento popular. Alrededor del palacio, trasformado en ciudadela, se hallaba estacionado un cuerpo de ejército, una sala baja convertida en prision, guarnecida de rejas, postigos y cerrojos servia de calabozo al preso, quien desde la ventana podia comtemplar los jardines del palacio del Senado y de los pares donde pocos dias antes habia levan-

tado la voz para acusarse á sí mismo confesando los desastres de Napoleon.

A las once fueron á buscarle para conducirle á la presencia de sus jueces. Habíase quitado su uniforme, y vestía simplemente una casaca azul sin bordados, señal de luto ó de modestia que era la que convenia á un acusado delante de su patria. Marchaban á su lado cuatro granaderos de la guardia real. Apenas se presentó en la Cámara recorrió la sala y las tribunas un murmullo de curiosidad y compasion. Su actitud era digna y guardaba triste conformidad con su situacion. Su rostro pálido, consecuencia de haber pasado cuatro meses en la oscuridad de los calabozos, manifestaba la serenidad de ánimo; pero al mismo tiempo su profunda tristeza. En su despejada frente rodaban los remordimientos y los tristes pronósticos. Sus ojos miraban de frente al destino. Su boca cerrada contenia las impresiones de su alma. Nada en él suplicaba ni desafiaba á sus jueces; se conocia que iba á sostener mas bien la disculpa que la justificacion de su conducta, y que se entregaba al juicio y á la compasion mas bien que á la justicia de sus antiguos colegas. Con una rápida ojeada recorrió los bancos donde se sentaban los jueces buscando entre aquellos rostros conocidos algunos vestigios de amistad, de dolor ó de esperanza. Todas las miradas se inclinaban al suelo para no encontrar la suya, saludó á la asamblea y tendiendo familiarmente la mano al mas elocuente de sus defensores, Mr. Dupin, tomó asiento entre ellos.

Leyóse el acta de acusacion á nombre de los ministros, la cual reasumió la historia de las vacilaciones, debilidades y defeccion del mariscal, tal como la hemos referido en el curso de esta narracion. La acusacion no habia tenido necesidad de alterar los hechos para inventar el crímen militar. Ney la escuchó sin protestar con un gesto ni con una palabra. Luego que concluyó la lectura el canciller Ambray dirigió algunas palabras tristes

pero consoladoras al acusado. «No es aquí, le dijo, donde debeis temer ningun género de prevencion, ni malevolencia ni parcialidad; antes bien tenemos que luchar con recuerdos antiguos y con el interés que inspira á su pais un guerrero que por espacio de mucho tiempo fué su gloria y que nos complacemos contar en el número de nuestros colegas: podeis hablar sin temor.....»

El acusado, cediendo por segunda vez á los consejos vulgares de sus abogados, les permitió disputar miserablemente las formas del procedimiento y pedir tiempo invocando la necesidad de una ley prévia donde no se necesitaba reclamar otra cosa que la equidad y la conciencia. La Cámara de los pares desechó exigencias tan indignas de las circunstancias como del hombre. Gran menoscabo sufrió la dignidad del guerrero con aquella obstinacion de los legistas de que se resintió el mismo interés que inspiraba su papel. En tales ocasiones la admiracion por el acusado forma parte de la conmiseracion que inspira á la opinion y á los jueces.

X.

Cerrada la sesion despues de estos debates, fué aplazada su continuacion hasta el 23 de noviembre. Esta sesion renovó el espectáculo de la primera. Los abogados del acusado acumularon otras objeciones de fórmula contra el juicio inmediato. El mismo Mr. Dupin, orador consumado en las lides forenses, parecia no acordarse de que defendia mas bien el carácter que la vida de su cliente, pues se sometió servilmente á esos sofismas escolásticos que embarazan el espíritu sin conmover el alma, y el procurador general, Bellart, tan acostumbrado por su profesion á ver una víctima en todo acusado, respondió como abogado mas que como juez, queriendo el uno absol-

tado la voz para acusarse á sí mismo confesando los desastres de Napoleon.

A las once fueron á buscarle para conducirle á la presencia de sus jueces. Habíase quitado su uniforme, y vestía simplemente una casaca azul sin bordados, señal de luto ó de modestia que era la que convenia á un acusado delante de su patria. Marchaban á su lado cuatro granaderos de la guardia real. Apenas se presentó en la Cámara recorrió la sala y las tribunas un murmullo de curiosidad y compasion. Su actitud era digna y guardaba triste conformidad con su situacion. Su rostro pálido, consecuencia de haber pasado cuatro meses en la oscuridad de los calabozos, manifestaba la serenidad de ánimo; pero al mismo tiempo su profunda tristeza. En su despejada frente rodaban los remordimientos y los tristes pronósticos. Sus ojos miraban de frente al destino. Su boca cerrada contenia las impresiones de su alma. Nada en él suplicaba ni desafiaba á sus jueces; se conocia que iba á sostener mas bien la disculpa que la justificacion de su conducta, y que se entregaba al juicio y á la compasion mas bien que á la justicia de sus antiguos colegas. Con una rápida ojeada recorrió los bancos donde se sentaban los jueces buscando entre aquellos rostros conocidos algunos vestigios de amistad, de dolor ó de esperanza. Todas las miradas se inclinaban al suelo para no encontrar la suya, saludó á la asamblea y tendiendo familiarmente la mano al mas elocuente de sus defensores, Mr. Dupin, tomó asiento entre ellos.

Leyóse el acta de acusacion á nombre de los ministros, la cual reasumió la historia de las vacilaciones, debilidades y defeccion del mariscal, tal como la hemos referido en el curso de esta narracion. La acusacion no habia tenido necesidad de alterar los hechos para inventar el crímen militar. Ney la escuchó sin protestar con un gesto ni con una palabra. Luego que concluyó la lectura el canciller Ambray dirigió algunas palabras tristes

pero consoladoras al acusado. «No es aquí, le dijo, donde debeis temer ningun género de prevencion, ni malevolencia ni parcialidad; antes bien tenemos que luchar con recuerdos antiguos y con el interés que inspira á su pais un guerrero que por espacio de mucho tiempo fué su gloria y que nos complacemos contar en el número de nuestros colegas: podeis hablar sin temor.....»

El acusado, cediendo por segunda vez á los consejos vulgares de sus abogados, les permitió disputar miserablemente las formas del procedimiento y pedir tiempo invocando la necesidad de una ley prévia donde no se necesitaba reclamar otra cosa que la equidad y la conciencia. La Cámara de los pares desechó exigencias tan indignas de las circunstancias como del hombre. Gran menoscabo sufrió la dignidad del guerrero con aquella obstinacion de los legistas de que se resintió el mismo interés que inspiraba su papel. En tales ocasiones la admiracion por el acusado forma parte de la conmiseracion que inspira á la opinion y á los jueces.

X.

Cerrada la sesion despues de estos debates, fué aplazada su continuacion hasta el 23 de noviembre. Esta sesion renovó el espectáculo de la primera. Los abogados del acusado acumularon otras objeciones de fórmula contra el juicio inmediato. El mismo Mr. Dupin, orador consumado en las lides forenses, parecia no acordarse de que defendia mas bien el carácter que la vida de su cliente, pues se sometió servilmente á esos sofismas escolásticos que embarazan el espíritu sin conmover el alma, y el procurador general, Bellart, tan acostumbrado por su profesion á ver una víctima en todo acusado, respondió como abogado mas que como juez, queriendo el uno absol-

verlo todo, y el otro acriminarlo todo en el hombre á quien defienden ó persiguen. Lucha funesta en todo proceso de estado, en que el acusado debe pensar en la vida y el defensor en la memoria del acusado.

La Cámara de los pares, cansada de sutilezas y dilaciones, concedió solamente unos cuantos dias á los abogados para preparar su defensa. El proceso continuó el 4 de diciembre; pero al abrirse la sesion, el mariscal, tan mal aconsejado como en las anteriores, quiso esquivar la acusacion, escusándose con la capitulacion de Paris y el tratado de 20 de noviembre que habia sido su consecuencia. Este medio desesperado de defensa, que habria podido oponerse ante un tribunal de la coalicion, carecia de fuerza y aplicacion ante un tribunal nacional, pues aquella capitulacion, convenio puramente militar entre los generales de los aliados y los gefes del ejército de Paris, no obligaba evidentemente mas que á los aliados, ni protegia á los partidarios de Bonaparte sino contra las represalias de los ejércitos estrangeros, dejando á los gobiernos presentes ó futuros de la Francia todos los derechos, justos ó injustos, de clemencia ó de persecucion que pertenecen á los gobiernos de un pais independiente. La apelacion á semejante medio era tan inoportuna en habilidad como inconveniente en derecho, puesto que parecia apostárselas en materia de independencia con el gobierno nacional, y ponia al acusado como en un asilo antiguo, bajo la garantía, no de sus pares y de sus compatriotas, sino de los estrangeros. El asilo no era digno de uno de los primeros soldados de la Francia. Asi que el tribunal no se paró en semejantes objeciones, y procedió á interrogar al acusado.

Sus respuestas fueron mas nobles que su defensa, porque su alma era la que hablaba por su propia boca y no por los subterfugios de sus abogados. Con el acento del dolor y arrepentimiento, confesó que habia visto al rey, que habia dicho que era tan insensata la empresa de Napoleon, que este hombre merecia, si era cogido, ser encerrado en una jaula de hierro; juró que no habia hablado de llevarle él mismo á ese instrumento de suplicio; que habia salido de Paris con intenciones leales de servir al rey; que al llegar á Besanzon, y viendo la agitacion de las tropas, le habian asegurado que la empresa de Napoleon estaba concertada con el Austria y la Inglaterra; que entonces temió ser el motor de una guerra civil; que habia apretado de buena fé la mano del rey al despedirse de este príncipe; que los sentimientos de respeto que manifestó en aquella ocasion estaban grabados en su corazon, y por último, que nada habia disimulado, que podia haber obrado por estravío, pero no con perfidia.

En todas sus respuestas se traspiraba el acento de la verdad y su arrepentimiento. Al llegar á la escena de defeccion de Lons-le-Saulnier, se aumentaba su emocion y franqueza: «Estaba turbado, dijo, necesitaba de buenos consejos y no los hallé; supliqué á los generales Lecourbe y Bourmont que me ayudasen con sus luces y su apoyo: pero nada recabé de ellos. Solo un coronel mostró noble resistencia á mis órdenes, y fué Mr. Dubalen; le debo este elogio; él solo me entregó su dimision.»

Al llegar aqui, guardó silencio no pudiendo dominar su emocion. Presentáronse los testigos. El duque de Duras y el príncipe de Poix, testigos de la entrevista del mariscal y del rey, declararon que el mariscal habia prometido llevar á Bonaparte á una jaula de hierro. El acusado disputó poco esta circunstancia que parecia pesar mas sobre su ánimo. «Creia haber dicho, replicó, que Bonaparte merecia ser encerrado en una jaula de hierro. Sin embargo, bien podria suceder que en medio de la turbacion en que me hallaba, á consecuencia de los sucesos y con la presencia del rey, se me hubiese escapado esa palabra. No tengo ningun motivo para desconfiar de las aserciones del duque de Duras.» En seguida, se dis-

culpó victoriosamente de la acusacion de haber recibido en Besanzon sumas destinadas á pagar su fidelidad al rey.

Otro testigo, Mr. de Faverney, evitando cuidadosamente agravar la situacion del acusado, se limitó á rendir un tributo de admiracion á la fidelidad del general Lecourbe; pero este elogio puso mas en relieve la conducta del mariscal. Lecourbe habia muerto despues de la jornada del 20 de marzo.

En fin, se presentó el general Bourmont, que era el mas íntimo y tambien el mas acusador de los testigos, pues militando á las órdenes del mariscal en Lons-le-Saulnier, habia presenciado casi solo todas las angustias de espíritu y todos los arrebatos y movimientos de su gefe. Bourmont era, por decirlo asi, la presentacion de la conciencia del mariscal delante de sus jueces. Pero la conciencia de aquel mismo acusador ¿estaba inmune de toda mancha, de toda parcialidad y ambicion? ¿No acusaba para disculparse á sí mismo? Tal era la pregunta que interiormente se hacian los espectadores de aquellos debates. En ellos iban á oir la respuesta.

Bourmont, jóven é intrépido combatiente de las guerras de la Vendée, se habia distinguido notablemente desde el principio por su valor y talento contra los ejércitos de la república. Hombre de guerra civil, habia pasado, despues de pacificada la Vendée, á las filas del ejército de Napoleon, quien le habia ascendido de grado en grado rápidamente, como para manifestar á los ejércitos realistas, que el mérito militar daba tanta cabida á los soldados valientes en los campos de la patria como en los bosques del Bocage. Al volver los Borbones, hallaron á Bourmont en los cuadros del ejército de Bonaparte. Sus opiniones realistas y sus servicios militares en el nuevo ejército eran, en su concepto, doble título para obtener el favor de aquellos príncipes, y por lo tanto, debia su ambicion esperarlo todo, ó del agradecimiento de ellos como vendeano, ó de su justicia como soldado de la Francia.

XI.

Tal era la situacion de Bourmont cuando el desembarque de Napoleon, la toma de Grenoble, la ocupacion de Lyon, la actitud del ejército de Ney, la perplegidad de este mariscal, y la inminencia de otra catástrofe de los Borbones y nueva usurpacion de Napoleon, concurrieron de consuno para hacer luchar en el corazon del general su antigua y su reciente fidelidad, su antigua y su nueva fortuna. Asi es, que desde los acontecimientos de Lons-le-Saulnier que debia esplicar delante de sus jueces la conducta de Bourmont habia revelado constantemente esa lucha de sus pensamientos en su alma, conducta que habia sido perpleja, contradictoria, segun las oscilaciones de los sucesos, resistiendo al vencedor en el primer momento, entregándose á él despues de la victoria, retractándose luego á última hora por medio de una desercion en medio del combate como para dar á su conversion á la causa realista mas precio y á su separacion del emperador mas premeditacion. El habia seguido á Ney en la hora y en el acto de la defeccion verificada en la plaza de armas de Lons-le-Saulnier, y en seguida abandonó el ejército para ir á llevar su espada al rey en Paris; pero como el emperador se le hubiese anticipado y ocupase las Tullerías, solicitó nuevamente volver al servicio de su causa por la mediacion de sus antiguos compañeros de armas que habian respondido temerariamente de él á Napoleon. Investido de un mando en el ejército del Norte, se habia pasado al enemigo para ir á buscar al rey á Gante. Semejante hombre deberia solicitar mas bien testigos para su propia causa que servir de testigo desinteresado en la causa de su antiguo gene-

ral. Ney al justificarse en sus interrogatorios y delante del consejo de guerra habia declinado una parte de su debilidad sobre Bourmont, quien al verse asi inculpado delante de sus nuevos señores no pudo menos de irritarse, por que aquellas inculpaciones recaian sobre su honor pasado y su ambicion futura. Su situacion era delicada delante del mariscal, ambigua delante de los realistas, y falsísima delante de Napoleon. Si callaba se hacia sospechoso; si acusaba incurria en la nota de ingrato, y si no acusaba era perdido. El nudo de este drama estaba en el careo de aquellos dos hombres que habian faltado juntamente y que no podian disculparse ni uno ni otro sino acusándose mútuamente. Todas las miradas querian sondear su corazon en sus rostros, y ellos mismos evitaban mirarse.

XII.

«Ya he sido interrogado en Lila sobre esos acontecimientos, dijo Bourmont. Me habia abstenido de acriminar al acusado por la conmiseracion que siempre inspiran los grandes infortunios, pero hoy que él me ataca, que me acusa de haber aprobado su proclama y su conducta, de haberle insinuado que haria bien en abandonar el partido del rey por el de Bonaparte, hablaré, y si le culpo mas, que se queje de sí mismo.»

Entonces refirió Bourmont que el mariscal, afligido al principio en Besanzon con los progresos de Bonaparte, habia dicho mas adelante en Lons-le-Saulnier á Lecourbe y á él, sus dos lugartenientes, que todo estaba arreglado hacia ya tres meses para la sublevacion del ejército, que el rey no estaba en París, que no contaba ya con ninguna simpatía, que se deseaba solamente que se embarcára para Inglaterra, que entonces era necesario incorporarse al emperador que no podria menos de tratarlos bien; que á estas palabras habia contestado Lecourbe: «Yo no he recibido de Bonaparte mas que injusticias y de los Borbones mas que beneficios; por otra parte tengo honor y no quiero faltar á mis juramentos.—Y yo tambien tengo honor, habia respondido Ney á Lecourbe, segun la deposicion de Bourmont, y por eso mismo deseo incorporarme al emperador. No quiero ya ver mas á mi muger volver llorando por las noches abrumada con las humillaciones que ha sufrido durante el dia.» Esas humillaciones de muger hacian alusion á cierta superioridad familiar, pero no ofensiva, de la duquesa de Angulema. Parece que al hablar esta princesa de la mariscala Ney delante de su córte íntima, habia recordado que aquella muger hermosa, imponente é ilustre entonces por su rango, descendia de una familia que habia estado agregada al servicio interior de María Antonieta.

XIII.

Bourmont continuó diciendo: «El general Lecourbe queria retirarse á su tierra del Jura; el mariscal insistió en detenerlo y nos leyó la proclama que iba á dirigir á los soldados. Lecourbe y yo la censuramos, pero creimos que para el caso de resistencia se habian tomado contra nosotros las medidas necesarias, y que la influencia del mariscal en el ánimo de las tropas era irresistible, y nos fuimos á la plaza de armas para juzgar del efecto que iba á producir aquella lectura. Estábamos tristes y abatidos; los oficiales nos apretaban la mano y nos decian: si hubiéramos sabido eso no habriamos venido.»

Al oir el mariscal estas palabras no pudo contener por mas tiempo su indignacion. «Parece, dijo, que monsieur Bourmont tiene formado su plan de mucho tiempo atrás y ha sabido aprovechar los ocho meses que ha pa-

sado en Lila para preparar sus acusaciones. Sin duda se habia lisonjeado con la idea de que no volveriamos á vernos jamás, y creyó que seria aqui tratado como lo fué Labedoyere. Lástima es que el general Lecourbe no exista ya; pero yo le invoco en otro lugar, yo le interpelo contra estos testimonios en un tribunal mas alto. Aqui Mr. Bourmont me abruma, alli seremos juzgados uno y otro.

»Lo que hubo de cierto fué que llamé á esos dos oficiales á mi casa y les rogué en nombre del honor que me dijeran su pensamiento. Mr. Bourmont me dijo: «Opino por la proclama.» Y Lecourbe me contestó: «Os han enviado eso.» Yo no respondí, pero insistí en querer ilustrarme con sus luces; á pesar de esto, no obtuve respuesta alguna. ¿Hubo por ventura alguno que me dijera: ¿á donde marchais? ¿Vais á arriesgar el honor y vuestra reputacion por una causa funesta?.... Yo no he hallado mas que hombres que me han empujado al precipicio.

»Les invité á que se quedaran en mi casa, y se retiraron; el general Bourmont fué el que mandó reunir las tropas: tuvo dos horas para reflexionar; si juzgaba mi conducta criminal ¿no podia hacerme prender? Yo estaba solo, y no tenia ni un hombre conmigo, ni un caballo ensillado para escapar. Se alejó y se refugió en casa del marqués de Vaulchier, donde de acuerdo con él, resolvió esperar los acontecimientos, dispuesto á abrirse en caso necesario una puerta de escape. En fin, todos los oficiales reunidos vinieron en busca mia y me condujeron á la plaza de armas hasta la mitad del cuadro.»

XIV.

Despues de estas palabras que el acento, la solemnidad de la hora y la proximidad de la muerte debian hacer creer sinceras, y que el moribundo no desmintió delante de Dios al marchar al suplicio, se hizo mas directo, enérgico y violento el diálogo entre el acusado, el acusador, el presidente y el auditorio. Las verdades y las negativas se convirtieron en interpelaciones y en reconvenciones amargas.

«¿Quién habia dado la órden de reunir las tropas? preguntó el presidente.—Yo, confesó Bourmont, pero en virtud de órden del mariscal.—Si, replicó el acusado, pero las reunió despues de haber oido mi proclama.—¿Cómo es, dijo el presidente, intérprete del movimiento interior de los jueces y dirigiéndose al testigo, que despues de haber desaprobado la conducta de vuestro gefe, le seguisteis, sin embargo, al sitio donde estaban reunidas las tropas?—Queria ver, respondió el testigo, si se manifestaba alguna oposicion en las filas de los soldados. En cuanto á neutralizar el ascendiente del mariscal sobre ellos, no habia mas que un medio, y era matarle á él mismo.—Habeis dicho, esclamó el acusado, que en Lons-le-Saulnier llevaba yo la condecoracion con la efigie de Napoleon: eso es falso; ¿luego me suponeis un miserable? ¿Habia yo de llevar desde París el pensamiento de faltar al rey? Siento que un hombre de talento emplee medios tan falsos y tan pequeños. Es verdaderamente infame hacer semejantes suposiciones. Mr. de Bourmont ha contribuido á arrastrarme á la defeccion.»

Bourmont se mostró algo embarazado al tener que esplicar algunas órdenes particulares dadas al ejército por el mariscal ó por él. «Permitid que haga una pregunta, dijo con insistencia acusadora uno de los defensores, Mr. de Bourmont asegura que solo fué á la plaza de armas movido por un sentimiento de pura curiosidad, que diga si fué tambien la curiosidad la que le llevó al banquete que dió el mariscal al estado mayor, despues de haber leido su proclama.—Era preciso, respondió Bourmont, alejar toda sospecha, é impedir que me prendie-

ran. El mariscal estaba receloso de mí, y así es que á cada momento enviaba algunos oficiales para informarse del partido que yo iba á tomar.—Yo no mandé prender á nadie, interrumpió el mariscal; dejé á todo el mundo en libertad; no me hicisteis la menor objeccion; nadie me la hizo; solo un coronel me entregó su renuncia; ejerciais un gran mando, y por lo tanto no habriais hallado mucha dificultad en prenderme; habriais hecho bien, añadió con el acento de la desesperacion ó del remordimiento que agitaba su alma. Sí, con la muerte me hubierais hecho un gran servicio, y quizás era ese vuestro deber....»

Semejante reconvencion, dirigida por un gefe infiel á un subordinado, por haberle perdonado antes de la falta, hizo estremecer á los espectadores. En aquella esclamacion estaba toda la revelacion del honor atormentado en el alma del mariscal, y no hubo uno que no comprendiera todo lo que al hacerla habia sufrido. «¿Sois vos, continuó apostrofando á su acusador, quien hubiera podido resistir al movimiento de las tropas? No os supongo con bastante firmeza ni talento para eso. No se detiene al Océano con la mano,» habia ya dicho en sus interrogatorios.

Mr. Dupin, otro de los abogados del mariscal, embarazó de nuevo á Mr. de Bourmont con las interrogaciones que cada respuesta del testigo hacia acusadoras para él mismo. «¿Qué efecto produjeron en el ejército la carta y la proclama del mariscal?» Preguntó Mr. Berryer, padre del célebre orador de este nombre.—Los soldados gritaron: ¡*Viva el Emperador*! respondió Bourmont; los soldados estaban estupefactos.—Que se pregunte al testigo, replicó Mr. Berryer con doble intencion que todos comprendieron, si él gritó entonces ¡*Viva el rey*!»

El auditorio admiró la habilidad de aquella pregunta, que justificaba al mariscal y envolvia una acusacion directa contra el testigo. Algunos murmuraron de la audacia del abogado, otros se regocijaron del embarazo en que se habia puesto á Bourmont, hubo un movimiento y despues el mas profundo silencio. Bourmont se retiró de los debates dejando en las almas la penosa impresion de que pudiendo, como podia atenuar, inmolándose, agravaba justificándose á sí mismo.

Acto continuo se presentó á declarar el prefecto del Jura, Mr. de Vaulchier, hombre celoso, pero de conciencia, incapaz de engrandecerse á sí mismo con la condenacion de un enemigo. En relaciones contínuas con el mariscal sobre las medidas que debian adoptarse en su provincia, pintó primero la fidelidad activa de Ney, despues sus dudas sobre el éxito del combate que le habia encomendado la córte, luego la degradacion sucesiva, involuntaria y rápida de esa misma fidelidad á medida que los acontecimientos cambiaban de aspecto y las tropas se entregaban á la corriente de popularidad que crecia con la aproximacion de Napoleon. Otro testigo, Mr. Cappelle, hizo la misma pintura de la situacion de ánimo del acusado. Conducido á la presencia del mariscal despues de su defeccion en la plaza de armas, le invitó á que se pasara á la causa de Napoleon. «Nada podrá decidirme á ello, respondió Mr. Cappelle, he jurado fidelidad al rey.—Y yo tambien, replicó Ney, habria querido permanecer fiel á los Borbones; pero desgraciadamente los acontecimientos no lo han permitido. Por lo demas ningun daño se hará á esos príncipes, quienes se retirarán á disfrutar del patrimonio que se les dé. Desgraciado el que se atreva á faltar al respeto que merecen.»

El conde de Grivel, inspector de los guardias nacionales del Jura, único que habia contestado á la proclama con el grito de ¡*Viva el rey*! en la plaza de armas y roto su espada delante de las tropas de línea, habia sido protegido por el mariscal contra la sedicion de aquellos. hombre de corazon y valor, refirió sin agravar.

«¿Por qué, preguntó el presidente al mariscal, no to-

masteis alguna medida para evitar el enganche de vuestros soldados? ¿Cómo es que vuestras resoluciones tan leales la víspera fueron tan culpables al dia siguiente? —Luego que ha pasado la tempestad, respondió tristemente el acusado, es fácil razonar sobre la tempestad. Lo repito, he sido engañado, arrastrado como por encanto. Llegaron á persuadirme que todo estaba arreglado con los aliados, la idea de una guerra civil en mi país me estremecia y no pude resistir á ella.»

El duque de Maille confirmó noblemente esta confesion del acusado prestando una declaracion en la que eximia al mariscal de toda premeditacion de traicion. Esta deposicion del hombre valiente, cuya adhesion á los Borbones era hereditaria, consoló al acusado y despertó la esperanza en el corazon de sus amigos. El general Felipe de Segur, que dió despues un inmortal testimonio á la gloria de Ney en su *Historia de la guerra de Rusia*, habló con la misma delicadeza de corazon y certificó sobre la misma lealtad de intencion del mariscal cuando marchó á tomar posesion de su mando.

Concluidos estos debates entre los testigos y el acusado, que algunos pares querian odiosamente envenenar con sus observaciones, fué escuchado el mariscal Davoust sobre la interpretacion del convenio de París, que segun los defensores de Ney, protegia su vida y libertad contra toda pesquisa de sus actos. Davoust opinaba que aquel convenio comprendia una amnistía completa para todos los actos del interregno, y añadia que si para él no hubiese tenido el convenio esta significacion, habria peleado con probabilidades de vencer. «Sí, esclamó el acusado que habia fundado tan temerosamente su esperanza en aquella capitulacion, en la fé de ese convenio descansaba yo; ¿y á no ser así podria creerse que hubiera vacilado en perecer con el sable en la mano antes que comparecer aquí en el banco de los acusados...?»

XV.

Agotada esta última controversia tomó la palabra monsieur Bellart como acusador público para resumir y agravar el crímen. Sus primeras palabras degradaban al acusado de su gloria antes de degradarle de su inocencia y de su vida, y trascendia en ellas esa declamacion antigua que piensa en el eco y olvida el efecto de la acusacion en el corazon del acusado. Papel implacable de esos magistrados que piden en nombre de la política una cabeza, pero que deberian á lo menos no pedir mas que la vida. Mr. Bellast pertenecia á ese especie de hombres que la naturaleza no ha hecho crueles; pero que son implacables por su profesion. Al paso que su corazon se enternecia, se hacia duro y severo su acento para lo que él llamaba su deber. Dícese que consultado pocos meses antes por la familia del acusado habia dado con compasion sincera los consejos mas á propósito para salvarle; pero su papel era lastimarle y herirle con su palabra, y así lo hacia.

«Señores pares, dijo; cuando en el fondo de los desiertos, antes cubiertos de ciudades populosas, el viagero filósofo, á quien conduce allí esa insaciable curiosidad que es atributo característico de nuestra especie, distingue los tristes restos de aquellos monumentos célebres, construidos en las edades remotas con la loca esperanza de desafiar la segur del tiempo, y que hoy no son mas que ruinas informes y polvo, no puede menos de esperimentar profunda melancolía al pensar en lo que vienen á parar el orgullo humano y sus obras. ¿Cuánto mas cruel no será para el que ama á los hombres el espectáculo de las ruinas de la gloria, caida por su propia falta, y que tomó á su cargo marchitar ella misma los honores de que al principio estuvo colmada?

»Cuando esta desgracia acontece, sentimos dentro de nosotros mismos cierta cosa que lucha contra la conciencia, por la rutina de respeto, largo tiempo adherida á esa fama ya decaida y muerta. Nuestro instinto se irrita con ese capricho de la fortuna, y quisiéramos por una contradiccion irreflexiva, continuar honrando lo que tanto brillaba antes, al mismo tiempo que detestar y despreciar al que causó tan espantosas desgracias al Estado.

»Tal es, señores pares, la doble y contraria impresion que en este deplorable proceso esperimentan los comisarios del rey. ¡Ojalá que hubiera dos hombres en el ilustre acusado á quien un deber riguroso nos manda perseguir; pero no hay mas que uno, el que durante un tiempo se cubrió de gloria militar es el mismo que se ha hecho el mas culpable de los ciudadanos.

»¿Qué importa á la patria su funesta gloria? La ha eclipsado él mismo con su funesta traicion, seguida para nuestro desgraciado pais de una catástrofe, sobre la cual apenas nos atrevemos á fijar nuestra atencion. ¿Qué importa que haya servido al Estado, si él es el que contribuye poderosamente á perderlo? Nada hay que pueda borrar semejante afrenta. No hay sentimiento que no deba ceder al horror que inspira tamaña traicion.

»Bruto se olvidó de que era padre, para no ver mas que á la patria. Lo que un padre hizo á costa de la sublevacion de la misma naturaleza, debe hacerlo con mas razon el ministerio que es protector de la seguridad pública, á pesar de los murmullos de una antigua admiracion que se ha engañado de objeto; el ministerio cumplirá su deber con rectitud, pero con sencillez, ahorrando al acusado declamaciones aflictivas; porque en efecto, ¿qué necesidad hay de ellas al lado de una conviccion nacida de la misma evidencia? Prescindiré, pues, de esas declamaciones, y de este modo le tributaré mi último homenage. Sin duda conserva bastante orgullo y fiereza de alma todavía para conocer su precio, para juzgarse á

sí mismo y para distinguir en los que están encargados de la dolorosa mision de perseguirle esa mezcla verdaderamente penosa del sentimiento que es propio del hombre, y de las imperiosas obligaciones anejas á su cargo.»

Despues de estas atenciones y miramientos, puramente oratorios y mas propios para quitar á los jueces los escrúpulos de la admiracion y de la piedad que para honrar á la víctima, Bellart llevó su acusacion hasta el punto de sostener que un crímen de debilidad lo era de premeditacion. Todo protestaba en el carácter y en las faltas mismas del mariscal contra semejante clase de traicion premeditada; pero en los hábitos de los legistas, toda acusacion parece insuficiente sino la elevan hasta la calumnia. Así es como el mismo juicio pierde parte de su santidad y de su respeto entre los hombres.

Concluido el discurso de Mr. Berryer, un incidente trágico, cuya verdadera causa y carácter no se habia conocido hasta ahora, conmovió al auditorio y á los jueces, que se habrian conmovido mil veces mas si hubieran sabido entonces lo que vamos á referir.

XVI.

Desde el principio del proceso, los defensores del acusado, tan cuidadosos de su honor futuro como de su justificacion presente, habian discutido entre sí sobre el carácter que convendria dar á la defensa. ¿Era preciso pensar mas en la justificacion del acusado, que en la celebridad de la causa y en el eco que haria en la posteridad? ¿Debian sacrificar algo al deseo de la vida, ó sacrificarlo todo á la dignidad del soldado y á la magestad del nombre? ¿Tocaba á ellos resolver una cuestion tan personal para quien iban á defender? Desde luego convinieron en la necesidad de hablarle con lealtad y franqueza, así

»Cuando esta desgracia acontece, sentimos dentro de nosotros mismos cierta cosa que lucha contra la conciencia, por la rutina de respeto, largo tiempo adherida á esa fama ya decaida y muerta. Nuestro instinto se irrita con ese capricho de la fortuna, y quisiéramos por una contradiccion irreflexiva, continuar honrando lo que tanto brillaba antes, al mismo tiempo que detestar y despreciar al que causó tan espantosas desgracias al Estado.

»Tal es, señores pares, la doble y contraria impresion que en este deplorable proceso esperimentan los comisarios del rey. ¡Ojalá que hubiera dos hombres en el ilustre acusado á quien un deber riguroso nos manda perseguir; pero no hay mas que uno, el que durante un tiempo se cubrió de gloria militar es el mismo que se ha hecho el mas culpable de los ciudadanos.

»¿Qué importa á la patria su funesta gloria? La ha eclipsado él mismo con su funesta traicion, seguida para nuestro desgraciado pais de una catástrofe, sobre la cual apenas nos atrevemos á fijar nuestra atencion. ¿Qué importa que haya servido al Estado, si él es el que contribuye poderosamente á perderlo? Nada hay que pueda borrar semejante afrenta. No hay sentimiento que no deba ceder al horror que inspira tamaña traicion.

»Bruto se olvidó de que era padre, para no ver mas que á la patria. Lo que un padre hizo á costa de la sublevacion de la misma naturaleza, debe hacerlo con mas razon el ministerio que es protector de la seguridad pública, á pesar de los murmullos de una antigua admiracion que se ha engañado de objeto; el ministerio cumplirá su deber con rectitud, pero con sencillez, ahorrando al acusado declamaciones aflictivas; porque en efecto, ¿qué necesidad hay de ellas al lado de una conviccion nacida de la misma evidencia? Prescindiré, pues, de esas declamaciones, y de este modo le tributaré mi último homenage. Sin duda conserva bastante orgullo y fiereza de alma todavía para conocer su precio, para juzgarse á

sí mismo y para distinguir en los que están encargados de la dolorosa mision de perseguirle esa mezcla verdaderamente penosa del sentimiento que es propio del hombre, y de las imperiosas obligaciones anejas á su cargo.»

Despues de estas atenciones y miramientos, puramente oratorios y mas propios para quitar á los jueces los escrúpulos de la admiracion y de la piedad que para honrar á la víctima, Bellart llevó su acusacion hasta el punto de sostener que un crímen de debilidad lo era de premeditacion. Todo protestaba en el carácter y en las faltas mismas del mariscal contra semejante clase de traicion premeditada; pero en los hábitos de los legistas, toda acusacion parece insuficiente sino la elevan hasta la calumnia. Así es como el mismo juicio pierde parte de su santidad y de su respeto entre los hombres.

Concluido el discurso de Mr. Berryer, un incidente trágico, cuya verdadera causa y carácter no se habia conocido hasta ahora, conmovió al auditorio y á los jueces, que se habrian conmovido mil veces mas si hubieran sabido entonces lo que vamos á referir.

XVI.

Desde el principio del proceso, los defensores del acusado, tan cuidadosos de su honor futuro como de su justificacion presente, habian discutido entre sí sobre el carácter que convendria dar á la defensa. ¿Era preciso pensar mas en la justificacion del acusado, que en la celebridad de la causa y en el eco que haria en la posteridad? ¿Debian sacrificar algo al deseo de la vida, ó sacrificarlo todo á la dignidad del soldado y á la magestad del nombre? ¿Tocaba á ellos resolver una cuestion tan personal para quien iban á defender? Desde luego convinieron en la necesidad de hablarle con lealtad y franqueza, así

es que la primera pregunta que le hizo Mr. Dupin fué si queria vivir ó morir á toda costa; si era menester dirigir la defensa en el sentido de conservar sus dias, ó si convendria abandonar en la defensa este cuidado y ocuparse solamente en la grandeza y en la gloria de la muerte. Lo primero que se necesitaba para tomar resolucion tan delicada era saber del mariscal si deseaba vivir. Asi, pues, los defensores le presentaron con discreta reserva este terrible problema que solo su propia conciencia podia resolver.

«Os lo confieso, respondió su cliente sin debilidad, pero tampoco sin jactancia, no temo á la muerte; la he visto mil veces bajo todas las formas en los campos de batalla y en las nieves de la Rusia, y creo haber dado á mi nombre bastante lustre para borrar un dia de error, y para volver á hallar con la indulgencia la gloria de mi nombre en la memoria de mi pais. Sin embargo, añadió con imparcial compasion de si mismo, y como quien pesa las razones que podrian obligarle á morir ó á vivir, sin embargo, no tengo mas que cuarenta y dos años.... Cuarenta y dos años! repetia como si quisiera contar los muchos dias que su naturaleza vigorosa y fuerte le reservaba todavía en el curso natural de las cosas. ¡Cuarenta y dos años!... Y quien sabe si despues del destierro y de la espiacion durante algunos años no me llamarán al socorro de la Francia los acontecimientos, la patria, el mismo rey, las revoluciones y la guerra, y me ofrecerán ocasion de hacer uno de esos sacrificios, y obtener una de esas victorias que borran completamente en la vida del soldado como en la de Turena y de Condé, errores y faltas que cubre para siempre la inmensidad del servicio? Vivir todavía para recobrar una de esas ocasiones de absolver la vida, es vivir dos veces... Y por otra parte quiero y necesito franquearos mis afecciones hasta en su último pliegue de naturaleza ó debilidad, como querais interpretarlas. Tengo una muger jóven, hermosa y á la cual amo

con la misma ternura que en los primeros dias de nuestra union; tengo hijos que acaban de salir de la cuna, y á los cuales debo educar, proteger y amar por largos años. Todo esto me ata á la existencia mas de lo que yo mismo quisiera; todas esas ternuras son vínculos que estrechan el corazon con mas fuerza de lo que deseara la razon, y sin que esté en nuestra mano el evitarlos porque yo vivo en todos esos seres tan queridos, ellos viven en mi, y su propia existencia es la que grita y se desgarra prematuramente con la mia... Os lo confieso sin vergüenza y sin debilidad; aunque estoy resignado á morir, echo de menos y deseo la vida...! Defended, pues, mi vida, si creeis poder defenderla y por todos los medios legales que pueden disputarla á mis enemigos!...

»Pero, replicó al punto con el ademan y el acento de un hombre de honor que se niega á toda bajeza, «no la defendais á toda costa; no quiero ni por mi, ni por mi nombre, ni por mi muger, ni por mis hijos una vida rescatada con el menor oprobio. Ya sabeis, añadió, todo mi pensamiento; la vida, siempre que pueda conservarse con honor, la muerte antes que una vida que mancharia mas tarde con otro baldon mi carácter y mi memoria... Nadie mejor que vosotros, mas tranquilos y espertos que yo en el estudio de los tribunales, puede observar el alma en el rostro de mis jueces, y si despues de haber intentado todo lo que sea decoroso para salvar mi vida, veis en los últimos momentos que mi causa es desesperada y que tienen irrevocablemente acordada mi condenacion, advertidmelo para que caiga noblemente delante de ellos y de la posteridad. Os confio mi memoria y mi nombre; velad por ellos, y como médicos piadosos que no temen descubrir al moribundo el peligro para que prepare á él su alma, avisadme en tiempo oportuno sin género alguno de miramientos lo que deberé hacer y decir para romper del modo que sea conveniente con la esperanza y la vida!»

Asi se lo prometieron sus defensores; pero ya habia llegado el momento terrible que el mariscal previera: estaban agotados todos los medios dilatorios y los recursos de sentimientos que semejante causa habia inspirado á los abogados. Ninguno de ellos habia logrado convencer ni debilitar la resolucion de los jueces; sus semblantes, sus miradas, sus murmullos ó su silencio significaba evidentemente una condenacion que ya llevaban en sus corazones. Aproximándose Mr. Dupin al mariscal, le dice al oido: «Este es el momento; se ha perdido toda esperanza; no queda mas que hacer que honrar cuanto se pueda la caida y salvar la memoria cayendo patriótica y noblemente delante de la Francia.—Os entiendo, respondió el mariscal,» y fingiendo tener necesidad de respirar un momento el aire esterior y descansar salió acompañado de sus dos defensores para concertar con ellos la actitud y el lenguaje que debia adoptar. Con penosa, pero indispensable franqueza, le hicieron ver la inflexibilidad de los pares y la certidumbre del fallo. «Pero os hemos reservado, le dijo Mr. Dupin, un medio de que intervengais vos mismo con nobles y solemnes palabras en el desenlace de vuestro proceso y de vuestra vida. Yo pediré á la Cámara que me deje hablar y empezaré por defender vuestra cualidad de estrangero en Francia á causa de haber nacido en *Larrelouis*, ciudad hoy segregada de nuestro territorio; en cuanto escucheis mis primeras palabras que indicarán la intencion de protejeros de ese modo con la calidad de estrangero, os levantareis, me cortareis la palabra con acento indignado y lleno de patriotismo, que no necesitareis fingir, y me prohibireis que trate de libertar vuestra vida á costa de la abdicacion de vuestra gloriosa nacionalidad.»

El mariscal, dió las gracias á sus defensores y acordó con ellos las pocas palabras que tenia que decir para interrumpir á Mr. Dupin y revindicar su patria. Para que la emocion del drama no le embargase la memoria, las

escribió en una hoja de papel que arrolló entre sus dedos como una de esas notas que los oradores estampan de cualquier modo en un pedazo de papel para fijar una proposicion ó una idea.

Vueltos á la sala de las sesiones, los abogados se levantaron para hablar. En su discurso Mr. Berryer, padre, justificó á su cliente, no de sus faltas, sino de la traicion premeditada, y sus enérgicas palabras, robustecidas con las declaraciones que se habian prestado ya en el curso de los debates, no dejaba duda como no fuese al odio ó á la prevencion. Volviendo Mr. Dupin á tomar la palabra despues de su colega, fingió querer arrancar al mariscal á la vindicta de la Francia, sosteniendo que no era ya francés, puesto que habia nacido en *Sarrelouis*, y que los tratados de 1815 separaban aquella ciudad del territorio de la Francia. El mariscal entonces, como ruborizado y lleno de noble indignacion al escuchar aquel sofisma que para libertarle del cadalso, le arrebataba su patria, se levantó de pronto para reclamarla y protestar contra aquel esceso de defensa. «No, señor, yo soy francés, esclamó poniendo la mano sobre su pecho, y sabré morir como francés. Agradezco á mis generosos defensores lo que han hecho, y lo que quisieran hacer; pero les ruego que dejen mas bien de defenderme, si lo han de hacer imperfectamente. Prefiero quedar indefenso á tener un mero simulacro de defensa. He sido acusado contra la fé de los tratados ¿y no se quiere que los invoque? ¡Hago lo que Moreau, apelo de ello á la Europa y á la posteridad!»

La emocion premeditada fué inmensa. El instante, el gesto, el acento y la mirada del acusado, añadieron á ella lo que la preparacion no habia previsto. La naturaleza, como siempre, sobrepujó á toda prevision.

Estas palabras cerraron el debate, quitando justamente al acusado ese refugio indigno de él, y su acusador concluyó declarándole reo de alta traicion. Los pares

se reunieron en sesion secreta para discutir los grados de conviccion del crímen, la naturaleza del crímen y la pena que debia aplicársele. Eran ciento sesenta y un votantes. Algunos se abstuvieron, á fin de no tomar parte en un acto que el tiempo ó la posteridad podia echarles en cara, segun las pasiones del momento ó del porvenir. El jóven duque de Broglie revindicó el derecho de votar de que le eximia su juventud, porque queria protestar contra aquella inmolacion política tan contraria al agradecimiento como al honor de su pais, mostrándose de este modo fiel á las tradiciones del alma de Mme. de Staël, con cuya hija estaba casado, muger que santificaba el genio de las letras con el genio de la piedad.

Divididos acerca de la premeditacion, casi unánimes respecto al crímen y su calificacion en crímen de alta traicion, deliberaron individualmente y en voz alta acerca de la pena. El tribunal no era militar, sino político, y por lo tanto podia apreciar las circunstancias, valuar al hombre, acordarse de los servicios, prever lo odioso de una ingratitud por parte del Estado, arbitrar la reparacion, graduar el suplicio y evitar el derramamiento de sangre. El ostracismo y el destierro eran la pena que para semejante crímen aconsejaba la humanidad, ratificada por la política y el interés bien entendido de los Borbones, pues arrojando, del modo que se pensaba hacer, al ejército la cabeza de su gefe, era un desafio á la reconciliacion y un resentimiento implacable en el corazon de los valientes, casi todos, mas ó menos, cómplices de su falta. El mismo acusado confesaba su culpa, honraba al rey y no levantaba otra bandera que la del arrepentimiento y luto en oposicion á la bandera de la Restauracion. Ya no era peligroso sino dentro de un sepulcro ensangrentado, y solo su fantasma podia ser temible: todo aconsejaba reprobarle y salvarle. Entre todos aquellos hombres de Estado escogidos, solamente diez y siete pares tuvieron valor para rehusar aquella víctima á la cólera de la

época y votar por el destierro. Inscribimos sus nombres para que la estimacion pública tenga tambien sus tablas donde la historia halle y remunere á los corazones que se mostraron inflexibles á los cálculos ó á las pasiones de los partidos.

Fueron estos:

El duque de Broglie, el duque de Montmorency, Bertholet, Charselop-Laubat, Chollet, Collaud, Fontanes, Gouvion-Saint-Cyr, Herwyn, Klein, Lanjuinais, Lemercier, Lenoin-Laroche, Malleville, Richebourg, Curia, Lally-Tollendal.

Cinco pares, los señores de Choiseul, Sainte-Suzanne, Brigode, Aligri y Nicolai, menos convencidos ó animosos, se abstuvieron de votar, neutralidad clemente, pero tímida, que no mata ni salva, y que jamás debe emplearse entre la cuchilla y la víctima.

En cuanto á los que votaron en masa la muerte, unos por conviccion concienzuda de la proporcion de la pena con el crímen, otros por la errónea creencia de la necesidad de hacer un escarmiento, quiénes por adhesion á una causa á la que nada querian negar, ni la cabeza de un héroe; quiénes por emulacion de celo y por las prendas que ya habian soltado para probar su reciente realismo; los crueles por venganza, los cobardes por debilidad, los lisonjeros por adulacion y los ambiciosos á buena cuenta de lo que este sacrificio valdria á su servilismo, callaremos sus nombres por respeto á su memoria y compasion á sus familias. La posteridad debe tener sus amnistías como la política: los anales de las naciones no son tablas perpétuas de resentimientos y divisiones entre los hijos cuyos padres fueron delincuentes ó desgraciados. Perdonar á las víctimas y perdonar tambien á los jueces, es la ley de la verdadera justicia para seres tan falibles como nosotros. Perdonar es olvidar. ¡Olvidemos!

XVII.

Preciso es decir en descargo de aquellos ciento treinta pares que fallaron por la pena de muerte, que esta, en la opinion de muchos, no era mas que una satisfaccion nominal dada al rigor de su conviccion, y que la votaban con la condicion tácita de la conmutacion de pena por el gobierno. «Apenas se pronunció la sentencia, dice el historiador mas exacto y severo contra aquella votacion, Mr. de Vaulabelle, cuando el duque de Richelieu, que habia asistido á aquella sesion nocturna, se vió rodeado de gran número de votantes que le suplicaron pidiera al rey que conmutara en destierro la pena capital impuesta al mariscal.»

El corazon del duque de Richelieu era bastante grande para abarcar á la vez la justicia y la clemencia. Mientras que los jueces, todavía encerrados en el Luxemburgo, quedaban entregados á esas pláticas privadas que siguen generalmente á las grandes discusiones en las asambleas, unos esperando la inflexibilidad y otros la conmiseracion de la córte, el primer ministro habia corrido á las Tullerías para implorar la piedad del hombre despues de haber servido al príncipe. El rey era dulce de carácter y magnánimo por cálculo. Su largo estudio de las vicisitudes humanas en la historia, que enseña la inutilidad de los suplicios tanto como la decepcion de los beneficios, habia impregnado su alma en esa filosofía que tanto se asemeja á la indiferencia. No odiaba, porque amaba poco; pero reinaba generalmente teniendo en perspectiva á la posteridad; citaba á Enrique IV, aspiraba á imitarle, y no queria dejar á ningun precio una memoria siniestra al porvenir. Si hubiera sido solo y verdaderamente rey, habria de seguro perdonado; pero por mas

que afectaba independencia en su gobierno y superioridad desdeñosa con su familia dentro de su palacio, contaba con los aliados y cedia á los consejos de sus representantes. Estos, y muy particularmente el lord Wellington, hubieran podido estimular su secreta inclinacion á la clemencia; pero dominados, sin saberlo, por la parte ultra-realista de la sociedad de París que les rodeaba, participaban involuntariamente de sus pasiones.

XVIII.

La nacion inglesa no fué cómplice en aquella ocasion ni de la impasibilidad ni de la aprobacion tácita á una ejecucion militar que los soldados podrian considerar justa, pero que tendrian por cruel los corazones generosos. Madama Hutchinson, esposa de un individuo del parlamento, pariente de lord Wellington, que se hallaba á la sazon en París, y reunia en sus salones á los oficiales mas liberales del ejército inglés, intercedió con vivas instancias con el lord Wellington para alcanzar de él una intervencion decisiva que pudiera salvar al mariscal Ney. Le rogó que en nombre de su propia gloria y de la de su pais, evitase por este medio la censura que pesaria sobre su memoria si llegaba á consumarse aquel odioso sacrificio delante de sus ojos y en apariencia con su participacion moral. Dícese que en medio de su invocacion fervorosa y elocuente á la magnanimidad del generalísimo inglés, madama Hutchinson se echó á los pies del lord Wellington para arrancarle por medio de la súplica lo que no podia con las mas elevadas consideraciones. El duque, luchando evidentemente entre el deseo de hacer lo que le pedia y la imposibilidad en que creia estar de influir sobre la decision libre del rey y de violar tal vez los compromisos prévios de neutralidad entre el príncipe y los

súbditos, contraidos en la correspondencia ó en las conversaciones ó durante la campaña, respondió que estaba encadenado por consideraciones obligatorias, y que cualesquiera que fuesen sus sentimientos personales de interés y de conmiseracion para con un adversario desgraciado, su deber era callar, desdeñar los falsos juicios de la época sobre su carácter, y confiarlo todo al fallo mas ilustrado é imparcial de la posteridad.

Madama Hutchinson se retiró afligidísima y llorando por no haber podido ablandar al guerrero ni al hombre de Estado. Informado el gobierno de estas tentativas para arrancar su presa al rigor del juicio, asi como de las amargas reconvenciones que dirigia madama Hutchinson en el seno de la confianza y de la intimidad contra la implacabilidad de los jueces, la alejó de Paris por el crímen de haber compadecido igualmente la suerte de Lavalette y haber urdido en su casa la trama generosa de la evasion de aquel condenado. Enternecida vivamente la viuda del mariscal Ney, y agradeciendo los esfuerzos de aquella familia por salvar á un esposo y á un padre y restituirlo á la suya, ofreció á madama de Hutchinson como una reliquia del corazon, el sable que el mariscal llevaba en Waterloo despues de haber hecho grabar en la hoja el hecho y el agradecimiento.

Veinte años despues de estos sucesos, viajando un hijo de la víctima por Italia, se detuvo en Liorna en una quinta habitada por Madama Brennier, esposa del cónsul de Francia en Toscana: habiendo recaido la conversacion sobre la muerte del mariscal, el jóven se admiró de que la relacion de la desgracia de su familia hiciera correr lágrimas por las megillas de una estrangera. Esta, madre de la señora de Brennier, era madama Hutchinson. De este modo se habian encontrado, sin conocerse, la piedad y el agradecimiento. Si la crueldad tiene sus espiaciones y sus remordimientos, la generosidad tiene tambien sus calamidades y sus dichas, como si la Providencia se las

reservase en sus momentos para no desanimar á los corazones nobles y generosos.

XIX.

Las pasiones de córte eran implacables en aquel momento en París. La vida concedida al héroe del Beresina parecia un robo hecho al derecho de las represalias. Los ministros del rey se veian asediados en los salones de la aristocracia para pedirles esa sangre como para arrancar un favor personal. Las mugeres del mas alto rango, jóvenes, bellas, ricas, colmadas de dones, de favores, títulos y dignidades por la córte, olvidaban sus familias, sus placeres, su molicie y sus amores; salian de sus casas desde el amanecer, intrigaban toda la noche para quitar entre los jueces un voto á la indulgencia, conquistar otro al suplicio, para maldecir é inculpar de antemano á los que por cobardía ó perfidia negasen aquella condenacion á su opinion. Nosotros mismos hemos visto, con asombro y tristeza, las carreras, las súplicas, los apretones de manos, las sonrisas de aquellas mugeres mendigando asi las concesiones que imploraban para satisfacer sus odios. Nos avergonzamos de ello todavía. ¿Quién se avergonzará de las ferocidades brutales que puede cometer el vulgo, cuando el rango, la fortuna y la córte tienen tales ireflexiones de inhumanidad, tales vértigos de cólera y tal sed de sangre en los dias de venganza?

XX.

Toda aquella cólera de las sociedades realistas, refluia y tenian su eco en las Tullerías. Se creia lisonjear

endureciendo los corazones de cuantos rodeaban á los príncipes, por medio de esa aspereza de odio contra los enemigos comunes; se prometian unos á otros de antemano ser inexorables y corresponder á la afeccion de sus amigos con el sacrificio de la debilidad humana de su propio corazon. Hechas estas promesas, nadie se atrevia á retractarse de la sangre prometida.

Tal era la disposicion de la córte y de los príncipes, cuando el duque de Richelieu, forzando las consignas y penetrando á la una de la noche en la cámara del rey, fué á llevarle la noticia del juicio é insinuarle la clemencia. «Jamás mi familia me perdonaria esta gracia, contestó el rey entristecido, y la cámara, sin la cual no puedo gobernar, romperia mañana mi gobierno. Los mismos aliados me acusarian de comprometer nuevamente la seguridad de Europa con mi conducta indulgente, de la que yo reportaria el honor y ellos los peligros. Hay circunstancias en que los reyes no pueden hacer mas que lo que sus partidarios les permiten. Nuestros mismos sentimientos están sometidos á nuestros deberes de Estado; compadezco á Ney, no abrigo el menor odio contra él; antes al contrario, quisiera conservar ese padre á sus hijos y ese héroe á la Francia; pero soy rey constitucional, y no puedo sin comprometer mi union con las cámaras, suspender ó desviar la justicia que mi pueblo exige por prenda de su seguridad.» El duque de Richelieu, que conoció las disposiciones y las exigencias de la córte, de la cámara, de los consejeros del príncipe y de la princesa, no esperó ya nada de este lado. Solo la duquesa de Angulema hubiera podido tomar sobre sí arrostrar la cólera del partido realista y poner sus lágrimas en balanza contra la sangre del héroe. Nada podia negarle el rey, su tio, y acaso deseaba vivamente que fuera á ofrecer este pretesto á su clemencia, y esa autoridad de familia á su debilidad; mas ella no se presentó: fatales inspiraciones de severidad prevalecieron en su corazon

sobre el papel natural que parecia designarle la Providencia, olvidándose de que un corazon de muger en las Tullerías intespuesto entre todas esas represalias y asi lo de todos los vencidos, era la única popularidad que faltaba á los Borbones para reconquistar todos los partidos. Dejó por el contrario cerrar su corazon por la mano de sus funestos consejeros, dando lugar á que el de la Francia se cerrase á su vez. Ella quitó á su familia, á su causa y á si misma la mas irresistible de las políticas, la política del sentimiento, lo cual suponia mas que dureza, pues era un error que condenaba su dinastía á brevísima existencia, porque las restauraciones por su naturaleza no tienen mas que uno de estos dos papeles, la magnanimidad ó la venganza, puesto que desde el dia en que cesan de perdonar, se ven condenadas á vengarse, y vengarse de un pueblo es enagenarse su voluntad sin anonadarlo. La sangre que de este modo se arrancaba á la Restauracion, escribia de antemano el segundo divorcio de la Francia y los Borbones.

XXI.

Mientras que el perdon ó la muerte se pesaban de este modo en la oscuridad del palacio, y e primer ministro salia de él consternado por no llevar en su corazon el menor resto de esperanza, el cond enado habia vuelto á su prision del Luxemburgo, desde donde podia oir el sordo rumor de las conversaciones de sus jueces, que esperaban la resolucion de la córte. Inc ierto él mismo y casi indiferente sobre su suerte, á fuerza de cansancio y de tristeza, tomó un poco de alimento y se acostó vestido sobre su lecho como un soldado qu e espera ser dispertado por la muerte. El esceso de fatiga y de agitacion de ánimo que habia esperimentado desde que se abrió aquel

largo proceso, cerró al fin sus ojos tan pronto como su honor y su vida quedaron en las manos de sus jueces. El sueño que turba la esperanza es el compañero de la desesperacion. Dormia sobre el borde del destino. Los centinelas compasivos que velaban en su encierro, no se atrevian á hablar palabra, y contenian su respiracion, temerosos de interrumpir aquel último descanso. No eran, como se ha dicho, seides disfrazados de gendarmes y escogidos por su enemistad entre los guardias de Corps para atormentar el alma del preso é inmolarle en caso de evasion á mano armada, sino jóvenes bizarros escogidos en sus compañías, incorruptibles por honor, é incapaces de cometer un crímen con un hombre desarmado ni ultrajar á un preso cuya suerte compadecian y cuya gloria admiraban. Aunque eran oficiales, se habian puesto el uniforme de simples granaderos de á caballo de la guardia real, y confundidos con este disfraz con los gendarmes y demas vigilantes del preso, ellos eran los que le guardaban de vista en su encierro y conversaban habitualmente con él, no para agravar, sino para distraer y consolar su soledad, haciendo los mayores esfuerzos por mantener viva en él la esperanza, y aun ellos mismos se lisonjeaban con la idea de que perdonado al fin el mariscal por el rey, llegaría á reconocerlos en mejores tiempos por los consoladores de sus malos dias. De boca de ellos mismos escuchamos entonces estas revelaciones de su penoso cargo.

XXII.

A las tres de la mañana el secretario de la Cámara de los pares se presentó á la puerta del calabozo del condenado para leerle auténticamente su sentencia. Los vigilantes, compadecidos de aquel sueño pacífico que iban á interrumpir, como si la muerte estuviera envidiosa

hasta de aquel breve reposo, vacilaron largo tiempo en despertarle. Al fin obedecieron á la necesidad, y despertaron al mariscal profundamente dormido. Al incorporarse éste, distinguió á la luz de las antorchas la diputacion de la Cámara y al secretario Mr. Cauchy, cuyo rostro revelaba la tristeza y piedad de su alma. Echándose fuera de la cama, se dirigió á Mr. Cauchy y se dispuso á escuchar la sentencia que tenia ya demasiado prevista. Antes de leer el papel que tenia en la mano, el secretario de la Cámara rogó al preso que hiciera la debida separacion entre su mision oficial y los sentimientos personales de respeto y admiracion de que estaba penetrado, y le compadeciera por el deber que iba á desempeñar y que tanto repugnaba á su corazon. «Agradezco en el alma, respondió el mariscal, los sentimientos que os animan y los comprendo; pero todos tenemos que llenar nuestros deberes en este mundo. Cumplid el vuestro, que yo haré el mio.» Recordándole despues con el gesto el papel que tenia en la mano: leed, dijo con acento resignado y dulce. El secretario leyó con voz trémula que parecia pedir perdon por las palabras, y como leyese testual y sacramentalmente la larga enumeracion de los nombres, títulos, grados y dignidades con que en la sentencia se calificaba al condenado: «Al hecho, al hecho, dijo el mariscal con impaciencia y con cierta espresion de desprecio hácia esas frivolidades de la vida que iba á anonadar pronto la muerte, decid simplemente Miguel Ney, y en breve un poco de polvo.»

Concluida la lectura, el secretario de la Cámara dijo al mariscal que el cura de San Sulpicio habia venido á ofrecerle los consuelos que da la religion á los moribundos, y que la consigna le autorizaba á recibirle. «No necesito de nadie para saber morir, respondió el mariscal. ¿A qué hora mañana? añadió con una fisonomía interrogativa que acababa el sentido suspendido de la pregunta.» «A las nueve» respondió Mr. Cauchy inclinándose como ruborizado

de la brevedad del tiempo que se concedia á sus preparativos. «¿Y mi muger, y mis hijos? replicó el preso, ¿podré á lo menos abrazarlos por última vez?» Mr. Cauchy estaba autorizado para prometérselo. «Enhorabuena, dijo Ney, haced que avisen á la mariscala para las cinco de la mañana; pero que ignore sobre todo mi condenacion; quiero que la sepa de mí mismo, pues yo solo puedo dulcificarle su horror.» Prometiéronle guardar esos miramientos á su familia, y entonces pidió que le dejasen solo el resto de la noche. Volvióse á acostar en su cama, se tapó hasta la cabeza con su capa, y se quedó dormido como en el vivac entre dos centinelas. La naturaleza, mas clemente que los jueces, le evitaba la agonía con el sueño.

A las cinco fué introducida en su prision la mariscala, acompañada de su hermana y de sus cuatro hijos. La noche fijada para aquella entrevista, le decia harto claramente que aquella era la de la última separacion. El mariscal, que adoraba á aquella jóven y encantadora compañera de sus dias, la recibió desmayada entre sus brazos, y á duras penas pudo reanimarla con sus besos y sus lágrimas. Sentando despues á sus cuatro hijos de tierna edad sobre sus rodillas y agrupándolos contra su corazon, les dijo en voz baja esas palabras supremas con que un padre imprime lo mas puro de su alma en la memoria de sus hijos. Su cuñada, multiplicándose, por decirlo asi, para correr del padre á la madre, y de la madre á los niños, rezaba en voz alta, confundiendo sus plegarias con los sollozos de aquellos grupos queridos. El mariscal, que habia fortalecido su corazon con la presencia y las últimas caricias de todo lo que mas amaba en el mundo, conservó bastante sangre fria para engañar á su muger, inspirándola, á fin de separarla del espectáculo de su agonía, una esperanza que él mismo no tenia. Logró lisonjear á la infeliz con la ilusion de que podria arrancar al corazon del rey el perdon de su vida con el

espectáculo de su dolor y la energía de sus ruegos. De este modo solamente pudo separarse de los brazos de su esposa, fuertemente enlazados alrededor de su cuello. La desolada familia se trasladó en seguida al palacio donde dormia el rey y la duquesa de Angulema, y gracias al duque de Duras, primer gentil-hombre del rey, pudo penetrar hasta las salas que preceden á las habitaciones reales. La mariscala, luchando entre el temor y la esperanza, aguardó allí á que despertara el príncipe, pues no dudaba que el permiso de llorar tan cerca de él fuese una promesa tácita de misericordia. Al penetrar en el palacio los primeros albores del dia, le inspiraban á la vez mas terror y mas esperanza. Su madre habia estado en la familiaridad doméstica de la madre de la duquesa de Angulema. ¿Dejaría la hija salir á la hija viuda y á los nietos huérfanos, de aquel palacio donde ella era mas que reina? Este grupo, llorando en la sombra de una antecámara, esperó inútilmente hasta despues de la hora irreparable. La princesa nada supo, nada oyó. ¡Qué hora perdida para la naturaleza y para la monarquía!

XXIII.

El mariscal no volvió á acostarse despues de recibir los últimos abrazos y sollozos de su muger é hijos, y se enjugó sus propias lágrimas para no pensar mas que en la dignidad de su muerte: escribió su testamento, y levantándose en seguida, se paseó por su cuarto y se puso á hablar familiarmente con sus guardas. Uno de ellos, disfrazados como hemos dicho de granaderos de la guardia, habia concebido por el héroe esa ternura involuntaria de admiracion y piedad que la intimidad de la prision, el infortunio y la muerte próxima engendran en los corazones generosos. Era este un caballero realista del

Delfinado, llamado Mr. de V***. Su hermosa figura, su carácter marcial, y su acento de libre, pero respetuosa franqueza, habian engañado al mismo preso, que creia ver en Mr. de V*** uno de los antiguos sargentos de sus grandes campañas; asi es que en las largas horas de su ocioso cautiverio, tenia la mayor complacencia en hablar con él. «Mirad mi último sol, camarada, dijo aproximándose á Mr. de V***. Ya ha concluido este mundo para mí. Esta noche dormiré en otro alojamiento. No soy una muger; pero creo en Dios y en la otra vida, y siento en mí una alma inmortal.... Me han hablado de prepararme á la muerte, de consuelos en la religion y de conferencias con un sacerdote caritativo. ¿Es esa la muerte de un soldado? Vamos ¿qué hariais en mi lugar?—Señor mariscal, respondió Mr. de V***, todavía esperamos que el rey será digno de Enrique IV, y que no consentirá que se prive á la Francia de uno de sus mas gloriosos servidores por un dia de olvido; pero la muerte es la muerte para todo el mundo, y el que la vió tan cerca en tantos campos de batalla, no teme que se le hable de ella en un calabozo. Jamás la voz del último amigo ha causado dolor á un soldado en el hospital de sangre. En vuestro lugar dejaria entrar al cura de San Sulpicio y prepararia mi alma á todo evento.—Creo que teneis razon, replicó sonriendo amistosamente el mariscal. Pues bien, haced entrar al sacerdote.» El cura de San Sulpicio, que esperaba en una sala del Luxemburgo, fué introducido, y habló piadosamente en un rincon del calabozo con el mariscal. La hora que no traia el perdon, sonó para el suplicio. El reo que habia leido en los rostros, y oido en los murmullos de la Cámara de los pares la venganza inexorable de los partidos, nada, absolutamente nada esperaba de las lágrimas de su esposa y de sus hijos. Por ella y por ellos solamente habia fingido la esperanza. Vistióse para presentarse con toda decencia delante del último fuego, y se puso un capote militar. El

ruido que hacian los soldados que se escalonaban desde la puerta del Luxemburgo hasta la reja de la plaza del Observatorio, y el de un coche que entró en el patio, le avisaron el momento de la partida. El creia que iban á llevarle al campo de Grenelle, al sitio marcado por la sangre de Labedoyere, lugar ordinario de las ejecuciones. Abrieron la puerta de su encierro, y lo comprendió todo; bajó con pie firme, frente serena, mirada elevada, y boca casi risueña, pero sin ninguna afectacion teatral, por entre las filas de los soldados colocados en los escalones y en los vestíbulos del palacio, como un hombre contento de volver á ver el uniforme, las armas, las tropas, su antigua familia. Al llegar al pie de la escalera, donde le esperaba el coche, bajado el estribo y abierta la portezuela, se paró en vez de subir por una consideracion de política hácia el sacerdote que le acompañaba, y cogiendo del brazo al cura de San Sulpicio que queria cederle el paso «no, no, dijo con cierta jovialidad triste y risueña, alusion melancólica al objeto del viage, subid primero, señor cura; de todos modos he de llegar antes allá arriba.» Y con la mirada indicó al cielo.

XXIV.

El coche rodó al paso por entre las anchas alamedas del Luxemburgo y por entre las filas mudas de los soldados. Espesa niebla se arrastraba por el suelo y no dejaba ver mas que los brazos despojados de los corpulentos árboles del jardin real. El sacerdote murmuraba al lado del soldado palabras de resignacion y de confianza cristiana, que el mariscal escuchaba con la mayor atencion. De repente se paró el carruage á medio camino de la reja del Luxemburgo y del Observatorio, en frente de una larga tapia de cercado negro y fétido que cerraba aque-

Delfinado, llamado Mr. de V***. Su hermosa figura, su carácter marcial, y su acento de libre, pero respetuosa franqueza, habian engañado al mismo preso, que creia ver en Mr. de V*** uno de los antiguos sargentos de sus grandes campañas; asi es que en las largas horas de su ocioso cautiverio, tenia la mayor complacencia en hablar con él. «Mirad mi último sol, camarada, dijo aproximándose á Mr. de V***. Ya ha concluido este mundo para mí. Esta noche dormiré en otro alojamiento. No soy una muger; pero creo en Dios y en la otra vida, y siento en mí una alma inmortal.... Me han hablado de prepararme á la muerte, de consuelos en la religion y de conferencias con un sacerdote caritativo. ¿Es esa la muerte de un soldado? Vamos ¿qué hariais en mi lugar?—Señor mariscal, respondió Mr. de V***, todavía esperamos que el rey será digno de Enrique IV, y que no consentirá que se prive á la Francia de uno de sus mas gloriosos servidores por un dia de olvido; pero la muerte es la muerte para todo el mundo, y el que la vió tan cerca en tantos campos de batalla, no teme que se le hable de ella en un calabozo. Jamás la voz del último amigo ha causado dolor á un soldado en el hospital de sangre. En vuestro lugar dejaria entrar al cura de San Sulpicio y prepararia mi alma á todo evento.—Creo que teneis razon, replicó sonriendo amistosamente el mariscal. Pues bien, haced entrar al sacerdote.» El cura de San Sulpicio, que esperaba en una sala del Luxemburgo, fué introducido, y habló piadosamente en un rincon del calabozo con el mariscal. La hora que no traia el perdon, sonó para el suplicio. El reo que habia leido en los rostros, y oido en los murmullos de la Cámara de los pares la venganza inexorable de los partidos, nada, absolutamente nada esperaba de las lágrimas de su esposa y de sus hijos. Por ella y por ellos solamente habia fingido la esperanza. Vistióse para presentarse con toda decencia delante del último fuego, y se puso un capote militar. El

ruido que hacian los soldados que se escalonaban desde la puerta del Luxemburgo hasta la reja de la plaza del Observatorio, y el de un coche que entró en el patio, le avisaron el momento de la partida. El creia que iban á llevarle al campo de Grenelle, al sitio marcado por la sangre de Labedoyere, lugar ordinario de las ejecuciones. Abrieron la puerta de su encierro, y lo comprendió todo; bajó con pie firme, frente serena, mirada elevada, y boca casi risueña, pero sin ninguna afectacion teatral, por entre las filas de los soldados colocados en los escalones y en los vestíbulos del palacio, como un hombre contento de volver á ver el uniforme, las armas, las tropas, su antigua familia. Al llegar al pie de la escalera, donde le esperaba el coche, bajado el estribo y abierta la portezuela, se paró en vez de subir por una consideracion de política hácia el sacerdote que le acompañaba, y cogiendo del brazo al cura de San Sulpicio que queria cederle el paso «no, no, dijo con cierta jovialidad triste y risueña, alusion melancólica al objeto del viage, subid primero, señor cura; de todos modos he de llegar antes allá arriba.» Y con la mirada indicó al cielo.

XXIV.

El coche rodó al paso por entre las anchas alamedas del Luxemburgo y por entre las filas mudas de los soldados. Espesa niebla se arrastraba por el suelo y no dejaba ver mas que los brazos despojados de los corpulentos árboles del jardin real. El sacerdote murmuraba al lado del soldado palabras de resignacion y de confianza cristiana, que el mariscal escuchaba con la mayor atencion. De repente se paró el carruage á medio camino de la reja del Luxemburgo y del Observatorio, en frente de una larga tapia de cercado negro y fétido que cerraba aque-

lla avenida. El gobierno, mal inspirado hasta en la eleccion del lugar del suplicio, parecia haber querido hacerlo mas despreciable y abyecto, mandando que aquel ilustre enemigo fuese muerto como un animal inmundo, en una encrucijada y á cuatro pasos de un palacio que iba á entristecer para siempre su cadáver.

Ney se admiró y trató de indagar con la vista la causa de aquella parada á la mitad del camino. Abrieron la portezuela y le invitaron á bajar; entonces comprendió que ya no volveria á subir mas, y entregó al sacerdote que le acompañaba los últimos objetos de su uso que llevaba consigo con sus últimas recomendaciones para su familia; sacó de sus bolsillos algunas piezas de oro que poseia, dejándolas para los pobres del barrio; abrazó al sacerdote, amigo supremo que reemplaza á los amigos ausentes en esa última hora, y marchó resuelto hácia el sitio que le indicaba un peloton de veteranos. El oficial que mandaba aquella fuerza se llegó á él y le pidió permiso para vendarle los ojos. «¿No sabeis, respondió el soldado, que hace veinte y cinco años estoy acostumbrado á mirar las balas de frente?» El oficial turbado, vacilante, indeciso, esperando tal vez un grito de perdon ó temiendo cometer un sacrilegio de gloria mandando hacer fuego contra su general, permaneció mudo entre el héroe y su peloton. El mariscal aprovechó aquella vacilacion é inmovilidad de los fusileros para lanzar su última reconvencion al destino: «Protesto delante de Dios y de la patria, esclamó, contra el juicio que me condena, y apelo de él á los hombres, á la posteridad y á Dios.»

Como estas palabras y la serenidad del rostro del héroe de los campamentos, que los soldados conservaban impreso en su memoria, les hicieran vacilar en el cumplimiento de su consigna, «cumplid con vuestro deber,» gritó el comandante de Paris al oficial, que estaba mas turbado que su víctima. Con planta mal segura volvió á ocupar el oficial su puesto al lado del peloton. Ney anduvo algunos pasos, levantó su sombrero con la mano izquierda, como acostumbraba á hacer en las cargas desesperadas para animar á sus tropas, y poniendo la derecha sobre su pecho para marcar bien el sitio de la vida: «Soldados, dijo, apuntad derecho al corazon.» El peloton, absuelto por su voz y mandado por su gesto, le apuntó: no se oyó mas que un solo tiro: Ney cayó como herido del rayo, sin una convulsion y sin lanzar un suspiro. Trece balas habian atravesado el cuerpo en que latia el corazon del héroe y mutilado el brazo derecho que tantas veces habia agitado la espada de la Francia. Soldados, oficiales y espectadores apartaron la vista del cadáver como del testimonio de un crimen, y durante el cuarto de hora que segun los reglamentos militares debia permanecer espuesto en el lugar de la ejecucion, ningun testigo, á escepcion de alguno que otro transeunte y alguna muger madrugadora de las casas inmediatas, vinieron á contemplar los restos del suplicio y á mezclar sus lágrimas con su sangre. Los grupos se preguntaban en voz baja quién era aquel criminal, abandonado en medio del camino público y fusilado por los soldados del grande ejército. Nadie tuvo valor para contestar que aquel era el cadáver del bravo de los bravos, del héroe del Beresina. Pasada la hora de la esposicion legal, las hermanas de un hospicio vecino reclamaron su cuerpo para tributarle oscuramente los honores fúnebres, lo hicieron trasladar á su capilla, velaron en torno de su féretro y pidieron á Dios por él.

XXV.

Cuando la poblacion de Paris supo al despertar que el mariscal Ney habia sido fusilado, el rubor y la vergüenza se apoderaron de todas las almas. Solo el partido

de la córte se regocijó estúpidamente por haberse vengado; mas por un enemigo heróico desarmado y arrepentido que habia inmolado, se acarreó millares de enemigos nuevos de todos los que esperaban una clemencia requerida por tantos servicios prestados á la patria y por tanta gloria dada á la Francia. Un sentimiento mas peligroso que la cólera, porque es mas duradero, germinó en los corazones de la juventud imparcial, del ejército ultrajado y del pueblo agradecido, y fué la repugnancia que inspiraba la pusilanimidad de aquella córte que no habia combatido, y dejaba derramar por su causa sangre popular y gloriosa, en libacion al estrangero, sobre un suelo hollado todavía por nuestros enemigos. Fuerza es decir, en descargo del rey, de los ministros y de la masa inmensa de los realistas, que todos ellos repugnaban por moderacion, por honor y por sensibilidad aquel sacrificio inútil, cruel y vergonzoso. Ney á sus ojos, como á los del mundo imparcial, era un gran delincuente; pero tambien veian una vida llena de gloria. Su falta era de las que se acusan y se perdonan; habia tropezado por debilidad y no por premeditacion; habíase juzgado y condenado á sí mismo, y rescatado de antemano su crímen militar por medio de hechos y hazañas que vivirán eternamente en la memoria de los soldados franceses. Como gefe de un bando político, no era ya temible, y al rehabilitarle, no se rehabilitaba á un faccioso, sino á un soldado. La amnistía que era indispensable dar al ejército, no podia tener mejor ocasion que su nombre. Enrique IV le hubiera abrazado, sus nietos le mataron. ¡Cuántas veces despues no han llorado esa fatal condescendencia con las pasiones vengativas de su córte y de su Cámara que les impusieron aquel asesinato! ¡Cuánta fuerza popular no les hubiera dado contra la oposicion, en los dias críticos de su dinastía, aquella sangre plebeya perdonada y reservada á la patria, aquella arma reconquistada por la magnanimidad en favor de su propia causa! Injuriados

algunos dias por cobardes consejeros en la oscuridad de su palacio, habrian sido vengados y adoptados por el pueblo, que solo reconoce la grandeza de las estirpes reales por la grandeza de alma. Acaso habrian sucumbido á la hora de su caida; pero la historia no tendria que hacerles esa reconvencion, y en lugar de una mancha de sangre sobre su reinado, habria al lado del nombre de Ney una lágrima de admiracion. En vez de reinar, obedecieron. La córte fué cruel, el rey débil, los ministros complacientes, la Cámara de los diputados implacable, la Europa incitadora y la Cámara de los pares cobarde como un senado en los peores dias de Roma. Tome cada uno la parte que le toca de la sangre del héroe; la Francia se lava las manos!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LIBRO TREINTA Y CINCO.

Animosidades de los partidos.—Reaccion apasionada en los departamentos.—Tribunales prebostales.—Debates de la ley de *amnistía*.—Royerd-Collar, La Bourdonnae y Chateaubriand.—Presentacion del testamento de María Antonieta.—Modificase la opinion pública.—Disolucion de la Cámara.—Agitacion de los departamentos.—Conspiracion de Grenoble.—Didier: su carácter, sus antecedentes y relaciones con el partido orleanista.—Frústrase su tentativa sobre Grenoble.—Proclamas y venganzas draconianas.—Fuga y muerte animosa de Didier.—Recrudescencia de reaccion.—Intrigas de palacio: aparicion del partido *doctrinario*.—Golpe de Estado del 5 de setiembre, ratificado por las elecciones.—Furores de los realistas exaltados: nota secreta al congreso de Aquisgran.—Los aliados evacuan la Francia.—Memoria de Luis XVIII sobre la crisis ministerial (diciembre de 1818.)

I.

En vez de cerrar la ejecucion del mariscal Ney, como el rey y los ministros esperaban, la era de las proscripciones y de las venganzas y de satisfacer la sed de recriminaciones de la córte y de las Cámaras, no hizo mas que aumentarlas. La Francia entera, estimulada á las represalias por la condescendencia que el gobierno guardaba con sus pasiones, debiendo ocuparse en su libertad y reconstitucion, solo fijaba, al parecer, su atencion en vengarse. La adhesion y el celo en favor de los

Borbones, se media por la cólera y las denuncias contra sus enemigos. Los tribunales prebostales creados muy en breve como una *Cámara ardiente* de los actos y de las opiniones, rivalizaron en solicitud y entusiasmo en los departamentos. El pais no era mas que un vasto tribunal militar que juzgaba, purificaba, condenaba é inmolaba las mas veces á los supuestos cómplices de la conspiracion bonapartista. Todos los dias salian del seno de las Cámaras las mas siniestras proposiciones, y era tan irresistible y general el deseo de sangre y venganza, que aun en los mas estraños y crueles apenas habia dos votos que protestasen contra las exageraciones de la prudencia y contra las locuras del entusiasmo. El rey conocia que se le escapaban las riendas de la opinion realista para pasar á las manos de su hermano, el conde de Artois, y de sus exaltados consejeros, mas en contacto que él con las pasiones de la Cámara. Temiendo perderlo todo, cedia mucho, no sin que despues se asustara él mismo de sus concesiones. Acusado por la opinion pública de haber arrastrado á su dinastía al destierro, transigiendo antes del 20 de marzo con las necesidades de la opinion revolucionaria y con el ejército de Bonaparte, tenia que defenderse, á los ojos de su familia, de los emigrados y del clero, de sus supuestas condescendencias con la revolucion. Gefe de partido, sospechoso al suyo, arruinado sordamente en su palacio por los partidarios violentos y ambiciosos de su hermano, obligado á complacerles conteniéndolos, convencido, sin embargo, de que no afianzaria su reinado, sino templando á sus amigos, atrayéndose á sus adversarios, adoptando la gloria y fundando la libertad constitucional de la nacion, su situacion en medio de aquella deshecha borrasca de encontradas pasiones, era la del piloto que lucha á la vez contra su propia tripulacion y contra los elementos desencadenados. Desviábase un momento de su ruta, impelido por un viento demasiado fuerte; pero pensaba volver á to-

marla tan pronto como el furor de las opiniones dejase oir la voz de una sana política.

II.

Entretanto dejaba á las comisiones realistas de los departamentos dictar y revocar las elecciones de sus agentes, espurgar los ministerios y los ejércitos, crear en los cuadros categorías de incapacidades para el servicio, esparcir proclamas de defensa mútua en las provincias del Oeste y del Mediodía, llevar á cabo las reuniones de partidos armados y destituir á los jueces civiles de sus funciones inamovibles, garantía de su independecia. Por otra parte recibia de las dos Cámaras mensages imperativos, en los que, á pesar de sus protestas de adhesion venian á dictarles mas bien que á pedirle medidas eficaces de prevision y severidad. Sus ministros obedecian ciegamente á estos impulsos. El duque de Feltre diezmaba á los oficiales que habian servido durante los Cien Dias. Barbé-Marbois, ministro de Justicia, promulgaba un código contra las manifestaciones sediciosas; Mr. Decazes, ministro de policía, suspendia la libertad individual, haciendo de este modo al gobierno árbitro de la suerte de los ciudadanos. Los ministros al sostener estas medidas en las dos Cámaras, no tenian que hacer mas que defenderlas contra los escesos de penalidad y contra la pena de muerte que á cada momento provocaban los oradores del partido de las venganzas. Mr. Pasquier, que durante largo tiempo habia sido administrador de la policía de la capital á las órdenes de Bonaparte, juraba ya en la tribuna por la *eternidad de los Borbones*. Mr. de Chateaubriand llevaba su entusiasmo hasta injuriar á los vencidos y adular á los vencedores. Uno de esos hombres que se constituyen en directores del coro de las pasiones políticas, Mr. de La Bourdonnaie, formaba con el falso nombre de amnistía tablas graduadas de proscricion que comprendian mil doscientos hombres condenados al destierro ó sujetos á las acusaciones capitales. Varios diputados de la misma faccion formaban otras listas mas ó menos vengativas. No se proscribia ya por hombre y por crímen, sino por categoría y por situacion. La Cámara aplaudia estas iniciativas y nombraba comisiones de diputados para coordinarlas, aumentarlas ó agravarlas. El gobierno á quien estas mociones acusaban tácitamente de lentitud, de vacilacion ó complicidad con los peligros públicos, temia verse sobrepujado y abandonado por las Cámaras, si él mismo no se prestaba á ese impulso para poder ser dueño de moderarlo, dirigiéndolo en el sentido que le conviniera.

III.

De este modo fué como el duque de Richelieu llevó á las Cámaras un proyecto de ley de amnistía, que en el ánimo del rey tenia dos objetos: calmar las alarmas del partido vencido, que, desesperado, podia sublevarse, y satisfacer á las exigencias del partido de las Cámaras y de la córte quitándole el pretesto de la impunidad. En esta ley de amnistía no proscribia Luis XVIII mas que á los individuos de la familia de Bonaparte, y conservaba generosamente para los regicidas el perdon que su hermano Luis XVI les habia asegurado en su testamento. Aquella magnanimidad del moribundo, á la que la misma muerte daba religioso carácter, hacia temblar á los hombres de represalias en las dos Cámaras, pero les impedia murmurar y quejarse de ella en voz alta. Rebelándose contra la clemencia del rey, temian sublevarse contra la santidad de la víctima. A pesar de esto, la Cámara de los diputados pasó la proposicion de los ministros á la misma

comision que formaba la ley de proscripcion proyectada por Mr. de La Bourdonnaie. Esto era prejuzgar la cuestion, indicando de antemano lo que debia de hacerse para agravar el proyecto del gobierno y manifestar al mismo tiempo cierto desprecio á la voluntad real. Los señores de Corviere y Villele, que con sus diversas luces y conocimientos, su realismo comun y su alianza íntima dominaban ya en la asamblea, eran los que dirigian aquella comision: Mr. de Villele, mas práctico y mas flexible, y Mr. de Corviere, mas indomable y de mas entereza de alma. Este último recibió el encargo de leer en la tribuna el dictámen de la comision: «Enrique IV., en efecto, dijo, amnistió á sus enemigos; pero cinco años de destierro y de castigos habian precedido á la clemencia real.» En seguida leyó el código de purificacion, de ostracismo, destierro y despojo bajo pena de muerte que los individuos de la comision sustituian á la amnistía del rey. Solo la discusion de este contra-proyecto era un guante de desafio lanzado al gobierno, por mas que lo encubriera una vana fórmula de celo. Los oradores realistas agravaron este desafio con la aspereza de los discursos: «No escucheis esos sofismas de filantropía importuna, hábiles en la boca de vuestros enemigos: vacilar en castigar es debilidad,» decia uno: «La divina Providencia, decia Mr. de la Bourdonnaie, pone al fin en nuestras manos á los asesinos de vuestros reyes, á los asesinos de vuestras familias, como si la justicia suprema los hubiese reservado al través de todos nuestros desastres para probar la vanidad de la prudencia humana y la perfidia de los corazones sin remordimientos. Esos hombres, hoy vencidos y desarmados, invocan una generosidad que ellos no practicaron jamás... Como si los atentados debieran gozar de eterna impunidad... ¿Y vosotros, magistrados pusilánimes, legisladores sin prevision, veriais las conjuraciones de esos hombres, oprobio de la nacion, y no las castigaríais?» Mr. de Bouville, hombre del mismo

espíritu y del mismo dogma, llegó á acusar á la misma comision de timidez y blandura. «Yo me pregunto, ¿qué escusa puede proteger al crimen de esos administradores, de esos generales que, recibiendo sus funciones de las manos del rey, las han vuelto contra él y puesto al servicio del usurpador...?» Este furor, esta iracundia eran aplaudidos como máximas de hombres de Estado, en las Cámaras, en las tribunas, en los periódicos, en los salones y hasta en el palacio. Algunos hombres de miras elevadas, frios de carácter é incorruptibles al contagio de aquella cólera, á cuya cabeza se atrevian á presentarse Royer-Collard, filósofo político; Laneé, alma tranquila por su grandeza, y Serre, orador predestinado á una gran celebridad, combatian aquellos escesos de celo y aquellos recuerdos de los peores dias. «Las confiscaciones que pedís bajo el nombre de indemnizacion á los culpables, dijo Mr. Royer-Collard, son el alma y el nervio de las revoluciones: despues de haber confiscado porque se ha condenado, se condena para tener que confiscar. La ferocidad se sacia alguna vez, la codicia jamás. Son tan odiosas las confiscaciones, que la revolucion se ha avergonzado de ellas á pesar de que no se avergüenza de nada. Por otra parte, los grandes delincuentes (Ney, Labedoyere), han sufrido ya la pena capital, ¿quereis someterlos á vuestra ley? En ese caso hacedlos salir del sepulcro para que oigan de la boca de sus jueces esa nueva condenacion que no se habia pronunciado contra ellos!»

La mayoría de la Cámara contestaba á estas palabras de humanidad y de paz con murmullos y movimientos de cólera que revelaban el deseo de espiacion y de ruina. Mr. de Corviere refutó con palabras apasionadas esas leyes eternas. La asamblea, sorda á las voces de los ministros, iba á romper el proyecto del rey y á votar el suyo. Viendo los ministros la inminencia del peligro, corrieron al palacio para conjurarlo y para obtener del rey

una transaccion de su clemencia con el rigorismo de la Cámara. Una hora despues volvieron con otra amnistía menos ámplia, pero que alcanzaba tambien á los regicidas. «No es sobre la tierra, dijo el duque de Richelieu, donde es menester buscar los motivos que impiden al rey espulsarlos para siempre del reino, sino en el cielo, en la voluntad del rey mártir que se consolará en su sepulcro con el perdon que concedais en su nombre.» Estas palabras solemnes imponen silencio, pero no convencen. Las pasiones se despojan hasta de su pudor. Mr. de Frinquelague pide que no se apliquen la ley y las penas á los crímenes de las partidas realistas que acababan de consternar y ensangrentar las provincias del Mediodía. Son notadas las categorías de delincuentes de Mr. de la Bourdonnaie. Mr. Clauser de Coussergues justifica las confiscaciones con el ejemplo de San Luis y de Enrique IV. «Sea el tesoro pobre, en hora buena, pero puro,» esclama Mr. de Serre. Mr. de Bethisg, á pesar de la piadosa repugnancia del rey, insiste en la proscripcion de todos aquellos regicidas. «Resistamos su clemencia, dijo en un discurso friamente leido en la tribuna, pero redactado con calor y frases que revelaban el mas exagerado celo en favor de la purificacion.» Si el inflexible honor nos obliga á obedecer á su voluntad, si aparta un momento de nosotros sus miradas bondadosas, digamos como los nobles soldados del altar y del trono en el Oeste: *Viva siquiera el rey*.

Esta arenga, evidentemente concertada con la mayoría de la Cámara, y que encubria la obstinacion bajo el respeto, fué acogida con unánime aplauso. Los mismos ministros tomaron parte en la cólera pública y callaron. La proscripcion fué erigida en ley.

En la Cámara de los pares, Mr. de Chateaubriand pidió espiaciones fúnebres para Luis XVII, rey niño, lentamente sacrificado en su cuerpo y en su alma por sus verdugos. Sobre el sepulcro de aquel pobre huérfano se

erigió el teatro político. «He ahi, esclamaba Mr. de Chateaubriand, dirigiendo á su vez su imprecacion á los proscriptos, he ahi los atentados que no podrán espiar bastante los hombres. ¡Maldicion sobre los malvados que nos obligan á tantas reparaciones inútiles; la Francia los rechaza al fin, la justicia ha recobrado sus derechos, el crímen ha cesado de ser inviolable!»

IV.

El testamento, hasta entonces ignorado, de la reina María Antonieta salió en aquel momento de la oscuridad en que estaba sepultado. Un individuo moderado de la Convencion, llamado Courtois, que despues de la muerte de Robespierre, tuvo el encargo de examinar sus papeles, habia hallado el testamento de la reina en la cartera del dictador, y por compasion le habia ocultado, aunque con ánimo de darlo algun dia á la historia y á su familia. Desterrado despues Courtois como regicida, dejó traspirar su secreto. El testamento, presentado á Luis XVIII por el mismo Decazes, era un monumento demasiado oportuno é interesante para que aquel príncipe no hiciera de él una fecha de su restauracion, y tratara de sacar gran partido en provecho de su causa. Antes de la catástrofe de la monarquía y las desgracias de María Antonieta, Luis XVIII, entonces conde de Provenza, habia tenido poca consideracion política por su cuñada, acusada con harta razon de inclinar al virtuoso Luis XVI, tan pronto á los escesos de resistencia, como á los de concesiones; siempre muger y apasionada, unas veces por la audacia y otras por el desaliento; pero el fuego del martirio lo habia purificado todo en la víctima. Su abnegacion en los malos dias, su union en la muerte con su esposo, sus sinsabores y angustias por sus hijos, el heroismo

con que habia sufrido su cautiverio, su último adios, su valor realzado delante de sus verdugos, su juicio aceptado, su sangre ofrecida al cielo y á la tierra en espiacion de algunas faltas de reinado, habian divinizado en el alma del rey aquella memoria, y queria divinizarla políticamente tambien para la Francia nueva, á fin de rodear á su raza de una corona de recuerdos sagrados é inviolables á los sarcasmos revolucionarios, y al efecto encargó á Mr. Decazes que comunicara aquella reliquia real á la Cámara de los diputados. De este modo, esperaba que el entusiasmo y las lágrimas de su jóven ministro al leer aquella carta fechada en otro mundo, calmaria la cólera naciente de los realistas contra su favorito y restablecerian la armonía entre la asamblea y su consejo. Mr. Decazes, que por su parte tambien deseaba adquirir para con los realistas los títulos que faltaban á su juventud, corrió á la Cámara con la carta de la reina en la mano, como quien no puede guardar un misterio, y la leyó enterneciéndose él mismo entre los sollozos del auditorio.

V.

La carta de la reina, escrita á su hermana Isabel y fechada en el calabozo de la Consergería á las cuatro de la mañana del dia cuyo fin no debia ver, era digna de la víctima, de la hora del cadalso, de la posteridad y del cielo. La muerte inspira mejor que la vida, porque trasforma antes de herir.

«Te escribo, hermana mia, por última vez, decia la reina; acabo de ser condenada, no á una muerte vergonzosa, que solo lo es para los criminales, sino á ir á reunirme con tu hermano.

»Inocente como él, espero mostrar la misma firmeza que él en sus últimos momentos. Estoy tranquila como lo está todo el que tiene la conciencia limpia. Siento profundo dolor al abandonar á mis pobres hijos; ya sabes que no existia sino por ellos y en mi buena y tierna hermana. ¡Ay! ¡En qué situacion te dejo, á tí, que por amistad lo habias sacrificado todo por estar con nosotros! He sabido por el mismo proceso que habian separado de tu lado á mi hija. ¡Pobre niña! No me atrevo á escribirle; no recibiria mi carta, y aun no sé si esta llegará á tus manos.

»Recibe para los dos mi bendicion. Espero que algun dia, cuando sean mayores, podrán reunirse contigo y gozar por completo de tus tiernos cuidados. ¡Plegue á Dios que no olviden lo que no he cesado de inspirarles: que los principios y el cumplimiento exacto de sus deberes son la primera base de la vida, y que solo pueden hacerles felices su amistad y mútua confianza.

»Encargo á mi hija que no olvide que en la edad que ya tiene debe ayudar á su hermano con los consejos que su amistad y su esperiencia le dicten, y á mi hijo que preste tambien á su hermana todos los cuidados y todos los servicios que necesite y pueda inspirarle su cariño. En fin, conozcan uno y otra que cualquiera que sea la posicion en que puedan hallarse, no serán verdaderamente dichosos sino viviendo unidos y con amor; que tomen ejemplo de nosotros. ¡Cuántos consuelos no nos ha dado nuestra amistad en nuestras desgracias! Y en la felicidad se goza doblemente cuando podemos hacer que un amigo participe de ella. ¿Y dónde hallarlos mas tiernos y dulces que en su propia familia?

»No olvide jamás mi hijo las últimas palabras de su padre que le repito espresamente: que no trate jamás de vengar nuestra muerte.

»Tengo que hablarte de una cosa muy penosa para mi corazon. Sé lo mucho que habrás sufrido por ese niño. Perdónale, querida hermana. Piensa en la edad que tiene, y en lo fácil que es hacer decir á un niño lo que se quiere, y aun lo que no comprende.

»Dia vendrá, asi lo espero, en que conozca todo el valor de tus bondades y de tu ternura para con ellos.

»Me resta confiarte mis últimos pensamientos. Hubiera querido escribirlos desde el principio del proceso, pero ademas de que no me dejaban escribir, ha sido tan rápida su marcha, que realmente no hubiera tenido tiempo. Muero en la religion católica, apostólica romana, en la de mis padres, en la que fuí educada y he profesado siempre, no teniendo ningun consuelo espiritual que esperar, no sabiendo si existen todavía ministros de esta religion, y aun el sitio donde estoy los espondria demasiado si llegaran á entrar en él.

»Pido sinceramente perdon á Dios de todas las faltas que he podido cometer desde que existo. Espero de su infinita bondad que acogerá mis últimos votos, así como los que hago hace mucho tiempo para que se digne recibir mi alma en su misericordia.

»Pido perdon á todos los que conozco, y á tí hermana mia en particular, de todas las penas que sin querer he podido causarte. Perdono á todos mis enemigos el mal que me han hecho.

»Aquí digo adios á mis tias y á todos mis hermanos y hermanas. Tenia amigas; la idea de separarme para siempre de ellas y su pena, son uno de los mayores sentimientos que llevo al morir. Sepan á lo menos que hasta mi último momento he pensado en ellas.

»¡Adios, mi buena y tierna hermana! ¡Quiera Dios que esta carta llegue á tus manos! Piensa siempre en mí. Te abrazo con todo mi corazon, así como á mis pobres y queridos hijos. ¡Dios mio! ¡Qué duro y doloroso es dejarlos para siempre!

»¡Adios! ¡Adios! No quiero ya ocuparme mas que en mis deberes espirituales. Como no soy libre en mis acciones, acaso me traigan un sacerdote; pero protesto aquí que no le diré una palabra, y que le trataré como á estrangero.»

VI.

Las bendiciones de la madre contenidas en aquella carta brotaron del cadalso sobre su hija y sobre su raza: las lágrimas de la asamblea y del pueblo apagaron por un momento el fuego que abrigaban los resentimientos de los realistas. Mr. de Marcellus, orador entusiasta, hizo un apóstrofe á la concordia, á la abnegacion caballeresca, á la fé antigua. Los monumentos espiatorios de las víctimas reales de la revolucion, se levantaron á su voz: los unos vieron en aquellos monumentos y en aquellos aniversarios, reconvenciones á la patria, los otros testimonios inofensivos de dolor nacional, que quitan á los tiempos tranquilos la responsabilidad de los tiempos irritados. El asesinato de un rey, aplastado como Luis XVI bajo el derrumbamiento irresistible de un pasado, que su debilidad no podia sostener, era para todos, aun para sus jueces, un dia de luto. Una nacion que se avergonzaba de llorar á sus muertos, sobre todo cuando sus muertos fueron los reyes de sus padres y cayeron bajo su propia mano, no hacia un acto de grandeza de alma, sino de insensibilidad, porque la libertad no profesa la indiferencia hácia los dolores humanos, ni arranca el corazon de los pueblos, sino que lo ensalza y engrandece. Reconvenir á Luis XVIII, al conde de Artois, á los hermanos y á la hija de Luis XVI, porque fundaban honores fúnebres para su hermano, su padre y su madre, era hacer en los Borbones un crímen de su memoria y de su piedad. La prudencia aconsejaba solamente que no se pronunciaran discursos sobre aquellas tumbas, á fin de que el celo por los muertos no encendiera las controversias entre los vivos, y así lo habia comprendido por su propio corazon Mr. de Marcellus, pues no invocó mas

que la religion y la paz; empero las pasiones desconfiadas y recelosas de los enemigos de los Borbones, no le perdonaron aquellos homenages á las cenizas de la monarquia y á las ruinas de la iglesia antigua. Burláronse hasta de su candor, y entregaron su nombre á los sarcasmos y á los folletos de la época.

VII.

Faltaba todavia á las instituciones una ley electoral, base de todo gobierno representativo. De esta ley dependia la suerte del gobierno futuro; mas se empezaron muchos proyectos y no se acabó ninguno. La aristocracia triunfante y recelosa, y la monarquía que ya temblaba delante de sus amigos escesivos, temian igualmente engañarse restringiendo ó aumentando demasiado las condiciones del derecho electoral. Mr. Lainé, presidente de la asamblea, manifestó el deseo de retirarse á consecuencia de un insulto que habia quedado impune de uno de los diputados mas vehementes, creyendo ver en aquella impunidad un signo de poco afecto de la mayoría á su persona. Demasiado moderado para aquellos tiempos tumultuosos, y demasiado celoso de la dignidad de gefe de una asamblea soberana para sufrir ningun ultraje, Monsieur Lainé deploraba los escesos de que era testigo, y si seguia ocupando la presidencia fué porque asi se lo suplicó el rey, porque tanto Luis XVIII como Mr. de Richelieu y Mr. Decazes conocian lo que aquel hombre valia para la silla de la presidencia. Todos ellos le instaron á que continuase en ella por algun tiempo mas, prometiéndole para mas adelante su entrada en el consejo de ministros en reemplazo de el del Interior Mr. de Vaublan, cuya caida presagiaba el mucho aliento que daba á la mayoria exaltada.

Durante esta larga fermentacion del partido realista en las dos cámaras, un partido de la iglesia, confundido al principio con el partido del trono, y despues distinto, ensayaba sus fuerzas por medio de discursos y mociones en favor del establecimiento temporal del culto dominante y de la reconstitucion de los bienes de la iglesia, pues parecia un ultraje á los partidarios de una iglesia esclusiva, el que los ministros del culto estuviesen asalariados por el Estado. En vano proponia el gobierno aumentar aquel sueldo y destinar fondos considerables para las pensiones eclesiásticas. La Cámara votaba con estraordinaria munificencia la restitucion de todos los bienes de la Iglesia que aun no habian sido enagenados. Al abolir la asamblea constituyente el feudalismo, habia abolido la nobleza y creado la nacion, y al reformar la Iglesia como cuerpo propietario, la revolucion de 89 habia suprimido el patrimonio de un culto único, y fundado la libertad religiosa. La tendencia del nuevo partido religioso en las Cámaras, restituyendo á la Iglesia como cuerpo civil los bienes no vendidos, era evidentemente volver á una religion de Estado. El rey proscripto y vuelto de su destierro, aliado natural de la Iglesia proscrita y despojada, no se atrevia á negar ni á consentir demasiado en aquellas tendencias. Los oradores de la córte y los del clero, Chateaubriand, Bonald y Marcellus asociaban sin cesar en sus votos el trono y el altar. A la voz de Mr. Bonald, publicista hábil y venerado de lo pasado, se habia ya votada la derogacion de la ley del divorcio, y el gobierno, dominado por ambas Cámaras, habia consentido en borrarlo del código civil porque la iglesia lo habia condenado. Esta se habia vuelto á apoderar esclusivamente de la educacion pública, que despues de la revolucion se habia confiado á un cuerpo de enseñanza llamado universidad. Se pedia tambien en voz alta en perjuicio de la autoridad municipal que se le confiaran los registros y defunciones de los pueblos, á fin de que per-

teneciéndole por título legal el nacimiento y la muerte, confundiera el pueblo bajo el sacerdocio á la magistratura civil y á la magistratura religiosa, doble vínculo que le someteria el alma y el cuerpo. Llegóse hasta pedir el restablecimiento del infame suplicio de la horca, y la odiosa preocupacion de que la familia de los ajusticiados debia heredar el oprobio. «Feliz el pueblo, esclamaba un diputado bretou, donde la mancha del crimen se trasmite de padres á hijos!» Tal era el delirio que en favor de lo pasado agitaba á los hombres cuyos padres habian hecho la revolucion, ó perecido sobre sus cadalsos. Por lo general, no eran fanáticos ni implacables; pero las contra-revoluciones tienen sus vértigos como las revoluciones. Los recuerdos de los escesos, de las anarquías y de las inmolaciones del terror, el disgusto de un largo despotismo, la desesperacion de la patria, asolada y despojada en aquel momento por el estrangero, los precipitaban con furor hácia atrás, y les hacian buscar en las demoliciones de los tiempos pasados remedios y garantías contra los males presentes. La reaccion que los espíritus débiles é irreflexivos toman por la verdadera corriente de las cosas humanas, arrastraba á la opinion pública y á las Cámaras, y amenezaba hacer lo mismo con el gobierno.

El rey tembló y resolvió dar tiempo al pensamiento del pais. Cerró las Cámaras y modificó su ministerio.

VIII.

Mr. de Vaublanc, enteramente adicto al conde de Artois, fué reemplazado en el ministerio de lo Interior por Mr. Lainé, que amigo íntimo y consejero del duque de Richelieu, venia á fortificar la política personal del rey. Su convicción heróicamente demostrada de asentar la restauracion monárquica sobre la libertad pública, el

prestigio que ejercia en la asamblea, y su elocuencia apasianada de razon como su alma, daban al gobierno grande autoridad, que pronto habia de ser necesaria sobre aquella asamblea tan impetuosa, impaciente y avezada á las intrigas. Mr. Barbé-Marbois, ministro de Justicia, cuyo título principal era haber sido víctima del Directorio y deportado á Cayena, fué sacrificado al conde de Artois y á la córte, á la que inquietaba, sin servir útilmente al pensamiento moderador del rey. El canciller de Ambray, más grato á la córte y mas dócil á las impresiones de Luis XVIII, reemplazó provisionalmente á monsieur Barbé-Marbois. Mr. Guizot, secretario general de Justicia, jóven á quien la amistad del abate de Montesquieu, y su presencia en la pequeña córte de Gante habian acreditado entre los realistas, cayó para levantarse en breve con su ministro. Comenzaba antes de tiempo una carrera pública, precoz, larga y diversa, que debia llevarle de reinado en reinado, de partido en partido y de elevacion á caida, á una celebridad de fortuna política y de talento que dura todavía, y á la que sus vicisitudes prohiben juzgar en la actualidad.

IX.

Apenas fueron cerradas las Cámaras, cuando la reaccion de sus actos y proposiciones sobre la opinion de los liberales y de los bonapartistas, se dejó sentir por medio de sordas agitaciones en los departamentos. Veíanse amenazados y querian estar prevenidos. El temor que inspiraban los actos de la Cámara era bastante sério para sublevar, pero no bastante opresivo para contener. La presencia de los oficiales y de los soldados licenciados en los pueblos de su nacimiento, los agravios que habian recibido del gobierno, sus quejas por la ingrata remune-

racion de medio sueldo que se daba á su sangre, la popularidad de sus hazañas militares en los parages públicos de las poblaciones y hasta en las cabañas de los campesinos, el odio y el desprecio que propagaban contra aquel gobierno de emigrados, de tránsfugas, de ancianos, de mugeres y de sacerdotes, los rumores de confiscacion de los bienes nacionales en provecho de los nobles que divulgaban entre los nuevos propietarios y entre los campesinos, los periódicos, los folletos injuriosos contra los Borbones espendidos en los pueblos, la humillacion de la derrota, el odio de la ocupacion estrangera, los rescates, los impuestos pesados, los empréstitos onerosos, y la perspectiva de gloria cerrada con la imposibilidad de nuevas guerras, entristecian en todas partes el espíritu del pueblo, y le predisponian á la sedicion y á las conjuraciones. No habia una aldea sobre la superficie del territorio que no tuviese en sus oficiales, sargentos y soldados licenciados un conciliábulo permanente, y agentes activos de oposicion y levantamiento. Solo la presencia de los ejércitos estrangeros contenia en las provincias del Este, del Norte y del centro el espíritu de rebelion que fermentaba en los corazones. Se amaba al rey, se le compadecia y perdonaba á lo menos; pero se detestaba á las Cámaras, á la nobleza y al clero, que era acusado de sustituirse al trono para reconquistar, oprimir y humillar á la nacion.

X.

Tal era la disposicion popular durante el estío de 1816. Los hombres importantes de París, principalmente los que habian tomado parte en la jornada del 20 de marzo, observaban aquellos síntomas, los fomentaban indirectamente, y multiplicaban las alarmas para aumentar el descontento. Un hombre estraño y enigmático hizo estallar de repente al estremo de nuestras fronteras, y al pie de los Alpes, aquel doloso fuego que se encubria bajo el silencio del pueblo.

XI.

Ese hombre, á quien conocimos en aquella época de su vida, se aproximaba á la vejez; nada habia en él que revelase grandes virtudes ó grandes crímenes. Era alto y delgado y caminaba encorvado bajo el peso de los años y por el hábito sedentario del letrado que ha pasado su vida inclinado sobre los legajos de las causas. Su fisonomía era vulgar, aunque de facciones finas; largos mechones de pelo blanco caian sobre su cuello y sobre su levita, á la manera de los abogados, cuya cabellera suelta cae sobre la toga; sus ojos pardos, animados de un fuego sin brillo, tenian la mirada movible y penetrante del huronero que busca y oculta. Su fisonomía indecisa dejaba reflejar su alma sobre sus facciones. Todo en su esterior era mas ligero que profundo. Agitábase perpétuamente sobre su silla, levantándose y sentándose á cada momento, mezclándose en todos los grupos de un salon y pasando de uno á otro, semejante al viento, para reanimar el fuego de las conversaciones. Hablaba mucho y en voz alta, sin reserva, con calor, pero sin elocuencia; gesticulaba con una volubilidad de manos igual á la volubilidad de palabras. Todo el mundo se preguntaba quién era aquel estrangero, y qué familiaridad antigua ó reciente le introducia de aquel modo en la intimidad de los personages graves con quienes de repente se veia mezclado, en la faccion de los descontentos, y sobre todo, entre los partidarios todavía reservados de la faccion de Orleans. Aquella figura habria personificado perfectamente la indiscrecion, el misterio ó la intriga en un teatro de Atenas

ó de París. El hombre que acabamos de describir se llamaba Didier. Cuando se oia su nombre, nada mas se sabia sobre su pasado y su presente, y sin embargo, se seguia preguntando.

XII.

Los diferentes papeles que habia representado desde su juventud, habian sido siempre activos, pero subalternos. Nacido en las montañas de las cercanías de Grenoble, pais de inteligencia, de movimiento y flexibilidad de carácter, educado para la Iglesia, que despues dejó por el foro, abogando en la capital y en la provincia hasta la época de la revolucion, se habia distinguido como sus compatriotas por su entusiasmo hácia las primeras reformas. Traido y llevado alternativamente por el flujo y reflujo de las opiniones, se habia unido despues de 1792 con los realistas, solicitando con otros muchos el honor de defender á Luis XVI delante de la Convencion. Vuelto á Lyon, donde habia animado el espíritu de resistencia á la república, fué pregonada su cabeza luego que se levantó el sitio de aquella ciudad. El Ródano le habia llevado en seguida al seno de los conjurados realistas del Mediodía, y desde allí, sus cartas con los emigrados acreditaron su nombre en los conciliábulos errantes de los príncipes. Estinguido aquel fuego, emigró él tambien, presentándose entonces al conde de Provenza, como agente adherido á sus desgracias y á su restauracion, y contrayendo cierta familiaridad de destierro con la córte de aquel pretendiente. Vuelto á Francia, despues del Terror, halló entre la nobleza de su provincia esa estimacion que inspiran las desgracias sufridas por una misma causa. Hízose entonces el intercesor y procurador de aquellas familias, á fin de conseguir del gobierno la restitucion de sus bienes confiscados, servicios lucrativos que le enriquecieron y pusieron en relaciones íntimas con los poderes públicos de la época del Directorio. Hábil en seguir ó anticiparse á los síntomas de la opinion vacilante, publicó en favor del restablecimiento de la monarquía legítima uno de esos folletos fogosos, intempestivos y declamatorios, mas á propósito para consignar la fecha de la fidelidad y el celo del escritor que para servir la causa del príncipe. En ese folleto llevaba el realismo hasta el escándalo, que afortunadamente para él, quedó sofocado bajo el anónimo. Al advenimiento del primer cónsul, volvió á llamar la atencion el nombre de Didier con un panegírico de Bonaparte, titulado: *Restablecimiento de la Religion*, y el cual era una invocacion á la fuerza para reconstituir el poder temporal de la Iglesia. Donde quiera que soplaba el viento popular, allí era llevado Didier por su ligereza y volaba al encuentro de la fortuna. El imperio recompensó sus adulaciones á Napoleon con una plaza de profesor de legislacion en la escuela de derecho de Grenoble, donde solo se distinguió por la exageracion servil de su entusiasmo en favor de Bonaparte. Mas atento á su fortuna particular que al estudio de su profesion, concibió planes quiméricos, en los que invirtió las sumas considerables que habia ganado en la liquidacion de los bienes de los emigrados. La primera vuelta de los Borbones en 1814 trajo á París á Didier, esperimentando ó fingiendo un entusiasmo exagerado por la causa de aquellos príncipes, que sirvió para reanudar con su córte las relaciones interrumpidas por doce años de olvido, esperando hallar en el corazon del rey el recuerdo y la recompensa del celo que habia mostrado en la emigracion. Nadie, al desembarcar Napoleon en Cannes, declamó con mas indignacion y energía contra el atentado europeo del gran proscrito.

XIII.

Sea que Luis XVIII no hubiese juzgado conveniente recompensar tan pronto en Didier el celo monárquico empleado por tanto tiempo en la defensa de otra causa, sea que la segunda caida de aquel príncipe y el segundo advenimiento de Napoleon hubiesen convertido á aquella alma voluble á otra fortuna, es lo cierto, que despues de la vuelta del rey en 1815, se mostró Didier tan exasperado contra aquel príncipe y tan exaltado en su enemistad contra él, como entusiasta y fanático de la restauracion se habia mostrado seis meses antes. Demasiado discreto y previsor para no comprender que Napoleon, vencido ya por la Europa, abandonado de la Francia y relegado á la roca de Santa Elena, no tenia en su destino un tercer reinado que esperar, Didier visitaba asiduamente á los empleados mas importantes de la casa de Orleans. En esas casas fué donde pocos dias antes de su empresa, se le oia desahogarse en voz alta en alusiones y sarcasmos contra la córte, contra los príncipes y contra el rey, y ostentar, entre las sonrisas y las aprobaciones íntimas de su auditorio, el odio y el resentimiento profundo, cuyo móvil no debia tardar en revelarse. ¿Habia concierto entre aquellos hombres afectos á la domesticidad íntima del duque de Orleans y Didier? No lo creemos. Su carácter lo repugnaba, y el mismo duque de Orleans no hubiera provocado ni escuchado de la boca de sus servidores planes de conspiracion contra su raza; pero en esas conversaciones habia por lo menos concierto de oposicion y acritud contra la casa real, y Didier, exaltándose hasta la temeridad delante de aquellos hombres, pensaba indudablemente lisonjearlos, si ya no es que creia seducirlos (1).

(1) La casualidad nos hizo entonces testigos de estas conversaciones, cuyo recuerdo de nadie tomamos mas que de nosotros mismos.

XIV.

Sea de esto lo que quiera, pocos dias despues se supo que Didier habia dejado á París, que habia recorrido los departamentos vecinos de Lyon so pretesto de asuntos personales; que habia tenido en aquella ciudad relaciones y conferencias que no se habian escapado á la policía, con los individuos de una asociacion de la independencia nacional, los cuales al poco tiempo fueron presos como conspiradores, que la mayor parte eran hombres vendidos de corazon á la causa bonapartista; que habia vuelto á París como autor de una trama cuyos hilos habia ido á anudar, y que por último se habia marchado borrando completamente sus huellas.

Hallábase ya en las cercanías de Grenoble, donde los lugares le eran conocidos como los hombres. Los habitantes de aquellas montañas, raza patriótica, soldadesca y bulliciosa, eran los mismos á quienes habian seducido los emisarios de Bonaparte antes del 20 de marzo, y los que formaron parte de su ejército despues de su union con Labedoyere.

Desde que Grenoble habia decidido con su defeccion de la suerte de la Francia, aquellos campesinos creian reconquistar á la patria, reconquistando las murallas de aquella ciudad. Los muchos oficiales y sargentos, que á consecuencia del licenciamiento se habian refugiado en aquellos pueblos, mantenian en ellos el fanatismo del nombre del emperador, y Didier sabia perfectamente que solo este nombre tenia la suficiente popularidad póstuma entre aquellas poblaciones para sublevarlas. Una vez levantados á este nombre y espulsados del trono los Borbones, los hombres políticos cambiarian fácilmente la bandera en la que la ignorancia y la preocupacion ha-

brian inscrito á Napoleon II, cautivo en Viena, y darian á la insurreccion victoriosa la única significacion dinástica que podia tener el duque de Orleans. Esto no era mas que repetir la conjuracion abortada de los generales Lallemand en 1815, que hacian marchar á sus soldados al nombre del emperador, marchando ellos mismos á otro fin. Poco importaba á Didier la bandera, siempre que esta bandera agrupara á los soldados y al pueblo y lanzára del trono á los Borbones que lo ocupaban.

XV.

Oculto á los vigilantes del gobierno bajo el nombre de Augusto, Didier habia recibido hospitalidad en la aldea de Quaix, en la casa de un antiguo oficial del ejército de Egipto, apellidado el Dromedario, por alusion á la rapidez de sus correrías por el desierto cuando mandaba los guias de Napoleon. Este oficial, afamado por su adhesion á su antiguo gefe y popularizado en aquellas montañas por las *leyendas de Oriente*, ejercia gran prestigio sobre sus compañeros de armas en Grenoble y en los pueblos inmediatos. A favor de ese prestigio pudo reunir en su casa á los oficiales, sargentos y paisanos de mas confianza y les presentó á su huésped Didier como el hombre que poseia el secreto del destino, que venia á traer á su pais el pensamiento, la señal y el honor de la patria. Didier, cuyo nombre y fisonomía conocian la mayor parte, les arengó y leyó una proclama artificiosamente redactada y en la que solo se invocaba el nombre de *independencia nacional*. Esta proclama atribuia todas las desgracias y humillaciones de la Francia á los ingleses, y llamaba al pueblo á las armas contra el estrangero, sin esplicarse sobre la clase de gobierno que personificaria aquel movimiento nacional. Los campesinos, que solo comprenden

los nombres populares, quedaron admirados. El huésped de Didier reclamó contra una reticencia que robaba el nombre del emperador al entusiasmo de sus veteranos. Didier consintió en satisfacer todos los deseos, hablando alternativamante de Napoleon II al vulgo de los conjurados, del duque de Orleans á la parte mas escogida y de un movimiento de independencia nacional á la multitud. De este modo recorrió las montañas, los valles de Grenoble hasta Chambery, Eybens, los Adrets, Pontcharra y Tencin, alistando secretamente en todas partes agentes secundarios de su causa, animando con el fuego de su odio los corazones de sus partidarios y arrojando á la aventura en sus proclamas y en sus banquetes nocturnos, ó el nombre de Napoleon II ó el misterioso de otro príncipe. Joly, el gefe del batallon Briellet, el capitan Polissier, el antiguo guarda-bosques Cousseaux, Joannini, oficial piamontés, casi todos restos del batallon sagrado que se habia agrupado alrededor del emperador en Grenoble y le habia acompañado á Paris llegaron á ser los agentes activos y los gefes futuros del levantamiento. Por medio de semiconfidencias lograron preparar para acontecimientos desconocidos á trescientos oficiales ó sargentos de la ciudad y de los arrabales. Empero sus esfuerzos no obtuvieron el mismo resultado en la clase media, en el pueblo y en las escuelas, donde no pudieron hacer tantos prosélitos. Sin embargo, en Vizille, un ugier llamado Charlet, Dussrt, antiguo *maire* y guia del ejército de los Alpes en Allemont; Durif, *ex-maire* de Vaujany; Drevet, antiguo soldado de la guardia; Buisson; Genevois; Dufrene; Guillot; Dumoulin, en La Mure; Bremet, notario; Milliet, propietario en Goncelin; Santon, maestro de postas en Lumbin; Adine, inspector de aduanas en Pontcharra; Julien, teniente de aduaneros; Jurbert, capitan del mismo cuerpo, Joly, teniente licenciado en Tencin; y todos aquellos á quienes el odio contra los Borbones, la antipatía contra el estrangero, los recuerdos de la república, el fa-

natismo por Napoleon, la ambicion frustrada, la pérdida de su fortuna, la postergacion en su carrera y la ociosidad fastidiosa, podian estimular y arrastrar á las tentativas desesperadas para subir á la superficie de las cosas, recibieron la consigna, las insinuaciones íntimas, las promesas engañosas, la seguridad de la cooperacion de París y del concierto con el Austria, en fin, la señal y el soplo de la conspiracion. Los republicanos de Grenoble, individuos de otras sociedades secretas igualmente hostiles á los reyes, conocieron el complot, desconfiaron de él y se negaron á tener la menor participacion con los conjurados. Mas consecuente ese partido consigo mismo no quería entregarse por cambiar una monarquía que le pesaba, por una tiranía que bajo el nombre de Bonaparte habia ya vendido su causa y arruinado sus esperanzas. El yugo militar y durísimo de un segundo imperio le humillaba de antemano mas que el yugo ligero, fácil de sacudir de un rey pacífico y constitucional. Dejaron, pues, á Didier, á sus soldados imperialistas y á sus incautos campesinos correr á la sedicion, al triunfo ó á su ruina, contentándose con no venderlos, pero sin auxiliarles de otro modo que con su silencio é inercia.

XVI.

El invierno habia pasado en estos preparativos que mil sordos rumores hubieran podido descubrir á la policía, si hubiera sido mas vigilante. En los primeros dias de la primavera habia ido Didier á Saboya y hasta Turin para anudar al pie y mas allá de los Alpes algunos hilos de su conspiracion. Habiendo vuelto en los últimos dias de abril al centro de sus tramas, dió la señal para la noche del 4 de mayo. A esta órden trasmitida de pueblo en pueblo por los oficiales y habitantes alistados en la

conjuracion, se arman los conspiradores al anochecer, se levantan á los gritos de *Viva el Emperador!* se forman en pequeñas columnas, á las órdenes de los antiguos militares de sus comunes, se dirigen hácia la villa central de Eybens, donde habia establecido Didier su cuartel general, y se ponen en marcha sobre la ciudad, donde nada habia despertado todavía la menor sospecha, pues el secreto habia sido guardado como por una sola alma. Tres ó cuatro mil hombres organizados y armados se hallaban á pocos pasos de Grenoble, y sin embargo el general, el prefecto y los coroneles reunidos en una casa, se entregaban con la mayor seguridad al placer y á la diversion, pues el carácter de las conjuraciones populares es estallar sin haber avisado. Cuando en el corazon de todos existe el mismo pensamiento, no hay necesidad de hablar, el misterio concierta y el silencio habla.

Didier marchaba á caballo á la cabeza de aquellas columnas reunidas, viendo desde lo alto de las últimas colinas las puertas y las murallas desarmadas de la ciudad, felicitándose del triunfo seguro de su causa y proyectando marchar al dia siguiente sobre Lyon, con el parque de artillería, seguido y precedido de la insurreccion irresistible de aquellas provincias, y sublevar á París y á toda la Francia bajo los pasos del estrangero sorprendido y del trono desplomado.

XVII.

Mr. de Montlivault, prefecto de Grenoble, el general Donnadieu, comandante del departamento, el coronel Vautré y algunos otros gefes de la guarnicion hablaban juntos, cuando un hombre desalentado y fatigoso, la ropa en desórden y los pies llenos de polvo, se presentó en el salon y pidió que le oyeran al punto el general y el pre-

fecto. Ese hombre era el adjunto de Larmure, el pueblo mas importante y separado de las operaciones de Didier, célebre por el encuentro de Napoleon y de Labedoyere, y en el cual parecia que aquellos dos grandes conspiradores habian dejado su espíritu. Informado de la conspiracion, en el momento en que los conjurados de Lamure corrian á las armas, aquel magistrado, llamado Mr. Cluczin, fiel al rey y presagiando las desgracias públicas, ensilló su caballo y saliéndose de Lamure por senderos y atajos que él conocia, se dirigió al galope hácia la ciudad á fin de avisar á las autoridades realistas y evitar un choque mortal á los dos partidos. Cruzando en su camino por otras columnas trasversales que descendian de las montañas hácia Eybens, tuvo que abandonar su caballo temeroso de ser delatado por el ruido de sus herraduras y corrió á pie á dar la señal del peligro y de la resistencia. «Todos los habitantes del campo marchaban sobre Grenoble, sus fuegos convenidos brillaban ya sobre los picos que dominaban á la ciudad, y se podia oir desde lo alto de las murallas el rumor sordo y los pasos de la multitud armada de que iban á ser acometidos.»

Al oir estas palabras, los unos dudan, los otros se sonrien de las exageraciones y quimeras de la imaginacion delatada por el miedo, y los otros se alarman y dispersan para ir á tomar mejores informes. Nuevos avisos de diferentes puntos del valle de Grenoble vienen á confirmar de minuto en minuto las primeras noticias. El general Donnadieu, hombre de ejecucion pronta, pero de resolucion fria, sale de la prefectura para ir á armarse y reunir sus tropas, aunque dudando todavia de la realidad y de la eminencia del peligro. La noche estaba oscura, él iba solo y marchaba á pasos lentos por la calle, cuando se encontró de pronto frente á frente con un jóven que retrocede al reconocer al general, vacila y trata de huir por el lado opuesto de la calle. Donnadieu cogió al fugitivo, le condujo al pie de un farol y á la claridad de su

reverbero, reconoce que es un oficial retirado, ve brillar debajo de su capa el puño de un sable y dos pistolas, cree tener en sus manos á un cómplice armado de la conjuracion, y conduciéndole él mismo al puesto mas inmediato, le desarma y le entrega á los soldados. Las legiones del Isere y del Herault, los dragones de París y la guardia nacional de Grenoble corren á las armas; un destacamento marcha sobre Eybens por un camino estraviado para esplorar ó cortar la columna de Didier; mas este destacamento, demasiado tardío y débil, tropieza á muy pocos pasos de la ciudad con los insurgentes que venian animados por la multitud de oficiales que forman su vanguardia, y á los gritos de *viva el emperador* es rechazado y dispersado. Apenas habia sesenta pasos entre la columna de Didier y las puertas abiertas de la ciudad. La derrota del destacamento y los gritos que subian del llano revelan á Donnadieu la gravedad del peligro, é inmediatamente despacha al coronel Vautré para que corra á la cabeza de la legion del Isere, reuna los fugitivos y cargue al enemigo. Lánzase Vautré sobre la vanguardia de Didier que le hace fuego, y entonces se empeña entre los legionarios y los campesinos una refriega encarnizada que hacia mas sangrienta la oscuridad de la noche. Soldados veteranos de ambas partes se disputaban con igual intrepidez el terrano; los heridos y los muertos obstruyen el puente levadizo de Grenoble; pero Vautré, sostenido por los refuerzos que llegan del cuartel inmediato á la puerta, inspira su alma á los soldados, y rompiendo al fin la cabeza de la columna de los insurgentes, corre delante del peloton de los campesinos, les hace un fuego vivísimo y los obliga á retroceder. Consternado Didier con este primer golpe, corre hácia Eybens para reunir allí á sus campesinos; les arenga y anima y trata de llevarlos nuevamente al asalto de las puertas, mas rara vez tienen reparo los reveses de las insurrecciones. Asi es que el valor se desvaneció con la esperanza; el paso de los ca-

ballos de los dragones del Sena pone en fuga por todas partes á aquellas columnas desbaratadas, y el caballo de Didier cae debajo de él herido por un tiro disparado al azar, y Didier apenas tiene tiempo para levantarse y echar á huir por entre los bosques que dominan á Eybens.

Al amanecer entraba Vautré, despues de haber purgado el campo, en aquella villa abandonada, cuartel general de la sublevacion, y en la plaza desierta encuentra el cadáver del caballo de Didier y el cuerpo del capitan Joannini, tendido al lado de su propio caballo que olfateaba á su amo. Joannini tenia entre sus dientes un papel medio rasgado, y en él se leian los nombres de los gefes del movimiento, que sin duda al morir quiso sustraer á la venganza de los vencedores. Vautré siguió su victoria hasta La Mure, desarmó aquella villa y los pueblos sospechosos, y volvió á Grenoble con los despojos de la insurreccion, con carretas llenas de armas y prisioneros. Al llegar cerca de la puerta de Grenoble, uno de aquellos prisioneros, el notario Guillot, pasó por el mismo camino empapado aun con la sangre de su hijo, muerto la víspera en el asalto de aquella puerta. Seis cadáveres y multitud de heridos esparcidos por los senderos de Eybens á Grenoble marcaban las huellas de aquella conspiracion.

XVIII.

Tal fué el desenlace de la trama sangrienta, aunque breve y sin resultado de la conspiracion de Didier. Victoriosa no hubiera tenido consecuencia ninguna sobre el resto de la Francia; vencida, no dejaba otros vestigios que suplicios. Las autoridades militares y civiles de Grenoble quisieron sin embargo exagerar su importancia á fin de aumentar sus servicios. Aquellos hombres no la inventaron ni la provocaron, como insinuó el espíritu de

rivalidad y de recriminacion entre los mismos vencedores; pero dejaron propagar su eco mas allá de sus proporciones verdaderas, y de este modo autorizaron involuntariamente al gobierno á concebir temores desproporcionados al peligro y á imponer castigos desproporcionados tambien al crímen.

Al dia siguiente de aquella noche funesta, el general Donnadieu, impaciente por probar su reciente adhesion á los Borbones con la brillante relacion de un servicio inmenso hecho á su causa, escribió á los generales de los departamentos vecinos en términos que carecian de modestia y de verdad. «*Viva el rey*, decia en el despacho dirigido á sus colegas, *viva el rey*. En el espacio de tres horas no ha cesado de correr la sangre, ¡*viva el rey*! Los cadáveres de sus enemigos cubren todos los caminos que conducen á esta ciudad... Desde media noche hasta las cinco de la mañana, no ha cesado el fuego de fusilería en el radio de una legua... Todavía en este momento la legion del Isere, que se ha cubierto de gloria, se halla en persecucion de los fugitivos, y llegan aqui los prisioneros á centenares... El tribunal prebostal hará pronta y severa justicia.»

Tales eran las espresiones indignas de un gefe militar, que no hace mas que cumplir con un deber facilísimo, por medio de las cuales anunciaba el general victorioso á la Francia y al gobierno, el principio y término de aquella conjuracion. Ellas esplican las exageradas emociones y la prontitud de represion del mismo gobierno. Una victoria sobre las facciones interiores, era para él una consolidacion brillante y solemne á los ojos de la Francia y del estrangero, porque era muy natural que tratase como su general, de exagerarse á sí mismo el peligro para exagerarse el triunfo. Pero ¿habia necesidad de precipitarse á teñir inútilmente de sangre estas exageraciones?

El prefecto de Grenoble dirigió una proclama á la

ciudad en términos mas moderados; pero declarando que el tribunal prebostal iba á imponer á los delincuentes la pena capital sin dilacion alguna y sin indulgencia. Mas de cuatrocientos presos llenaban las cárceles. El tribunal reunido el 6 de mayo condenó á la pena de muerte á Drevet, Buisson y David que habian tomado las armas en el combate nocturno de la antevíspera. Al dia siguiente fueron conducidos al suplicio, á donde marcharon cantando canciones patrióticas, y su último grito de ¡*Viva el emperador!* fué sobre el cadalso lo que habia sido en el campo de batalla.

No parecia sino que se queria quitar el tiempo á la reflexion y evitar con la prontitud del suplicio las esplicaciones, el arrepentimiento, las disculpas y la clemencia que podia surgir de una instruccion tomada á sangre fria. El mismo gobierno, aturdido con los despachos de Grenoble, se prestaba demasiado á aquella precipitacion, y con la rapidez de sus medidas y el número de sus víctimas daba crédito á sus peligros y á su fuerza. Acosado en Paris por las reconvenciones de debilidad que le dirigian en la Cámara, en los periódicos y en la córte del conde de Artois, aprovechaba aquella ocasion de desmentir las sospechas de los ultrarealistas, mostrándose tan irritado é implacable como ellos.

El ministro de Policía Mr. Decazes, espidió una circular en la que declaraba en estado de sitio á catorce departamentos, premiaba las delaciones, provocaba las prisiones, avivaba el celo, llamaba á las armas á los poderes militares y ponia á los ciudadanos sospechosos á disposicion de los poderes civiles. «Que tiemblen los malos ciudadanos, respondian á esta circular el prefecto y el general Donnadieu. Las autoridades tienen un poder discrecional; en cuanto á los rebeldes, la cuchilla de la ley va á caer sobre ellos.» El mismo general, renovando por una órden del dia las prescripciones romanas, reputaba crímen capital la hospitalidad aunque fuese involuntaria. Esta órden del dia prescribia que, «los habitantes de la casa donde fuese encontrado Didier serian entregados á una comision militar para ser pasados por las armas.» Y llevando el vilipendio del honor hasta poner precio á la traicion y al asesinato, añadia la órden: «Se concede al que entregue á Didier *muerto* ó *vivo* una suma de 3,000 francos.» El prefecto ratificaba dos dias despues estos decretos terribles, haciendo estensivo el crímen de hospitalidad y compasion á todos los que á sabiendas hubiesen dado asilo á cualquiera individuo que hubiese pertenecido á las turbas sediciosas. «Será preso, decia el prefecto, condenado á la pena de muerte y su casa demolida.»

No habia usado de otro lenguaje Couthon en su proconsulado de Lyon en 1793. Todos los partidos se acusan y se parecen, cuando no colocan sobre sus resentimientos la conciencia, la ley y la humanidad.

El tribunal prebostal, demasiado lento, fué reemplazado por un consejo de guerra, tribunal armado, donde el coronel Vautré, que habia combatido la víspera, juzgaba al dia siguiente á los prisioneros.

XIX.

De veinte y un condenados á muerte, solamente cinco fueron indultados, y dos obtuvieron el sobreseimiento; los demas pagaron con su vida el dia 10 de mayo su delito de rebeldía; la mayor parte eran campesinos arrastrados por el torrente de la sedicion, cuya sangre inútil no consolidaba ninguna causa. Cayeron en masa atravesados por las balas, no dejando mas que cadáveres casi desconocidos á aquella carnicería de justicia.

Sin embargo, el 12 de mayo llegaron á París las peticiones de indulto ó sobreseimiento dirigidas por el mismo

consejo de guerra y recomendadas por el general y el prefecto. Todos creian en Grenoble que el gobierno, satisfecho ya con aquellas dos hecatombes, participaria de los escrúpulos de su propio tribunal, mucho mas, habiendo entre los siete condenados, cuya ejecucion se habia suspendido, hombres dignos de compasion y hasta jóvenes arrastrados á la sedicion por sus propios padres. ¿Qué consideraciones políticas pudieron pesar sobre el consejo del rey y sobre la mano del ministro de policía? Pueden casi adivinarse, pero no hay derecho para decirlas. Presion de los realistas, concesion de sangre á su terror, emulacion de celo, sed de ejemplo, miedo á ser acusado él mismo si disculpaba á los reos; cualquiera que fuese el motivo, interés ó temor el que dictara la respuesta del ministro, esta respuesta partió implacable, inesperada, siniestra; partió por el telégrafo, instrumento aéreo, imperfecto de comunicacion, en la que una sílaba omitida ó truncada llevaba la vida ó la muerte á siete hombres. ¡Unico ejemplo de suplicio mandado como en Oriente por señas! Aquella respuesta consternó á los jueces y á los mismos ejecutores:

«Os anuncio de órden del rey, decia el despacho, que solo se indulte á los que hayan revelado cosas importantes.

»Los veinte y un condenados deben ser ejecutados, asi como David.

»El decreto del 9, relativo á los encubridores, no puede cumplirse á la letra.

»Se prometen veinte mil francos á los que entreguen á Didier.»

XX.

El mismo cielo parecia, al cubrirse de niebla, querer interceptar ó suspender aquel despacho de muerte, y dar

tiempo á los ministros para arrepentirse; pero ningun parte llegó revocando la órden. El general y el prefecto la recibieron el 15, y aquel mismo dia á las cuatro de la tarde, las siete víctimas, cuya agonía no habia hecho mas que prolongar el escrúpulo del consejo de guerra, marcharon al lugar de las inmolaciones, y arrodillándose á la orilla del foso de la esplanada, todavía enrojecido con la sangre de sus hermanos, recibieron la descarga en el corazon. Un niño de 16 años, Mauricio Miard, en quien ningun código civilizado reconocia la edad de discernimiento y de crímen, habia marchado con los demas, al lado de un anciano que le animaba á la muerte. Mal herido por las balas, ora fuese por su estatura infantil, ora por compasion de la tropa, pues al apuntar, todos habian apartado del niño sus fusiles, Mauricio, herido apenas y cayendo con los demas al ruido de la descarga, se agita bajo aquel grupo de cadáveres, levanta la cabeza, estiende los brazos y pide á sus asesinos la muerte por completo ó la vida. Tres nuevas descargas le conceden la muerte, y vuelve á caer inanimado sobre sus compañeros de suplicio.

El remordimiento de aquel asesinato antes de la edad persiguió despues hasta el sepulcro, como una fatalidad de su vida, á todos los hombres á quienes el celo, la emulacion de servicios en favor de su causa ó la política desnaturalizada dieron un papel en aquella tragedia y una parte en aquella sangre de la inocencia.

El mismo Donnadieu, al referir el suplicio á los ministros, contó la sublevacion que habia escitado en la conciencia pública.

XXI.

Asi perecian los instrumentos de la sedicion, mientras que los gefes se ocultaban y libraban del castigo. El

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mismo Didier, acompañado de Dussert, Durif y Cousseaux, sus cómplices principales, habia logrado pasar las fronteras de la Saboya; mas abrumado por la ruina de sus concepciones, herido en la pierna por la caida de su caballo herido en Eybens, enervado y casi estenuado de hambre, de insomnio y de fatiga, quedábale que sufrir las reconvenciones de sus cómplices, y muy en breve quizás su traicion. «Nos habeis engañado,» le decian sus tres compañeros de fuga en el valle solitario de los Alpes, donde se sentaron por primera vez junto al hogar de un pastor, «nos habeis engañado; María Luisa no estaba en Eybens, y ningun grito ha contestado al grito de viva el emperador dentro de los muros de Grenoble!—Pues bien, sabedlo al fin, respondió el gefe, si hubiéramos triunfado, al duque de Orleans hubiera dado la Francia la corona.—¡El duque de Orleans! esclamó Dussert; Borbon por Borbon, prefiero á Luis XVIII. — Si la Francia lo hubiese desechado, replicó Didier, todo estaba previsto, habríamos proclamado la república.» Indignado Cousseaux, le abandona: Dussert y Durif siguen con él su camino al través de las montañas. La gendarmería piamontesa, avisada por el gobierno francés, espiaba ya sus pasos. Didier se dirigia penosamente á San Juan de Maurienne, valle que era necesario atravesar para llegar al asilo que sin duda se habia preparado en Italia ó en Suiza, al verificar sus escursiones en la última primavera. Al llegar á San Sorlin de Aave, pueblo poco distante de San Juan de Maurienne, se echó abrumado de fatiga sobre un jergon de la posada, y se quedó profundamente dormido esperando la cena que se le preparaba. Durante su sueño, le abandonaron sus compañeros Dussert y Durif. El posadero, llamado Balmain, los siguió, y ora fuese indiscrecion de Durif y de Dussert, ora mera sospecha, el resultado es que corrió á avisar á la gendarmería de San Juan de Maurienne, y á vender á su huésped, cuya cabeza sabia estaba pregonada.

Al despertar Didier, se asombra de no ver en torno del hogar ni á sus amigos ni á su huésped. Su corazon se turba; mas la muger del posadero, avergonzada de la traicion premeditada de su marido, se echa á los pies del anciano, le revela el lazo que se le tendia, le da pan, cura sus pies hinchados por las heridas y por el cansancio del camino y le enseña los bosques donde podrá ocultarse á la vista de sus perseguidores. Didier se arrastra hasta la cumbre de la montaña por entre la espesa niebla, no sabiendo si corre mas peligro en Francia que en los Alpes, y cae estenuado y lleno de desesperacion sobre la tierra fria y cubierta de nieve, y se desmaya. Al recobrar sus sentidos, vuelve á bajar, entra en una quesera separada del pueblo, y alli es socorrido por la muger, y rechazado aunque no vendido por el marido. Le dan un muchacho para que le conduzca á una granja desierta y aislada, situada en una pradera al pie de las montañas donde pastan los ganados; alli se abriga y se acuesta sobre la yerba del granero.

Entre tanto su primer huésped, el traidor Balmain, vuelve acompañado de los gendarmes de Maurienne, creyendo poder entregarles á su huésped dormido. Su muger le confiesa que ha querido evitar ese baldon á su casa, y á sus hijos aquella riqueza tan mal adquirida por medio de la traicion. El ambicioso mesonero insulta á su muger y á sus hijos, guia á los gendarmes, pregunta á los pastores de la montaña y sabe por uno de ellos que se habia visto á un anciano fatigado atravesar el bosque hácia la granja desierta; corre á este sitio con los carabineros, cerca la cabaña, echa la puerta abajo, descubre á Didier tendido sobre la paja, lo entrega á los gendarmes y mendiga la recompensa de los delatores. Didier, conducido primeramente á Turin, es entregado á la Francia y llevado á Grenoble al teatro de su crímen. Recíbele el general Donnadieu, le interroga y supone haber recibido noticias sobre ramificaciones misteriosas que daban

mucha importancia á su conspiracion; empero Donnadieu era por su parte demasiado interesado para ser imparcial en la interpretacion de aquellas supuestas revelaciones. Por otro lado, la vanidad misma de Didier estaba interesada en exagerar el complot que él habia fraguado. «¡De qué peligro hemos escapado!» Esclamó el general hablando con el coronel Vautré, despues de su conversacion secreta con Didier. «Aunque el rey me hiciera mariscal de Francia y á tí teniente general, nada haria demas para pagar el servicio que le hemos hecho.» Palabras que revelan la mitad del misterio de aquella conjuracion. Ligereza en unos, ambicion en otros, credulidad aqui, exageracion alli, nubes y oscuridad en todas partes.

XXII.

En cuanto Didier perdió toda esperanza, se hizo sincero y no trató ya de engañar á los demas, ni engañarse á sí mismo sobre la naturaleza del acto que él solo habia concebido, perpetrado y llevado á cabo. Su alma ligera y agitada recobró el aplomo y la tranquilidad al borde del sepulcro. Volvióse á Dios y aceptó en espiacion de su demencia la muerte que no podia evitar. Empleó sus últimas horas en la lectura de la *Imitacion de Jesucristo*, manual precioso de resignacion y penitencia cristiana. Una esposa inseparable y unos hijos sumisos y cariñosos se interpusieron dia y noche entre la venganza pública y él. No trató ya de agravar, ni de paliar su crímen; antes dejó entrever que la gloria del conspirador que lograba cambiar por medio del misterio y de la audacia la faz de su pais, habia sido el móvil principal de su conjuracion, é hizo notar, y aun pareció deplorar él mismo, la contradiccion que existia entre su vida consagrada á la causa, al amor y al servicio de los Borbones, y su muerte

merecida por un atentado contra su familia. «¡Ay! dijo, he marchado de espaldas hácia el cadalso!» Y en seguida se quedó abismado en una religiosa aceptacion de su suerte, sin mostrarse admirado ni abatido con su sentencia de muerte. Vuelto á su calabozo, pasó en él las últimas horas, dulcificadas por las bendiciones de la religion y las ternuras de su esposa, que se sepultaba de antemano en el féretro del condenado. Jamás el amor conyugal participó mas completamente del suplicio para no dejar mas que una mitad de él al moribundo. El general Donnadieu, persiguiendo el misterio político que esperaba arrancar á Didier al pie del cadalso, penetró en el calabozo un momento antes de la hora de la ejecucion. «¿Qué he de confesaros? respondió Didier á las instancias del general, dentro de una hora ya no existiré.» Y como Donnadieu volviera á insistir, le dijo; «pues bien, decid al rey que la única prueba de agradecimiento que puedo darle en cambio de los beneficios que he recibido de él, es aconsejarle que aleje de su lado, del trono y de la Francia al duque de Orleans y á Mr. de Talleyrand.» «Estas fueron, escribió el general, las últimas palabras de un hombre dispuesto á entrar en la eternidad.»

XXIII.

Entregado un minuto despues á los verdugos, le ataron las manos y cortaron sus cabellos blancos, que recogió y regó con sus lágrimas su afligida esposa, la cual envejecida en el dolor y fuerte en la muerte, se preparaba á acompañarle hasta el cadalso para recoger de este modo su sangre y su cuerpo. Preciso fué emplear una piadosa violencia para arrancar á su marido de sus brazos. Didier marchó al suplicio con la cabeza descubierta, echada una capa sobre sus hombros para guarecerse de la

abundante lluvia que caia: las calles estaban desiertas y por todas partes reinaba el silencio de la muerte. Su paso era firme, y no cesaba de mirar á los edificios, á las ventanas y á los rostros que habia conocido en su ciudad natal. Al desembocar en la plaza del suplicio, se abrió y cerró de repente una ventana, saliendo de ella un grito de desesperacion que desgarró los aires y los corazones. ¡Adios supremo de una esposa ó de una hija escapada á la vigilancia de la familia para lanzar su alma al moribundo!

Didier se volvió y puso pálido al oir aquel grito, al cual iba á contestar desde la otra vida. En seguida volvió á su oracion mental, subió sin vacilar las gradas del cadalso, separó con la mano al verdugo que queria inútilmente acomodar su cabeza debajo de la cuchilla, se colocó él mismo, y recibió como mártir el golpe que como conspirador habia provocado.

XXIV.

Con él se desvaneció una conjuracion que la llevaba toda en su cabeza. A pesar de los esfuerzos del general Donnadieu y de los hombres que habian querido dar á la conspiracion de Grenoble la importancia de una revolucion, para achacar el crímen unas veces á Mr. Decazes, otras á Mr. de Talleyrand, y otras al mismo duque de Orleans, ningun indicio vino á justificar estas sospechas en el espacio de treinta años. Las mismas palabras que habia pronunciado Didier en los últimos momentos de su vida, vagas, arrancadas por la fuerza, escuchadas por un solo testigo interesado, é interpretadas por él solo en el sentido de su propia importancia ó de su odio, eran un aviso mas bien que una acusacion. Verdad es que despues de su advenimiento al trono, parecia que el duque de Orleans queria hacer de la causa de Didier su propia causa, confiriendo á su familia los empleos públicos, recompensando á sus cómplices é indemnizando á sus víctimas; pero ya se sabe que las revoluciones consumadas se constituyen casi siempre en herederas de las revoluciones intentadas, por mas que hayan sido estrañas á esas tentativas. El sucesor de los Borbones se veia obligado á aceptar, como derramada por él, cada gota de sangre vertida contra ellos durante su reinado, y la de las veinte y cinco víctimas de Grenoble habia tenido un eco demasiado siniestro para olvidarlo. Lo cierto es que Didier, si hubiera triunfado, causaba inevitablemente un cambio de dinastía, no en favor de un niño preso en Viena, sino en favor de un príncipe maduro, hábil, popular y presente en Francia. Al levantar aquel conspirador la bandera de Grenoble contra el rey, creia lisongear á los partidarios prematuros de la casa de Orleans, y aun servirles y arrastrarlos tal vez, sin querer ellos, á su victoria. El príncipe de Orleans no conspiraba ni daba á nadie el mandato de conspirar por él, esto es evidente; pero las habladurías de la córte, las acusaciones de los partidos, y las enemistades sordas de familia estallaban demasiado cerca de él entre sus amigos y servidores, para que no pareciera responsable de las inducciones que un conspirador oficioso podia sacar de aquellas apariencias. El duque de Orleans, inocente de hecho y de voluntad durante todo el curso de la restauracion, era culpable de situacion, de actitud y de silencio: Didier lo fué de vanagloria buscada en la sangre, Donnadieu de jactancia, Decazes de prontitud en servir al odio de la córte y de la Cámara, haciendo una seña de muerte á los verdugos de Grenoble, el rey de complacencia á su partido y de implacabilidad para con los vencidos que no tenian esperanza de volver á levantarse. Esta trágica intriga desatada por los cadáveres de tantas víctimas, dejó una

abundante lluvia que caia: las calles estaban desiertas y por todas partes reinaba el silencio de la muerte. Su paso era firme, y no cesaba de mirar á los edificios, á las ventanas y á los rostros que habia conocido en su ciudad natal. Al desembocar en la plaza del suplicio, se abrió y cerró de repente una ventana, saliendo de ella un grito de desesperacion que desgarró los aires y los corazones. ¡Adios supremo de una esposa ó de una hija escapada á la vigilancia de la familia para lanzar su alma al moribundo!

Didier se volvió y puso pálido al oir aquel grito, al cual iba á contestar desde la otra vida. En seguida volvió á su oracion mental, subió sin vacilar las gradas del cadalso, separó con la mano al verdugo que queria inútilmente acomodar su cabeza debajo de la cuchilla, se colocó él mismo, y recibió como mártir el golpe que como conspirador habia provocado.

XXIV.

Con él se desvaneció una conjuracion que la llevaba toda en su cabeza. A pesar de los esfuerzos del general Donnadieu y de los hombres que habian querido dar á la conspiracion de Grenoble la importancia de una revolucion, para achacar el crímen unas veces á Mr. Decazes, otras á Mr. de Talleyrand, y otras al mismo duque de Orleans, ningun indicio vino á justificar estas sospechas en el espacio de treinta años. Las mismas palabras que habia pronunciado Didier en los últimos momentos de su vida, vagas, arrancadas por la fuerza, escuchadas por un solo testigo interesado, é interpretadas por él solo en el sentido de su propia importancia ó de su odio, eran un aviso mas bien que una acusacion. Verdad es que despues de su advenimiento al trono, parecia que el duque de Orleans queria hacer de la causa de Didier su propia causa, confiriendo á su familia los empleos públicos, recompensando á sus cómplices é indemnizando á sus víctimas; pero ya se sabe que las revoluciones consumadas se constituyen casi siempre en herederas de las revoluciones intentadas, por mas que hayan sido estrañas á esas tentativas. El sucesor de los Borbones se veia obligado á aceptar, como derramada por él, cada gota de sangre vertida contra ellos durante su reinado, y la de las veinte y cinco víctimas de Grenoble habia tenido un eco demasiado siniestro para olvidarlo. Lo cierto es que Didier, si hubiera triunfado, causaba inevitablemente un cambio de dinastía, no en favor de un niño preso en Viena, sino en favor de un príncipe maduro, hábil, popular y presente en Francia. Al levantar aquel conspirador la bandera de Grenoble contra el rey, creia lisongear á los partidarios prematuros de la casa de Orleans, y aun servirles y arrastrarlos tal vez, sin querer ellos, á su victoria. El príncipe de Orleans no conspiraba ni daba á nadie el mandato de conspirar por él, esto es evidente; pero las habladurías de la córte, las acusaciones de los partidos, y las enemistades sordas de familia estallaban demasiado cerca de él entre sus amigos y servidores, para que no pareciera responsable de las inducciones que un conspirador oficioso podia sacar de aquellas apariencias. El duque de Orleans, inocente de hecho y de voluntad durante todo el curso de la restauracion, era culpable de situacion, de actitud y de silencio: Didier lo fué de vanagloria buscada en la sangre, Donnadieu de jactancia, Decazes de prontitud en servir al odio de la córte y de la Cámara, haciendo una seña de muerte á los verdugos de Grenoble, el rey de complacencia á su partido y de implacabilidad para con los vencidos que no tenian esperanza de volver á levantarse. Esta trágica intriga desatada por los cadáveres de tantas víctimas, dejó una

mancha indeleble sobre todos aquellos nombres y sobre aquel reinado.

El precio de la cabeza de Didier, pagado á su huesped Balmain y á su delator Sert, no aprovechó á la traicion. Este último, despues de haber recibido los veinte mil francos prometidos, y un empleo en un departamento distante, se vió allí perseguido por la mala fama del vergonzoso tráfico que acababa de hacer, aislado entre la multitud, injuriado en el nombre de sus hijos, obligado á vender á vil precio sus bienes paternos y escluido de todo comercio con los hombres y aun con Dios, cuyos templos se cerraban á su presencia.

La casa de Balmain, huesped infiel y venal, fué marcada con un signo de reprobacion y abandonada por los viageros. Su muger murió avergonzada de llevar su nombre, y sus hijos dejaron el pueblo; el padre despues de haber mendigado en Paris el precio de la sangre de Didier, perdió la razon al volver á sus montañas; pero sin poder perder el recuerdo de su traicion. El salario de la delacion no aprovecha ni á los que lo ganan, ni á los que lo pagan. Es una ley de Dios que los mismos hombres se encargan de ejecutar.

XXV.

Apenas habian sido descubiertas las conspiraciones de Grenoble y de Lyon, cuando las sociedades secretas, resentidas por las venganzas implacables con que habian sido castigadas, se pusieron á trabajar con mas ardor para intentar nuevos levantamientos. Un operario de una fábrica de cueros, llamado Plaignier, el escritor público Carbonneau y el cincelador Tolleron, forman el núcleo imaginario de una asociacion de conspiradores, bajo el nombre de *patriotas de* 1816. Espiados por la policía,

que habia ingerido á uno de sus provocadores en sus reuniones, los estimula este agente á intentar el asalto de las Tullerías, haciendo brecha por medio de la esplosion de una mina introducida por una alcantarilla que une el rio con el palacio. Se dejó edificar aquella andamiada de perversidad y puerilidades, hasta la altura de un crímen de Estado. Un jurado apasionado, implacable como todos los tribunales de opinion en los tiempos de partido, condenó á los tres primeros fundadores de la reunion á la pena de los parricidas, y á penas infamantes á diez y siete cómplices inferiores, entre los que se contaban varias mugeres. La policía retiró á sus agentes de la causa y no aparecieron en ella mas que los tontos que ella misma habia reclutado. Plaignier, Carbonneau y Tolleron, marcharon á la muerte, cubierto el rostro con un velo negro, como si hubiesen atentado á la vida de sus padres. Antes que la cabeza, les cortaron la mano derecha. El horror que naturalmente debian inspirar aquellos suplicios, por crímenes tan dudosos ó indecisos, acrecentó el odio del pueblo, odio que al comprimirlo lo hizo mas temible y perverso. Las sociedades ocultas se entendieron por medio de signos, de un estremo á otro del reino, y el eco de las condenas contra los generales acusados de complicidad con Bonaparte durante los Cien Dias, añadia nuevas tragedias á aquellas tragedias. El almirante Linois y los generales Debelle y Travot, eran condenados á la pena de muerte. Drouot y Cambronne se salvaban de la misma pena, solo por débil mayoría. El general Chartron era fusilado en la ciudadela de Lila; el general Bonnaire deportado; su ayudante de campo Mietton ejecutado; el general Mouton-Duvernet inmolado en Lyon; los generales Lefebvre-Desnouettes, Rigaud, Gilly, Gruyer, Radet, Drouet d'Erlon, los dos Lallemand, Clausel, Brayer y Ameilh, unos presos, y otros fugitivos, espiaban en persona ó en efigie la pena, casi siempre capital, de su defeccion.

Los procesos de imprenta y los de palabras sediciosas, seguian en todas partes á esas condenaciones ó ejecuciones militares. Los tribunales correccionales rivalizaban en rigor con los jurados criminales y los consejos de guerra. El partido de la córte y de las Cámaras, insaciable de severidad, censuraba por medio de la pluma de sus escritores, la blandura de las represiones y la longanimidad del rey y de sus ministros. No hay tirano mas implacable que una pasion pública. Luis XVIII gemia sin sentirse con fuerzas para contener, y creia rescatar por medio de esos sacrificios hechos á la venganza ó á la seguridad de su trono, la confianza y la dulzura que habia recomendado á su familia, y de las que habia sido castigado por los bonapartistas en su primer reinado. El duque de Richelieu, esclusivamente atento á emancipar el territorio, obra principal de su ministerio, creia apresurar la evacuacion del suelo, mostrando á los estrangeros el reinado actual, vengado en todas partes, temido ú obedecido.

XXVI.

Mr. Decazes, no obstante sus concesiones á los clamores de la córte del conde de Artois, no desconocia que el gobierno derivaba de su línea é iba á ser arrastrado á los escollos de los gobiernos de partido, y que él seria el primer fragmento que aquella reaccion arrebatase. Jóven todavía, odiaba aquella córte de la emigracion que se habia hecho adusta en la soledad del destierro y estaba desorientada en su propio pais; hombre nuevo, disgustaba á aquella aristocracia antigua, á quien el hábito de rodear al monarca hacia considerar el poder como una propiedad de su rango; favorito del rey, inquietaba á la familia real sobre las concesiones de principios y de autoridad que inspiraba á aquel príncipe. Mr. Decazes era á los ojos de la córte del conde de Artois un Neker rejuvenecido que volvia á empezar despues de las catástrofes revolucionarias las connivencias con la opinion pública que las habian precipitado. La separacion de Mr. de Vaublanc, ministro declarado de la faccion del conde de Artois y su testigo en el consejo, hacia ya aquellas antipatías contra Mr. Decazes casi irreconciliables. Aquella faccion, sorda pero turbulenta, afectaba por decoro de situacion la lealtad mas escesiva á Luis XVIII, pero tenia sus manejos ocultos en el palacio, su partido en la Cámara, sus juntas en las provincias, sus ramificaciones en los consejos de los soberanos estrangeros, y sus órganos mas ó menos autorizados en el periodismo. La creciente irritacion de la prensa realista, de la mayoría de la Cámara y de los pares, hacia esperar á aquella faccion intestina que en la próxima vuelta de los diputados á París llegaria á dominar ella sola el Consejo, escluir á los hombres nuevos, reemplazarlos con sus agentes mas fanáticos, y arrastrar al rey á un rompimiento formal con el espíritu nuevo. Sin embargo, la necesidad que hay en toda forma de gobierno constitucional de seducir la opinion antes de domarla y sacar de cierta popularidad la fuerza de someter al pueblo, obligaba á los hombres mas hábiles de aquel partido á afectar en favor de las constituciones representativas un celo real en los unos, y engañoso en los otros, que daba al partido realista exagerado una apariencia de liberalismo celoso. Mr. de Chateaubriand se distinguia por su talento en este nuevo partido. En un código del realismo, dogmático y sentimental á la vez, titulado la *Monarquía segun la Carta*, se esforzaba aquel grande escritor, con tanta habilidad como talento, en conciliar la monarquía y la libertad, y tanto en este libro como en diferentes improvisaciones que publicaba en los periódicos de la córte, llegó á hacerse el publicista elocuente de la monarquía de tres brazos, calca-

da sobre la Constitucion británica y sobre el tipo de las ideas de Mirabeau en 1789. El espíritu, resucitado de la asamblea constituyente, parecia revivir en él y en sus amigos y se creia leer en sus páginas los discursos que en aquella asamblea habian pronunciado los Clermont-Tonnerre, los Mounier, los Cazalés y los Maury. Los tres poderes, que se contrapesaban imaginariamente el uno con el otro, se sostenian, al soplo de Mr. Chateaubriand, en un equilibrio cuyos elementos, reales en Inglaterra, habian desaparecido en Francia. No habia ya entre nosotros mas que una monarquía de costumbre y una inmensa democracia de hecho. De este modo las ideas de Mr. de Chateaubriand tendian á reconstruir lo imposible, es decir, un poder constitucional, aristocrático y hereditario, en una nobleza que ya no admitian la igualdad de los patrimonios y la supresion del feudalismo. Este era el error de Mr. de Chateaubriand y de su escuela. La repugnancia orgánica de la nacion al restablecimiento de una casta privilegiada, hacia sospechosas al partido liberal las proposiciones de aquel escritor; pero cuando se consentia en pasar sobre aquella impracticabilidad radical de su sistema, se escuchaban y repetian con complacencia los hermosos acentos de generosidad y de libertad que vivificaban sus escritos. Su nacimiento, que le afiliaba á la alta aristocracia; sus elegías cristianas, que le habian convertido hacia doce años en el *Jeremías* de la Iglesia; su estilo, que le popularizaba en todas las imaginaciones vivas y sensibles; su odio contra Napoleon y contra su despotismo, de que se habia hecho otro *Tácito*; su adoracion á los Borbones, prenda de seguridad para los realistas; su ambicion tanto mas activa hoy cuanto que habia sido mas aplazada é impaciente en el último reinado, hacian á Mr. de Chateaubriand el hombre á la vez mas necesario y peligroso para la nueva monarquía. Descontento del rey, que no apreciaba lo bastante sus servicios; adicto, pero sospechoso, al conde de Artois, que queria servidores mas dóciles, é inquietaba alternativamente á las dos influencias que se disputaban el palacio. Constitucional con el rey, realista exagerado con su hermano, sin romper completamente con el uno ni con el otro, respetando en apariencia á Mr. de Richelieu y á Mr. Lainé, pero persiguiendo ya en Mr. Decazes al favorito que meditaba derribar.

XXVII.

El rey y Mr Decazes eran demasiado previsores para no ver en el partido exaltado y retrógrado de la córte y de la Cámara, los síntomas de la tempestad que se formaba contra ellos; así es que buscaban contrapesos naturales en los hombres aliados de corazon ó de ambicion á la monarquía, pero á quienes los antecedentes hacian incompatibles con el renacimiento del antiguo régimen. La mayor parte, hombres de gobierno mas que de principios, pertenecientes por sus nombres á la vieja monarquía, adictos al imperio en el período de su prosperidad, pero que fueron los primeros en separarse de él á su caida; que en 1814 volvieron á adherirse á la familia de los Borbones, apartándose de los negocios, ó vacilando en 1815, aproximándose otra vez al trono cuando le vieron levantado, solicitando la amistad de Mr. Decazes por semejanza de antecedentes desde que este jóven príncipe poseia el corazon del monarca y abrigándose bajo esta influencia para subir los escalones rotos de su fortuna política; los señores Pasquier, Molé, Barante, Monnier, Villemain y Angles, los unos ya gastados en las vicisitudes de los gobiernos y moderados por cansancio, los otros todavía jóvenes y moderados por la reflexion; estos hombres, casi todos notables por sus talentos ó por sus esperanzas, eran el núcleo de un partido intermedio destinado á estenderse y crecer mucho, porque se colocaba don-

de se colocaba el mismo rey y donde va la multitud despues de las revoluciones, esto es, entre todos los partidos, ofreciendo á los unos seguridad, á los otros satisfaccion y prendas á todos. Un hombre superior á ellos por los años y por la autoridad, Mr. Royer-Collard, filósofo y político á la vez, los cubria con el misterio de sus concepciones, con la dignidad de su vida y con el prestigio de sus aforismos. El era el Sieyes reconcentrado y silencioso de aquel partido naciente. Toda religion necesita un oráculo, y Mr. Royer-Collard era el oráculo todavía indeciso de aquella secta activa y equívoca que se debia llamar mas adelante de los *doctrinarios*.

XXVIII.

Mr. Decazes, que tenia necesidad de formar un partido personal al rey, prestó oidos á los consejos de aquellos hombres y se rodeó de ellos para fortificar su propia situacion. De las conferencias y conversaciones de estos consejeros tomó la idea y la audacia del golpe de Estado á que queria inducir al rey.

Cuatro ministros, Richelieu, Lainé, Decazes y Corvetto, convencidos de que las riendas del gobierno serian arrancadas de las manos del rey sino evitaban la apertura de la Cámara, tomaron la resolucion atrevida de disolverla antes de que hubiese hecho una ley de eleccion, y apelar al pais sobre la exageracion y violencia de sus representantes. El rey, á quien ante todas cosas era preciso arrastrar á esta resolucion tempestuosa, vaciló algunos dias; pero despues entró él mismo en esta conspiracion contra sus amigos esclusivos. El secreto de este golpe de Estado, fielmente guardado entre algunos hombres, estalló el 5 de setiembre en la noche, sin que los colegas de los ministros y sin que el mismo hermano del rey hubieran presentido el golpe que los heria. A la mañana del dia siguiente se leyó en los papeles públicos el decreto del rey, que confirmando cada vez mas su libertad de reinar por la Carta disolvia la Cámara de 1815 y convocaba para el 4 de octubre á los electores.

El rey, que queria evitar las reconvenciones de su hermano sobre un secreto y un acto tan agresivo contra él, habia encargado al duque de Richelieu que fuera á comunicarle el decreto antes de la hora en que debiera publicarse. El conde de Artois recibió esta comunicacion como hubiera recibido el golpe de muerte á la monarquía; profetizó la ruina del trono, privado ya de sus verdaderos apoyos; vió en Luis XVIII otro Luis XVI, abriendo la brecha y franqueando él mismo el camino á sus enemigos. En fin, su cólera y sus gemidos resonaron en el palacio. Sus amigos se atrevieron á acusar de traicion en voz alta á Mr. Decazes. La duquesa de Angulema no quiso recibir á los ministros de su tio; pero el duque, mas reflexivo que su padre y mas moderado que su muger, se entregó sin repugnancia y sin murmurar á la prudencia del rey. El duque de Berry, á quien su juventud y su aficion á la carrera militar proporcionaban el roce y trato íntimo con los jóvenes oficiales del imperio, y que en el seno de la confianza afectaba sumo desprecio á las viejas supersticiones del antiguo régimen, esclamó que el rey habia hecho bien en sacudir el yugo intolerable de una Cámara tan servil como revoltosa. El partido de la córte se irritó y exasperó hasta la demencia, y entretanto la opinion pública, cansada ya de las agitaciones y de los furores de la representacion que ella habia nombrado el año anterior, respondió al golpe de Estado del 5 de setiembre con un grito unánime de alegría. A escepcion de los partidarios esclusivos del trono, la Francia entera se hizo realista en un solo dia. El pais parecia haber reconquistado á su rey y el rey á su pais.

El ministerio triunfante fué atacado inmediatamente

por Mr. de Chateaubriand en uno de sus folletos. El rey le distituyó de su título de ministro de Estado, conservándole sus pensiones, y de este modo quedó abierta la lucha entre el gobierno y los realistas. Mr. de Richelieu, que queria emancipar al rey de sus amigos, recomendó á los agentes de la administracion que no escluyesen de las candidaturas para la Cámara sino á los hombres rebeldes á las sabias inspiraciones del rey; pero que descartaran de ellas enérgicamente á los revolucionarios y á los bonapartistas. Mr. Lainé usó el propio lenguaje en sus instrucciones, y el mismo rey habló como padre á los presidentes de los colegios electorales que venian á tomar sus órdenes antes de marchar á las provincias. «Decid á los franceses, que un anciano es quien les pide que hagan felices sus últimos dias con el espectáculo de la reconciliacion y de la ventura de sus hijos.» Inspiradas por este espíritu las elecciones, ratificaron en mayoria el golpe de Estado del 5 de setiembre, escluyendo á los diputados iracundos del partido retrógado y aumentando la fuerza del partido del rey y de la moderacion. El mismo Mr. de Vitrolles, alma de los consejos del conde de Artois, fué repudiado por los electores; lo mismo sucedió con Mr. Laborie, satélite bullicioso de Mr. de Chateaubriand, con Mr. de Sesmaisons, con Mr. de Bethisy y con Monsieur de Polignac. Casi todos los hombres que se habian denunciado á sí mismos á la opinion en la última legislatura, bien con sus mociones de venganza, bien con sus aspiraciones al restablecimiento del antiguo régimen, ó por medio de intrigas sordas dentro de palacio, fueron reprobados por su celo, por sus sistemas ó por sus maquinaciones. La nacion se declaró por sí misma y por el rey, contra los escesos del realismo y contra las agitaciones revolucionarias. Oradores eminentes por el recuerdo de su moderacion y de sus talentos durante las fases del último régimen, tales como Camilo Jordán, Ravez, amigo de Mr. Lainé, Courvoisier, Mortier, duque de

Trevisa, Chabrol y Jaquinot de Pampelune, reemplazaron á aquellos diputados violentos y vinieron á formar por su número, por su elocuencia y consideracion, ese centro de la nueva representacion, donde el rey, Richelieu, Lainé y Decazes, querian colocarse con la mayoría del pais. Hombres avezados á los negocios, tales como Pasquier, Simeon, Roy y Beugnot, oradores fecundos, se disponian á auxiliarles con todos sus esfuerzos.

Los señores de Villele y Corbiere, agruparon en torno suyo los restos de la Cámara de 1815 moderándolos. Partido de observacion parlamentaria, mas bien que de oposicion, esperaban al parecer los actos del gobierno antes de decidirse á apoyarlos ó á combatirlos.

Algunos hombres mas empapados en los recuerdos de 1789, tales como Camilo Jordán y sus amigos, profesaban la armonía de los principios regeneradores y de la monarquía constitucional.

Dos hombres casi aislados, Laffitte y Argenson, se distinguian por una tendencia mas republicana que imperialista, el primero banquero popular, que gozaba de un crédito fundado sobre su fortuna noblemente prodigada y sobre un espíritu ambicioso de importancia, y Argenson, filósofo y benéfico, que con la inflexibilidad inaplicable de sus sistemas populares, se hacia irreconciliable con todas las oposiciones y con todos los gobiernos.

Al abrir el rey las Cámaras, habló con enternecimiento de las desgracias que sufria su pueblo con la carestía de los granos; de sus negociaciones con el papa para un concordato que respetaria la libertad de las conciencias, al mismo tiempo que se acrecentarian los subsidios del Estado en favor del clero, y en fin, de su firme resolucion de sostener la Carta, tratado de paz, mucho mas importante entre lo pasado y lo presente; en testimonio de esta voluntad enérgica habia dado su golpe de Estado del 5 de setiembre. El primer acto de la asamblea demostró á los realistas exaltados la baja que habia sufrido

su opinion en las votaciones. Los dos individuos que reunieron mas sufragios para la presidencia, fueron Pasquier y Serre: el primero, inspirador confidencial de la disolucion de la Cámara de 1815, y el segundo emigrado antiguo, que al cabo de doce años depuso las armas para volver á su patria, y pasó del ejército real á la magistratura, hombre que por la universalidad de sus conocimientos, grandeza de alma y brillante elocuencia, era superior á las parcialidades é intrigas de su época. El rey dió la presidencia á Mr. Pasquier, falta grande de aquel ministerio, pues los antecedentes imperialistas de ese hombre de Estado, el destino de prefecto de policía que por tan largo tiempo desempeñó á las órdenes de Bonaparte y de Savary, y su torpeza en dejarse sorprender y arrestar por tres conspiradores sin mas fuerza que su audacia en la época de la conjuracion de Mallet, debian necesariamente hacer recaer sobre él la desconfianza, el resentimiento y los sarcasmos del partido realista en la Cámara. Al designarlo Mr. Decazes para el puesto de la presidencia, pensó mas en su agradecimiento personal, que en la concordia entre el rey y la asamblea. Sin embargo, las dos Cámaras, en su respuesta al discurso del rey, se limitaron á una paráfrasis respetuosa de la voluntad de la Corona, y los realistas, desauciados por la opinion, se refugiaron en las intrigas ocultas, cuyo foco estaba en el palacio del rey.

XXIX.

El ministerio presentó una ley electoral, y esta fué la primera reparacion que el rey concedió á las cámaras ofendidas por el golpe de Estado del 5 de setiembre. Por esa ley disfrutaba del derecho electoral todo propietario que pagase trescientos francos de contribucion directa,

pues se habia creido encontrar en este límite preciso de la propiedad el punto central donde la aristocracia y la democracia se aproximaban y confundian lo bastante para espresar á la vez el voto nacional y la responsabilidad material de todo ciudadano sobre la suerte del Estado. Los realistas, por el órgano de Mr. de Villele, pedian la eleccion de dos grados, que mas popular en su base, llegaba á ser mas aristocrática en su cúspide. Mr. Royer-Collard defendió al ministerio, y las elecciones de un solo grado, señalando á las asambleas tumultuosas del pueblo reunido en asamblea primaria, como la causa del derramamiento de sangre en la primera revolucion. Mr. de La Bourdonnaie, orador iracundo é injurioso del ultra-realismo irritado en la asamblea, calificó al ministerio con el título de *Directorio*, modificado con la entrada de monsieur Lainé en el consejo del rey, esperando de este modo humillar á la corona y presentar á los realistas un rey degradado, en un consejo que era mas soberano que él. Dos jóvenes escritores, á quienes faltaba la tribuna, pero que servian con su pluma al ministro, Guizot y Barante, escribieron bajo su inspiracion contra la eleccion de muchos grados, y la ley fué mas bien arrancada que obtenida de la Cámara de los diputados.

En la de los pares, el partido del conde de Artois, Chateaubriand, Fontanes, Polignac y Fitz-James, atacaron en vano esta medida, de acuerdo con Villele, Corbiere y La Bourdonnaie. El mismo rey solicitaba votos en su córte para sus ministros, y si llegó á triunfar fué mas bien por deferencia que por conviccion. La ley fué sancionada. Por ella se constituia una Francia electoral de cien mil propietarios, entre grandes y medianos, que debian reunirse para elegir á sus representantes en la capital del departamento. De este modo se desterraban los patronazgos conservadores y las clientelas locales, se destronaba la consideracion privada para sustituirla con la fama comun, se escluia al pueblo y se constituia la cá-

bala política. Dos errores que debian producir pronto sus consecuencias: la oposicion creciente en las masas y la agitacion ambiciosa de las asambleas.

XXX.

Las acaloradas discusiones sobre la imprenta y la libertad individual, que estaban todavía suspendidas, y la del presupuesto llenaron el resto de la legislatura. A pesar de los esfuerzos de Mr. de Chateaubriand y de Mr. de Fitz-James en la Cámara de los pares, el ministerio triunfó allí en todas las cuestiones, como habia triunfado de Villele y La Bourdonnaie en la de los diputados. La Francia, aunque agitada parcialmente todavía por las sediciones que suscitaba la carestía, aspiraba á la calma. En todas partes espiraban las últimas convulsiones del bonapartismo en las conspiraciones sin alma y sin objeto. Solo los realistas exaltados agitaban, no al pais, sino á la córte y á los periódicos. Esta calma se turbó momentáneamente en Lyon, á consecuencia de haber estallado una conspiracion, á la que el celo y la suspicacia de las autoridades realistas del departamento dieron mas importancia de la que en realidad tenia. El general Canuel, antiguo colega del general Rosignol en las guerras republicanas contra los vendeanos, convertido despues al realismo, y ávido de fama en su nueva causa, mandaba el departamento. Este general no cesaba, por inquietud de ánimo y emulacion de fidelidad, de denunciar al gobierno y al comisario general de policía en Lyon, Mr. de Sainneville, los peligros imaginarios inventados ó aumentados por los espías militares ú oficiosos de su séquito. Mr. de Sainneville, despues de haber saciado algunas veces su furor contra los hombres declarados sospechosos por el general, creyendo asegurado el reposo público,

habia marchado á París, dejando por unos cuantos dias la ciudad entregada á la policía militar. Algunos oficiales á medio sueldo de las poblaciones vecinas de Lyon, alistados en una conjuracion por un capitan de la legion del Yonne, llamado Ledoux, se conciertan á su voz para sublevar sus cantones y marchar sobre Lyon el 8 de junio. Ledoux les promete la cooperacion de parte de las tropas y del pueblo, á cuya cabeza debe él marchar para reunirse con ellos. Algunos de los conjurados esperan en efecto á Ledoux, y admirados de su tardanza y de la soledad de las calles, van á buscarle á su casa; pero como no le encuentran, se ponen á espiar su vuelta. El dia se pasa asi, y á la caida de la tarde le ven entrar en la ciudad; síguenle con el mayor disimulo; Ledoux entra en la casa del general Canuel, como si fuera á darle algun informe secreto; pero al salir, sospechando sus cómplices que hubiesen sido vendidos por él, le disparan un tiro y lo dejan tendido en el suelo. Al mismo tiempo, el toque de alarma se oye en once villas populosas de las orillas del Saona y del Ródano, reuniéndose inmediatamente cierto número de conjurados, militares antiguos, y grandes turbas de campesinos, creyendo los unos en los rumores de la revolucion consumada en Lyon y los otros que la campana los llamaba al incendio. Algunos gendarmes y un corto destacamento de tropas bastaron para dispersarlos sin lucha. La conjuracion pueril ó imaginaria se desvaneció con el dia. Siete ú ocho oficiales y sargentos licenciados y algunos paisanos, cómplices de aquella conjuracion soldadesca, son los únicos culpables de demencia mas bien que de sedicion; empero el general Canuel, el prefecto y el *maire* de Lyon, los unos por jactancia y los otros por credulidad ó por pánico, hacen resonar en toda Francia la fermentacion de aquellos pueblos como la esplosion de una revolucion verdadera. El ministro cree ó afecta creer en ella, para complacer á sus enemigos, que le acusan ya de indulgencia ó de com-

plicidad. Mr. de Sainneville recibe órden de volver á Lyon, donde en vano manifiesta sus dudas sobre la realidad de los peligros conocidos. El prefecto y el *maire* los atestiguan, y trescientos sospechosos son encerrados en los calabozos. El tribunal prebostal se reune, divide la causa, juzga separadamente á los acusados de la ciudad y de cada pueblo, como para agravar la importancia del crímen con la multiplicidad de los focos de conjuracion. Diez cabezas caen sobre el cadalso en la ciudad y once en los pueblos; ciento diez acusados escapan de la pena capital, pero son condenados á la deportacion ó á las galeras. Columnas movilizadas de tropas y gendarmes lanzadas á los campos, esparcen por todas partes el terror y la delacion, mientras que agentes pérfidos provocan nuevas insurrecciones para tener que prestar otros servicios.

Entretanto el comisario general de policía Mr. de Sainneville, testigo de aquellos escesos, vuelve á París y los denuncia á los ministros. Una duda siniestra se despierta á su voz en el alma del duque de Richelieu, de Mr. Lainé, de Mr. Decazes y del rey, quienes deseosos de investigar la verdad en aquel dédalo de crímenes reales, de crímenes supuestos y de suplicios incesantes, hacen partir para Lyon al mariscal Marmont, investido del título de lugar-teniente del rey en aquellas provincias. El coronel Fabvier, su gefe de Estado mayor, acompaña al mariscal, y la presencia de uno y otro en Lyon hace brotar al fin la verdadera luz sobre aquel enigma de falso celo, de tramas confusas, de temores recíprocos, de policía, de terror é iniquidades. Los acusadores se acusan á sí mismos, los testigos se desmienten, los agentes de doble lengua se descubren, y el fantasma de los supuestos peligros y la importancia de los servicios exagerados se desvanecen. El mariscal Marmont suspende á nombre del rey los procedimientos, todavía pendientes, y las amnistías individuales dulcifican ó anulan las penas. El prefecto y el general son llamados á París, á donde vuelven tambien Marmont y Fabvier, no sin dejar amargos resentimientos contra ellos en el alma de los realistas humillados. La conjuracion de Lyon, esplotada por los dos partidos, y que por espacio de muchos años fué el testo de acusaciones mútuas, sigue siendo uno de esos misterios de los tiempos agitados, donde la luz no desciende jamás hasta el fondo.

XXXI.

Entretanto el ministerio, separado de toda alianza con el partido opuesto al golpe de Estado del 5 de setiembre, habia admitido sucesivamente en el consejo á Mr. Pasquier á la cabeza del ministerio de Justicia, á Mr. Molé al frente de la Marina, y al mariscal Goubion-Saint-Cyr al frente del ejército. Estos hombres, todos tres de capacidades diversas, pero eminentes, fortificaban el consejo del rey, y atestiguaban por parte del jóven ministro que los habia propuesto á su soberano, un celo exento de envidia por su servicio. Sin duda en aquel momento procuraba Mr. Decazes servir mas bien que dominar, puesto que se daba á sí mismo en sus nuevos cólegas, como se habia dado en Mr. Lainé, rivales y aun superiores en la direccion de los negocios. Mr. de Serre presidia la Cámara: Guizot, Barante, el duque de Broglie y Villemain, hombres de esperanzas, formaban por diversos títulos en torno del ministro favorito no solamente una familiaridad, sino tambien una opinion. Versados todos en el estudio de la historia constitucional de Inglaterra, habiendo sentido al nacer el peso humillante del despotismo de Napoleon sobre el pensamiento y la dignidad del alma, estraños todos ó por su nacimiento ó por su juventud, á las supersticiones de la córte del an-

plicidad. Mr. de Sainneville recibe órden de volver á Lyon, donde en vano manifiesta sus dudas sobre la realidad de los peligros conocidos. El prefecto y el *maire* los atestiguan, y trescientos sospechosos son encerrados en los calabozos. El tribunal prebostal se reune, divide la causa, juzga separadamente á los acusados de la ciudad y de cada pueblo, como para agravar la importancia del crímen con la multiplicidad de los focos de conjuracion. Diez cabezas caen sobre el cadalso en la ciudad y once en los pueblos; ciento diez acusados escapan de la pena capital, pero son condenados á la deportacion ó á las galeras. Columnas movilizadas de tropas y gendarmes lanzadas á los campos, esparcen por todas partes el terror y la delacion, mientras que agentes pérfidos provocan nuevas insurrecciones para tener que prestar otros servicios.

Entretanto el comisario general de policía Mr. de Sainneville, testigo de aquellos escesos, vuelve á París y los denuncia á los ministros. Una duda siniestra se despierta á su voz en el alma del duque de Richelieu, de Mr. Lainé, de Mr. Decazes y del rey, quienes deseosos de investigar la verdad en aquel dédalo de crímenes reales, de crímenes supuestos y de suplicios incesantes, hacen partir para Lyon al mariscal Marmont, investido del título de lugar-teniente del rey en aquellas provincias. El coronel Fabvier, su gefe de Estado mayor, acompaña al mariscal, y la presencia de uno y otro en Lyon hace brotar al fin la verdadera luz sobre aquel enigma de falso celo, de tramas confusas, de temores recíprocos, de policía, de terror é iniquidades. Los acusadores se acusan á sí mismos, los testigos se desmienten, los agentes de doble lengua se descubren, y el fantasma de los supuestos peligros y la importancia de los servicios exagerados se desvanecen. El mariscal Marmont suspende á nombre del rey los procedimientos, todavía pendientes, y las amnistías individuales dulcifican ó anulan las penas. El prefecto y el general son llamados á París, á donde vuelven tambien Marmont y Fabvier, no sin dejar amargos resentimientos contra ellos en el alma de los realistas humillados. La conjuracion de Lyon, esplotada por los dos partidos, y que por espacio de muchos años fué el testo de acusaciones mútuas, sigue siendo uno de esos misterios de los tiempos agitados, donde la luz no desciende jamás hasta el fondo.

XXXI.

Entretanto el ministerio, separado de toda alianza con el partido opuesto al golpe de Estado del 5 de setiembre, habia admitido sucesivamente en el consejo á Mr. Pasquier á la cabeza del ministerio de Justicia, á Mr. Molé al frente de la Marina, y al mariscal Goubion-Saint-Cyr al frente del ejército. Estos hombres, todos tres de capacidades diversas, pero eminentes, fortificaban el consejo del rey, y atestiguaban por parte del jóven ministro que los habia propuesto á su soberano, un celo exento de envidia por su servicio. Sin duda en aquel momento procuraba Mr. Decazes servir mas bien que dominar, puesto que se daba á sí mismo en sus nuevos cólegas, como se habia dado en Mr. Lainé, rivales y aun superiores en la direccion de los negocios. Mr. de Serre presidia la Cámara: Guizot, Barante, el duque de Broglie y Villemain, hombres de esperanzas, formaban por diversos títulos en torno del ministro favorito no solamente una familiaridad, sino tambien una opinion. Versados todos en el estudio de la historia constitucional de Inglaterra, habiendo sentido al nacer el peso humillante del despotismo de Napoleon sobre el pensamiento y la dignidad del alma, estraños todos ó por su nacimiento ó por su juventud, á las supersticiones de la córte del an-

tiguo régimen, tendian de buena fé á reconciliar la Francia nueva y la vieja monarquía, madurando á la una y rejuveneciendo á la otra. Dotados de un talento mas erudito que creador, tenian bastante perspicacia para comprender las analogías entre la revolucion de 1688 y la de 1789, aunque no bastante genio para comprender sus diferencias. Sus doctrinas no eran mas que imitaciones: querian constituir en Francia, sin tener elementos para ello, un partido parlamentario entre el rey, la nobleza y el pueblo, apoderándose del gobierno por derecho de superioridad, de inteligencia ó de ambicion, oponiendo el pueblo al rey, el rey al pueblo y el espíritu plebeyo á la nobleza, y fundar de esta suerte una casta de gobierno independiente de todas esas fórmulas sociales que subsisten y se sostienen por el talento, el manejo de los negocios, la pluma y la tribuna, como esas razas estrangeras, pero dominadoras, que se imponen y mantienen en el Oriente entre el pueblo y el soberano. Todos los hombres gastados, pero no cansados, de los viejos partidos revolucionarios ó realistas, y todos los jóvenes que se creian con alguna superioridad de talento, de palabra, de carácter ó de ambicion, se reunian á ellos, siendo los distintivos dominantes de su escuela, la estimacion de sí mismos y el desprecio al vulgo. Insinuantes como una intriga, é intolerantes como un dogma, se asemejaban á esas sectas religiosas que adulaban al mundo para dominarlo. Algunos hombres de elevado talento, como Serre y Royer-Collard, aceptaban el patronazgo que aquellos jóvenes sectarios les proponian para honrarlo con su consideracion, y entretanto el rey y Mr. Decazes recompensaban y estimulaban su celo á fin de intimidar al partido de la córte y dominar por medio de ellos al partido revolucionario: peso movible que el ministro de Policía, jóven como ellos, podia llevar alternativamente de un lado á otro de la opinion para constituir ese gobierno de equilibrio que queria crear en provecho del rey.

Aquellos hombres sin raices profundas y sin vínculos con el fondo del país, eran muy á propósito para ese papel. La primera de sus doctrinas era su propia importancia, y nada tenian que rehusar al despotismo ministerial de Mr. Decazes, con tal que este ministro no les negase nada á ellos en influencia y en ascendiente. Mr. de Richelieu no comprendia este nuevo partido, pues acostumbrado al servilismo griego de las córtes absolutas del Norte, no veia en aquellos jóvenes ambiciosos mas que unos servidores hábiles y adictos á la córte. Mr. Lainé, republicano de carácter y realista por lealtad, conocia por instinto el espíritu de intriga que corrompia aquel partido de la juventud, y por lo mismo aceptaba tan exagerado celo con secreta repugnancia; Mr. Pasquier lo halagaba como instrumento de reinado; Mr. Molé como elemento útil del principio de autoridad real, cualquiera que fuera el príncipe, y Mr. Decazes se dejaba engañar completamente por él, sin que por eso se adhiriese á ese partido por sus convicciones ni por su naturaleza, pues reservaba su corazon al rey y su política á las circunstancias. El rey, orgulloso y satisfecho de verse rejuvenecido en aquel partido que habia nacido bajo la influencia de su reinado, y estaba destinado á servir su pensamiento personal, colmaba de sonrisas, de favores y muestras de confianza á los amigos de su ministro favorito.

Mr. Decazes conquistaba cada vez mas aquel título en apariencia tan contradictorio con la índole de un gobierno constitucional, en el que la amistad personal del rey no entra para nada en el consejo de sus ministros; mas la monarquía constitucional estaba tan reciente y tan indecisa todavía en Francia en aquella época de 1817, que nadie, á escepcion de los rivales de córte, pensaba en disputar al rey el derecho de tener sus amigos, y todo el mundo se inclinaba delante del favor. Este favor, que habia tenido bastante poder para decidir al rey á romper

con lo pasado por medio del golpe de Estado contra sus exagerados amigos, era ya en aquel momento una especie de omnipotencia de que dependia la suerte de todas las ideas. Mr. Decazes era el árbitro de los realistas y de los liberales. Adulábanle los primeros como á confidente de la corona, y servíanle los segundos como moderador de la monarquía y conservador de la Carta. Amábale el rey hasta en su familia, y se rodeaba de todo lo que pudiera recordarle á su ministro. Asi es que habia mandado á llamar á Paris á una hermana suya, jóven y hermosa, casada en Burdeos, á fin de que viniera á gozar del favor de su hermano y templase con la gracia propia de las mugeres esas recepciones oficiales que son en Francia un adorno obligado del poder. Desde el primer golpe de vista quedó el rey prendado de su fisonomía y candor, admitiéndola y aun obligándola á una especie de familiaridad de conversacion con él. Estas espansiones de ánimo que un príncipe valetudinario se permitia tener con una muger nada ambiciosa ni intrigante, dieron pábulo á la envidia y á las interpretaciones mas odiosas de palacio; empero estas interpretaciones cayeron ante la modestia y ante el desinterés de la nueva favorita del rey, puesto que no aprovechó en lo mas mínimo para su fortuna aquella intimidad casual con el príncipe. Habia entrado pura de toda deshonra en el palacio y pura salió de él despues de la caida de su hermano.

El rey, que queria dar á la fortuna de su ministro íntimo una base mas permanente que su amistad, se ocupaba él mismo en hacerle adoptar por una de esas familias cuya adopcion naturaliza á los hombres nuevos en las razas antiguas. Mr. de Saint-Aulaire que en primeras nupcias se habia casado con una hija del príncipe de Nassau-Saarbrück, y en segundas con una jóven hermosa que por sus gracias y talento reinaba en los salones aristocráticos y literarios de París, tuvo del primer matrimonio una hija. Esta hija era heredera del nombre de su padre, de la fortuna primogénita de una rama de los Nassau y del imperio de su segunda madre sobre el mundo literario y político de los salones. El mismo rey escribió á Mr. de Saint-Aulaire pidiéndole la mano de su hija para su ministro. Demasiado leal Mr. de Saint-Aulaire para resistir á los deseos del rey, amigo político de su yerno futuro, huésped habitual de aquel partido nuevo de que eran foco su casa y la de Mr. de Broglie, accedió á las instancias del rey, y Mr. Decazes, plebeyo repudiado por los realistas, entró por el favor en la aristocracia. Esta fortuna del ministro favorito irritó á la aristocracia sin subyugarla. Le acusó á Mr. Decazes de vanidad, á Mr. de Saint-Aulaire de complacencia, y al rey de profanacion de su nobleza.

El ódio contra el favorito se aumentó con su elevacion.

XXXII.

Como las elecciones de la Cámara y la calma del pais permitian al duque de Richelieu ausentarse, resolvió pasar al congreso de Aquisgran, donde los ministros de las grandes cortes iban á reunirse llamados por el emperador Alejandro é instados por el rey para deliberar sobre la evacuacion anticipada de la Francia por los cuerpos que la ocupaban; mas el partido desesperado que acababa de perder toda su preponderancia por el decreto de 5 de setiembre, veia con terror que la mano de la Europa se retiraba de nuestros negocios y entregaba la Francia á la esclusiva dominacion del rey y á la política de su ministro. El duque de Richelieu, el embajador de Rusia Pozzo di Borgo y el lord Wellington, condescendiendo con los apasionados deseos del rey, obraban de acuerdo para abreviar la humillacion de la Francia y decidir á la coalicion á devolverla su nacionalidad y su independencia; pero no faltaban hombres que mas aficionados á

la servidumbre que deseosos podian estar sus enemigos de prolongar mas tiempo su opresion, urdian en París en los conciliábulos de la faccion retrógrada una intriga apócrifa para mendigar la intervencion del estrangero en los negocios del pais. Esta intriga, mas digna del nombre de complot, que continuaba en una parte del palacio las tramas de la emigracion, estalló de repente con la publicacion de una memoria dirigida secretamente á las córtes estrangeras y que á causa de este misterio recibió el nombre de *nota secreta*. Esplosion sorda de la cólera del partido retrógrado, emanacion de los temores simulados de los amigos del conde de Artois, resúmen de los agravios de ambicion de algunos hombres que la prudencia del rey habia lanzado en la oscuridad, aquella nota, de una diplomacia oculta y de doble sentido, era mucho mas culpable en su espíritu que en sus términos. No decia formalmente á la Europa que continuara y aumentara su vigilancia armada sobre la Francia y aun rebosaban patriotismo sus palabras; pero al pintar á los ojos de los estrangeros á la Francia como un pueblo en disolucion social donde *el gobierno se sostiene solamente con la presencia de los ejércitos estrangeros*, y al concluir con una presion decisiva sobre el rey para obligarle á cambiar de sistema y de ministerio, la *nota secreta* indicaba perentoriamente á las córtes estrangeras la necesidad de proseguir todavía la ocupacion de la patria so pena de una conflagracion universal. Esta era la primera revolucion auténtica de aquel gobierno ó de aquel contra-gobierno oculto compuesto de hombres, sincera, pero ciegamente convencidos de la pérdida de la monarquía en las manos del rey y de otros hombres interesados en agitar la córte y solícitos de esplotar en provecho de su ambicion impaciente el reinado del príncipe á quien estraviaban.

La opinion pública achacó á Mr. de Chateaubriand la redaccion de aquella denuncia de la Francia al mundo, á causa de espresarse en ella algunas de sus doctrinas y traspirarse su grande enemistad contra los ministros. En efecto, Mr. de Chateaubriand tenia entonces relaciones con los hombres ocultos de la córte del hermano del rey; pero semejante denuncia de su patria á la Europa, ofendia el patriotismo de aquel ilustre escritor, y se apresuró á rechazar lejos de sí la sospecha como una injuria. Por otra parte, él era incapaz de tomar las armas del estrangero para combatir en el interior al partido mismo á quien detestaba. El autor de la *nota secreta* era, segun se decia, Mr. de Vitrolles, que la habia redactado por instigacion del conde de Artois, ó comunicado á lo menos á este príncipe antes de dirigirla á los ministros de las potencias. Al saber el duque de Richelieu por sus agentes diplomáticos en Alemania, la existencia de aquella pieza estraña, no pudo menos de consternarse y deplorar amargamente la inutilidad de tantos esfuerzos y sacrificios por la emancipacion de su patria, perdidos ó contrariados por una conspiracion tan antinacional, cuya triste revelacion habian recibido los mismos á quienes servia con tanto desinterés. Apresuróse á escribir al emperador de Rusia, en cuyo ánimo comenzaban á influir aquellos manejos, á fin de no entibiar su antigua confianza en él y su constante generosidad por la Francia. Pozzo di Borgo y el duque de Wellington, indignados, aunque estrangeros, de aquella perversidad de los partidos, ayudaron eficazmente al duque de Richelieu para con los soberanos á fin de ahuyentar de sus ánimos las sombras artificiosas de la diplomacia oculta. El 20 de setiembre se abrió el congreso bajo mejores auspicios. El príncipe de Metternich, acompañado de ese séquito de generales y publicistas de la córte de Viena, animados de su espíritu, los cuales dominaban entonces la Alemania; Mr. de Nesselrode y Mr. Capo d'Istria, confidentes políticos del emperador Alejandro; el duque de Wellington, generalísimo europeo; el lord Castlereagh y Mr. Canning, hombres de Estado de Inglaterra, y en fin Mr. de Riche-

lieu habian desarmado á los soberanos. Este último habia llevado consigo á aquellas conferencias dos jóvenes, amigos de su persona y de su política, para auxiliarle con sus consejos y su palabra en las transacciones de aquel tratado. El uno era Mr. de Rayneval, nutrido desde su infancia en las tradiciones de la alta diplomacia francesa, que su padre habia dirigido en tres reinados; el otro era Mr. Mounier, hijo del presidente de la Asamblea nacional en 1789, secretario íntimo de Napoleon durante el Imperio, y á la caida de éste, adicto á esa monarquía constitucional soñada por su padre, hombres los dos á quienes por la moderacion de su carácter y por sus talentos podian confiarse los mas delicados asuntos de Europa, sin temer ni esceso de celo, ni indiscrecion, n menos falta de probidad. La formalidad de Mr. Rayneval, la autoridad natural de Mr. Mounier y la rápida inteligencia de ambos eran cualidades muy á propósito para verlo, simplificarlo y resolverlo todo bajo la direccion del primer ministro, que era al mismo tiempo amigo suyo. Estas elecciones, que merecieron la completa aprobacion de Mr. Lainé, eran preliminares felices de triunfo.

XXXIII.

La presencia del emperador de Rusia y su amistad para con el duque de Richelieu impusieron el asentimiento de los demas gabinetes á los deseos del rey de Francia. «Vuestra nacion es valiente y leal, dijo Alejandro á los plenipotenciarios franceses, y sufre sus infortunios con heróica resignacion, ¿me respondeis de ella? ¿La creeis bastante sensata para que pueda verificarse sin riesgo la evacuacion? ¿Pensais que su gobierno esté sólidamente afianzado? Hablad francamente; soy admirador y amigo de vuestra nacion; no pido mas que vuestra palabra. No temo, añadió, el desarrollo de los principios liberales en Francia, yo tambien soy liberal; quisiera ademas que vuestro soberano ligase mas fuertemente los nuevos intereses á su trono por medio de algun acto notable. Temo á los *jacobinos* (nombre revolucionario de los demagogos); los odio; procurad no echaros en sus brazos; la Europa no quiere ya el jacobinismo. Solo una santa alianza fundada sobre la moral y la religion puede salvar el órden social. En nombre del cielo, señor de Richelieu, salvemos el órden social.» Estas palabras y la emision de ese pensamiento divino, en que habian imbuido al jóven soberano de tantos millones de hombres los reveses y los triunfos, daban á conocer al libertador del continente y en aquella sazon al moderador del mundo. Semejantes sentimientos, inspirados ó recomendados por el emperador de Rusia á las personas que le rodeaban, orillaron al punto las dificultades secundarias que el duque de Richelieu debia encontrar en las pretensiones y en las ambiciones de las demas córtes. Se proclamó la evacuacion de la Francia, y los comisionados franceses y estrangeros fijaron en doscientos sesenta y cinco millones las cuentas definitivas de indemnizacion por causa de guerra. En honra y prez de estos liquidadores de tan gran deuda debe consignar la historia que al salir del ministerio el duque de Richelieu fué honrado, á causa de su modesta fortuna, con un subsidio personal de su pais, y que Mr. de Rayneval murió en la pobreza, no dejando mas herencia que su nombre, y que despues de la muerte de Mr. Mounier, su esposa y su hijo tuvieron que vivir á espensas del Estado en un rincon de la Francia.

Reconciliada asi esta nacion con la Europa entraba por medio de artículos secretos en la confraternidad de los reyes y en el espíritu de la Santa Alianza. Firmada el acta de aquel congreso, el emperador Alejandro quiso llevar él mismo en persona al rey de Francia la espresion del respeto que profesaba á sus canas y de su alian-

lieu habian desarmado á los soberanos. Este último habia llevado consigo á aquellas conferencias dos jóvenes, amigos de su persona y de su política, para auxiliarle con sus consejos y su palabra en las transacciones de aquel tratado. El uno era Mr. de Rayneval, nutrido desde su infancia en las tradiciones de la alta diplomacia francesa, que su padre habia dirigido en tres reinados; el otro era Mr. Mounier, hijo del presidente de la Asamblea nacional en 1789, secretario íntimo de Napoleon durante el Imperio, y á la caida de éste, adicto á esa monarquía constitucional soñada por su padre, hombres los dos á quienes por la moderacion de su carácter y por sus talentos podian confiarse los mas delicados asuntos de Europa, sin temer ni esceso de celo, ni indiscrecion, n menos falta de probidad. La formalidad de Mr. Rayneval, la autoridad natural de Mr. Mounier y la rápida inteligencia de ambos eran cualidades muy á propósito para verlo, simplificarlo y resolverlo todo bajo la direccion del primer ministro, que era al mismo tiempo amigo suyo. Estas elecciones, que merecieron la completa aprobacion de Mr. Lainé, eran preliminares felices de triunfo.

XXXIII.

La presencia del emperador de Rusia y su amistad para con el duque de Richelieu impusieron el asentimiento de los demas gabinetes á los deseos del rey de Francia. «Vuestra nacion es valiente y leal, dijo Alejandro á los plenipotenciarios franceses, y sufre sus infortunios con heróica resignacion, ¿me respondeis de ella? ¿La creeis bastante sensata para que pueda verificarse sin riesgo la evacuacion? ¿Pensais que su gobierno esté sólidamente afianzado? Hablad francamente; soy admirador y amigo de vuestra nacion; no pido mas que vuestra palabra. No temo, añadió, el desarrollo de los principios liberales en Francia, yo tambien soy liberal; quisiera ademas que vuestro soberano ligase mas fuertemente los nuevos intereses á su trono por medio de algun acto notable. Temo á los *jacobinos* (nombre revolucionario de los demagogos); los odio; procurad no echaros en sus brazos; la Europa no quiere ya el jacobinismo. Solo una santa alianza fundada sobre la moral y la religion puede salvar el órden social. En nombre del cielo, señor de Richelieu, salvemos el órden social.» Estas palabras y la emision de ese pensamiento divino, en que habian imbuido al jóven soberano de tantos millones de hombres los reveses y los triunfos, daban á conocer al libertador del continente y en aquella sazon al moderador del mundo. Semejantes sentimientos, inspirados ó recomendados por el emperador de Rusia á las personas que le rodeaban, orillaron al punto las dificultades secundarias que el duque de Richelieu debia encontrar en las pretensiones y en las ambiciones de las demas córtes. Se proclamó la evacuacion de la Francia, y los comisionados franceses y estrangeros fijaron en doscientos sesenta y cinco millones las cuentas definitivas de indemnizacion por causa de guerra. En honra y prez de estos liquidadores de tan gran deuda debe consignar la historia que al salir del ministerio el duque de Richelieu fué honrado, á causa de su modesta fortuna, con un subsidio personal de su pais, y que Mr. de Rayneval murió en la pobreza, no dejando mas herencia que su nombre, y que despues de la muerte de Mr. Mounier, su esposa y su hijo tuvieron que vivir á espensas del Estado en un rincon de la Francia.

Reconciliada asi esta nacion con la Europa entraba por medio de artículos secretos en la confraternidad de los reyes y en el espíritu de la Santa Alianza. Firmada el acta de aquel congreso, el emperador Alejandro quiso llevar él mismo en persona al rey de Francia la espresion del respeto que profesaba á sus canas y de su alian-

za con sus pensamientos, pues deseaba gozar por última vez de la popularidad que habia adquirido entre los franceses. El mismo Luis XVIII refiere en un escrito confidencial de su mano, inédito hasta el dia, la impresion que le causaron aquella visita, la emancipacion de su pueblo verificada por su prudencia y los servicios del duque de Richelieu. Estas revelaciones íntimas, escapadas del corazon, son testigos demasiado raros y preciosos de los acontecimientos, para que no sean recogidos con avidez. Los actores de esas grandes escenas son siempre sus mejores historiadores. La última palabra de los acontecimientos está en el alma de los actores.

«Diciembre 1818.

«Qui vidit, testimonium perhibuit, et verum est testimonium ejus.

S. Juan XV.

—«Uno de los momentos mas felices de mi vida ha sido el que siguió á la visita del emperador de Rusia. Sin hablar de la estremada bondad en venir solo por verme y trazar de este modo, aunque muy noblemente, lo que con la mas baja adulacion hizo el duque de La Fenillade con respecto á Luis XIV era difícil no quedar satisfecho de su entrevista. No solamente participaba de todos mis pensamientos, sino que me los decia aun antes de que yo tuviera tiempo de emitirlos. Habia aprobado altamente el sistema de gobierno y la línea de conducta que sigo desde que me resolví á dar el decreto de 5 de setiembre de 1816. (No puedo menos de observar que aquel era el momento de las elecciones de Paris, y que el emperador marchó persuadido de que seria elegido Benjamin Constant.) En fin, aquel príncipe me hizo el mas cumplido elogio de mis ministros y particularmente del conde Decazes, á quien no temo decir que profeso una amistad

fundada sobre sus buenas circunstancias y sobre una lealtad que es preciso haber esperimentado para conocer todo su valor. Así, pues, yo veia como segura la evacuacion de la Francia con condiciones muy moderadas y afianzada por mucho tiempo la tranquilidad esterior sin que nada al parecer amenazase la paz de mis dominios.

»Confieso que me desagradaron algunas de las elecciones, como las de los departamentos del Sarthe, la Vendée y Finisterre; pero estas son contrariedades inherentes á una Constitucion como la nuestra, y la generalidad de ellas era buena. Observé con sentimiento en las cartas del duque de Richelieu que estaba mas afectado que yo; pero me lisonjeaba que al volver aqui procuraria unirse mas y mas á sus colegas para poner remedio al mal producido por la *Minerva*, y sea dicho de paso, agravado por el *Conservador*.

»Me engañaba, pues *sin saberlo yo*, habia buscado y creido hallar el duque otros remedios. Estas palabras *sin saberlo yo* acaso parezcan estrañas á los que las lean. Al estamparlas no desconozco las ideas que pueden sugerir respecto de mi persona, pero quiero manifestar la verdad; es preciso decirla, y para ello tomemos las cosas de mas arriba.

»Mucho tiempo hacia que todo el mundo estaba en la persuasion de que si los ultra-realistas, convencidos de la imposibilidad de realizar su sistema de exageracion, haciendo callar los odios contra las personas, abrazaban francamente el sistema de templanza, los ultra-liberales no se atreverian á levantar la cabeza. Público es que los ministros habian trabajado por esta reconciliacion; pero conocidos son tambien los escasos resultados de las negociaciones. Sabido es que los ultra-realistas habian pedido concesiones de principios y garantías personales que era imposible otorgar; sabido es ademas que lejos de aproximarse sus gefes al ministerio, al que no cesaban de insultar en sus escritos, combatieron durante la legisla-

tura de 1815 en las filas de los ultra-liberales. Se sabe mas: pero nada ha sido jurídicamente probado. No sentiamos menos mis ministros y yo la necesidad de una reconciliacion y este era tambien el parecer de los estrangeros mas ilustrados. El duque de Wellington me habia hablado de ella al regresar de Aquisgran. «Es necesario, decia, que los ultra-realistas se reconcilien con el ministerio, pero sin condiciones.»

»El aspecto de la legislatura que iba abrirse no tenia nada de amenazador: aquel ministerio, á quien los partidarios de la exageracion de uno y otro lado trataban de desacreditar, habia sin embargo restablecido en todas partes el órden y la confianza. La Francia era respetada fuera. Solo el crédito se habia resentido, esto es, el del banco, pues al paso que el 5 por 100 bajaba, los bonos reales se mantenian á la misma altura. Ya he dicho que la generalidad de las elecciones era buena; asi es que por mas que se temieran debates muy acalorados, era mas que probable que en la Cámara de los diputados la mayoría en favor del ministerio fuese por lo menos lo que habia sido en la última legislatura; mucho menor era la de la Cámara de los pares; pero al fin existia. Tal era á mis ojos el estado de las cosas al volver el duque de Richelieu el 28 de noviembre.

»Antes de pasar adelante conviene hablar de la situacion en que se hallaba el conde Decazes. Su ministerio, tan importante mientras estuvo en vigor la ley de 29 de octubre, habia decaido mucho desde que cesó dicha ley; asi es que estaba á punto de perder la única y débil arma que le quedaba, la censura de los periódicos. Los enemigos del conde Decazes, despues de haber representado, atacando su conducta, la fábula de la serpiente y la lima, habian cambiado de baterías. No era ya el ministro, sino el ministerio el que atacaban, pintándolo como anticonstitucional, arbitrario y fuente de gastos supérfluos. Con tales espresiones hay siempre la seguridad de

captarse los sufragios de la multitud, y por lo tanto consiguieron completamente su objeto y las cosas llegaron al punto de ser muy dudoso que en la legislatura que iba á abrirse pasara el presupuesto de la policía general; pero aun cuando hubiera pasado ¿qué significa un ministro sin poder, sin atribuciones, y con todo eso abrumado con la misma responsabilidad que cuando las tenia? Tan convencido de esto estaba el conde Decazes que propuso la supresion de su ministerio, y como consecuencia natural su salida del consejo. Al oir esta proposicion se sublevaron todos sus colegas, los unos porque conocian la falta que hacian al Estado su buena cabeza, su aplomo en las circunstancias mas críticas y su habilidad en los negocios, y los otros tal vez porque creian que mi amistad hácia él era un conducto intermedio de suma utilidad entre el ministerio y yo. El duque de Richelieu, que indudablemente era de los primeros, ensayó un medio de conservarle proponiendo á Mr. Lainé que le cediera el ministerio de lo Interior tomando él el de la Justicia. Yo ofrecí facilitar este arreglo, en el que consintió sin condiciones Mr. Pasquier, á quien nombré ministro de mi casa con entrada en el consejo. Mr. Lainé se negó á permutar é hizo su dimision, que no quise aceptar con tanto mas motivo cuanto que el duque de Richelieu habia declarado que á no ser con él no se quedaria en el ministerio. Mr. Decazes se prestó á llevar el peso del suyo hasta el fin de la legislatura y el consejo continuó tal como estaba.

»Recuérdese que he dicho mas arriba que el duque de Richelieu habia buscado *sin saberlo yo*, y creido hallar el remedio al mal que temia. Al representarme este hecho y al consignarlo aqui, creo, á pesar de su fecha reciente, sufrir mas bien un sueño penoso, que recordar la verdad. Jamás podrá creer la posteridad que un ministro, quien quiera que sea, haya podido concebir, y mucho menos ejecutar, un plan cuyo efecto inevitable era

cambiar por completo la marcha del gobierno, sin decir una sola palabra al rey, y mucho menos se creerá cuando se sepa que el ministro era el duque de Richelieu, el hombre mas leal que hubo jamás, y el rey ese Luis XVIII, acusado de debilidad, pero no de indiscrecion, y que por consecuencia se debia suponer cosa fácil hacerle cambiar de opinion sin comprometer el secreto del plan. Pues bien, á pesar de tanta inverosimilitud, el hecho es ciertísimo, y me importa tanto mas que se sepa, cuanto que los que piensen de otro modo podrán acusarme de haber observado en aquel admirable mes de diciembre de 1818, una marcha muy tortuosa. Defendiéndome asi, parezco acusar al duque de Richelieu. Confieso que no puedo disculparle del misterio que usó conmigo, pero estoy persuadido (y mas adelante se verá si tengo razon) de que él mismo ignoraba á donde se le conducia. El queria reconciliar á los ultra-realistas con el ministerio cambiando la ley electoral, y no conoció que era el mismo ministerio el que se ponia á discrecion de los ultra-realistas. ¿Quién habia concebido el plan? ¿Quién habia asegurado su éxito? Lo ignoro, y no quiero referir aqui sino hechos que yo conozco plenamente, permitiéndome solo añadir á ellos mis reflexiones, cuando me parezcan plausibles.

«Sea de esto lo que quiera, lo cierto es que se habia trabajado en separar de aquel centro, que hasta entonces habia constituido en las dos cámaras la fuerza del ministerio, un número de miembros bastante considerable para asegurar la mayoría á los ultra-realistas. La intriga se habia llevado con tal secreto que no podria menos de aplaudir en otra causa; baste decir que se habia escapado á los ojos vigilantes del mismo Mr. Decazes. El éxito habia sido completo en la Cámara de los pares; pero era mas dudoso en la de los diputados. La primera noticia que tuve de este negocio, fué por el canciller, que pocos dias antes de abrirse la legislatura vino á participarme los nombres

de los candidatos que los ministeriales tenian designados para secretarios de la Cámara de los pares, añadiendo que no estaba muy seguro de que fueran estos los que triunfasen, en atencion á que se habia verificado otra reunion en la que se habian propuesto distintos candidatos. Como no se esplicó mas, creí que hablaba de una reunion de ultra-realistas, cosa que habia existido siempre, y no me inspiró el menor cuidado; pero no tardé en saber por Mr. de Brezé que en efecto se habia verificado á propuesta del duque de Doudeauville, una reunion de ministeriales, para llevar á cabo la reconciliacion con el lado derecho. Al mismo tiempo me enseñó una lista acordada en aquella reunion, tanto para la mesa, como para la comision de mensage, en respuesta á mi discurso. La primera contenia los nombres de Doudeauville, Verac, duque de Bellune y Dubouchage. Nada tuve que oponer á los dos primeros, é iba á hacer mis observaciones sobre los otros dos, cuando dirigiendo los ojos á la segunda lista, vi al frente de ella los nombres del marqués de Talaru y del vizconde de Montmorency, ambos ultra-realistas furibundos y autores conocidos del *Conservador*. Entonces ya no pude contenerme: reprendí á Mr. de Brezé por pertenecer á una sociedad que hacia semejantes elecciones: le cité este verso de Atalia:

«Romped, romped todo pacto con la impiedad.»

»No sé todo lo que le dije, pues estaba fuera de mí. Recuerdo que se defendió citándome personas muy honradas, aunque algo débiles, que formaban parte de la asociacion. En fin, me dijo que esta se reunia en casa del cardenal de Beausset. El rayo que hubiera caido á mis pies me hubiera hecho menos impresion que este nombre. Hasta entonces, del mismo modo que el pueblo que antiguamente cuando se le oprimia, esclamaba en su dolor: ¡Oh! ¡Si nuestro buen rey lo supiera! decia yo ¡Ah!

¡Cuando lo sepa el duque de Richelieu! Y no por que no me hubiese instruido de una conferencia que debia tener con Mr. de Villele, sino por que como no habia hablado de su resultado á ninguno de sus cólegas ni á sí mismo, creia que habia sido nulo como el de las anteriores conferencias. Empero el nombre del cardenal de Beausset me sacó de todo error: tiene demasiado talento y está demasiado unido con el duque de Richelieu, para haber tomado tan gran medida sin su aprobacion. Al punto me enfrié, despedí á Mr. de Brizé, y me entregué á mis reflexiones.

»Tristes fueron en verdad y no podian menos de serlo: veiame en la dolorosa alternativa ó de aprobar, sin conocerla, una marcha que no podia menos de ser opuesta á la que venia siguiendo hacia dos años y creo ser la única buena, ó de romper con el duque de Richelieu. El primer partido era muy odioso y ofrecia sus peligros. El segundo tenia mil inconvenientes mucho mas graves. Sin duda la medida tomada por el duque de Richelieu, sin saberlo yo, era una ofensa á la que no se podria dar nombre; no quiero justificarla, no la concibo siquiera, pero lo que todo el mundo puede concebir es la existencia del culpable llamado al ministerio en las circunstancias mas terribles en que jamás ha podido encontrarse ningun Estado; no habia vacilado en encargarse de él; habia hecho mas: habia firmado el convenio de 20 de noviembre de 1815. Si, lo digo francamente, este es el acto que le agradecerá mas la posteridad. Que se considere la posicion en que estaba entonces la Francia. Un millon y cien mil estrangeros que habian venido, me complazco en decirlo asi, con buena intencion, pero que despues se envanecieron con la victoria y mostraban cada dia mas aficion al saqueo, cubrieron la mitad de nuestro territorio. Verdad es que los soberanos reunidos en Paris me trataban con grandes miramientos; pero la generosidad se los guarda siempre á las canas y no por eso se dejaba sentir

menos el azote del poder. Dos prefectos (los de Sarthe y del Loiret) habian sido arrancados de sus destinos y encerrados en una prision. Mr. Decazes, entonces prefecto de Policía, habia estado espuesto á sufrir la misma suerte. Las obras maestras de las artes, cuya posesion debia garantir á la Francia el tratado de 30 de mayo de 1814, fueron, delante de mis propios ojos, arrebatadas á mano armada de mi casa. En el Mediodía de la Francia, á no haber sido por el valor heróico del duque de Angulema que sin armas y sin medios habia sabido imponer al general Castaños, los españoles habrian venido sin haber tenido parte en la victoria á tomar la suya en el botin; pero el peligro no estaba mas que en suspenso. ¿Cuáles eran nuestros recursos? Ninguno, preciso es decirlo. El ejército del Loira, que en mi opinion lo hubiera sido muy débil, estaba licenciado, y si quedaba energía en Francia solo se observaba en las fermentaciones de guerra civil. No podiamos esperar siquiera la triste gloria que honró los últimos momentos de Cartago. Cierto que los estrangeros exigian condiciones muy duras; pero ya hemos visto, si nos hallábamos en estado de negarlas, y á parte de los gastos causados por ellos, su presencia sola costaba diariamente á la Francia mas de un millon de pérdida. En semejantes circunstancias el hombre virtuoso y amante de su pais desprecia inútiles clamores y camina derecho á su objeto. Esto fué lo que hizo el duque de Richelieu, y esto es lo que reconocerá la posteridad cuyos sufragios le vengarán de la falsa afrenta que se ha querido echar sobre él en aquella ocasion. Desde aquel momento su lealtad estremada le habia grangeado no solamente en el estrangero una consideracion que pocos han tenido, sino que en lo interior habia reducido á los adversarios mas pronunciados de nuestro sistema á maldecir de sus talentos no atreviéndose á atacar á su persona. En fin, acababa de firmar aquellas famosas actas de Aquisgran que salvaron á la Francia y la colocaron en el rango que la

pertenecia. A estas consideraciones se unian otras muy poderosas: todos mis ministros me hubieran abandonado, principalmente el conde Decazes que muchas veces me habia declarado (y en esto era yo de su opinion) que si al regresar de Aquisgran el duque de Richelieu seguia su proyecto de retirada él le imitaria. Asi, pues, si ellos estaban dispuestos á seguir una retirada voluntaria ¿qué hubieran hecho si hubiera sido forzada? En fin, yo mismo, ¿dónde hubiera tomado la fuerza necesaria para un acto de vigor, yo que á pesar del inconcebible silencio del duque de Richelieu y á pesar de otros recuerdos mucho mas penosos, siento todavía no tener á mi lado un hombre á quien malos consejos podian estraviar y aun arrastrar á medidas opuestas enteramente á su carácter; pero que guiado por su rectitud natural volvia al punto al buen camino con tanta mas facilidad cuanto que jamás su corazon era culpable? Asi, pues, resolví aparentar lo que se me callaba y permanecer fiel á mi línea de conducta, lo que me era tanto mas fácil cuanto que el duque de Richelieu me decia (y estoy seguro que me lo decia con sinceridad) que no habia cambiado de sistema. Por otra parte no aparecia en el ministerio la menor escision. Mi discurso de apertura fué discutido y unánimemente adoptado, á escepcion de algunas frases que al tiempo de pronunciarlo me propuso que añadiera el duque de Richelieu y cuya idea pertenecia á Mr. Decazes (entre otras esta: el príncipe acaba de recobrar su independencia sin la cual no hay rey ni nacion).

»Esta union aparente no fué larga. La apertura se habia verificado el 10, y ya desde el 12 el consejo de ministros se puso á deliberar sobre la marcha que deberia seguir en las actuales circunstancias. El guarda-sellos, que habló el primero, pintó muy bien su gravedad, pero sin concluir precisamente en nada. Mr. Roy hizo lo mismo. El mariscal Gouvion-Saint-Cyr y Mr. Decazes opinaron por permanecer firmes en la línea seguida hasta entonces. Los señores Molé, Lainé y el duque de Richelieu opinaron por una reconciliacion con el lado derecho, y en su consecuencia proponian un cambio en la ley electoral. Como se ve no hubo mayoría pronunciada, y la deliberacion se aplazó para el 14, verificóse en efecto sin mas resultado; pero se juzgó la materia bastante discutida para someterla en el próximo consejo de ministros.

»Muchas cosas ocurrieron en este espacio de tiempo: la Cámara de los pares constituyó su mesa con las personas que habia dicho Mr. Brezé, á excepcion de Mr. de Pastoret, que sustituyó á Mr. Dubouchage, y esto, al decir de los que manejaron el negocio, por consideracion á mí, puesto que habiendo sido mi ministro Mr. Dubouchage, podria serme poco grato verle continuamente á mi lado. Sin duda se olvidaban de que el año anterior, aprovechando los ultra-realistas una desavenencia de los ministeriales, habian presentado para secretario al duque de Feltre, que habia salido del ministerio despues de Mr. Dubouchage, ó mas bien querian revestirse á los ojos del público de aquel fingido respeto hácia mí, mas insultante que un ultraje directo. Cuando para el nombramiento de la comision de mensage habian hecho al duque de Richelieu el honor de preguntarle qué personas queria fuesen las designadas, contestó entregándose á un movimiento natural: «ministeriales.» Pero entonces se le hizo ver que solo por mera política se le habia hecho aquella pregunta, pues le declararon que no podia ser lo que él queria. Jamás comprenderé como al oir estas palabras no se le cayó la venda de los ojos, y vió que era esclavo del partido al que imprudentemente habia favorecido y el cual queria convertirle en uno de esos ídolos de los gentiles *que tienen ojos y no ven*, y en fin, como no hizo un esfuerzo generoso para intentar siquiera romper su cadena. Nada de esto sucedió, y se limitó á replicar con aire de mal humor: «Pues bien, nómbrense personas sensatas.» Estas personas sensatas fueron Talaru, el vizconde

de Montmorency, Fontanes, Pastoret y Rosambo, no menos ultra-realistas que los primeros. Confieso que esta eleccion me ofendió mucho mas que la de la mesa; pero persuadido de que la falta mayor que podria cometer un rey seria manifestar una cólera que no puede satisfacer, me contenté con decir interiormente lleno de amargura:

«Atalo; ¿era así cómo reinaban tus antepasados?»

»Pero el dolor que por este tiempo esperimentaba era muy ligero en comparacion de el que voy á referir. El duque de Richelieu, que en todos tiempos se habia mostrado tan pública y noblemente amigo del conde Decazes, que pocos dias antes de salir de Aquisgran le escribia, á propósito de un asunto que le interesaba personalmente y el cual habia tenido mal éxito, *que estaba desesperado por haberle salido mal el único negocio que realmente le concernia*; el duque de Richelieu, digo, parecia haberse enojado con él, pues no le veia, ni aun contestaba á sus cartas. Preparado hacia largo tiempo á la retirada de Mr. Decazes, cuyo ministerio conocia yo demasiado que no podia subsistir, la amistad que le profesaba me hacia desear que por lo menos saliera de la plaza con los honores de la guerra, no ocultándoseme tampoco la ventaja que llevarian sus enemigos si se verificaba su salida á consecuencia de un rompimiento con el duque de Richelieu. Por otro lado, y prescindiendo de lo que concernia al conde Decazes, nada era mas precario que el ministerio. Mr. Lainé habia anunciado su inflexible resolucion de retirarse; el duque de Richelieu por su parte declaraba que, saliendo él, no permaneceria en el ministerio ni un segundo, y las activas gestiones que crei conveniente practicar para con el primero no habian tenido mas que un resultado muy equivoco.

»¿Me será permitido hablar aqui del estado en que á la sazon se hallaba mi salud, no para que se me compadezca, sino para que sirva de escusa á las faltas que puede haber cometido en circunstancias tan difíciles? El 12 sentí un ataque de gota: durante tres dias fué tan ligera que creí no seria nada; pero el 15 por la noche fueron muy intensos los dolores, y el 16 comenzó la invasion que voy á describir en pocas palabras: grandes dolores, poco sueño, falta de apetito, fiebre y postracion de las fuerzas físicas y morales. Tal fué mi estado por mas de ocho dias.

»Entretanto el horizonte pareció aclararse un momento. Como los ministros que eran individuos de la Cámara de los diputados tenian precision de asistir el miércoles 16, dia de la eleccion de los candidatos para la presidencia, se aplazó el consejo para el jueves. El miércoles por la noche se presentó inopinadamente el duque de Richelieu en la reunion del conde Decazes, que estuvo muy obsequioso con él y fué á verle al dia siguiente. Tuvieron ambos una esplicacion, y al concluirla se abrazaron, quedando convenidos en que se tocaria solamente, pero no se profundizaria, la gran cuestion en el consejo.

»Reunióse este en efecto el 17. El guarda-sellos habló allí el primero, en los mismos términos que lo habia hecho en casa del duque de Richelieu, es decir, con mucha elocuencia, pero sin resolverse nada. El mariscal Gouvion fué de parecer que no debia hacerse cambio alguno, ni aun ensayar siquiera la modificacion de la ley electoral. Mr. Molé declaró que no creia posible continuar en la línea seguida hasta aquel momento, y por lo tanto queria que se inclinase la balanza hácia los ultra-realistas, no porque desconociese que esto era lo mismo que designarse amos, sino porque de dos males es preciso elegir el menor. Mr. Lainé juzgó conveniente plantar la bandera ministerial y tender la mano á derecha é izquierda. Mr. Roy habló poco mas ó menos en el mismo sentido. Decazes esplanó el peligro que en su concepto

se corria con tratar de cambiar, ó por mejor decir, destruir la ley electoral, á la que pintó como popular en grado supremo, y concluyó encareciendo la conveniencia de continuar firmes en nuestra línea. El duque de Richelieu habló el último, y fué fácil conocer que se inclinaba á la opinion de Mr. Molé; pero no avanzó mucho mas que el guarda-sellos y Mr. Roy. En fin, tomo yo la palabra, y apoderándome de la idea de Mr. Lainé: «Plantemos, dije, nuestra bandera sobre el decreto de 5 de setiembre de 1816. Continuemos siguiendo la línea que nos ha reunido hasta ahora. Tendamos siempre la mano á derecha é izquierda, diciendo con César: «el que no está contra mi, está conmigo.» Asi terminó aquel consejo. Yo tuve el candor de creer que iba á cesar toda discusion en el ministerio; ahora se verá hasta donde llegaba mi ilusion.

»El 16 Mr. Ravez habia obtenido el número de votos necesario para ser candidato á la presidencia. Mr. de Serre habia tenido casi tantos como él; sin embargo, me era imposible nombrar á Mr. Ravez. Cometí la torpeza de darme demasiada prisa en decirlo, ó el duque de Richelieu la de anunciárselo antes de haberse deliberado el negocio en consejo de mini-tros. Esta doble imprudencia hizo triunfar á los realistas, que viendo las elecciones que habia hecho la Cámara de los pares, y esta última (porque es preciso decirlo, Mr. Ravez era de los que se habian dejado arrastrar), no dudaron de la victoria. Su alegria fué de corta duracion, pues entre los vicepresidentes, uno solo, Mr. Blanquart de Bailleul, que estaba en el mismo caso que Mr. Ravez, pudo darles alguna esperanza; pero la eleccion de los secretarios, y sobre todo la de Mr. de Saint-Aulaire, suegro del conde Decazes, probó claramente que los antiguos ministeriales no estaban aun vencidos. Confieso que no pude menos de alegrarme; pero mi gozo no duró mucho, pues el duque de Richelieu se irritó hasta tal punto, que por la primera vez

de su vida, el domingo siguiente (las elecciones se habian verificado el viernes y el sábado), me habló en términos muy duros de Mr. Decazes, acusándole poco menos que de haber sido el alma de aquellas elecciones. Entonces conocí que la escision habia estallado sin remedio. La deploré profundamente; pero por los motivos que he espuesto mas arriba, me resolví, por mucho que me costara, á inmolarlo todo á la ventaja de conservar al duque de Richelieu en el ministerio; pero hé aqui, que el lunes por la tarde y martes por la mañana recibo las adjuntas cartas del duque de Richelieu (1), de Mr. Molé (2), de Mr. Lainé (3),

(1) Con profundo dolor, pero con irrevocable determinacion, suplico á V. M. se sirva aceptar la dimision del puesto que ocupo y que pongo á los pies de V. M. La íntima conviccion en que estoy de que no puedo ya ser de ninguna utilidad á V. M. ni al bien del pais, me obliga á dar este paso. Sírvase V. M. indicarme á quien debo entregar la cartera de los Negocios estrangeros. Las circunstancias en las que la acepté y todo lo que ha pasado hace tres años deben probar á V. M. que si le suplico me permita retirarme hoy, no es por falta de valor ni de lealtad.

Firmado, RICHELIEU.

(2) No dejándome la situacion del ministerio ninguna esperanza de ser útil á V. M. y justificar su confianza, continuando en su servicio, vengo á suplicarle reciba mi dimision y se sirva manifestarme á quien he de entregar la cartera de Marina.

Firmado, MOLÉ.

(3) Suplico á V. M. tenga á bien admitir mi dimision é indicarme á quien debo entregar la cartera del ministerio de lo Interior. Permítame V. M. que le pida la gracia de dejarme volver completamente á la condicion privada. Como diputado, trataré de servir á mi rey y al pais con toda la lealtad de mi corazon.

Firmado, LAINÉ.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

de monsieur Pasquier (1) y de monsieur Decazes (2).

(1) Sé que el duque de Richelieu acaba de presentar su dimision al rey; si V. M. se determina á aceptarla, me atrevo á suplicarle me permita poner tambien la mia á sus pies. Estoy convencido de que en tales circunstancias mi presencia en los negocios seria mas perjudicial que útil al servicio del rey. S. M. conoce mi lealtad sin límites. Si pierdo la dicha de servirle como ministro, me quedará á lo menos el consuelo de manifestar en todas ocasiones, como diputado, los sentimientos y principios que no cesarán de estar grabados en el fondo de mi corazon.

Firmado, PASQUIER.

(2) Por una carta del conde Molé al baron Pasquier he sabido que el duque de Richelieu ha presentado á V. M. su dimision. Si esta determinacion es irrevocable y obtiene el asentimiento de V. M., me obligará á poner á sus pies la cartera que se ha dignado confiarme por espacio de tres años. Nada en el mundo podrá forzarme á permanecer en el ministerio, saliendo de él el duque de Richelieu. V. M., que conoce mi resolucion sobre este punto, se ha servido aprobarla muchas veces. Hoy debo llevarla á cabo, con tanto mas motivo cuanto que la divergencia de opinion sobre algunos puntos, ó mas bien sobre un punto, entre los ministros, y particularmente entre el duque de Richelieu y yo, ha podido causar su retirada del ministerio. Desde el momento que comenzó á aparecer esta divergencia, manifesté al rey y al duque de Richelieu la intencion de retirarme. Hoy debo ejecutarla y no privar al rey de los servicios del duque de Richelieu, bien seguro de que V. M. está persuadido, y tambien el mismo duque de Richelieu, de que los dos me hallarán siempre dispuesto, asi fuera del ministerio como dentro, á hacer todo lo que sea útil al servicio de V. M. y al triunfo de su gobierno, al cual pertenecoré siempre con la intencion y el deseo, como pertenecoré de corazon y de alma á V. M. mientras conserve una gota de sangre en las venas.

Por lo demás, voy á casa del duque de Richelieu para darle la última prueba de la abnegacion de mí mismo con que serviré siempre á V. M. *Firmado*, DECAZES.

»De estas cartas no respondi mas que á la del duque de Richelieu, á quien escribi que en la turbacion que naturalmente me habia causado su inopinada determinacion, me era imposible darle una respuesta, y que deseaba verle antes de que tomara un partido definitivo. Vino en efecto al medio dia del martes, y yo no le disimulé en lo mas mínimo el pesar que sentia, rogándole que considerara que ademas del sentimiento de separarme de él, me veia reducido á la triste necesidad de recurrir á ***. El me escuchó con aire tan afligido como yo mismo, y nos separamos sin quedar en nada; pero á la mañana siguiente recibí esta carta suya:

«V. M. puede imaginar la penosa situacion en que me ha dejado la entrevista de ayer y todo lo que he sufrido al ver el dolor que causaba á V. M. Conozco demasiado bien mi insuficencia en circunstancias tan difíciles, y para un género de negocios en que es imposible haya otro menos á propósito que yo, y por lo tanto creo necesario repetir á V. M. lo que ayer tuve el honor de manifestarle. Mi mision concluyó desde el momento en que quedaron terminadas las negociaciones con los estrangeros. Desconozco completamente los negocios del Interior, asi como la conducta de las Cámaras, y no me considero con la actitud ni con la capacidad suficiente para encargarme de ellos. Mi deber me aconseja decir á V. M., con toda la sinceridad de mi corazon, que reteniéndome en sus consejos hace gran daño á los negocios y al pais, y que este sentimiento que V. M. tuvo la bondad de llamar modestia, no es mas que el resultado de un conocimiento mas profundo de mí mismo. Pensar de otro modo no seria por parte mia mas que una presuncion indisculpable.

»Despues de haber hecho á V. M. esta profesion de fé, en la que le suplico reflexione muy sériamente, debo decirle que si persiste en retenerme, á pesar de las poderosas razones que le doy, no puedo ni debo negarme

á ello; pero para que mis servicios no sean desde un principio inútiles, es necesario restablecer en el ministerio una unidad de opiniones que ya no existe. V. M. sabe si amo y estimo á Mr. Decazes. Estos sentimientos son y serán siempre los mismos; pero ultrajado por una parte sin razon por un partido cuyas imprudencias han causado tantos males, le es imposible reconciliarse con él, y empujado por otro hácia un partido cuyas doctrinas nos amenazan mucho mas, creo que mientras no se establezca fuera de Francia, para lo cual puede conferirle V. M. un cargo importante, todos los hombres opuestos al ministerio le considerarán como blanco de sus esperanzas, y de este modo vendrá á ser, á pesar suyo, un obstáculo á la marcha del gobierno. Mucho me cuesta usar de este lenguaje con mi rey. Puedo asegurar que desconozco completamente la intriga y la ambicion, y los medios que ellas emplean ordinariamente; pero debo la verdad á V. M., tal á lo menos como yo la creo. Conozco lo penoso que será para el rey, para Mr. Decazes, y me atrevo á decirlo, para mí mismo, el sacrificio de que hablo; pero lo considero necesario, si he de permanecer al frente de los negocios. La embajada de Nápoles ó de San Petersburgo, y su salida de París dentro de una semana, tales son en mi concepto los preliminares indispensables, ya que no para el triunfo completo de la causa, á lo menos para la marcha regular de la administracion. V. M. se persuadirá fácilmente de lo costoso que me es imponer semejantes condiciones, y que solo el estado en que dejé ayer á mi rey y el profundo pesar que esperimento, han podido decidirme á depositarlas en su seno. V. M. hará de ellas el uso que juzgue conveniente.

»En el caso en que V. M. exija imperiosamente que yo permanezca, me atreveré á rogarle que emplee todos los medios que están en su poder para retener á Mr. Roy y á Mr. Lainé, sin el cual no puedo absolutamente que-

dar en el ministerio. Si V. M. emplea esa seduccion, á la que nada resiste, creo que no será difícil vencer la oposicion de uno y otro. Despues de haber espuesto á V. M. mi pensamiento, permítame que me eche á sus pies para pedirle con las mas vivas instancias que me conceda la libertad; le repito que no tengo la capacidad ni los talentos necesarios para salir del laberinto del gobierno de las Cámaras. Nada me ha preparado á esa vida, y seguramente no saldria airoso de la empresa. V. M. está prevenido de antemano: no se esponga á ver realizados pronto estos pronósticos...»

»Ya he dicho que estaba resignado á ver á Mr. Decazes salir del ministerio; pero confieso que el alejamiento que se me proponia me era mucho mas sensible. Le escribí al punto, pero no tuve valor para darle á conocer *in extenso* la carta que acabo de trascribir, y me concreté á decirle lo mas sustancial. El se lisongeaba que su salida de París bastaria para remediarlo todo, y así es que en su respuesta me ofreció partir inmediatamente para ir á pasar á Libourne tres meses en el seno de su familia. A pesar de lo razonable, y aun generosa, que era esta oferta, no me prometia de que fuese aceptada; sin embargo, resolví intentarlo, y cuando el duque de Richelieu vino á verme un poco antes del consejo, le hice la proposicion, acompañándola de todo lo que creí capaz de conjurar la tempestad; *pero esa seduccion á la que nada se resiste*, no produjo su efecto, y vi al duque de Richelieu dominado por un impulso estraño y ageno á su carácter. Mostróse insensible á la situacion de madama Decazes, jóven de diez y seis años, delicada, y á la sazon embarazada de cuatro meses. Insistió en hacer de la salida de Mr. Decazes para la Rusia, la condicion *sine qua non*, de su permanencia en el ministerio, y exigió que despues del consejo preguntase yo al conde su última determinacion. Decidido á sacrificarlo todo por conservar al duque de Richelieu, me encargué de la comision y la

desempeñé; pero, lo confieso, al declarar á mi amigo una sentencia tan cruel para él y tan penosa para mí mismo, me abandonó mi firmeza y me eché á llorar. Mi víctima no pensó mas que en dulcificar mi dolor; así es que no me habló mas mas que de su resignacion. Sin embargo, un instante despues le asaltó el pensamiento de las molestias y de los peligros que iba á correr su esposa idolatrada, y esclamó, prorumpiendo tambien en amargo llanto: «¡Ay! ¡Qué va á ser de mi pobre niña!» Empero muy en breve recobró su valor, y se separó de mí para ir á escribir al duque de Richelieu que aceptaba todo.

»Aquel mismo dia, como unas tres horas despues de esta dolorosa escena, recibí los mensages de las dos Cámaras en respuesta á mi discurso de apertura, y me ví obligado á mostrar á las diputaciones un rostro tranquilo, sereno y aun satisfecho, porque despues de todo los mensages eran buenos. ¿Y hay quien nos tenga envidia?

»Al siguiente dia 24, el duque de Richelieu, recobrando la natural bondad de su carácter, bien fuese por inspiracion propia, bien por consejo de Mr. Lainé, que segun dicen, le representó enérgicamente la dureza de su exigencia, se limitó á aceptar el viage de Libourne; empero nuevas dificultades le sobrevinieron. Habia creido que á escepcion de Mr. Decazes (y tal vez el mariscal Gouvion), el consejo permaneceria tal como estaba; pero Mr. Lainé, al mismo tiempo que deseaba un cambio en la ley electoral, declaró formalmente que jamás presentaria una que echara abajo la que era obra suya y habia defendido con tan buen éxito. Mr. Roy declaró que no se quedaria sin Mr. Decazes, y los demas se negaron igualmente. El 23, habiendo encontrado el duque de Richelieu y Mr. Lainé en mi cámara despues de misa á Mr. Decazes, le propusieron que formara él mismo el ministerio, y como se negara rotundamente, vinieron á

suplicarme que venciera su repugnancia. Aunque yo aprobase su resolucion, respondí que le hablaria; pero que estaba seguro de no conseguir mas que ellos. En efecto, mandé á llamarle, y su respuesta fué tal como la habia previsto. Entonces el duque de Richelieu resolvió formar un ministerio enteramente nuevo, bajo la siguiente combinacion: Justicia, Mr. Simeon; Guerra, el general Lauriston; Marina, Mr. de Villele; Interior, Mr. Cuvier; Hacienda, Mr. Mollien; Direccion general de policía, bajo la autoridad del presidente del consejo, monsieur de Tournon, prefecto de la Gironda. De todos estos nombres uno solo me desagradaba; pero habia resuelto no oponer dificultades á nada, y por otra parte, despues de haber hecho el mayor de los sacrificios ¿podria detenerme uno mucho menor? El 25 por la noche, el duque de Richelieu creia ya asegurado su triunfo; pero no tardaron en presentarse obstáculos insuperables: Mr. Cuvier hizo la misma objecion que Mr. Lainé, y Mr. Mollien (comprometido, segun decian, en otra parte), se negó absolutamente. Solo Mr. Lauriston habia aceptado. De todo esto me informaron indirectamente en la mañana del 26, y por la tarde recibí la siguiente carta del duque de Richelieu.

«He vuelto á hacer inútiles esfuerzos para tratar de componer un ministerio que pudiera presentar á V. M. y á la Francia algunas garantías en la crisis en que nos hallamos. Mr. Roy, á quien creia yo indispensable en la hacienda, se ha negado á todas mis instancias; mis demas colegas no han podido ponerse de acuerdo sobre las medidas que conviene adoptar, y yo me veo en la necesidad de suplicar nuevamente á V. M. se digne descargarme de una tarea que me es imposible llenar con buen éxito. He dado pruebas, señor, de la mas completa lealtad ensayando por dos veces reformar el ministerio, y V. M. reconocerá lo que tuve el honor de decirle á mi partida de Aquisgran y lo que desde mi regreso le he re-

petido de palabra y por escrito, á saber, que no me consideraba á propósito para la direccion de los negocios interiores, y que mi mision estaba concluida desde el momento en que habian terminado las negociaciones con los estrangeros. ¿Pero por qué V. M. ha de mirar como indispensable llamar á *** á falta mia? ¿No existen ya mas que él y yo en el reino que puedan ponerse á la cabeza del consejo? ¿Y si faltáramos los dos se habia de dejar perecer al Estado? No puedo creerlo. Existen mariscales y pares de Francia que ciertamente podrian reemplazarnos. Sin nombrar otros ¿no podian ser elegidos los mariscales Macdonald y Marmont? Ellos conocen el pais y el ejército y no infundirian desconfianza á las potencias estrangeras. Lo repito á V. M., no puedo seguir con una tarea para la que me siento incapaz despues de ensayos tan infructuosos. Con sentimiento, pero con resolucion positiva, suplico á V. M. se sirva aceptar mi dimision y recibir al mismo tiempo el homenage, etc.»

«Esta carta era demasiado positiva, y la resolucion del duque de Richelieu demasiado reclamada por las circunstancias para que me fuera posible coartar su voluntad por mas tiempo; asi, pues, con el mayor pesar acepté su dimision. Por lo demas su carta habia sido para mí un rayo de luz, por cuanto me habia hecho ver la posibilidad de pasarme sin ***; pero no por eso me encontraba mas desembarazado, pues ni uno ni otro de los mariscales de que hablaba el duque de Richelieu podia, en mi concepto, reemplazarle. El guarda-sellos vino á verme cuando acababa de enviar mi respuesta al duque de Richelieu, me franqueé con él acerca de los negocios, é inmediatamente fué á buscar al conde Decazes, quien concibió la idea de confiar el timon al general Dessolles. No me desagradó la idea, y le encargué que la realizara cuanto antes designándole á los señores Jaucourt y Seerre. A la mañna siguiente (domingo 27) vió al general y le hizo la proposicion, que fué aceptada. El conde Decazes se hacia ilusiones, puesto que no preveia las dificultades que iban á surgir. El marqués Dessolles, queriendo, como era natural, formar él mismo el ministerio, pensó desde luego en Mr. de Serre para el departamento de Justicia y en el baron Luis para el de Hacienda. Les habló de esto, y los tres se pusieron de acuerdo en aceptar aunque con la condicion, *sine qua non* de que el conde Decazes formaria parte del ministerio; cuando le hicieron la proposicion la desechó con energía y hasta llorando; en fin, el marqués Dessolles vino á suplicarme que venciera su resistencia.

»Si yo no hubiese consultado mas que mi corazon habria deseado que Mr. Decazes, uniendo, como habia sido siempre su intencion, su suerte á la del duque de Richelieu saliese con él del ministerio; pero en primer lugar si el duque de Richelieu abandonaba los negocios, no era porque prefiriese el descanso, sino porque se habia estinguido en él la vida ministerial; en segundo lugar habia separado su suerte de la del conde Decazes exigiendo su retirada al paso que conservaba sus demás colegas; y por último, el conde Decazes se hallaba en cierto modo en la misma situacion que cuando yo le habia propuesto la embajada de Rusia. En los dos casos de su aceptacion dependria la existencia del ministerio, y si él habia inmolado su felicidad ¿no debia tambien dejar escrúpulos que eran ya inútiles? Estas consideraciones acabaron de decidir su opinion. El conde Decazes se sometió á ella y el ministerio quedó formado. Debo añadir que este ministerio obtuvo el pleno asentimiento del duque de Richelieu que me lo dijo la primera vez que le hablé, y que vuelto ya en sí no ha cesado en persona, mientras ha permanecido en París y despues por sus cartas, de manifestar al conde Decazes esa amistad que siempre los habia unido.

»Si este escrito encuentra algunos lectores, aunque

sea el adversario mas decidido, verá en él sin duda acontecimientos muy singulares, pero me atrevo á creer que verá tambien que todas las intrigas que se han supuesto haberlos acompañado no han existido jamás, y no son otra cosa que pura invencion del espíritu de partido fértil en este género.»

LIBRO TREINTA Y SEIS.

1818.—19.—Estado de la Francia; lucha de los partidos; la imprenta.—La *Minerva*; P. L. Courier.—El *Conservador*: Chateaubriand, Lamennais y Bonald.—Apertura de las Cámaras.—Se vota una recompensa nacional á Mr. de Richelieu.—Proposicion de Barthelemy sobre la ley electoral.—Discusion para levantar los destierros; Mr. de Serre.—Agitacion progresiva de la opinion; fomento del periodismo: el *Correo*; el *Constitucional*; el *Censor*; los *Debates*; la *Cotidiana* y la *Bandera Blanca*.—Debates borrascosos sobre los asesinatos del Mediodía; escándalos parlamentarios.—Asociaciones diversas.—Las misiones, las sociedades secretas de Bruselas y Paris; fermentacion de la Alemania.—Elecciones de 1819; nombramiento de Gregoire; el general Foy.—Espíritu general de las elecciones hostil á la corona.—Recomposicion del ministerio, se abre la legislatura; esclusion de Gregoire.—Proyecto de modificacion de la ley electoral.

I.

Ya hemos visto por la declaracion que hizo el rey á la posteridad hasta el fondo de su alma; su pasion por la emancipacion del territorio, su deseo sincero de fundar un gobierno representativo dominado por la corona, moderado por las Cámaras é inspirado por la opinion; sus penas secretas en un palacio donde su voluntad combatida hallaba oposiciones políticas tan cerca de su corazon; su estimacion respetuosa al duque de Richelieu; en fin,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sea el adversario mas decidido, verá en él sin duda acontecimientos muy singulares, pero me atrevo á creer que verá tambien que todas las intrigas que se han supuesto haberlos acompañado no han existido jamás, y no son otra cosa que pura invencion del espíritu de partido fértil en este género.»

LIBRO TREINTA Y SEIS.

1818.—19.—Estado de la Francia; lucha de los partidos; la imprenta.—La *Minerva*; P. L. Courier.—El *Conservador*: Chateaubriand, Lamennais y Bonald.—Apertura de las Cámaras.—Se vota una recompensa nacional á Mr. de Richelieu.—Proposicion de Barthelemy sobre la ley electoral.—Discusion para levantar los destierros; Mr. de Serre.—Agitacion progresiva de la opinion; fomento del periodismo: el *Correo*; el *Constitucional*; el *Censor*; los *Debates*; la *Cotidiana* y la *Bandera Blanca*.—Debates borrascosos sobre los asesinatos del Mediodía; escándalos parlamentarios.—Asociaciones diversas.—Las misiones, las sociedades secretas de Bruselas y Paris; fermentacion de la Alemania.—Elecciones de 1819; nombramiento de Gregoire; el general Foy.—Espíritu general de las elecciones hostil á la corona.—Recomposicion del ministerio, se abre la legislatura; esclusion de Gregoire.—Proyecto de modificacion de la ley electoral.

I.

Ya hemos visto por la declaracion que hizo el rey á la posteridad hasta el fondo de su alma; su pasion por la emancipacion del territorio, su deseo sincero de fundar un gobierno representativo dominado por la corona, moderado por las Cámaras é inspirado por la opinion; sus penas secretas en un palacio donde su voluntad combatida hallaba oposiciones políticas tan cerca de su corazon; su estimacion respetuosa al duque de Richelieu; en fin,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

su cariño casi paternal á Mr. Decazes, instrumento de su pensamiento é ídolo de su corazon. La visita de Alejandro y la aprobacion moral que este príncipe habia dado públicamente en París á la sabiduría y al ministerio del rey le confirmaban cada vez mas en su resolucion de afianzar y ampliar la Carta. El triunfo que habia obtenido sobre los realistas retrógrados y reaccionarios en las elecciones de setiembre, descartando á la vez á los bonapartistas y á los exagerados, le hacia esperar el mismo éxito para las elecciones de 1818 que debian renovar la quinta parte de la Cámara.

Empero ya los partidos, un momento separados por el decreto de 5 de setiembre, comenzaban á prepararse para luchar unos contra otros y todos contra el rey en la asamblea. La imprenta libre les daba el alma, el campo de batalla y las armas. Los periódicos y los folletos, mas ó menos enérgicos y virulentos, y sirviéndose todos del nombre del rey para forzar su voluntad ó envilecerle, soplaban el fuego de la oposicion al gobierno en todos los colegios electorales. La *Minerva* y el *Conservador*, dos colecciones periódicas, eran el manual de las pasiones. La *Minerva* estaba redactada por escritores que habian servido al despotismo durante el Imperio, y no querian perecer con él. Trasformados ya en puritanos de la Carta, se proponian fundir en adúltera alianza el espíritu militar, la gloria de las conquistas, las doctrinas de la revolucion de 1789, los recuerdos de la república, el orgullo nacional, la monarquía constitucional, el despotismo y la libertad, con tal confusion de ideas y tan pérfido artificio que todas las pasiones hostiles á los Borbones hallasen á la vez en su periódico una alegría, un recuerdo, una esperanza y un alimento. Los redactores principales de este periódico eran Benjamin Constant, Etienne, Jouy, Pages, Aignan, Courier y Beranger, escritores, publicistas, folletistas, poetas, hombres de talentos diversos, afectando los unos moderacion, aguzando los otros la invectiva, estos asociando la adulacion al rey con las insinuaciones mortales contra su casa, aquellos publicando cartas en las que ventilaban como tribunos las cuestiones de derecho constitucional, ó hacian la apoteosis de los convencionales proscriptos y de los soldados agricultores que lloraban su patria en los bosques de la América, otros, como Courier, provocando la risa amarga de la ironía en folletos donde el odio aguzaba el talento; otros, en fin, como Beranger, nacionalizando el desprecio á los Borbones en cantos inmortales que creaban para el pueblo una religion de la gloria, consoladora para el honor y fatal para la libertad. Llamábanse estos hombres los *independientes*, á fin de encubrir de este modo su oposicion. Una nube de periódicos, revistas, folletos y hojas volantes que respiraban el mismo espíritu recibian de ellos el soplo y la direccion, y sembraban el desprecio, la repugnancia y la cólera en el pueblo.

II.

El *Conservador*, creado por Mr. de Chateaubriand y por sus amigos con el triple objeto de hacer contrapeso á los periódicos bonapartistas, defender la monarquía de los Borbones y someter el rey á los realistas, estaba redactado por Chateaubriand, Lamennais y Bonald, hombres de gran temple de alma y suma nombradía. Su grandeza literaria se reflejaba en sus obras. Sus páginas brillaban con sus nombres, y venian á ser acontecimientos para la Europa. Fiévée, antiguo prefecto de Bonaparte, les prestaba su esperiencia administrativa y esa teoría sofística tan grata á la aristocracia del federalismo provincial, en oposicion con la concentracion y unidad del poder ministerial. Mr. de Suleau, jóven escritor que la política disputaba á las letras; Frenilly, poeta de tradicion; Fitz-

James, cortesano, pero de corazon independiente, cuyo realismo adoptaba los grandes acentos de la libertad; Castelbajac, Salaberry y todos los hombres de la aristocracia, ilustres por su talento personal, daban su golpe y marcaban sus nombres en esa campaña del partido ultra-realista. Poco importaba el acuerdo de las doctrinas mas ó menos absolutas, mas ó menos constitucionales entre aquellos gefes de opinion; la masa hacia la fuerza y el genio daba el brillo; jamás hubo escrito periódico que alcanzase mas boga, ni gobierno mas violentamente atacado y mas injuriosamente ultrajado por la ambicion y por la envidia de sus supuestos amigos esclusivos. En ese escrito se entregaba Mr. Decazes, ora á las sospechas, ora á la irrision de los realistas, y aun el mismo rey era apenas perdonado. La córte, la familiaridad del conde de Artois y la aristocracia de provincia se embriagaban con aquellos nombres, con aquellas doctrinas é invectivas que les parecian ilustrar su causa y levantar su oscuridad hasta la altura del genio. Mr. de Chateaubriand, con un artificio poco lógico, pero sincero en su alma y aceptado fácilmente por los partidos, asociaba en el *Conservador* las teorías de la antigua Iglesia dominante y de la antigua monarquía feudal con la rudeza de una vigorosa oposicion realista al rey. Enseñaba á la oposicion anti-realista todo aquello á que pudiera atreverse muy pronto en la amarga crítica del gobierno. Ningun periódico liberal heria tan alto ni tan cruelmente como aquel soldado descontento de la monarquía. Ese encarnizamiento de Chateaubriand y del partido del conde de Artois contra los pensamientos y los hombres del rey, decidieron á monsieur Lainé á un acto constitucional y atrevido contra la faccion cortesana que con tanta audacia amenazaba á la corona. Quitó su gefe á aquella faccion, destituyendo al conde de Artois de sus atribuciones mas importantes en el mando general de la guardia nacional del reino. El rey, despues de alguna resistencia de corazon á la severidad de su deber de monarca, otorgó á sus ministros aquellas medidas de justas represalias que llegó á ser un motivo mas de queja y de encono de los realistas contra él, dividiéndose entonces el palacio en dos campos, cada vez mas ensañados uno contra otro.

Las opiniones de las provincias sublevadas en dos sentidos opuestos por la cólera del partido realista, por los folletos del partido liberal y por las divisiones intestinas de la familia real, desviaron aquel año las elecciones de ese centro, donde Mr. Lainé y el rey querian conservarlas. El partido liberal se fortificó con veinte y dos diputados hostiles á la monarquía de los Borbones. Mr. de La Fayette, símbolo indeciso, si no de república á lo menos de revolucion, fué elegido como un desafío vivo á la monarquía; Manuel, promotor de Napoleon en 1815, como una propuesta napoleónica contra los Borbones. Las elecciones de aquel año, aunque satisfacian al rey, porque veia debilitada la cábala de su hermano en la Cámara con el alejamiento de algunos ultra-realistas, alarmábale, sin embargo, el advenimiento de hombres demasiado significativos entre los enemigos ostensibles de su casa. Mr. Lainé se turbó, y el duque de Richelieu, que habia prometido al emperador Alejandro arrancar á un mismo tiempo el gobernalle de la nacion de las manos de los revolucionarios y de los contrarevolucionarios, se interrogó á sí mismo con ansiedad: «Veo llegar con terror á los hombres de los Cien Dias, esclamó. Ellos han perdido nuestra situacion en Europa. Temamos las revoluciones, porque ellas consumirian nuestras fuerzas nacionales, y darian á la Europa motivos de queja contra nosotros.» Desde aquel dia dirigió sus esfuerzos á reconciliarse con el gobierno de los realistas, y Mr. Decazes, por el contrario, amenazado cada vez mas por ellos, no tenia asilo sino en el partido liberal, llegando á ser de este modo, á pesar suyo, gefe de partido mas bien que ministro. Sus colegas se alarmaron al verle representar un papel que

tendia á sacar el centro de la monarquía de su aplomo para colocarlo al borde de un abismo y en medio de sus enemigos naturales, y sin saberlo Mr. Decazes, se ocuparon de estas tendencias y de estos peligros. El duque de Richelieu amaba personalmente á Mr. Decazes; no desconfiaba de él, pero sí de la situacion; conocia la conveniencia de dejar al rey un amigo y al ministerio un intercesor seguro y poderoso entre el corazon de aquel príncipe y sus ministros, y trató de conciliar lo que queria conceder á la opinion monárquica y al mismo rey, suprimiendo el ministerio de la Policía, ocupado por monsieur Decazes, ministerio oculto que hacia sombra á los realistas, y reservándole el ministerio puramente administrativo de lo Interior. Presintiendo Mr. Decazes, y aun anticipándose á aquella proposicion, presentó hábilmente su renuncia á sus colegas para dejarles la libertad de su nueva combinacion; empero aquella renuncia, sacrificio aparente que el jóven ministro hacia de sí mismo á la concordia, no podia ya ser aceptada. Arraigado Mr. Decazes en el corazon del rey, en quien la amistad tomaba el carácter de la fatalidad; popular en el partido liberal que podia agitar á la Francia hasta el hundimiento del trono, y que no se calmaba entonces sino á su voz; dueño del partido doctrinario que dirigia la opinion por medio de la imprenta, y negociaba con todos los demas partidos por medio de la intriga, era para sus colegas un estorbo inevitable: con un pie en el gabinete del rey y con el otro en la popularidad, no podia dejar el gobierno, sino para llegar á ser un gefe temible de oposicion en las Cámaras, ó un motivo de recelo y una amenaza constante para sus colegas por la ilimitada confianza que le dispensaba el rey. Negáronse, pues, á aceptar la renuncia de Mr. Decazes, recibiendo solamente la de Mr. Corvetto, ministro reparador de nuestro crédito y de nuestra hacienda, gastado por los trabajos y las desgracias, y le reemplazaron con Mr. Roy, hombre de

inmensa fortuna, adquirida por un talento despejadísimo, aplicado á su enriquecimiento personal. Hacendista de profesion, conservador por interés y moderado por carácter, Mr. Roy convenia á todos, sin causar envidia á nadie.

III.

El ministerio, suspenso así sobre sí mismo, se presentó en las Cámaras el 10 de diciembre. El rey en su discurso se felicitaba de la emancipacion del territorio, y daba un aviso indirecto á las pasiones revolucionarias que acababan de renacer en las últimas elecciones. Revelábase ademas en este discurso el pensamiento de modificar la ley electoral, ya acordada en la mente del príncipe de Mr. de Richelieu, de Lainé y Molé, medida que los gefes del partido realista en la Cámara exigian como condicion de su apoyo al gobierno. Sin embargo, aquella Cámara, merced á las intrigas que habian puesto en juego los gefes del partido de Mr. Decazes, dió una señal inesperada de repulsa contra aquel plan de modificacion de la ley electoral, nombrando en sus propios comicios interiores á los diputados mas resueltos á mantener la antigua ley. En aquel mismo instante la Cámara de los pares, influida por el conde de Artois, por Mr. de Chateaubriand y por algunos obispos, nombraba para todas sus funciones parlamentarias á los realistas mas retrógrados. Viendo monsieur de Richelieu y sus colegas en esta inconciliable tendencia, por un lado los manejos que ya se presumian de Mr. Decazes en la Cámara de los diputados, y por el otro las maniobras triunfantes del conde de Artois y de los realistas de su córte en la de los pares, se retiraron en masa ante aquella rebelion contradictoria de las dos Cámaras. El mismo Mr. Decazes, bien fuese que hubiera conspirado en efecto contra sus colegas, ó que simple-

mente hubiese sido mal servido ó servido mas allá de sus deseos por sus amigos los doctrinarios, volvió á poner su renuncia en manos del rey. En la memoria confidencial que mas arriba hemos reproducido, se han podido ver todas las fases de aquella crisis ministerial.

La Cámara, al contestar al discurso del rey, declaró en una frase acentuada como una amenaza, que rechazaria toda ley que se apartara del espíritu de la Carta, lo cual era protestar de antemano contra el ministerio que tocase á la eleccion. El duque de Richelieu, despues de algunas vanas tentativas para recomponer su ministerio, dando entrada en él á Mr. de Villele, gefe de los realistas moderados en la Cámara, sintió flaquear su cuerpo bajo el peso de su alma. Mr. Decazes, heredero necesario de estas vacilaciones, deseado por el rey, esperanza de los liberales y aceptado por la Cámara, reorganizó el gobierno, tomando para sí el ministerio de lo Interior, dando el de Negocios estrangeros y la presidencia del gabinete al general Desolles, militar que habia caido en desgracia en tiempo de Napoleon y confidente de las maquinaciones de Mr. de Talleyrand en 1814, para volver á sentar á los Borbones en el trono; la cartera de Justicia á Mr. de Serre, orador tan elocuente como Mr. Lainé; la de Hacienda á Mr. Roy y la de Guerra al mariscal Gouvion-Saint-Cyr, á quien la fuerza militar de la Francia debia su reclutamiento y reorganizacion. La juventud y el decoro de su situacion habian impedido solamente á Mr. Decazes tomar el título de presidente del consejo de ministros, pero era mas que esto, pues era el creador y la necesidad del gobierno. Su triunfo exaltó á los liberales y consternó á los realistas, aumentándose su cólera contra él, á impulso de la envidia que inspiran siempre los hombres nuevos.

Las dos Cámaras, penetradas de los servicios que el duque de Richelieu habia prestado á la patria en su negociacion de Aquisgran, le votaron, á pesar de su negativa, una dotacion de cincuenta mil francos de renta. El duque, aunque carecia de una fortuna análoga al esplendor de su nombre y no atreviéndose por otra parte á rechazar esta munificencia nacional, la aceptó para traspasarla inmediatamente á los hospicios de Burdeos. Dos mil millones habian pasado por sus manos, casi arbitrariamente, durante su ministerio y sus transacciones con la Europa, y su pais estaba obligado á pensar en él mas que en sí mismo.

IV.

Entretanto, el resultado de las últimas elecciones, asi habia advertido á los hombres de Estado imparciales como alarmado á los realistas exagerados. Los peligros de la monarquía eran el asunto de conversacion en todos los conciliábulos de las dos Cámaras. La de los pares, mas inmutable de pensamiento que la electiva, correspondia mejor por su índole á las preocupaciones del espíritu monárquico. El partido dominante en esta Cámara tenia relaciones demasiado auténticas con la córte del conde de Artois, para que cualquiera proposicion de este partido no pareciera hecha por el príncipe mismo. Era preciso hallar un órgano independiente, que no fuera sospechoso de familiaridad y complacencia con la córte, para dar el colorido de prudencia y de salvacion pública al primer ataque contra la ley electoral, y ese órgano se encontró en Mr. Barthelemy.

Sobrino éste del célebre escritor de su nombre, reunia todas las condiciones apetecibles de neutralidad aparente entre los partidos. Heredero de la fama de su tio y diplomático en el momento de la revolucion, habia podido permanecer en el estrangero durante las diversas fases de la república y servir desde allí á la Francia sin participar de los escesos, de las pasiones y de los senti-

mientos de los diferentes partidos que se la disputaban, Sus negociaciones felices habian sido recompensadas por la estimacion general é imparcial de su pais. Elevado á la cumbre de los negocios, en la época del Directorio, precipitado despues, como sospechoso de realismo en la proscricion, Mr. Barthelemy pertenecia al número de esos senadores que no tuvieron que hacer mas que consultar á su corazon para escoger en los Borbones en 1814 los recuerdos y las simpatías de sus primeros años. Los individuos de la Cámara de los pares, á quienes se llamaba partido cardenalista por alusion al cardenal de Beausset que los dirigía, otros miembros de la misma Cámara, entre los mas templados de opinion, tales como Fontanes, Pastoret y Verac, en fin, el mismo Talleyrand, cansado de su inactividad y dispuesto á buscar importancia, aun entre los realistas exaltados, se pusieron de acuerdo con los cortesanos del conde de Artois y decidieron fácilmente á Mr. Barthelemy, apelando á su prevision, á provocar una modificacion vaga é indefinida en la ley electoral. Mr. de Lally-Tollendal, orador afluente y declamador, á quien gustaba halagar las opiniones del mayor número y servir á los ministros, impugnó fuertemente aquella proposicion, á la que Mr. Decazes no vaciló en llamar la mas funesta que pudo salir de una asamblea adicta á la monarquía y dar á la nacion la alarma sobre la irrevocabilidad de las promesas del rey. Mr. de Pastoret insistió con la autoridad de su moderacion probada y de su larga esperiencia de las revoluciones. La inmensa mayoría de la Cámara prescindió de las objecciones de los ministros y adoptó la proposicion. Profunda fué la humillacion del ministerio y completo el triunfo de los amigos del conde de Artois. El mismo rey vaciló en sus convicciones al ver á tantos individuos de la Cámara, esperimentados é imparciales, pedirle que salvara su corona y aceptara heróicamente la impopularidad de semejante medida para evitar el desbordamiento de la revolucion en los comisos. Mr. Decazes tuvo necesidad de afirmar la resolucion del príncipe y suplicarle que aplazara por lo menos todo cambio hasta hacer la prueba de renovar por tercera vez las quintas partes de la Cámara electiva. La opinion liberal, no contenta con esta victoria que Mr. Decazes habia ganado para ella en el consejo del rey, quiso consagrarla por medio de una réplica enérgica de los diputados al voto temerario de los pares, y en su consecuencia hizo Mr. Laffitte una proposicion contraria; pero el centro ministerial de la Cámara la consideró intempestiva é irritante, y no obtuvo ni aun los honores de la discusion.

V.

La de la proposicion de Bartelemy en la Cámara de los pares dejó estallar todo lo que habia en ella de tendencias contra-revolucionarias en un partido y de temor á ser despojado en el otro: Mr. de Fontanes citó á Napoleon apoyándose en la aristocracia de la fortuna y apelando á los grandes propietarios del suelo como los únicos apoyos de su trono. «Su interés es el mio; los que poseen el suelo no quieren que se conmueva el suelo». Lanjuinais creyó hallar en la proposicion el primer acto de la contra-revolucion para derribar la Carta y denunció á las juntas realistas exaltadas que habia en los departamentos: «ellas tienen, dijo, sus asambleas secretas, sus ejércitos secretos, sus signos particulares de reunion, su sueldo, sus armas!... El general Dessolles, presidente del consejo de ministros, deploró aquella manifestacion de los amigos imprudentes de la monarquía y demostró la agitacion pública que marchaba de provincia en provincia al ruido de aquellos tristes debates. Impelido Mr. Decazes á los partidos estremos por la gravedad del

peligro en que los pares lanzaban al gobierno, propuso al rey que llamara á la Cámara todos los individuos que habia eliminado Mr. de Talleyrand despues de los Cien Dias, lo cual mas que amnistiar, era legitimar el interregno del 20 de marzo y hacer al rey aliado de sus enemigos. El presidente del consejo, mas calmoso y político, se concretó á pedir al rey que restableciera la armonía entre los dos poderes deliberantes, nombrando sesenta y tres pares de Francia nuevos, adictos á la política personal de sus ministros, lo que equivalía á repetir en muy corto intérvalo bajo la inspiracion del favorito el golpe de estado de 5 de setiembre. Los pares nuevos, mariscales, generales, funcionarios del imperio ó amigos del ministro, eran todos elegidos por él en provecho de su influencia dominadora en el Luxemburgo. Conocíalo tanto el rey, que antes de firmar aquella lista incluyó en ella uno ó dos nombres de la córte, «á fin, dijo con dulce ironía á Mr. Decazes, de que haya á lo menos alguno de los mios entre los vuestros.»

VI.

Era este un abuso de favor y un desafío á la opinion, á que contestó el partido realista con un grito de escándalo, y con la amenaza de una acusacion de alta traicion. El partido moderado vió en ese abuso el equilibrio independiente de los poderes, roto arbitrariamente por los ministros, y anulada de un solo golpe la prerogativa del rey con la introduccion de una masa de hombres nuevos en un senado donde la prudencia del monarca debia economizar los favores y su influencia con pocos y parciales nombramientos, la dignidad de par entregada toda á un solo partido, nada seguro y poco aficionado á la corona, y en fin, la clientela real convertida en clientela de Mr. Decazes por esa profusion con que se confería la dignidad de par á sus amigos personales. Los enemigos del rey fueron los únicos que se alegraron de aquel esceso de audacia que salvaba á un ministro, comprometiendo la monarquía. La proposicion de Barthelemy, votada en la Cámara de los pares antes de entrar en ella los nuevos, fué discutida con arreglo á la constitucion en la de los diputados. Combatida por La Bourdonnaie, Villele, Corbiere, y por el mismo Lainé, que queria defender la Constitucion con medidas constitucionales y no por medio de escándalos de prerogativa, sucumbió en esta Cámara, si bien fué preciso para desecharla que el ministro tomara la palabra y mendigara los votos de los enemigos de la monarquía. Su triunfo era tambien el de la oposicion radical. Las coaliciones desesperadas de esta naturaleza dan á los gobiernos victorias mas ruinosas que verdaderas derrotas. De esta suerte Mr. Decazes arrastraba al rey á pesar suyo hácia los revolucionarios, en vez de llevar á los revolucionarios hácia el rey.

VII.

La borrascosa discusion para regularizar la libertad de los periódicos y llamar á los desterrados, era animada con la elevada elocuencia de un hombre que cada dia conquistaba mas fama en la tribuna: era este Mr. de Serre, que parecia destinado por su alma y su talento á realizar, despues de una revolucion fatigada, lo que Mirabeau habia intentado demasiado tarde ó demasiado pronto, en el período ascendente y convulsivo de aquella revolucion: el tratado de paz entre la libertad representativa y la monarquía hereditaria. Realista de nacimiento, religioso por instinto, liberal de razon, constitucional de teoría, apasionado en la palabra, moderado de carác-

ior, grandilocuente y rico de imaginacion, era Mr. de Serre la fidelidad, la fuerza y el lustre del ministerio. Al empezar la legislatura se habia inclinado hácia el lado liberal, porque le parecia que el partido realista tendia á las violencias y á las opresiones. En sus actos y en sus discursos habia dado prendas á la democracia leal, y recogido del lado izquierdo de la asamblea tantos aplausos como del lado derecho y del centro. Conocíase que su palabra se elevaba sobre su interés pasagero de ministro, para brotar de su alma con toda la libertad del filósofo, del hombre de Estado y del ciudadano. Nadie habia mostrado mas confianza que él en el gobierno de la opinion por la opinion, ni prodigado mas al espíritu de la época las libertades compatibles con el órden social y con la monarquía representativa. Aquel era el genio de 1789 purificado por la esperiencia, atento á los escollos y dotado de la mas espléndida elocuencia, cuyo eco conmovió jamás á ninguna asamblea. La restauracion habia hallado sus dos órganos en Mr. Lainé y en Mr. de Serre.

Empero cuando el partido liberal, estimulado por los actos temerarios de Mr. Decazes, traspasó los límites que Mr. de Serre habia impuesto á sus concesiones, se hizo agresivo y quiso arrancar al rey una desaprobacion humillante de sus primeros actos de 1815; entonces Mr. de Serre, disgustado con aquellas exigencias de los liberales, comenzó á desconfiar de ellos y de Mr. Decazes, y á replegarse poco á poco sobre los realistas moderados del partido de Mr. Lainé y de Mr. de Villele. La discusion sobre el levantamiento de los destierros, rompió mucho mas aquella amistad reciente entre Mr. de Serre y los liberales. Acometido por las voces de la izquierda que reclamaban á grandes gritos á los regicidas, respondió Mr. de Serre: «Cuando la deplorable jornada del 20 de marzo apareció en medio de la consternacion general y en medio de la alegría de un reducido número de sedi-

ciosos, cuando desde los confines del Asia hasta las orillas del Océano se conmovió toda la Europa, cuando la Francia se vió invadida por millones de soldados estrangeros y despojada de su fortuna y de sus monumentos, y desmembrado su territorio, todo el mundo conoció que la primera necesidad del Estado era defender la monarquía por medio de medidas severas y preservadoras de nuevas calamidades: entonces se suscitó la cuestion sobre si los individuos que habian contribuido con sus votos á la muerte de Luis XVI, debian ser alejados del territorio francés: todos saben la generosa constancia con que la voluntad real luchó contra la proposicion de su destierro. Hombres conocidos por su adhesion sin límites á la causa real y á los principios constitucionales, sostuvieron la proposicion de amnistía completa dada por el rey; pero cuando se decidió de otro modo, cuando se votó la ley, la ley fué irrevocable. La estremada generosidad del rey habia podido defender á los votantes; pero forzoso es reconocer que dada la ley, era imposible, sin violar el sentimiento moral mas poderoso, y sin dirigir un ataque á la dignidad real á los ojos de la Francia y de la Europa, provocar jamás del rey un decreto solemne que devolviese la patria á los asesinos de su hermano, de su predecesor, del justo coronado. Preciso es, pues, establecer una distincion entre los individuos castigados por el artículo 11 de la ley de 1816, y los votantes de la muerte de Luis XVI. En cuanto á los primeros, confianza absoluta en la clemencia del rey; en cuanto á los recigidas, *jamás*.»

Esta palabra draconiana, tan contraria á los deseos de Luis XVI en su testamento, y á los sentimientos que el mismo rey habia manifestado á su vuelta, abrió un abismo entre la izquierda de la asamblea y el ministro. Al pronunciarla Mr. de Serre, se entregaba á la animosidad del partido revolucionario; sus servicios á la causa de la moderacion y de la libertad fueron olvidados,

porque lo que el partido de la revolucion queria en monsieur de Serre no era un árbitro, sino un instrumento; asi es que el dia en que se negaba á una exigencia del partido, le abandonaba la izquierda. En cuanto á la derecha, se regocijaba de su rompimiento: pero todavía no aceptaba sino con desconfianza el poderoso auxiliar que en él tenia.

VIII.

Esa contienda de opiniones, antipatías, disertaciones, sarcasmos, odios, provocaciones é invectivas que apasionaban y escandalizaban á las tribunas, continuaba fuera en los periódicos donde por la libertad que disfrutaba la imprenta era mas frecuente y encarnizada. Todos los talentos literarios de la época se entregaban en defensa de su causa á una polémica incesante que cambiaba en controversias todas las conversaciones. El espíritu público comprimido tanto tiempo por las armas y el despotismo, brotaba por mil voces. En todas partes se sentia la esplosion de un nuevo siglo en las almas. La Francia fermentaba en ideas, ardor, celo y pasiones que la revolucion, el Imperio y la Restauracion colocaban frente á frente, y á las cuales la eleccion, la tribuna y el periodismo abrian la arena para combatirse ó reconciliarse. Cada uno de los campos de la opinion tenia sus escritores á sueldo de popularidad ó de favor, segun la causa á la que se dedicaban. Mr. Decazes era defendido en el *Monitor*, en el *Diario de los Maires* y en el *Diario de París* por los señores Villemain y Linguay. El mismo Luis XVIII, soberano literato, escribia furtivamente algunos artículos, complaciéndose de ver que la opinion pública sospechaba que eran escritos por su mano. Royer-Collard, Keratry y Guizot argüian en el *Correo*. Este periódico de los primeros doctrinarios participaba ya de la gravedad dogmática, de la altivez y desden, caractéres distintivos de aquella escuela. Etienne, Pagés y Aignan redactaban el *Constitucional*, diario subalterno é irritante, que agitaba en el corazon del pueblo, no ideas elevadas, sino resentimientos vulgares. Este era el periódico de la murmuracion pública, que no articulaba ninguna oposicion determinada, sino que revestia y exageraba todo lo que en la sátira de la córte, en el esceso de los exaltados, en las pretensiones del clero y en las ridiculeces del antiguo régimen podia apartar al pueblo de su adhesion á los Borbones é inclinarlo al bonapartismo ó al orleanismo. Conte y Dunoyer, dos jóvenes escritores imparciales por la elevacion de su talento y por su edad, tendian á la república sin apercibirse de ello, y nutrian en sus ideas á la juventud por medio de una coleccion periódica titulada el *Censor*, imitacion feliz, pero austera de los grandes folletos de la Inglaterra en la época en que fundaba su libertad.

El *Diario de los Debates*, poco antes periódico privilegiado del imperio, estaba dirigido por los señores Bertin, mas hombres de Estado que escritores; hábiles para guardar el equilibrio de las opiniones haciéndolas inclinar siempre por naturaleza al lado de la autoridad, habian puesto su periódico á disposicion de Mr. de Chateaubriand y de sus amigos. Su polémica, siempre sensata, no se dirigia mas que á la Europa, á la córte, á la aristocracia del talento y de los salones. Realista de profesion, constitucional de lenguaje, diplomático instruido, el *Diario de los Debates* no rompia jamás con el rey, al inmolar á sus ministros. Detrás de su oposicion habia siempre una candidatura para el ministerio. Esta era la reserva de la monarquía.

Las opiniones anejas, estremadas y violentas de la córte, del clero rehabilitado y de la antigua nobleza hallaban acogida y proteccion en las columas de *La Cotidiana* y de la *Bandera Blanca*, periódicos agresivos y

encarnizados en su lucha impotente contra el espíritu del siglo. Los rencores de la emigracion, las protestas contra el genio revolucionario, el horror á las conexiones constitucionales y la antipatía contra todas las cosas y todos los hombres de nueva data, alimentaban estos periódicos. Sus redactores se admiraban de que fuesen todavía vencidos despues del triunfo de los Borbones y volvian contra el rey al realismo: periódicos intempestivos y funestos en su amistad, revelaban sin cesar á la revolucion los pensamientos secretos y las últimas palabras de la contrarevolucion.

IX.

Fuertes y enconadas provocaciones revelaban frecuentemente en la Cámara la cólera que abrigaban los partidos escitados por aquellos periódicos. Mr. de Argenson estaba condenado al silencio por haber hecho una simple alusion á los asesinatos de los protestantes en el Mediodía. Mr. Trinquelagne habia atenuado y casi disculpado estos crímenes, y replicándole Mr. de Saint-Aulaire, aseveró que en Nimes habian sido inmolados á su misma vista trece electores, y que sus correligionarios habian tenido que huir á las montañas para libertarse de la muerte. Mr. de Villele, volviendo contra el ministerio la indignacion de los liberales, habia dicho que si eran ciertos esos asesinatos, debian ser castigados, y preguntó por qué el gobierno no habia hecho justicia, interpelacion que sublevó á Mr. de Serre, quien hizo recaer justamente la reconvencion sobre los realistas, acusadores tardíos de crímenes cometidos mientras estaban en el poder y que ahora querian declinar sobre otros. «Aprended, dijo, á conocer los partidos. El general Legarde, comandante en el Gard, protegia con su persona y su espada el órden público, y fué herido en el pecho de un tiro disparado á boca de jarro. El autor del crímen fué cogido, y el hecho probado. Los jueces proponen esta cuestion: ¿el homicidio se cometió en legítima defensa? Los jurados se atreven á responder *si*, y el criminal es absuelto.

»Otro general que mandaba en Tolosa quiere apaciguar un motin. Recibe una herida mortal, es trasladado á su casa, sus asesinos penetran en ella y le hacen mil pedazos viviendo todavía. Son acusados; se alega en su favor que no han podido dar la muerte á un hombre que ya estaba herido mortalmente, y son condenados á una simple prision!...

»Un hombre cuyo horrible apellido cuesta trabajo pronunciar, *Trestaillons*, y sus co-reos son perseguidos como autores de muchos asesinatos. Son trasladados á Riom, donde todo el mundo esperaba una justicia mas independiente; pero ni un testigo quiso deponer contra ellos; el terror los habia helado: por el contrario, los testigos favorables se presentaron en masa y aquellos hombres fueron absueltos!»

La imparcial indignacion de Mr. de Serre contra la impunidad de aquellos atentados cerró la boca á los realistas y rehabilitó momentáneamente su popularidad entre los liberales. Pocos dias despues quiso tributar un homenage de imparcialidad al espíritu de revolucion, y sus palabras irritaron y encendieron la cólera del partido revolucionario. Mr. de Serre habia dicho que las mayorías eran casi siempre sanas ó bien intencionadas. Entonces Mr. de La Bourdonnaie, fogoso órgano de la derecha, intimó al ministro á que declarara «si hacia estensivo este elogio á la mayoría de la Convencion.—Si, señor, replicó atrevidamente el orador, hasta la Convencion!»

Apenas habia caido Mr. de Serre en este lazo inesperado de interpelacion, cuando la izquierda y el público le llenaron de aplausos y la derecha de murmullos y

encarnizados en su lucha impotente contra el espíritu del siglo. Los rencores de la emigracion, las protestas contra el genio revolucionario, el horror á las conexiones constitucionales y la antipatía contra todas las cosas y todos los hombres de nueva data, alimentaban estos periódicos. Sus redactores se admiraban de que fuesen todavía vencidos despues del triunfo de los Borbones y volvian contra el rey al realismo: periódicos intempestivos y funestos en su amistad, revelaban sin cesar á la revolucion los pensamientos secretos y las últimas palabras de la contrarevolucion.

IX.

Fuertes y enconadas provocaciones revelaban frecuentemente en la Cámara la cólera que abrigaban los partidos escitados por aquellos periódicos. Mr. de Argenson estaba condenado al silencio por haber hecho una simple alusion á los asesinatos de los protestantes en el Mediodía. Mr. Trinquelagne habia atenuado y casi disculpado estos crímenes, y replicándole Mr. de Saint-Aulaire, aseveró que en Nimes habian sido inmolados á su misma vista trece electores, y que sus correligionarios habian tenido que huir á las montañas para libertarse de la muerte. Mr. de Villele, volviendo contra el ministerio la indignacion de los liberales, habia dicho que si eran ciertos esos asesinatos, debian ser castigados, y preguntó por qué el gobierno no habia hecho justicia, interpelacion que sublevó á Mr. de Serre, quien hizo recaer justamente la reconvencion sobre los realistas, acusadores tardíos de crímenes cometidos mientras estaban en el poder y que ahora querian declinar sobre otros. «Aprended, dijo, á conocer los partidos. El general Legarde, comandante en el Gard, protegia con su persona y su espada el órden público, y fué herido en el pecho de un tiro disparado á boca de jarro. El autor del crímen fué cogido, y el hecho probado. Los jueces proponen esta cuestion: ¿el homicidio se cometió en legítima defensa? Los jurados se atreven á responder *si*, y el criminal es absuelto.

»Otro general que mandaba en Tolosa quiere apaciguar un motin. Recibe una herida mortal, es trasladado á su casa, sus asesinos penetran en ella y le hacen mil pedazos viviendo todavía. Son acusados; se alega en su favor que no han podido dar la muerte á un hombre que ya estaba herido mortalmente, y son condenados á una simple prision!...

»Un hombre cuyo horrible apellido cuesta trabajo pronunciar, *Trestaillons*, y sus co-reos son perseguidos como autores de muchos asesinatos. Son trasladados á Riom, donde todo el mundo esperaba una justicia mas independiente; pero ni un testigo quiso deponer contra ellos; el terror los habia helado: por el contrario, los testigos favorables se presentaron en masa y aquellos hombres fueron absueltos!»

La imparcial indignacion de Mr. de Serre contra la impunidad de aquellos atentados cerró la boca á los realistas y rehabilitó momentáneamente su popularidad entre los liberales. Pocos dias despues quiso tributar un homenage de imparcialidad al espíritu de revolucion, y sus palabras irritaron y encendieron la cólera del partido revolucionario. Mr. de Serre habia dicho que las mayorías eran casi siempre sanas ó bien intencionadas. Entonces Mr. de La Bourdonnaie, fogoso órgano de la derecha, intimó al ministro á que declarara «si hacia estensivo este elogio á la mayoría de la Convencion.—Si, señor, replicó atrevidamente el orador, hasta la Convencion!»

Apenas habia caido Mr. de Serre en este lazo inesperado de interpelacion, cuando la izquierda y el público le llenaron de aplausos y la derecha de murmullos y

de apóstrofes injuriosos. El tumulto á que entonces se entregó la Cámara hizo necesaria la supresion de sus deliberaciones y la medida de mandar retirar á los espectadores. Una palabra imprudente ó irreflexiva bastaba para perder toda una vida de fidelidad y de honor. Los partidos se desafiaban con la vista y se amenazaban con los puños; las palabras insultaban cuando no mataban. Mr. Dupont (del Eure), el mas humano de los hombres, fué comparado á Marat por monsieur de Pugmaurin. Mr. de Courvoisier denunció la existencia de una junta directora, encargada por el partido revolucionario de dar desde Paris impulso y unidad de movimiento á las facciones. El partido realista, unido con el partido ambicioso del clero, respondia á estas asociaciones ocultas por medio de asociaciones ostensibles y animadas que cubrian la Francia de misioneros religiosos y políticos á la vez, instrumentos de piedad para unos y de agitacion para los otros, y frecuentemente de sedicion y escándalos. Acogidos en unas partes, rechazados en otras, edificantes en los templos, impertinentes y fuera de su lugar en las plazas públicas, aplaudidos ó insultados alternativamente, protegidos por los magistrados, defendidos por las armas, aquellos sacerdotes errantes sobre la superficie del pais como en tierra conquistada revelaban mas que celo una faccion. El rey y sus ministros, que veian con repugnancia aquellos escesos de proselitismo, inspirados por sus enemigos secretos, no se atrevian á reprimirlo, temerosos de ser acusados de indiferencia ó de irreligion por los aliados de la iglesia. La enseñanza entregada á los eclesiásticos hacia murmurar á los partidarios de la libertad de las conciencias, y promovia motines entre los estudiantes de la capital y de las provincias. Convocados para firmar peticiones á las Cámaras, eran dispersados por las bayonetas. La oposicion, rechazada públicamente, se refugiaba y reconcentraba en las sociedades secretas, donde se insinuaba el

espíritu de conspiracion á la sombra del espíritu liberal. Organizábanse asociaciones públicas para defender por todos los medios legales las libertades del pensamiento, de la imprenta y de la opinion. Los señores La Fayette, de Argenson, Laffitte, Benjamin, Constant, Gevaudan, Mechin, Gassicourt, Merilhou, de Fhiard y de Broglie, les daban la accion pública. Mr. de La Fayette reunia en su casa juntas mas secretas y decididas. Cada arma defensiva dada á la libertad por las instituciones se convertia en arma agresiva en las manos de los conspiradores. Los proscriptos de la Convencion, abrigados en Bruselas, sostenian frecuente correspondencia, en la que hablaban abiertamente de cambiar la dinastía en Francia y dar la corona á un soberano protestante, ideas que, segun dicen, halagaban la ambicion del rey de los Paises Bajos en favor de su hijo, embriagado con la esperanza de un reinado quimérico sobre las ruinas de la casa de Borbon. El príncipe de Orange protegia á los desterrados, y al efecto habia entablado negociaciones con ellos y con La Fayette.

A estas tramas sordas de Paris y de Bruselas, correspondian otras de la misma naturaleza en Alemania, España, el Piamonte y Nápoles. El genio de la libertad, que habia sublevado los pueblos contra Napoleon y triunfado por su independencia de las nacionalidades, se veia ya amenazado en Francia y se preparaba á defenderse en todas partes. El carbonarismo se organizaba en Italia, el liberalismo antimonacal en Cádiz, y la union universal en las ciudades sabias de la Alemania. Un jóven de esta secta, el estudiante Saud, asesinaba friamente á Kolzebue, escritor antes popular, y al cual se le suponia ya vendido á la Rusia. El mismo Saud se hirió con el puñal con que acababa de matar al traidor, asociando el suicidio al asesinato, dando gracias á Dios por su demencia y llamando virtud á estos dos crímenes. Su fanatismo agitaba las imaginaciones febriles de la juventud y de

las mugeres. Los soberanos, alarmados con estos síntomas de fermentacion, enviaban á sus ministros para que los representasen en Carlsbad y opusieran represiones colectivas á ese desbordamiento del pensamiento é intimidasen con la policía y los suplicios á la Alemania. La Francia liberal ó revolucionaria respondia por medio de invectivas y de amenazas á estas precauciones de las córtes del Norte, y cada dia se hacia mas franca y abierta la guerra entre los pueblos y los soberanos. De esta agitacion general de las ideas se resentian las elecciones de 1819, que cada vez eran mas apasionadas, puesto que solo se buscaban los nombres de las personas mas enemigas de los reyes y de los Borbones, como para significarles su animosidad y amenaza, animosidad que en el partido liberal llegaba hasta el delirio y el suicidio, puesto que siendo su interés evidente apoyar al ministerio y al rey que le habia sacado de la nada y que le formaba con su gobierno una muralla contra el triunfo de los realistas absolutos, y siendo tambien evidente que la caida de Mr. Decazes arrastraba la ruina del mismo partido, y que con insultar al rey no lograba éste otra cosa que precipitarlo en la alianza forzada del partido retrógrado, los liberales no quisieron escuchar ninguna de estas inspiraciones del buen sentido y del agradecimiento; por el contrario trataron de ofender á la corona y abusar del ministro, creando y apoyando donde quiera que ejercian preponderancia candidaturas estremas, radicales y de recuerdos siniestros para la monarquía. La mas notable y escandalosa fué la de Gregoire en Grenoble.

X.

Gregoire, sacerdote filósofo antes de la revolucion, fiel al cristianismo, pero infiel á la supremacía pontifical

de Roma, habia sido promovido á un obispado por la Constitucion civil del clero, y con semejante título, que despues jamás habia repudiado, tenia su nombre la significacion de un cisma. Individuo de la Convencion nacional y hallándose en mision en los momentos en que era juzgado Luis XVI, no habia votado la muerte del rey; pero habia ratificado la votacion con un acto posterior al suplicio, inocente tambien de hecho y tal vez de intencion, pero cómplice de debilidad ó ambigüedad en el juicio. Sus invectivas contra los reyes se habian hecho proverbios en el lenguaje revolucionario. Apóstol sin embargo de las doctrinas de igualdad y mansedumbre del Evangelio y de la filosofía, Gregoire habia condenado el derramamiento de sangre y predicado despues de la victoria, la justicia y la moderacion á los vencedores. Senador oscuro en tiempo del imperio, enemigo mudo del despotismo, no habia cometido la inconsecuencia de saludar nuevamente el 20 de marzo á la tiranía militar, cuya primera caida habia visto con júbilo. Este acto por el que se abstenia de toda complicidad con el 20 de marzo, le habia sustraido á la ley de destierro, aplicada en 1815 á los regicidas. A la segunda vuelta de los Borbones, vivia en el retiro y en la oscuridad. Como se ve, las juntas liberales de Paris no podian buscar en toda Francia un nombre mas directamente nefasto al rey, y precisamente le eligieron por la repugnancia que debia inspirar á la familia de Luis XVI. En vano le combatieron en el ministerio los hombres moderados. Grenoble le nombró en represalias de las ejecuciones hechas dentro de sus muros á nombre de los Borbones. Esta eleccion produjo el efecto de un rayo en Mr. Decazes y en la córte, pues envolvia una acusacion contra el ministerio y un ataque directo á la magestad real. Asi es que lanzaron un grito casi unánime de asombro y de reprobacion todas las opiniones y todas las conciencias que no querian el rompimiento entre el trono y la libertad. Los realistas exal-

tados se alegraron en secreto de una aparente indignacion, pues el nombramiento de Gregoire era para ellos el crímen de la Carta y la condenacion del favorito. En los demas departamentos llamados á renovar sus diputados salieron de las urnas electorales nombres menos notorios, pero casi tan hostiles como Lambrechtz, Lecarlier, Labbey de Pompières, Sebastiani y Mechin. El general Foy, destinado por su carácter y talento á dejar un gran nombre en la tribuna francesa, apareció por primera vez en la representacion de su pais. Querido por el ejército, elegido por los liberales, aceptado por los constitucionales, temible, pero no implacable para los Borbones, guia y moderador á la vez de una oposicion legal en la Cámara, su advenimiento en ella iba á ofrecer á la libertad una figura que habia faltado á la revolucion, la de un tribuno militar en un guerrero hombre de Estado. El general Foy llevaba este doble carácter en su persona. Su fisonomía era franca como su pensamiento, leal como su alma é inspirada como su elocuencia. La naturaleza le habia hecho gefe de partido en un tiempo en que el único partido patriótico era la moderacion de los corazones y la reconciliacion de las ideas. Al verle era imposible no acordarse del soldado, no descubrir en él al hombre de bien ni dejar de presentir al gran ciudadano.

XI.

El general Foy era uno de los soldados mas jóvenes de la revolucion. Nacido en Ham, de una familia de la clase media, educado para las armas, oficial de artillería como Bonaparte, á las órdenes de Dumouriez, Pichegru y Dampierre, en aquellas primeras campañas del Norte, donde el patriotismo defendia el suelo sin mezclarse en las facciones de lo interior, indignado de los crímenes

de 1793, preso por el procónsul Lebon por sus murmuraciones, libre del cadalso por su juventud y su elocuencia, sacado de las prisiones por Moreau y peleando á sus órdenes en Alemania; amigo de Desaix, herido á su lado por una bala de cañon, ocupando las horas de ocio de su larga curacion en Estrasburgo en los estudios del publicista y del hombre de Estado, inclinado por analogía de carácter á las cosas antiguas y á las formas literarias de la palabra, sacando de estos ejemplos el amor de la libertad, ascendiendo en Suiza á las órdenes de Masena, viendo apuntar en la nombradía de Bonaparte una tiranía para la Europa; negándose á firmar los mensages serviles que los aduladores del poder naciente hacian circular por las filas del ejército en favor del imperio; relegado en Portugal y en España á mandos subalternos por esa falta de diligencia á suscribir á la servidumbre; ligado sin repugnancia con los Borbones y la Carta de 1814, corriendo despues á Waterloo, á las Termópilas de su patria, pero sin haber tomado parte en la defeccion de los Cien Dias, regando con su sangre los reductos de los *Cuatro-brazos*, llevado moribundo al seno de su familia despues de la pérdida de su pais, licenciado en 1815; escribiendo para consolarse de los reveses públicos la historia de sus campañas en España; recomendado por su patriotismo á los patriotas y por su talento á los comicios electorales, su departamento le habia elegido por aclamacion para reanimar á la patria, defender la Carta, afianzar el trono constitucional y á respetar al rey. Iba á sobrepujar estas promesas, y á cumplir todos estos mandatos. Tal era el general Foy cuando fué llamado á la Cámara.

XII.

El rey no pudo menos de estremecerse al considerar la ventaja que iban á dar á la política de su hermano so-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bre la suya los nombramientos de un número tan considerable de enemigos, y sobre todo los de Lambechi y Gregoire, que eran considerados como dos sombras de la Convencion. Sus concesiones solo eran recompensadas con ultrages. La eleccion de Grenoble era un rayo de luz que alumbraba á sus ojos. Afligido, pero no obstinado, no quiso cerrarlos ante aquella evidencia. La frialdad que existia entre su hermano y él, desde que el conde de Artois habia sido destituido de la direccion de la guardia nacional de París, desapareció como por una desgracia comun de familia. «Ya ves, hermano mio, le dijo el conde de Artois con el acento de la consternacion sentándose á su mesa, ya ves á donde nos conducen.—Lo sé, hermano, respondió el rey dulcificando su voz y reteniendo un pensamiento que ya iba á escaparse de sus labios, lo sé y proveeré.» Una conversacion larga y cordial pareció reconciliar al fin á las dos ramas de la familia, conviniendo en que una ley electoral, que en cambio de tantas concesiones enviaba tantos desafíos y amenazas á la monarquía, era un saludable aviso que recibian para cambiar de conducta. El escollo era demasiado visible para negarlo, y aquella misma noche recibió Mr. Decazes una órden del rey mandándole preparar un sistema electoral que preservase á la corona de tales atentados de la opinion. Mr. Decazes, á quien su juventud, su interés y su verdadera adhesion al rey prohibian la obstinacion en resistir á deseos tan cruelmente motivados, resolvió al punto dar satisfaccion á la familia real. Mr. de Serre, á quien la pasion que forma al orador lanzaba repentinamente de un pensamiento á otro opuesto, y monsieur Portal, ministro de Marina, no vacilaron en reconocer la necesidad de una ley que desarmase á sus enemigos. El baron Louis, ministro de Hacienda, Goubion-Saint-Cyr y el general Desolles persistieron en la defensa de la antigua ley. El abuso de una libertad y el estravío de la opinion no bastaban, segun ellos, para condenar

todo un sistema. La decision quedó aplazada, y los liberales, temiendo ver roto por un movimiento de impaciencia de Mr Decazes, el instrumento de su victoria, le colmaron de deferencias y adulaciones, llegando al punto de prometerle que obtendrian de Gregoire una retirada voluntaria que dejaria á la corona su dignidad y al partido constitucional su ley. El ministro rechazó todas estas proposiciones, sometió de nuevo la cuestion á sus colegas, y sostenido con energía por el mismo rey, se libertó de toda resistencia aceptando las dimisiones de Louis, Desolles y Goubion-Saint-Cyr.

Mr. Decazes, único resorte ya de aquellos movimientos intestinos del consejo del rey, formó otro ministerio de que él fué gefe como presidente y como ministro de lo Interior. Mr. Pasquier, que habia sentido mas vivamente que ningun otro hombre político el insulto hecho á la corona por medio de las elecciones, y que habia dirigido al rey un aviso secreto de sus peligros, fué llamado al ministerio de Negocios estrangeros: hombre de gran penetracion y de una fluidez de palabras que le hacian igualmente apto para todas las escenas de la vida pública, ofrecia á Mr. Decazes un auxiliar útil en el consejo y en la tribuna; era ademas un lazo oculto entre la córte y el partido de los realistas. El hombre de Estado de la Cámara, que comenzaba á disciplinarse bajo la direccion de Mr. de Villele, Mr. de Latour-Maubour, militar acreditado por su valor y lealtad, pasó al ministerio de la Guerra; Mr. Roy, ya anteriormente ministro de Hacienda y reemplazado momentáneamente por el abate Louis, volvió á encargarse de aquella cartera; Mr. Portal pasó á la Marina y Mr. de Serre nominalmente al ministerio de Justicia, pero en realidad á todas partes donde la universalidad de sus miras, el ardor de su celo, la fuerza y prontitud de su elocuencia le llamaban á defender al rey, al ministerio y la constitucion amenazados.

XIII.

Este ministerio hubiera sido poderoso ante los radicales y los realistas, si Mr. Decazes hubiera consentido en salir de él y dejar su puesto á Mr. Lainé. No carecia de fuerza, ni de seduccion ni de clientela entre los hombres nuevos que dirigian las opiniones en la imprenta y los partidos en la Cámara; pero al erigirse en ejecutor de esa misma ley electoral, que el año anterior le habia dado tanta popularidad, y que habia defendido como una parte de la Carta al principio de aquel mismo año, incurria en una de esas retractaciones á que los hombres políticos sobreviven poco ó sobreviven mal. Podia entreverse mas ambicion que conviccion en este cambio, al paso que el verdadero móvil de su conducta era su adhesion al pensamiento del rey; pero su papel, siempre en auge, de favorito ofendia á las rivalidades, irritaba á la envidia y mostraba en esa direccion suprema del gobierno, obstinadamente confiada á un hombre que habia subido á tanta altura y tan pronto, mas audacia en seguir la fortuna que prudencia en esperarla y medirla.

Reconcilióse, sin embargo, con el conde de Artois bajo la inspiracion del rey, probándole con suma deferencia el deseo que le animaba de entenderse con los realistas sus amigos en las dos Cámaras. Lisonjeó igualmente á los jóvenes adeptos del partido doctrinario, Broglie, Guizot, Barante y Staël, séquito entonces de los señores Royer-Collard y Serre, con la esperanza de crearles situaciones influyentes en el gobierno. Empero nada quedó acordado sobre estas negociaciones, y el rey abrió la legislatura el 29 de noviembre. Su discurso, hábilmente preparado por Mr. Pasquier, anunciaba las grandes resoluciones que ya se esperaban de salvacion pública sin tocar á la

santidad de la Carta. «Las leyes, decia el monarca, han sido cumplidas en todas partes; pero en medio de estos elementos de prosperidad pública, no he podido desconocer que á nuestras esperanzas han venido á reunirse justos motivos de temor que reclaman hoy la atencion mas séria y profunda. Cierta inquietud vaga, pero verdadera, preocupa todos los ánimos, y no hay uno que no pida al presente prendas de su duracion. La nacion está gustando solo muy imperfectamente los frutos del órden y de la paz; cada uno teme vérselos arrancar por la violencia de las facciones, y á todo el mundo aterra la espresion demasiado clara de sus designios. Ha llegado el momento de sustraer á la Cámara de los diputados á la accion anual de los partidos, asegurándole una duracion mas conforme á los intereses del órden público y de la consideracion interior del Estado.»

Estas palabras sentaban atrevidamente la cuestion de dignidad para la corona, en frente del nombre del regicida por medio del cual se habia querido arrostrarla. Sentaba al mismo tiempo la cuestion mas irritante de la ley electoral, detrás de la cual esperaba crecer y hacerse fuerte la oposicion. La monarquía habia sido insultada. Ella no insultaba, pero proponia el combate á su vez. Asi debió comprenderlo la asamblea, segun lo demostraba la fermentacion á que se entregó desde entonces.

XIV.

A pesar de esto, la mayoría de la asamblea no rehusaba una legítima satisfaccion á las susceptibilidades de corazon y de magestad real en el sacrificio de Gregoire. Mr. Becquey, hombre de bien y de paz, al espresar la voluntad de las comisiones de la Cámara en la tribuna, no tocó al hombre; pero pretestó causas de nulidad mate-

rial en la eleccion del diputado de Grenoble. Amigo de Mr. Royer-Collard, y antiguo agente del rey en París, durante el destierro de los Borbones, queria como el rey, ahorrar á la Cámara esas cuestiones peligrosas que hacen estallar la cólera de los corazones resentidos; pero ninguna mano, por prudente que fuera, podia cerrar la boca de aquel cráter de la asamblea. «No, no; nada de miramientos, nada de debilidad,» esclamaron algunas voces de la derecha y del centro. «No hay regicidas en esta Cámara,» añadió Mr. de Marcellus. Los murmullos se aumentaban en la izquierda; algunos grupos entre los dos partidos, parecian suspendidos entre el escándalo de un juez de Luis VXI, aceptado como un desafío en presencia de su hermano y el esceso del poder parlamentario eliminando á un diputado legal del pais. Era preciso que una voz imponente y hasta entonces imparcial se hiciera el árbitro entre la magestad del rey, el corazon de la familia real y la inviolabilidad de los electores. Mr, Lainé subió lentamente á la tribuna. Su fisonomía, siempre grave y ascética, lo era en aquel momento hasta rayar en tristeza, pareciendo vestir el luto de la monarquía ofendida, de las guerras civiles y de los cadalsos que evocaba tan fatal discusion. El semblante de aquel grande orador era tan elocuente como la palabra. Las fibras de su boca nerviosa y delgada, palpitaban antes que su palabra hubiera rugido dentro del pecho ó estallado en su voz. Heria porque era herido. Era el orador de los ojos, y mudo habria conmovido con su silencio.

XV.

«Señores, dijo despues de una pausa larga y dolorosa que revelaba su agitacion, por una clemencia casi divina, ó si quereis mejor, por la paz y sosiego de la sociedad, se prometió que nadie seria pesquisado por sus votos, recomendándose el olvido á todos los ciudadanos.... ¿Quién en efecto se acordaba del cuarto diputado del Isere?.,.. ¿Quién le pesquisaba por sus opiniones y sus votos?.... ¿Luego el olvido solo ha sido impuesto á las víctimas?.... ¿Y los que mas necesidad tenian de ampararse con él son los que han conservado solamente el triste derecho de acordarse?....» Esta enérgica argumentacion que recaia sobre las juntas directivas, autoras de aquel escándalo premeditado, cortaba la cuestion como la cortan los oradores eminentes, por medio de un sentimiento. La impresion que hizo en la asamblea, fué inmensa; la derecha y el centro aplaudieron con delirio, los demas quedaron silenciosos y consternados. Solo Benjamin Constant, uno de esos sofistas frios que sin participar de las pasiones de los partidos, les prestan sus palabras en cambio de las popularidades mas malignas, se atrevió á provocar á Mr. Lainé con algunas frases ambiguas, en las que oponia á Gregoire, disculpado, segun él, de toda participacion en la sangre de Luis XVI, sentado en el consejo de la nacion, al mismo Fouché, regicida probado, sentado en los consejos del rey. Esta alusion cruel y merecida, podia degradar á la corona, pero no rehabilitaba al regicida, ni legitimaba el ultrage hecho á la monarquía. Benjamin Constant consoló el odio de los radicales; pero no convenció á la Cámara, y Gregoire fué escluido por unanimidad de la diputacion, habiendo votado unos en contra de él por considerarlo indigno y otros por la irregularidad en las formas de la eleccion. Dejáronse libres los motivos para que la votacion fuese mas numerosa y mas unánime la reparacion á la corona.

Mr. Ravez, amigo y émulo de Mr. Lainé, fué designado por la mayoría de la Cámara y elegido por el rey para presidirla, distinguiéndose en el desempeño de estas funciones ingratas, pero importantes, que convierten

al orador en juez, árbitro y moderador de una asamblea. El partido de los realistas exaltados, unido con el de los realistas moderados, en rivalidad con el ministerio, habia dado setenta y cinco votos á Mr. de Villele, y el partido de la oposicion radical sesenta y cinco á monsieur Laffite. Estos guarismos revelaban la fuerza de los partidos. Las oposiciones que iban en aumento, amenazaban dominar pronto al partido del ministerio ó de los centros que no habia dado á Mr. Ravez mas que ciento cinco votos. Este equilibrio de los partidos hizo pálida y tímida la respuesta de la asamblea al rey. Como el temor era recproco, todos querian aplazar los combates decisivos. La de la Cámara de los pares, inspirada por el conde de Artois, declaraba abiertamente la guerra á los facciosos.

XVI.

Del mismo modo que los liberales, se dividian ya los realistas en dos campos: esiremo ó exaltado y moderado. Un hombre que crecia en importancia como en sabiduría, Mr. de Villele, gobernaba el último. Un hombre elocuente, pero incapaz de contenerse en los límites de la sensatez y la prudencia, Mr. de La Bourdonnaie, animaba al otro. Numerosas peticiones, provocadas en las provincias por el partido liberal y concebidas en términos conminatorios para la corona, hicieron estallar la discusion. Monsieur Mestavier, á nombre de la mayoría realista y del centro de que era órgano, pidió que no se diera cuenta de estas peticiones. Dupont (del Eure), cuya autoridad moral sobre los liberales se fundaba tanto en el carácter como en las palabras, puso de relieve las contradicciones que existian entre Mr. Decazes, que pocos meses antes juraba la perpetuidad de la ley electoral, y Mr. Decazes que rechazaba á la sazon las peticiones que reclamaban

la perpetuidad de dicha ley. El general Foy habló por primera vez en la tribuna. Disculpó, sin aprobarlos, los términos exagerados é injuriosos de las peticiones. «La libertad, dijo, es la juventud de los pueblos. Hay en el gobierno de la libertad demasiada vida para que sus movimientos no lleguen algunas veces hasta la agitacion.» Por estas primeras palabras se reconoció el acento de un hombre á la vez libre y honrado. El general Foy se colocaba á la izquierda, Mr. de Villele á la derecha, á guisa de hombre que quiere conquistar y no degradar el poder en su pais. En aquellos dos hombres habia la perspectiva de dos ministerios para la corona: el uno si las exigencias de los realistas le atraian á la derecha, y el otro si las exigencias de la opinion popular le precipitaban á la izquierda. El ministerio, temblando entre estos dos grupos, no obtuvo mas que tres votos de mayoría para desechar las peticiones, y estos tres votos eran otros tantos ministros. Temiendo estos por la suerte de la medida que habian prometido al rey seria aceptada por la Cámara, se aliaban con todos los partidos influyentes en el palacio ó en la opinion para alcanzar su apoyo. En fin, iba á someterse á la deliberacion de las cámaras un proyecto de ley electoral meditado por Mr. de Serre, revisado por el duque de Richelieu y redactado por los señores Villemain, Mounier, Barante, Guizot y Decazes, jóven partido mas lleno de celo que de conviccion. Esta ley, sin grandeza y sin confianza en el pais, le dividia en dos naciones electorales: la nacion plebeya que nombraba la mitad de los diputados en las capitales de los distritos, y la nacion aristocrática de fortuna, compuesta de los propietarios que pagaban mil francos de contribucion, y la cual habia de nombrar otra mitad en las capitales de los departamentos. Ley insensata en su supuesta prudencia que daba la casualidad de la fortuna en vez de la casualidad del nacimiento por título al derecho de ciudadano, título de riqueza mucho mas ab-

surdo que el de nobleza, porque la familia da sentimientos y virtudes, y la fortuna no da mas que facultades y bienestar. Esta ley tenia otro peligro: colocaba frente á frente en la misma asamblea á hombres salidos de dos elecciones diversas, una aristocracia de departamento y una democracia de distrito, elementos de antipatía, de clasificacion y de guerra civil, que desgarraban al pais y al gobierno desgarrándose á sí mismos en la representacion. El miedo habia inspirado mal á los realistas; el celo por el servicio de su soberano habia inspirado mal al favorito; los sistemas habian inspirado mal á los doctrinarios complacientes de todos los partidos que querian reconciliarlos en provecho suyo; la ignorancia del pais habia aconsejado mal á Mr. de Richelieu, y el amor de la monarquía á Mr. de Serre. Esta ley llevaba en su gérmen la lucha entre las clases y la pérdida de la monarquía. Era una constitucion de desconfianza, y en una contitucion cualquiera desconfianza es una provocacion. Mr. Decazes marchaba á ciegas á la ruina del trono que queria afianzar. Habia dado un golpe de estado el 5 de setiembre contra los realistas, y se iba á ver obligado por la resistencia de la Cámara á dar otro contra los liberales. Empero el golpe de estado contra los realistas no destronaba mas que á un partido, al paso que el que se preparaba contra los liberales destronaba una opinion pública que se habia convertido en pasion popular en las masas nacionales. Perdíase, pues, Mr. Decazes y perdia irresistiblemente á su soberano, cuando uno de esos acontecimientos en los que interviene la fatalidad por la mano del crímen, vino á precipitar al ministro, á herir á un príncipe y á desatar con el puñal una crisis cuya solucion nadie hubiera previsto.

LIBRO TREINTA Y SIETE.

Retrato del duque de Berry —Louvel; sus antecedentes, su monomanía de regicida.—Se decide á matar al duque de Berry.—Noche del 13 de febrero.—Asesinato del duque en el teatro de la Opera, su agonía.—Dolor de la familia real.—Consternacion del pueblo. —Recriminaciones contra Mr. Decazes; Mr. Clausel de Coussergues le acusa de alta traicion.—Debates borrascosos; intrigas de palacio.—Madama del Cayla; su origen, su favor.—El vizconde de La Rochefoucauld.—Caida de Mr. Decazes; exámen de su carrera política.

I.

El duque de Berry era el hijo segundo del conde de Artois, el hijo predilecto de la familia real, la única esperanza de perpetuidad directa de su raza sobre el trono por la esterilidad de la union de la duquesa de Angulema. Su gracia estaba en su corazon mas que en su naturaleza. Pequeño de estatura, ancho de espaldas, brusco en sus ademanes, de cara huesosa, frente estrecha, cejas pobladas, nariz arremangada, labios gruesos y de espresion turbulenta, su fisonomía no revelaba su inteligencia y su bondad sino franqueándose por medio de la sonrisa. Entonces, en la penetracion franca y cordial de la mirada, en la contraccion fina de los párpados, en el pliegue de la boca, en el abandono del gesto, que ofrecia el co-

surdo que el de nobleza, porque la familia da sentimientos y virtudes, y la fortuna no da mas que facultades y bienestar. Esta ley tenia otro peligro: colocaba frente á frente en la misma asamblea á hombres salidos de dos elecciones diversas, una aristocracia de departamento y una democracia de distrito, elementos de antipatía, de clasificacion y de guerra civil, que desgarraban al pais y al gobierno desgarrándose á sí mismos en la representacion. El miedo habia inspirado mal á los realistas; el celo por el servicio de su soberano habia inspirado mal al favorito; los sistemas habian inspirado mal á los doctrinarios complacientes de todos los partidos que querian reconciliarlos en provecho suyo; la ignorancia del pais habia aconsejado mal á Mr. de Richelieu, y el amor de la monarquía á Mr. de Serre. Esta ley llevaba en su gérmen la lucha entre las clases y la pérdida de la monarquía. Era una constitucion de desconfianza, y en una contitucion cualquiera desconfianza es una provocacion. Mr. Decazes marchaba á ciegas á la ruina del trono que queria afianzar. Habia dado un golpe de estado el 5 de setiembre contra los realistas, y se iba á ver obligado por la resistencia de la Cámara á dar otro contra los liberales. Empero el golpe de estado contra los realistas no destronaba mas que á un partido, al paso que el que se preparaba contra los liberales destronaba una opinion pública que se habia convertido en pasion popular en las masas nacionales. Perdíase, pues, Mr. Decazes y perdia irresistiblemente á su soberano, cuando uno de esos acontecimientos en los que interviene la fatalidad por la mano del crímen, vino á precipitar al ministro, á herir á un príncipe y á desatar con el puñal una crisis cuya solucion nadie hubiera previsto.

LIBRO TREINTA Y SIETE.

Retrato del duque de Berry —Louvel; sus antecedentes, su monomanía de regicida.—Se decide á matar al duque de Berry.—Noche del 13 de febrero.—Asesinato del duque en el teatro de la Opera, su agonía.—Dolor de la familia real.—Consternacion del pueblo. —Recriminaciones contra Mr. Decazes; Mr. Clausel de Coussergues le acusa de alta traicion.—Debates borrascosos; intrigas de palacio.—Madama del Cayla; su origen, su favor.—El vizconde de La Rochefoucauld.—Caida de Mr. Decazes; exámen de su carrera política.

I.

El duque de Berry era el hijo segundo del conde de Artois, el hijo predilecto de la familia real, la única esperanza de perpetuidad directa de su raza sobre el trono por la esterilidad de la union de la duquesa de Angulema. Su gracia estaba en su corazon mas que en su naturaleza. Pequeño de estatura, ancho de espaldas, brusco en sus ademanes, de cara huesosa, frente estrecha, cejas pobladas, nariz arremangada, labios gruesos y de espresion turbulenta, su fisonomía no revelaba su inteligencia y su bondad sino franqueándose por medio de la sonrisa. Entonces, en la penetracion franca y cordial de la mirada, en la contraccion fina de los párpados, en el pliegue de la boca, en el abandono del gesto, que ofrecia el co-

razon con la mano, en el metal de su voz breve y sincera se hallaba al príncipe, se adivinaba su talento, se veia al soldado y se palpaba su corazon. Este príncipe tenia por virtud el honor de sus antepasados, pues habia sido criado por esa nobleza errante y caballeresca que habia seguido á su padre á los destierros y llevaba consigo á toda Europa las ligerezas, las preocupaciones y los vicios, pero tambien la fidelidad y la religion de otro tiempo. El talento precoz, los chistes inesperados, la fogosidad juvenil del duque de Berry, en contraste con la gravedad modesta y la timidez enfermiza de su hermano mayor el duque de Angulema, habian formado las delicias y el recreo de la córte desterrada. Tenia esos defectos que son el lujo de las naturalezas ricas y que revelan desde luego las grandes cualidades, defectos que se habian perdonado demasiado en su familia y en sus criados para que él mismo no se envaneciera é hiciera alarde de ellos. Por otra parte, estos defectos cultivados habian llegado á ser otros tantos hábitos. Era de esos jóvenes á quienes se perdona todo, y que acaban por creerse admirados por lo mismo que se les perdona. Por lo demas, constante en amor, firme en la amistad, aspirante á las armas, impaciente de gloria, si no la habia ya adquirido en los campos de batalla, no era culpa suya, sino del destino que le condenaba á la inaccion. Despues de haber rivalizado en entusiasmo con el duque de Enghien en el ejército de Condé, el desarme de la Alemania le habia lanzado á Lóndres, donde vivió en la oscuridad y en el misterio de una pasion hácia una estrangera, con quien segun dicen se habia casado de secreto. De esta union fiel, aunque oculta, habian nacido dos hijas, á las que amaba públicamente con la ternura de padre. Rodeado de estas dulces afecciones y de algunos amigos, camaradas suyos en la antigua córte y en el ejército de Condé, ocupaba sus ocios en las artes mecánicas á las que profesaba la noble aficion de Francisco I. No iba á

Hartwell, residencia del rey desterrado en Inglaterra, sino en las raras ocasiones en que el príncipe llamaba á su lado á su familia para concertar una política de espectativa ante la Europa.

La caida del imperio volvió á abrir el mundo de accion al duque de Berry, que fué elegido por Luis XVIII y por su padre el conde de Artois para los cargos militares á que su juventud, su valor, su rudeza naturalmente soldadesca y sus bríos parecian haberle destinado. Se queria presentar con él á la Francia y al ejército alguna sombra viva de Enrique IV. Aunque el jóven príncipe tuviera su sangre y su corazon, y debiese ¡ay! recibir su muerte, no poseia su gracia, ni sus medios de seduccion irresistible. Habia equivocado el acento al hablar al ejército. Tomó el tono de gefe y de hermano de armas delante de aquellos vencedores del mundo, compañeros de un héroe, consagrados por el fuego de tantas batallas, y que con sus derrotas se habian hecho tanto mas susceptibles cuanto mayor era su desgracia y humillacion. De ahí esas escenas desagradables entre el príncipe y los veteranos de Bonaparte, y una impopularidad de cuartel que habia contristado amargamente al duque de Berry. Desde entonces se presentaba poco á la córte; tenia opiniones liberales y hacia un estudio particular en hacerse agradable á la nacion y reconciliarse con el ejército, en separarse de las etiquetas anticuadas de su familia, en desdeñar todo lo viejo y caduco del antiguo régimen, en respirar el aire nuevo. Rodeábase de los artistas mas populares, presentábase en las fiestas del pueblo, buscaba el placer y afectaba cubrir sus amores efímeros á una actriz con un velo que dejaba penetrar la ligereza de la juventud. Queria agradar á los franceses hasta por sus vicios.

II.

En 1816 le habia casado el rey con la princesa Carolina, hija del príncipe real de Nápoles, á fin de consolidar la casa de Borbon sobre los tres tronos que esta ocupaba en Italia, en España y en París, y en demostrar á la Francia los herederos de la raza real, que no se esperaban ya de la duquesa de Angulema. Dos hijas, una de las cuales murió poco tiempo despues de su nacimiento, habian probado la fecundidad de esta union. Los jóvenes esposos vivian felices en su amor mútuo é inspiraban á la Francia la grata esperanza de ver perpetuada á la monarquía con el nacimiento de nuevos príncipes. Olvidando al mundo y olvidados de él, vivian en una felicidad interior llena de ternura y dulce confianza. Pero el crímen no los olvidaba.

Habia entonces en París un hombre perdido entre la multitud, el mas invisible al ojo de sus semejantes, jornalero vulgar en uno de esos oficios subalternos que participan de la domesticidad pública y se sostienen de un salario mendigado de taller en taller y de pueblo en pueblo. Este hombre se llamaba Louvel. Habia nacido en Versalles de una familia de buhoneros revendedores, tráfico al menudo necesario al pueblo. Siendo todavía muy niño, perdió á sus padres: una hermana á quien amaba y que le habia servido de madre, vivia y velaba por él en Versalles. Tenia entonces 32 años. Era bajo de estatura, débil de miembros, de color amarillento y bilioso, de labios delgados, de mirada hosca, de fisonomía reconcentrada y antipática; en fin, era la imágen del fanatismo que en una cabeza estrecha y mezquina abrigaba un pensamiento mal comprendido y que sufre y se atormenta hasta que su mano fatal le descarga por medio de un crímen del peso y del martirio de su idea.

Louvel, nacido cuatro años antes de la república, habia recibido esa especie de educacion romana que la Convencion y el Directorio hacian dar entonces en comun á los hijos del pueblo, en medio de las ceremonias populares y de las fiestas filosóficas. Allí los espectáculos, los discursos y los signos apartaban el alma tierna de los niños del antiguo culto, y se esforzaban por inflamarlos por la razon, por la patria y por la libertad. Todo esto habia producido en él funestísimo eco, y mas adelante, por una necesidad de fé inherente á su naturaleza reflexiva, habia seguido el culto de los *teofiláutropos*, especie de deismo popular, puesto en moral y en espectáculo por el director Lareveillere-Lepaux. Parece que las fuentes de sus ideas habian surgido de estas dos impresiones de su infancia, la inclinacion fanática á la revolucion y el ciego amor á la patria. Otras ideas tan exaltadas y ardientes, tales como la vanidad nacional, el entusiasmo por la conquista y por Napoleon, el dios de los ejércitos, la gloria del soldado, la religion del cuartel, añadieron á sus primeras impresiones otros elementos confusos é incoherentes. Los reveses de nuestros ejércitos, la caida de su gefe, la vuelta de los Borbones, el horror á la contrarevolucion y la humillacion de la patria con la invasion estrangera, vinieron á mezclar con aquellos elementos la cólera y la desesperacion que fermentaron hasta el odio y la esplosion en aquella alma solitaria.

III.

Louvel, errante de pueblo en pueblo, de Italia en Francia, de Francia á la isla de Elba, durante el destierro de su héroe, llevaba á todas partes en su cabeza el presentimiento de un crímen. Sin embargo, no lo revelaba á nadie, ni aun á aquellos que él juzgaba podrian

servirle algun dia para su ejecucion. Laborioso, siempre taciturno con sus compañeros de trabajo, huyendo de todas las sociedades y de todos los desórdenes que pervierten en sus horas de descanso á los hombres de su oficio, se encerraba dentro de sí mismo, leyendo y rumiando los libros, los periódicos y los cantos populares, en los que los publicistas de la revolucion, los folletinistas liberales y los poetas napoleonistas se asociaban entonces en una liga heterogénea para exaltar á la vez á la república, al imperio y á la libertad, y para volver contra los Borbones todas las voluntades, todos los ánimos, todo el odio y todo el desprecio del pueblo. Tenia necesidad de odiar y no sabia mas que herir.

Ya en 1814, en el momento en que el rey y su familia iban á desembarcar en Calés del buque que los llevaba á Francia, Louvel se dirigió desde la Rochela á aquella ciudad con intencion de matar al rey ó al primero de los príncipes que cayera en sus manos. Así, pues, una puñalada era solo lo que esperaba sin saberlo á Luis XVIII, al poner el pie sobre el suelo de sus padres. La casualidad ó una vacilacion de parte de Louvel le habia salvado. El entusiasmo popular con que fué saludada la familia real le llenó de sorpresa y estupor y se volvió á París para distraerse, segun decia, del pensamiento de asesinato que le acosaba. Cuanto mas se estudia al criminal, mas se ve que el crímen es una enfermedad de la razon. «Yo vacilaba algunas veces, dice el mismo Louvel, analizando su propia perversidad; yo me preguntaba sino obraba mal... pero no podia soportar la entrada de los estrangeros. Queria viajar para esplayar mi alma. Fuí á Chambery; marché de allí cuando me anunciaron la llegada de Bonaparte á Grenoble; queria saber lo que habia; si el conde de Artois se hubiera hallado en Lyon, le hubiera asesinado. Me volví á París con los trenes, y despues que partió el emperador, me compré un puñal, volví á Versalles, y allí fuí empleado en las caballerizas

de la córte; desde aquel momento, no cesé de ocuparme en los medios de llevar á cabo mi proyecto, en Versalles, en San German, en Saint-Cloud y en Fontainebleau; iba á las cacerías, sin decírselo á mi hermana, y para proporcionarme tiempo, hacia lo que tenia que trabajar en los demás dias; llevaba siempre conmigo un puñal, cuando suponia que podria encontrar á un Borbon; pero yo habia resuelto comenzar por el duque de Berry, porque este era el tronco. Despues de él queria matar al duque de Angulema, despues al conde de Artois, despues al rey, despues á todos!... Sin embargo, acaso me detendria despues del rey: los únicos culpables son esos príncipes en particular que han hecho armas contra su pais. No seguia solamente á los príncipes á sus cacerías; hacia tres años que rondaba casi todas las noches al rededor de los teatros á donde suponia que pudiera asistir el duque de Berry. Para saberlo, leia los carteles, pues conjeturaba á dónde iria por la calidad de las piezas. Cuando rondaba al rededor del teatro de la Opera, y veia que el príncipe no habia llegado á las ocho, me retiraba. Le seguia hasta en las iglesias con la esperanza de poder acercarme á él y herirle; pero la gente y los centinelas me separaron constantemente.»

IV.

Tal era la vida de aquel hombre, en quien se habian encarnado en un odio vivo, sin distraccion, sin sueño y sin piedad, todos esos odios esparcidos y contradictorios que la república, el imperio, el fanatismo pretoriano, la libertad, el resentimiento nacional, la preocupacion y la animosidad, la perfidia de los partidos, de los periódicos y de los folletos habian propalado como un miasma popular contra los Borbones. Este miasma, respirado por todos, debia causar vértigo á uno solo, y este era él.

V.

Entretanto el duque de Berry y su esposa, ocupados únicamente en su felicidad, estraños á toda faccion política, se entregaban con el entusiasmo propio de su carácter y su edad á los placeres y á las fiestas que el carnaval multiplicaba en los últimos dias del año teatral en París. Amados y populares entre aquel mundo del arte de la música y del baile, que prolonga las noches en el teatro de la Opera hasta el dia, les gustaba gozar de aquella popularidad. Resolvieron ir juntos el 13 de febrero al teatro Real, donde no se habian presentado en las noches anteriores. Frívolos ambos, curiosos, amigos de divertirse, se podia presumir que no dejarian pasar aquella estacion de fiestas sin mostrarse en ellas. Mientras que se recreaban con la idea de descansar por las tardes, y se ocupaban en los disfrazes que habian de llevar en esas noches, el asesino que observaba su puerta y leia hasta en el pensamiento de sus víctimas, conjeturaba por su parte que el atractivo del placer iba á entregarle su presa.

VI.

Ya la víspera y antevíspera habia espiado las puertas del teatro de la Opera. El domingo se levantó mas temprano que de costumbre con el apresuramiento de quien siente la certidumbre y la alegría de un crímen como los otros sienten la aproximacion de una felicidad. Almorzó muy temprano y habló indiferentemente con su huésped y con sus compañeros habituales de mesa; en seguida volvió á subir á su cuarto, y cogiendo el mas pequeño y

afilado de sus dos puñales para esconderlo mejor en el pecho, salió para ir á ver las máscaras y el acompañamiento del buey gordo, curiosidad del pueblo ocioso en esos dias de delirio. Huyendo de la concurrencia, se marchó despues al camino del bosque de Boulogne para esperar allí la noche, por cuyo motivo pasó muchas veces por delante de las tapias del jardin del Eliseo, habitado por el duque de Berry. A la caida de la tarde se volvió á su casa, se sentó á la mesa, comió hablando de cosas indiferentes con un empleado de las caballerizas del rey, y despues de la comida subió á su cuarto y se armó de otro puñal á fin de tener preparada un arma, segun la casualidad del encuentro, al alcance de cada mano. Seguro de que el príncipe no dejaria de asistir aquella noche á la cita del placer, se paseó sin afectacion por debajo de las ventanas ya iluminadas en el teatro, cerca de una puertecita por donde entraban y salian las personas de la familia real para huir de la confusion y de las molestias de la muchedumbre. A las ocho el ruido de los caballos y la luz de las antorchas que llevaban los criados anunciaron que venian los coches de la córte. Louvel se precipitó hácia la puerta, vió al duque bajar el primero y presentar la mano á la duquesa; podia descargar su golpe; pero se sintió retenido por una fuerza oculta; bien fuese por desfallecimiento de ánimo que, segun dijo, habia esperimentado muchas veces en el instante mismo en que su pensamiento iba á convertirse en acto irrevocable, ó porque la vista de la duquesa, jóven, feliz y risueña, y cierta compasion hácia aquellas dos víctimas le hubiesen enternecido involuntariamente, dejó escapar la ocasion y se resignó á esperar otra.

VII.

Avergonzado de sí mismo y reprendiéndose con indignacion su debilidad, se alejó á pasos lentos renun-

ciando casi á su proyecto por aquella noche, y atravesó el Palacio Real para volver á su casa, inmediata á aquel jardin; pero allí le asaltaron sus reflexiones y le obligaron de pronto á aflojar el paso. Pensó que dentro de algunos dias tendria que ir á Versalles por razon de su destino, y que entonces no volveria á presentársele nueva ocasion de consumar su proyecto hasta la época lejana de las cacerías. Hízose á sí mismo este falso y terrible dilema: ¿Hago mal? ¿Tengo razon? Sí, tengo razon, se respondió, ¿por qué me falta el valor?... Si hago mal ¿por qué estas ideas no me dejan ningun reposo? Resuelto á vencer su cobardía, si era cobarde, convencido de que sus ideas eran verdaderas, puesto que eran obstinadas, volvió atrás bruscamente, y con resolucion feroz se dirigió desde el jardin del Palacio Real á la puerta del teatro de la Opera, donde convencido de que su presa no habia salido durante su perplegidad, se puso á pasear desde el jardin al teatro y desde el teatro al jardin, para dejar pasar las horas, espiando desde lejos los movimientos de los carruages que anunciasen la salida del príncipe. A las once y veinte minutos llegaron los coches de la casa real y se situaron á corta distancia de la entrada reservada á los príncipes. Deslizóse él detrás de los coches por la callejuela desierta de Louvois, y colocándose á la cabeza de un caballo de cabriolé como un lacayo que espera á su amo, aguardó, resignado en esta actitud á que los cocheros de la córte recibieran la órden de arrimar á la puerta. La sombra que hacia la pared del teatro ocultaba aquel rostro desconocido á la servidumbre del duque de Berry, y la inmovilidad de su actitud quitaba toda sospecha á los centinelas.

VIII.

Entretanto el príncipe y la princesa, separados por una pared del hombre que contaba los minutos de su vida, se hallaban en su palco disfrutando sin ningun presentimiento del espectáculo de la escena y de las dulces conversaciones que amenizaban los entreactos. Aquella noche asistian el duque y la duquesa de Orleans con sus hijos en un palco inmediato á los bailes y á los dramas de la Opera. Las dos familias, que se amaban á causa del parentesco y de la patria comun de las dos duquesas, se saludaron con amistosa ronrisa al conocerse, y durante un intérvalo, entre los bailes y la música, pasaron el duque de Berry y su esposa á hacer una visita en su palco á sus primos. El duque abraza á los niños y juega con el duque de Chartres destinado tambien á una muerte trágica en la flor de sus años. Al atravesar el corredor para volver á su palco, recibió la duquesa en el vientre un fuerte golpe á causa de abrirse repentinamente la puerta de un palco en el momento en que ella pasaba. Hacia algunas semanas que sospechaba hallarse en cinta, y temiendo que el golpe, la fatiga y la emocion comprometiesen el fruto todavía ignorado que llevaba en su seno, manifestó á su marido el deseo de retirarse antes de que concluyera el drama y antes del baile de máscaras que debia seguir al espectáculo. El duque se levantó para acompañarla hasta su carruage y volverse á su palco, deseoso de disfrutar por mas tiempo de los placeres de la noche.

A la voz de los escuderos del príncipe, el coche de la duquesa se aproxima á la puerta. La jóven princesa, sostenida de un lado por la mano de su marido y del otro por la de su escudero, el conde de Mesnard, entra en la carroza y detrás de ella sube su dama de honor la condesa de Bethisy. «Adios, esclama sonriéndole su marido, pronto nos veremos.» Los lacayos levantan el estribo, y el príncipe se vuelve para entrar en el vestíbulo: pero en aquel momento, Louvel, que se habia aproximado como un curioso inofensivo, ó como un criado que esperaba á su amo, se lanza con toda la fuerza de su resolucion en-

tre el centinela que presentaba el arma y el lacayo que cerraba la portezuela, y agarrando con la mano izquierda el hombro derecho del duque de Berry, como para sujetar á la víctima, le hiere con la mano derecha en el costado derecho, dejándole clavado el puñal. La prontitud del movimiento, la confusion del grupo, y las tinieblas mal alumbradas por las antorchas, impiden por el momento á los condes de Choiseul y de Mesnard, distinguir bien el acto de la agresion y el movimiento del desconocido, el cual huyó sin ser perseguido hácia la calle de Richelieu, y despues de haber vuelto la esquina, se puso á andar pausadamente con indiferencia hácia el *boulevard*.

IX.

El duque de Berry, herido por una mano invisible y arrojado por la fuerza del golpe sobre el conde de Mesnard, no habia sentido, como sucede siempre, mas que el choque y no el hierro; al levantarse se lleva la mano al sitio donde habia sido herido, y tropieza con el mango de un puñal. Una sospecha horrible le ilumina: «Estoy asesinado, estoy muerto! esclama: tengo clavado un puñal, ese hombre me ha asesinado.» A este grito, la duquesa de Berry, cuyo carruage no habia tenido aun tiempo de echar á andar, responde con un grito agudo: «Abridme, abridme,» dijo al lacayo que tenia todavía las manos sobre la portezuela, y sin esperar que bajaran el estribo, se lanza fuera del coche y ciñe con sus brazos á su marido que acaba de arrancar el puñal y llena sus vestidos de sangre. El príncipe se habia desmayado; lo sientan en una banqueta del vestíbulo donde los criados esperan á sus amos; le desabrochan la ropa y la sangre que corre marca el sitio de la herida en el costado derecho. «¡Estoy muerto! repitió al recobrar sus sentidos. ¡Un

confesor! Ven, esposa mia, quiero espirar en tus brazos!»

Durante esta pausa momentánea en el vestíbulo, el centinela, los lacayos y tres gendarmes, llenos de horror corrian en persecucion del asesino. Este habia ya pasado la fachada de entrada del teatro de la Opera que da á la calle de Richelieu, y se deslizaba en la sombra de un arco que desemboca en aquella calle bajo las anchas bóvedas de la Biblioteca, cuando un mozo de café, llamado Paulnier, le agarra, lucha con él, y socorrido por el centinela y los gendarmes, lo lleva al sitio de la catástrofe. Indudablemente hubiera sucumbido al furor de los grupos que le arrastraban cogido del cuello, si los oficiales del príncipe, temiendo que se anonadara con el criminal el secreto ó el complot del crímen, no le hubieran defendido y hecho conducir al cuerpo de guardia del coliseo. Mr. de Clermont-Lodéve le siguió allí para recoger sus primeras palabras; halláronle el segundo puñal y la vaina del que habia dejado clavado en el cuerpo del príncipe. Mr. de Clermont llevó estos instrumentos y estos testimonios del crímen al vestíbulo.

X.

Ya no estaba allí el duque de Berry; conducido á brazo por sus criados á una salita situada detrás de su palco, y rodeado de médicos que sondeaban su herida, habia recobrado sus sentidos. «¡Ay! dijo al saber la prision del criminal y su nombre, qué cruel es para mí morir herido por la mano de un francés!» Una luz de esperanza consuela por un momento á la princesa y á los médicos; pero como él no participaba de ella, no quiso engañar á su esposa con una idea que la haria morir dos veces de dolor. «No, dijo con firme y fria incredulidad, no me

hago ilusiones: el puñal ha entrado hasta el puño, puedo asegurarlo....» Su vista se oscurecia con la pérdida de sus fuerzas y de su sangre. Estirando el brazo y buscando á tientas y en el vacío á su muger, esclamaba: «Carolina, ¿estás aqui?—Si, respondió tiernamente la princesa, y no me separaré de tu lado.» El médico de su casa, compañero de destierro, en cuanto supo el atentado, corrió al lado del moribundo, y lo primero que hizo fué esprimir la herida para hacer correr de ella la sangre que se estancaba. «¿Qué haces, Bougon? le dijo con viva solicitud el herido, ¿estaba envenenado el puñal?»

XI.

Su primera palabra habia sido para pedir, no un médico, sino un confesor. Herido en medio del delirio de la juventud y del placer, no habia sufrido su alma ninguna transicion entre los pensamientos del tiempo y los de la eternidad. En un segundo habia pasado del espectáculo de una fiesta á la contemplacion de su fin, como esos hombres á quienes la fria inmersion en una vasija de agua, arranca súbitamente de los abrasados delirios de la embriaguez. En aquella reanimacion instantánea y sin debilidad de sus pensamientos, habia mostrado el valor deliberado de un soldado, y en seguida la fé de un cristiano y la impaciencia de un hombre que teme, no morir, sino morir antes de haber confesado sus culpas y recibido las prendas de la segunda vida. Su educacion, formada en el seno de una familia que no estaba menos incorporada á la iglesia que al trono, reaparecia en el fondo de su alma, á medida que se retiraba de ella el calor de la vida con su sangre. A cada momento preguntaba si habia llegado el sacerdote que habia pedido.

XII.

Al fin llegó. Era el obispo de Chartres, su confesor, á quien el conde de Clermont-Lodéve habia ido á buscar á las Tullerías. El obispo y el moribundo estuvieron hablando algunos momentos en voz baja. Esta conversacion calmó al parecer la agitacion del príncipe, pues recobró toda su presencia de ánimo y todas sus tiernas efusiones de corazon hácia su hermano, el duque de Angulema, hácia la duquesa su cuñada y su padre el conde de Artois, que habian acudido sucesivamente en el desórden propio de quien despierta sobresaltado, segun la hora en que habian recibido la noticia, y segun la velocidad de sus caballos. El duque de Borbon, su compañero de guerra en el ejército de su padre, el duque de Orleans, su esposa y su hermana, que se habian presentado desde el primer rumor del crimen en la sala á donde habia sido llevado el herido, rodeaban desde lejos su lecho de muerte, levantado en el mismo edificio que parecia solo destinado al placer y á la fiesta. Por temor al tumulto que causaria innumerables desgracias, acumulando la muchedumbre aterrada á las puertas, no se habia querido advertir al público, ni interrumpir el espectáculo y los bailes de noche; de suerte que la agonía y la embriaguez, los cantos y los sollozos, el ruido armonioso y el gemido del dolor, el sacerdote y la máscara, Dios y la orgía, no estaban separados sino por algunos tabiques de tablas, se hacian eco sin saberlo, y aumentaban con su horrible contraste el pavor y el luto de aquel lecho de muerte.

XIII.

Los duques de Angulema y de Berry se amaban, no solamente como dos hermanos, sino como dos huérfanos

y dos desterrados, compañeros inseparables de las mismas fortunas. Abrazáronse tiernamente entre sollozos y confundiendo las lágrimas y sangre en sus vestidos y en sus manos.

Despues de haber tenido el consuelo de ver á su cabecera todos aquellos rastros y todas aquellas ternuras de familia y de amistad, pidió el duque de Berry que le llevasen, para bendecirla, á la hija que le habia dado su esposa el año anterior. Lleváronsela dormida, y estendiendo entonces los brazos y queriendo bendecirla con su mano trémula, la dijo: «¡Pobre niña, plegue á Dios que seas menos desgraciada que todos los de tu familia!»

Los médicos y cirujanos mas acreditados habian sido llamados y estaban en consulta en un rincon de la estancia. Dupuytren, su gefe, resolvió ensayar el último medio de salvacion abriendo y dilatando la herida para hacer salir la sangre esparcida interiormente y dejar mas desembarazada la respiracion. Durante esta operacion dolorosa é inútil, la duquesa de Berry estrechaba contra sus labios la mano fria de su marido que seguia apretando la suya. «Ahorradme este dolor, decia, puesto que voy á morir.» En seguida pasó sus dedos sobre la cabeza de su muger, como si hubiera esperimentado la última ternura al acariciar sus hermosos cabellos. «Carolina, la dijo, cuídate mucho, siquiera por el hijo que llevas en tu seno.» Esta fué la primera revelacion del nacimiento de su hijo que burlaba al crímen pero no á la desgracia de su raza. Recomendó muy eficazmente á sus afligidos criados que cuidasen á su padre el conde de Artois. Queria ver á su asesino para preguntarle la causa de su odio, reconvenirle por su injusticia y perdonarle su muerte. «¿Quién es ese hombre? murmuraba, ¿qué le hecho yo? ¿Será acaso alguno á quien he ofendido sin querer?» El conde de Artois le aseguró que el asesino no abrigaba ninguna animosidad personal contra él. «¿Luego es un loco?» dijo el duque. «¡Ay! ¡qué no viviera yo lo bastante

para que llegase el rey y me otorgase el perdon de ese hombre! Prometedme, padre mio, prometedme todos que pedireis al rey la vida de ese hombre!»

Prometiéronselo asi para calmar el ardor de generosidad y de perdon que le consumia. Su bondad natural se revelaba á costa de su propia sangre.

Despues de algunas señas que nadie comprendió y de haber hablado en secreto con la duquesa algunas palabras, le llevaron á la cabecera de la cama á las dos hijas que habia tenido en Lóndres de su union clandestina con la fiel compañera de su destierro, y á las cuales educaba paternalmente en París. Las dos pobres niñas, despertadas de su tranquilo sueño para abrazar en medio de una córte desolada al que en otro tiempo habian mirado ellas solas como á su padre, fueron introducidas en la sala, azoradas y trémulas, y al aproximarse á la cama se arrodillaron y cubrieron sus rostros con las ensangrentadas sábanas del príncipe. Les habló dulcemente en inglés y les encargó que se acordaran de él y compadecieran á su madre. En seguida hizo que se levantaran, las abrazó llorando, y entregándolas con confianza á la duquesa su esposa, la dijo en tono confidencial: «Te conozco bastante, Carolina, para que vacile en suplicarte que cuides de estas huérfanas despues de mi muerte.» Las niñas se echaron en los brazos abiertos de su segunda madre. La duquesa, con ese instinto que es el genio del corazon, quiso, por decirlo asi, adoptarlas delante de su marido con un solo gesto y una sola palabra. Mandó aproximarse á la cama á la duquesa de Gontant, que llevaba en sus brazos á su propia hija, y cogiendo de la mano á las hijas de la estrangera, les dijo: «Abrazad á vuestra hermana.»

XIV.

A media noche se confesó el príncipe con el obispo de Chartres y pareció consolado por las preces y las bendiciones de la religion. Pidió perdon en voz alta por las debilidades de su alma y arrebatos de su vida. «Dios mio, esclamó muchas veces, perdonadme y perdonad tambien como á mi mismo al que me ha quitado la vida.»

El duque de Angulema, príncipe piadoso desde la juventud, y que tenia para con su hermano la santa autoridad de una vida siempre ejemplar, oraba de rodillas al pie de la cama. «Hermano mio, le dijo tímidamente el herido, ¿creeis que Dios me perdone?—¡Oh! hermano mio, respondió con celeste certidumbre en la mirada, en la voz y en el gesto, el duque de Angulema, ¿qué mas prenda de su misericordia quereis si os hace un mártir?»

La noche avanzaba, iba abreviándose su vida; pero su alma velaba presente á su muerte y atenta á todas sus afecciones. El anciano conde de Nantouillet, su primer guia en los campamentos y su fiel compañero en el destierro, acudió á recibir tambien el último adios de su discípulo. «Ven, mi buen amigo, le dijo el duque abriendo los brazos, quiero abrazarte por última vez.» Habiéndosele dicho que los mariscales de Francia habian ido para demostrarle su interés y su pena, contestó: «¡Ay! yo esperaba derramar mas útilmente mi sangre en medio de ellos por la Francia!»

XV.

El rey, á quien sus prudentes ministros habian retenido toda la noche en las Tullerías temiendo sin duda

las consecuencias que pudiera causarle la emocion de aquel triste espectáculo ó alguna nueva emboscada fuera del palacio, llegó al fin al rayar el dia. El ruido de los pasos de los caballos del acompañamiento sobre el empedrado de la calle hizo estremecer de alegria al moribundo: «Tio mio, esclamó desde que vió al rey, dadme vuestra mano, quiero besarla por la última vez.» Luis XVIII le tendió la mano y cogió la suya. «Querido tio, añadió el príncipe con ansiedad, os pido en nombre de mi muerte el perdon de la vida de ese hombre!.... —Amado sobrino, le respondió el rey, no estás tan malo como piensas; ya hablaremos de eso!—¡Ay! no pronunciais el *sí*, replicó el duque con doloroso acento. ¡Oh! pronunciadlo, pronunciadlo, á fin de que muera tranquilo. Perdonad la vida á ese hombre!» Y como el rey callase ó dirigiera el pensamiento del moribundo hácia otros objetos, murmuró el duque con espresion de amargura. «Y sin embargo el perdon de la vida de ese hombre habria dulcificado mis últimos momentos!... Si á lo menos, insistió, llevase el consuelo de que la sangre de ese hombre no correrá por mi luego que yo muera!...»

Pocos momentos despues espiró articulando en su delirio la desatendida súplica de su corazon. Murió perdonando: alma grande oscurecida en la vida, radiante de gloria á la muerte, héroe de clemencia, hizo desde luego lo que hay de mas difícil y meritorio para el hombre: morir bien!

Los sollozos hasta entonces reprimidos estallan con su último suspiro. Su esposa delirante se corta los cabellos sobre su cadáver, y maldiciendo á la tierra donde asesinaban á su marido, pide al rey que la deje retirarse para siempre á Sicilia. El rey se arrodilló al lado de la cama y cerró con sus propias manos los labios y los párpados de la última esperanza viva de su raza.

XIV.

A media noche se confesó el príncipe con el obispo de Chartres y pareció consolado por las preces y las bendiciones de la religion. Pidió perdon en voz alta por las debilidades de su alma y arrebatos de su vida. «Dios mio, esclamó muchas veces, perdonadme y perdonad tambien como á mi mismo al que me ha quitado la vida.»

El duque de Angulema, príncipe piadoso desde la juventud, y que tenia para con su hermano la santa autoridad de una vida siempre ejemplar, oraba de rodillas al pie de la cama. «Hermano mio, le dijo tímidamente el herido, ¿creeis que Dios me perdone?—¡Oh! hermano mio, respondió con celeste certidumbre en la mirada, en la voz y en el gesto, el duque de Angulema, ¿qué mas prenda de su misericordia quereis si os hace un mártir?»

La noche avanzaba, iba abreviándose su vida; pero su alma velaba presente á su muerte y atenta á todas sus afecciones. El anciano conde de Nantouillet, su primer guia en los campamentos y su fiel compañero en el destierro, acudió á recibir tambien el último adios de su discípulo. «Ven, mi buen amigo, le dijo el duque abriendo los brazos, quiero abrazarte por última vez.» Habiéndosele dicho que los mariscales de Francia habian ido para demostrarle su interés y su pena, contestó: «¡Ay! yo esperaba derramar mas útilmente mi sangre en medio de ellos por la Francia!»

XV.

El rey, á quien sus prudentes ministros habian retenido toda la noche en las Tullerías temiendo sin duda

las consecuencias que pudiera causarle la emocion de aquel triste espectáculo ó alguna nueva emboscada fuera del palacio, llegó al fin al rayar el dia. El ruido de los pasos de los caballos del acompañamiento sobre el empedrado de la calle hizo estremecer de alegria al moribundo: «Tio mio, esclamó desde que vió al rey, dadme vuestra mano, quiero besarla por la última vez.» Luis XVIII le tendió la mano y cogió la suya. «Querido tio, añadió el príncipe con ansiedad, os pido en nombre de mi muerte el perdon de la vida de ese hombre!.... —Amado sobrino, le respondió el rey, no estás tan malo como piensas; ya hablaremos de eso!—¡Ay! no pronunciais el *sí*, replicó el duque con doloroso acento. ¡Oh! pronunciadlo, pronunciadlo, á fin de que muera tranquilo. Perdonad la vida á ese hombre!» Y como el rey callase ó dirigiera el pensamiento del moribundo hácia otros objetos, murmuró el duque con espresion de amargura. «Y sin embargo el perdon de la vida de ese hombre habria dulcificado mis últimos momentos!... Si á lo menos, insistió, llevase el consuelo de que la sangre de ese hombre no correrá por mi luego que yo muera!...»

Pocos momentos despues espiró articulando en su delirio la desatendida súplica de su corazon. Murió perdonando: alma grande oscurecida en la vida, radiante de gloria á la muerte, héroe de clemencia, hizo desde luego lo que hay de mas difícil y meritorio para el hombre: morir bien!

Los sollozos hasta entonces reprimidos estallan con su último suspiro. Su esposa delirante se corta los cabellos sobre su cadáver, y maldiciendo á la tierra donde asesinaban á su marido, pide al rey que la deje retirarse para siempre á Sicilia. El rey se arrodilló al lado de la cama y cerró con sus propias manos los labios y los párpados de la última esperanza viva de su raza.

XVI.

La noticia de su muerte cundió al amanecer por París y desde allí por toda la Francia, donde no solo sembró la emocion de un horror público, sino tambien la consternacion de un presagio. Los golpes que descarga un crímen, y sobre todo crímen político, resuenan mil veces con mas fuerza que los que dá la naturaleza, por que en esos casos el espanto se une á la compasion. El atentado de Louvel estalló como un atentado colectivo, que revelaba alguna inmensa é implacable conjuracion que germinaba bajo los pasos de todos, amenazando el corazon de cada uno y sedienta de la sangre del último de los Borbones. La imaginacion del pueblo, agitada por el terror de la noche, se prestaba á las suposiciones mas odiosas. Se presentia nuevos crímenes en el aire que se respiraba, y se daba al asesino el nombre de un partido. Los realistas, en el primer vértigo de su dolor, no veian mas que emboscadas, lazos y traiciones en torno de la familia real. Llegábanse unos á otros, preguntándose si no bastaria al fin aquel rayo siniestro para abrir los ojos del rey y presentarle el abismo á donde empujaban los ministros á su dinastía, y si en medio de las lágrimas derramadas sobre el cadáver de aquel príncipe, en quien fundaban sus esperanzas, seria preciso acusar ó dar gracias á la Providencia que con la sangre de una víctima querida salvaba tal vez á la monarquía. Los liberales, mas abatidos y consternados, porque el crímen recaia con todo su horror sobre ellos, protestaban con sinceridad su execracion contra un asesino que acababa de manchar su causa y hacer sospechosa la misma libertad. Conocian que la opinion pública sublevada iba á alejarse de ellos por horror al crímen de un malvado que

le achacarian como un cómplice, que espiarian por largo tiempo y cruelmente una sangre de que estaban inocentes, y que el ministro con quien contaban para templar á sus enemigos y tenderles la mano desde en medio del gobierno, arrancado al rey por las súplicas de su familia, seria inevitablemente sacrificado á la cólera del tiempo.

Sordos rumores corrian ya contra la impericia de la policía que no habia sabido defender la vida del príncipe, esperanza del trono, contra la mano de un hombre aislado, que habia estado espiando á su víctima tres horas en medio de la calle, y aun suposiciones mas repugnantes y perversas insinuaban que el ministro favorito habia dejado al partido de sus enemigos en libertad de obrar con la esperanza de pasar la corona á la cabeza de un colateral. Por todas partes no se veia mas que cómplices, aun entre aquellos que eran los primeros á quienes el crímen dañaba en su favor, en su poder ó en su ambicion. Los que no creian en estas iniquidades, afectaban sin embargo creerlas para acriminar el sistema acriminando al hombre. Entre los realistas astutos ó espantados corria de boca en boca el nombre de Mr. Decazes. El favorito era la víctima reclamada por ellos en espiacion de otra víctima.

Una circunstancia fortuita, que probaba en Mr. Decazes la turbacion de espíritu, el celo de corazon y el desprecio á las sospechas en un momento en que su deber le aconsejaba olvidarse de sí mismo, habia dado algun cuerpo aparente á aquella sombra odiosa de complicidad dirigida por la credulidad ó la perfidia sobre su inocencia.

Pocos instantes despues de la prision de Louvel, y cuando todavía respiraba el duque de Berry, acudieron al teatro de la Opera, apenas tuvieron noticia del atentado, Mr. Decazes, el prefecto de policía Mr. Angles, el procurador general y los dos ministros Pasquier y Si-

meon. Entraron en la sala baja donde custodiaban al asesino para hacerle el primer interrogatorio. Los médicos aun no habian declarado mortal la herida. Todos luchaban entre el temor y la esperanza. Al ver Mr. Decazes al criminal tuvo una inspiracion repentina. Creyó que por un refinamiento de maldad el hierro con que el asesino habia herido al príncipe estaba tal vez envenenado, que el conocimiento de este hecho y de la naturaleza del veneno podria salvar á la víctima, y que acaso el asesino con la esperanza de libertarse de la muerte, consentiria en hacer esta revelacion confidencial á los que disponian de su vida. Animado por esta esperanza, Mr. Decazes se acerca al asesino y hablándole al oido le dice en voz baja: «Miserable, una confesion te queda que hacer tal vez para salvar al que acabas de herir y atenuar tu atentado delante de Dios. Dí, dí con franqueza y á mí solo: ¿el puñal está envenenado?—No lo está,» respondió francamente y con el acento de la verdad el asesino. Mr. Decazes respiró y creyó por un momento que se habia salvado el príncipe. Inmediatamente lo participó á los médicos é interrogó en voz alta á Louvel. De este modo se supo tambien su nombre, su oficio de guarnicionero en casa de el del rey, su domicilio en la calle de *Petites-Ecuries*, sus motivos de odio político contra la familia real, su crímen aislado y sin otra complicidad que el fanatismo de las ideas que habia respirado en las murmuraciones públicas de todos los descontentos. Empero aquel celo, aquella solicitud de Mr. Decazes y aquellas pocas palabras pronunciadas en voz baja al oido del criminal para arrancarle su secreto antes de preguntarle oficialmente, interpretadas por la perfidia y por la malignidad de algunos concurrentes en recomendaciones de silencio de un ministro á un cómplice corrian ya de boca en boca en las conversaciones privadas de los cortesanos interesados en la pérdida del favorito, y servian de testo y de indicio á las mas infames calumnias.

XVII.

El rey, herido á la vez en su sobrino, en el corazon de su casa, en el porvenir de su familia, en su sistema político y en el cariño que profesaba á su ministro, se habia vuelto á las Tullerías, inundado de lágrimas y consternado de presentimientos. Habíale seguido Mr. Decazes para acordar con él las medidas de luto, de seguridad pública y de actitud delante de las Cámaras que reclamaban las circunstancias. Habia ofrecido con abnegacion su renuncia al rey, presintiendo que la desesperacion de los realistas, el dolor del conde de Artois, la consternacion de la familia real, las rivalidades de palacio, las interpelaciones de tribuna y la tristeza y la cólera pública iban á acumular contra él, sobre el cuerpo del duque de Berry, tantas acusaciones y sospechas, que era imposible resistiesen á ellas su favor y su fortuna.

«¡Ay! decia el rey á su amigo, no me hago ilusiones, el partido de los realistas exagerados que me asedia y me aborrece tanto como á tí mismo, va á esplotar mi dolor y acusarme de insensibilidad y obstinacion si te conservo á mi lado. No importa, la política y la amistad me prohiben entregarles la Francia, que perderian en pocos dias. No debo á mi dolor personal el sacrificio de mi pais, resistiré y no nos separaremos.» Mr. Decazes preparó las medidas que debia presentar dentro de breves horas á las Cámaras, esto es: la suspension de la libertad individual y de la de imprenta, dos leyes de peligro público y de dictadura temporal, y la formacion de la Cámara de los pares en tribunal de estado para deferirle el juicio del criminal y de sus cómplices.

XVIII.

Por su parte los realistas, exaltados por el dolor y el odio se disponian á derribar, á favor de la opinion pública, el obstáculo opuesto á su dominacion por el ministro, á intimar al rey en nombre del cadáver de su sobrino y de las lágrimas de su hermano y á herir el corazon del monarca hiriendo el de su favorito. Acaso no ha habido jamás enemistad política que se haya presentado con menos decoro á insultar el luto de una tragedia lúgubre y repentina, ni que mas se haya apresurado á utilizar en provecho de su partido el humo de una sangre que todavía estaba corriendo. La Cámara de los diputados, convocada al amanecer, reconcentraba en un silencio amenazador la tristeza, el luto, la alegría feroz y el crímen de los partidos impacientes de achacarse otro mayor. Un pueblo inmenso obstruia las puertas y las avenidas en esa inmovilidad muda, pero febril, que caracteriza la emocion vaga de las turbas combatidas entre dos sentimientos: el horror á un crímen execrado de todos y la inquietud sobre su destino.

Despues de un largo rato de espectativa que se empleó en conversaciones á media voz y en las noticias que se recibian de fuera, entraron en la sala el presidente y los secretarios, llevando en su rostro y en su trage el luto del acontecimiento de aquella noche. Apenas se habian sentado, cuando un diputado de la estrema derecha, Mr. Clausel de Coussergues, pidió la palabra.

Era uno de esos hombres que suele haber siempre en las asambleas conmovidas, hombres á quienes el odio hace crédulos y la irreflexion crueles, que condensan en sus personas, como nubes vacías, la electricidad de la atmósfera y se apresuran por emulacion de celo á prestar una voz responsable á los rumores vagos y anónimos del espíritu de partido. Algunos hombres exagerados de la derecha se regocijaron malignamente al verle subir á la tribuna; los centros se afligieron, los ministros gimieron y la izquierda y el partido liberal se irritaron de antemano, seguros de tener que sufrir una injuria ó rechazar una calumnia. «Señores, dijo con la espresion de un orador que quiere dar espansion á su alma, no existe ley que arregle la manera de acusar á los ministros; pero es de la índole de esta clase de proposiciones que se hagan en sesion pública y á la faz de la Francia. Propongo á la Cámara que se formule la acusacion contra Mr. Decazes, ministro del Interior, como cómplice del asesinato.»

A estas palabras, la indignacion de los centros y de la izquierda cubre la voz de Clausel de Coussergues. El esceso y la iniquidad del acto sublevan á los menos moderados. Baja de la tribuna despues de haber pedido obstinadamente que le dejaran desenvolver su acusacion. Mr. de Villele le reprende en voz baja, y se vuelve á los bancos de sus amigos. Mas comedido Mr. de La Bourdonnaie se limita á pedir que la Cámara vote un mensage al rey ofreciéndole su cooperacion enérgica á todas las medidas represivas de las doctrinas perversas que minan á la vez todos los tronos. El general Foy consiente á nombre del partido liberal en un mensage de pésame dedicado todo al dolor, y que no deje á los disentimientos de los partidos alterar la unanimidad de las lágrimas públicas. «Si tal acontecimiento, dice con tanta conviccion como oportunidad, es deplorable para todos, es mucho mas para los amigos de la libertad, pues no pueden dudar un momento que sus adversarios se prevaldrán de ese crímen execrable para intentar arrancar al pais las libertades que el rey le ha dado y quiere conservar.» Esta lealtad y moderacion del general Foy reconcilia los corazones. Se nombra la comision que ha de redactar el

mensage, y se levanta la sesion con el mayor silencio, retirándose el pueblo triste y consternado.

Al dia siguiente renueva Mr. Clausel de Coussergues su proposicion, si bien modificándola, pues habia suprimido la palabra de complicidad en el asesinato, que culpa al hombre, sustituyéndola con la de traicion, que culpa el sistema. Mr. Courvoisier pide que conste en el acta de la sesion anterior el disgusto é indignacion con que habia escuchado la asamblea la proposicion de monsieur Clausel de Coussergues; Mr. Benoit, administrador que habia sido durante el imperio y unido frenéticamente á los realistas desde la vuelta de los Borbones, combate la proposicion de Mr. Courvoisier y dice que un diputado tiene derecho para hacer cargos á un ministro; pero Mr. Clausel de Coussergues habia supuesto un crímen en Mr. Decazes. Mr. de Saint-Aulaire, suegro del ministro ultrajado, sube indignado á la tribuna para vengar á su yerno. Su situacion es mas elocuente que su palabra. La altivez y la energía de su actitud le realzan á los ojos de la naturaleza y de la verdad. «Puesto que Mr. Clausel de Coussergues se obstina en reproducir su proposicion, puesto que persiste en esa acusacion, monumento de su demencia, me veo obligado á hablar, pero no le responderé mas que con una sola palabra, me contentaré con decirle: Sois un calumniador.»

La acusacion, caracterizada por esta sola palabra, obtuvo ya desde entonces la reprobacion de los hombres juiciosos. Abrumado Mr. Decazes bajo el peso de la responsabilidad, bajo la aclamacion de los resentimientos que se levantaban contra él desde el catafalco del príncipe, bajo su dolor personal y las lágrimas del rey, tuvo sin embargo la suficiente firmeza para presentarse á sus enemigos, proteger de este modo á su soberano y desafiar con su desprecio los ultrages del odio; pero el esfuerzo que hacia sobre sí mismo se revelaba en la palidez de sus facciones y en el abatimiento de su voz. Pocos hombres tuvieron jamás que arrostrar en su vida pública una situacion mas terrible y embarazosa. Era en apariencia el ministro; pero en realidad era ya la víctima que subia á la columna rostrada para regocijar desde lo mas alto las miradas feroces de sus enemigos triunfantes. Limitóse á leer el proyecto de la ley electoral que quitaba la influencia del pais y devolvia, como despojo opimo depositado sobre un sepulcro, el ascendiente y el poder á los realistas exaltados; ellos aceptaban el despojo; pero rompian ya en esperanza las manos que se le ofrecian. El ministro, como en espiacion de la sangre vertida por un fanático y en rescate del ministerio, ofrecia dos leyes severas, suspendiendo la una la libertad de los periódicos, y la otra la libertad de las personas. ¡Prendas perdidas! ¡Concesiones inútiles! El palacio, la córte, la Cámara de los pares, la de los diputados, los salones, la calle, los periódicos resonaban con las mas crueles invectivas contra el cómplice moral del asesinato. *Los pies se le han deslizado en la sangre*, escribió monsieur de Chateaubriand en *El Conservador*, formando asi de la muerte una imágen al servicio del odio, y de esta imágen una calumnia contra un adversario político abatido y humillado en su desgracia. Todos reconocian en el grande escritor al hombre en quien las pasiones políticas habian sofocado la magnanimidad del genio. Toda arma era buena para él, asi como para sus amigos, con tal que hiriese á su víctima. Estas insinuaciones y estas invectivas subian de hora en hora contra Mr. Decazes. No se puede dudar que si hubiera sido entonces mas apegado á su ambicion que á su soberano, hubiera hallado un asilo contra aquel desencadenamiento, como Necker en 1789 en el partido revolucionario y bonapartista hostil á los Borbones, porque ese partido medio derribado por la repercusion del puñal de Louvel, podria ofrecer al jóven ministro alianzas, popularidades y deferencias que hubieran hecho de él un gefe de faccion peligroso si

hubiera querido aceptarlas. El corazon del rey estaba en su mano; todavía dependia de él en aquel momento obligar al príncipe á romper todo pacto de debilidad con su familia y arrastrarle con otro 5 *de setiembre* hasta una distancia de su hermano de donde no pudiera volverse á los realistas. Alejar al conde de Artois de su pequeña córte agitadora en París, desenmascarar las intrigas que se tramaban entre sus amigos, declararle incapaz de reinar por obstinacion ó querer reinar anticipadamente y por medio de una faccion, en vez de querer reinar por la Francia; declarar la corona restituida al duque de Angulema, ó en caso de negativa al de Orleans despues del rey; cambiar la ley electoral y llamar al pueblo á los comicios, tales eran las medidas que los amigos del conde de Artois, los calumniadores de la imprenta y los conspiradores tenebrosos de las antecámaras del hermano del rey suponian que Mr. Decazes aconsejaba y premeditaba. Una intriga oscura, mal descubierta, pocos meses antes y que se habia llamado la *conspiracion del terrado de la orilla del agua* habia medio revelado que sus autores tenian la intencion de destronar á Luis XVIII en provecho de su hermano, lo cual podia motivar represalias en sentido contrario. Estas represalias hubieran ido mas lejos y mas alto que los culpables, porque el conde de Artois, príncipe leal y religioso, no tramaba nada siniestro contra su hermano, y no tenia mas culpa que dejarse rodear de una córte intrigante, ávida y ambiciosa; pero esta córte, compuesta de algunos obispos de la iglesia esclusiva, implacables con la libertad de las conciencias, grandes señores del antiguo régimen, irreconciliables con la igualdad revolucionaria, y de algunos hombres audaces y bulliciosos que agitaban aquellas envejecidas pasiones para fundar su importancia sobre tenebrosos servicios, era bastante odiosa al pais para que el peligro ó el odio pareciera legitimar el rayo caido sobre ellos desde las manos del rey y de su ministro. Para ser justos

con el mismo favorito caido, es preciso reconocer que tuvo la suficiente abnegacion y grandeza de alma para no apelar en su caida á tan culpables espedientes de reinado ni arrastrar al rey ni á la monarquía consigo en el derrumbamiento de su fortuna.

XIX.

Mr. de Vitrolles, el primero á quien el conde de Artois admitió en su intimidad, pasados los primeros momentos que le permitieron consagrarse al dolor y á las lágrimas, intimó á aquel desgraciado padre que convenia á su desesperacion y á su dignidad dejar al punto el palacio de las Tullerías para dar lugar á que estallase una escision mas irreconciliable con el favorito, y retirarse con su córte al palacio del Eliseo. Hizo ademas presente al príncipe, que como la incertidumbre del sexo de la criatura que la viuda del duque de Berry llevaba en su seno, dejaba la corona sin heredero seguro despues de él y del duque de Angulema, convenia á su política que violentando un poco su dolor, volviera á contraer matrimonio, y aun dicen que le propuso por esposa á la viuda del rey de Etruria, hija del rey de España Cárlos IV, cuyo hijo Borbon de la rama española, adoptaria, haciendo que pasase á él la corona, y separando por medio de un golpe de estado la rama sospechosa y odiada de Orleans.

El príncipe respondió solamente con el silencio á las insinuaciones intempestivas de Mr. de Vitrolles, apoyadas al dia siguiente en los periódicos por las provocaciones patéticas de Mr. de Chateaubriand y de los demas escritores de aquel partido. Por todas partes se procuraba encender la indignacion del conde de Artois, de la duquesa de Angulema y de su marido contra la lentitud del rey en purgar á su consejo y á su córte del hombre del

escándalo, y á instigacion de Mr. de Vitrolles, resolvieron hacer la última tentativa para doblegar al monarca. Para esto contaban con la autoridad de su sangre y con la de su dolor, tenian ademas en el corazon de Luis XVIII una inteligencia secreta que comenzaba á arraigarse y que el mismo Mr. Decazes ignoraba.

Los misterios de la política se cobijan frecuentemenmente en la sombra de los palacios y en los sentimientos mas íntimos del corazon de los reyes. La mano de una muger invisible hace mover algunas veces, sin saberlo el mundo, los resortes de donde sobreviene la pérdida ó la salvacion de los imperios. Vamos á descubrir por primera vez esa mano que todavia se ocultaba y que dirigió por tanto tiempo y tan abiertamente despues el ánimo del rey.

XX.

Habia en Paris una muger jóven, hermosa, elocuente por naturaleza, tan á propósito para seducir el alma como los ojos de un príncipe que amaba á las mugeres sin profanarlas y que en todos tiempos habia buscado en su trato las delicias de la vista y de la amistad mas bien que las voluptuosidades del amor. Por otra parte, la edad y los achaques habian perfeccionado en Luis XVIII esta disposicion de la naturaleza. Necesitaba reposo, intimidad, pero no pasion; podia tener una amiga, no una favorita. Su predileccion no esponia al objeto de sus preferencias ni al escándalo, ni á las sospechas.

Llamábase esta muger la condesa de Cayla, hija de Mr. Talon, nombre antiguo en la magistratura. Su padre, hombre de grande intriga durante las luchas de la córte y de la revolucion de 1789 á 1792 habia estado unido con Mirabeau, con el conde de Lamarck y con los gefes mismos de la demagogia. Atento á su ambicion y á su fortuna, habia representado entre los partidos uno de esos papeles ambiguos y de doble carácter que hacen necesarios, aunque no se les ame, á los que los aceptan. Aspiraba al ministerio por todos los caminos, sirviendo ó derrotando á los gefes de los partidos mas opuestos segun que esos hombres le inspiraban confianza ó recelo de lograr el objeto de su ambicion. Habíase asociado tambien á la intriga del conde de Provenza, á la sazon Luis XVIII, en 1791. Dícese que pocos momentos antes de ser ajusticiado el infortunado Favras por crímen de alta traicion y por el de sobornar gente en favor del conde de Provenza, confió en depósito á Mr. Talon, aunque sin revelar nada de sus relaciones verdaderas ó supuestas con el hermano de Luis XVI, un legajo de papeles que acusaban al conde de Provenza, y que, conservados por Mr. Talon, eran una amenaza ó una esperanza siempre suspendida sobre el honor del rey. Emigrado Mr. Talon, continuó intrigando en Lóndres, despues volvió á Francia durante el imperio, pero desterrado lejos de Paris cono intrigante y peligroso bajo toda clase de gobierno, habia muerto en el destierro antes de la restauracion, dejando á su hija el depósito precioso de los papeles de Favras, prenda futura de agradecimiento y de favor en la eventualidad de restablecerse la monarquía. Tal era el rumor público, que no ha sido desmentido ni confirmado, pero al cual los acontecimientos dieron despues algun crédito en la opinion de la córte. Semejante orígen y tal sangre eran muy á propósito para dar á aquella jóven, á pesar de su candor y de sus pocos años, algunas tradiciones del genio paternal, del manejo de los partidos y de las seducciones de córte.

XXI.

Habia sido criada en una escuela de diplomacia femenina, en la casa imperial de educacion de Ecouen, dirigi-

da por Mad. Campan, muger avezada á los artificios de las córtes. Mad. Campan allí se habia hecho amiga de la hija de la emperatriz Josefina, entonces Hortensia de Beauharnais, despues reina de Holanda y luego duquesa de Saint-Leu. Aunque de otra raza habia cultivado durante el imperio y aun durante los Cien Dias, aquella amistad siempre dulce, eventualmente útil, con la hijastra querida de Napoleon. Casada con un hombre de ilustre nacimiento, dependiente de la córte de los Condé, habia tenido que separarse de su marido por incompatibilidades intestinas, cuya desgracia no agravaba ninguna ofensa. Viuda de hecho en la flor de la juventud y de la hermosura, encargada, sola y sin fortuna, del cuidado y del porvenir de sus tiernos hijos, vivia sin ostentacion en la casa del príncipe de Condé y en la familiaridad de la condesa de Rully, su amiga, é hija natural de aquel príncipe. Su talento, su gracia y su seduccion no se revelaban mas que á un círculo estrecho de sociedad elegante y devota. Poseia la modestia, la reserva y como el presentimiento del destino de Mad. de Maintenon, que no buscaba las miradas y se dejaba ver en la sombra por Luis XIV. Tal era la muger que la casualidad ó la premeditacion de los dos partidos, de la monarquía y de la iglesia, iba á introducir en el gabinete de un anciano para hacerla servir á sus designios.

XXII.

En la misma época, un jóven de nacimiento ilustre, de figura caballeresca, de ligereza esterior, pero de ambicion profunda aunque noble, independiente y desinteresada, atraia la atencion de la córte y de la capital con la elegancia de sus modales y la agitacion de su vida. Pertenecia á esa gran casa de los La Rochefoucauld, ilustrada en la guerra, en las letras y aun en las faccio-

nes de la Fronda por medio del gran La Rochefoucauld, y que desde Luis XIV parecia formar parte de la magestad real. Esta casa estaba dividida en muchas ramas, algunas de las cuales habian servido á la revolucion, otras al imperio, y la última, la de los La Rochefoucauld de Doudeauville, habia conservado á la fé y á la dinastía antigua una fidelidad á prueba de los interregnos y de los destierros de la monarquía legítima. El vizconde de La Rochefoucauld era de esta rama austera, hijo único del duque de Doudeauville, á quien las vicisitudes de la revolucion habian dejado una fortuna inmensa, gran ascendiente y consideracion personal, legitimadas por muchos beneficios y una virtud severa. Hallándose el vizconde en 1814, á tiempo de caer Napoleon, en toda la fuerza de la edad, del valor y de la opinion, habia sido uno de los primeros en distinguirse al frente de la nobleza jóven de París, deseosa de aprovechar la ocasion de restablecer el trono de sus padres y precipitar la caida de Bonaparte. Se le habia visto á caballo, ostentando en un brazo los colores blancos, recorrer la ciudad escitando al pueblo indeciso á que aclamase un nuevo reinado el dia de la entrada de los aliados en la capital. Se le habia acusado injustamente haber querido mutilar los monumentos de la victoria francesa atando una cuerda á la estátua de Napoleon y tirando de ella con la muchedumbre para arrastrarla por el lodo. Su presencia en la plaza de Vendome en el momento de aquella profanacion cínica, provocada en efecto por un hombre reprobado de todos los partidos, habia acreditado aquel error. Realista exaltado, pero leal de corazon y generoso con los vencidos, se le suponia favorito del rey y de los príncipes á causa de su nombre, de su opinion y de su celo, y efectivamente desempeñaba cerca de la familia real uno de esos elevados destinos de honor reservados á los nombres antiguos de la monarquía. El conde de Artois le dispensaba su familiaridad, y el mismo rey su indulgencia. Se

habia casado con la hija del duque Mathieu de Montmorency, uno de los hombres de carácter mas resignado y consolador que puede presentar la historia en las vicisitudes de los tiempos de revolucion, reformador popular por generosidad de alma al principio, víctima durante los escesos, constante despues de los reveses, generoso despues de los triunfos, indulgente y moderado siempre.

XXIII.

El vizconde de La Rochefoucauld, por su familia, por aquella alianza, por su educacion, confiada á un eclesiástico elocuente y de mucha influencia en el clero, como lo era el abate Duval, por sus relaciones de sociedad y por sus intimidades de córte, vivia en la atmósfera de realismo y de religion, de iglesia y de palacio, de obispos, príncipes y cortesanos, que mas ofuscaba el favor impacientemente sufrido de Mr. Decazes. Aunque estraño á aquel gobierno oculto y quisquilloso, que se esforzaba por constituirse al rededor del conde de Artois en oposicion ambiciosa, entre algunos eclesiásticos emigrados é intrigantes, participaba de la animadversion y del terror que las concesiones de Mr. Decazes y del rey á las ideas, y sobre todo, á los hombres de la revolucion, inspiraban á los realistas de la Cámara, de la aristocracia y del clero. Algunos jesuitas, esos religiosos diplomáticos de la Iglesia para con los pueblos, apenas percibidos entonces en el movimiento de las opiniones, comenzaban, sin embargo, á ejercer cierto dominio sobre la política de las familias antiguas. Admitidos durante el imperio á compartir con la universidad la educacion de las clases altas, habian desplegado en ese arte de apropiarse y adherirse la juventud, tal destreza, celo y talento, y tales virtudes, que habian aumentado su fama é

influencia para con la aristocracia. Las familias, cuyos hijos ellos habian instruido, recibian sin saberlo sus propias inspiraciones. Adictos á los Borbones despues de la caida del imperio, tendian por el espíritu mismo de su institucion á reanudar aquel nuevo reinado de los Borbones con la Iglesia, á fin de acrecentar la fé religiosa de los pueblos con el ascendiente del poder real, y no allanar los caminos del gobierno mas que á los hombres religiosos. Era, pues, natural que hicieran inclinar las opiniones que les estaban sometidas por medio de las conciencias, mas bien hácia la política clerical del conde de Artois, que hácia la política profana y filosófica del rey. La monarquía absoluta convenia mas á sus miras que el reinado de una constitucion deliberante, porque es mas fácil captarse una córte que un pueblo, y gobernar á un rey que gobernar á una opinion pública. Aquel era el primer gérmen de lo que se llamó algunos años despues la *congregacion*, poder de asociacion medio santa, medio profana, medio religiosa y medio ambiciosa, que mas adelante ejerció en realidad una influencia temible y fatal sobre el destino de los Borbones. Esta congregacion sin cuerpo, invisible, apenas conocida de sí misma en aquellos primeros años del reinado, gobernaba ya moralmente la opinion pública de cierto número de devotos y ambiciosos entre las altas clases de París y de las provincias. Como el aire, esa congregacion inclinaba las cosas, sin que al parecer las tocase. Muchos de los que buscan el viento se pliegan á él: los unos por ese arrepentimiento sincero del ánimo que les obliga por repugnancia á lo presente á buscar reposo á sus dudas en el culto tradicional y consolador de lo pasado; los otros por adulacion interesada y servil á las opiniones que prometen fortuna y favor á sus sectarios.

Todos los hombres y todas las mugeres de aquella opinion aspiraban á la caida del favorito, porque como hombre nuevo, Mr. Decazes ofuscaba á los nacimientos

ilustres; como ministro constitucional alarmaba las conciencias absolutas, y como consejero del 5 de setiembre y de las promociones revolucionarias que habian suplantado á la mayoría de los pares, infundia tambien recelo á los realistas imparciales sobre la suerte de la monarquía.

Sucedia esto algunos meses antes del asesinato del duque de Berry, y la muerte de este príncipe no habia venido á dar todavía al clamor general el motivo ó pretesto que debia arrancar al favorito del corazon del rey. Era, pues, preciso insinuarse para desarraigar de él el poder del ministro y sustituirlo con otro ascendiente. Faltaba el instrumento á este vago designio, y este instrumento no podia ser otro mas que una muger; la naturaleza la habia creado en Mad. de Cayla. Buscábanla, y la amistad proporcionó su descubrimiento á Mr. de La Rochefoucauld.

XXIV.

Hacia algunos años que trataba á aquella muger, profesándola una especie de culto, y como era amiga íntima de su esposa, habia podido apreciar en la intimidad de su familia, su hermosura, sus desgracias y su irresistible atractivo. Una correspondencia diaria mantenia entre ellos cierta comunidad de sentimientos y de ideas que se caracterizaba en sus cartas por las espresiones de hermano y hermana. Las cartas de Mad. de Cayla, tiernas y piadosas á la vez, como confianzas de muger, probaban, sin embargo, por algunas ideas sobre las cosas de la época una madurez de juicio y una fuerza de reflexion, que no habrian admirado en una Sevigné, ni en una princesa de los Ursinos. Esas cartas, cuya mayor parte han sido despues publicadas, dieron sin duda á Mr. de La Rochefoucauld ó á sus amigos la primera idea

del plan de seduccion que se trataba de presentar á los ojos, é insinuar en el ánimo y en el corazon del rey. «Aquel Asuero necesitaba una Esther,» segun la feliz espresion de la misma Mad. de Cayla, aludiendo al papel que querian confiarle.

Fuera de eso lo que quiera; que el pensamiento de aquella combinacion hubiese nacido solamente en el corazon del jóven amigo de aquella muger seductora, ó que hubiese nacido en él sin saberlo, de acuerdo con las opiniones y los proyectos que en torno suyo se agitaban, el vizconde de La Rochefoucauld resolvió hacer una *Esther* de la muger que mas admiraba en el mundo, y apoderarse por medio de ella del corazon de Luis XVIII en provecho de sus opiniones, de la monarquía y de la religion. Concebido este plan, solo faltaba hacer que consintiese en él y lo auxiliara la que debia ser su instrumento ó su víctima, porque el papel de favorita, sino envolvia crímen, tenia á lo menos sus peligros en la córte y sus siniestras interpretaciones en la opinion pública.

XXV.

Gracias á la familiaridad que se habia establecido entre aquella muger y Mr. de La Rochefoucauld la encontró éste una tarde del precedente otoño en el salon del anciano príncipe de Condé en el palacio Borbon, y llevándola á una de las calles mas desviadas del jardin de aquel palacio, por cuyo pie pasaba entonces el Sena, tomó el acento misterioso de una confianza y le pidió la mas profunda atencion á lo que iba á decir. La jóven le escuchó sin interrumpirle. «La monarquía y la religion que amais con todo el fervor de vuestra familia, le dijo, vacilan y están á punto de caer en otra revolucion. El primer ministro, sea ciegamente, por popularidad ó am-

ilustres; como ministro constitucional alarmaba las conciencias absolutas, y como consejero del 5 de setiembre y de las promociones revolucionarias que habian suplantado á la mayoría de los pares, infundia tambien recelo á los realistas imparciales sobre la suerte de la monarquía.

Sucedia esto algunos meses antes del asesinato del duque de Berry, y la muerte de este príncipe no habia venido á dar todavía al clamor general el motivo ó pretesto que debia arrancar al favorito del corazon del rey. Era, pues, preciso insinuarse para desarraigar de él el poder del ministro y sustituirlo con otro ascendiente. Faltaba el instrumento á este vago designio, y este instrumento no podia ser otro mas que una muger; la naturaleza la habia creado en Mad. de Cayla. Buscábanla, y la amistad proporcionó su descubrimiento á Mr. de La Rochefoucauld.

XXIV.

Hacia algunos años que trataba á aquella muger, profesándola una especie de culto, y como era amiga íntima de su esposa, habia podido apreciar en la intimidad de su familia, su hermosura, sus desgracias y su irresistible atractivo. Una correspondencia diaria mantenia entre ellos cierta comunidad de sentimientos y de ideas que se caracterizaba en sus cartas por las espresiones de hermano y hermana. Las cartas de Mad. de Cayla, tiernas y piadosas á la vez, como confianzas de muger, probaban, sin embargo, por algunas ideas sobre las cosas de la época una madurez de juicio y una fuerza de reflexion, que no habrian admirado en una Sevigné, ni en una princesa de los Ursinos. Esas cartas, cuya mayor parte han sido despues publicadas, dieron sin duda á Mr. de La Rochefoucauld ó á sus amigos la primera idea

del plan de seduccion que se trataba de presentar á los ojos, é insinuar en el ánimo y en el corazon del rey. «Aquel Asuero necesitaba una Esther,» segun la feliz espresion de la misma Mad. de Cayla, aludiendo al papel que querian confiarle.

Fuera de eso lo que quiera; que el pensamiento de aquella combinacion hubiese nacido solamente en el corazon del jóven amigo de aquella muger seductora, ó que hubiese nacido en él sin saberlo, de acuerdo con las opiniones y los proyectos que en torno suyo se agitaban, el vizconde de La Rochefoucauld resolvió hacer una *Esther* de la muger que mas admiraba en el mundo, y apoderarse por medio de ella del corazon de Luis XVIII en provecho de sus opiniones, de la monarquía y de la religion. Concebido este plan, solo faltaba hacer que consintiese en él y lo auxiliara la que debia ser su instrumento ó su víctima, porque el papel de favorita, sino envolvia crímen, tenia á lo menos sus peligros en la córte y sus siniestras interpretaciones en la opinion pública.

XXV.

Gracias á la familiaridad que se habia establecido entre aquella muger y Mr. de La Rochefoucauld la encontró éste una tarde del precedente otoño en el salon del anciano príncipe de Condé en el palacio Borbon, y llevándola á una de las calles mas desviadas del jardin de aquel palacio, por cuyo pie pasaba entonces el Sena, tomó el acento misterioso de una confianza y le pidió la mas profunda atencion á lo que iba á decir. La jóven le escuchó sin interrumpirle. «La monarquía y la religion que amais con todo el fervor de vuestra familia, le dijo, vacilan y están á punto de caer en otra revolucion. El primer ministro, sea ciegamente, por popularidad ó am-

bicion empuja á la monarquía á concesiones fatales que la entregan desarmada á sus enemigos. Los realistas son declarados enemigos públicos bajo el cetro de un rey á quien defienden á pesar suyo. En tanto que la imprevision ó la presuncion de un hombre demasiado querido al corazon del monarca agita á los partidos fuera, su insolente fortuna siembra la desunion, los recelos, la desconfianza y hasta las conjuraciones en el palacio. Con esas divisiones la familia real se debilita ante el enemigo comun. Marchamos á los abismos, ninguna mano puede arrancar al rey la venda que le ciega, escepto la de una muger, bastante suave para no ofuscar su amor propio abriéndole los ojos. Ese príncipe necesita amar á las personas á quienes permite aconsejarle. La mitad de su corazon pertenece á la política. Mad. de Balbi, Mr. Davary y Mr. de Blacas antes, y hoy Mr. Decazes son las pruebas vivas aun de esta disposicion de su carácter. Es preciso agradarle para tener derecho de influir sobre su corazon. Mugeres ilustres, con su crédito útil ó funesto sobre el ánimo de nuestros reyes, han perdido ó salvado alternativamente la monarquía en Francia y en España. Tambien hoy de una muger sola puede venir la salvacion de la religion y de la monarquía. La naturaleza, el nacimiento, la educacion y hasta la desgracia parecen haberos designado para este papel. ¿Quereis ser la salvacion de los príncipes, la amiga del rey, la Esther de los realistas, la Maintenon firme é irreprensible de una córte que se pierde y que una muger sola puede reconciliar y salvar? Pedid al rey una audiencia so pretesto de implorar su proteccion, de la que necesitais para vos y para vuestros hijos; mostradle, como por un encuentro fortuito, esos tesoros de gracias y de talento que la naturaleza os ha prodigado, no para la oscuridad del retiro donde los encerrais, sino para la publicidad de las conversaciones de un rey apreciador apasionado de los dones del alma; seducidle desde vuestras primeras palabras, procurad

que al separaros de él, le dejeis el pesar de vuestra ausencia y el deseo de volver á veros; volved cuando os llame; haced renacer, como por la necesidad de vuestros asuntos, las ocasiones de nuevas entrevistas; escuchad sus confianzas; dejad escapar tímidos consejos; insinuaos por medio del afecto en su corazon y con vuestra razon elevada en su espíritu; haceros necesaria á la espansion y al descanso de esa alma dolorida, abrumada con los cuidados del trono, y cuando vuestro desapercibido imperio esté fundado en su adhesion por el hábito y la costumbre, emplead poco á poco ese imperio en separar de su consejo al favorito que le tiene fascinado, en reconciliar al rey con su hermano y con los príncipes, y hacerles adoptar de comun acuerdo, en la persona de Mr. de Villele y de sus amigos, un ministerio, realista y constitucional á la vez, que asiente el trono sobre la base monárquica y que evite las próximas catástrofes que amenazan á la Francia.»

XXVI.

Estas fueron las palabras del jóven negociador del partido que se formaba ya en la Cámara entre los realistas exaltados y los de la antecámara del conde de Artois contra los liberales del partido de Mr. Decazes; empero aquella tentativa sobre el amor propio y la ambicion de una muger entonces modesta é intimidada y casi ofendida de proposicion tan estraña, se estrelló á la primera palabra contra su modestia y contra la delicadeza de semejante papel: «¡Cómo! respondió en tono de asombro y de reconvencion á su amigo, ¿tan poco me conoceis que tratais de deslumbrarme con las perspectivas de imperio y dominacion en la córte? ¿Os he dado jamás derecho para confundirme, á mí, humilde, retirada en mi oscuri-

dad y en mi desgracia, antipática á los manejos é intrigas cortesanas, con esas mugeres atrevidas, ambiciosas ó disimuladas que se sirven de sus vicios ó de sus virtudes para seducir ó gobernar el corazon de los reyes? Creedme, ese papel es tan opuesto á mi carácter como á mi situacion, y si quereis que sigamos siendo amigos, no volvais á hablarme de semejante cosa, y aun olvidaré de que me habeis comprendido muy poco, cuando os habeis atrevido á hablarme en esos términos.»

Habia tanta y tan irrevocable resolucion de alma en el acento con que fueron pronunciadas estas palabras, que el negociador no insistió mas y pensó tomar un rodeo para llegar por otro camino al éxito de la combinacion de su partido.

XXVII.

Los peligros y las desgracias de Mad. de Cayla á consecuencia de su rompimiento con su marido que le disputaba su fortuna y le reclamaba sus hijos, eran tan inminentes que sus amigos y la misma necesidad le aconsejaban apelar á la proteccion del rey. El vizconde de La Rochefoucauld, que afectó haber olvidado sus proyectos quiméricos, con tan enérgica repugnancia rechazados, volvió á tomar para con su amiga el tono del interés mas verdadero y mas natural hácia su dolorosa situacion. La estimuló á solicitar una audiencia del rey y á echarse á sus pies para pedirle asilo en su justicia, bien seguro de que las lágrimas, la elocuencia y el talento de la suplicante harian su efecto, á pesar suyo, en los ojos y en el ánimo del monarca, y que otorgando el favor, sentiria el atractivo. Sea que la reflexion hubiese templado la primera repugnancia que una idea lanzada de improviso en su imaginacion le habia inspirado, y que el pensamiento, á fuerza de reproducirse en su cabeza, hubiese tomado cuerpo en su alma, sea que el temor de que le arrancasen sus hijos dominase su timidez y su reserva, sea, en fin, que los papeles secretos que conservaba de su padre, segun se decia, le pareciesen prenda segura de agradecimiento y favor que podria ofrecer á Luis XVIII, lo cierto es que se decidió á pedir la audiencia y se presentó al rey.

Verificó su presentacion armada de lo que mas embellece á la muger á los ojos de un príncipe, la timidez, la súplica y las lágrimas. El rey, mas que deslumbrado, quedó verdaderamente prendado de la hermosura de Mad. de Cayla. Tendiéndole afectuosamente la mano, hizo que se levantase y se sentara, le preguntó con interés por su padre y sus hijos y la habló de sus desgracias; gustó los encantos de su conversacion tanto como los de su rostro, y despues de haberle otorgado mas de lo que ella se atrevia á pedir, la despidió lo mas tarde posible, encargándola que volviese á verle en dias fijos y diciéndole que su gabinete estaria abierto para ella cuantas veces tuviera que manifestarle algun deseo.

El plan de seduccion concebido por la política habia sido consumado desde el primer golpe de vista por la naturaleza. Nadie se engaña jamás al contar con el poder de la belleza y con la seduccion que esta ejerce á los ojos de un rey. El sentimiento de Luis XVIII para aquella muger encantadora tuvo desde los primeros dias el carácter de un amor que se oculta á sí mismo, bajo el nombre de amistad, lo que la edad del monarca y la reserva de la muger no permiten confesar; sentia aquel un afecto que llamó paternal, y dióle á ella el nombre de hija, no atreviéndose por respeto á sí mismo y á ella á llamarla de otro modo. La familia real, enterada por el feliz negociador, del triunfo de su pensamiento, de las inspiraciones que Mad. de Cayla llevaba á la intimidad de las conferencias, de su ascendiente cada vez mayor sobre el

príncipe y de su deseo de reconciliar al monarca y su familia, veia con placer aquellas entrevistas del rey y de la favorita, ocultas cuanto era posible para el ministro. Mr. de Villele y sus amigos lo sabian todo por Mr. de La Rochefoucauld, y ya se fraguaban sobre aquella amistad los planes del futuro ministerio.

XXVIII.

Complaciase el rey cada vez mas en aquella dulce familiaridad femenina, pues le recordaba á la condesa de Balbi, que habia formado las delicias de su alma en su juventud. Ella le decia tambien que su corazon podia pasarse sin Mr. Decazes, y que en la amistad de una jóven con un hombre de la edad que él tenia, habia tanta decencia y mas dulzura que en el ascendiente de un favorito, y aun empezaba ya á preguntar á los que le rodeaban, como para sondearlos, sobre los dos objetos de su favor, y obtener de ellos la aprobacion de sus nuevos sentimientos.

Una noche mandó llamar á Mr. de La Rochefoucauld y le preguntó lo que pensaba de Mr. Decazes. «Mr. Decazes, le respondió aquel con el instinto de un verdadero cortesano, es el mas seductor de los hombres y el mas sinceramente adicto á la persona del rey.—¡Ah! eso digo yo todos los dias, interrumpió el príncipe, y me alegro de que vos mismo le juzgueis asi.—Si señor, replicó Mr. de La Rochefoucauld, Mr. Decazes reune todas las cualidades de un hombre apreciable y de un ministro útil; pero los realistas esclusivos y envidiosos le han hecho injurias irreparables, le han perseguido con injusticia y encarnizamiento, y con su hostilidad implacable le han arrojado en el campo de los adversarios de la monarquía. No ha tenido el estoicismo de resistir las iniquidades de

un lado y las popularidades interesados del otro, y por haber introducido sin reflexion sesenta y cuatro nombres revolucionarios en la Cámara de los pares, ha roto el resorte principal del gobierno en vez de asegurarlo, y ha arrojado el trono á merced de vuestros enemigos.»

El rey escuchó sin refutar.

«¿Y qué pensais, añadió el rey, de Mad. de Cayla?» El cortesano sincero no tuvo necesidad de recurrir á la adulacion ó á la complacencia para hacer al rey la mas entusiasta apología de la favorita secreta de su corazon. El rey le escuchaba con indecible placer, y á cada pausa que hacia el cortesano, encarecia mas y mas el elogio. La Rochefoucauld comprendió que Mr. Decazes subyugaba todavía, pero que su amiga embriagaba ya el corazon del monarca. Enteró á sus amigos de esta conversacion, y todos comprendieron que el tiempo minaba sordamente al ministro; pero que era preciso esperar para derribarle.

XXIX.

Tales eran la disposicion del rey y los progresos que aquella combinacion habia hecho en su ánimo la víspera de la muerte del duque de Berry. Ya hemos visto que Mr. de Vitrolles, deseoso por su parte de romper toda armonía entre el conde de Artois y su hermano, y hacer triunfar el realismo exaltado con el escándalo y la violencia de aquella escision en la familia real, aconsejaba é instaba vivamente á su príncipe á contraer nuevas nupcias. Pues bien, á la mañana siguiente de la catástrofe fué mas esplícito, pues le habló sin rodeos de la urgente necesidad de que impusiera al rey la separacion inmediata de Mr. Decazes y dijera á su hermano que era preciso elegir entre su familia y su ministro. Fluctuando el

conde de Artois entre su dolor de padre y su terror de príncipe, y acosado por sus ambiciosos consejeros, reunió á su alrededor á los restos de la familia que el puñal le habia dejado, su hijo el duque de Angulema y su nuera, reconvencion viva de la revolucion. Diezmada asi la familia real, pasó á las habitaciones del rey y se hizo anunciar. Ya esperaba Luis XVIII aquellas intimaciones y quejas del dolor, y se sentia muy débil para resistirlas, porque ¿qué habia de decir á un padre, á un hermano, á una hija, á una sobrina que lloraban la pérdida de un hijo, de un hermano, de un primo asesinado la vispera, acusadores mudos del sistema á que atribuian su catástrofe y que iban á presentarse ellos mismos como víctimas marcadas de antemano para otros atentados? Largo tiempo permanecen en silencio y mirándose al través de sus lágrimas el rey, los príncipes y la princesa, sin atreverse á decir lo que declaraban demasiado sus semblantes: el rey conociendo que querian arrancarle su ministro y los príncipes comprendiendo que iban alli á mandar implorando.

La duquesa de Angulema, mas atrevida, porque era muger y porque la intimacion en su boca conservaba la apariencia y lo patético de la súplica, interrumpió al fin el silencio: «Señor, dijo al rey con un acento que parecia encerrar todas las lágrimas y toda la sangre de su familia, marchamos á una nueva revolucion. Conjuradla, puesto que todavía es tiempo. Vuestro trono tiene necesidad de todos sus apoyos. Mr. Decazes ha lastimado demasiado profundamente á los realistas para que pueda conciliarse con ellos; que se retire, y todos se reunirán para auxiliar á vuestro gobierno.»

«Mr. Decazes, respondió el rey á su sobrina con rostro severo, ha defendido mi autoridad contra hombres que pueden haber prestado verdaderos servicios, pero que se someten mal al freno de las leyes y se ligan abiertamente con un partido que quiere violentar mi prudencia para hacerme marchar por un camino que yo reprueba: este era el deber de un ministro leal.»

Levantando despues la voz con un orgullo que se asemejaba á la cólera, añadió: «Mr. Decazes no ha hecho nada que no sea conforme con mis sentimientos, con mis principios y con mi voluntad. Que en la tribuna de las Cámaras se haga distincion entre mi voluntad real y los actos de mis ministros, lo comprendo; pero que aqui, en el seno de mi propia familia, se haga esa pueril distincion, no lo comprenderia sino con la intencion de ofenderme.

«Pues bien, dijo el conde de Artois, que se acordaba de los consejos de Mr de Vitrolles, me es imposible permanecer en las Tullerías, si Mr. Decazes, públicamente acusado de complicidad en la muerte de mi hijo por Mr. Clausel de Coussergues, sigue presentándose como ministro en este palacio.»

Al repetir el príncipe, sin caracterizarla, la odiosa imputacion de los hombres de su partido, la elevaba hasta su corazon é inmortalizaba en el delirio de su dolor una abyecta calumnia. El rey se indignó de oir en boca de su hermano una acusacion, que hiriendo á su ministro, le alcanzaba á él mismo y le hacia responsable de la sangre de su sobrino. «¿Es posible, hermano mio, esclamó, que cuando un ministro fiel y desgraciado es perseguido por una calumnia, cuya estravagancia iguala á su atrocidad, quieres que le castigue, olvidándome completamente de sus servicios y de su lealtad? Los mismos diputados, sus enemigos, han rechazado con horror esa acusacion ¿y he de manifestar que creo en ella, cuando por el contrario repugna á todas las potencias de mi alma?... Te confieso francamente que jamás he conocido alma mas sincera y sensible que la de Mr. Decazes; estoy convencido de que hubiera dado su vida por mi sobrino, como la daria por mí. Respeto el estravío de tu dolor; el mio no es menos cruel; pero á lo menos no me obligará á ser injusto!...»

El conde de Artois, herido como por un rayo con la energía de la mirada y el acento de su hermano, no replicó; pero confiaba en que si la dignidad y la justicia del rey resistian á la intimacion y á la amenaza, acaso no resistiria su corazon á la súplica. Dirigióse con su hijo y la duquesa de Angulema hácia el sillon del rey, y los tres, haciendo ademan de arrodillarse delante de su tio y hermano: «Señor, le dijo la hija de Luis XVI, recordando en su actitud y abatimiento á la víctima desalentada, hija y hermana, sobrina y tia de víctimas queridas; la desgracia ha perseguido demasiado á nuestra familia; consuélela por lo menos la union; no le negueis la gracia que os pide de rodillas.»

«Esa gracia, añadió sollozando el conde de Artois la pido como un sacrificio á los manes de mi desgraciado hijo.»

El rey habia pasado de la cólera á la compasion para con su familia. Su espíritu resistia, pero su corazon cedió. «Puesto que lo quereis, dijo tristemente, sereis satisfechos.» Los príncipes se retiraron, y la noticia del triunfo de la escena que les habian aconsejado regocijó la ambicion y el odio de sus servidores. El rey mandó llamar á Mr. Decazes, tuvo una entrevista tiernísima con él, hablaron largo rato, y rehusó con generosa obstinacion la renuncia que aquel ministro le suplicaba aceptar, para simplificar la situacion y ofrecerse en sacrificio á la concordia de la familia. «Ay, hijo mio, esclamaba el rey vencido mas por el decoro que por la conviccion en la lucha que habia tenido con su hermano, no es á tí, sino á mí á quien quieren mal y aborrecen.» Mr. Decazes no trató como tantos ministros separados en diferentes reinados, de agravar los embarazos de la corona empujando á su rey al esceso contrario, á fin de hacerse el indispensable haciendo el reinado difícil ó imposible despues de él. Aconsejó al rey que volviese á llamar al duque de Richelieu, hombre intachable para los realistas y aceptable

para los liberales monárquicos, y él mismo tomó á su cargo el convencer á su sucesor. Mas amigo que ministro desgraciado en aquella ocasion, el favorito se mostró superior á las debilidades del resentimiento, puesto que cayendo justificó al rey que le habia elevado. El duque de Richelieu, convencido por esperiencia de la dificultad de complacer á una familia dividida en el palacio, é instruido por la *nota secreta* de las emboscadas armadas en la intimidad del conde de Artois, no quiso aceptar el ministerio, sino despues de haber conferenciado con el príncipe. Este le dió *su palabra de caballero* de sostener al ministerio con todas las fuerzas de opinion de que disponia en el palacio, en los periódicos realistas y en las Cámaras. El duque de Richelieu creyó haber de este modo comprometido al príncipe; pero no tardó en conocer que no habia comprometido al partido.

El 21 de febrero se formó el ministerio. El duque de Richelieu presidió el consejo de los ministros sin cartera, siendo destinado á lo interior Mr. de Serre, ausente á la sazon, nombrándose en su lugar provisionalmente á un anciano consumado en los negocios y en las asambleas, como lo era Mr. Simeon, cuyos antecedentes daban garantías al liberalismo y cuya lealtad daba seguridad á los realistas. Queriendo el conde de Artois tener una mano en el ministerio, introdujo en él á Mr. Capelle, que en tiempo del imperio habia sido prefecto de Florencia, y que segun decian ocupaba un lugar preferente en el corazon de la gran duquesa de Toscana, Elisa, hermana de Napoleon. Despues de 1814 habia caido en desgracia por haberse plegado demasiado pronto á las fuerzas de los aliados; durante los Cien Dias siguió al conde de Artois á Gante, habiendo sido de mucha utilidad á este príncipe por su esperiencia administrativa y por el celo con que siempre habia servido su causa. Mr. Mounier, á quien el duque de Richelieu ofreció un ministerio, lo rehusó con esa modestia que daba realce á sus

talentos, y queriendo mejor servir que prosperar, se contento con la direccion general de policía, tranquilizando á los partidos con su vigilancia y moderacion. Mr. Portalis, cuyo nombre se encuentra en toda clase de sistemas como uno de esos servidores del Estado que tienen mas apego á los destinos que á los principios de gobierno y que hacen de los puestos elevados una especie de patrimonio para sí, reemplazó á Mr. Simeon en la subdireccion de Justicia. Mr. Pasquier conservó el ministerio de Negocios estrangeros, pasando de un ministerio á otro con la flexibilidad de carácter y de celo que le hacia aceptable á todos. Mr. Portal siguió en el departamento de Marina, Mr. Roy en el de Hacienda, y Mr. de Latour-Maubourg en el de la Guerra. Con muy pocas escepciones era aquel el ministerio de Mr. Decazes, menos el mismo Decazes. Su espíritu sobrevivia á su caida; el rey no habia sacrificado mas que su nombre.

Despues de este sacrificio Luis XVIII prodigó á su ministro mil testimonios de afecto que probaban la intencion de continuar dispensando al favorito su confianza personal que la necesidad política arrancaba á su corazon. Dióle el título de duque, nombróle embajador en Lóndres con un sueldo que ponia la fortuna de su ministro al nivel de las de la aristocracia británica, añadiendo á todo muchos y grandes regalos y lágrimas mas honrosas que aquellos para el ministro. Mr. Decazes partió para Inglaterra llevando la ternura de su soberano, el odio de los realistas, la ingratitud de los liberales, el sentimiento de los doctrinarios ambiciosos y alucinados que habian caido con él; pero que en su alejamiento veian un eclipse pasagero de favor y prendas seguras de un ascendiente secreto y de una nueva fortuna.

XXX.

Asi desapareció para no volver mas ese ministro jóven, improvisacion de las circunstancias, del favor de un rey y de la lucha inesperta de los partidos, pues la perplegidad y la irresolucion de una restauracion olvidada en un prolongado destierro, al volver á poner á tientas el pie sobre un terreno político que todavía no habia sondeado, daba en los primeros momentos ancho campo al favoritismo. No se gobernaba ya por la autoridad absoluta, ni tampoco por la de las Cámaras; el gobierno no era mas que una alternativa de golpes de estado, tan pronto en favor como en contra de la Carta, que daba por mano del rey la victoria alternativamente á los dos partidos que la monarquía trataba de equilibrar. Monsieur Decazes, que se habia dado á conocer por la casualidad y distinguido por su celo, conquistó su fortuna política por su valor, la confirmó con el favor, la mereció por sus miras prudentes, la menoscabó por las condescendencias escesivas, algunas deplorables, que guardó con el partido de la córte primero, y despues con el de la oposicion, y finalmente la perdió por una catástrofe de que estaba inocente, de la que la malignidad de los tiempos quiso hacerle cómplice y de la cual sin embargo no fué mas que víctima. Su fidelidad á su soberano y bienhechor fué completa, su conducta versátil y su sistema, que no era mas que el sistema del rey, el de un hombre de estado. Consistia en interponer enérgicamente la monarquía moderadora de las ideas nuevas entre los realistas ávidos de reaccion y los liberales impacientes de libertad, y fuerza es convenir en que no habia otro mas practicable para que la monarquía aceptara al pais y éste á la monarquía. Tal habia sido el pensamiensamiento del rey, madurado por la reflexion en la soledad, y para ejecutarlo solo necesitaba de un hombre nuevo, jóven y sin mas refugio que su favor personal, á

fin de que ese hombre, independiente del partido revolucionario y del realista, no tuviera significacion mas que en sí mismo, ni otro porvenir que la Carta. Como hemos visto, el rey halló ese hombre en Mr. Decazes, á quien llegó á querer con una constancia en la que por lo menos entraba tanta política como amistad. Así es que Mr. Decazes no habia sido solamente el favorito de un rey sino tambien el favorito de su sistema, y al caer arrastró consigo este sistema. Cuando los realistas llegaron al poder se vieron obligados á levantar este mismo sistema caido y practicarlo como él lo habia practicado. Mr. de Villele fué el Decazes de la mayoría realista, como Mr. Decazes habia sido el Villele del rey. Hé aquí por qué su nombre descollará en la historia sobre los nombres de los favoritos vulgares que no representan mas que el capricho de los reyes. Mr. Decazes representa una idea justa: la concordia de la revolucion y de la monarquía. El fué el hombre de estado, de la paz, de la imparcialidad y de la Carta, y si no tuvo fuerza para separar á los partidos empeñados en destruirse, tuvo la gloria de caer entre ellos con la única verdad que podia perpetuar el trono de su soberano.

Su falta principal no estuvo en su caida, sino en volver á aparecer en la escena despues de haberla dejado honrosamente. El retiro era su asilo, la inaccion su dignidad y la perspectiva su grandeza. El que ha estado tan cerca del corazon de un rey y personificado con él una de esas épocas que son las fechas de la vida de un pueblo, necesita desaparecer con el príncipe ó con el acontecimiento en el que se ha encarnado su nombre. El de Mr. Decazes debia desaparecer con Luis XVIII. La historia vuelve á encontrar estos nombres en la oscuridad, no entre la muchedumbre. Caido de su elevacion, el hombre de estado no vuelve á levantarse sino despues que el tiempo ha pasado sobre él: el aislamiento es la magestad de la desgracia.

LIBRO TREINTA Y OCHO.

Se abren los debates sobre la ley electoral.—Mr. Royer-Collard, sus antecedentes y su carácter.—Discursos de los señores Lainé, Camilo Jordan y Foy.—Votacion del proyecto de ley.—Juicio y ejecucion de Louvel.—Crece la animosidad contra los Borbones; sociedades secretas, bonapartistas y contra-revolucionarias.—Mr. Madier-Montjau denuncia á las Cámaras las conspiraciones realistas del Mediodía.—Nacimiento del duque de Burdeos.—Se despierta el espíritu de independencia en Europa; error de los que atribuyen á Napoleon la gloria de este acontecimiento.—Sus verdaderas causas: ideas de nacionalidad sembradas por los reyes europeos para resistir á la absorcion napoleónica.—Revolucion de España.—Ojeada retrospectiva: decadencia de aquella monarquía: intrigas de palacio, terrorismo teocrático.—El príncipe de la Paz.—Cárlos IV, su abdicacion, su cautiverio.—Heroismo de España; las Córtes, la Constitucion de 1812.—Vuelta de Fernando VII: reaccion: O'Donnell.—Esplosion revolucionaria: Riego, Mina.—Italia: estado de aquel país en 1820: opiniones erróneas acerca de él.—Carbonarismo.—Movimiento de Nápoles: Guglielmo, Pepe.—Papel equívoco de la córte.—Intervencion de las córtes del Norte: congreso de Troppau, de Laybach: fin de la revolucion de Nápoles.—Movimiento del Piamonte.—Carbonarismo en Francia.—Napoleon en Santa Elena: su cautiverio.—El *Memorial*: justificacion torpe de su memoria.—Hudson-Lowe.—Enfermedad de Napoleon: su muerte: conclusion sobre su reinado.

I.

La emocion grave y prolongada de la muerte del duque de Berry, la espectativa del fruto póstumo que la duquesa llevaba en su seno, la caida del favorito, la sa-

fin de que ese hombre, independiente del partido revolucionario y del realista, no tuviera significacion mas que en sí mismo, ni otro porvenir que la Carta. Como hemos visto, el rey halló ese hombre en Mr. Decazes, á quien llegó á querer con una constancia en la que por lo menos entraba tanta política como amistad. Así es que Mr. Decazes no habia sido solamente el favorito de un rey sino tambien el favorito de su sistema, y al caer arrastró consigo este sistema. Cuando los realistas llegaron al poder se vieron obligados á levantar este mismo sistema caido y practicarlo como él lo habia practicado. Mr. de Villele fué el Decazes de la mayoría realista, como Mr. Decazes habia sido el Villele del rey. Hé aquí por qué su nombre descollará en la historia sobre los nombres de los favoritos vulgares que no representan mas que el capricho de los reyes. Mr. Decazes representa una idea justa: la concordia de la revolucion y de la monarquía. El fué el hombre de estado, de la paz, de la imparcialidad y de la Carta, y si no tuvo fuerza para separar á los partidos empeñados en destruirse, tuvo la gloria de caer entre ellos con la única verdad que podia perpetuar el trono de su soberano.

Su falta principal no estuvo en su caida, sino en volver á aparecer en la escena despues de haberla dejado honrosamente. El retiro era su asilo, la inaccion su dignidad y la perspectiva su grandeza. El que ha estado tan cerca del corazon de un rey y personificado con él una de esas épocas que son las fechas de la vida de un pueblo, necesita desaparecer con el príncipe ó con el acontecimiento en el que se ha encarnado su nombre. El de Mr. Decazes debia desaparecer con Luis XVIII. La historia vuelve á encontrar estos nombres en la oscuridad, no entre la muchedumbre. Caido de su elevacion, el hombre de estado no vuelve á levantarse sino despues que el tiempo ha pasado sobre él: el aislamiento es la magestad de la desgracia.

LIBRO TREINTA Y OCHO.

Se abren los debates sobre la ley electoral.—Mr. Royer-Collard, sus antecedentes y su carácter.—Discursos de los señores Lainé, Camilo Jordan y Foy.—Votacion del proyecto de ley.—Juicio y ejecucion de Louvel.—Crece la animosidad contra los Borbones; sociedades secretas, bonapartistas y contra-revolucionarias.—Mr. Madier-Montjau denuncia á las Cámaras las conspiraciones realistas del Mediodía.—Nacimiento del duque de Burdeos.—Se despierta el espíritu de independencia en Europa; error de los que atribuyen á Napoleon la gloria de este acontecimiento.—Sus verdaderas causas: ideas de nacionalidad sembradas por los reyes europeos para resistir á la absorcion napoleónica.—Revolucion de España.—Ojeada retrospectiva: decadencia de aquella monarquía: intrigas de palacio, terrorismo teocrático.—El príncipe de la Paz.—Cárlos IV, su abdicacion, su cautiverio.—Heroismo de España; las Córtes, la Constitucion de 1812.—Vuelta de Fernando VII: reaccion: O'Donnell.—Esplosion revolucionaria: Riego, Mina.—Italia: estado de aquel país en 1820: opiniones erróneas acerca de él.—Carbonarismo.—Movimiento de Nápoles: Guglielmo, Pepe.—Papel equívoco de la córte.—Intervencion de las córtes del Norte: congreso de Troppau, de Laybach: fin de la revolucion de Nápoles.—Movimiento del Piamonte.—Carbonarismo en Francia.—Napoleon en Santa Elena: su cautiverio.—El *Memorial*: justificacion torpe de su memoria.—Hudson-Lowe.—Enfermedad de Napoleon: su muerte: conclusion sobre su reinado.

I.

La emocion grave y prolongada de la muerte del duque de Berry, la espectativa del fruto póstumo que la duquesa llevaba en su seno, la caida del favorito, la sa-

tisfaccion dada á la familia real, el carácter á la vez monárquico y moderado del ministerio, adormecieron al parecer por un momento la irritacion del partido realista y las alarmas de los liberales; pero esta calma no era mas que la tregua de los funerales. Las leyes de censura de los periódicos, de supresion de la libertad individual y de eleccion, preparadas por Mr. Decazes y presentadas con algunas modificaciones á las Cámaras por el nuevo ministerio, hicieron estallar los furores que la sangre del príncipe habia envenenado y no podian ya contener los corazones. Mr. Pasquier confesó francamente en la Cámara que el gobierno pedia una verdadera dictadura con aquellas leyes. «Esa es la dictadura dada á un partido ávido de venganza, respondió Manuel.» Envalentonado Benjamin Constant con la eleccion que habia glorificado su doble defeccion de 1814 y 1815, atacó á los ministros con el rigor de una invectiva que no hubiera tenido que temer ninguna represalia. Mr. de La Fayette habló como gefe esperimentado en las revoluciones, que predice en su sueño aparente su próximo triunfo. El general Foy, como ciudadano leal que se asocia al dolor de los reyes, pero que se niega á conceder las hecatombes de libertad á su luto; irritado sin embargo con los apóstrofes insultantes de los diputados de la derecha, llamó *un puñado de miserables* á los hombres que habian saludado el triunfo de los estrangeros en su patria. Al oir estas palabras un pariente emigrado de Carlota Corday, aquella libertadora de su pais por medio de un crimen semejante al de Judit, se levanta y lanza al general una de esas represalias ultrajantes que los romanos despreciaban y los franceses lavan con sangre. Los dos adversarios se hacen fuego al dia siguiente evitando herirse. El general sube á la tribuna y repara el honor del emigrado. El emigrado honra al valor de los patriotas. La derecha aplaude esta reparacion mútua, y la izquierda se admira de la condescendencia del general, murmura y parece

rechazar toda justicia y toda paz. La implacable animosidad de los unos provoca los escesos de partido en los otros. La revolucion y la contra-revolucion se miran y personifican frente á frente durante aquellos largos debates sobre todas las cuestiones que las leyes propuestas suscitaban. Mr. Benoist esclama que está hecha la contra-revolucion, y que la Carta no es mas que su reinado. Un diputado del Mediodia, eco concienzudo del clero, para quien toda controversia tolerada en materia de fé, es una impiedad del pensamiento, declara que la libertad es el mayor azote de los pueblos. Manuel denuncia al pais la nueva alianza entre el gobierno y los hombres de 1815 destronados por el 5 de setiembre, y llama á estos hombres facciosos. Todas las noches se agita y conmueve la capital con el eco de esos combates á que se entregan las Cámaras durante el dia, y se anima y enciende con el fuego de los oradores. Fórmanse grupos en las plazas públicas; la juventud de las escuelas, los oficiales licenciados, los conspiradores de las sociedades secretas enmascaradas todavía con el respeto á la Carta, los descontentos sin causa, los sediciosos sin partido, los hombres que fluctúan á todos vientos en la superficie de las grandes poblaciones, comienzan á bullir y agitarse en horas determinadas, á la señal muda de la reunion de los grupos. La policía los vigila y dispersa; pero no hace mas que aumentar su número con rechazarlos. Todas las noches presenta París la fisonomía que suele ser presagio de las revoluciones. En medio de aquella fermentacion presenta el ministerio la ley electoral que desarma á la nacion y confiere con la doble votacion un privilegio político á las clases aristocráticas en los departamentos.

II.

La discusion, que preludiaba tantas tempestades, se abre el 6 de mayo entre ciento veinte oradores inscritos

de ambos lados de la opinion para atacar ó defender la causa que el gobierno ha lanzado como una tea de lucha desesperada entre la revolucion y la corona. El general Foy hacer ver en todas las páginas de los anales de Francia en el espacio de muchos siglos la igualdad de los derechos creciendo entre las clases nacionales y el órden nuevo asentado é inalterable solamente sobre las bases de aquella igualdad cívica. Esta es la doctrina de los derechos del hombre, código teórico de la revolucion, comentado por una razon firme y por una conciencia moderada. «Acercar el trono á una aristocracia en semejante país, concluye el orador, es acercarlo á un abismo.» Mr. de La Bourdonnaie, el mas audaz y elocuente de los gefes de la derecha y el mas popular en los salones de la aristocracia, proclama abiertamente el privilegio como una necesidad de la monarquía. «Ella no puede ser salvada, dice, sino por los mas interesados, y los mas interesados son los mas ricos. Que escoja el trono; para él es una cuestion de vida ó muerte. La revolucion avanza y la oriflama va á desaparecer delante de la bandera tricolor.»

La asamblea, dividida en dos partidos sin intercesores, se entregaba á oscilaciones sin contrapeso. Dos hombres trataron de formar uno: eran estos los gefes de ese partido doctrinario caido del poder con Mr. Decazes, imperceptible por el número, poderoso por el talento, incapaz de soportar largo tiempo la desgracia ó la inaccion, bonapartista antes de 1814, realista en 1815, liberal con Mr. Decazes, descontento despues de su caida, prestándose á todo sin entregarse á nada, y ofreciéndose á los dos partidos con una reserva hábil para dominarlos al uno por el otro y acrecentarse con sus divisiones. Los señores Guizot, Staël, Broglie, Barante, Saint-Aulaire y muchos jóvenes que sentian dentro de sí mismos al aguijon de su capacidad y de su ambicion futura, eran el núcleo de aquel tercer partido. Lainé y Serre, los hombres de

mas carácter y los dos oradores mas patéticos de la Restauracion, habian sido un momento acariciados por ellos y seducidos por esa alta neutralidad entre las facciones, que es la tendencia de las almas elevadas; pero su ambicion meramente impersonal, que no aspiraba mas que á la virtud y se olvidaba completamente á sí misma delante de los intereses de su patria, los habia ya separado de aquel pequeño grupo, demasiado parecido á una secta y harto estrecho para contener aquellas almas grandes. Otros dos oradores, acreditados por los servicios prestados á la monarquía, purificados por las proscriciones y revestidos de la autoridad de la edad y de la honradez de su vida, se agrupaban entonces á su alrededor aquellos jóvenes neófitos sin gefes y sin maestros. Eran estos Royer-Collard y Camilo Jordan.

III.

Mr. Royer-Collard frisaba ya en la vejez; pero en esa vejez verde que no es mas que la madurez del pensamiento. Mr. Royer-Collard era de cuerpo y alma una figura antigua y como inmutable en este mundo moderno y apasionado. Su estatura era elevada, su rostro austero, su mirada penetrante, su andar magestuoso, su actitud tranquila, su boca ordinariamente cerrada y abriéndola solo ligeramente para mostrar una sonrisa llena de reticencia y algunas veces de desden. Aparecia en medio de aquellas asambleas donde se sentaba en los escaños mas altos, petrificado de una arcilla mas fria y material que los hombres que le rodeaban. No brillaba con una gloria grande, porque no habia ilustrado su nombre con ninguna obra grande de hecho, de pluma ó de palabra; pero brillaba por decirlo asi con el misterio. Conocíase que su sombra ocultaba mucha luz, se creia en él, se es-

peraba y se temia mucho de aquel hombre. Era el oráculo á quien no se piden largos discursos, pero que con una palabra hace callar y pensar largo tiempo á los fieles supersticiosos. Todo era media luz, asi en la vida como en la fisonomía de aquel anciano. Nacido de una familia rural muy considerada en la Champaña, la provincia menos apasionada de la Francia, aunque haya producido á Danton, habia sido, segun dicen, secretario del comun revolucionario de París, á las órdenes de Pethion; antipático por naturaleza á los crímenes y á los escesos de la multitud, habia atravesado la revolucion en el aislamiento y el duelo de un hombre que se escapa al pueblo por la oscuridad. Habíase refugiado despues en la filosofía especulativa, para la cual su espíritu retórico y controversista era mas apto que para la política, ciencia de instinto y de primer movimiento. Habia tenido escuela y formado secta en esa enseñanza vaga y sistemática de la filosofía. Sus lecciones y sus libros habian revelado su nombre á un pequeño número que se apasiona de espíritu en pró ó en contra de los sistemas en un siglo de accion; empero esta celebridad que no tiene jueces, es la mas influyente y la mas disputada de todas; porque la opinion pública es naturalmente perezosa y prefiere juzgar mas bien por palabras que por obras.

Aunque imbuido en la apariencia en estas especulaciones de la filosofía, unido Mr. Royer-Collard con monsieur Becquet, hombre de la misma virtud, pero de mas actividad, habia sido designado al rey Luis XVIII en Hartwell, como uno de los gefes de opinion que habia en París mas hostiles al despotismo de Napoleon y á sus saqueos de nacionalidades y de libertades, bajo el nombre de conquistas. Mr. Royer-Collard aspiraba entonces á un gobierno donde el derecho monárquico, moderado porque es inviolable, se conciliaria con la libertad de pensar y de votar en una constitucion liberal. Habia aceptado el título peligroso de corresponsal de Luis XVIII en

París; habia formado parte de ese consejo secreto á que pertenecian Mr. Becquet y el abate de Montesquiou, no para conspirar contra Napoleon, sino para dirigir desde lejos el ánimo del rey desterrado al través de las sombras de la opinion en Francia. Napoleon conocia la existencia de este consejo secreto; pero le dejaba obrar porque preferia, comprendiendo bien su interés, que el pretendiente recibiera los consejos de hombres prudentes y contemporizadores, mas bien que las escitaciones turbulentas de peligrosos conspiradores contra su gobierno y contra su vida.

IV.

Al regresar los Borbones, Mr. Royer-Collard, que ya se habia acreditado de antemano para con el rey, no solo por sus servicios, sino por los buenos informes que de él habian dado los señores de Montesquiou y Becquet, obtuvo desde el primer dia la benevolencia del rey, el favor de los príncipes, la autoridad en los consejos y la popularidad entre los electores, y fuerza es confesar que de nada de esto abusó para su ambicion. Esta, elevada como sus pensamientos, y fria como su carácter, no queria fortuna, ni honores. Gustábale aconsejar mas que dominar, y le convenia y agradaba en estremo el papel irresponsable de oráculo. Ser escuchado era para él reinar. Habia aceptado, pero á duras penas, la direccion modesta de la instruccion pública durante aquellos cinco años. Religioso, pero imbuido en las tradiciones austeras del jansenismo, ese estoicismo cristiano, habia velado con severidad, porque la enseñanza pública confiada á la Universidad no se deslizara como un instrumento de reinado á las manos de un clero que era á la vez hostil á la filosofía y al jansenismo. Cuando Mr. Decazes, próximo á caer, se habia vuelto hácia los realistas,

y hecho alianza con ellos, en vez de sostener su pacto con los doctrinarios, Mr. Royer-Collard, irritado con aquella defeccion, se habia retirado de los cargos públicos, é iba por primera vez á desempeñar un gran papel en la deliberacion de la tribuna. Su palabra era un fenómeno en una asamblea. No solamente habia sido escrita, sino corregida y limada en incesantes vigilias, á fin de lograr por el poder de la meditacion y del trabajo ese encadenamiento de lógica donde no falta ningun anillo á la cadena continua de los pensamientos; propendia ademas á esa fuerza y perfeccion del discurso y de la frase que reconcentra, abrevia é ilumina cada palabra por el reflejo ó por el contraste de la palabra que la precede ó la sigue, y que hace de la elocuencia, no ya la espresion, sino el álgebra misma de la política. Era, en fin, una palabra mas propia del púlpito de los templos ó de la cátedra de las escuelas, que de la tribuna de las asambleas; pero para que tuviese todo su valor, era preciso que cayera en el silencio y fuese meditada por el auditorio, como lo habia sido por el orador.

Mr. Royer-Collard habia conquistado de antemano á ese auditorio con la magestad de su talento y con esa popularidad desdeñosa en apariencia, pero en el fondo muy solícita del triunfo que provoca hábilmente el favor del pueblo con la misma indiferencia que se muestra á sus aplausos. Mucho orgullo habia en el desden de monsieur Royer-Collard; pero tambien habia en él mucha complacencia secreta por la popularidad; ofendia frecuentemente, pero jamás ofendia á todo el mundo á la vez. Prestábase en gran manera su carácter para hacer de él un orador de todas las oposiciones, porque era esencialmente crítico, en todas las cosas hallaba inconvenientes, no tomaba la iniciativa ni la responsabilidad de nada, y sirviendo asi á todos los descontentos y á todas las negaciones, se salvaba él mismo de la crítica con la indecision soberana de su espíritu. Sofista de buena fé,

pero gran sofista, llevaba alternativamente sus dudas á todas las balanzas, incapaz de sacar ninguna inconsecuencia como no fuese de censura, y mucho mas incapaz de obrar porque la accion es la conclusion de una voluntad. Leia á medias sus discursos, abiertos delante de él sobre el mármol de la tribuna; pero incrustados de antemano en su memoria. Su voz tenia la gravedad y el peso de su pensamiento; caia con la autoridad de su vida, vida pura y retirada en sí misma, que nada prestaba á la calumnia y muy poco á la envidia, y que solo parecia animada de tres pasiones superiores á las de la muchedumbre, la lógica, la moral y la virtud.

Camilo Jordan, cuyos antecedentes hemos ya referido, volvia detrás de Mr. Royer-Collard de la vida pública con una reputacion madurada en una larga oscuridad y consagrada por la proscricion. El principal carácter de su talento era la honradez. Habiendo combatido y sufrido mucho por la monarquía en la época de sus adversidades, tenia el derecho de aconsejarla en su prosperidad y poder. Los realistas no podian desecharle sin ingratitud, y los moderados estaban orgullosos de atraerse un orador que no podia ser tachado de faccioso.

V.

Gran fuerza prestaron aquellas dos voces á la oposicion en los debates sobre las leyes dictatoriales, y muy principalmente sobre la eleccion. Royer-Collard en un discurso memorable estableció, que el suelo francés habia devorado para siempre el privilegio y conquistado la igualdad. «Una ley que los restablezca, esclamaba al concluir, no reinará, se gobernará por la fuerza.» Monsieur de Villele, órgano cada vez mas autorizado de la mayoría realista, defendió las medidas del ministro ya

secretamente convenidas con él y con sus amigos por medio del gabinete del conde de Artois y de la nueva favorita Mad. de Cayla. Mr. Lainé, hombre de impresiones heróicas y repentinas, convencido por su sensibilidad, por el atentado de Louvel y por las conjuraciones de los bonapartistas, se volvió con sincera abnegacion de amor propio contra la ley que él mismo habia promulgado dos años antes, y reconoció la urgencia de una ley preservativa. Es indudable que esta conducta probaba falta de constancia, pero era disculpable por el amor del bien público que devoraba su alma y que le hacia sacrificar á sabiendas su popularidad á lo que él creia honradez de un arrepentimiento. Camilo Jordan, ya moribundo, se hizo conducir á la tribuna para refutar á su amigo monsieur Lainé y predecir á los realistas en sus últimas y solemnes palabras la suerte que les aguardaba. «Me separo con dolor, dijo, de los ministros que fueron mis amigos, y no vacilo en declarar que este proyecto de ley es el mas funesto que ha salido jamás del consejo de los reyes, desde aquellos consejos de fatal memoria que rodearon y perdieron á la raza infortunada de los Estuardos. Este es el divorcio entre la nacion y la familia que nos gobierna.» Tales pronósticos en semejante boca hacian vacilar fuertemente todas las opiniones y tenian en suspenso los votos. Mr. Pasquier, único infatigable órgano del ministerio, se elevó á una altura de palabras y de valor que no habia tenido hasta aquel dia. Con los sofismas de circunstancia mas hábiles y usuales de las dos oposiciones, refutó la de los doctrinarios por medio de argumentos, y la de los liberales por medio de desafios. Sostuvo temerariamente la causa de una aristocracia propietaria, base del poder político y contrapeso necesario contra las instabilidades de la multitud. «La aristocracia, responde el general Foy, nada ha perdido en las últimas luchas de la patria contra la coalicion en 1815, no se le ha tocado á un solo cabello, y sin embargo ha

venido despues á alargar entre el trono y el pueblo su brazo armado con el hierro del estrangero y ha ensangretado el cetro de nuestros reyes. ¡Desgraciados los que se vean retratados en mis palabras! La aristocracia ha trastornado á la Francia y sembrado el luto en las familias. No se detiene jamás, conspira siempre. ¿Quereis que os diga la prueba?» Diciendo asi desplegaba en la tribuna un periódico de la época en el que Mr. de Chateaubriand, lisonjeando la impaciencia de los realistas, presentaba el programa de un gobierno segun lo concebian y deseaban. «Escuchad y juzgad.»

El general leyó en medio de un silencio interrumpido por los murmullos de la izquierda y por los aplausos irónicos de la derecha el programa de gobierno del ilustre escritor órgano entonces de la aristocracia descontenta. En este programa, calcado sobre las paradojas antipopulares del conde de Maistre, de Mr. de Bonald y de los obispos de la iglesia restaurada, se invocaba una monarquía de la nobleza, la supresion de la ley de reclutamiento y de ascensos que daba los grados del ejército á los que habian derramado su sangre por la patria y no á los derechos hereditarios; el restablecimiento de la intolerancia religiosa colocada como ley del Estado en el código penal de la imprenta; la reconstitucion monárquica de las provincias y corporaciones, la resurreccion de una aristocracia, las sustituciones feudales de dominios inalienables en favor de los pares, medidas innominadas contra la division de la propiedad, la que segun Mr. de Chateaubriand, iba á someter á la Francia á una ley agraria y á convertirla fatalmente en una democracia con la supresion del derecho privilegiado de los primogénitos en las herencias que se sobreentendian en aquellas medidas, en fin, una reparacion pecuniaria á las familias que habian perdido sus bienes en la revolucion.

La lectura de este manifiesto contra-revolucionario abre los ojos de algunos hombres vacilantes y regocija

el alma de los realistas. El tumulto de opinion que rugia en la Cámara tiene su eco fuera de aquel sitio, y la juventud y el pueblo esperan en los puentes á los oradores liberales para hacerles una ovacion y aclamarlos. Las tropas reprimiendo estos triunfos no hacen otra cosa que animar á aquellas sediciones de popularidad. El pueblo crece, la tropa carga, un estudiante es herido de muerte por un soldado, su sangre pide venganza; Camilo Jordan, Laffitte, Benjamin Constant, Manuel y Girardin denuncian estos asesinatos á la asamblea y cuentan los peligros y los ultrages que ellos mismos han sufrido atravesando las filas de los sicarios de la policía. Al salir los diputados se ven rodeados de numerosos grupos que gritan ¡viva la Carta! y los cuales forman una columna de cinco ó seis mil hombres dirigida por los oficiales licenciados y por los periodistas liberales; avanzan por los *boulevards* reclutando en su camino á cuantos se dejan arrastrar por las corrientes de las sediciones en los cafés y en las plazas públicas de una capital en fermentacion; marchan á los arrabales en busca de los proletarios, ejército permanente de las revoluciones; treinta ó cuarenta mil artesanos responden á la invocacion y se dirigen á la casa de villa para contarse allí como en 1792 y asaltar á las Tullerías. La caballería y la guardia real les dan una carga y los dispersan hasta los pórticos de las iglesias; pero la noche prepara nuevos escesos para el dia siguiente. Atacado el ministro en la inmediata sesion á causa de las fuerzas defensivas que habia desplegado, le apoya Mr. de Serre que habia vuelto á tomar su puesto en la tribuna y en el consejo. Este en vez de defenderse ataca á las facciones hasta en la asamblea, con una audacia desesperada que recuerda al orador romano contra Catilina. Casimiro Perier declara *que los diputados no pueden deliberar bajo la opresion*; y estas palabras, circulando pocos momentos despues por los grupos que se hallaban fuera del edificio, los irrita é inspiran nueva animosidad. Todas las noches vivaquean en las plazas públicas las tropas y los grupos del paisanage injuriándose y atacándose alternativamente, en los malecones y en la puerta de San Dionisio; todos los dias corria sangre y París se asemejaba á un campamento donde dos naciones se miraban, la una para imponer, y la otra para no sufrir la ley de los ministros. El rey, rodeado de numerosas fuerzas militares, nada temia por su persona, pero deploraba en secreto el sacrificio que le habian obligado hacer de su ministro, y alarmábase por su familia con las consecuencias de aquella guerra declarada entre el pueblo y la aristocracia. Mr. Decazes le hacia tanta falta á sus afecciones como á su política. Aquellas agitaciones eran una reconvencion muda que dirigia con la vista y el corazon á su hermano contra las exigencias que le habian arrancado su amigo.

VI.

Las palabras de órden de aquella agitacion se renovaban en todas las sesiones por las voces de los diputados de la oposicion. «La sangre no cesa de correr en París hace ocho dias, esclama Laffitte, cien mil habitantes pacíficos de París fueron ayer atropellados, acuchillados y pisoteados por los caballos de los coraceros!...» «He aquí una hoja de sable rota por el golpe,» decia Mr. de Corcelles, mostrando el pedazo de hierro con un gesto de indignacion teatral. «La cólera de la capital ha llegado á su colmo, replicaba Laffitte, el pueblo está muy agitado; temblad por mañana...» «La sangre corre y os negais á oirnos, grita de nuevo Mr. de Corcelles. Esto es infame.» Sublevada la Cámara con estos apóstrofes en dos olas contrarias, y amagando lanzarse la una sobre la otra, obligaba al presidente á separar los partidos cubrién-

dose la cabeza. Benjamin Constant encendia el fuego cuando se apagaba, con el soplo de su palabra amarga y provocadora. Los hombres sensatos, aterrados con aquella fermentacion continua de un pueblo sublevado veinte y cinco dias seguidos, tan pronto por la sangre del duque de Berry, como por la del pueblo y los soldados, procuraban sofocar aquellos gérmenes de la revolucion con una de esas transacciones que dan pretesto á las asambleas para calmarse. Courvoissier, emigrado liberal, ofreció una; pero la rechazó Mr. de Serre en nombre del gobierno, como una debilidad que parecia dar la razon á los facciosos. Aquella transaccion fué retirada por su autor; pero otro diputado del centro, Mr. Bonin, la reprodujo en su nombre, atenuando en la apariencia el escándalo de la doble votacion conferida á los ricos; de esta manera quedó votada. Para desgracia de la monarquía, triunfó la ley entera, despues de las borrascas que recordaban las escenas de la Convencion. El pueblo, contenido en la plaza pública, se retiró lleno de cólera, y sordas conspiraciones comenzaron á urdirse á falta de los tumultos públicos.

Durante estas agitaciones, la Cámara de los pares juzgaba á Louvel, asesino del duque de Berry. Nada negó, reconoció el puñal, él mismo llamó á su accion crímen horrible, y se mostró enternecido con la magnanimidad de su víctima que habia implorado su perdon al morir herido por su mano; pero manifestó un odio brutal y mas fuerte que su razon contra una familia á la que, en su ignorancia atribuia la invasion y los males de la patria. Marchó al cadalso con la indiferencia estóica de un hombre que nada echa de menos en este mundo, ni espera nada en el otro, imágen brutal de una fatalidad que hiere por herir, sin saber lo que hace, ni sentir placer ni arrepentimiento por el golpe que ha descargado.

VII.

Lejos de estinguir su sangre los odios que renacian entre los Borbones, pareció avivarlos y envenenarlos mas. Mr. de La Fayette declaraba á sus amigos que la fuerza abierta era la única arma eficaz para derribar á un gobierno que declaraba la guerra á la igualdad de las clases. Emisarios salidos de este centro iban á esplorar los departamentos y el espíritu de las tropas. La oposicion parlamentaria de Laffitte y Casimiro Perier se asociaba, sin saberlo, en las tendencias y en las manifestaciones comunes, con los conspiradores irreconciliables agrupados en torno de La Fayette, Argenson, Manuel, Corcelles, Rey, Tarrayne y Merilhou. Esta conspiracion hallaba innumerables cómplices sin necesidad de afiliarlos, en las escuelas, en los militares despedidos, restos de los ejércitos de Napoleon, en los sargentos del nuevo ejército, en los pocos republicanos que habia, en los bonapartistas, que eran tantos como los descontentos, en fin, en los compradores de bienes de emigrados, que cada vez temian mas la presencia y las amenazas de los antiguos poseedores despojados de sus herencias y protegidos en aquella sazon por el poder del gobierno.

Un capitan de la legion del Meurthe, que estaba de guarnicion en París, llamado Nantil; un coronel á medio sueldo, llamado Sauzet; un coronel de la guardia imperial licenciado, Maziau; Dumoulin, que fué ayudante de órdenes de Napoleon; Rey, individuo del comité director de todas aquellas tramas; Berard, gefe de batallon de la legion de las Costas del Norte, agrupados por Nantil, resolvieron dar la señal y el centro de reunion á todas sus fuerzas conjuradoras esparcidas, sorprendiendo la fortaleza de Vincennes, corrompiendo los regimientos de Pa-

ris, sublevando los arrabales y dando el asalto á las Tullerías. Gran número de los generales del Imperio, ociosos ó desgraciados en París, como los generales Pajol, Bachelu, Merlin, Maransin, Lafitte, y oficiales de alta graduacion, como Ordener, Fabvier, Caron, Deutzel y Brice, se adhirieron á los planes de los conjurados, cuyo objeto conocido y declarado era derribar al gobierno. La Fayette queria sustituirlo con la república ó con un príncipe constitucional, identificado con la revolucion y ligado con los vínculos de una democracia representativa. La mayoría se proponia proclamar la caida de los Borbones, y el reinado de Napoleon II, fascinacion de los soldados y del pueblo. La impaciencia de derribar á toda costa, precipitó, como siempre, á La Fayette en una complicidad, cuyos frutos no habian de aprovechar á sus ideas. Sus pasiones contra una restauracion que habia aclamado con su corazon cinco años antes, pero que no habia realizado sus esperanzas, ofuscaban en él toda prevision. Pusiéronse de acuerdo para destruir, sin saber lo que habian de reconstruir despues del derribo; por otra parte, habia poca buena fé en aquella coalicion, porque los bonapartistas estaban seguros de hacer volver el triunfo en provecho de su causa militar por el ejército que sublevaban, y los liberales lo estaban de ver redundar en confusion de la república una victoria de pretorianos, á la cual se prestaban, engañando á su partido sin poder engañarse á sí mismos. Acaso esperaba La Fayette que en la imposibilidad de obtener Napoleon II de la córte de Viena una dictadura, se la daria el ejército igual á la que habia tenido en 1790, á la que habia soñado en 1815, y dejó escapar en 1820, pero que una revolucion bonapartista podia darle de 1820 á 1826. Sea de esto lo que quiera, habia ya inteligencia con mucha parte de los regimientos de París y de las principales guarniciones. La noche en que habia de ser sorprendido el castillo de Vincennes estaba ya fijada. Los capitanes Nantil y Capés debian levantar su legion y dirigir el ataque. Mr. de La Fayette habia marchado para su casa de campo de Lagrange, á fin de secundar el movimiento de Vincennes con la sublevacion de su departamento. Mr. d' Argenson habia corrido á la Alsacia, donde su popularidad y su beneficencia le hacian dueño de los ánimos de todos los operarios de sus fraguas. Mr. de Saint-Aignan habia pasado á Nantes, y Mr. de Corcelles, aliado y amigo de La Fayette, hombre á quien la fogosidad de su temperamento impelia á prorumpir en clamores tumultuosos en las asambleas públicas, y á tomar resoluciones estremas en los conciliábulos secretos, tenia á su cargo sublevar la inmensa y temible poblacion proletaria de las fábricas de Lyon, ejército muy dispuesto á las emociones civiles y cuyo ejemplo debia dar una segunda capital á la revolucion intentada en París.

En este estado se hallaban las cosas, cuando la víspera del dia fijado por los conspiradores se vuela casualmente un polvorin en la fortaleza de Vincennes, con cuya ocurrencia las dos policías, civil y militar, abrieron los ojos y fijaron su atencion en aquel foco principal de la revolucion. Los conspiradores vacilaron y aplazaron sus planes para mas adelante: no faltaron tampoco delatores que dieran aviso al gobierno. Nantil se escapó, fueron presos los oficiales sospechosos, alejadas de París las legiones seducidas por los gefes, y por último la conspiracion, mal estinguida y soldada, sometida al juicio de la Cámara de los pares. Ora fuese insuficiencia de las revelaciones, ora temor del gobierno á descubrir demasiados cómplices, y cómplices demasiado importantes, era, en fin, connivencia secreta de una parte de la Cámara de los pares, compuesta de generales napoleonistas, culpables de corazon de los mismos deseos que los conjurados, todos los gefes fueron absueltos y algunos instrumentos secundarios condenados solamente á penas muy leves. Así es que la conspiracion, interrumpida mas

bien que rota, fué reanudada en todas partes por las mismas manos que habian urdido la primera trama.

VIII.

En tanto que la revolucion conspiraba de ese modo impunemente, conspiraba por su parte la contra-revolucion en la sombra. Mr. Madier de Montjau, hijo y sobrino de realistas, que se habia distinguido durante el terror por su heróica fidelidad al trono de Luis XVI, alma fogosa y ávida de servicios, habia sido testigo, en los recientes asesinatos del Mediodía, del favor que los exaltados del partido católico hallaban en la correspondencia procedente de los allegados al conde de Artois, y cuando el duque de Angulema, llamado de Tolosa á Nimes, restañaba la sangre y pacificaba aquella ciudad turbulenta, el jóven magistrado reveló á aquel príncipe sus temores, recabando de él promesas de conciliacion y proteccion para con los protestantes perseguidos y fugitivos. Estos consejos eran demasiado conformes á los sentimientos del duque de Angulema para que pudieran desagradarle. El jóven príncipe, indignado con el degüello de los protestantes y con el asesinato del general Lagarde, perpetrado á la vista y por las manos de hombres armados para la defensa del trono y de las leyes, reunió á la guardia nacional de Nimes, y despues de haberle reprendido frente á frente, en términos heróicos y dignos del canciller de L'Hopital, su cobarde connivencia en aquellos escesos, declaró que iba á pedir al rey, su tio, su disolucion y desarme; pero apenas habian sido pronunciadas estas palabras generosas, cuando órdenes, emanadas del conde de Artois, comandante general de los guardias nacionales del reino, vinieron á neutralizar el acto del príncipe y á mantener vivas en Nimes la agitacion y la tirania del partido exaltado.

Mr. Madier de Montjau, unido á la vez por su familia con los realistas y por sus opiniones con los doctrinarios del partido de Mr. Decazes, entonces favorito poderoso del rey, habia leido en Nimes uno de esos escritos anónimos que las facciones ocultas procuran circular entre sus adeptos para imprimirles el espíritu y la direccion de las juntas supremas. Esta circular escrita desde Paris á nombre de una junta oficiosa, al dia siguiente del asesinato del duque de Berry, decia á los afiliados de Nimes: «No os sorprendais ni os asusteis si el atentado del 13 de febrero no ha causado todavía la caida del favorito, obrad como si estuviese ya caido; nosotros le arrancaremos de ese puesto sino quieren echarle de él; entretanto, organizaos, no os faltarán avisos, órdenes y dinero.» Semejante audacia probaba, en concepto de monsieur Madier de Montjau, gran poder en los que la empleaban, y de aqui deducia la existencia de un gobierno subterráneo que obraba por las inspiraciones y bajo la direccion suprema del hermano del rey, al paso que ese supuesto gobierno no era tal vez mas que la ambiciosa y turbulenta usurpacion de los hombres revoltosos que se amparaban con su favor y su nombre.

IX.

Sea de esto lo que quiera, lo cierto es que el jóven magistrado, deseoso de lanzar su nombre al eco de los partidos, de prestar un servicio á la opinion moderada, de ser su mártir ó merecer bien de los partidarios de Mr. Decazes y del rey mismo, pasó á Paris durante los grandes debates de la Cámara, decidido á denunciar aquel gobierno oculto á la cólera de los liberales. Contenido largo tiempo por los consejos de hombres prudentes, enemigos del escándalo, y estimulado por otros, habíase arrai-

gado en él el convencimiento de la existencia de un gobierno tenebroso, desde que leyó una declaracion de Mr. de Lally-Tollendal, anciano que tenia todo el aturdimiento de la juventud y que era muy amigo de monsieur Decazes. Apoyado sobre esta autoridad Mr. Madier de Montjau dirigió una peticion denunciadora á las Cámaras, tea de discordia en un foco ya en combustion. Los debates de aquella peticion, que rasgando todos los velos debia descubrir los misterios de ambicion y de reinado prematuro en el palacio, solo levantó tempestades de tribuna. Mr. de Saint-Aulaire, suegro de Mr. Decazes, insinuó que el ascendiente de familia tendia á sustituir á la verdadera monarquia. El general Sebastiani recordó la nota secreta á las potencias estrangeras, procedente sin duda del mismo centro, y conspirando contra la independencia del mismo poder del rey y de la nacion. La peticion, rechazada por los ministros, fué pasada al duque de Richelieu, y por este á los tribunales. El denunciador tuvo el único triunfo que pudo esperar; el ruido, la agitacion y el papel seguro de víctima, cuando se denuncia lo que es imposible probar y mas imposible destruir.

X.

Mientras que todas estas conspiraciones tramaban la pérdida de la restauracion, á que contribuian sus amigos insensatos ó sus enemigos implacables, la Providencia daba con el nacimiento del duque de Burdeos un heredero ó una víctima mas á los destinos de aquella monarquía. La duquesa de Berry, princesa á quien la sangre de su marido y el hijo que llevaba en su seno habian cubierto de una popularidad tierna y afectuosa en Francia y en Europa, sintió los dolores del parto la noche del 20 de setiembre de 1820. Esta fecundidad tan oportuna á la

monarquía, revelada por primera vez sobre una tumba y que hacia datar la concepcion del hijo solo algunas semanas antes de la muerte del padre, habia servido de testo á las incredulidades y á las ironías de los enemigos intestinos ó públicos de la casa real. Importaba, pues, que una publicidad auténtica, conforme á los usos de la monarquía, quitase todo alimento á esos rumores y á esas malignidades del odio. El mariscal Suchet y muchos oficiales de la guardia de las Tullerías, asistieron al nacimiento y depusieron irrecusablemente sobre la verdadera maternidad de la duquesa. El rey acudió apenas tuvo noticia del acontecimiento, y recibió al niño en sus brazos, como un premio de sus penas, y como una garantía milagrosa de su raza. Lo levantó en alto á la vista de todos los concurrentes, y conforme á las tradiciones clásicas y queridas de su corazon, mojó los lábios del recien nacido con algunas gotas del vino que, segun decian, habia fortificado antes que la leche el corazon de Enrique IV.

En los periódicos de Lóndres apareció una protesta, que se cree apócrifa, contra el nacimiento eventual de un príncipe supuesto, la cual se atribuia al mas interesado, que era el duque de Orleans, ó á sus amigos. Este príncipe la desmintió delante de Luis XVIII. El rey le reprendió. El duque de Orleans quiso sin embargo preguntar al mariscal Suchet sobre la realidad del parto, antes de felicitar á su sobrina. El mariscal atestiguó enérgicamente la legitimidad del príncipe. Satisfecho el duque con tan irrecusable testigo se dirigió á palacio para rendir sus homenages. La Francia entera se congratuló y tranquilizó con el nacimiento de aquel príncipe, aumentando no poco la alegría la compasion que inspiraba la memoria de su infortunado padre. El pueblo quiere que la Providencia se encargue de vengar el crímen y de enjugar las lágrimas. Los poetas le llamaron *el hijo del milagro*, y los embajadores el hijo de la Europa. Los

gado en él el convencimiento de la existencia de un gobierno tenebroso, desde que leyó una declaracion de Mr. de Lally-Tollendal, anciano que tenia todo el aturdimiento de la juventud y que era muy amigo de monsieur Decazes. Apoyado sobre esta autoridad Mr. Madier de Montjau dirigió una peticion denunciadora á las Cámaras, tea de discordia en un foco ya en combustion. Los debates de aquella peticion, que rasgando todos los velos debia descubrir los misterios de ambicion y de reinado prematuro en el palacio, solo levantó tempestades de tribuna. Mr. de Saint-Aulaire, suegro de Mr. Decazes, insinuó que el ascendiente de familia tendia á sustituir á la verdadera monarquia. El general Sebastiani recordó la nota secreta á las potencias estrangeras, procedente sin duda del mismo centro, y conspirando contra la independencia del mismo poder del rey y de la nacion. La peticion, rechazada por los ministros, fué pasada al duque de Richelieu, y por este á los tribunales. El denunciador tuvo el único triunfo que pudo esperar; el ruido, la agitacion y el papel seguro de víctima, cuando se denuncia lo que es imposible probar y mas imposible destruir.

X.

Mientras que todas estas conspiraciones tramaban la pérdida de la restauracion, á que contribuian sus amigos insensatos ó sus enemigos implacables, la Providencia daba con el nacimiento del duque de Burdeos un heredero ó una víctima mas á los destinos de aquella monarquía. La duquesa de Berry, princesa á quien la sangre de su marido y el hijo que llevaba en su seno habian cubierto de una popularidad tierna y afectuosa en Francia y en Europa, sintió los dolores del parto la noche del 20 de setiembre de 1820. Esta fecundidad tan oportuna á la

monarquía, revelada por primera vez sobre una tumba y que hacia datar la concepcion del hijo solo algunas semanas antes de la muerte del padre, habia servido de testo á las incredulidades y á las ironías de los enemigos intestinos ó públicos de la casa real. Importaba, pues, que una publicidad auténtica, conforme á los usos de la monarquía, quitase todo alimento á esos rumores y á esas malignidades del odio. El mariscal Suchet y muchos oficiales de la guardia de las Tullerías, asistieron al nacimiento y depusieron irrecusablemente sobre la verdadera maternidad de la duquesa. El rey acudió apenas tuvo noticia del acontecimiento, y recibió al niño en sus brazos, como un premio de sus penas, y como una garantía milagrosa de su raza. Lo levantó en alto á la vista de todos los concurrentes, y conforme á las tradiciones clásicas y queridas de su corazon, mojó los lábios del recien nacido con algunas gotas del vino que, segun decian, habia fortificado antes que la leche el corazon de Enrique IV.

En los periódicos de Lóndres apareció una protesta, que se cree apócrifa, contra el nacimiento eventual de un príncipe supuesto, la cual se atribuia al mas interesado, que era el duque de Orleans, ó á sus amigos. Este príncipe la desmintió delante de Luis XVIII. El rey le reprendió. El duque de Orleans quiso sin embargo preguntar al mariscal Suchet sobre la realidad del parto, antes de felicitar á su sobrina. El mariscal atestiguó enérgicamente la legitimidad del príncipe. Satisfecho el duque con tan irrecusable testigo se dirigió á palacio para rendir sus homenages. La Francia entera se congratuló y tranquilizó con el nacimiento de aquel príncipe, aumentando no poco la alegría la compasion que inspiraba la memoria de su infortunado padre. El pueblo quiere que la Providencia se encargue de vengar el crímen y de enjugar las lágrimas. Los poetas le llamaron *el hijo del milagro*, y los embajadores el hijo de la Europa. Los

unos vieron en su cuna un prodigio, y los otros un principio; pero nadie entreveia desde tan lejos la suerte de los Estuardos. Munificencias, amnistías y gracias de todo género caian de las manos del rey á ruegos de la jóven madre. Aquella cuna presentada al mundo fué por espacio de algun tiempo prenda de reconciliacion, de esperanza y de paz para los pueblos. El milagro del nacimiento hacia á los mas incrédulos supersticiosos. Aquel era un don de la naturaleza que á los ojos de la Francia daba nueva fuerza á la política. Deciase que aquel niño, criado en las ideas y en el espíritu del rey para perpetuar su obra constitucional, se escaparia por su edad y por su educacion á los resentimientos merecidos ó inmerecidos que la revolucion recelosa alimentaba contra su raza; que él seria la fecha del tratado de paz entre las ideas de lucha, esto es, *el edicto de Nantes* de las opiniones encarnadas de un rey jóven. Este acontecimiento de familia era á los ojos de todos una intervencion de la Providencia en los destinos de la patria, y nadie creia que el cielo pudiera intervenir por medio de un nacimiento tan inesperado para engañar al mundo ni para retirar su prenda de porvenir y de seguridad. Tal fué el espíritu de los discursos, de las ideas y de los sentimientos que se derramaron entonces sobre aquella cuna. Siniestros agüeros apuntaban sin embargo casi al mismo tiempo por los dos lados del horizonte, en España y en Nápoles.

XI.

Se ha dicho que Napoleon habia sido un misionero armado de la libertad y de la revolucion en Europa, y que recorriendo el continente para dominarlo, habia sembrado en él á sabiendas los gérmenes de fecundidad liberal. Este es el sofisma inventado para el uso de los

Sejanos de su reinado, cuando han querido despues de su caida construirle una doble popularidad en la imaginacion de los pueblos, á fin de acumular sobre su nombre todos los elementos de oposicion que querian hacer á los Borbones ó á la república. Napoleon, en todas sus victorias contra las nacionalidades, no sembró mas que terror á su nombre y resentimientos contra la Francia. Esta le debe su mayor gloria militar, prestigio inmenso para una nacion, de que es justo rodeemos su memoria; pero ni la Francia ni el continente le deben el amor á la libertad, á menos que se llame con este nombre el cansancio del despotismo con que habia fatigado á los pueblos. Por esta razon se podria sostener igualmente que la noche produce el dia, porque las tinieblas hacen suspirar por la luz, y que la servidumbre crea la libertad porque fomenta la rebelion en las almas oprimidas y las subleva contra el opresor. Lo que es cierto y lo que está comprobado por todas las revelaciones de su pensamiento y por todos los actos de su política desde el 18 Brumario hasta el concordato renovado de Cárlo-Magno, hasta sus feudatarios y su nobleza, hasta el mutismo impuesto por él al pensamiento bajo el nombre de *ideología*, es que hizo retroceder la corriente de toda la revolucion francesa; que persiguió, para apagarlas, las luces de los principios de aquella revolucion á donde quiera que pudo alcanzarlos su espada, así en su patria como en el continente; que empleó la fuerza de que Dios le habia dotado, no para destruir, sino para rejuvenecer la autoridad absoluta de las teocracias, de las aristocracias y de los tronos, y por último que fué el verdadero Juliano de la libertad de conciencia y de la libertad civil, el gran antagonista de la filosofía del siglo XVIII en todo el universo. Héroe sí, apóstol no, ó apóstol fuera de tiempo de la conquista, de la gloria y de la fuerza material.

XII.

Veamos qué fué lo que pudo engañar por un momento á los pueblos sobre ese apostolado de la libertad atribuido á los ejércitos de Napoleon y lo que hizo brotar debajo de sus plantas ó despues de su caida los síntomas de liberalismo que aparecieron en algunos puntos del continente. En primer lugar debe observarse que habiendo invocado los reyes para resistirle ó vencerle el sentimiento nacional de los pueblos subyugados y sometidos, aquellos pueblos evocados asi por sus soberanos para el socorro de sí mismos, tomaron por primera vez un papel en su propia causa y revindicaron insensiblemente de sus gobiernos para sus libertades interiores los privilegios de pensamiento, de palabra y voluntad nacional de que aquellos gobiernos les habian dejado investirse para la defensa de su independencia esterior. Entonces emplearon para protegerse y administrarse á sí mismos las inmunidades que habian conquistado derramando sus tesoros y su sangre por sus reyes y adquirieron en las guerras nacionales el hábito y el orgullo de las instituciones libres. Por otra parte, habiendo roto la caida de Napoleon el sello que comprimia hacia quince años el espíritu liberal en Francia y dejando respirar el espíritu humano en el pensamiento, en la palabra, en la imprenta y en la tribuna, aquella esplosion acumulada de libertad que estallaba en Francia tuvo su eco en toda Europa, y desde Nápoles á Amsterdan y desde Moscow á Madrid se vieron los pueblos inundados con la corriente de las ideas que por tanto tiempo habian estado sujetas y reprimidas, y sabido es que las ideas toman su nivel en el mundo moral por una ley análoga á la ley que gobierna el nivel del agua ó del aire en el mundo material. Raices subterráneas y entrelazadas unen estrechamente por cierta solidaridad real aunque invisible, todos los altares, todos los tronos, todas las instituciones religiosas ó civiles de las naciones, aun las mas separadas en la apariencia por las distancias ó las costumbres, de suerte que la caida, el trastorno ó la modificacion de una de esas cosas en cualquiera parte del globo, las derriba, las trastorna ó las modifica inevitablemente en todas partes. Esto es especialmente, éxacto en Francia, nacion no superior á las demas, sino mas pronta, mas activa y simpática, que piensa la primera, que se mueve mas pronto, y á la que el mundo moderno se complace en imitar cuando no trata de humillar, ni aspirar á la conquista.

XIII.

Tales eran, en nuestro concepto, las causas verdaderas de los movimientos intestinos de emancipacion, de libertad y de imitacion de las instituciones constitucionales que trabajaban al continente desde que las instituciones liberales, la tribuna y la imprenta de París, agitaban el espíritu público, ó fomentaban sordamente las facciones de Francia. Napoleon y sus ejércitos no habian, no, acelerado aquel movimiento del espíritu de los pueblos hácia nosotros y aquella tendencia á imitarnos; por el contrario, lo habian retardado porque el temor y el odio que la conquista habia suscitado contra nosotros en el mundo no son atractivos para los pueblos. Estos no siguieron nuestras huellas sino desde que cesaron de temernos y de odiarnos. Querian si nuestras ideas y nuestras leyes; pero no nuestro yugo.

En ninguna parte fué este yugo mas inícuo, mas odioso, mas sanguinario y mas heróicamente sacudido como en España. El orgullo legítimo de su independencia ha-

bia resucitado con las astucias y la violencia de Napoleon á aquella nacion adormecida. La España habia sido el Macabeo de los pueblos. Sabida es su historia, y por lo tanto no recordaremos mas que lo que es indispensable para unir los acontecimientos de 1812 con los de 1821.

XIV.

La casa de Borbon reinaba sobre la España y las Américas desde Luis XIV, (1) ó mas bien dejaba reinar á las costumbres, los frailes, la Inquisicion, temor permanente, que el fanatismo de una nacion entonces ignorante, supersticiosa y cruel (2) habia permitido á sus sacerdotes colocar política y religiosamente al lado y encima de su gobierno. En ningun pueblo de la tierra, desde el antiguo *Egipto* ó desde las Galias druídicas habia gobernado la teocracia sacerdotal tan directa é implacablemente á una nacion. El espurgo perpétuo de la fé y la policía de las conciencias por el hierro y el fuego habian multiplicado allí los sacrificios humanos. Treinta y ocho mil víctimas de aquel tribunal sin apelacion habian sido quemadas en público en el espacio de tres siglos. La muerte de los hereges era el espectáculo que se daba

(1) No desde Luis XIV, que nunca reinó en España, sino desde Felipe V, duque de Anjou, data el reinado de la casa de los Borbones en España y América.
(*Nota del traductor.*)

(2) Podria disimularse lo de *ignorante y supersticiosa* en la época á que se refiere el historiador; pero no debemos dejar pasar sin correctivo el epíteto de cruel, que aplica á España. No era ella la que tenia encendidas las hogueras de la Inquisicion. Fué solamente víctima, y no autora de esos autos de fé que consternaron y escandalizaron al mundo.
(*Nota del traductor.*)

anualmente en edificacion ó en ejemplo á los fieles. Otros muchos condenados ó sospechosos, cuyo número pasaba de 300,000 interrogados por medio del tormento, habian espiado en los calabozos y en las mazmorras el crímen de haber sido solamente sospechosos de libertad de pensar sobre las cosas santas. La dulzura de la casa de Borbon habia ablandado con el uso la ferocidad de Felipe II. La Inquisicion no obtenia ya sino muy pocas ó ninguna víctimas en el último reinado; pero las riquezas inmensas é inviolables de la iglesia, la multiplicacion, la ociosidad y la mendicidad de los frailes, institucion que suprime el trabajo suprimiendo la familia, continuaban embarazando al gobierno y esterilizando á la España, la cual subsistia de la riqueza de su suelo y de sus colonias lejanas, como un poseedor ocioso que se enerva en su molicie mientras que sus esclavos cultivan para él sus tierras descuidadas. No quedaba á la España en el momento en que estalló la revolucion francesa en 1789, mas que las tradiciones caballerescas en su nobleza, una sangre heróica en su pueblo, los reinos gobernados por los vireyes en la América del Sur, (1) un culto de tradicion para sus reyes, una superstícion alternativamente fanática y tímida para sus sacerdotes, restos de virtudes y de vicios en un pueblo que se descompone y que va á morir si la adversidad no le regenera.

XV.

Cárlos IV reinaba, ó mas bien dejaba reinar bajo su nombre al favorito de la reina, que habia llegado á serlo tambien suyo. Don Manuel Godoy, simple guardia de Corps, cuya gentil presencia habia seducido á la jóven

(1) Y tambien en la del Norte.
(*Nota del traductor.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

reina, y cuya habilidad aliviaba al rey del peso de la corona, ejercia á la vez sobre ambos esposos uno de esos ascendientes sobrehumanos y misteriosos que solo el amor puede esplicar en la muger y la debilidad ó sumision del espíritu en el marido. Una y otro no tenian, al parecer, mas que un solo corazon para adorar y engrandecer al favorito comun. Espiacion del despotismo que entrega una nacion á un hombre solo, este hombre á una muger débil, y esta muger á un cortesano desconocido.

Godoy, despues príncipe de la Paz, no era inepto, ingrato ni traidor. Tenia talento y espedicion para los negocios, gran deseo á las mejoras que fuesen necesarias al reino y un agradecimiento y una fidelidad para sus soberanos que participaban de la supersticion del español, de la asiduidad del amante y de la obediencia del hijo. El amor y la confianza le habian entregado el reino y queria conservarlo intacto, próspero y fiel á sus amos. El clero, cuya dominacion sobre una córte monacal, no contrariaba el privado en manera alguna, le toleraba sin impaciencia por temor á un ministerio filósofo sacado de entre los españoles que comenzaban á alarmar su ortodoxia y á respirar al través de los Pirineos las libertades de pensamiento y de conciencia. La nobleza le sufria por ese hábito de respetar en los favoritos, cardenales ó cortesanos, los caprichos de la magestad real. La córte, compuesta por él, y el ejército mandado por él mismo, servian á su voluntad y su ambicion. Solo el heredero de la corona, el jóven Fernando, casado casi niño con una princesa de Nápoles, odiaba en el príncipe de la Paz al tirano de su padre, al señor, al rival de su propia dignidad, la humillacion de su familia y al enemigo natural del hijo de la casa real. La princesa de Asturias, su esposa, relegada, perseguida y consumida al fin de languidez hasta morir, no pudiendo resistir la dureza del yugo de la reina, y algunos amigos, confidentes de sus penas, sostenian aquel odio instintivo contra el favorito. Tal era

aquella córte, donde las ceremonias religiosas, la etiqueta melancólica, apenas interrumpida por las cacerías y la música, mantenian en pie la eterna ignorancia y la monótona ociosidad.

XVI.

Las conmociones de la Francia, desde 1789 á 1792, apenas habian sido percibidas en España, donde la Inquisicion, la policía, la ignorancia del pueblo, la indiferencia de la córte y la altura de los Pirineos lo interpretaban todo. Despues de una declaracion débil de guerra á la república francesa por decoro al resentimiento de la sangre vertida de Luis XVI, la córte de España habia concluido una paz humillante. Inmóvil y tímida asistió á las victorias de Napoleon en Italia y Alemania, y á los destronamientos de la casa de Parma y de la de Nápoles aliadas por la sangre; fiando su salvacion en sus condescendencias, prestando sus escuadras al emperador contra la Inglaterra en Trafalgar, para auxiliar ella misma la sumision de los mares y del continente y dando uno de sus cuerpos de ejército á Napoleon para ir á contener á la Dinamarca bajo sus leyes. Esto era poco; el príncipe de la Paz, para encadenar mejor á Napoleon con el agradecimiento, habia concluido con él un tratado secreto (1) por el cual daba paso á las tropas francesas para ir

(1) Fué firmado en Fontainebleau el 27 de octubre de 1807 entre don Eugenio Izquierdo, plenipotenciario de Cárlos IV y el gran mariscal de palacio Duroc. Constaba de catorce artículos que espresaban que la reina de Etruria cedia á Napoleon sus dominios de Toscana, recibiendo por indemnizacion la provincia portuguesa de entre Duero y Miño con la ciudad de Oporto, bajo el título de reino de Lusitania Septentrional: Que don Manuel Godoy seria declarado sobera-

á someter el Portugal, y previendo la muerte de Cárlos IV y su propia decadencia, habia estipulado para sí mismo, como premio de su complicidad, el reino de los

no hereditario de los Algarbes: que las provincias de la Beyra, Tras-os-montes y la Estremadura portuguesa quedarian en depósito hasta la paz general para disponer de ellas segun las circunstancias y del modo que conviniesen entre sí Cárlos IV y el emperador: que si se estinguian las dinastías reinantes en la Lusitania septentrional ó en los Algarbes, el rey de España tendria el derecho de dar la investidura á quien quisiese, con condicion de que jamás se reuniesen en una misma persona estas dos soberanías ni á la corona de España: que el rey de España seria el protutor perpétuo de estas dos potencias, y que sin su consentimiento jamás podrian hacer la guerra ni la paz: que si á la época de la paz general eran restituidas á la casa de Braganza las provincias centrales de Portugal en cambio de Gibraltar, la isla de la Trinidad y otras colonias adquiridas por los ingleses y pertenecientes á la España, el soberano de dichas provincias portuguesas quedaria bajo la proteccion del rey de España en los mismos términos que el de la Lusitania septentrional y los Algarbes: que el rey de España á la conclusion de la paz general ó tres años despues á mas tardar de la fecha de este tratado tomaria el título de emperador de las Américas: y en fin, que las posesiones de ultramar de Portugal se dividirian entre España y la Francia por una convencion particular.

En el mismo dia en que se concluyó el tratado de Fontainebleau, Cárlos IV y el emperador por medio de los mismos plenipotenciarios formaron una convencion separada en siete artículos, espresando que veinte y cinco mil hombres de infantería francesa y tres mil de caballería entrasen en España y marchasen directamente á Lisboa, agregándoseles ocho mil hombres de infantería española, tres mil de caballería y treinta piezas de artillería: que al mismo tiempo una division separada de diez mil españoles tomaria posesion de la provincia portuguesa de Entre Duero y Miño y de la ciudad de Oporto, y otra division española de seis mil hombres haria lo mismo con las provincias de Alentejo y de los Algarbes:

Algarbes, desmembramiento del Portugal, asi repartido con Napoleon.

Empero nada bastaba á satisfacer á Napoleon: él queria un trono mas para uno de sus hermanos, y desde el fondo de la Alemania habia fijado los ojos en Madrid. Los agentes secretos del príncipe de la Paz y del emperador, seguian en París sordas negociaciones, en que se halagaban y adulaban mútuamente para engañarse. Quien sabe las tramas que allí se urdian para envolver á la España y captarse el favor de Napoleon, cuando estalló inopinadamente en Aranjuez, residencia de estío de la córte de España, una tragedia de palacio, semejante á las de Bizancio en el imperio griego, la cual vino á ofrecer á Napoleon el pretesto de las intervenciones, de las astucias y de las violencias que premeditaba hacia algunos meses.

XVII.

El príncipe de Asturias, heredero inmediato del trono, llevando cada vez con menos paciencia la opresion

que la España mantendria las tropas francesas: que las provincias secuestradas serian gobernadas por el general francés, y las de la Lusitania y los Algarbes por los españoles: que todas las tropas y los comandantes estarian á las órdenes del general francés, escepto en el caso de que el rey de España ó el príncipe de la Paz fuesen á mandar la espedicion en persona, pues entonces tanto las tropas francesas como las españolas estarian bajo sus órdenes: que se reuniria un nuevo ejército de cuarenta mil hombres para marchar á Portugal, atravesando la España, en el caso de que los ingleses enviasen socorros á los enemigos ó amenazasen en atacar el Portugal: pero que la entrada de estas tropas en España seria precedida de una nueva convencion entre los soberanos contratantes.

(*Nota del traductor.*)

del favorito, á quien acusaba de perder á la España y conspirar contra él mismo, aconsejado por otro lado por su preceptor el canónigo Escoiquiz y sus confidentes los duques de San Cárlos y del Infantado, que creian que su único apoyo estaba en la intervencion poderosa de Napoleon, y desesperado, en fin, por el esceso del peligro y del odio, escribió al emperador una carta suplicándole que le adoptase por hijo y le concediera la mano de una princesa de la familia de los Bonaparte ó de la de los Beauharnais. Empero, ora fuese indiscrecion calculada de Napoleon para hacer irreconciliable la disension del padre y del hijo, ora penetracion por parte del señor Izquierdo, agente del príncipe de la Paz en Paris, es lo cierto que el ministro tuvo conocimiento de aquella carta y la denunció á Godoy. Revelada por este al rey y á la reina, é interpretada como crimen de Estado y conjuracion contra el reinado y la vida de sus padres, aquella carta exaltó hasta el delirio el dolor, el orgullo y la cólera del infortunado Cárlos IV. La reina por su parte se habia exagerado á sí misma las apariencias y convertia en atentado lo que no pasaba de ser una imprudencia ó falta de respeto. Arrestado en palacio el príncipe de Asturias, conducido á los pies de sus padres, convencido de haber sostenido correspondencia con el estrangero por los papeles que se hallaron en su cuarto y denunciado á la España y al mundo como príncipe rebelde é hijo casi parricida, tembló ante las reconvenciones y ante las amenazas de Godoy, de la reina y del rey. Arrepentido de su falta, lloró é imploró el perdon de sus padres; pero como en el interrogatorio hubiese descubierto á sus consejeros, estos sufrieron solamente la venganza de las leyes. El hijo arrepentido, degradado y perdonado, habia evitado la suerte trágica de don Cárlos, y recobrado en la córte de su padre la libertad, el rango y la subordinacion de un heredero presuntivo apartado de los consejos y anulado por su humillacion. La Europa se escandalizó con

aquel drama sin desenlace en el palacio de Cárlos IV, y la España, indignada con el triunfo del favorito, hervia en facciones y acopiaba cada vez mas caudal de odio y de resentimientos.

XVIII.

Aquel era el momento en que Napoleon, bajo el pretesto ambiguo de los negocios de Portugal y de un auxilio mal definido de sus ejércitos, prestado á la España en virtud del tratado secreto de Fontainebleau con Godoy, hacia atravesar los Pirineos á cien mil hombres de sus mejores tropas, á las órdenes de Murat, se apoderaba por la astucia ó por la violencia de las plazas fuertes y avanzaba hácia Madrid, sin que el gobierno español aterrado, ni él mismo pudieran dar á los españoles patriotas una esplicacion ni aun especiosa de aquella ocupacion militar del reino, que colocaba alternativamente las provincias, los arsenales, los puertos, las ciudades de guerra, y pronto quizás la capital misma, bajo el yugo y á merced del estrangero. Cárlos IV, la reina y el favorito, que al fin habian abierto los ojos, aunque demasiado tarde, sobre los proyectos de un conquistador que habia encubierto su ambicion so capa de amistad y que al fin rasgaba él mismo el velo, resolvieron abandonar á Madrid, retirarse á Cádiz, y trasladar el trono á las Américas, y hasta las tropas españolas estaban ya escalonadas en el camino de Andalucía para proteger esta fuga del rey y su familia; pero el príncipe de Asturias resistia secretamente esta partida, que entregaba la monarquía á los franceses. Esta resistencia del heredero inmediato del trono traspiraba al pueblo y hacia al príncipe ídolo de la nacion humillada y vendida. Intimidada la córte con la resolucion del pueblo de impedir la fuga de sus reyes,

dió contraórden y se retiró con el favorito á Aranjuez por entre las tropas reconcentradas para la seguridad de su viage. Murat entretanto, durante aquella perplejidad de los dos partidos de la córte y aquellos movimientos todavía respetuosos del pueblo, entraba en Madrid con el ejército francés, ocupaba todos los caminos y todos los pasos del rio que dominan la capital, y guardando un silencio enigmático, mas terrible y pérfido que una declaracion de guerra, se erigia en árbitro de los destinos del pueblo y del rey.

XIX.

Desengañado al fin el príncipe de la Paz sobre la supuesta amistad de Napoleon, acababa de saber por su agente Izquierdo, que habia llegado precipitadamente de Paris, que la usurpacion del trono y de la nacion era el secreto de los misteriosos manejos de Napoleon, y que no quedaba ya mas recurso á su soberano y á él mismo que apelar, para salvarse, á la insurreccion nacional ó á la fuga; pero acostumbrado el favorito á los milagros de la fortuna y embriagado con los sueños que la diplomacia astuta de Napoleon habian infundido durante tanto tiempo en su alma, seguia adormeciéndose en Aranjuez con las ilusiones y las voluptuosidades de su última hora. El estampido del trueno le despertó la noche del 17 al 18 del mes de marzo de 1808. Una turba de paisanos que habia salido furiosa de Madrid en el momento en que Murat entraba y profanaba con las armas estrangeras la capital, acudió al palacio real de Aranjuez gritando traicion y venganza contra el favorito, que, segun decia, habia vendido la patria al estrangero. Aquella multitud, engrosada en el camino con las poblaciones del tránsito y con los vecinos del mismo Aranjuez, cercaba ya el

palacio de Godoy, arrastrando en su movimiento á las tropas y proclamando el nombre querido y salvador del príncipe de Asturias, y se precipitó en la habitacion del favorito, puñal en mano, para lavar con su sangre la debilidad del rey y la pérdida de la monarquía. Apenas tuvo tiempo Godoy para escaparse por un corredor de la furia del pueblo, que inundaba y destrozaba su palacio, para subir por una escalera oculta á los desvanes, y esconderse allí, como uno de los emperadores pretorianos de Roma, en un rollo de estera.

Creyendo el pueblo que se habia escapado, sació su furia clavando sus armas en los colchones de la cama del favorito, saqueó toda la casa y encendió antorchas para reducirla á cenizas; en seguida se dirigió al palacio del rey, y respetando sus umbrales, pedia á grandes gritos por soberano á su hijo Fernando. Insensibles á su peligro y á sus ultrages personales, la reina y su marido, mas fieles al amor y á la amistad que á su corona, solo temian y suplicaban por Godoy, pidiendo casi de rodillas á su hijo que hiciera por descubrir el paradero del príncipe de la Paz, y procurase su salvacion, prometiéndole que le entregarian la corona si le devolvian á su amigo.

XX.

Entretanto el infortunado Godoy habia pasado la noche y gran parte del dia siguiente en la lenta agonía de un reo condenado á muerte que oye desde su retiro las maldiciones, el furor y los preparativos de su suplicio, y que no puede libertarse de la muerte sin precipitarse en otra. Devorado por la sed, abrumado de calor, abrasado por la calentura, temiendo que el fuego aplicado á su palacio le consumiese vivo en la hoguera de paja en que se habia sepultado, le parecian siglos las horas de su lento martirio. En fin, no oyendo ya en su casa ni los pa-

sos, ni los gritos de la alborotada muchedumbre, y pensando que el pueblo, cansado de esperar, se habia retirado completamente para ir á buscarlo en otra parte, se aventuró á salir de su retiro y á bajar con el mayor sigilo las escaleras del desvan para ir á apagar su sed, buscando inútilmente una gota de agua en los jardines y en las fuentes de aquel palacio que pocas horas antes le prodigaba todas sus delicias. Aquel silencio de su casa abandonada en la apariencia era un lazo, y en los vestíbulos habia apostados centinelas descalzos y guardando el mayor silencio para no hacer pública su vigilancia. Uno de estos centinelas le descubre, le prende, rechaza las ofertas de dinero que le hace el fugitivo para enternecerle, y lo entrega á la guardia, que inútilmente lo disputa al furor del pueblo, el cual le arroja piedras y lodo. La noticia de su prision resuena como un grito de alegría hasta el palacio del rey; á este grito responden la reina y el rey con otro de desesperacion, y ruegan á su hijo que se muestre magnánimo y salve de la muerte á su enemigo: «Fernando, le dice su madre, ¿quieres nuestra corona? Tuya es, salva á nuestro amigo y abdicará tu padre.—Sí, si, añade el anciano rey, salva á Manuel y eres rey.» A estas palabras corre Fernando á socorrer á su enemigo, le arranca del poder de la muchedumbre, y lo confia á la custodia de la tropa. «¿Sabes, le dijo por toda venganza, que ya soy tu rey?—¿Pero á lo menos viven el rey, mi señor, y la reina? preguntó por todo consuelo el favorito, mas cuidadoso del destino de sus bienhechores que de su humillacion y de sus heridas. Una vez tranquilo sobre la existencia de sus soberanos, le metieron cubierto de lodo y sangre, en un coche y lo llevaron al castillo de Villaviciosa para aguardar otra muerte. Juegos del favor, de la fortuna, de la desgracia y de la muerte, que se arrancan y se disputan su víctima en una noche, y que no habian acabado todavía para Godoy.

XXI.

En aquel mismo dia abdicó Cárlos IV en favor de Fernando, esperando uno y otro que la abdicacion ó la investidura fuesen ratificadas por Napoleon, dueño del territorio por su ejército y árbitro de la corona por su política. Su intérprete Murat rehusaba esplicarse, entreteniendo alternativamente con la esperanza y el temor al padre y al hijo. Precedido y seguido Napoleon de fuerzas invencibles, llegó á Bayona, última ciudad francesa en la frontera de España, y avocó á sí en el territorio de la Francia aquel gran proceso como para tener á ambos competidores, á quienes habia resuelto destronar, á merced de su ambicion y separados de su pueblo. Cárlos IV, su esposa, su hijo y el favorito accedieron á aquella invitacion, medio seducidos y medio violentados. Las astucias que llevaban á aquellos dos monarcas á Bayona, se parecian mas á la política italiana de Maquiavelo, que á la política romana de César. Despues de haber arrastrado Napoleon á sus pies á aquellos príncipes, quiso deshonrar al uno por medio del otro, dando al mundo el espectáculo de sus disensiones y de su humillacion. El padre y la madre repredieron fuertemente á su hijo delante de Napoleon, y éste afectó tomar la defensa de Cárlos contra Fernando, intimándole que abdicase un reino que habia adquirido por la rebelion contra los derechos de la sangre. Luego que el hijo abdicó y restituyó el trono, obligó Napoleon al padre á abdicar en su favor una corona que no podian rehusar en el pérfido cautiverio que sufrian en Bayona. Napoleon dió entonces el trono de España á su hermano José, y envió al destierro á Cárlos IV, á su muger y á su favorito, sin mas consuelo que la amistad que unia á los tres, y con una pension mal pagada,

en cambio de dos imperios. Señaló por prision á Fernando y á su hermano el castillo de Valenzay, rodeado de armas y de policía para evitar la fuga de aquellos príncipes, si por acaso les hacia volver en sí el sentimiento de su dignidad humillada. Lanzó sus ejércitos sobre España, sublevada por tantos atentados en favor de su independencia. Victorias y derrotas fueron igualmente estériles para conquistar ó emancipar aquella nacion. El alma de aquel pueblo combatia en cada uno de sus hijos. La guerra llegó á hacerse una lucha general sostenida cuerpo á cuerpo. Con el desembarque de los ingleses, que acudian al socorro de los españoles, se ensanchó el campo de batalla. Cada provincia, privada de su rey, nombró una junta de insurreccion permanente. Estas juntas gastaron uno tras otro los cuerpos de ejército de Napoleon. Esa lucha de seis años hizo á Europa eco y cómplice de aquella primera nacionalidad sublevada contra la conquista del mundo. Cádiz fué el centro de esa representacion armada de la España. La nacion reinó por sus reyes durante el interregno de su monarquía. La Europa aprendió de la España que los ejércitos son mortales, pero que las naciones son invencibles. Rechazado Napoleon hácia sus propias fronteras por el Norte, levantado y coaligado contra él, restituyó al papa á los romanos y á Fernando VII á los españoles. Empero este príncipe, esclavo en su cuna, y cuyo carácter habian encruelecido y agriado los acontecimientos de su juventud, fué ingrato al volver á España. Las Córtes, representacion del pueblo español, que habian combatido por él, quisieron poner precio á su victoria y le pidieron que jurase la constitucion que habian promulgado en 1812, á fin de conciliar el trono y la libertad. Fernando, recibido por su pueblo con el delirio del entusiasmo, siguió atravesando sus provincias sin esplicarse, y al llegar á las puertas de la capital, ya se habia olvidado de los que se las habian abierto, abolido la constitucion y recobrado la plenitud

de su soberanía, no siendo despues su reinado mas que una larga série de persecuciones contra los diputados á Córtes que habian querido poner una condicion á su vuelta y límites legales á su autoridad. Los realistas moderados, los patriotas, los nobles, los oradores, los ministros y los generales de la guerra de la independencia se consumian en los calabozos, poblaban las mazmorras y se refugiaban en el destierro. Una córte doméstica llamada *camarilla* reinaba y perseguia bajo el nombre del rey. Varias tentativas de insurreccion militar, no contra el rey, sino contra la faccion realista, habian producido dos víctimas: *Porlier* y *Lacy*, jóvenes generales de la independencia; al morir Porlier, habia legado su memoria á los patriotas en un epitafio que habia preparado para su sepulcro: «Aquí reposan las cenizas de L. Diaz Porlier, general de los ejércitos españoles. Fué afortunado en todas sus empresas contra los enemigos esteriores de su patria, y murió víctima de las discordias civiles. Hombres sensibles á la gloria, respetad los restos de un patriota desgraciado.» Lacy, despues de haber concertado un movimiento constitucional con crecido número de generales y oficiales de la guerra de la independencia, vió malograda por la traicion la empresa, y se refugió en una montaña de los Pirineos, en la cabaña de un pastor, donde fué descubierto por los que le perseguian y despues condenado á muerte en Barcelona; pero no pudiendo hallarse ejecutores de un general á quien tanto adoraban en Cataluña, le embarcaron para la isla de Mallorca, donde halló la muerte en la misma playa en lugar del destierro que le habian prometido. Todas las provincias de España tenian sus sociedades secretas, sus conjuraciones militares, sus traidores, sus delatores y sus verdugos. El terror se cernia á la vez sobre la córte que sentia al suelo temblar bajo su despotismo, y sobre los liberales que sentian la mano de la córte y de la Inquisicion abierta sobre ellos. Todo anunciaba una de esas crí-

sis supremas en la vida de los pueblos, en que las naciones y los gobiernos, incompatibles y animados por dos espíritus irreconciliables, no pueden libertarse ó de la insurreccion ó de la tiranía. El clero y los frailes españoles, que habian servido admirablemente á la causa de la independencia, se colocaban ahora al lado de la monarquía absoluta: aliados naturales de un trono que habian dominado eternamente, enemigos de la libertad que destronaba la Inquisicion y que en su primer acto emancipaba las conciencias. Los calabozos de la Inquisicion rehusaban sus víctimas al juicio de los tribunales civiles. Los mismos obispos, sospechosos de tolerancia y de sentimientos liberales, gemian bajo los cerrojos del Santo Oficio, y hasta el rey no se atrevia á negar á la venganza de este tribunal, aquellos mismos cuya inocencia y adhesion á su persona le eran conocidas.

La Rusia, por celos contra la Inglaterra, favorecia secretamente con sus consejos este sistema de terror del rey Fernando, á quien habia estimulado á elevar en crédito y en favor á un hombre salido de las filas mas ínfimas de la domesticidad de la córte, leal de corazon, pero de limitado entendimiento, y cuyo celo y actividad aliviaban al rey del peso de su corona. La dificultad de llenar el tesoro real en un pais sin industria y sin comercio, agotado por diez años de guerra encarnizada, movió á Fernando y á su favorito á concebir una espedicion decisiva, cuyo objeto era reconquistar y pacificar por la fuerza de las armas la América española, disputada entonces entre los vireyes de Fernando y los gobiernos independientes que aquellas colonias apartadas se habian dado durante la usurpacion y las luchas de la madre patria. Ugarte, ministro íntimo y personal del rey para los preparativos de aquella espedicion, subordinó en lo que concernia á los preparativos á todos los demás ministros. Las fuerzas navales y militares de la monarquía fueron reconcentradas en Cádiz, puerto de donde debia salir la escuadra para llevar á la América la voluntad irresistible de la España. El general O'Donell, conde de Labisbal, de una de esas familias irlandesas católicas, que hicieron de la España su patria adoptiva, y el cual tenia tres hermanos, generales como él, que mandaban otras provincias, recibió del rey el mando general del ejército espedicionario, reunido en Cádiz y en los pueblos inmediatos.

XXII.

Pero O'Donell fluctuaba á merced de los acontecimientos y de los partidos. Apenas llegó á Cádiz, recibió las revelaciones de los gefes del ejército afiliados en las sociedades secretas; los escuchó al parecer favorablemente, y de este modo reconquistó para con los liberales la confianza que habia perdido, y protegió con su silencio y su tolerancia el enganchamiento que para una revolucion se estaba verificando en las filas del ejército. Otro general, Saarsfield, segundo de O'Donell, y amigo del infortunado Lacy, recibió las mismas revelaciones, y juró vengar á Lacy reconquistando la constitucion, por la que éste y Porlier habian muerto. Pusiéronse al parecer de acuerdo O'Donell y él para insurreccionar en dia señalado á sus cuerpos en favor de la causa comun; pero sea que la connivencia de Labisbal y Saarsfield con los oficiales conspiradores de sus ejércitos no fuese mas que una astucia para conocer las opiniones de sus subordinados, ó que aquellos dos generales, juzgando prematuro el movimiento, quisieran dejarlo estallar á medias para mejor aplazarlo ó sofocarlo en seguida, el resultado fué que apenas proclamaron algunos regimientos la constitucion, se reunió O'Donell con Sarsfield para atacar á los insurrectos, cogió *in fraganti* á todos los coroneles y oficiales comprometidos ó sospechosos que habian tenido la impru-

sis supremas en la vida de los pueblos, en que las naciones y los gobiernos, incompatibles y animados por dos espíritus irreconciliables, no pueden libertarse ó de la insurreccion ó de la tiranía. El clero y los frailes españoles, que habian servido admirablemente á la causa de la independencia, se colocaban ahora al lado de la monarquía absoluta: aliados naturales de un trono que habian dominado eternamente, enemigos de la libertad que destronaba la Inquisicion y que en su primer acto emancipaba las conciencias. Los calabozos de la Inquisicion rehusaban sus víctimas al juicio de los tribunales civiles. Los mismos obispos, sospechosos de tolerancia y de sentimientos liberales, gemian bajo los cerrojos del Santo Oficio, y hasta el rey no se atrevia á negar á la venganza de este tribunal, aquellos mismos cuya inocencia y adhesion á su persona le eran conocidas.

La Rusia, por celos contra la Inglaterra, favorecia secretamente con sus consejos este sistema de terror del rey Fernando, á quien habia estimulado á elevar en crédito y en favor á un hombre salido de las filas mas ínfimas de la domesticidad de la córte, leal de corazon, pero de limitado entendimiento, y cuyo celo y actividad aliviaban al rey del peso de su corona. La dificultad de llenar el tesoro real en un pais sin industria y sin comercio, agotado por diez años de guerra encarnizada, movió á Fernando y á su favorito á concebir una espedicion decisiva, cuyo objeto era reconquistar y pacificar por la fuerza de las armas la América española, disputada entonces entre los vireyes de Fernando y los gobiernos independientes que aquellas colonias apartadas se habian dado durante la usurpacion y las luchas de la madre patria. Ugarte, ministro íntimo y personal del rey para los preparativos de aquella espedicion, subordinó en lo que concernia á los preparativos á todos los demás ministros. Las fuerzas navales y militares de la monarquía fueron reconcentradas en Cádiz, puerto de donde debia salir la escuadra para llevar á la América la voluntad irresistible de la España. El general O'Donell, conde de Labisbal, de una de esas familias irlandesas católicas, que hicieron de la España su patria adoptiva, y el cual tenia tres hermanos, generales como él, que mandaban otras provincias, recibió del rey el mando general del ejército espedicionario, reunido en Cádiz y en los pueblos inmediatos.

XXII.

Pero O'Donell fluctuaba á merced de los acontecimientos y de los partidos. Apenas llegó á Cádiz, recibió las revelaciones de los gefes del ejército afiliados en las sociedades secretas; los escuchó al parecer favorablemente, y de este modo reconquistó para con los liberales la confianza que habia perdido, y protegió con su silencio y su tolerancia el enganchamiento que para una revolucion se estaba verificando en las filas del ejército. Otro general, Saarsfield, segundo de O'Donell, y amigo del infortunado Lacy, recibió las mismas revelaciones, y juró vengar á Lacy reconquistando la constitucion, por la que éste y Porlier habian muerto. Pusiéronse al parecer de acuerdo O'Donell y él para insurreccionar en dia señalado á sus cuerpos en favor de la causa comun; pero sea que la connivencia de Labisbal y Saarsfield con los oficiales conspiradores de sus ejércitos no fuese mas que una astucia para conocer las opiniones de sus subordinados, ó que aquellos dos generales, juzgando prematuro el movimiento, quisieran dejarlo estallar á medias para mejor aplazarlo ó sofocarlo en seguida, el resultado fué que apenas proclamaron algunos regimientos la constitucion, se reunió O'Donell con Sarsfield para atacar á los insurrectos, cogió *in fraganti* á todos los coroneles y oficiales comprometidos ó sospechosos que habian tenido la impru-

dencia de pronunciarse, y los envió presos á las fortalezas. Tranquilizada y satisfecha la córte con este acto ostensible de vigor por parte de O' Donell, le recibió como al salvador del trono y le retuvo en Madrid. El ejército, dislocado un momento, y retirado de Cádiz por precaucion del gobierno que no queria entregar una plaza fuerte á los azares de una rebelion, fué acantonado bajo las órdenes del general Calderon en la isla de San Fernando.

XXIII.

Sin embargo, la prision de los oficiales, gefes de la conjuracion, no habia hecho mas que animar el ardor de los numerosos conjurados del ejército, los cuales siguieron conspirando con el mayor sigilo y nombraron por su general al coronel Quiroga, cómplice de Porlier y de Lacy, y preso en aquel momento en la isla de Leon. Arco Agüero, encerrado por la misma causa en el castillo de San Sebastian de Cádiz, fué nombrado por ellos gefe de estado mayor. Don Rafael del Riego, amigo de aquellos conjurados, y ardiendo en deseos de dar la libertad á su pais, fué el alma y la mano de la nueva conjuracion. La España es el pais de las conjuraciones atrevidas y largo tiempo fraguadas entre millares de iniciados, acaso porque la Inquisicion haya amoldado los caractéres al misterio, á la sangre, y la naturaleza á la audacia y á la venganza, que son los dos guardianes del secreto prometido. La mayor parte de los oficiales y sargentos del ejército sabian el dia en que debia estallar la revolucion, pero ninguno la revelaba. Estalló el 1.° de enero de 1820, á la voz de Riego y de los oficiales de su batallon en las Cabezas de San Juan, donde estaba acantonado el regimiento de Asturias. El pueblo respondió con gritos de júbilo y de entusiasmo. Aquel mismo dia marchó Riego

sobre Arcos, cuartel general del ejército, donde arrestó por su propia mano al general en gefe Calderon y su estado mayor, y logró que se le unieran algunos batallones. Entretanto el coronel Quiroga, que se habia escapado de su prision, marchaba contra Cádiz á la cabeza de algunos batallones sublevados. La ciudad de Jerez se pronunció tambien en cuanto entraron las tropas de Riego, y Saarsfield tuvo que fiar su salvacion á la fuga. Arrastrado pronto todo el ejército por la corriente de la opinion triunfante, nombró sus gefes y redactó un mensage respetuoso, pero imperativo, para imponer al rey la Constitucion de 1812. Solo Cádiz cerraba sus puertas á los conjurados. El general Freire, nombrado por el rey en reemplazo de Calderon, reunia un ejército para cercar la isla de San Fernando y ahogar la rebelion en su gérmen. Riego salió de alli con una columna espedicionaria para insurreccionar las provincias inmediatas; pero recibido en unos puntos con entusiasmo y en otros con resistencia, se escapaba no sin trabajo de los destacamentos todavía fieles, que le perseguian y obligaban á marchar con la mayor rapidez; asi es que en muy poco tiempo se halló en Málaga, cuya ciudad sublevó, midiendo sus armas contra don José O'Donell, hermano del conde de Labisbal; se replegó en desórden y perdió parte de sus soldados por la desercion, y atravesó la provincia de Córdoba al frente de 300 hombres estenuados de cansancio, única fuerza que le quedaba, recibiendo alli inútiles aclamaciones y algunos subsidios; pero ostigado por fuerzas superiores, y no pudiendo ya hacer otra cosa que arrastrar su columna diezmada á su perdicion, licenció á sus oficiales y á sus soldados, señalándoles por punto de reunion la Coruña. La insurreccion, hasta entonces puramente militar, se habia estinguido en vez de encenderse en aquella espedicion. Fortificada por Quiroga entonces la isla de San Fernando, se defendia á duras penas contra las tropas de Cádiz. Todo estaba suspenso,

asi en los ánimos como en los acontecimientos, y la insurreccion bloqueada por fuerzas cada vez mayores, parecia ahogada en su cuna, cuando la ciudad de la Coruña, á donde Riego habia dirigido á los hombres desbandados, se sublevó espontáneamente á su voz, y proclamó la revolucion dentro de sus muros. Galicia, Asturias y Aragon siguieron el movimiento de la Coruña, y la Constitucion fué proclamada en todas partes, hasta en Cádiz, donde es de lamentar la mucha sangre que se vertió á consecuencia de un choque accidental entre el pueblo entusiasta y las tropas irritadas por su derrota. La conmocion de aquellos movimientos en la circunferencia llegó hasta Madrid y se apoderó del espíritu de las tropas, y hasta de la misma guardia real. Vencido Fernando mas por la necesidad que por la conviccion, resolvió transigir con los pueblos, prometiéndoles instituciones representativas; pero las promesas no bastaban ya á satisfacer la impaciencia de un ejército y de una nacion que se habian levantado para reconquistar sus derechos; asi es que estalló una insurreccion popular en Madrid debajo de los balcones del palacio real, la cual no cesó hasta que Fernando VII proclamó la Constitucion de 1812 y convocó á las Córtes. Aquella constitucion puramente republicana, porque habia nacido de la organizacion revolucionaria de una nacion sin gefe, durante la guerra de la independencia, no conservaba de la monarquía mas que el nombre y el principio hereditario en la cumbre de instituciones puramente electivas. Pero Fernando no deliberaba sobre el lugar que se le dejaba en la Constitucion, pues apremiado por la necesidad se habia resignado á su suerte y la sufria. Reuniéronse las Córtes, y la Constitucion llevó al poder á todos los hombres sumidos en los presidios y en calabozos. La venganza apareció de nuevo bajo el nombre de la libertad, y las proscriciones se volvieron contra los que poco antes las mandaban. Quiroga, Riego y sus cómplices reemplazaron en el ministerio, á la cabeza de los ejércitos ó en los gobiernos de las provincias, á los ministros, á los generales y á los gobernadores que habian permanecido fieles á Fernando; éste no fué ya en su palacio rodeado de un respeto oficial, sino el cautivo y el rehen de la revolucion. Los motines fueron los golpes de Estado cotidianos de la muchedumbre. La demagogia reinó bajo el nombre de una monarquía humillada. El rey, como todos los reyes que quieren continuar reinando sobre los revoltosos y por medio de ellos, no conoció que despues de un destronamiento real, el sepulcro ó la proscricion son los únicos asilos de su dignidad. Prestó forzadamente su nombre á los actos de sus enemigos, compadecido por los unos, odiado por los otros y sospechoso á todos. La Europa, á escepcion de Francia y la Inglaterra, protestó por medio de notas diplomáticas severas, contra aquellas concesiones de la debilidad á la fuerza, y presagió lo impracticable y los desastres en gérmen de aquella constitucion. El ejército de Cádiz no quiso disolverse á la voz de las mismas Córtes y de Quiroga, que se habia hecho moderado desde que era victorioso. Riego, continuando el papel de tribuno de los soldados, tomó el mando revolucionario, queriendo vigilar con las armas los actos de las Córtes y sustituir la dictadura de los campamentos á la ley civil. Destituido por las Córtes y llamado por los clubs, vino á Madrid á triunfar de las leyes ultrajadas y á servir de bandera á los mas exaltados. Combatido por la energía de los ministros, se vió obligado á retroceder delante de la constitucion que violaba despues de haberla instalado. Desterrado de la capital, fué á llevar á su provincia las quejas, las conjuraciones y la venganza de sediciosos comprimidos. Esta derrota del primer tribuno no fué mas que una ráfaga de órden y de paz en el reinado constitucional de Fernando; pues fluctuando pronto entre los ministros revolucionarios y los que eran sospechosos de realismo á la revolucion, sufrió de sus ministros nuevos

ultrages y de su pueblo nuevas violencias. Pasó por todas las fases de Luis XVI, menos el cadalso. Retirado por un momento al Escorial, palacio de recreo demasiado próximo á las insurrecciones realistas, que se armaban ya en su nombre en las provincias fieles, se vió obligado á volverse á Madrid, instigado por sus ministros, para sufrir allí, como la familia real en Versalles el 6 de octubre, la invasion y las intimaciones de los clubs. Todos sus amigos y hasta su confesor fueron espulsados. Sus guardias, cercados por el pueblo, sucumbieron unos en la refriega que sostuvieron para defender el palacio, y otros fueron desterrados por haberlo defendido inútilmente. Durante estas convulsiones intermitentes de la capital, los realistas y los frailes sublevaron los Pirineos y la Cataluña en favor del poder absoluto y de la religion esclusiva; los republicanos, instigados por algunos emisarios franceses, tramaban la república en Zaragoza; Riego corria á aquella ciudad para volver á tomar el papel de agitador en gefe de su patria; pero el pueblo indignado le cerró las puertas y prendió á los facciosos estrangeros. Los mismos gefes de las Córtes sufrian á su vez la inconstancia y los cambios de la popularidad en Madrid. El conde de Toreno, orador célebre, y Martinez de la Rosa, poeta, orador y patriota, víctimas los dos del poder absoluto, y salidos de las prisiones para venir á dominar con su talento en las Córtes, ya sospechosas de moderacion y tibieza en la libertad, se salvaban no sin gran trabajo del furor de la plebe. La sangre de los exaltados y de los moderados corria en todas las poblaciones. Las partidas *de la fé* recorrian la Navarra y el Aragon, á las órdenes del cura Merino y del general Quesada, mientras que en Urgel se formaba un gobierno realista, nómada é insurgente, bajo el nombre de *Regencia suprema de España*, poniéndose á su cabeza el marqués de Mataflorida y el baron de Eroles. Mina, proscrito por Fernando, volvia, como Coriolano, de su destierro en Francia á su patria, y atacaba en su propio nombre á las insurrecciones realistas por medio de insurrecciones liberales. Levantaba tropas, imponia tributos, despojaba los arsenales de Barcelona y repelia hasta Francia á los ejércitos de la Fé. Tres guerras civiles asolaban é incendiaban las provincias. Una asamblea impotente, ministros insultados, un rey cautivo, una capital turbulenta, un pais desgarrado en facciones, una muchedumbre dominada alternativamente por los demagogos y los frailes, tan pronto armada del puñal de los asesinos, como llena del estupor de las víctimas; tal era la España en los momentos en que la conspiracion liberal de Paris, preludio de aquellas agitaciones de la Península, anudaba en Paris, Nantes y Alsacia, las tramas militares y populares, que respondian desde el seno del *comité directo*r á las leyes represivas del ministerio. Las reuniones de la capital, las sociedades secretas, los discursos revolucionarios, los folletos virulentos, las alusiones siniestras y las hojas volantes, disfrazando sus escitaciones incendiarias bajo la forma de una oposicion legal, eran en Francia otros tantos ecos de las tramas concertadas con los republicanos de Zaragoza y los exaltados de Madrid. La revolucion se estendia al través de los Pirineos y los Alpes.

Un acontecimiento inesperado vino á redoblar sus fuerzas y dar á las esperanzas de los unos y al terror de los otros uno de esos sacudimientos que conmueven á todo el continente. La Italia, adormecida al parecer bajo la dominacion de sus reyes y bajo la tutela armada del Austria, se agitaba de uno á otro estremo, y en muy pocas semanas de intérvalo, Nápoles y Turin se respondian por medio de dos insurrecciones militares y con un solo grito de constitucion!

XXIV.

Hace algunos siglos que la Italia es la gran calumnia del mundo moderno. Diríase que los pueblos del Norte se vengan del yugo que les impuso en otro tiempo, y del horror de los muchos atentados que con ella cometieron, afectando desprecio á su carácter, y queriendo impedirla que se estime á sí propia deshonrándola. Ese desprecio revela cobardía, ignorancia é injusticia. La Italia ha sido siempre y sigue siendo la tierra privilegiada de la naturaleza y de la humanidad; la savia viril de sus grandes siglos no ha degenerado ni se ha agotado. Arrastrada por la caida irresistible del mundo viejo en la decadencia del imperio universal que habia fundado, ninguna nacion en la tierra ha soportado sin disolverse y envilecerse tan largo destronamiento. Su gloria, su religion, su genio, su nombre, su lengua, sus monumentos y sus artes, han continuado reinando despues de su fortuna. Solo ella no ha tenido edad de tinieblas civiles despues de su edad de dominacion por las armas. Ella ha sometido á sus cultos, á sus leyes y á su civilizacion á los bárbaros que la conquistaban; profanándola, la sufrian; vencedores, mendigaban de ella sus leyes, sus costumbres y sus dioses. El continente casi entero no es mas que una colonia intelectual, moral y religiosa de aquella madre patria de la Europa, del Africa y del Asia. La edad media la destrozó sin disolverla. Sus pedazos, divididos en pequeños principados ó repúblicas, conservaron las palpitaciones, el vigor, el movimiento y la energía de las grandes nacionalidades. Tuvo épocas de anarquía y de grandes convulsiones; de virtudes, crímenes y heroismos grandiosos como sus ruinas. Su renacimiento bajo la dominacion de los papas, de los Médicis, de su casa de Ferrara, de sus aristocra-

cias de Venecia, de sus democracias de Génova, de sus teocracias de Roma, de su principado comercial de Florencia y de sus paladines de Nápoles y de Sicilia, fué el renacimiento de la Europa. Al encenderse, iluminó al universo. Guerra, política, literatura, comercio, artes, navegacion, manufacturas, diplomacia, todo emanó de la Italia. Sus nombres se asemejan á esas dinastías eternas, á quienes la naturaleza ha dado la supremacía en todos los dominios del espíritu humano; así es que los Sisto V, los Leon X, los Cosmes, los Tassos, los Dantes, los Maquiavelos, los Miguel Angel, los Rafael, los Petrarcas, los Galileos, los Dorias y los Cristóbal Colon se trasmiten todavía hoy el cetro que ninguna otra nacion ha podido arrancar á su raza. Sometida en los últimos siglos al Austria, interesada en domarla para subyugarla completamente, y á la casa de los Borbones de España, dinastías supersticiosas, vireinatos del a España ó de la Alemania; á los papas, que dejaban la dominasen las potencias á fin de conservar su favor; á las aristocracias viciosas, bastante ricas para corromperla, pero demasiado débiles para hacerla aguerrida, y en fin, á un clero que pactaba para aumentar sus riquezas con la servidumbre; la Italia, rica, poblada, feliz por los sentidos, humillada por el alma, se adormecia, pero no se resignaba.

Durante su sueño la penetraba el espíritu nuevo por todos sus poros. En ninguna parte de Europa, esceptuando Francia, tenian mas sectarios que en Italia las ideas de tolerancia y de emancipacion para los cultos, de libertades civiles, de igualdad de las clases, de instituciones representativas, de gobierno espiritualista de los pueblos y de la espresion del pensamiento por medio de la tribuna ó de la imprenta para concurrir á los progresos de la humanidad, contándose sobre todo mayor número de sectarios en la cabeza del país, en el consejo de los príncipes, en las córtes, en el clero, en las escuelas, en los talleres de los artistas, en los escritores, en los poe-

tas y hasta en los templos. En sus pompas sacerdotales la Italia era filósofa; en su despotismo era liberal; bajo su desmembramiento era patriótica y tendia por todos sus instintos á esa unidad nacional ó federal, única resurreccion posible de su fuerza y de su grandeza. Roma, por su situacion geográfica y por su institucion teocrática que la condena á ser la vasalla política de los soberanos estrangeros cuando no puede tenerlos por vasallos, era el obstáculo eterno á aquella unidad. La dominacion espiritual de la iglesia que habia constituido en otro tiempo el poder de los italianos, formaba ahora su esclavitud. Una neutralidad obligada en Roma disuelve toda nacionalidad enérgica y armada en Italia.

La revolucion francesa habia sorprendido á la Italia en este progreso del espíritu nacional y filosófico que le hacia saludar la regeneracion de la Francia. El horror al Austria, tiranía mas odiada porque le era mas pesada, y el temor al yugo francés, sustituido al yugo germánico, equilibraban sus instintos. Sus simpatías, sin embargo, triunfaron de sus temores. La invasion de la Saboya por Mr. de Montesa, quien en tiempo de la Convencion y la bajada de los ejércitos de la república al Piamonte habian sido saludados por los filósofos y por los patriotas italianos como presagios de emancipacion del yugo teocrático y de independencia del yugo del Austria. La nobleza, las clases literarias, artísticas é industriales habian saludado al astro libertador de la Francia, desde Niza hasta Milan y desde Chambery hasta Roma y Nápoles. Los estragos mismos de aquella tierra convertida en campo de batalla de los ejércitos del Norte y francés no habian desanimado á la Italia. Sabia que los pueblos sometidos no rescatan su libertad y su decoro sino á costa de algunos sacrificios. Las victorias de Bonaparte que la reconquistaban para la Francia parecieron á los italianos otros tantos triunfos que la reconquistaban para sí mismo. Aquellos polacos del Mediodía se lisonjeaban de que el

vencedor del Austria los constituiria en nacion unida ó federativa despues de haberlos emancipado. La política egoista y conquistadora de Bonaparte triunfó allí como en Polonia sobre la política magnánima desinteresada que regenerando á la Italia habria resucitado á un gran pueblo aliado, reconocido y vasallo de la Francia, en vez de darle súbditos humillados y tímidos. Napoleon habia gratificado á su cuñado Murat con un reino débil é impotente en Nápoles, á su hijo adoptivo Eugenio Beauharnais con un vireinato precario en Milan, á su hermana Elisa Baciochi con un principado en Toscana, á su otra hermana Paulina Borghese con un gobierno general en el Piamonte; Génova y Venecia y la misma Roma habian llegado á ser despojos desgarrados de la Italia y de las ciudades imperiales, Milan un cuartel general del ejército francés, y la Saboya un departamento francés; el papa como los duxes, reemplazado el Vaticano, no por un gobierno romano, sino por un gobierno francés, arrancado de la capital del catolicismo, vagaba de pueblo en pueblo en un cautiverio apenas disfrazado. Los tesoros de la Italia y las obras maestras de sus museos servian para enriquecer ó adornar el tesoro ó los palacios del emperador. Sus hijos nutrian las filas de los ejércitos franceses y derramaban su sangre en el Norte por una causa que no era ni la de su independencia ni la de su libertad. La ambicion de un hombre y el orgullo de su monarquía militar universal se habian interpuesto fatalmente entre el genio de la Italia y el de la Francia de 1789, que no aspiraban mas que á unirse para fortificarse el uno por el otro; pero unirse en la libertad no en la esclavitud. De este modo el reflujo de la Europa contra la usurpacion universal de Napoleon llegó á parecer una emancipacion de la Italia. Tirano por tirano preferia á los antiguos y los mas débiles. El tratado de Viena le habia devuelto el pontífice y sus príncipes. El Austria, dueña del Milanesado, usurpadora de Venecia, protectora de la Toscana,

habia desplegado en el congreso tanto cuidado por fraccionar de nuevo la península como Napoleon para conquistarla; ninguna de aquellas potencias restauradas, casa de Nápoles, papado, casa de Toscana, casa Cerdeña, era bastante preponderante para dar á la Italia la señal de la independencia y para inspirar al Austria el temor serio de una emancipacion espontánea contra su dominacion.

XXV.

Empero las ideas filosóficas y nacionales que habia burlado y desalentado la Francia en Italia durante el reinado de Napoleon, no habian muerto. Comenzaban á palpitar de nuevo al contacto de las libertades de la tribuna y de la imprenta francesas, desde que el gobierno representativo, importado otra vez en Francia por Luis XVIII, tenia su eco y su emulacion en Nápoles, Roma, Génova y Turin. La esplosion revolucionaria de España para libertarse del sistema monacal y del despotismo de la córte habia conmovido á la Italia. El yugo político del sacerdocio parecia allí mas intolerable á los espíritus desde que habia sido roto y se sentia la impaciencia de acabarlo de romper. La administracion francesa, superior en mecanismo á las administraciones débiles y quisquillosas á la vez de los gobiernos restaurados, habia dejado allí ejemplos y recuerdos que obligaban á echarla de menos. En fin, la juventud militar de la Italia, acostumbrada á la guerra en las campañas de Napoleon, contaba á multitud de generales, oficiales y soldados valientes y aguerridos que se indignaban de su ociosidad presente y que se sentian capaces de pelear y emancipar á su pais. A todas estas fermentaciones de espíritu público y del espíritu nacional en Italia se juntaba la influencia sorda, pero creciente, de las sociedades secretas. Los mas numerosos y temibles de estos afiliados eran los *Carbonari*, ejército subterráneo del espíritu público. Cuando las ideas no pueden salir á la luz del sol se organizan en la sombra. El misterio es la fuerza de los oprimidos.

XXVI.

El carbonarismo, cuyo orígen se pierde en la noche de la edad media, como la francmasonería de que fué alternativamente aliado y enemigo, era una especie de jacobinismo italiano. Tenia sus iniciados, sus doctrinas, sus reuniones secretas, sus correspondencias de provincia á provincia, sus consignas y su administracion oculta; gobierno tenebroso en el gobierno oficial. Cristianismo filosófico, patriotismo exaltado y republicanismo antiguo, fanático y algunas veces declamatorio como el de los girondinos en Francia ó de los amigos de la libertad en Alemania, eran el alma, la fórmula y las ceremonias del carbonarismo. No hacia distincion de rangos, de profesion, ni de clases; iniciaba á los ricos, á los pobres, á los aristócratas, á los plebeyos, á los militares, á los sacerdotes y al pueblo. Era la igualdad del espíritu comun. Sus iniciaciones no tenian nada de sospechoso para los mismos gobiernos; así es que multitud de agentes suyos se afiliaban en la sociedad. Nada era mas irreprensible que sus dogmas, mas pueril que sus ceremonias ni mas leal que sus juramentos. Su único peligro aparente estaba en su mecanismo, en su organizacion, en su número y en la direccion irresponsable y simultánea que algunos hombres ocultos detrás del velo de su gerarquía suprema podian dar con una palabra á sus tendencias y á sus actos. Inocente hoy, podia ser culpable é irresistible mañana, pues este es el peligro que ofrecen las asociaciones numerosas favorecidas por los gobiernos débiles,

que creen adquirir, sosteniéndolas, el poder de derribarlas. Mas de un millon de hombres en las Calabrias, en las provincias y en el ejército de Nápoles estaban afiliados en el carbonarismo. El mismo rey Fernando; sus hijos, y la reina Carolina de Nápoles, su esposa, se habian iniciado en aquella secta durante su largo destierro en Sicilia. Ellos tenian los hilos de aquella sociedad en sus manos y por medio de ella habian fomentado la insurreccion permanente de la Calabria contra los franceses y contra Murat, intrusos en su reino, estrangeros en su patria y usurpadores de su trono. Al volver el anciano rey Fernando á Nápoles despues de la caida de Napoleon, organizó militarmente en milicias locales á los carbonarios de las Calabrias, armando de este modo con la fuerza pública á los que la organizacion preexistente de su secta armaba ya con la fuerza oculta de su asociacion. El espíritu liberal que soplaba de Francia, Inglaterra, Sicilia y España sobre las costas de Italia, los contagió pronto con su influencia, y los generales y oficiales del ejército disuelto de Murat les animaron con el fuego de sus resentimientos; así es que los abusos del gobierno, los vicios de la córte, la opresion inquieta del clero y el envilecimiento de la Italia bajo el mando de príncipes débiles ó cómplices del estrangero llegaron á ser el testo de sus discursos, y la reparacion de estos agravios, la resurreccion de un patriotismo italiano y el establecimiento de una constitucion el objeto ostensible y declarado de sus reuniones. El ejército, mandado en parte por los antiguos lugar-tenientes de Murat, se asociaba á estas tramas murmurando contra la córte que habia vuelto á Nápoles con los emigrados y con los consejeros del terror realista de 1789. El rey habia envejecido en el destierro, instrumento pasivo de las pasiones de la reina Carolina su muger. Amábale el pueblo, era juguete de los grandes y objeto de burla y desprecio para los soldados. Entregado á las mugeres y á los curas era incapaz de resoluciones fuertes y si solo de astucias y cambios inesperados, príncipe degenerado, en quien la educacion supersticiosa y la adulacion servil ahogaban la naturaleza. La caza en los boques de Caserta, *Escorial* de la dinastía de Nápoles, y la pesca en su hermoso golfo con los *lazzaroni*, plebe feliz y trivial de su capital, el amor y las ceremonias del culto se disputaban sus ratos de ocio y sus placeres. El Austria, aliada de su corona y dominadora de su reino, ejercia alta influencia en sus consejos, dirigiendo su gobierno el caballero de Médicis, hombre de vasta inteligencia, pero de tímida voluntad y escaso valor, mas propio para los tiempos pacíficos que para los momentos de revolucion.

Este ministro, incrédulo con respecto á los peligros del carbonarismo, habia cometido la misma falta que los ministros del rey de España en Cádiz el año anterior. Habia formado su campo de observacion en Cessa, aglomerando así todos los elementos de la insurreccion militar sobre un solo punto del reino, como para facilitar á los conjurados los medios de entenderse, concertarse y medir sus fuerzas. Así es que al dejar el campo los diferentes cuerpos del ejército llevaron á sus respectivos acantonamientos la conviccion de su número, de su espíritu unánime y la certidumbre de ser seguidos en el momento en que una ocasion oportuna favoreciese el pronunciamiento del pais. Nápoles aguardaba á su Riego.

XXVII.

Un alférez de caballería, llamado Morelli, acantonado en Nola, provincia de Avelino, intermedia entre Nápoles y las Calabrias, fué el primero que dió la señal al ejército: el 2 de julio de 1820 al rayar el dia montó á caballo y se puso al frente de unos cien soldados de su re-

gimiento iniciados en los carbonarios por un canónigo de Nola, llamado Menidisni, y seguido de aquel sacerdote y de un puñado de carbonarios, avanzó hácia la ciudad de Avelino, ocupada por otros cuerpos de tropas, á los gritos de *Viva Dios! viva el rey! viva la Constitucion!* Mandaba á la sazon las tropas en Avelino el coronel Conciliis, de ilustre nacimiento y uno de los mas ricos de aquella provincia, iniciado tambien en el carbonarismo, pero indeciso todavia sobre la hora y ocasion del pronunciamiento. Inquieto y descontento tal vez con la insurreccion prematura de Morelli, delibera y vacila sobre las armas. La insurreccion se detiene y fluctúa un momento. El rey, que surcaba á la sazon las aguas del golfo para ir á recibir á su hijo el duque de Calabria, que venia de Sicilia, sabe á bordo de su navio la audacia y los primeros triunfos de Morelli. Comprende el peligro de la primera chispa en un reino minado por conjuraciones subterráneas; teme poner el pie en la playa, hasta que le deciden á ello las satisfactorias noticias que recibe sobre la resistencia de Conciliis. Entra en su palacio acompañado de su hijo y de toda su servidumbre; sucédense los consejos, y el general Guglielmo Pepe, soldado popular del ejército de Murat y que manda en gefe la provincia, recibe la órden de marchar para Avelino; pero apenas se da esta órden, es revocada y se envia en su lugar al general Carascosa. Pepe se indigna con aquella desconfianza que le arranca la ocasion de servir de árbitro, cual otro La Fayette, entre el trono, el ejército y el pais. Parte en secreto á pesar de la córte, sorprende y arrastra tras sí en las puertas de Nápoles un regimiento de caballeria á los gritos de *Viva la Constitucion*, siembra el espanto en el palacio, la agitacion en la capital y la alegria en el corazon de los conjurados. Carascosa, fiel al rey, pero popular entre los liberales, quiere conciliar su deber con aquella popularidad y pierde las horas en Nápoles reflexionando sobre su union. Entretanto, el tiempo, que es el elemento de las

revoluciones ó de las represiones, se pasa y se consume. Morelli logra sublevar con su destacamento los pueblos y campos inmediatos, y en una entrevista nocturna y secreta se pone de acuerdo con el comandante de Avelino, Conciliis. Sublevado ya este coronel quiere insurreccionar tambien á su provincia; llama y reune las tropas y las milicias so pretesto de cerrar las puertas de la ciudad á los insurgentes, aunque en realidad para abrírselas. Toda la provincia y las tropas mandadas por Conciliis se declaran en insurreccion contra el gobierno absoluto. Morelli y Conciliis forman un campamento constitucional sobre las alturas del Avelino. El general Pepe llega desde Nápoles, no para combatir, sino para autorizar y dirigir el movimiento con su presencia. La noticia de la defeccion del jóven general se propala y arrastra á la insurreccion á las ciudades, á las guarniciones y á las provincias inmediatas. Los carbonarios se levantan con las milicias, como un pueblo invisible hasta entonces, en medio de un pueblo atónito y asombrado. Pepe, respetuoso en sus palabras, pero resuelto en sus actos, los forma en columnas y anuncia su marcha sobre la capital. Nápoles, que no esperaba mas que un gefe y una señal, se agita y entusiasma á la aproximacion de los conjurados. Una diputacion de los carbonarios, de la nobleza y del pueblo penetra en el palacio é intima al rey que promulgue la Constitucion. El príncipe otorga las instituciones impuestas y pide solamente que se le dé tiempo para discutirlas con sus ministros. Uno de los tribunos señala con el dedo á la manecilla del reló, y concede dos horas solamente á la córte para cambiar las instituciones del pueblo. Sometido y humillado el rey de este modo, separa á sus ministros, nombra á otros del agrado de la muchedumbre, publica un manifiesto prometiendo la Constitucion para dentro de ocho dias, y resigna provisionalmente el gobierno en las manos de su hijo, el duque de Calabria. Formado este príncipe desde su infancia en las intrigas de córte en el

palacio de Palermo entre los ingleses, los liberales y su madre, era mas á propósito que otro cualquiera para hacer doblegar astutamente un poder vencido por una revolucion; pero que meditaba reconquistar para sí por la astucia y la fuerza. Apartado de los negocios, ilustrado, estudioso, elocuente, hábil en adular á los partidos y en adormecerlos, su reputacion de liberalismo le hacia simpático al pueblo y al ejército; pero respetuoso en el fondo para con su padre y mas solícito de salvarle su corona que de tomarla prematuramente para sí mismo, el duque de Calabria era el negociador natural entre el trono y los constitucionales. Para calmar instantáneamente la impaciencia tumultuosa del pueblo que rodeaba el palacio, promulga la Constitucion de las Córtes de España, vociferada á falta de otra por los grupos. El pueblo satisfecho se apodera de la promesa, sin saber lo que contiene el texto de aquella constitucion, sabiendo solamente que en Madrid significa el triunfo sobre la córte, la humillacion del rey y la victoria de la libertad popular sobre el despotismo monárquico y sacerdotal.

XXVIII.

Entretanto el general Pepe avanzaba sobre Nápoles á la cabeza del ejército, de las milicias y de los carbonarios de las provincias sublevadas. La revolucion lo habia proclamado su gefe, y debiendo este nombramiento mas bien á la casualidad que á las conjuraciones, era una feliz fortuna para el trono y para la revolucion simultáneamente. Era el Riego poderoso, pero involuntario y moderado de la Italia. Nacido en Calabria, de una raza militar de aquella provincia, la mas agrícola y belicosa del reino, vigésimo hijo de una familia rica y popular en aquellas montañas, educado en la sencillez y en la disciplina de esas costumbres rurales que forman á los labradores y á los soldados, aguerrido desde la infancia por aquellas disensiones intestinas de los partidos que luchaban á mano armada en las Calabrias desde la revolucion de 1794, habiendo entrado en el servicio con muchos hermanos suyos, distinguídose por su valor, ascendido de grado en grado por Murat en los campos de batalla de la Francia hasta el rango de general de division, fiel á aquel príncipe hasta que abdicó, acogido por Fernando, gobernador de provincia y comandante de un cuerpo de ejército desde la Restauracion; jóven todavía, de figura agradable á la multitud, con un nombre querido de los soldados, de opiniones liberales, aunque templadas por el honor, que daban á un mismo tiempo garantías á la libertad y á la corona, y servido por una insurreccion que le tomaba por gefe, sin haberle tenido por cómplice, el general Guglielmo Pepe se parecia á La Fayette, equilibrando el año 90 la república y la monarquía en sus manos, árbitro armado del rey y de la nacion. Empero, aun cuando habia sido el primero en tomar la responsabilidad de aquel papel de árbitro entre el ejército, el trono y el pueblo, el general Pepe era mas ambicioso de fama que ávido de dominacion sobre su soberano; pues no se habia captado la popularidad por halagar á la anarquía, ni arrancado al rey de su palacio para aprisionarlo en su capital, ni perseguido á la familia real fugitiva para traerla y entregarla á sus carceleros. Una fidelidad condicional á su rey, instituciones progresivas á su pais, la señal de la independencia italiana dada para emulacion y ejemplo á la península, una dictadura breve y prontamente abdicada delante del príncipe y de las leyes; tales eran el instinto y el carácter del dictador.

El 7 de julio entró en Nápoles á la cabeza del ejército y de las milicias, despues de haberse concertado secretamente con el duque de Calabria. Su numeroso acompañamiento se asemejaba tanto á una sedicion disciplinada

palacio de Palermo entre los ingleses, los liberales y su madre, era mas á propósito que otro cualquiera para hacer doblegar astutamente un poder vencido por una revolucion; pero que meditaba reconquistar para sí por la astucia y la fuerza. Apartado de los negocios, ilustrado, estudioso, elocuente, hábil en adular á los partidos y en adormecerlos, su reputacion de liberalismo le hacia simpático al pueblo y al ejército; pero respetuoso en el fondo para con su padre y mas solícito de salvarle su corona que de tomarla prematuramente para sí mismo, el duque de Calabria era el negociador natural entre el trono y los constitucionales. Para calmar instantáneamente la impaciencia tumultuosa del pueblo que rodeaba el palacio, promulga la Constitucion de las Córtes de España, vociferada á falta de otra por los grupos. El pueblo satisfecho se apodera de la promesa, sin saber lo que contiene el texto de aquella constitucion, sabiendo solamente que en Madrid significa el triunfo sobre la córte, la humillacion del rey y la victoria de la libertad popular sobre el despotismo monárquico y sacerdotal.

XXVIII.

Entretanto el general Pepe avanzaba sobre Nápoles á la cabeza del ejército, de las milicias y de los carbonarios de las provincias sublevadas. La revolucion lo habia proclamado su gefe, y debiendo este nombramiento mas bien á la casualidad que á las conjuraciones, era una feliz fortuna para el trono y para la revolucion simultáneamente. Era el Riego poderoso, pero involuntario y moderado de la Italia. Nacido en Calabria, de una raza militar de aquella provincia, la mas agrícola y belicosa del reino, vigésimo hijo de una familia rica y popular en aquellas montañas, educado en la sencillez y en la disciplina de esas costumbres rurales que forman á los labradores y á los soldados, aguerrido desde la infancia por aquellas disensiones intestinas de los partidos que luchaban á mano armada en las Calabrias desde la revolucion de 1794, habiendo entrado en el servicio con muchos hermanos suyos, distinguídose por su valor, ascendido de grado en grado por Murat en los campos de batalla de la Francia hasta el rango de general de division, fiel á aquel príncipe hasta que abdicó, acogido por Fernando, gobernador de provincia y comandante de un cuerpo de ejército desde la Restauracion; jóven todavía, de figura agradable á la multitud, con un nombre querido de los soldados, de opiniones liberales, aunque templadas por el honor, que daban á un mismo tiempo garantías á la libertad y á la corona, y servido por una insurreccion que le tomaba por gefe, sin haberle tenido por cómplice, el general Guglielmo Pepe se parecia á La Fayette, equilibrando el año 90 la república y la monarquía en sus manos, árbitro armado del rey y de la nacion. Empero, aun cuando habia sido el primero en tomar la responsabilidad de aquel papel de árbitro entre el ejército, el trono y el pueblo, el general Pepe era mas ambicioso de fama que ávido de dominacion sobre su soberano; pues no se habia captado la popularidad por halagar á la anarquía, ni arrancado al rey de su palacio para aprisionarlo en su capital, ni perseguido á la familia real fugitiva para traerla y entregarla á sus carceleros. Una fidelidad condicional á su rey, instituciones progresivas á su pais, la señal de la independencia italiana dada para emulacion y ejemplo á la península, una dictadura breve y prontamente abdicada delante del príncipe y de las leyes; tales eran el instinto y el carácter del dictador.

El 7 de julio entró en Nápoles á la cabeza del ejército y de las milicias, despues de haberse concertado secretamente con el duque de Calabria. Su numeroso acompañamiento se asemejaba tanto á una sedicion disciplinada

como á un triunfo militar; detrás de los regimientos sublevados, mandados por Morelli y Conciliis, napolitanos, tribunos militares, saludados como sus libertadores por la capital, marchaban en órden millares de milicianos y carbonarios de las provincias. Sus chaquetones de paño burdo, sus sandalias de pastor, sus sombreros cónicos adornados con los colores de los carbonaristas, sus carabinas calabresas brillando al sol, sus pies empolvados, sus rostros tostados, belicosos y sombríos escitaban á la vez la admiracion y el terror de la muchedumbre diseminada por las largas playas de Nápoles, para asistir á esa invasion de una secta, salida de sus *Ventes*, de sus subterráneos, de sus rocas y de sus bosques para venir á triunfar sobre los templos y los palacios de una capital. El cura Menichini, montado en una mula de sus montañas, cubierto con las insignias del carbonarismo, avanzaba carabina en mano entre las milicias rurales. Todos los ojos buscaban y todas las manos aplaudian á aquel sacerdote salvage, primer agente del movimiento de Nola. Un ejército de campesinos, frailes, pastores, marineros y bandidos de aquellas costas marchaba en pos de los gefes de las *Ventes* de sus provincias. Toda la ciudad se adornaba y engalanaba á su paso con los colores de la secta, unos por imitacion y otros por miedo. Un grito unánime de ¡*Viva el rey*! ¡*Viva la Constitucion*! salió del ejército, del mar y de la ciudad y llegó hasta los balcones empavesados del palacio real.

Despues de haber pasado revista á este doble ejército Pepe, Morelli, Conciliis, Menichini y el general napolitano se dirigieron al palacio para llevar al rey y al duque de Calabria el homenage y la intimacion tácita de la revolucion representada por ellos. Recibiólos el duque de Calabria, adornado él tambien, como su córte, con las insignias de la causa triunfante. «Cuando he llegado al campo de los constitucionales, le dijo Pepe, la revolucion estaba consumada, y entonces solo pensé en dirigirla por

el doble interés del trono y de la patria. Los hombres armados que acaban de pasar delante de vuestros ojos, y los millares que han quedado en sus provincias ó han regresado á su pais, no son rebeldes, sino súbditos; sus armas no amenazan al trono, sino que le sirven de apoyo. En cuanto á mí, suplico á V. A. y al rey que abrevien una situacion igualmente penosa á todos, convocando lo mas pronto posible la representacion nacional, y juro que entonces resignaré las altas funciones de que estoy investido con mas diligencia que he puesto hoy para aceptarlas.»

El duque de Calabria juró por su parte con un acento que el disimulo de las córtes italianas hacia sincero, que aspiraba tanto como el pueblo y el ejército á las instituciones constitucionales. «Vos, general Pepe, dijo al concluir, calmad las alarmas producidas por ese generoso sentimiento; ejerced resueltamente vuestra supremacía militar; los mismos generales, vuestros émulos, han aplaudido vuestra elevacion; vuestras acciones se han anticipado á la marcha lenta de los años. ¡Juro defender la Constitucion de las Córtes á costa de mi sangre!» Conducido desde allí á la presencia del anciano rey, enfermo, ó fingiéndose tal para aliviarse del peso de la corona, el general halló á Fernando en una cámara retirada del palacio, acostado en su lecho, y sentada á la cabecera de él, á la princesa Partanna, hermosa siciliana á quien amaba hacia mucho tiempo, y con la cual, como otra Maintenon, se habia casado despues de la muerte de la reina. El general besó respetuosamente la mano que le presentó el rey, segun la etiqueta de las córtes españolas. «Ahora al fin, le dijo Pepe, reina V. M. en el corazon de todos.—Espero, le respondió el rey con cierta inquietud, que te conducirás como hombre de honor.» El duque de Calabria quiso disculpar al general constitucional á los ojos de su padre, esplicándole que no habia ido á reunirse con los insurgentes de Avelino, sino

despues de haber recibido la noticia de que los ministros iban á arrestarle. Pepe declinó esta escusa con orgullo, y confesó al rey que hacia mucho tiempo abrigaba el pensamiento de provocar unas instituciones representativas, que meditaba los medios mas dignos y leales de hacerlas adoptar al rey de acuerdo con su pueblo, y que el acontecimiento de Avelino habia sido indudablemente precipitado é inesperado; pero que no por eso habria dejado él de proclamar en una forma mas regular é imponente la constitucion deseada por la nacion y el ejército. Aunque forzadamente, pareció establecerse la armonía entre el general y la córte; así es que el entusiasmo, contenido por el ejército y por sus gefes dentro de los límites del respeto á la corona, no produjo anarquía ni escesos en Nápoles. Las elecciones dieron al parlamento napolitano una mayoría de diputados liberales, pero prudentes, como los Ricciardi, los Poério y los Borelli, publicistas, oradores, políticos eminentes, representantes moderados, pero firmes, de la opinion italiana. Este pueblo, dotado por la naturaleza de una aptitud universal, elevó su tribuna á la altura de las tribunas francesa y británica desde el primer dia de sus discusiones. Solo los carbonarios triunfantes embarazaron con sus exigencias y sus clamores la marcha de la nueva administracion. El rey juró solemnemente en la catedral mantener las instituciones conquistadas y llamó espontáneamente la venganza de Dios sobre sus canas, si violaba alguna vez su juramento. Pepe dejó su dictadura, y se ocupó esclusivamente en reconstituir el ejército aguerrido por Murat en los campos de batalla de la Europa. La Sicilia, siempre dispuesta á proclamar su independencia, á cada trastorno del poder de Nápoles, y el Austria, recelosa desde la señal dada desde Nápoles á la independencia de Italia, hacian doblemente necesario desplegar una cantidad de fuerza armada desproporcionada, así á la estension, como al carácter del reino. Roma fué la primera que fermentó con la proximidad de aquel foco de revolucion; la Toscana, liberal y paternalmente gobernada por el jóven Leopoldo, discípulo entonces adorado del primer Leopoldo, esperó sin impaciencia el curso de los acontecimientos; el Piamonte, eco siempre palpitante de la Francia y adversario ambicioso del Austria, sintió el sacudimiento de la revolucion napolitana, se inició en el carbonarismo hasta en el palacio del rey, y meditó en la aristocracia y en el ejército, mas que en el pueblo, una segunda esplosion al otro estremo de la Italia.

XXIX.

Entretanto las córtes del Norte, atentas al progreso del espíritu liberal que ellas llamaban espíritu revolucionario, conmovidas por la humillacion de la monarquía en Madrid, consternadas por el asesinato de un príncipe en Francia, alarmadas por el contagio que se revelaba en Nápoles y en Turin, y temiendo que este contagio que habia atravesado los Pirineos y los Alpes, pasase pronto el Tirol y el Rhin, se concertaban para ahogar la libertad amenazadora en el triple foco que acababa de abrirse. La Rusia, la Prusia y el Austria llamaban á sus embajadores, cerraban sus fronteras á los de Nápoles y España, interrogando con severidad á esos gobiernos nuevos sobre la legitimidad de su orígen y sobre la sinceridad de los reyes que los habian consentido. Bajo pretestos mal disimulados armaban y aproximaban á la Italia cuerpos de ejército que no aguardaban mas que el consentimiento de un congreso para intervenir en nombre del tratado de la Santa Alianza contra la independencia de los pueblos en revolucion. Obligada la Inglaterra á dar cuenta de la opinion por medio de la imprenta y de la tribuna, que le imponian el respeto, á lo menos aparente, á las voluntades nacionales, no podia entrar ostensible-

mente en aquella liga ofensiva de los reyes. Empero sus embajadores, sirviendo en secreto las intenciones declaradas de su ministerio, animado todavía con el espíritu de un gran hombre de estado, Guillermo Pitt, manifestaban en todas partes su antipatía contra las emancipaciones revolucionarias de las dos penínsulas, y se esforzaban sino á combatir de frente á lo menos á hacer abortar aquellas revoluciones. Temian tambien que la analogía de las instituciones y la solidaridad de vecindad diesen á la Francia demasiado ascendiente sobre la Italia. La Francia por su parte se hallaba á consecuencia de esos acontecimientos esteriores en una contradiccion manifiesta entre sus intereses materiales y sus intereses dinásticos, que daba á sus hábitos y á sus pensamientos una ambigüedad fatal. Potencia constitucional no podia con decencia atacar el espíritu constitucional por medio de una intervencion hostil entre sus vecinos que querian ser libres á su imágen; dinastía contrarevolucionaria no podia ver sin espanto á la revolucion minar sus tres tronos de familia en Madrid, Nápoles y Turin, y por último, monarquía representativa desde la inauguracion de su Carta, no podia pedir en alta voz á una cámara representativa los gastos de la guerra contra el principio de la representacion de los pueblos. De aqui procedia en su diplomacia tanto en Nápoles como en Madrid una direccion doble y forzosamente contradictoria que convertia á su gobierno alternativamente en esperanza de los pueblos ó en aliado de las córtes. En ninguna parte era mas palpable esta contradiccion que en Nápoles y en Italia. El duque de Narbona, embajador de Luis XVIII, cerca de la córte de las Dos Sicilias, y el cual bajo de una estremada modestia ocultaba un gran criterio y pensamientos muy elevados, se habia imbuido, aunque emigrado en Inglaterra, en el espíritu liberal del rey y en la necesidad que tenia la casa de Borbon en rejuvenecerse por medio de una alianza sincera con los intereses nuevos en Francia y en

Europa. Diéronse, pues, prisa á llamarle de Nápoles para dejar las negociaciones en las manos de Mr. de Fontenoy, hombre mas jóven, menos elevado en su dignidad y á quien por lo tanto era mas fácil desaprobar lo que hiciera en caso necesario. Aunque adicto Mr. de Fontenoy por simpatía y convencimiento á la restauracion, era uno de esos hombres libres de preocupaciones que no valen para adular sino para servir. Nadie comprendia mejor que él ni hacia comprender mejor á las Tullerías en sus despachos la necesidad que la Francia constitucional tenia de popularizarse en Italia, haciéndose, no el auxiliar de las revoluciones, sino el árbitro respetable y obedecido entre las revoluciones y los tronos, y sobre todo el antagonista del Austria. A este precio solamente creia Mr. de Fontenoy que la Francia podria contrarestar el poder y el influjo del Austria allende los Alpes y el influjo y el poder de la Inglaterra allende los Pirineos, y en este supuesto aconsejaba á los constitucionales de Nápoles la moderacion, al rey Fernando la condescendencia, y al ministerio francés la resistencia á las intimaciones del Norte y el arbitrage atrevidamente afectado por la Francia bajo el doble título de potencia constitucional y de dinastía borbónica entre la Italia y el Austria. Gozaba de gran crédito en la Alta Italia sobre las córtes y sobre los liberales á la vez. Rectificar la constitucion incompleta de las Córtes y tomar bajo la proteccion de la Francia la independencia de la Italia, tal era la diplomacia de Mr. de Fontenoy y de su legacion (1).

XXX.

Mr. Pasquier era á la sazon ministro de Negocios estrangeros. Hombre de circunstancias, capaz de identifi-

(1) El autor de esta historia estaba entonces agregado á la legacion de Mr. de Fontenoy en Nápoles, y participaba de las opiniones de aquel diplomático.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

carse con todas las causas, aquel ministro inspiraba los mismos pensamientos que Mr. de Fontenoy á nuestra política en España y en Italia; pero mientras que Mr. Pasquier daba en Nápoles las instrucciones mas prudentes en el sentido de aquellas ideas de moderacion y de arbitrage francés, el duque de Blacas, embajador de Roma, y revestido de una autoridad general sobre los negociadores de rango menos elevado que el suyo, dirigia á Nápoles instrucciones contrarias y direcciones opuestas á las del ministro oficial. Mr. de Blacas no veia mas salvacion para la monarquía de su soberano que una guerra declarada á todo espíritu de emancipacion liberal en las córtes de Italia, y la alianza franca é inmediata con el Austria contra toda independencia y toda libertad en la península; dispuesto á abandonar aquellas potencias al Austria, con tal que esta refrenase allí las revoluciones. Esta misma lucha intestina entre los dos hombres que se disputaban la opinion y el gobierno, existia en Paris y se presentaba cada vez con mas animosidad en las Cámaras y en la imprenta. La reunion de los soberanos del Norte en Troppau, ciudad limítrofe de la Polonia, para acordar allí las resoluciones comunes y premeditar un acto de la Santa Alianza tan grata á Alejandro, servia de testo á las recriminaciones de los dos partidos. En los momentos en que el Austria, por órgano de Metternich, se esforzaba en convencer al emperador de Rusia de la necesidad, dudosa todavía para él, de intervenir por medio de las armas, vino á asombrar á Alejandro la rebelion militar de uno de los regimientos de la guarnicion de San Petersburgo y á convencerle del peligro de los reyes por el que él mismo habia corrido. Los tres soberanos se convinieron en obrar mancomunadamente y con energía contra los progresos de la revolucion en Italia y en España. Durante algunas semanas estuvieron separados para reunirse de nuevo en congreso general en Laybach, desde donde invitaron al anciano

rey de Nápoles Fernando á que se trasladase á dicho punto, único modo de atestiguar su libertad ó su cautiverio con su presencia ó su ausencia. Despues de largas agitaciones del pueblo y borrascosas disensiones del parlamento napolitano, obtuvo aquel príncipe, á fuerza de hacer juramentos á su pueblo, la libertad de pasar como negociador soberano al congreso de las potencias. Embarcóse al fin en un buque de guerra, que al dia siguiente fué arrojado por la tempestad sobre las costas, y partió haciendo nuevos juramentos y llevando nuevas retractaciones en el corazon.

XXXI.

El partido liberal de la Cámara manifestaba por medio de sus discursos la indignacion que le causaba aquella conspiracion á cara descubierta de los soberanos absolutos en las reuniones, como la de Troppau, ó en los congresos, como el de Laybach, contra la independencia de los pueblos, y presentaba á la Francia, víctima ó cómplice, cooperando á su propio aniquilamiento; el espíritu público, siempre mas sensible en una nacion belicosa á las humillaciones de fuera que á las opresiones interiores, se enconaba contra las Córtes y contra los ministros. Por su parte los realistas exaltados perdian la paciencia y reconvenian á los ministros Richelieu y Pasquier por lo mucho que contemplaban á las revoluciones. En la misma tribuna eran objeto de censura y amargas intimaciones los hombres contemporizadores que inspiraban mas confianza á aquel partido y que habian entrado en el consejo sin cartera, como garantes de una administracion realista, tales como los señores Villele, Corbiere y Lainé. El general Donnadieu y los señores La Bourdonnaie y Lalot daban la señal de una escision entre exaltados y

moderados, que amenazaba á Mr. de Richelieu con una caida próxima. Estos dos partidos se dirigian por encima de las cabezas de los ministros injurias y amenazas que parecian preludiar las guerras civiles. La España y la Italia eran el testo de aquellas mútuas provocaciones. El general Foy, La Fayette, Benjamin Constant, Casimiro Perier, de Lameth, Manuel, Laffite y Girardin rivalizaban en elocuencia y cólera con Mr. de Serre, Vaublanc, La Bourdonnaie y Donnadieu. Mr. Pasquier, tan hábil en adormecer aquellos debates con discursos que no daban la victoria á nadie, pero que no desesperaban á ninguno de los dos partidos, satisfacia sin embargo en secreto á la córte enviando al congreso de Laybach negociadores del agrado de la Santa Alianza, tales como Blacas, Caraman y La Ferronays. En este congreso la Francia, fluctuando entre la Inglaterra y la Rusia, se declaró neutral; pero al retirarse de la accion, entregaba en realidad la Italia al Austria. Sesenta mil hombres, mandados por el general Fremont, marchaban ya sobre Roma y Nápoles por la Toscana, avanzando con ellos el anciano rey Fernando para recuperar su corona. ¿Qué podia contra la Europa entera una potencia desalentada de antemano por el abandono de todos sus aliados naturales? En vano el general Pepe condujo al ejército napolitano á los desfiladeros de Introdocco para salvar á lo menos el honor nacional por medio de una lucha desesperada, pero gloriosa. La revolucion napolitana sucumbió sin haber combatido. Pepe, abandonado de sus tropas al primer cañonazo, no pudo reunir un solo regimiento hasta Nápoles, y se vió al fin en la necesidad de partir para un largo destierro, al que la defensa heróica de Venecia debia ilustrar en su vejez. ¡Soldado digno de otra fortuna, vendido por su pueblo y por su tiempo!

XXXII.

Por una inteligencia mal calculada ó por una casualidad igualmente funesta á la causa italiana, proclamaba Turin la Constitucion española en el momento mismo en que la Europa la declaraba incompatible con la existencia de las monarquías, y en que los austriacos triunfaban en Nápoles. El rey de Cerdeña, Victor Manuel, príncipe mas digno del trono porque colocaba encima de él el honor, se negó á ratificar una revolucion de cuartel y de palacio que le mandaba violar sus compromisos para con las potencias y sus propias convicciones, y abdicó en favor de su hermano ausente. El príncipe de Cariñan, heredero inmediato de la corona, que habia fomentado aquella revolucion con la jóven nobleza de su córte y que debia perecer un dia víctima de ambiciones mas vastas que su imperio, se invistió de la regencia y animó la revolucion que le tomaba por gefe; pero tan versátil al obrar como temerario habia sido en la conjuracion, él mismo desconcertó á los pocos dias toda resistencia á las fuerzas austriacas, abandonando de noche la capital á la cabeza de los guardias de corps y marchando á ponerse con la mitad del ejército bajo las órdenes del general austriaco. Habíase manejado como niño imprudente, así en el palacio como en la rebelion, y por lo tanto era perjudicial á los dos partidos por su inconsecuencia, sirviendo tan pronto á la conjuracion de instrumento contra el trono, como al trono contra la conjuracion, entregando á sus amigos, despues de haber entregado su dinastía, y dejando á la opinion incapaz de fallar si habia sido mas pueril que conspirador y mas cómplice de la corona que de la revolucion. Su defeccion quitó las esperanzas; pero no el valor á sus amigos; Santa Rosa,

Collegno, Saint-Marsan y otros jóvenes gefes de la nobleza militar y patriótica de Turin, intentaron un ataque en Novara contra los austriacos; pero la presencia del príncipe de Cariñan en las filas de sus enemigos y la masa de las fuerzas de Bubna que habia acudido desde Milan, frustraron su heroismo, y no pudieron hacer otra cosa que sellar con su sangre la causa de la Constitucion y de la patria. El rey de Cerdeña volvió á Turin, y los gefes constitucionales presos ó proscritos, espiaron su temeridad en las fortalezas ó en los destierros. El príncipe de Cariñan, mal perdonado por el rey su tio, fué á pasear á las córtes estrangeras, y mas adelante entre las filas de nuestros soldados en España, la ambigüedad de su papel, y rescató por medio de su ostensible arrepentimiento el derecho de reinar.

XXXIII.

La neutralidad equívoca que hasta entonces habia guardado el ministerio entre los dos partidos de la asamblea en las negociaciones, la irritacion del partido liberal, acrecentada con los sucesos de Turin y de Nápoles, los apóstrofes de la derecha reconviniendo á los ministros, los manejos de aquel consejo oculto del conde de Artois, que se hacia mas exigente en proporcion de las concesiones que se le habian hecho, y en fin, la certidumbre de ejercer alguna influencia en el corazon del rey por medio de su querida favorita Mad. de Cayla, decidieron á Mr. de Villele á retirarse del consejo, donde cargaba con la responsabilidad sin llevar su direccion. Aquel papel secundario é ingrato de negociador perpétuo entre el partido realista y el gobierno, le parecia con razon desproporcionado á su importancia política. En su retirada arrastró á Mr. de Corbiere, satélite difícil, pero fiel

de su política. Abandonado á sí mismo de este modo el ministerio se sintió débil y vacilante. El duque de Richelieu, instruido de las intrigas de córte que comenzaban á urdirse contra él entre los allegados del hermano del rey, le pidió una audiencia y le reconvino con respeto, pero con energía, de haber olvidado la palabra que le habia dado *á fé de caballero* de no permitir que sus amigos molestasen al ministro. El príncipe se disculpó con las dificultades que hallaba para contener á los realistas descontentos. En efecto las conspiraciones civiles y militares, mal estinguidas con la sangre de los primeros conjurados del último complot, inspiraban á la córte y á los realistas de las dos Cámaras temores que los hacian mas exigentes, pues sentian minado el suelo debajo del trono.

El carbonarismo italiano fraguaba hasta mas acá de los Alpes conjuraciones que se echaban en cara los ministros. Estas conjuraciones, confesadas despues como un título de gloria por los gefes, que entonces las repudiaban como calumnia, tenian su centro en París, y sus ramificaciones en las provincias militares. El 20 de marzo, Nápoles, España y el Piamonte habian enseñado á los conspiradores que la corrupcion de la fidelidad de los ejércitos era el desarme mas pronto y seguro del poder, y por lo tanto los carbonarios franceses conocieron que donde mas les importaba concentrar las asociaciones secretas y preparar las insurrecciones era en los puntos mas próximos á las grandes escuelas militares y á las grandes reuniones de tropas. En Nantes y en Saumur se organizaron juntas que se pusieron en correspondencia con la central de París. Esta, formada poco mas ó menos de los mismos hombres que el comité director ya entrevisto en las conjuraciones precedentes, contaba entre sus principales iniciados á los Corcelles, Kœchlin, Schonen, Merilhou, Bucher, Bazard y Arnold Scheffer. Su presidente era La Fayette; y este nombre pronunciado en voz baja en los regimientos, en las escuelas y en los talleres,

autorizaba, acreditaba é ilustraba aquellas conjuraciones. Infatigable é intrépido, entregaba su persona, su familia, y hasta su vida, por servir á la revolucion, con tal que ella le asegurase su memoria. Sostenia inteligencias con Befort y con Saumur, preparándose á tomar nuevamente en caso de necesidad, á la cabeza del ejército, el papel que habia desempeñado en otro tiempo al frente de la guardia nacional: constancia que no habian podido quebrantar treinta años de desengaños y de cautiverio.

Los carbonaristas franceses, del mismo modo que los de las Calabrias, no se entendian mas que en su odio comun contra los Borbones, pues los militares viejos esperaban hacer salir de la revolucion un tercer reinado de Napoleon, llamado desde la isla de Santa Elena; los jóvenes á Napoleon II arrancado de Schœnbrunn; estos al duque de Orleans, y aquellos á la república, y La Fayette la gloria y el arbitrage decisivo entre todos aquellos partidos.

XXXIV.

Un rumor inmenso interrumpió por un instante aquellas tramas y suspendió la respiracion de la Francia: Napoleon acababa de morir. Detengámonos tambien nosotros un momento para contar esa muerte, como la Europa se detuvo entonces para escuchar la relacion de ella. La vida política de Napoleon habia cesado el dia en que se embarcó en el navío inglés que le llevó á Santa Elena; pero la vida moral habia sobrevivido en él como para dejar al actor bajar de la escena despues del drama y presentarse en espectáculo á la historia y en conversacion consigo mismo. La Providencia le habia concedido para colmar todos sus favores el último que puede otorgar á un hombre grande, el de tener un intérvalo de paz entre su vida y su muerte, recogerse en la satisfaccion y en el

arrepentimiento de sus actos y gozar en esa lontananza que da su verdadera perspectiva á las cosas humanas, con las miradas, con el asombro y la compasion de la posteridad. Ni Alejandro, ni César obtuvieron de su fortuna ese don de los dioses. El uno murió en la fiebre de la juventud y en el vértigo de la prosperidad; el otro cayó acribillado de veinte y siete puñaladas, teniendo apenas tiempo para reconocer la mano de los asesinos, ó la justicia de los dioses. Napoleon vió despacio y desde lejos las dos fases de su destino; oyó prolongarse hasta la saciedad el eco de su nombre, y descendió paso á paso, viendo crecer su sombra detrás de él, la pendiente occidental de su vida. Hombres ligeros han sentido por él que no hubiese desaparecido como Rómulo en una tempestad, cuando se hallaba en el apogeo de su gloria y de su poder, y han llamado desgracia y decadencia á su cautiverio y relegacion lejos de la escena que habia llenado con su fama; nosotros la llamamos su última felicidad, porque tuvo como Diocleciano en el jardin de Salona, ó como Cárlos V en el monasterio de Yuste, esos años de crepúsculo que permiten al pensamiento, turbado por la accion, depositar el limo de la vida antes de deslizarse en la eternidad, y preparar el alma, por el juicio que hace de sí misma, para el juicio del porvenir y para el juicio de Dios. Tuvo ademas esas adversidades brillantes y esas espiaciones amargas que dan satisfaccion á la envidia y hacen mas suave por medio de la compasion el fallo de la posteridad. Compadezcan en buen hora los insensatos semejante muerte; los hombres religiosos de todos los cultos y los hombres que tengan en el alma el instinto de la verdadera gloria en todos los siglos reconocerán en esa suerte un favor del cielo.

XXXV.

Lo único que hay que deplorar para su memoria y para la dignidad del infortunio es lo poco que aprovechó Napoleon ese favor de las razas predestinadas. Acostumbrado demasiado jóven á una constante y maravillosa complacencia de la prosperidad, soportó la desgracia, demasiado rara para él, con mas aparato que verdadera grandeza de alma. Disputó con la adversidad, como si hubiese sido una ofensa de los hombres, en vez de reconocerla y resignarse á ella como á una soberanía clemente de Dios. No tuvo ni el desprendimiento voluntario y filosófico de Diocleciano, ni la abnegacion solitaria y piadosa de Cárlos V. Vencido, jamás sometido, disputando á la suerte sus últimas migajas, raras veces hombre, siempre emperador, aun despues de habérsele escapado el imperio, se olvidó demasiado de que lo que hay de mas grande en el hombre grande, no es el imperio, sino la naturaleza. De este modo podia dar márgen á que pensaran los filósofos que sino hubiera sido dueño del mundo por las circunstancias y por el genio, hubiera podido ser una alma ordinaria en las condiciones privadas de la existencia. No separó bastante su fortuna de sí mismo, y se confundió perpétuamente con su papel.

Ese monólogo de seis años que dirigió al mundo desde lo alto de su roca, y del cual registraron sus cortesanos hasta las menores palabras para trasmitirlas á sus seides como un evangelio de partido, no fué mas que una larga nota diplomática sin buena fé, dirigida á sus partidarios, y en la cual se hablaba alternativamente el lenguaje de todas las facciones que queria nutrir con su memoria, en lugar de ser la espansion desinteresada, sincera y religiosa de un alma que se lega con sus grandezas, sus debilidades, sus verdades y sus arrepentimientos al mundo. El libro que contiene este monólogo, *El Memorial de Santa Elena*, no es mas que el protocolo de una política caida que quiere justificarse por medio de sofismas, y el martirologio de una ambicion que se ceba todavía en las etiquetas y en los títulos, cuando no puede ya retener al universo. Ese libro, que entusiasmó por un momento á la Europa, bien hubiese sido dictado por Napoleon, ó inspirado por un deseo inhabil de popularizar su causa despues de él, fué una desgracia para el hombre grande, á quien disminuye queriendo exagerarlo. La sinceridad hubiera sido muy sublime, y hasta el silencio mas respetuoso y solemne. Cuando se quiere legar una grandeza colosal á la admiracion de la posteridad, no basta ser un coloso, es menester ademas que la mano que la trasmite al mundo, tenga el compás bastante abierto para medirla. Ninguno de los servidores fieles que ilustraron su nombre por el destierro que sufrieron con el soberano caido, tenia esa medida. Un Quinto Curcio faltó á ese Alejandro. Solo Napoleon podia escribir á Napoleon. El lo intentó en algunas páginas, y estas son de bronce y de granito como sus monumentos: héroe de estilo como lo era de accion. Las de Las Cases son de un camarero, serviles como la domesticidad, ciegas como la adhesion y honrosas solamente por su corazon, porque en él es la adhesion desinteresada á la desgracia y la ceguedad piadosa del entusiasmo.

XXXVI.

Durante la larga navegacion que hizo Napoleon á bordo del *Northumberland*, que le trasladó á la isla de Santa Elena, supo conquistarse por el ascendiente de su nombre, por el contraste entre su poder pasado y su cau-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

tiverio presente, asi como por la libertad tranquila de su actitud, la admiracion de la tripulacion inglesa, porque los soldados aman al soldado hasta en sus enemigos, y los mismos carceleros son accesibles al resplandor de la fama y de la grandeza que traspira del cautivo. Un nombre grande es una magestad universal. El vencido reinaba sobre los vencedores. Sus largas horas sobre el Océano las pasó en un reposo que parecia descansarle de sí mismo, y el cual se asemejaba á la indiferencia mas que al abatimiento. Sus largos sueños, las lecturas sin objeto, las comidas con el almirante y su estado mayor, los juegos de reflexion y de cálculo, las pláticas con los oficiales y los marineros, los espectáculos del mar y del cielo, las premeditaciones sobre la situacion de su destierro y las ocupaciones que en él habia de tener, algunas rápidas revistas á las últimas vicisitudes de la Europa, que parecian estar ya á una distancia verdaderamente filosófica de él, como por la distancia de las olas que cada dia le separaban mas de ellas, llenaron aquellos dos meses de su travesía. Aun no sentia en su corazon el vacío que dejaba en él la pérdida del mundo. Para que se abra este vacío en el alma y pueda esperimentar su nada, se necesita mucho tiempo, porque en los primeros dias está todavía llena la sombra de lo que ha poseido largo tiempo. La realidad no es jamás sino una impresion del dia siguiente. Napoleon no pareció sentirla sino desde el momento en que percibió al horizonte la isla árida, montañosa y negra que surgia en un Océano desierto delante de él. Sin embargo, arribó á ella con la precipitacion y el anhelo convulsivo de un hombre impaciente de conocer la prision que se le destina y conjeturar la suerte que podrá proporcionarse en su ostracismo. Apenas puso el pie en la playa, montó á caballo, corrió al galope por los caminos que conducian á las cumbres de la isla, á fin de abrazarla de una sola mirada y escoger la residencia mas conforme á su pensamiento y á sus gustos. El aspecto de aquel monton de rocas volcánicas, cortadas por valles profundos, de pendientes selváticas y de casas rústicas, donde la aficion que tienen los ingleses á la naturaleza, hacia reverdecer algunas vegetaciones nacientes, peñas peladas y otras tapizadas de brezos y alcornoques, un pequeño pueblo comerciante y un fuerte animado por los muchos buques que allí recalan en su travesía de la India á Europa; aquella isla, en fin, perdida en un mar inmenso y deslumbrador, frecuentemente poblado de velas, bajo un cielo ardiente, pero en un clima templado por la elevacion y las nubes de las montañas, no le hizo la impresion siniestra que el tedio, el mal humor, la enfermedad y las quejas de sus compañeros de soledad, cambiaron mas adelante en imprecaciones contra aquella Córcega de otro Océano. Era tal el ánsia que tenia de respirar el aire de las montañas, tal el deseo de alejarse de los lugares habitados por la multitud, y tan grande, en fin, su sed de soledad y de libertad de espíritu, que no quiso bajar ni aun por la noche al pueblo, y se estableció en una cabaña de recreo de una familia inglesa de la isla, llamada Balcombe, á donde hizo que le llevasen su cama y sus libros. Sus servidores se abrigaron debajo de una tienda de campaña. Allí vivió dos meses en un ócio que parecia refrescar su alma, repartiendo sus horas entre la lectura, el trabajo, escursiones á caballo y á pie por toda la isla, y con dulces y sabrosas pláticas con las familias de sus huéspedes. Mientras acampaba en aquella cabaña y debajo de aquellas tiendas, el gobierno inglés mandaba construirle una casa mas anchurosa y definitiva en *Longwood*, antigua quinta situada sobre un parage culminante, pero desnudo, que él mismo habia escogido. No tardó en establecerse allí con una numerosa comitiva de generales, amigos y criados, mugeres y niños que le acompañaban en aquel destierro. El mariscal de palacio Bertrand con su esposa é hijos, Mr. de Montholon y su esposa, el general

Gourgaut, el médico O' Meara, su primer ayuda de cámara Marchand, su mayordomo Cipriany, su cocinero Pierron, sus ayudas de cámara ordinarios Saint-Denys y Noverras, su ugier de honor Santini, su joyero Rouseau, sus escuderos, picadores, lacayos, pinches de cocina y los criados de sus compañeros, formaban su casa. El gobierno inglés habia destinado para los gastos de mesa de aquella pequeña córte del destierro una suma de 300,000 francos al año, la cual se aumentaba frecuentemente con subsidios supletorios. Una biblioteca, caballos de montar, jardines, un bosque, ejercicios campestres, comunicaciones libres y constantes á todas horas con los desterrados, correspondencias limitadas con la Europa, frecuentes audiencias dadas á los viageros curiosos que descansaban en el puerto y solicitaban el favor de ser admitidos, tales eran las ocupaciones cotidianas en Longwood. Diferentes puestos de soldados mandados por un gefe de alta graduacion vigilaban el recinto del edificio y de los jardines. A cierta distancia de la casa, para no quitar la vista, habia establecido un campamento. Napoleon y los generales podian salir á pie ó á caballo desde el amanecer hasta la noche y recorrer las cumbres de la isla, y aun la isla entera, acompañados desde lejos por un oficial inglés encargado solamente de evitar toda tentativa de evasion. Tal era al principio el cautiverio respetuoso que Napoleon y sus compañeros de soledad llamaron el calabozo y el martirio de Santa Elena. En los primeros tiempos debió parecerle tolerable, pues lo dulcificaban los miramientos que con él guardaba el almirante gobernador de la isla y la admiracion de los viageros que le visitaban. Las mañanas se empleaban en dulces pláticas entre el emperador y sus amigos, en la lectura de los periódicos llegados de Europa, en dictar Napoleon á Bertrand y á Montholon algunas de sus campañas, notas épicas del poema de su vida, comparables á las de César, por la amplitud de la narracion, y á Tácito por la

seguridad y profundidad del sentido político. El historiador en estas notas es igual al poeta, el poeta al político, el político al general. El historiador, el poeta, el político y el general no son en ellas mas que un solo hombre, y este hombre es Napoleon. Las horas ociosas del resto del dia se invertian en estaciones debajo de una tienda levantada en los jardines, en paseos á caballo por el bosque, en pláticas familiares al rededor de la lámpara de la noche, en hablar del pasado y de la patria, y en formar conjeturas y esperanzas de otro porvenir.

XXXVII.

El alma activa se cansa del reposo mas que de la fatiga. La monotonía de aquella existencia sin otros sucesos que su pensamiento cansó pronto á Napoleon. Las divisiones, las rivalidades, el descontento y las murmuraciones de algunos de sus servidores le entristecieron y pusieron de mal humor. Sufria con ver padecer á los que le rodeaban. Ademas en Longwood hubo chismes como en el palacio de las Tullerías. El trato demasiado íntimo y frecuente produjo antipatías y agravios. Las almas lastimadas son mas sensibles, y la sensibilidad sobreescitada hace á los hombres injustos. El carácter de Napoleon, viciado por aquel malestar interior, se agrió y avivó contra su cautiverio, que le hacia importunos hasta á sus mismos amigos, convirtiendo en veneno la tolerancia y libertad de su residencia. Con una afectacion que sus aduladores llaman heróica, pero que la historia juzgará pueril, porque es un contrasentido en su fortuna, se obstinó en exigir los títulos de *emperador* y de *magestad*, que la Inglaterra, que jamás habia reconocido el imperio, no le debia oficialmente, y de esta ofensa de la etiqueta apeló á la tierra y al cielo, dictando notas sobre aquella

:

Gourgaut, el médico O' Meara, su primer ayuda de cámara Marchand, su mayordomo Cipriany, su cocinero Pierron, sus ayudas de cámara ordinarios Saint-Denys y Noverras, su ugier de honor Santini, su joyero Rouseau, sus escuderos, picadores, lacayos, pinches de cocina y los criados de sus compañeros, formaban su casa. El gobierno inglés habia destinado para los gastos de mesa de aquella pequeña córte del destierro una suma de 300,000 francos al año, la cual se aumentaba frecuentemente con subsidios supletorios. Una biblioteca, caballos de montar, jardines, un bosque, ejercicios campestres, comunicaciones libres y constantes á todas horas con los desterrados, correspondencias limitadas con la Europa, frecuentes audiencias dadas á los viageros curiosos que descansaban en el puerto y solicitaban el favor de ser admitidos, tales eran las ocupaciones cotidianas en Longwood. Diferentes puestos de soldados mandados por un gefe de alta graduacion vigilaban el recinto del edificio y de los jardines. A cierta distancia de la casa, para no quitar la vista, habia establecido un campamento. Napoleon y los generales podian salir á pie ó á caballo desde el amanecer hasta la noche y recorrer las cumbres de la isla, y aun la isla entera, acompañados desde lejos por un oficial inglés encargado solamente de evitar toda tentativa de evasion. Tal era al principio el cautiverio respetuoso que Napoleon y sus compañeros de soledad llamaron el calabozo y el martirio de Santa Elena. En los primeros tiempos debió parecerle tolerable, pues lo dulcificaban los miramientos que con él guardaba el almirante gobernador de la isla y la admiracion de los viageros que le visitaban. Las mañanas se empleaban en dulces pláticas entre el emperador y sus amigos, en la lectura de los periódicos llegados de Europa, en dictar Napoleon á Bertrand y á Montholon algunas de sus campañas, notas épicas del poema de su vida, comparables á las de César, por la amplitud de la narracion, y á Tácito por la

seguridad y profundidad del sentido político. El historiador en estas notas es igual al poeta, el poeta al político, el político al general. El historiador, el poeta, el político y el general no son en ellas mas que un solo hombre, y este hombre es Napoleon. Las horas ociosas del resto del dia se invertian en estaciones debajo de una tienda levantada en los jardines, en paseos á caballo por el bosque, en pláticas familiares al rededor de la lámpara de la noche, en hablar del pasado y de la patria, y en formar conjeturas y esperanzas de otro porvenir.

XXXVII.

El alma activa se cansa del reposo mas que de la fatiga. La monotonía de aquella existencia sin otros sucesos que su pensamiento cansó pronto á Napoleon. Las divisiones, las rivalidades, el descontento y las murmuraciones de algunos de sus servidores le entristecieron y pusieron de mal humor. Sufria con ver padecer á los que le rodeaban. Ademas en Longwood hubo chismes como en el palacio de las Tullerías. El trato demasiado íntimo y frecuente produjo antipatías y agravios. Las almas lastimadas son mas sensibles, y la sensibilidad sobreescitada hace á los hombres injustos. El carácter de Napoleon, viciado por aquel malestar interior, se agrió y avivó contra su cautiverio, que le hacia importunos hasta á sus mismos amigos, convirtiendo en veneno la tolerancia y libertad de su residencia. Con una afectacion que sus aduladores llaman heróica, pero que la historia juzgará pueril, porque es un contrasentido en su fortuna, se obstinó en exigir los títulos de *emperador* y de *magestad*, que la Inglaterra, que jamás habia reconocido el imperio, no le debia oficialmente, y de esta ofensa de la etiqueta apeló á la tierra y al cielo, dictando notas sobre aquella

:

fruslería, como las hubiera dictado sobre la conquista ó la pérdida de Europa. Hijo de sus obras, prefirió sus dignidades á sus obras. El isleño salido de Córcega para distribuir tronos á su familia se olvidó de que el hombre era mas grande en él que el fundador de dinastías ya derribadas, y que la única magestad de que no se le podia destronar era su nombre. Despues de haber discutido, sin poder agotarlo, durante años enteros aquel testo de altercados con los poderes de la isla, no quiso aceptar las distracciones y los respetos que los viageros de ambos mundos le llevaban á su soledad, sino se conformaban con ese protocolo. Pronto se privó él mismo de los paseos á caballo por la isla para no sufrir, segun decia, ni aun con la presencia lejana de los oficiales del gobernador, la apariencia y la humillacion del cautiverio, como si la isla bajo sus pies, el Océano delante de sus ojos y el cielo mismo encima de su cabeza no fuesen murallas y testigos de su relegacion. De este modo estrechó con sus propias manos el recinto de su residencia, y cambió poco á poco en prision su morada campestre. Su salud, que necesitaba el movimiento y el ejercicio á caballo, como su alma la perspectiva, se resintió considerablemente con la alteracion de su carácter, siguiendo asi lenta y obstinadamente el suicidio de su cautiverio. La llegada de un nuevo gobernador á Santa Elena, sir Hudson-Lowe, vino á remachar sus cadenas voluntarias. Aquel gobernador, á quien los seides de Napoleon y Napoleon mismo perseguian con inculpaciones gratuitas y apasionadas, tales como pueden inspirarlas el tedio y las alucinaciones del cautiverio; tratado por ellos de esbirro y de asesino, no abrigaba, sin embargo, ni crimen en el pensamiento contra su cautivo, ni ofensa en el corazon contra el infortunio. No habia mas sino que abrumado con la responsabilidad que pesaba sobre él, en el caso en que dejara escapar al gran agitador que la Europa habia confiado á su custodia, mezquino de ideas, celoso de policía, suspicaz en las formas, torpe en los medios y haciéndose necesariamente odioso por sus funciones á sus huéspedes, molestó y fatigó á Napoleon con restricciones, vigilancias, consignas, visitas y hasta deferencias y atenciones, dando demasiado al deber de gobernador de la isla y de guardian de un rehen europeo la apariencia y la rudeza de un carcelero. Sin embargo, aunque era reprensible por su demasiada severidad, no mereció la nota de inhumano y cruel, siendo ocasion mas que causa del triste fin de Napoleon. El que lea atentamente las cartas y las notas que con cualquier pretesto se cruzaban entre los amigos de Napoleon y Hudson-Lowe, no podrá menos de admirarse al ver los ultrages, las provocaciones y las invectivas con que el cautivo y sus amigos insultan á cada paso al gobernador. En aquel momento trataba Napoleon de escitar con gritos de dolor la piedad del parlamento inglés, y proporcionar á los oradores de la oposicion materia contra el ministerio, á fin de obtener su aproximacion á la Europa. En todas aquellas notas traspira el deseo de provocar ultrages con ultrages y presentar en seguida estos ultrages como crímenes á la indignacion del continente, y hacer de sir Hudson-Lowe el Pilato de aquel Calvario napoleónico. Es evidente que el gobernador, irritado con frecuencia, algunas veces inquisidor y siempre inhábil, se sentia él mismo víctima de su responsabilidad. La Inglaterra, que habia reivindicado el papel odioso de encadenar aquel Prometeo de la Europa, sufria la reprobacion de sus gritos y de sus maldiciones.

XXXVIII.

La mejor parte del tiempo de este cautiverio se consumia en esas interminables disputas entre el cautivo y su guardian, el resto en conversaciones interrumpidas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
FAC. DE MED. U. A. N. L.
BIBLIOTECA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

con sus compañeros de destierro, conversaciones evidentemente destinadas á hacer eco fuera de la intimidad y mas allá del Océano para reavivar su popularidad póstuma, herir á sus enemigos y fanatizar á sus partidarios. Esos comentarios verbosos é incoherentes de su vida, redactados por manos parciales, no tienen ni el abandono ni la sinceridad de las espansiones de un alma desinteresada del imperio y de la posteridad. Son confianzas de mera ostentacion, donde al través de la franqueza se trasluce la verdadera intencion mal disimulada. Ellas no arrojan ninguna luz verdadera sobre un pensamiento que se trasforma y se diversifica bajo tantos aspectos contradictorios, que es imposible discernir la verdad bajo el sofisma y la naturaleza bajo la afectacion. En religion, filósofo para los filósofos, ateo para los ateos, deista para los deistas, cristiano para los cristianos, supersticioso para los supersticiosos, indiferente para los indiferentes; en política, republicano para los republicanos, demócrata para los demócratas, realista para los realistas, constitucional para los liberales, déspota para los déspotas, profetizando alternativamente el triunfo de los reyes, de los pueblos, la dominacion europea de la Inglaterra, el yugo universal de la Rusia, la democracia irresistible de la Francia, la esplosion de las ideas, el reinado del cañon y ofreciéndose á todos los sistemas como el único equilibrio del mundo, capaz de realizar y preservarlo todo, Napoleon en aquellas pláticas profiere como el oráculo enigmas ó axiomas de triple sentido, á lo presente, á lo pasado, á lo porvenir, á fin de que el destino no pueda desmentir uno sin justificar el otro. Tribuno del mundo, de que es trípode aquella roca y que procura no ilustrar sino agitar desde allí á la Europa, arroja á todos los vientos una voz cuyo eco es Napoleon. Siempre actor despues del drama, representa todavía un papel cuando ha caido sobre él el telon del mundo, olvidándose de que el único papel eterno en el hombre es el hombre, y que

la única grandeza inmutable es la verdad. Asi, pues, aquellas conversacisnes de Santa Elena fanatizan sin interesar. No pueden servir de testimonio para la historia y ofrecen poco interés para el espíritu humano y ninguna emocion. Escepto para sus idólatras, aquel hombre que habló por espacio de seis años al borde del sepulcro, habló inútilmente.

XXXIX.

Sus amigos y sus servidores cansados, no del deber, sino de la paciencia, del aislamiento de sus familias, del clima, de la enfermedad y de la inquisicion, le abandonan ó aspiraban á abandonarle pretestando que eran arrancados de su lado por las persecuciones del gobernador ó que lo hacian por poder prestarle servicios mas útiles en Europa. La languidez le invadia con la desesperacion, y cada dia sentia acrecentarse mas en él los síntomas del mal que habia abreviado los dias de su padre. «Tengo á veces deseos de dejaros, decia á sus últimos compañeros Montholon y Bertrand; esto no es dificil, antes bien lo encuentro tanto mas fácil por medio del suicidio, cuanto que mis principios religiosos no me ofrecen ningun estorbo. Yo soy de los que creen que las penas del otro mundo no han sido imaginadas sino como un suplemento á los atractivos insuficientes que en él nos presentan. Despues de todo ¿qué importa volver un poco antes ó un poco despues al seno de Dios?» Sufria dolores, languidez, insomnios y una gran postracion de fuerzas que le hacian la luz del dia tan odiosa como las tinieblas. Su espíritu solo no se debilitó jamás: asistia y asistia firme é impasible á su lenta destruccion. Su pensamiento velaba siempre sobre sí mismo, y aun se enlutó para morir. «Vegeto, ya no vivo.» Decia á sus servidores. Sin embargo, la naturaleza prevaleció en el último momento

sobre la frialdad de su fin, segun se ve por los numerosos testamentos y codicios que dictó para legar recuerdos y muestras de afecto á los hombres y á las mugeres que habian dejado vestigios de cariño, de servicios ó de agradecimiento en su vida. Su madre, que vivia todavia en Roma, sus hermanos, sus hermanas, sus criados, los compañeros de su destierro, sus generales, las familias de estos, los que habia tenido por protectores en su infancia, por amigos en sus estudios, por primeros hermanos de armas en los campamentos, por favoritos en su poder, recibieron de su mano sumas de dinero sobre los millones que habia dejado al salir de Paris en las cajas de su banquero Mr. Laffite, estátuas, cuadros, armas, manuscritos, vasos, insignificantes objetos domésticos consagrados por el uso que habia hecho de ellos; distribucion de su corazon donde las mas lejanas reminiscencias eran buscadas con enternecimiento en el fondo de su memoria. Su misma muger, que le habia abandonado, no fué acusada ni maldecida por él. Se acordó de que era la hija de los Césares, y que el Austria retiraria la proteccion de un hijo á cuya madre hubiera él ofendido. Este hijo, preso como él en el palacio de Viena, era el único sentimiento grande por el cual se sobrevivió sobre la tierra, porque era su orgullo, su amor, su dinastía, su nombre y su posteridad. No tuvo lágrimas sino para esta imágen.

XL.

Sea abandono del moribundo á esos hábitos del alma que se reavivan en el término de la vida y que la entregan á las prácticas de su primer culto, sea prevision política del fundador de dinastía el afectar morir en comunion oficial con el culto nacional de que se ha hecho restaurador, es lo cierto que Napoleon que jamás habia hablado de la religion sino como de una institucion política, instrumento indiferente de todos los gobiernos, quiso morir como cristiano y demostró una fé auténtica, y por decirlo asi, imperial, por el ceremonial de su muerte. La imágen de un crucifijo, aproximada á su boca cerró los labios de aquel mártir de la ambicion, sin manifestar en el momento de la separacion del alma y del cuerpo ninguna debilidad indigna de él. Esperó la muerte sereno, y compuso su actitud hasta el último suspiro delante de su fama. Encargó que lo sepultaran con sus armas y con su uniforme de soldado, debajo de dos sauces y al lado de una fuente cuya sombra y frescura habia disfrutado en sus últimos tiempos. Espiró, en fin, sin agonía y en silencio durante una convulsion de los elementos, la noche del 5 de mayo de 1821. Las últimas palabras que balbuceó fueron *ejército* y *Francia*, sin que se pudiera comprender si aquello era sueño, delirio ó adios.

Temióse que su féretro conmoviera al continente europeo si arribaba á él; fué sepultado con los honores militares debajo del sauce que él mismo habia indicado. Al rumor de aquella muerte, el inmenso terror que habia esperimentado Europa mientras habia vivido, se cambió en inmensa compasion, porque al cesar de temerle, cesaron todos de odiarle. La justicia comenzó para él en los hombres imparciales. No se le disputó ni el genio ni la gloria; se deploró solamente que tanto genio y tanta gloria hubiesen sido consagrados solamente á la grandeza personal de un hombre, en vez de haberse empleado en mejorar y perfeccionar al mundo; en esto fué en lo que faltó á su destino, á Dios, á la humanidad, á la Francia y á sí mismo. Lo hermoso en él no se confunde con el bien. El mas grande de los hombres modernos fué tambien el mas estéril en resultados para el género humano. Catorce años trabajó á la Francia y á la Europa sin hacerle adquirir ni una idea, ni una libertad, ni una virtud. Agitó al mundo sin hacerle variar ni una línea. Sin embargo,

la Francia que le debe un juicio severo, le debe tambien un agradecimiento imparcial, pues á la fama de su propio nombre debe la que adquirió durante todo el principio de un siglo en el universo. Siempre es un servicio engrandecer el nombre de su pais, porque el nombre de un pueblo es su prestigio en el tiempo y en la historia la inmortalidad.

FIN DEL TOMO TERCERO.

ÍNDICE.

LIBRO VEINTE Y OCHO.

PAGS.

Veinte y cuatro de junio.—Nómbrase á Fouché presidente de la comision de gobierno.—Formacion del nuevo ministerio.—Política de Fouché.—Manuel.—Sesion de la Cámara de los representantes.—Adóptase en ella la mocion de Manuel.—Veinte y cinco de junio.—Parte el emperador de París.—Dirígese á la Malmaison.—Su proclama de despedida al ejército.—Se envian cinco plenipotenciarios para negociar la paz.—Entrevista de Fouché y de Mr. de Vitrolles.—Entrevista de Napoleon y de Benjamin Constant.—Consejos de los amigos de Napoleon para elegir el lugar de su destierro.—Adopta la América.—Le vigila la comision de gobierno.—Oposicion provisional de la comision á la partida de Napoleon.—Estancia en la Malmaison.—Instancias de la comision á Napoleon.—Le da pasaporte.—Napoleon le rehusa.—Proposicion de Excelmans á Napoleon.—Llegada de los alia-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la Francia que le debe un juicio severo, le debe tambien un agradecimiento imparcial, pues á la fama de su propio nombre debe la que adquirió durante todo el principio de un siglo en el universo. Siempre es un servicio engrandecer el nombre de su pais, porque el nombre de un pueblo es su prestigio en el tiempo y en la historia la inmortalidad.

FIN DEL TOMO TERCERO.

ÍNDICE.

LIBRO VEINTE Y OCHO.

PAGS.

Veinte y cuatro de junio.—Nómbrase á Fouché presidente de la comision de gobierno.—Formacion del nuevo ministerio.—Política de Fouché.—Manuel.—Sesion de la Cámara de los representantes.—Adóptase en ella la mocion de Manuel.—Veinte y cinco de junio.—Parte el emperador de París.—Dirígese á la Malmaison.—Su proclama de despedida al ejército.—Se envian cinco plenipotenciarios para negociar la paz.—Entrevista de Fouché y de Mr. de Vitrolles.—Entrevista de Napoleon y de Benjamin Constant.—Consejos de los amigos de Napoleon para elegir el lugar de su destierro.—Adopta la América.—Le vigila la comision de gobierno.—Oposicion provisional de la comision á la partida de Napoleon.—Estancia en la Malmaison.—Instancias de la comision á Napoleon.—Le da pasaporte.—Napoleon le rehusa.—Proposicion de Excelmans á Napoleon.—Llegada de los alia-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dos á Compiegne.—Propone Napoleon ponerse al frente del ejército.—Rehúsalo la comision de gobierno.—Encuentro de Mr. de Flahaut y de Davout.—Napoleon y Maret.—Situacion crítica de Napoleon.—Su partida de la Malmaison.—Su despedida.—Su viage.—Su detencion en Rambouillet.—Sus esperanzas.—Insinuaciones de Excelmans á Daumesnil.—Pasa Napoleon por Chateaudun, Tours y Poitiers.—Tumulto de Saint-Maixen.—Llega á Niort.—Aclamaciones del pueblo.—Llega á Rochefort el 3 de julio.—Renueva Napoleon su proposicion á la comision de gobierno.—Diversos consejos para la fuga de Napoleon.—Su vacilacion.—Respuesta de la comision de gobierno á su proposicion.—Embárcase Napoleon el 8 de julio en la fragata *la Saale*.—Aléjase de Rochefort.—Visita la isla de Aix.—Entrevista de Mr. de Las-Cases con el capitan Maitland á bordo del Belerofonte.—El capitan de la *Medusa* propone forzar la línea del crucero inglés.—Repulsa de Napoleon.—Desembarca en la isla de Aix.—Su indecision.—Repulsa de la proposicion del capitan Baudin.—Unos alféreces de navío se ofrecen á conducirle á América.—Napoleon acepta.—Parte.—Es retenido por su comitiva.—Segunda entrevista de Las-Cases, Rovigo y Lallemand con el capitan Maitland.—Deliberacion sobre su partida.—Napoleon se decide á partir en el Belerofonte.—Su carta al príncipe regente de Inglaterra.—Sus instrucciones á Gourgaud.—Partida de Gourgaud y de Las-Cases para Inglaterra.—Auséntase Napoleon de la isla de Aix.—Su despedida de Becker.—Embárcase en el Belerofonte.—Recibe la visita del almirante Hotham.—Ancla el Belerofonte ante Torbay.—Unese Gourgaud.

—Se hace á la vela y entra en la rada de Plymouth.—Reúnese en consejo el ministerio inglés para tratar de la suerte de Napoleon.—Es declarado por los aliados prisionero de guerra y conducido á Torbay.—Exígenle su espada.—Su despedida.—Su dolor al saber la capitulacion de Paris.—Se embarca en el Northumberland.—Su protesta contra la Inglaterra.—Partida para Santa Elena. 5

LIBRO VEINTE Y NUEVE.

Wellington despues de la batalla de Waterloo.—Sus despachos al duque de Berry.—Su carta á Dumouriez.—Su entrada en Francia.—Proclama dirigida á los franceses.—Escribe al duque de Feltre y á Mr. de Talleyrand.—Entrada de Luis XVIII en Francia.—Conferencias de Haguenan.—Contestacion de Wellington á los plenipotenciarios franceses.—Separacion de Mr. de Blacas.—Luis XVIII en Cateau-Cambresis.—Su proclama á los franceses.—Llegada á Cambrai.—Segunda proclama á los franceses.—Tentativas de Fouché cerca de la comision de gobierno y en favor de los Borbones.—Davout es nombrado generalísimo del ejército.—Gestiones de Mres. de Vitrolles y Ouvrard con los gefes del ejército.—La comision de gobierno acuerda la detencion de Mr. de Vitrolles.—Su fuga.—Representacion de varios generales á la Cámara de los representantes.—Sesion de la Cámara de los pares.—Salida de los plenipotenciarios para negociar un armisticio con Wellington y con Blucher.—Conferencia de los mismos con Wellington.—Blucher se coloca á la orilla izquierda del Sena.—Situacion de la Francia.—Fuerza

del ejército.—Excelmans ataca y derrota un cuerpo de caballería prusiana.—Consejo de gobierno.—Consejo de guerra en la Villete.—Davout recibe autorizacion para capitular.—Sus gestiones con Blucher.—Respuesta de éste.—Fouché envia al coronel Macironi á tratar con Wellington y al general Tromelin con Blucher.—Conferencias de Saint-Cloud.—Capitulacion de París.—Adopcion del convenio de Saint-Cloud por la Cámara de los representantes.—Agitacion del pueblo.—Oposicion del ejército.—Entrada de los prusianos é ingleses en París.—La Cámara de representantes.—Votacion de la Constitucion.—Entrevista de Fouché y de Wellington en Neuilly.—Fouché es presentado á Luis XVIII por Mr. de Talleyrand.—Conferencia.—Nombramiento de Fouché para el ministerio de Policía.—Composicion del ministerio.—Entrevista de Luis XVIII y de Mr. de Chateaubriand.—Conferencias de la comision de gobierno.—Ocupacion de las Tullerías y espulsion de la comision por Blucher.—Dispersion de la Cámara de los pares.—Mr. Decazes hace cerrar la Cámara de los representantes.—Impotencia de La Fayette.—Entrevista de Carnot y de Fouché. 64

LIBRO TREINTA.

Juicio sobre los Cien Dias.—Entrada de Luis XVIII en París.—Discurso de Mr. de Chabrol.—Contestacion de Luis XVIII.—Luis XVIII en París.—Aclamaciones de la poblacion.—Situacion política del rey.—Actitud de Fouché.—Decretos reorganizando la pairía y convocando la Cámara de diputados.—El ejército del Loira.—Ordenes del dia del mariscal Davout.—Sumision del ejército á Luis XVIII.—El ejército adopta la bandera blanca.—Blucher quiere hacer volar el puente de Jena.—Devastacion del Museo y de las bibliotecas.—Violencias de los prusianos.—Exacciones.—Prision de los prefectos.—Impuestos de guerra.—Ocupacion de París y de la Francia por los ejércitos aliados.—Licenciamiento del ejército del Loira.—El mariscal Davout es reemplazado por el mariscal Macdonald.—Negociaciones diplomáticas en casa de lord Castlereagh.—Ultimatum de las potencias.—Monsieur de Talleyrand se separa de Luis XVIII.—Córte de Luis XVIII.—Su familia.—Favor de Mr. Decazes.—Mr. Decazes.—Su retrato.—Ojeada sobre su vida.—Su entrevista con el rey.—Informe de Fouché.—Proscripciones.—Debilidad del rey. 127

LIBRO TREINTA Y UNO.

Murat.—Su fuga de Nápoles.—Su llegada á la isla de Ischia.—Su ayudante de campo el duque de Rocca-Romana.—Su salida para Francia.—Desembarca en Cannes.—Ofrece sus servicios al emperador.—Este los rehusa.—Terror en el Mediodía.—Murat abandona los alrededores de Tolon y se oculta.—Reclama un asilo á Luis XVIII.—Se le concede en Austria.—Tentativas de fuga.—Esta fracasa.—Aventuras.—Su retirada.—Sus peligros.—Se embarca para Córcega.—Peligros de la travesía.—Incidentes.—Es recogido en el mar.—Su llegada á Córcega.—Se retira á la montaña.—Situacion política de Córcega.—Murat recibe una intimacion del gobernador de la isla para que se presente ante él.—Lo rehusa.—El gobernador envia tropas con en-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cargo de apoderarse de su persona y no lo consiguen.—Proyectos de Murat.—Sale para su espedicion con direccion á Nápoles.—Su marcha á Ajaccio.—Su entrada en aquella poblacion.—Llegada de Macerone.—Le remite el pasaporte del Austria.—Carta de Murat.—Su salida para Nápoles.—Travesía.—Desercion de sus buques.—Incidentes.—Desembarca en el puerto de Pizzo.—Intenta sublevar la poblacion.—Su arresto.—Sus últimos momentos.—Su sentencia.—Su muerte.—Juicio acerca de su vida. . . 195

LIBRO TREINTA Y DOS.

Carácter de la Francia.—Causa del espíritu de las elecciones de 1815.—Caida de Fouché.—Su destierro á Alemania.—Juicio acerca de su vida.—Caida de Mr. de Talleyrand.—Formacion del ministerio de Mr. de Richelieu.—Ojeada retrospectiva acerca del duque de Richelieu.—Su vida en Rusia.—Su carácter.—Negociaciones con los aliados.—Sus exigencias.—Tratado del 20 de noviembre.—Carta de Mr. de Richelieu.—Tratado de la Santa Alianza.—Apertura de las Cámaras.—Discurso del rey.—Mr. Lainé, presidente de la Cámara de diputados.—Su discurso.—Mensages de ambas Cámaras al rey.—Política del duque de Richelieu.—Espíritu del consejo.—Leyes contra los gritos sediciosos y contra la libertad individual.—Ley de los consejos prebostales.—Su discusion y votacion de ambas Cámaras.—Proposicion del duque de Fitz-James.—Discurso del conde de Artois.—Regreso del duque de Orleans.—Su entrevista con Luis XVIII. 272

LIBRO TREINTA Y TRES.

El terror de 1815.—Estado de París.—Situacion del Mediodía.—Asesinatos de Marsella.—Muerte del general Brune en Aviñon.—Asesinatos de Nimes.—*Los verdes*.—Intervencion del duque de Angulema.—Heroismo del general Lagarde.—Asesinato del general Ramel en Tolosa.—Los gemelos de la Reole.—Su enjuiciamiento.—Su muerte.—Labedoyere.—Su viage á París.—Su prision.—Su causa.—Su muerte. 333

LIBRO TREINTA Y CUATRO.

Proceso de Lavalete.—Su condenacion y fuga.—Indignacion de la Cámara al saber esta noticia.—Prision del mariscal Ney, es trasladado á París y presentado á un consejo de guerra.—Conducta noble del general Moncey.—El consejo se declara incompetente.—El mariscal se somete á la Cámara de los pares.—Rigor implacable de los ministros.—Debates y varios incidentes: deposicion de Bourmont.—Requisitoria de Mr. Bellart: argucias de la defensa. Actitud del mariscal.—Su condenacion. Intrigas vengativas de los realistas. Magnánima intervencion de madama Hatchinson.—Ney en su prision.—Sus últimos momentos y entrevista con su familia.—Su ejecucion.—Reaccion de la opinion en favor suyo y en contra de los Borbones. 372

LIBRO TREINTA Y CINCO.

Animosidades de los partidos.—Reaccion apasionada de los departamentos: tribunales prebostales.

—Debates de la ley de *amnistía*: Royerd-Collard, La Bourdonnaie y Chateaubriand.—Presentacion del testamento de María Antonieta.—Modifícase la opinion pública.—Disolucion de la Cámara.—Agitacion de los departamentos.—Conspiracion de Grenoble.—Didier: su carácter, sus antecedentes y relaciones con el partido orleanista.—Frústrase su tentativa sobre Grenoble.—Proclamas y venganzas draconianas.—Fuga y muerte animosa de Didier.—Recrudescencia de reaccion.—Intrigas de curia; aparicion del partido *doctrinario*.—Golpe de estado del 5 de setiembre, ratificado por las elecciones.—Furores de los realistas exaltados: su nota secreta al consejo de Aquisgran.—Los aliados evacuan la Francia.—Memoria de Luis XVIII sobre la crísis ministerial (diciembre de 1818). 426

LIBRO TREINTA Y SEIS.

1818.—19.—Estado de la Francia; lucha de los partidos; la imprenta.—*La Minerva*; P. L. Courier.—*El Conservador*: Chateaubriand, Lamennais y Bonald.—Apertura de las Cámaras.—Se vota una recompensa nacional á Mr. de Richelieu.—Proposicion de Barthelemy sobre la ley electoral.—Discusion para levantar los destierros; Mr. de Serre.—Agitacion progresiva de la opinion; fomento del periodismo: *El Correo*, *El Constitucional*, *El Censor*, *Los Debates*, *La Cotidiana* y *La Bandera Blanca*.—Debates borrascosos sobre los asesinatos del Mediodía; escándalos parlamentarios.—Asociaciones diversas.—Las misiones, las sociedades secretas de Bruselas y París; fermentacion de la Alemania.—Elecciones de 1819; nombramiento de Gregoire; el general Foy.—Espíritu general de las elecciones hostil á la corona.—Recomposicion del ministerio, se abre la legislatura; esclusion de Gregoire.—Proyecto de modificacion de la ley electoral. 513

LIBRO TREINTA Y SIETE.

Retrato del duque de Berry.—Louvel, sus antecedentes, su monomanía de regicida.—Se decide á matar al duque de Berry.—Noche del 13 de febrero.—Asesinato del duque en el teatro de la Opera; su agonía.—Dolor de la familia real.—Consternacion del pueblo.—Recriminaciones contra Mr. Decazes; Mr. Clausel de Coussergues le acusa de alta traicion.—Debates borrascosos; intrigas de palacio.—Mad. de Cayla; su orígen; su favor.—El vizconde de La Rochefoucauld.—Caida de Mr. Decazes; apreciacion de su carrera política. 547

LIBRO TREINTA Y OCHO.

Se abren los debates sobre la ley electoral.—Mr. Royerd-Collard, sus antecedentes y su carácter.—Discurso de los señores Lainé, Camilo Jordan y Foy.—Votacion del proyecto de ley.—Juicio y ejecucion de Louvel.—Crece la animosidad contra los Borbones; sociedades secretas bonapartistas y contrarevolucionarias.—Mr. Madier Montjan denuncia á las Cámaras las conspiraciones realistas del Mediodía.—Nacimiento del duque de Burdeos.—Se despierta el espíritu de independencia en Europa; error de los que atribuyen á Napoleon la gloria de este aconte-

cimiento: sus verdaderas causas: ideas de nacionalidad sembradas por los reyes europeos para resistir á la absorcion napoleónica.—Revolucion de España.—Ojeada retrospectiva: decadencia de aquella monarquía: intrigas de palacio: terrorismo teocrático.—El príncipe de la Paz.—Cárlos IV, su abdicacion, su cautiverio.—Heroismo de España: las Córtes, la constitucion de 1812.—Vuelta de Fernando VII: reaccion: O'Donell.—Esplosion revolucionaria: Riego, Mina.—Italia: estado de aquel pais en 1820: opiniones erróneas acerca de él.—Carbonarismo.—Movimiento de Nápoles: Guglielmo Pepe.—Papel equívoco de la córte.—Intervencion de las córtes del Norte: congreso de Troppau de Laybach: fin de la revolucion de Nápoles.—Movimiento del Piamonte.—Carbonarismo en Francia.—Napoleon en Santa Elena: su cautiverio.—El *Memorial*: justificacion torpe de su memoria.—Hudson-Lowe.—Enfermedad de Napoleon: su muerte: conclusion sobre su reinado. 597

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
FACULTAD
BIBLIOTECA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
UANL
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
1030021545